

WILLIAM FAULKNER

# ¡Absalón, Absalón!

Edición de M<sup>a</sup>. Eugenia Díaz



se

Lectulandia

William Faulkner es hoy aclamado universalmente como uno de los escritores más importantes del siglo xx. Convirtió su pequeño condado en Misisipi en un escenario apócrifo donde explorar virtudes y defectos de la sociedad, al tiempo que experimentaba con las posibilidades de la novela modernista. Su obra se caracteriza por esa estética rica que se arriesga en el empleo de recursos expresivos innovadores, que hereda de las tradiciones romántica y realista, y alcanza con *¡Absalón, Absalón!* el encumbramiento como obra maestra del modernismo americano.

*¡Absalón, Absalón!* es una obra enigmática, ambigua, y de una complejidad técnica extraordinaria. Cuatro narradores exploran las posibilidades de la aprehensión de la certeza y de la duda, de los límites del conocimiento humano, en una lucha por discernir la verdad a pesar de la ausencia de datos fundamentales para lograrlo. El amor, el racismo y el honor se combinan para construir una historia que acaba con las esperanzas del modelo idílico de la cultura de la plantación.

Lectulandia

William Faulkner

# ¡Absalón, Absalón!

ePub r1.0

Titivillus 20.11.16

Título original: *Absalom, Absalom!*

William Faulkner, 1936

Traducción: M<sup>a</sup>. Eugenia Díaz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# INTRODUCCIÓN



William Faulkner

William Faulkner es hoy aclamado universalmente como uno de los escritores más importantes del siglo xx. Convirtió su pequeño condado en Misisipi en un escenario apócrifo donde explorar virtudes y defectos de la sociedad, al tiempo que experimentaba con las posibilidades de la novela modernista. Su obra se caracteriza por esa estética rica, arriesgándose en el empleo de recursos expresivos innovadores que hereda de las tradiciones romántica y realista, y alcanza con *¡Absalón, Absalón!* el encumbramiento como obra maestra del modernismo americano. En un alarde técnico sin precedentes en su tiempo, abre un universo de ficción de una intensa humanidad. El genio creativo del autor es versátil y alterna en su carrera estilos muy diversos: reconocemos las huellas del realismo teñido de ciertos elementos naturalistas en sus novelas *La paga de los soldados*, *Mosquitos* y *Banderas sobre el polvo*; detectamos la inspiración y la madurez de la técnica modernista en *El ruido y*

*la furia* y *Mientras agonizo*; y en *¡Absalón, Absalón!* y *Las palmeras salvajes* emplea una mezcla de recursos que van del naturalismo hacia las técnicas más vanguardistas del modernismo.

Se dice que todo escritor de ambición se convierte inevitablemente en teórico de su obra. Esto fue ya cierto en el caso de Sir Philip Sidney, T. S. Eliot o Robert Frost, sin embargo Faulkner no mostró un interés suficiente por la estética como para definir teóricamente sus ambiciones literarias. Son significativas sus palabras cuando advierte al joven escritor de que sería un loco si siguiera una teoría específica: no cree en una mecánica impuesta de la creación, sino que opina que se debe aprender escribiendo y corrigiendo errores, moldeando el estilo personal una y otra vez hasta que tenga vida propia. A pesar de todo, es posible discernir a través de múltiples escritos, como cartas, entrevistas y conferencias, las pautas que siguió en su carrera, aquello que le inquietaba y le alentaba a escribir. Tal vez la clave de su espíritu radical e innovador esté en la admiración que sentía por James Joyce. Sus palabras reflejan que *Ulises* le inspiraba, marcaba un punto de inflexión en la visión cosmogónica del mundo y en la reflexión irreverente sobre el empleo del lenguaje: «Uno debe aproximarse a *Ulises* de Joyce como un ignorante predicador baptista se acerca al Antiguo Testamento: con fe»<sup>[1]</sup>. Este interés por la literatura radical, abierta a cambios e innovaciones, se combina con esa cualidad tan acendrada en EE.UU. como es la libertad: «Porque la esperanza del hombre está en la libertad del hombre. La base de la verdad universal que narra el escritor es la libertad en la que confiar y creer, ya que sólo en la libertad puede existir la esperanza»<sup>[2]</sup>. Ciertamente su profundo sentido de la libertad del hombre, su sinceridad y esa capacidad de conocer el alma humana son características que él defiende constantemente con su pluma.

Una de las afirmaciones más íntimas y probablemente más sinceras sobre su concepción de lo que representa el arte de escribir, es una frase que resulta profundamente emotiva, y que apareció en un breve artículo publicado en *Atlantic* en 1953. Cuando Anderson estaba casi olvidado y Faulkner era un autor consagrado, se refiere a Anderson con simpatía hacia su viejo amigo, describe su visión de lo que ellos dos representan en el panorama de las letras americanas a pesar de carecer de una formación intelectual porque describen su país con una sincera pureza:

Sí, pero América no está cimentada y enyesada aún. La están construyendo todavía. Por esa razón un hombre con tinta en sus venas no sólo puede sino que incluso debe seguir oteándola, seguir explorándola y escucharla y mirarla y aprender de ella. Por esa razón hombres ignorantes, sin educación como tú y yo no sólo tienen la oportunidad de escribir, sino que deben escribir. Todo lo que nos pide América es que la miremos y la escuchemos y la comprendamos si podemos. Ni siquiera comprenderla es importante, lo importante es creer en ella incluso cuando no se comprende, y después contarla, escribirlo. No siempre estará bien pero siempre habrá otra vez: habrá más tinta y papel y algo más para tratar de entenderla y de contarla. Y ésa tampoco será correcta probablemente, pero habrá otra oportunidad de nuevo. Porque mañana América será diferente, algo más y nuevo que escuchar y mirar y entender, y si uno no puede entenderlo, creer en ella<sup>[3]</sup>.

Ésta es una buena definición del estilo repetitivo y de las estructuras recurrentes a las que se aferra sin desmayo su prosa en novelas como *El ruido y la furia*, *Mientras agonizo* y *¡Absalón, Absalón!*, que son historias contadas una y otra vez desde diferentes puntos de vista, con nuevos matices y nuevos ojos, que parten de prejuicios diferentes, pero no experimenta el desaliento ni cesa jamás en su incansable narrar. Con la persistencia de un adán americano, de un hombre jeffersoniano que se aferra a su lucha como único instrumento de purificación, sus obras son un manantial insaciable de palabras que surgen sin fin, sin afán de cerrar una historia con conclusiones morales definitivas, sino de dejar abiertos senderos posibles. Su prosa no termina en un cuento redondo, es extensa como los campos de algodón, como la tradicional oratoria sureña, es interminable como la experiencia humana y por eso definirla es una labor inútil, como fortificar el aire o encuadrar el humo. Los ojos del escritor, con humildad y respeto, renuncian o no creen que puedan comprender, tan sólo creen en el hombre, creen y hablan de él. Faulkner tiene una visión respetuosa del ser humano que no contempla la posibilidad de juzgarlo, sino de definirlo con criterios suficientemente amplios. El humanismo de Faulkner está más cercano a la épica clásica que al puritanismo de Nueva Inglaterra y por eso su obra es una tarea ininterrumpida de imágenes siempre en combate entre el bien y algo indefinido que no es el mal.

Una de las características que más ha llamado la atención del público en todo el mundo y una de las más destacadas de su obra es el sello que le confiere su carácter sureño. Cuando alcanzó un éxito sin precedentes en Francia, era patente que un cierto estímulo provenía del oscuro y degradado dibujo que hacía de la región, lo que en cierto modo, confirmaba los tópicos tradicionales sobre ella. Ciertamente, él comparte, con otros escritores de lo que llamamos el Renacimiento Sureño, una preocupación capital por la familia, el terruño y la Historia para definir el impacto que producen en la conciencia individual. Sorprende descubrir hasta qué punto el conflicto con su material literario le acompañó a lo largo de los años. Al tiempo que su región le obsesiona y hasta tortura su conciencia, el escritor contrasta las insidias y los favores de sus héroes con la mitología y la épica clásicas y percibe que sus temas son más universales de lo que en un principio pudieran parecer. Así expresa lo que significa el Sur para él:

Tiendo a pensar que mi material, el Sur, no es muy importante para mí. Simplemente ocurre que lo conozco y no tengo tiempo en una vida para conocer otro y escribir al mismo tiempo. Aunque el que conozco es probablemente tan bueno como cualquier otro, la vida es un fenómeno pero no una novedad, la misma carrera de caballos hacia la nada, en todas partes el hombre hiede el mismo hedor no importa en qué época<sup>[4]</sup>.

Por tanto, se mueve siempre en un campo dual, paradójico, su obra es regional y universal a la vez, profundamente religiosa aunque herética, inspira el orden y la anarquía, unos lo leen como las Sagradas Escrituras y otros como el pecado mismo.

Contradicción tan profunda es tal vez necesaria para contener tanta humanidad sangrante.

Siempre parte de ciertos condicionamientos históricos para crear su propio y privado territorio. No hablamos aquí únicamente de la realidad histórica del Sur, hablamos del Sur de Faulkner, de sus campesinos y sus soldados confederados, del espacio privado que él crea sin comprometerse con situaciones históricas concretas, sin servir a una realidad que no sea la de su ficticia creación. Los valores morales que tantos lectores tratan de imponer a las novelas que leen, no son sino recuerdos del papel que ejerce la Biblia en la cultura occidental. Así lo entendía el autor y evitó reducir sus novelas a batallas ejemplarizantes entre buenos y malos, de ese modo su obra alcanzó una complejidad infinitamente mayor en el retrato de una humanidad ambigua, en proceso de afianzamiento, en tránsito hacia un estado de equilibrio inalcanzable pero constantemente anhelado.

Faulkner nace un año después que Dos Passos y Fitzgerald y un año antes que Hemingway, por tanto, es absolutamente contemporáneo de todos ellos, sin embargo desprende su obra un extraño olor a alcanfor. Las voces de antaño, las historias de los poseídos por los demonios, los locos, los que mueren de desamor, los solitarios y los falsos, todos esos personajes circulan por sus obras. Tanto ser humano afligido parece unificarse en uno solo, es una sola humanidad la que identificamos en las pieles de tantos desheredados. Esa universalidad de la condición humana es paradójicamente ofrecida a través de una elaborada genealogía de cada una de las familias que se pasean por sus obras. Al reforzar la individualidad de los personajes es posible sacarlos de su cotidianeidad e inmortalizarlos en una especie de martirio, pero la construcción en genealogías es la que consigue completar la definición del paisaje: los Sartoris y los Compson son la extinguida aristocracia de la plantación, de las mansiones europeizantes, de las tradiciones propias de oligarquías que se imponen por la fuerza. Una sociedad que tiene mucho que ver con los ranchos de los españoles en las propiedades de México o Texas, ese orgullo de la sangre europea que no es sino un nuevo distintivo de poder cuando se vive en una sociedad esclavista. Por otro lado, encontramos a los paletos, los campesinos pobres, que viven en los pantanos en condiciones infrahumanas (los Bundren de la novela *Mientras agonizo*), acostumbrados a soportar todo tipo de desgracias, no tienen ningún deseo de luchar, se conforman con su trágico destino y rechazan la llamada puritana a perseguir el éxito. Las familias negras viven apoyadas por una fuerte religiosidad que las ayuda a soportar su cruel destino, y los blancos sin escrúpulos, como los Snopes, aprovechan cualquier resquicio de la ley para cometer delitos nunca perseguidos. Con todos ellos, la sociedad sureña avanza hacia una sociedad que pierde sus tradiciones y se convierte en un enorme mercado donde las leyes imponen la economía del capitalismo.



## WILLIAM FAULKNER (1897-1962): NOTICIA DE UNA CARRERA LITERARIA

No había muchos indicios que anunciaran el nacimiento de un gran escritor entre los Faulkner de Misisipi. Era el mayor de cuatro hermanos en una familia burguesa pero venida a menos en el terreno económico. Le pusieron el nombre de su ilustre bisabuelo, William, abogado, plantador, hombre de negocios y coronel en la Guerra Civil que hasta escribió una novela de éxito. Las grandezas del pasado de su familia le llenaban de orgullo y su imaginación las recreará de mil formas. Pero al joven todas las responsabilidades laborales, especialmente los trabajos que requerían ocho horas de atención diaria, le aburrían soberanamente. Era inquieto, pintaba, escribía poesía y encontraba en el ocio su mejor entretenimiento. En una entrevista editada por Malcolm Cowley, su amigo y uno de los críticos que más ayudó a consolidar su reputación, relató con gracia lo aburrido que le resultaba de joven trabajar, y se reía de su suerte al haber logrado escapar del yugo de tan duro castigo:

Una de las cosas más tristes es que lo único que puede hacer un hombre durante ocho horas al día, un día tras otro, es trabajar. No podemos comer ocho horas al día ni beber ocho horas al día ni hacer el amor ocho horas —todo lo que se puede hacer ocho horas es trabajar. Ésa es la razón que hace que un hombre sea él mismo y haga a los demás miserable e infeliz<sup>[5]</sup>.

Sin embargo, la afición a la literatura crecía en el joven rebelde gracias a la amistad de su amigo Phil Stone. Cuando Stone leyó sus poemas reconoció inmediatamente sus cualidades excepcionales y se afanó en infundirle aliento. Pero más importante aún fue la tenaz ayuda para proporcionarle aquellas lecturas que mejor pudieran formar su talento literario. Ésa fue la escuela de Faulkner, la biblioteca de su amigo Phil Stone. Incluso viajó a New Haven, donde Phil estudiaba en la universidad de Yale, y se quedó allí unos meses, para aprender a autoeducarse en una buena biblioteca. Dado que siempre sintió pasión por la aviación y soñaba con alistarse en las Fuerzas Aéreas, sufrió una decepción al ser rechazado por el ejército de EE.UU. debido a su baja estatura. En cambio, sí pudo entrar en las Fuerzas Aéreas canadienses, aunque demasiado tarde para aprender a volar o entrar en combate, si eso era lo que pretendía, porque la guerra terminó antes de que acabara su período de entrenamiento.

De vuelta a Oxford escribe poemas y relatos en revistas locales. Mientras se plantea su futuro, se matricula en la University of Mississippi, gracias a un permiso especial que otorgaba a los veteranos sin bachillerato el derecho a entrar directamente en la universidad. Sólo permaneció allí tres semestres. Un escritor de Oxford le recomienda que viaje a Nueva York y le consigue un trabajo en una librería que dirigía Elizabeth Prall, la que sería más tarde esposa de Sherwood Anderson. El inquieto joven pronto vuelve a su casa sin haber contactado con el mundo literario de Nueva York, debido siempre a su timidez enfermiza. En 1925 decide probar suerte

viajando a Nueva Orleans para conocer a los innumerables escritores que vivían allí, atraídos sin duda por la prestigiosa revista *The Double Dealer*.

Faulkner se hace escritor en el *Vieux Curre* de Nueva Orleans, ese barrio que forma un núcleo sin igual en el Sur con sus balcones de hierro forjado, sus casas con patios interiores llenos de flores y plantas tropicales. Se siente cautivado por el ambiente artístico de la ciudad y por la tradición cosmopolita de sus habitantes. Aquí, alejado de los ojos de sus vecinos de la pequeña Oxford, estaba menos vigilado y podía dar rienda suelta a sus deseos de convertirse en un gran escritor. A Sherwood Anderson, que había alcanzado el reconocimiento de su talento tras la publicación de su novela *Winesburg, Ohio* en 1919, le conoce en esta época y la influencia de Anderson será muy notoria en una primera etapa. Faulkner sentía una inmensa admiración por los personajes grotescos de Anderson, por la frescura y autenticidad del dibujo intimista de la vida rural que tan bien lograba, por el tierno empleo de lo instintivo, de lo inenarrable, lo que sólo vive en la muda percepción del alma serena, y además admiraba su visión crítica con la sociedad rural, esa acidez y ese fuerte castigo a la ignorancia y al puritanismo. Al igual que Anderson, libra su propia lucha por mantener cierta individualidad en una sociedad que desea homogeneizar a todos sus habitantes dentro de patrones fijos; ambos habían experimentado la opresión del mundo rural y pretendían denunciar las fuerzas que oprimían al hombre; ambos comparten el natural sentido de lo trágico que se encuentra a veces en la profunda psicología del personaje; ambos descubren en pequeños detalles grandes tragedias difícilmente olvidables. Esa pequeña historia narrada en un lenguaje coloquial y sencillo es una de las características más profundamente americanas que comparten con ellos escritores como Francis S. Fitzgerald y Ernest Hemingway.

Como consecuencia de esta amistad, Anderson ayudó a Faulkner a publicar su primera novela, *La paga de los soldados*, en la editorial Liveright, pero debido tal vez a su juventud, Faulkner no supo medir la oportunidad de sus actos y comete un error del que se arrepentirá más adelante. Pratling, su amigo pintor de Nueva Orleans, le sugiere hacer un libro de humor con bocetos de Sherwood Anderson y otros artistas que vivían en la ciudad. Explican en el prólogo que sería deseable que los americanos dieran más valor a su humor y que lo pusieran más en práctica en la literatura como habían hecho magistralmente los ingleses en la época isabelina. La juventud y la inconsciencia convierten, lo que ellos veían como humor, en una ofensa para Anderson y se rompe para siempre la amistad entre ambos.

Cansado de su vida en Nueva Orleans y deseoso de conocer otras ciudades, viaja a Europa y a pesar de los problemas económicos de la familia visita Italia, Inglaterra y vive varios meses en París, cerca de los jardines de Luxemburgo, rincón que aparece mencionado en las últimas páginas de *Santuario*. Era tan tímido que con frecuencia veía en el café a James Joyce, pero jamás le dirigió la palabra. Regresa a Oxford y escribe ahora sobre su experiencia en Nueva Orleans la novela *Mosquitos* y a partir de entonces decide centrar su escenario en su propio condado de Lafayette,

cuya capital es Oxford, al que da el nombre literario de «Yoknapatawpha», en honor al río que lo atraviesa. Con *Banderas sobre el polvo*, se inicia definitivamente la carrera literaria de Faulkner. Se da cuenta de que el material que le proporciona su propia región es de un valor incalculable y, como hará más adelante García Márquez, indaga en las leyendas de su pueblo y las historias de sus mayores. Faulkner consiguió gracias a la ayuda de su amigo Ben Wasson, agente literario en Nueva York, que la editorial Harcourt publicara esta novela con la condición de que se cortara considerablemente el manuscrito. Se publicó en 1929 con el título *Sartoris*, pero en 1973 vio la luz una versión completa de la novela con su título original, *Banderas sobre el polvo*, que se considera la versión definitiva. Lejos de desanimarse por estos problemas, trabaja en otra novela que le obsesiona y le arrastra con la fuerza de un ciclón: *El ruido y la furia*, heredera en gran medida de *Ulises* de James Joyce, que se convertirá en una de las novelas que más y mejor explora las posibilidades del monólogo interior. La publica en 1929, aunque no pensó que tuviera interés para ninguna editorial.

Se inspiró en las inundaciones del río Yokona para la idea central de su siguiente novela, otra gran obra del modernismo americano, *Mientras agonizo*, que se publicó en 1930. Escribir estas novelas complejas y difíciles era gratificante para él, suponía un reto que le atraía, pero no podía vivir de este tipo de literatura y sentía que tal vez su talento podría servir también para escribir un best-seller que le permitiera cierto desahogo económico. Esta idea es la que le acompaña en la redacción de *Santuario*.

Estelle Oldham, su novia de la juventud, se había divorciado de su marido y ella y Faulkner se casan en 1930. Estelle ya tiene dos hijos y la nueva familia necesita un hogar, por lo que compra una casa en minas, «Old Bailey Place», que no tiene ni electricidad ni agua y se dispone a trabajar él solo para restaurarla. La casa, construida en 1844, se convertirá en su refugio para el resto de la vida, pero ahora tenía que dedicarle mucho trabajo para que fuera mínimamente habitable. Le dio a esta casa el nombre de «Rowan Oak» debido a los poderes de protección que se le concede al serbal en una leyenda escocesa. Ese año ve su primer relato en las páginas de una publicación de índole nacional, *Forum*. Se trataba del que se ha convertido en el más famoso relato del autor «Una rosa para Emily». También logra que se publique por fin, con muchas revisiones, su novela *Santuario* en febrero de 1931.

Tras el nacimiento y muerte de su primera hija, Alabama, Faulkner dedica su primer libro con una colección de relatos, titulado *Estos 13*, a Estelle y Alabama. Termina la novela *Luz de agosto* que publicó su nuevo editor Harrison Smith y Robert Haas en marzo de 1932. Trabaja en Hollywood varios meses con el director Howard Hawks. Vende los derechos cinematográficos de *Santuario* que se estrenará con el título *La historia de Temple Drake* en 1933. Nace su segunda hija, Jill, un bebé muy esperado y que reporta una gran felicidad a toda la familia. Pero toda esta actividad mantuvo a Faulkner alejado de la labor creativa y su editor, Harrison Smith, se impacienta y le pide que escriba un libro de relatos. Se dedica entonces a revisar

manuscritos inacabados para comprobar si podía aprovechar material antiguo para este proyecto. Es en esta revisión cuando la idea de *¡Absalón, Absalón!* surge con fuerza. Tres historias que releyó le dieron ideas que parecen haber influido profundamente en la novela: «The Big Shot», que había escrito antes de 1930, «Wash», texto de 1933, y el manuscrito de «Evangeline» que fue el que más le interesó y que había escrito en 1931<sup>[6]</sup>, aunque no se publicó hasta noviembre de 1979 en la revista *Atlantic Monthly*<sup>[7]</sup>. Es un relato cuyo título evoca el poema de Longfellow. La historia se basa en la leyenda que rodeaba la casa que había comprado un año atrás, en la que Judith, hija del coronel Robert B. Shegog, había muerto en la Guerra Civil cuando trataba de fugarse con un oficial yanqui, y su espíritu seguía vagando por la casa. La historia de su propia casa fue adornada y reelaborada hasta convertirse primero en un relato y después en la novela *¡Absalón, Absalón!*

Los dos años y medio que le llevó la escritura de esta obra (1934-1936) fueron algunos de los más angustiosos desde el punto de vista personal. Muere su hermano Dean y tiene que hacerse cargo de su cuñada y de la hija póstuma que se llamaría Dean, como su padre. La relación con su esposa se vuelve violenta, tras descubrir Estelle la existencia de la amante de Faulkner, la secretaria de Howard Hawks, que vivía en Hollywood, Meta Carpenter. En 1936 decide ingresar en el Hospital Wright, una clínica de desintoxicación debido a una crisis de alcoholismo. No se puede decir que fuera un alcohólico, pero sufría crisis esporádicas tan agudas que tras semanas de beber continuamente acababa en un estado próximo al coma. Con la quiebra de la editorial que publicaba sus novelas, Smith y Haas, se ve forzado a firmar un contrato con Random House, que había comprado Smith y Haas, y que será la que publique su siguiente novela: *¡Absalón, Absalón!*<sup>[8]</sup>.

Abandonó la escritura de *Réquiem por una mujer*, aparcó la idea de la trilogía de los Snopes y se dedicó a escribir la novela de los Sutpen. También completó en este período casi todo *Pylon*, novela inspirada en la muerte del capitán Merle Nelson en una exhibición aérea en febrero de 1934, en la inauguración del aeropuerto de Nueva Orleans. Reuniendo varios relatos completa una novela entrañable y de reminiscencias familiares, *Los invictos*. Sin embargo, desde el principio, la escritura de *¡Absalón, Absalón!* se había convertido en todo un reto para él. Sentía, como era frecuente al principio de cada novela, un irrefrenable deseo de apartar otros proyectos para dejar espacio a una súbita inspiración. Conocemos algunos detalles de este momento por la carta que Faulkner escribe a su amigo Harrison Smith:

Creo que estoy bien metido en la novela. He dejado a un lado ambas, la de los Snopes y la de la mujer. La que estoy escribiendo ahora se llamará algo como *Casa oscura* o algo por el estilo[...] En resumen el tema es un hombre que injurió a su terruño y éste le injurió y destruyó a la familia del hombre [...] Quentin Compson, de *El ruido y la furia* cuenta la historia o la conecta en cierto modo; él es el protagonista así que no es completamente apócrifa. Recorro a él porque sucede justo antes de que cometa el suicidio por lo de su hermana, y uso la amargura que ha proyectado sobre el Sur y sus gentes en forma

de odio para sacar más de la historia que si se tratara de una novela histórica<sup>[9]</sup>.

El nombre de Quentin sólo podía recordarnos al enigmático joven de sensibilidad extrema y hasta enfermiza que será uno de los narradores de la novela, y no su protagonista, como apunta aquí el autor al inicio del proyecto. La idea central estaba perfectamente trazada y no se salió ni un ápice de ella. Como sucede con otro personaje de Faulkner que ultraja la tierra, Quintus Lucius Carothers McCaslin, la naturaleza espera acechando poder revelarse contra los que la atacan. Su terruño, esa combinación de historia y de geografía es, desde el principio, un personaje que se venga, la naturaleza participa con fuerza en la reconstrucción de la identidad cultural del Sur, resiste los envites del tiempo pero finalmente, como una madre enfurecida, se venga del ultraje al que se ven sometidos sus hijos.

Para muchos, ésta es la mejor novela del escritor, no por su inmediatez lírica o su belleza formal, sino por la combinación de una retórica muy coherente, mantenida siempre en lo mejor de la prosa del autor y por su perfecta unidad. Aquí mantiene perfectamente cerrado su círculo narrativo de encuentros y desencuentros temáticos, con lo que logra una constante tensión. Es la novela de las omisiones, porque deja de narrar lo más importante de la historia, y no tiene fallos como sucede con otras novelas que reflejan con demasiada claridad una abrupta ruptura entre las diferentes etapas de redacción de la obra. Si cabe, el único problema lo constituyen la cronología y la genealogía. En vez de aclarar los acontecimientos de la historia, ambos apéndices colaboran en la confusión y originan discrepancias. Es, en cambio, una buena aportación el famoso mapa de Yoknapatawpha, dibujado por el propio escritor, que aparece por primera vez en esta novela y que ofrece un entrañable recuerdo geográfico de las sagas de familias que habitan este condado.

En enero de 1939, Faulkner fue elegido miembro del *National Instituto of Arts and Letters*, el mismo mes que se publicaba *If I Forget Thee, Jerusalem*, bajo el título impuesto por el editor *Las palmeras salvajes*. En abril de 1940 apareció el primer libro de la trilogía de los Snopes, *El villorrio*. La novela describe el ascenso social en la vida de Flem Snopes. La familia Snopes tenía muy poco afecto por la tradición sureña, representaban a los personajes paletos de Faulkner como oposición a los aristócratas, como los Compson. Pero los Snopes son el futuro, ellos representan el mundo del comercio que lleva asociada la avaricia y la explotación sin código alguno que regule el comportamiento humano. Recrea las historias conmovedoras de «Bam Burning» y «Spotted Horses».

El año 1941 lo dedicó el autor a trabajar en una novela fragmentada por episodios que trata de la familia McCaslin. Varios relatos de los que componen la novela *Desciende, Moisés*, que se publicó en 1942, se habían publicado por separado y narran más de cien años de la historia del condado de Yoknapatawpha. Central en el libro es el relato «El oso», que partiendo del tema de la caza del oso alude a la desaparición de la naturaleza salvaje, la situación de los indios americanos, las

conexiones con la propiedad de la tierra, el mestizaje y el incesto. El año siguiente empezó a trabajar en *Una fábula*, la novela en la que explora el tema de la reencarnación de Jesucristo durante la Primera Guerra Mundial.

Aunque en Francia disfrutaba de una gran reputación —Jean-Paul Sartre era su más ferviente admirador—, en EE.UU. el público ya no leía sus novelas, por tanto fue trascendental para su carrera recibir el Premio Nobel. A pesar de sus reticencias iniciales a acudir a Estocolmo, el 10 de diciembre de 1950, Faulkner recibió personalmente el Premio Nobel de literatura correspondiente al año 1949. Pronunció su discurso de aceptación en una voz tan baja y con tal rapidez, que muy pocos pudieron entender algo de lo que decía, pero cuando la Academia sueca publicó el texto, fue recibido con admiración por su brillantez. Aludía el escritor al miedo constante que originaba la Guerra Fría, cuyas consecuencias hacían que «el joven o la joven o la mujer que escribe hoy olvida los problemas del corazón del hombre en conflicto consigo mismo que es el único medio de crear buena literatura porque sólo eso merece la pena ser objeto de la literatura, sólo eso merece la agonía y el sudor»<sup>[10]</sup>. El artista, dice Faulkner, debe aprender «las viejas verdades universales... amor y honor y compasión y orgullo...». Y finalizaba con una nota de optimismo sobre el hombre: «Es inmortal, no porque él de entre todas las criaturas tenga una voz inextinguible, sino porque tiene un alma, un espíritu capaz de compasión y sacrificio y resistencia. El deber del poeta, del escritor, es escribir sobre estos temas.» Este discurso sigue siendo hoy una seña de identidad en su obra y es uno de los discursos más repletos de contenido de los que pronunció en su vida.

Como es frecuente, otros premios siguieron a éste: el mes siguiente le concedieron el National Book Award por su libro recopilación de relatos, *Collected Stories*, y en mayo el presidente francés Vincent Auriol le concedió la Legión de Honor. Terminó de escribir en 1951 su libro *Réquiem por una mujer* y recibió ofertas para llevarlo a escena en EE.UU. y Francia, aquí de mano del escritor Albert Camus. Se publica en 1954 su novela *Una fábula* y, a pesar de no ser considerada una novela de gran interés, recibió el National Book Award de novela y en mayo el Premio Pulitzer. En 1957, Faulkner publica *La ciudad*, el segundo libro de la trilogía de los Snopes, que describe el envilecido comportamiento de Flem Snopes para hacerse con la ciudad de Jefferson. En 1959 traslada sus manuscritos y escritos mecanografiados de la biblioteca de la Universidad de Princeton a la Alderman Library de la Universidad de Virginia, donde se pueden consultar en la actualidad. La última novela que escribió fue *The Reivers*, que es una grafía escocesa arcaica de la palabra «ladrones». La novela se publicó en junio de 1962 y le concedieron por ella póstumamente el segundo Premio Pulitzer de novela. El 17 de junio de 1962 sufrió una caída de un caballo y el dolor se hizo constante hasta que el 5 de julio murió de un ataque al corazón.

## WILLIAM FAULKNER Y EL SUR DE EE.UU.

Por motivos que no siempre son fáciles de identificar, los centros culturales de un país se trasladan geográficamente a lo largo del tiempo y concentran una inesperada fuerza de interacción artística en un grupo determinado de intelectuales. Eso sucedió entre 1790 y 1830 en la ciudad de Nueva York que era el centro del mundo cultural americano guiado por sus intelectuales entre los que figuraban Washington Irving, James Fenimore Cooper y William Cullen Bryant. Pero en 1830 ese centro se trasladó a Boston y pocos años después a dos poblaciones próximas a Boston: una de ellas Cambridge —en torno a James Russell Lowell y Oliver Wendell Holmes— y también a Concord —en torno a Ralph Waldo Emerson y Nathanael Hawthorne—. Es difícil explicar que esa capital cultural americana se encontrara entre 1920 y 1950 en la región del Sur. Pero, ciertamente, durante treinta años concentró la mayor parte de la actividad literaria del país y fue el centro geográfico de tres importantes movimientos culturales: los *Fugitives*, los *Agrarians* y los *New Critics*. También algunos de los más relevantes escritores del momento vivían ahí, y todos ellos se constituyeron en artífices de ese movimiento cultural. Estos escritores eran Eudora Welty, Robert Penn Warren, John Crowe Ransom, William Faulkner, Thomas Wolfe y Cleanth Brooks.

En 1920 el colapso del mercado agrícola lanzó al país a una deuda aún mayor. El Sur vivía con fuerza la tragedia de ser la única región pobre de la nación más rica del mundo. Por si esto fuera poco, en 1927, las lluvias torrenciales devastaron las tierras más fértiles, a lo cual siguieron tres largos años de sequía. El Sur estaba a la cola de todo: de renta per cápita, de teléfonos, de casas con electricidad y con agua corriente. Se leían menos libros y se construían menos museos y bibliotecas que en cualquier otra región de EE.UU., sin embargo estos intelectuales ofrecieron una respuesta válida, una mirada inteligente al país desde una especie de frontera económica y geográfica, pero también desde la frontera interior de su cultura, desde el provincianismo visto no como incultura sino como el prisma de la inocencia que refleja la auténtica realidad. Los escritores sureños trataban de interpretar el sentido del pasado, la identidad propia de la cultura sureña y definir tanto lo que les separaba como lo que les unía al resto del país. En resumen, buscaban el paraíso para aquellos que desde el siglo XIX eran los desposeídos. Pero la década de los años veinte no traía tiempos de bonanza. El impacto de la Depresión, aquella dura prolongación del desastre que parecía repartir sufrimiento, hambre y mucha violencia, fue mayor aún en esta región. Las palabras perdían valor ante la zozobra y el desencanto de la vida constantemente degradada. Mientras que los ricos veían crecer su poder, los pobres no tenían lo más imprescindible. Esa injusta distribución de las riquezas era la más horrenda marca de los fallos y de las injusticias de la caprichosa economía.

Algunos artistas sureños de los años treinta narran historias de la América trágica, dubitativa, quebrada y al mismo tiempo resaltan su energía y proclaman la valentía de sus héroes. Con el simple proyecto de añadir fotografías a sus ensayos, colaboraron

con fotógrafos para crear obras de una fuerza impresionante, Bourke-White y Caldwell, Wright y Roskam, Lange y Taylor o Agee y Evans emplearon la palabra y la imagen como marca de identidad del tan cacareado *New Deal*, que parecía salvar la idea básica de América. Ellos reflejaban en un espejo limpio la fuerza genuina de su cruda realidad; el sufrimiento humano de los desheredados de la tierra. No había tergiversación o interpretación posible ante la crudeza de las imágenes. De todos ellos el más famoso experimento lo constituyó la obra de James Agee y el fotógrafo Walker Evans, su fascinante libro *Alabemos a hombres famosos*, que ofrece sin argumento alguno simplemente las imágenes cotidianas de campesinos pobres del estado de Misisipi.

Hasta 1930 la Depresión ya era conocida en el Sur, no se precisaba de índices de la bolsa para identificarla. De todos modos el *New Deal* consiguió arrancarla de su capitalismo puramente agrícola y generar uno de tipo industrial y comercial. Es esta transformación la que produjo, paradójicamente, en los intelectuales, cierto sentido de traición a las viejas costumbres. Todo ello, especialmente la convicción de que el sueño americano era una falacia y que era preciso creer en sueños reales y no en idílicos deseos inalcanzables, dio sentido al nacimiento del Renacimiento Sureño.

El Sur soñaba con enterrar parte de su pasado y elaborar una nueva realidad porque su pasado desde la Guerra Civil había estado unido al fracaso y la culpa. Pero todo eso formaba parte de su identidad: difícilmente podría salir de ese círculo y renunciar a su pasado sin sentirse nuevamente culpable y traidor.

Faulkner refleja ese estado de la economía y de la sensibilidad social americana en el Sur en tomo a los años veinte. Su obra gira siempre próxima a una realidad que no avanza mucho más allá de esa década. Se siente atraído por la estética modernista porque se adapta mejor al universo fragmentado y desquiciado al que quiere aludir. Las condiciones de la sociedad, las marcas del escaso avance tecnológico sureño, el nihilismo que destila su obra son, en gran medida, subproductos de la década. Faulkner realiza en cada novela un viaje recurrente que vuelve siempre a situaciones semejantes que miran atrás, que enlazan la realidad del hombre de la Depresión con el pasado glorioso del Sur. No es frecuente la mirada optimista hacia adelante. Esa labor la lleva a cabo otro sureño, Thomas Wolfe, que descendía de la cultura de las montañas de Carolina del Norte y, como el protagonista de *¡Absalón, Absalón!*, Thomas Sutpen, fija su mirada en el futuro, a él no le preocupa la sombra de la memoria, las maldiciones provocadas por los crímenes de los antepasados. Wolfe mira a los años treinta, a la búsqueda del éxito, a ese paseo físico por una nueva geografía que crean los nuevos hombres del Sur.

En resumen, lo que unía a esta generación literaria era su convicción de la existencia de un conflicto interno que incluía aspectos como la imperfección humana, pero que se consolaba en su profunda solidaridad por parte de la comunidad y en la fe en los valores morales del individuo.



## *Estudio de la novela*

De la versatilidad del autor y de su riqueza expresiva sobresale como obra maestra *¡Absalón, Absalón!*, obra enigmática, ambigua y de una complejidad técnica extraordinaria. Intentaré ofrecer algunas consideraciones sobre los recursos que emplea William Faulkner al escribir esta novela tales como la opacidad, la narración lúdica o el narrador falto de credibilidad, los cuales nos introducen en un mundo de parámetros narrativos vanguardistas.

Cuando analizamos la novela *El ruido y la furia*, escrita en 1929, anteriormente a *¡Absalón, Absalón!*, observamos que William Faulkner, en ese momento, exploraba el fenómeno de la subjetividad con la que se percibe la experiencia, haciendo para ello jugar al lector con las infinitas posibilidades que existían entre la verdad y la mentira. Las cuatro secciones de *El ruido y la furia* nos ofrecen la historia de la familia Compson narrada desde cuatro puntos de vista correspondientes a cuatro testigos de los acontecimientos, todos ellos afectados por diversos prejuicios que nos imponen una visión tergiversada de la realidad. Al mismo tiempo, la trama de la novela se convierte en un reflejo multiplicado de sí misma y se reproduce cuatro veces ante nuestros ojos.

Faulkner escribe *Pylon* en 1935, inmediatamente antes que *¡Absalón, Absalón!*, y allí ya se planteaba las mismas preguntas referidas a las posibilidades y límites del conocimiento humano, para lo cual abandona los moldes realistas e insiste en el plano propio de la metanarración y el empleo de la autorreflexividad, recursos que enfatizan la estructura de la novela por encima del argumento. Un joven periodista que escribe con el fin de alcanzar una alta calidad literaria en sus reportajes, recurre a falsear la realidad. El juego entre la realidad y la mentira se proyecta esta vez a través de un relato apócrifo cuyas características descubre en toda su complejidad. En palabras de Michel Gresset, «*Pylon* es una obra incluso más auto-consciente que las anteriores» y añade «los paralelismos forzados, las concatenaciones y las repetidas dislocaciones del primer párrafo del texto tienen el efecto de convertir el mundo referencial en irreal»<sup>[11]</sup>. Ésta es la razón principal que determina la herencia de esta novela en la siguiente, con la que alcanzamos a comprender la noción de autoconsciencia de un mundo irreal. *¡Absalón, Absalón!* es la novela de la exploración de aquellos filtros que son parte de la realidad y al mismo tiempo visillos opacos que nos alejan de su percepción objetiva, si es que la objetividad absoluta existiera.

El núcleo de la historia de Thomas Sutpen parte de la adquisición de unos terrenos que convierte en plantación y en la que construye una pretenciosa mansión de dimensiones gigantescas, símbolo de la ambición de Sutpen. De su dinero nada sabemos, pero le sospechamos un origen oscuro. Su plan incluía habitar esa enorme mansión con una familia propia y para ello se casa con una mujer, Ellen, que siguiendo la costumbre de la época no puede decidir su futuro y que será terriblemente desgraciada porque su marido la tratará como a la simple procreadora

de unos hijos que sólo le pertenecen a él. Sus hijos, Henry y Judith, constituyen un seguro de continuidad en los planes de grandeza familiar. A ese modelo familiar se le interponen las sombras que provienen de otra supuesta familia que Sutpen ha abandonado en otro país. Había repudiado a su familia tras descubrir que corría sangre de color por las venas de su esposa y consecuentemente del hijo de ambos. En una curiosa coincidencia propia de un drama romántico, sus dos hijos, el abandonado por su padre, Charles Bon, y el hijo legítimo, Henry Sutpen, se hacen íntimos amigos e incluso nace el amor entre los hermanos Bon y Judith. El amor, el racismo (aunque la raza de Bon no se explícita en ningún momento, constituye una suposición dominante en la novela) y el honor se combinan constmyendo una historia que acaba con las esperanzas en el modelo idílico de la cultura de la plantación. Henry desaparece tras matar a Charles Bon, Judith cae enferma, y el odio envenena las relaciones entre la familia Sutpen.

El primer problema, referido a las limitaciones propias de la capacidad del conocimiento, es el de hallar un narrador objetivo, para lo cual el autor prueba la validez de cuatro. Los cuatro narradores son: la señorita Rosa, cuñada de Sutpen; el señor Compson, un vecino; Quentin, hijo del anterior, y Shreve, compañero de habitación de Quentin en la residencia de la Universidad de Harvard y el único que no ha visitado el Sur. De un modo u otro los cuatro reelaboran los acontecimientos de la vida de Thomas Sutpen y cada uno ofrece una versión parcialmente distinta de la realidad. Los narradores transmiten preferentemente datos sobre sus propios sentimientos: sus miedos, sus prejuicios, sus sospechas o sus deseos se interponen en la búsqueda legítima de la voz autorizada que llegue a la verdad.

El desconcertante relato narrado por el señor Compson y su desesperación al ser incapaz de enlazar los datos con sus correspondientes causas, le llevan a aceptar el lúdico propósito de la narración. William Faulkner es consciente de esta distorsión que subyace en la trama y así confiesa que después de una escritura cuidadosa de la historia solamente obtenemos las palabras, las puras formas. Crea la narración más escueta posible: la historia de contar una historia y la autorreferencia consiste simplemente en tratar de conocer y de comunicar. Es esta indeterminación en la transmisión de un mensaje lo que interesa a Brian McHale, que emplea esta novela como ejemplo del recurso propio de la duda sobre la posibilidad de acceder a una comprensión lógica de la realidad circundante:

El texto pasa de la mimesis de las narraciones de los distintos personajes a la diégesis sin mediación alguna de los personajes «contándole» al autor «mostrándonos» directamente lo que sucedió entre Sutpen, Henry y Bon. El misterio del asesinato se «soluciona», sin embargo, no a través de procesos gnoseológicos de valorar la evidencia y hacer deducciones, sino a través de una proyección imaginativa de lo que *pudo* —y el texto insiste, *debió*— haber sucedido<sup>[12]</sup>.

A McHale le interesa el paso que da la obra desde los problemas ya tratados en *El ruido y la furia*, referentes a la capacidad de nuestras mentes de comprender los

hechos (ejemplificado en la mente de Benjy Compson) y los problemas más profundos que se cuestionan ahora: incluso la propia existencia de la realidad y la existencia de líneas lógicas entre los acontecimientos. Esta novela significaría ese paso adelante en el planteamiento ontológico de dudar de la existencia misma de la historia, lo que conlleva un principio radicalmente distinto a la hora de presentar el argumento.

Uno de los temas centrales de *¡Absalón, Absalón!* consiste en conocer los límites del conocimiento humano, la lucha por discernir la verdad a pesar de la ausencia de datos fundamentales para lograrlo. Constituye este tema una estrategia atrevida y absolutamente adelantada a su tiempo. Cientos de detalles pueblan la obra, los cuales en definitiva carecen de la capacidad absoluta de clarificar el argumento: no sabemos si Bon era consciente de ser hijo de Thomas Sutpen; Quentin y Shreve imaginan escenas conmovedoras en las que Bon ansia ser reconocido por Thomas; todos los narradores quieren tener una respuesta al misterio del asesinato de Bon por parte de Henry Sutpen y si había alguna razón que ligara este hecho al noviazgo de Bon y Judith. El señor Compson no entiende por qué Bon envió una carta de despedida a Judith por la que se infiere que conocía datos no explícitos en la novela. Así, los innumerables datos perdidos constituyen un campo de pruebas perfecto para la retórica cíclica de esta novela.

William Faulkner emplea de un modo exhaustivo el monólogo interior con un narrador que actúa como si tuviera una audiencia. Según la clasificación de Bakhtin de los discursos, descubrimos que aquí siempre hay un narrador y un interlocutor, esperamos que la oratoria sea consciente del narrador para estar dirigida al fin de la persuasión, pero en cambio el enorme juego de la oratoria y la retórica es monológico: la oratoria se enmascara mientras que deja entrever los elementos más característicos de la narración autorial. Todas las voces, excepto tal vez la de la señorita Rosa, se reducen a una sola. Estoy de acuerdo con Stephen Ross cuando dice que todo el libro está subrepticamente negando la presencia de estos cuatro narradores, lo que explica que la diferencia entre ellos sea pequeña y que por debajo se vislumbre sólo una voz que hace la obra explícita. Éstas son las palabras de Stephen Ross:

El estilo muy cargado de tintes oratorios de *¡Absalón, Absalón!*, estilo que Faulkner llamó «maldición sureña», conduce todas las voces del texto hacia una única voz. Todos los oyentes, todos los hablantes, todos los acontecimientos se elevan a una «voz» monológica generada por la acumulación de retórica bien asentada. El resultado es un exceso, una plenitud de voz. Incluso cuando se le asigna a un personaje-narrador en concreto, la voz es demasiado rica o demasiado densa, demasiado opuesta al cambio para ser considerada la posesión de un solo personaje<sup>[13]</sup>.

Un buen ejemplo de esta conjunción de narradores en una única voz es la metáfora que afecta a las versiones de Quentin y Shreve al recrear la historia. Desde su habitación en la Universidad de Harvard, los dos amigos pasan el tiempo hablando

de sus propios entornos familiares. Quentin rescata del recuerdo la historia de los Sutpen y suple la falta de información con elementos propios de su imaginación. La información es frecuentemente de segunda y tercera mano, por tanto, para alcanzar la verosimilitud, la historia se adapta a los gustos, prejuicios y deseos del narrador más que a los de la realidad. Shreve retoma la narración cuando Quentin lo deja y él adorna más aún la ya dislocada historia que con su inflamada imaginación alcanza la categoría de una auténtica obra de ficción narrativa. La misma fuerza enlaza a ambos, y también sabemos que a otro nivel, la misma pluma escribió ambas historias, por lo cual se plantea la autoconsciencia del texto que revela implícitamente sus fuentes. Así explica el narrador el acto de creación entre ambos, Quentin y Shreve, en esta nueva ocasión:

Se miraron fijamente —con ira— el uno al otro, sus voces (era Shreve quien estaba hablando, aunque salvo por la ligera diferencia que los grados intermedios de latitud había inculcado en ellos (diferencias no de tono o acento sino de giros lingüísticos y uso de las palabras), podría haber sido cualquiera de ellos y que de alguna forma eran ambos: los dos pensando como uno solo, siendo la voz que por azar estuviera pronunciando el pensamiento tan sólo el acto de pensar convertido en audible, vocal; ellos dos creando juntos, de pedazos y cabos sueltos de viejas historias y habladurías, personas que posiblemente jamás habían existido en ningún lugar, quienes, siendo sombras, no eran sombras de carne y hueso que hubieran vivido y muerto sino sombras a su vez de lo que (al menos para uno de ellos, para Shreve) también eran sombras) serenas como el visible murmullo de su aliento convertido en vapor<sup>[14]</sup>.

El estilo uniforme creado por la voz es inequívoco cuando los discursos de Quentin y Shreve confluyen en uno solo. Este texto pudo haber sido escrito por un crítico literario porque evidencia una cualidad metaliteraria o, en expresión de Ihab Hassan, una consciencia paracrítica, donde la lengua es elevada y dramatizada arbitrariamente. Todos los narradores comparten el uso de una elevada abstracción, de una complicada sintaxis, el uso magistral de las metáforas y un tono mantenido por un narrador ideal. En el caso de Quentin y Shreve la personalidad de uno se funde con la del otro de tal manera que Quentin habla como si de su compañero canadiense se tratara y viceversa: «no importaba (y posiblemente ninguno de ellos era consciente de la distinción) cuál había estado haciendo uso de la palabra»<sup>[15]</sup>. Sin embargo, no sólo las palabras de uno recuerdan a las del otro, sino que debido a su posición en la cadena de transmisión, el relato mismo se ve impregnado de las palabras de los anteriores narradores, Shreve retoma su imaginativa historia imitando el estilo del relato de la señorita Rosa Coldfield y el señor Compson, al que le gusta emplear alusiones literarias; también Quentin imita a su padre e incluso a su abuelo y trata de integrarlo todo en su propio discurso. Al ser los últimos en ofrecer su versión de la historia, es lógico que recurran a discutir sobre ideas ya presentadas por otros narradores que encajan perfectamente en la ya compleja historia:

Aquí están, pero falta algo; son como una fórmula química exhumada junto con las cartas de ese cofre olvidado, con cuidado, el papel viejo y marchito y rompiéndose a trozos, la letra desdibujada, casi indecifrabable, aunque cargada de significado, conocida por la forma y el sentido y el nombre y la presencia

de fuerzas volátiles y sensitivas; las mezclas en las proporciones indicadas, pero no sucede nada; las relees, pausadamente y con interés, estudiándolas detenidamente, asegurándote de que no has olvidado nada, que no has cometido un error; las unes todas de nuevo y otra vez no ocurre nada: sólo están las palabras, los símbolos, las formas mismas, indefinidas inescrutables y serenas, frente al turgente telón de fondo de un terrible y sangriento infortunio de acontecimientos humanos<sup>[16]</sup>.

Cada uno de los narradores evidencia diferentes actitudes que dependen mucho de sus experiencias, su edad, el tipo de sociedad en la que crecieron y, por supuesto, el tipo de sentimientos que les produce la historia. El empleo habitual de cursiva indica que los personajes no están hablando, pero no están pensando tampoco: se encuentran en un claro ejemplo de monólogo interior indirecto, en un discurso empático. Como podemos observar en el siguiente párrafo de Quentin, el tipo de narración es propia de la imaginación desbocada de los dos jóvenes amigos:

—Sí, —dijo Quentin—. Los dos hijos —mientras estaba pensando *Sí. Quizá los dos seamos Padre. Quizá jamás nada ocurre una sola vez y termina. Quizá el ocurrir no es único sino como las ondas quizá sobre el agua después de que el guijarro se hunde, con las ondas moviéndose, expandiéndose, el charco ligado por un estrecho cordón umbilical de agua al siguiente charco que el primer charco nutre, ha nutrido, nutrió, probemos que este segundo charco contenga una temperatura de agua distinta, un distinto conjunto de moléculas de haber visto, sentido, recordado, que refleje en un tono distinto el infinito cielo inmutable, no importa: el acuoso eco de ese guijarro cuya caída ni siquiera vio también se mueve a través de su superficie con la misma ondulación primitiva, hacia el viejo ritmo inamovible pensaba. Sí, ambos somos Padre. O tal vez mi padre y yo seamos los dos Shreve, tal vez hizo falta mi padre y yo para hacer a Shreve o Shreve y yo para hacer a Padre o tal vez Thomas Sutpen para hacemos a todos nosotros*<sup>[17]</sup>.

El problema gnoseológico que trasciende a esta obra se produce por la colonización de la autoconsciencia por parte de una presión romántica. En un afán de dominar la naturaleza; entre la realidad y lo irreal surge el poder de la imaginación con un ímpetu creativo que sobrepasa las barreras de lo racional<sup>[18]</sup>. Es interesante ver cómo la imaginación adquiere un poder tan absoluto sobre la historia a través de varios recursos expresivos. El narrador presenta una respuesta emocional de los personajes antes de que conozcamos el origen del problema: por ejemplo la señorita Rosa aparece en actitud de duelo y alude a hechos trágicos pero no conocemos esos hechos hasta el final de su relato. En ese instante recopilamos toda la información y hacemos la composición definitiva de la escena. En otras ocasiones se produce una retención del curso normal de la historia que se suspende a lo largo de muchas páginas y vuelve a surgir de un modo inesperado. Este recurso invita al lector a participar en la narración anticipando un nuevo acontecimiento de la trama.

Otro recurso de carácter lúdico se produce cuando el autor mantiene una conspiración con el lector que entiende que las extrañas irregularidades (errores, vulgarismos, etc.) en el lenguaje no evidencian siempre la falta de cultura del personaje, sino que aportan otros valores significativos como su intencionalidad: su bondad o maldad. En ese juego constante que constituye la búsqueda de la realidad discerniéndola de la mentira, aparecen intactos unos elementos propios del más puro

realismo que parecen querer convencernos de la existencia de indicios ciertos de la verdad. Evidencias tangibles de que la comprensión de los acontecimientos es posible es la carta de Charles Bon a Judith indicándole su deseo de volver a verla tras la Guerra. Es el documento más importante de la novela, sin embargo carece de fecha, de firma y de encabezamiento, y el estilo es irónico y ambiguo con largos párrafos entre paréntesis, palabras enteras en letras mayúsculas —que suelen indicar en William Faulkner el uso de lenguaje oral—, todo ello hace que dudemos de la autenticidad de la carta. Somos conscientes de la arbitrariedad de la ficción y recordamos así las palabras de Robbe-Grillet cuando mantiene que toda palabra es un signo y sólo se representa a sí mismo.

Múltiples dudas quedan sin resolver. Aunque la mayoría de los críticos coinciden en defender que Charles Bon tenía sangre negra, no hay evidencias en la novela de que esto fuera así, del mismo modo que sucede en *Luz de agosto* con Joe Christmas. Incluso al final del libro *Shreve*, en su reconstrucción de las razones por las que Bon quiere casarse con Judith, deja abierta la duda de si son hermanos o no, lo que nos abandona en la incógnita de si Bon era hijo de Sutpen. Se nos oculta el lugar de nacimiento de Sutpen que no aparece ni siquiera en su tumba, en un acto rebuscado de oscurecer su origen. A este respecto, en una entrevista, William Faulkner explica cómo esta novela supone una difícil búsqueda de nuestra propia verdad:

Creo que ningún individuo puede mirar a la verdad. Te deslumbra. La miras y ves una fase de ella. Otro la mira y ve una fase ligeramente alejada de ella. Pero si las tomamos todas juntas, la verdad está en todo lo que vieron ellos aunque nadie haya visto la verdad intacta... Es... trece formas de mirar al mirlo. Pero la verdad, quiero pensar, surge cuando el lector tiene su propia decimocuarta imagen que quiero pensar que es la verdad<sup>[19]</sup>.

La interpretación de la novela partiendo del hecho de que el autor nos oculta información tiene un importante apoyo en el estudio que Gerald Langford<sup>[20]</sup> hizo de las revisiones que sufrió esta novela desde el manuscrito hasta su publicación, a pesar de que los errores interpretativos plagan este libro. El manuscrito final de la novela incluía al principio unos párrafos que hacían explícita la identidad de Bon como hermano de Henry y también aclaraba que Bon era de color, lo cual había sido la razón del repudio por parte de Sutpen de su primera mujer. William Faulkner suprimió estos párrafos en la revisión del manuscrito y su decisión fortaleció el suspense y el misterio. Pero una vez asentado este dato carece de explicación que añada una cronología y una genealogía de los personajes como apéndice al libro en su versión final. Ambos rompen la perfecta imbricación del argumento creando más discrepancias respecto a la intención real del autor. Si Faulkner hubiera querido que conociéramos ordenados todos los datos de las vidas de los personajes no habría escrito esta novela sino otra muy distinta con un argumento transparente. Estas palabras de Joseph Urgo insisten en este error que es el único que perjudica la unidad de la novela:

Cuando Faulkner volvió a *¡Absalón, Absalón!*, lo hizo con una fe renovada en su estética apócrifa. Añadió un apéndice a *¡Absalón, Absalón!* con una genealogía estandarizada y una cronología que contenía toda la información de la narración sobre lo que le pasaba a Sutpen y a su prole. Este apéndice «objetivo» a la novela es irrisorio y realmente actúa como una parodia de lo que se alcanza en el libro<sup>[21]</sup>.

Ciertamente, la explicación de que William Faulkner incluyera estos dos resúmenes aclaratorios de la complejísima historia de la novela es de índole económica. En enero de 1936, fecha en la que terminó esta novela, su autor se encontraba en medio de terribles problemas y las deudas acechaban peligrosamente a la familia del escritor. Esta novela era su esperanza para conseguir dinero y acariciaba la idea de venderla a la industria cinematográfica por una cantidad muy alta de dinero<sup>[22]</sup>. Sin embargo, tras el rechazo reiterado de numerosos editores, se vio obligado a aceptar la oferta de escribir la cronología y la genealogía como medio de clarificar la historia a los lectores poco atentos. Al mismo tiempo, su editor se aseguraba más opciones de alcanzar éxito comercial aclarando este oscuro libro. La presencia de la genealogía y la cronología destruye parte de la esencia elíptica de la novela que con tanto esfuerzo labró su autor. Quede bien claro, por tanto, que la voluntad literaria ha vuelto a ser alterada por elementos externos que perjudican la unidad creativa de la obra. Ciertamente la crítica internacional está de acuerdo en que a pesar de la obsesión por la técnica narrativa que subyace en toda la obra de William Faulkner, la preocupación por conocer los más finos entramados de la Historia es generalmente prioritaria. La incesante investigación del escritor en los datos de la Historia se mantiene inalterable en la trayectoria de William Faulkner, su mundo más auténtico es el que le asocia al paso del tiempo con todas sus consecuencias en opinión de André Bleikasten: «Incluso *¡Absalón, Absalón!*, a pesar de su incesante exhibición e indagación en las prácticas narrativas, presenta un marco realista de referencias y su último objetivo no es otro que la Historia»<sup>[23]</sup>. Con este afán fluye paralelamente su investigación de los procedimientos para aprehender la verdad, en los recursos que nuestro intelecto pone al servicio del conocimiento de la verdad. Tal vez sean los métodos del historiador los que pone a prueba el escritor y por ello nos ofrece una vía alternativa a la de la disciplina histórica. Los métodos históricos que recogen y ordenan los datos, que articulan cadenas de causalidad y establecen jerarquías para ordenar la importancia de los acontecimientos, son sustituidos por la imaginación creativa. La voz del narrador alardea de una capacidad única para crear la subordinación caprichosa, la yuxtaposición de datos irrelevantes e importantes. *¡Absalón, Absalón!* es el más claro ejemplo de una obra original de creación pseudohistórica. El escritor genera un amplio abanico de respuestas producto de la imaginación que entran a formar parte de un mundo paralelo al sensible. La falta de autoridad y la escasez de información esencial interrumpen la transmisión del argumento dejándolo en suspenso. Con todos estos recursos expresivos la novela se convierte en vehículo de connotaciones externas a su propio control, las referencias lo son a otro universo verbal ficticio y no al real. Esto se halla unido a la importancia

que asume el procedimiento narrativo de la tradición oral y, como consecuencia, la intencionalidad impuesta por este recurso generativo de la acción.

Como ya hemos indicado, *¡Absalón, Absalón!* narra la historia de los problemas que surgen a la hora de contar una historia y al transmitirla a través del lenguaje. El problema es gnoseológico y se centra en las opciones reales de contar una historia ficticia sin que esté necesariamente atada por los mecanismos de la Historia. Los cuatro narradores exploran las posibilidades de aprehensión de la certeza y de la duda, y su esfuerzo conduce a una parodia de cómo se narra. Este recurso, aquí magistralmente desarrollado, es un antecesor de la metanarración que se haría tan famosa a mediados del siglo xx. Se marca así la ruptura con la mimesis y con el arte tradicional de narrar, lo cual constituye el elemento más original y sugerente de esta novela.

### *La plantación de Thomas Sutpen*

Como le sucedía a los personajes de Henry James que se integraban perfectamente en las mansiones del paisaje urbano de Londres o Nueva York; o los de Willa Cather que encienden sus chimeneas en las frías casas de Nebraska, o los de Francis S. Fitzgerald ostentando su fortuna en las mansiones de Long Island, la búsqueda de un paisaje interior está acompañada inevitablemente por ese paisaje geográfico que enmarca el argumento literario, dándole color y forma. Ese paisaje viene ahora presidido por el símbolo que más aúna la ambición y la deshumanización de la vida de la plantación que es la mansión sureña, situada en el Ciento de Sutpen, «las cien millas cuadradas de tierra tranquila y atónita» de las que Sutpen «arrancaba la casa y los jardines violentamente de la Nada silenciosa»<sup>[24]</sup>. Thomas Sutpen se hace construir su mansión colonial en un paraje virgen, comprado a los indios y por tanto el símbolo más primitivo de las estructuras de poder que rigen el avance de la civilización en época colonial. Inicia la construcción de la casa bajo la dirección de un arquitecto francés que parece más bien un prisionero que un hombre libre. La construcción de la casa tiene matices de represión y de autoritarismo. Los que la habitan estarán condenados a ser esclavos de su señor y no existe relación contractual posible. De hecho, la huida del arquitecto tras un largo período de reclusión en el recinto de las obras, constituye un pasaje humorístico en la novela que no se caracteriza en absoluto por el humor. El arquitecto huye y los esclavos negros, Sutpen y algunos vecinos de Jefferson, inician la batida para capturarlo como si se tratara de un oso. La imagen de los perros persiguiendo al arquitecto por las plantaciones y ciénagas de Misisipi es paradójica puesto que normalmente son los hombres blancos los que persiguen a los esclavos negros fugitivos.

Es curiosa la importancia de las dimensiones de la mansión como símbolo que justifica por sí solo la relevancia social dentro de la aristocracia colonial. Sutpen sabe,



porque lo ha aprendido en Haití, que sin una mansión nunca será considerado un hombre influyente. Sus pretensiones se ven claramente guiadas por una ambición desmedida al construir una mansión de magnitudes totalmente desproporcionadas. Tal megalomanía contrasta con sus muros desnudos durante años y la falta de puertas y ventanas. Sutpen acaba su dinero y no es hasta años después cuando tras un misterioso viaje vuelve cargado de muebles para la casa. Sin embargo, la casa nunca será confortable, las costumbres de los seres que la habitan son vulgares y toscas y nunca alcanzarán el estilo aristocrático que su dueño soñaba. La mente emborrachada de ambición de Sutpen hace del dinero su único instrumento para saltar la barrera social desde su posición como emigrante a señor de una gran plantación. Por ello no es extraño que la mansión acabe trágicamente siendo pasto de las llamas, como si sufriera los efectos de una maldición, y es además el último vástago de los Sutpen, Jim Bond, quien grita al sentir el calor del fuego que acaba destruyendo todo. Es al final de la novela cuando oímos la voz de este personaje que se ve amenazado por la experiencia de la orfandad, al igual que le sucede a la casa, el abandono que siente el joven le consumirá finalmente:

[Clytie] el trágico rostro de gnomo debajo del limpio pañuelo sobre la cabeza, en contraste con el rojo fondo del fuego, vista durante un momento entre dos torbellinos de humo, observándolos, tal vez ni siquiera con triunfo y no más desesperación de la que llevaba, posiblemente tranquila sobre las chillas que se derretían antes de que el humo se arremolinara sobre ellas de nuevo —y él, Jim Bond, el vástago, el último de su estirpe, contemplándolo también y aullando como un humano ya que ahora podía conocer por qué estaba aullando. Pero no pudieron atraparlo. Podían oírlo; no parecía que se hubiera alejado demasiado pero no pudieron acercarse a él y tal vez en el momento no pudieron ni siquiera localizar la dirección de la que provenía el aullido<sup>[25]</sup>.

El joven mulato vive la destrucción de la casa como expresión última de la destrucción de la familia. De este modo la experiencia de la orfandad de Jim Bond se dispone como un peregrinaje en etapas desde sus antepasados negros, arrancados de África, a la explotación en Haití, la orfandad en Nueva Orleans y la adopción desesperada de Judith, que trata así de retener los últimos vestigios de sangre familiar en Jefferson. Jim Bond representa con su aullido final el comienzo de una vida con identidad propia como ser humano, no como heredero de linajes irreconciliables por prejuicios raciales. Se hermanan inevitablemente en nuestra memoria estas paredes vacías de la mansión del Ciento de Sutpen con los muros desconchados de la casa de los Compson en el mismo Jefferson. Allí la familia veía como el progresivo deterioro de las finanzas despoblaba las paredes de cuadros, relojes, alfombras y espejos.

En el proyecto vital de Sutpen parece en principio que la tierra, la riqueza y una esposa son elementos irrenunciables, pero con el paso del tiempo va reduciendo sus exigencias y acaba perdiéndoles el respeto a los bienes materiales. El matrimonio, la tierra y la riqueza eran elementos de un código de respetabilidad que nunca formó parte de sus convicciones y, por tanto, renuncia a semejante código. Sin embargo, lo que sí constituye el centro del planteamiento de Sutpen y lo prioritario para él es tener

un heredero, formar la dinastía, pero solamente si es a través del hijo varón. Como en una versión perversa del patriarca Abraham, esta idea obsesiva le persigue hasta el último momento de su vida, incluso es el objeto de sus últimas palabras antes de morir asesinado cruelmente.

Es original el planteamiento de la novela donde el protagonista concibe un plan, un proyecto de vida de enormes dimensiones y consecuencias, y su existencia minuto a minuto se convierte en un reto hacia su consecución. La rigidez de su actitud nos recuerda a los fanáticos personajes de la Nueva Inglaterra puritana o a los personajes bíblicos cuando un mandamiento divino conduce ciegamente sus vidas. Sutpen se presenta con frialdad y decisión:

De modo que cuando llegó la hora en la que comprendí que para llevar a cabo mis designios necesitaría antes que nada y sobre todas las cosas dinero en cantidades considerables y en un futuro bastante inmediato, recordé lo que nos había leído y partí hacia las Antillas<sup>[26]</sup>.

No hay duda en su decisión, semeja un proyecto guiado por una profecía o al pirata guiado por una irrefrenable ambición. Muchos han interpretado esta voluntad férrea de Sutpen como una característica propia del Norte, no en vano procede de Carolina del Norte, y su tradición no es exactamente la de la plantación. Es digno de estudio este aspecto de la novela, pero no debemos olvidar que lo que Faulkner tenía en mente era el ultraje del hombre hacia la tierra, es decir, buscaba un ser insensible a las costumbres y al carácter propios de Misisipi para que su acción nefasta produjera la venganza de la tierra. Faulkner tiene en mente siempre a los personajes del Antiguo Testamento, su fe en el destino, sus supersticiones y sus esperanzas en la justicia divina constituyen una base común a toda la obra del autor. El plan de Sutpen es una obsesión, no una elección:

Su problema era la inocencia. Descubrió de repente, no lo que quería hacer sino lo que tenía que hacer, lo que estaba obligado a hacer quisiera o no, porque si no lo hacía sabía que nunca podría vivir consigo mismo el resto de sus días, jamás podría vivir con lo que todos los hombres y mujeres que habían muerto para crearlo a él<sup>[27]</sup>.

Sutpen cambia los valores de la frontera por los de la empresa comercial y decide vivir en un contexto que no le es familiar y en un código de costumbres que desconoce. Los valores que comprende son los de la frontera y uno de ellos es que la superioridad física concede el liderazgo. Sutpen creció en el contexto de la frontera donde la ley no existe, pero es inteligente dentro de su terquedad, y aprende que para su vida en Jefferson es preciso pertenecer al grupo que ejerce el poder. La jerarquía que se establece en el Ciento de Sutpen está basada en las luchas cuerpo a cuerpo con los esclavos, luchas que representan una prueba irrefutable de su superioridad, así es como impone su voluntad sobre ellos. Del mismo modo, su sentido de la autoridad está conectado con la dominación más que con el respeto y ahora aprende a

establecer una nueva relación con sus conciudadanos.

El plan que proyecta Sutpen está ciegamente planteado para durar generaciones y por ello precisa de descendientes, de una dinastía, pero las oscuras circunstancias de la muerte de Charles Bon y la huida de Henry le dejan sin herederos varones, aquí comienza el final de su plan: «y tal vez es este el instante que el Destino siempre escoge para amenazarte, pero la cúspide nos parece tan sólida y estable que el principio de la caída se oculta por algún tiempo»<sup>[28]</sup>. Pero no es sólo el mestizaje lo que perjudica su plan dinástico es, como en el caso de Absalón<sup>[29]</sup>, el crimen lo que hace que su hijo tenga que huir, y la Guerra es otro elemento determinante en la pérdida de su proyecto inicial. Es cierto que gana en popularidad al ser valorada su valentía tras su actuación como coronel del Ejército Confederado. Pero también es cierto que se arruina económicamente y por tercera vez vuelve a empezar de cero. Thomas Sutpen planifica su futuro con audacia y el destino le maldice una y otra vez. Cleanth Brooks le confiere un grado de respetabilidad: «A Sutpen no le falta moralidad o cierto código del honor. De acuerdo a su propio criterio él es un hombre justo»<sup>[30]</sup>. Y siguiendo con la evaluación de sus valores, Ilse D. Lind<sup>[31]</sup> indica que las buenas cualidades de Sutpen son coherentes con su propio código de honor. Señala que no abandona sin recompensa a su antigua esposa, sino que le deja las propiedades que ambos tenían; siempre agradece y devuelve los favores; nunca culpa a los demás de sus errores, simplemente se pregunta dónde estuvo su fallo; no es hipócrita y no acude a la iglesia simplemente porque no es un hombre religioso, y por último dice sin miedo lo que piensa. Por estas razones opina que su comportamiento no es inmoral. Dentro de su propio código moral, la actividad del plantador es perfectamente aceptable y racional: quiere dinero, una casa, una plantación, esclavos y una familia. Pero lo que intriga a todos los narradores de la novela es por qué fracasa tan estrepitosamente ese plan y todos ellos descubren motivos diferentes. Para Rosa es su carácter, su frialdad, su ambición desmedida y su falta de educación y modales. Como apunta Richard Moreland con respecto a la proposición hecha a Rosa, Sutpen corrompe con su búsqueda de un vástago tras la Guerra Civil la «tan profunda santidad del culto a la doncella blanca del Sur»<sup>[32]</sup>. Para el Señor Compson es una combinación de mala suerte y de falta de conocimiento de Misisipi, sus costumbres y sus normas sociales. Para Quentin y Shreve, en cambio, el fracaso cobra tintes muy imaginativos y culpan al plan mismo, su estructura, su ambición y su crueldad, pero también al destino.

Faulkner explora en esta novela las fuerzas que motivan al ser humano a actuar, tales como la ambición y el orgullo, y por otra parte trata de comprender la dinámica interna de su fracaso. Principalmente resalta la obvia conclusión de lo inútil del esfuerzo cuando el destino tiene otros designios y de lo difícil que resulta generar amor cuando no se ama. Sutpen es frío y jamás se alude a que realice esfuerzos por expresar amor, actitud que lógicamente no le devuelve amor ni siquiera cariño entre sus familiares. Richard P. Adams<sup>[33]</sup> ha comparado a Sutpen con Ahab, el

protagonista de *Moby-Dick* y concluye que en ambos casos su final se debe a que tratan de dominar y de utilizar a las personas en vez de participar en el proceso con amor.

El fracaso del proyecto vital ideado por Thomas Sutpen tiene su origen, entre otros problemas, en el prejuicio ciego que siente hacia diferencias socioculturales como rico y pobre, blanco y negro, mujer y hombre. Incluso el lenguaje que emplea tiene unas señales que le identifican dentro de un género, de una raza y de un nivel económico determinados. La escritura parte siempre de una posición enteramente masculina, que sin embargo es criticada muchas veces a lo largo de la novela por el narrador implícito, para dar voz a la compasiva y serena mujer sureña. Esa integración del discurso narrativo en la cultura patriarcal del plantador hace que el lector sea completamente consciente de la enorme importancia que tiene en el desarrollo del enredo novelesco la perspectiva obsesivamente masculina de la historia.

En mi opinión, Faulkner otorga un lugar preeminente a sus personajes femeninos y es perfectamente sensible a sus luchas y al desencanto de la opresión a la que las somete un mundo dominado por el varón. Sin embargo, aunque su importancia en la novela lo requeriría, es frecuente que los personajes femeninos no tengan voz. En *Mientras agonizo* la voz de Addie, que sólo parece hablar desde más allá de la muerte, es voluntariamente cercenada por el autor, y Caddy Compson, en *El ruido y la furia*, a pesar de ser un personaje central, es la única de los hermanos Compson que no ofrece de primera mano su visión del deshumanizado hogar familiar. Aquí, en el Yoknapatawpha del patriarca Sutpen, contamos con una voz femenina explícita, que se nos ofrece en toda su complejidad. La primera sección de *¡Absalón, Absalón!* está narrada por la señorita Rosa Coldfield. El discurso fuerte, lacerante y ágil de la anciana deja ver su clara posición como víctima despojada de su destino que no era otro que el de la procreación, revelándose contra las causas de su fracaso. Sus expectativas individuales se vieron limitadas y hasta ridiculizadas —no olvidemos que Rosa respeta el mundo patriarcal en el que vive—, es evidente su alienación como ser humano y el restrictivo papel que ella asume en la sociedad, pero la señorita Rosa lamenta el hecho de no haber llegado a ser esposa y madre. Culpa de su desgracia al matrimonio de su hermana con un hombre excéntrico y falto de sentido de la familia, a su pronta orfandad y a la Guerra Civil, que dejó su pueblo sin hombres con los que casarse. Ella quedó fuera de todo contexto propicio para desarrollarse como esposa y madre. La sensibilidad dominante, la del hombre, hace que ella sea víctima del abandono más absoluto, al no tener posición alguna al amparo de un hombre. No es ni una señora casada ni una soltera independiente, sino que se mueve en un terreno de múltiples dependencias. Recordemos las palabras, tan repetidas entre los estudiosos de Faulkner, donde el señor Compson, siempre sincero, y al tiempo pesimista, asume la desgracia de las mujeres: «—Oh —dijo el señor Compson—. Hace años nosotros los sureños convertimos a nuestras mujeres en

damas. Luego vino la Guerra y las damas se transformaron en fantasmas»<sup>[34]</sup>. Así se entiende la existencia de la señorita Rosa como malograda debido a las circunstancias, el sino de los Coldfield. Pero esa concepción de las mujeres como seres-fantasmas, carentes de un lugar en la sociedad que había cambiado demasiado y no encontraba un lugar para ellas, se presenta con más crueldad en estas palabras donde Quentin y Shreve comentan sobre Henry:

... un hombre joven que había crecido y vivido en un lugar en el que el otro sexo estaba dividido en tres grupos bien definidos, separados (dos de ellos) por un abismo que sólo se podía cruzar una vez y hacia una sola dirección —damas, mujeres, hembras— las vírgenes con las que algún día se casarían los caballeros, las cortesanas a las que recurrían en días de fiesta en las ciudades, las mujeres y muchachas esclavas sobre las que la primera casta reposaba y a las que sin duda debían en ciertas ocasiones su propia virginidad<sup>[35]</sup>.

Las demás no tenían nombre aún, no existían en el conglomerado social de la época. Eran, en el empleo que hace la señorita Rosa del lenguaje, no-mujeres y no-humanas, simplemente seres en espera de clasificación, como ganado sin marcar. Ésa es la desgracia de Rosa y de Judith también, pero lo es de las jóvenes andaluzas en *La casa de Bernarda Alba* y de las mujeres sin hijos de las tragedias griegas. Rosa es inteligente y observa con despecho que incluso las mujeres del Sur a las que envidia, las que tienen un sitio en la sociedad, a pesar de llevar vidas tranquilas disfrutando del ocio, también vivían distanciadas de toda realidad, como objetos decorativos pensando en el momento de su muerte. Hay en las palabras de la señorita Rosa ironía y al mismo tiempo hay una crítica social al mundo de la mujer, al desgraciado sino de las divisiones entre sexos inevitables entonces en el Sur.

Pero el mayor problema que origina el relato de Rosa se debe a que sufre de una fuerte tensión emocional. Había aceptado casarse con su cuñado viudo y esperaba sus indicaciones sobre la fecha de la boda. Después se disculpa explicando que no tenía dinero y precisaba vivir al amparo de un hombre. Es solamente cuando él decide que intentarán engendrar un hijo y sólo se casarán si es varón, cuando ella califica a su cuñado de monstruo. Así pues, sus palabras de enfado narrando toda la vida de Sutpen como la de un desalmado pierden cierto valor al conocer que a pesar de todo se hubiera casado con él. Lógicamente se siente tratada como una yegua —el mismo Sutpen compara a su siguiente víctima, la joven Milly Jones, que da a luz una niña, con una yegua. Ese descarado afán dinástico de matiz tan exacerbadamente inmoral es el que desata la ira de Rosa.

Y a pesar de su experiencia apasionante, de su enfurecida narración, lo más destacado de la primera sección no es el argumento, sino el empleo del lenguaje que semeja una poesía elevada, obsesiva, profundamente amanerada y con una retórica próxima al corazón y no a los hechos. Emplea un lenguaje perfectamente elaborado y muy persuasivo, es lógico que se autodenominara «Poeta Laureada» del condado de Yoknapatawpha, ha leído, no hay duda alguna, a Byron y Walter Scott pero también

hay indicios de que Shakespeare forma parte de su inspiración. Tras los trágicos acontecimientos entre Charles Bon y Henry, Rosa entra en la casa y a pesar de escuchar las voces serenas de Clytie y de Judith, ella sabe que algo horrible ha pasado y teme descubrirlo. Siente entonces que está asumiendo la personalidad de Hamlet cuando se detiene delante de la cortina que esconde el terrible secreto, sus palabras revelan el conocimiento de la obra isabelina:

Tal vez incluso no pude haber deseado más que eso, no podía haber aceptado menos, yo que a los diecinueve tenía que haber sabido que la vida es un instante continuo y perpetuo en el que el velo misterioso ante lo-que-tiene-que-ser cuelga dócil e incluso amable ante la desnuda estocada más ligera si hubiéramos osado, o fuéramos suficiente valientes (no sabios: no se necesita sabiduría aquí) para clavar el cuchillo con desgarro<sup>[36]</sup>.

El lenguaje de Rosa parece una letanía interminable, su llanto está formado de sonidos en vez de lágrimas. Cual si fuera Casandra, Rosa ofrece una constante tensión profética en su discurso y, con Medea, Ofelia y Blanche DuBois, enloquece al quedar excluida del esquema que la sociedad patriarcal dispone para la mujer. Como expresa Minrose C. Gwin<sup>[37]</sup>, Rosa, Temple, Caddy y Addie encuentran los mismos problemas en el lenguaje, esa palabra que se resiste a servir a sus íntimos sentimientos femeninos y, por tanto, se resignan a su incapacidad para expresarse. Rosa se expresa como una loca, la voz poética es de Rosa, Faulkner la respeta, pero los demás personajes la acusan de no ser objetiva. Un enfrentamiento hombre-mujer se establece con respecto a la verosimilitud de las palabras de la anciana, situación que ha dado paso a interpretaciones diversas por parte de la crítica literaria feminista.

## ESTA EDICIÓN

Toda la obra de William Faulkner ha sido revisada por especialistas y publicada en nuevas ediciones autorizadas en EE.UU. Consecuentemente, convencida por las mejoras que introduce, he basado la traducción de esta novela en la edición publicada en 1986 por Random House de la revisión hecha por el profesor Noel Polk.

Cuando la novela fue publicada por primera en 1936, sus editores hicieron correcciones drásticas de su prosa sin tener en cuenta que Faulkner estaba experimentando con el estilo. Cortaron algunas frases muy largas, clarificaron las dificultades sintácticas, quitaron los paréntesis larguísimos que se extienden a lo largo de varias páginas, sustituyeron los pronombres personales que tanto emplea el autor y hasta suprimieron párrafos enteros de texto que se repetía o que les parecía innecesario. Noel Polk, profesor que lleva años dedicado al estudio de los manuscritos de Faulkner, mantiene en su revisión de 1986 criterios muy acertados tras contrastar los originales mecanografiados y las pruebas de imprenta corregidas por el autor con los cambios que decidían unilateralmente los correctores de la editorial.

En la versión corregida se respeta la creación de neologismos como *nohusband*, *notpeople*, o las frases larguísimas, interrumpidas por incisos interminables que nos hacen incluso olvidar la oración principal, pero se suprimen erratas obvias y algunas otras inconsistencias. Como no siempre está clara la actitud de Faulkner ante los cambios que efectuaron los correctores de estilo de la editorial por su cuenta, Noel Polk recurre a analizar la consistencia con el resto de las novelas del autor para decidir sobre los más variados temas. En alguna ocasión Faulkner mostró su irritación por la falta de comprensión del editor de su empleo irreverente de la ortografía, como el uso de mayúsculas o de cursiva, pero en otras ocasiones él mismo era culpable de inconsistencias de uso a lo largo de una novela, por eso es difícil recuperar la voluntad exacta de Faulkner.

Esta novela fue traducida al español por primera vez en 1950 por Beatriz Florencia Nelson para la editorial Emecé que se distribuía en Latinoamérica. En España, Planeta publica la novela en 1970 y un año después Alianza-Emecé, ambas con la misma traducción. La editorial Debate publica la novela en 1991 con un breve prólogo de Antonio Muñoz Molina, y con la misma traducción de 1950, pero la somete a una revisión a cargo de Encarna Castejón. La revisión tiene como fin adaptar el texto a la versión de Noel Polk, pero mantiene los criterios y el texto básico de la traducción de 1950. Por tanto, presento aquí la segunda traducción al español de la novela y confío en haber logrado una mayor fidelidad al texto, respetando la voluntad innovadora del autor y dejando traslucir con fidelidad la cualidad literaria de su estilo.

La traducción de 1950 presentaba problemas que son característicos de muchas otras traducciones de esos años: clarifica artificialmente —añadiendo texto que

Faulkner no escribió— los párrafos más oscuros y difíciles; introduce el sujeto de la oración cuando el autor lo oculta voluntariamente; se corrigen las mayúsculas que Faulkner emplea de un modo significativo; emplea sinónimos en aquellas ocasiones en que se repite varias veces, en el mismo párrafo, la misma palabra. Muy preocupante es el hecho de que estandarice completamente la puntuación que en nada respeta a la del autor. Beatriz Florencia Nelson, sorprendida por la insurrecta puntuación del libro decide hacer cambios, y así lo justifica en la nota introductoria: «para no hacer la lectura más enrevesada, he modificado muchas de las rarezas de puntuación. Entre otras, señalaré los extensos paréntesis que abarcan varios párrafos o páginas y empiezan y acaban en las formas más impensadas»<sup>[38]</sup>. Todos estos criterios de traducción son ahora transformados por un único criterio: el afán de respetar el texto de Faulkner con la mayor fidelidad posible.

El estilo de esta novela es propio de la característica oratoria sureña. Por supuesto no nos referimos a la oratoria ciceroniana: equilibrada, rotunda y con una estructura clara que incluye un principio y un fin y siempre avanza en busca de un objetivo concreto sin demasiada digresión. Aunque a algunos lectores les resulta un estilo forzado, lo cierto es que se trata de una reproducción muy próxima a esa oratoria popular de ciertos políticos, predicadores o charlatanes sureños que podrían extender su discurso durante días sin que se llegara al final. Esta verborrea produce a veces un lenguaje vacío y superfluo donde lo que importa es la capacidad para extenderse como en el ritual de una letanía, de engarzar unas ideas con otras sin que la causalidad esté necesariamente presente. Ese estilo lo adapta Faulkner a sus necesidades particulares en la novela, como al tema cíclico y al proceso de autoconsciencia que descubre una realidad ficticia subyacente a su trama típica del drama romántico. Múltiples elementos recurrentes ayudan a dar unidad al discurso, y la anáfora es de uso frecuente. Faulkner era consciente del empleo de este estilo al que incluso describe como una auténtica maldición del Sur. No es difícil percibir momentos en los que Faulkner parece parodiar su propia herencia lingüística. Esta traducción se propuso respetar todas estas características de la retórica sureña propia del estilo de Faulkner. Sus repeticiones, su incansable desprecio de las normas de puntuación y sus omisiones del sujeto de la oración que crean la oscuridad deseada. En las notas he preferido aclarar muchos más aspectos de los precisos para un lector culto, pensando que muchos jóvenes pueden carecer de conocimientos previos de la cultura americana y con una mayor información facilitaría su comprensión del texto.

Agradezco la excelente colaboración de Aida Márquez, Ana Teresa Pascual y Ana Belén Sánchez, ellas me han hecho disfrutar de este trabajo de traducción: han compartido conmigo los sinsabores de hallar equivalencia a los enigmáticos pasajes del autor, pero también los placeres de percibir la belleza más pura en la prosa de Faulkner. Sin embargo, de todos los errores que, con toda seguridad, habitan esta traducción a pesar mío, soy la única responsable.



# BIBLIOGRAFÍA

## I. Novelas de William Faulkner<sup>[39]</sup>

*Soldiers' Pay*, Nueva York, Boni and Liveright, 1926. *La paga de los soldados*.

*Mosquitoes*, Nueva York, Boni and Liveright, 1927. *Mosquitos*.

*Sartoris*, Nueva York, Harcourt, Brace & Company, 1929. *Sartoris*. La editorial Random House recuperó en 1973 la edición completa de la novela sin los cortes que el editor había impuesto en 1928. La novela recupera también el título original que era *Flags in the Dust*, Nueva York, Random House, 1973. *Banderas sobre el polvo*.

*The Sound and the Fury*, Nueva York, Jonathan Cape & Harrison Smith, 1929. *El ruido y la furia*.

*As I Lay Dying*, Nueva York, Jonathan Cape & Harrison Smith, 1930. *Mientras agonizo*.

*Sanctuary*, Nueva York, Jonathan Cape & Harrison Smith, 1931. Esta novela también sufrió una revisión muy amplia por parte de Faulkner tras ser rechazada por el editor. En 1981 Random House publicó la versión original de la novela, es decir el primer manuscrito que el autor ofreció a la editorial. William Faulkner, *Sanctuary: The Original Text*, Nueva York, Random House, 1981. Mientras que en el caso de *Sartoris* es recomendable leer la novela original, aquí la situación es diferente porque con la revisión el autor queda más satisfecho y la novela mejora considerablemente, por esta razón la edición de 1931 debe considerarse la versión autorizada. *Santuario*.

*Light in August*, Nueva York, Harrison Smith & Robert Haas, 1932. *Luz de agosto*.

*Pylon*, Nueva York, Harrison Smith & Robert Haas, 1935. *Pylon*.

*Absalom, Absalom!*, Nueva York, Random House, 1936. A partir de 1986 se acepta como autorizada la versión editada por Noel Polk de la novela que ahora se conoce como la «edición corregida». *Absalom, Absalom!: The Cometed Text*. Nueva York, Vintage Books, 1986. *¡Absalón, Absalón!*

*The Unvanquished*, Nueva York, Random House, 1938. *Los invictos*.

*The Wild Palms*, Nueva York, Random House, 1939. *Las palmeras salvajes*.

*The Hamlet*, Nueva York, Random House, 1940. *El villorrio*.

*Go Down, Moses*, Nueva York, Random House, 1942. *Desciende, Moisés*.

*Intruder in the Dust*, Nueva York, Random House, 1948. *Intruso en el polvo*.

*Requiem for a Nun*, Nueva York, Random House, 1951. *Réquiem por una mujer*.

*A Fable*, Nueva York, Random House, 1954. *Una fábula*.

*The Town*, Nueva York, Random House, 1957. *La ciudad*.

*The Mansion*, Nueva York, Random House, 1959. *La mansión*.

*The Reivers*, Nueva York, Random House, 1962. *Los rateros*.

## II. Bibliografía básica sobre William Faulkner

- BLOTNER, Joseph, *Faulkner: A Biography*, 2 vols., Nueva York, Random House, 1974. En 1984 se reeditó en un volumen.
- BLOTNER, Joseph (ed.), *Selected Letters of William Faulkner*, Nueva York, Random House, 1977.
- BRAVO, Maria-Elena, *Faulkner en España*, Barcelona, Península, 1985.
- BROOKS, Cleanth, *William Faulkner: The Yoknapatawpha Country*, New Haven, Yale University Press, 1963.
- Toward Yoknapatawpha and Beyond*, New Haven, Yale University Press, 1978.
- On the Predilections, Prejudices, and Firm Beliefs of William Faulkner*, Baton Rouge, Louisiana University Press, 1987.
- The Yoknapatawpha Country*, New Haven, Yale University Press, 1963.
- BROUGHTON, Panthea Reid, *William Faulkner: The Abstract and the Actual*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1974.
- BROWN, Calvin S., *A Glossary of Faulkner's South*, New Haven, Yale University Press, 1976.
- COX, Leland H. (ed.), *William Faulkner: Critical Collection*, Detroit, Gale Research, 1982.
- COY, Javier y GRESSET, Michel (eds.), *Faulkner and History*, Salamanca, Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1986.
- FOWLER, Doreen, *Faulkner's Changing Vision: From Outrage to Affirmation*, Ann Arbor, UMI Research Press, 1983.
- GRESSET, Michel y POLK, Noel (eds.), *Intertextuality in Faulkner*, Jackson, University Press of Mississippi, 1985.
- GRESSET, Michel y SAMWAY S. J., Patrick, *Faulkner and Idealism: Perspectives from Paris*, Jackson, University Press of Mississippi, 1983.
- GRESSET, Michel, *Fascination*, Durham, Duke University Press, 1989.
- GWIN, Minrose C., *The Feminine and Faulkner: Reading (Beyond) Sexual Difference*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1990.
- GWYNN, Frederick y BLOTNER, Joseph (eds.), *Faulkner in the University: Class Conferences at the University of Virginia, 1957-1958*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1959.
- HOFFMAN, Frederick y VICKERY, Olga (eds.), *William Faulkner: Three Decades of Criticism*, Nueva York, Harcourt, 1960.
- HONIGHAUSEN, Lothar (ed.), *Faulkner's Discourse*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1989.
- KARTIGANER, Donald M., *The Fragile Thread: The Meaning of Form in Faulkner's Novels*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1979.

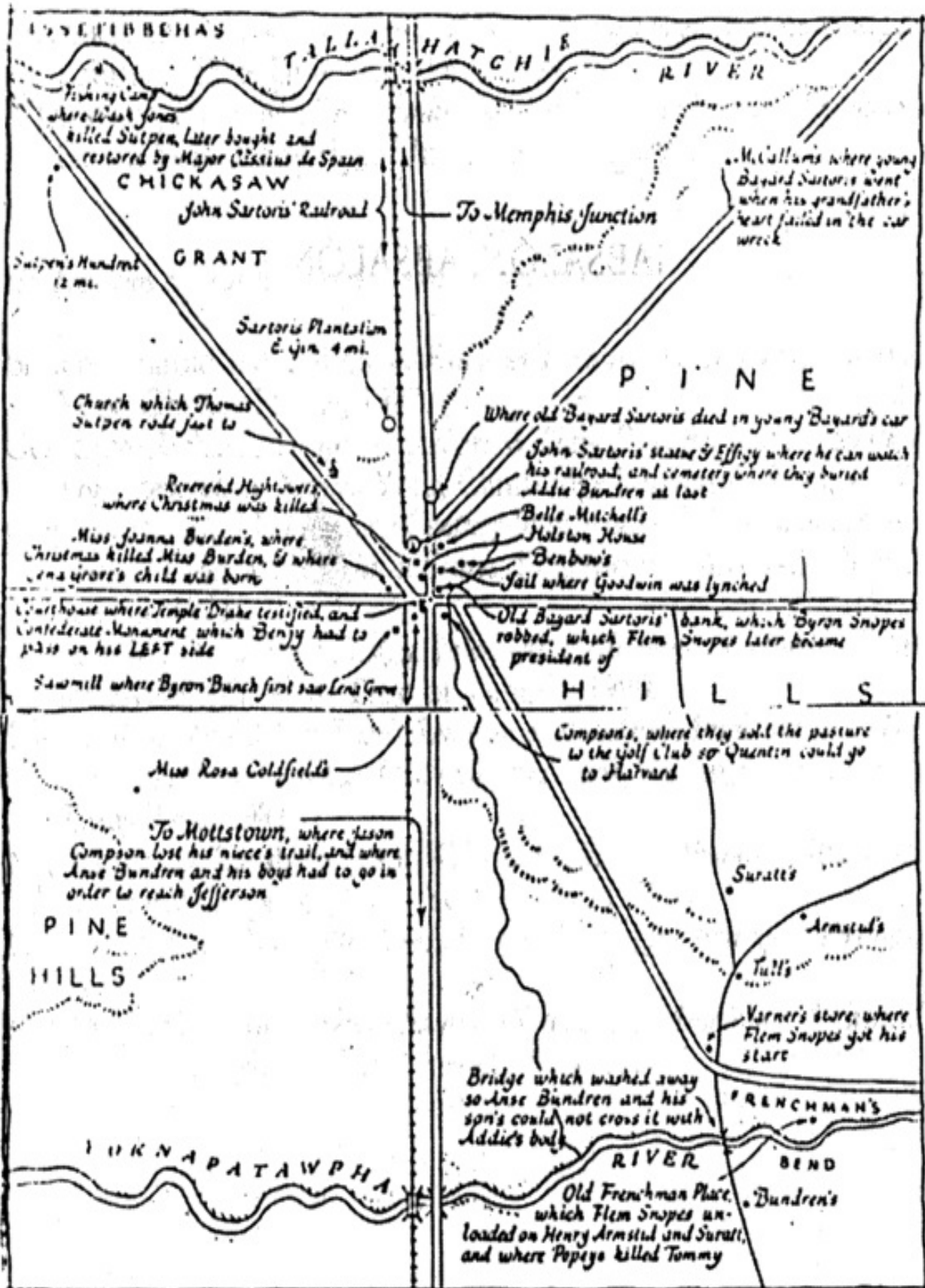
- KERR, Elizabeth M., *William Faulkner's Gothic Domain*, Port Washington, Nueva York, National University Publications-Kennikat Press, 1979.
- KINNEY, Arthur F., *Faulkner's Narrative Poetics*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1978.
- MERIWETHER, James B., *William Faulkner: Essays, Speeches and Public Letters*, Londres, Chatto and Windus, 1965.
- MILLGATE, Michael, *The Achievement of William Faulkner*, Nueva York, Random House, 1966.
- MINTER, David, *William Faulkner: His Life and Work*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1980.
- MORELAND, Richard, *Faulkner and Modernism: Rereading and Rewriting* Madison, University of Wisconsin Press, 1990.
- SERAFIN, Joan M., *Faulkner's Use of the Classics*, Ann Arbor, UMI Research Press, 1969.
- SUNDQUIST, Eric J., *Faulkner: The House Divided*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1983.
- URGO, Joseph R., *Faulkner's Apocrypha: A Fable, Snopes, and the Spirit of Human Rebellion*, Jackson, University Press of Mississippi, 1989.
- VICKERY, Olga W., *The Novels of William Faulkner*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1959.
- WEINSTEIN, Philip M., *The Cambridge Companion to William Faulkner*, Nueva York, Cambridge University Press, 1995.

### III. Estudios críticos sobre «¡Absalón, Absalón!»

- BLOOM, Harold (ed.), *William Faulkner's Absalom, Absalom!*, Nueva York, Chelsea House, 1987.
- GODDEN, Richard, *Fictions of Labor: William Faulkner and the South's Long Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997.
- GOLDMAN, Arnold, *Twentieth Century Interpretations of Absalom, Absalom!: A Collection of Critical Essays*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1971.
- KUYK, Dirk, Jr., *Sutpen's Design: Interpreting Absalom, Absalom!*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1990.
- LANGFORD, Gerald, *Faulkner's Revision of Absalom, Absalom!: A Collation of the Manuscript and the Published Book*, Austin, University of Texas Press, 1971.
- MUHLENFELD, Elisabeth (ed.), *William Faulkner's Absalom, Absalom!: A Critical Casebook*, Nueva York, Garland, 1984.
- PARKER, Robert Dale, *Absalom, Absalom!: The Questioning of Fictions*, Boston, Twayne, 1991.

RAGAN, David Paul, *William Faulkner's Absalom, Absalom!: A Critical Study*, Ann Arbor, UMI Research Press, 1987.

**¡ABSALÓN, ABSALÓN!**<sup>[1]</sup>



## CAPÍTULO PRIMERO<sup>[2]</sup>

Desde poco después de las dos hasta la puesta del sol de aquella apacible lenta y calurosa tarde muerta de septiembre permanecieron sentados en lo que la señorita Coldfield seguía llamando el despacho porque su padre lo había llamado así —una habitación oscura sofocante con las celosías cerradas y echados los cerrojos desde hacía cuarenta y tres veranos porque cuando ella era una niña alguien había tenido la creencia de que la luz y la ventilación atraían el calor y que la oscuridad era siempre más fría y que ésta (cuanto más caía el sol con toda su fuerza sobre aquel costado de la casa) se iluminaba con amarillos rayos horizontales a través de la celosía llena de motas de polvo que Quentin pensaba que eran escamas de la viejísima pintura reseca desprendidas hacia el interior desde la madera de las celosías decapadas como si el viento las hubiera arrastrado. Una guía de glicinas florecía por segunda vez aquel verano por entre un enrejado frente a la ventana, los gorriones entraban y salían de vez en cuando en frenéticos escarceos, produciendo un vivo rumor seco y polvoriento antes de alejarse; y frente a Quentin, la señorita Coldfield con su sempiterno luto que había llevado desde hacía ahora cuarenta y tres años, bien fuera por su hermana, padre o noesposo<sup>[3]</sup> nadie lo sabía, sentada muy erguida en una rígida silla que era tan alta que sus piernas pendían rectas y verticales como si tuviera pantorrillas y tobillos de hierro, sin pegar en el suelo con ese aire de rabia impotente y estática que tienen los pies de los niños y hablando con esa áspera voz huraña y asustada hasta que al final toda atención cesaba y el sentido auditivo, la auto-conmiseración y el por largo tiempo ausente objeto de su fútil pero inexorable fracaso aparecía, como si fuera evocado por un indignado requerimiento, sereno, distraído e inofensivo, brotando del polvo paciente y soñador y victorioso.

Su voz no cesaba, simplemente se desvanecía. Allí estaba la penumbra con un suave olor a ataúd dulce y más dulce con las glicinas cayendo sobre la pared exterior doblemente florecidas debido al ardoroso y sereno sol de septiembre que impactaba impregnando e hiperimpregnándolas y entre sus ramas se oía a menudo el sonoro y melancólico revolotear de los gorriones, semejante al sonido de una vara flexible agitada por algún chiquillo ocioso y al aroma rancio de aquella adusta carne de mujer fortalecida por la virginidad, mientras el huraño rostro desvaído lo contemplaba por encima del borroso triángulo de encajes que adornaban sus muñecas y su garganta, desde aquella silla demasiado alta en la que parecía un niño crucificado; y la voz no callaba sino que se desvanecía, entrando y saliendo de largos intervalos como un arroyo, un goteo que corriera de un banco de arena seca a otro y el fantasma meditaba con sombría docilidad como si fuera esa voz la que él frecuentaba donde uno más afortunado hubiera tenido una casa. Saliendo de un suave trueno<sup>[4]</sup> (hombre-caballo-demonio) invadía abruptamente la escena tranquila y decorosa que semejaba una de esas acuarelas que premian en las exposiciones escolares; las ropas, cabello y barba

olían ligeramente a azufre y tras él se agrupaba su tropel de negros salvajes como fieras a medio domesticar a quienes se les había enseñado a caminar erectos como los hombres, con actitudes salvajes y reposadas y maniatado en medio de ellos el arquitecto francés con su severo aspecto huraño y andrajoso. Inmóvil, barbado y alzando las palmas de las manos el jinete iba sentado; detrás los negros salvajes y el arquitecto cautivo se apretujaban en silencio, llevando consigo en una paradoja incruenta las palas y los picos y las azadas propias de una conquista pacífica. Luego en este largo desencanto Quentin parecía observarlos cubriendo de repente las cien millas cuadradas de tierra tranquila y atónita y arrancaba la casa y los jardines violentamente de la Nada silenciosa y los lanzaba como barajas sobre una mesa junto al hombre pontificando y con las palmas elevadas, creando el Ciento de Sutpen, el *Hágase el Ciento de Sutpen*, como antiguamente se dijo *Hágase la Luz*<sup>[5]</sup>. Luego su oído se adaptaba y le parecía escuchar a dos Quentins diferentes —el Quentin Compson que se preparaba para acudir a Harvard desde el Sur, ese Sur profundo muerto desde 1865 y poblado de charlatanes fantasmas ofendidos y desconcertados, escuchando, obligados a escuchar, a uno de esos fantasmas que había tardado más que todos los otros en buscar su reposo y que le hablaba de rancios tiempos espectrales y el Quentin Compson que era todavía demasiado joven para merecer convertirse en fantasma, pero forzado sin embargo a serlo, ya que había nacido y se había educado en ese Sur profundo, lo mismo que ella— los dos Quentins diferentes se hablaban en un largo silencio de no-público, en un no-lenguaje, igual que esto: *Parece que este demonio —su nombre era Sutpen —(el Coronel Sutpen)— el Coronel Sutpen. Que vino no se sabe de dónde y sin anunciarse a esta tierra con una banda de negros extraños y levantó una plantación —(Arrancó violentamente una plantación, según dice la señorita Rosa Coldfield)— la arrancó violentamente. Y se casó con su hermana Ellen y engendró un hijo y una hija —(Los engendró sin cariño, dice la señorita Rosa Coldfield)— sin cariño. Ellos, que debían haber sido su orgullo, el escudo y consuelo de su vejez, sólo —(Sólo ellos lo aniquilaron, o algo así o fue él quien los destruyó a ellos, o algo así. Y murieron)— y murieron. Sin ser llorados por nadie, dice la señorita Rosa Coldfield. —(Salvo por ella.) Sí, salvo por ella. (Y por Quentin Compson.) Sí. Y por Quentin Compson.*

—Puesto que me dicen que va usted a estudiar a la Universidad de Harvard —dijo la señorita Coldfield—, me imagino que nunca volverá por aquí para instalarse como abogado en una ciudad insignificante como Jefferson<sup>[6]</sup>, ya que los del Norte se han arreglado para que no quede nada para los jóvenes en el Sur. Quizá siga usted la carrera literaria, como lo hacen hoy en día tantas damas y caballeros del Sur y puede ser que algún día recuerde usted esto y escriba algo acerca de ello. Supongo que ya estará casado para entonces y cuando su mujer necesite un vestido nuevo o una nueva silla para la casa usted podría escribir esto y enviarlo a las revistas<sup>[7]</sup>. Quizá recuerde entonces incluso con afecto a esta anciana que le hizo pasar toda una tarde sentado entre cuatro paredes y escuchando mientras ella hablaba de personas y



acontecimientos de los que usted tiene la suerte de poder escapar tan pronto como quiera salir fuera para estar con otros jóvenes de su edad.

—Sí, señora —dijo Quentin— *Pero no es eso lo que ella quiere decir*, pensó. *Es porque ella quiere que se sepa*. Todavía era temprano. Aún tenía en el bolsillo la nota que le había entregado en mano poco antes del mediodía un pobre chico negro, invitándole a su casa —el ruego ceremonioso, extraño, que parecía más bien una orden, casi como si saliera del otro mundo; aquella hoja rara y vetusta de papel de tela, escrita con letra cuidada pero muy tenue y entrecortada en la cual, asombrado ante el ruego procedente de una mujer que triplicaba su edad y a la que conocía de toda la vida sin que hubiera intercambiado más de cien palabras con ella o quizá por el hecho de que él sólo contaba veinte años, no adivinaba el temperamento frío, implacable y hasta cruel. Obedeció inmediatamente después del almuerzo y recorrió la media milla que separaba la casa de él y la de ella surcando la árida calima polvorienta de primeros de septiembre y así entró en la casa. También ésta parecía más pequeña de lo que era —tenía dos plantas— con falta de pintura y un poco ruinoso, pero con empaque, un aspecto de austera resignación, como si al igual que su ama hubiera sido creada para adaptarse y encajar en un mundo más reducido del que actualmente la rodeaba. Allí, en la semioscuridad del cerrado vestíbulo, cuyo aire era más sofocante aún que el de la calle, como si hubieran quedado prisioneros en su interior como en un sepulcro todos los suspiros del lento y tórrido transcurrir del tiempo en esos cuarenta y cinco años, la pequeña silueta vestida de negro que ni siquiera producía un crujido, el desvaído triángulo de blonda en la garganta y alrededor de las muñecas, el rostro desdibujado que lo miraba con una expresión reflexiva, atenta y suplicante, lo esperaba para invitarle a pasar adentro.

*Lo que ella quiere*, pensó, *es que se sepa, para que personas que ella no verá jamás, cuyos nombres ella nunca escuchará, gentes que ni han oído su nombre ni han visto su rostro, lo lean y sepan por fin por qué permitió Dios que perdiésemos la Guerra: y es que sólo mediante la sangre de nuestros hombres y las lágrimas de nuestras mujeres pudo El enfrentarse a este demonio y borrar su recuerdo y su estirpe de la faz de la tierra*. Luego, casi inmediatamente, resolvió que tampoco era este el motivo que había movido a la señorita Coldfield a enviar la misiva y una vez enviada ¿por qué elegirle a él? si únicamente deseaba difundir el hecho, verlo escrito e incluso publicado, no hubiera necesitado implicar a nadie —mujer como era que ya desde los tiempos de la juventud de su padre (el de Quentin) había destacado como la poetisa<sup>[8]</sup> laureada de la ciudad y de la región al enviar a la reducida y austera lista de suscripciones del periódico local poemas, odas, panegíricos y epitafios, que emergían de una amarga e implacable reserva de combate-a-la-derrota; y éstos formaron una mujer cuyo pasado militar que como era conocido en el pueblo y en el condado consistía en el padre que, objetor de conciencia en el terreno religioso, había padecido hambre en el desván de su propia casa, escondido (algunos dicen que entre los muros) protegiéndose allí de los hombres de la guardia militar de los Confederados y

alimentado secretamente de noche gracias a la misma hija que al mismo tiempo estaba acrecentando su primer folio donde recibían nombre las causas perdidas de los obstinados vencidos y eran preservadas palabra por palabra; y el sobrino que sirvió cuatro años en la misma compañía con el novio de su hermana y después disparó de muerte sobre el pretendiente delante mismo de la verja de la propiedad donde la hermana esperaba con su traje de novia la misma tarde del día de la boda y huyó, se esfumó, nadie sabía adónde.

Pasarían tres horas antes de que supiese el motivo de la llamada ya que una parte, la primera parte, ya la conocía Quentin. Era la parte de su herencia de esos veinte años de respirar el mismo aire y oír a su padre hablar de ese hombre Sutpen; una parte de la herencia de ochenta años de la ciudad —de Jefferson— del mismo aire que había respirado aquel hombre entre aquella tarde de septiembre de 1909 y aquella mañana de domingo de junio de 1833 en que había cabalgado por primera vez por la ciudad procediendo de un pasado incógnito y había adquirido su propiedad sin que nadie supiera cómo y construyó su casa, su mansión, que aparentemente provenía de la nada y se casó con Ellen Coldfield y engendró a sus dos hijos —el hijo que dejó viuda a su hermana la cual no había sido esposa aún— y concluyó así su proceso hasta el violento (así lo hubiera calificado sin duda la señorita Coldfield) final. Quentin había crecido entre estas cosas<sup>[9]</sup>; hasta los nombres mismos eran intercambiables y sumaban millares. Su niñez estaba poblada de ellos; su propio cuerpo era un salón vacío lleno de ecos de sonoros nombres destrozados; él no era un ser, una entidad, era una comunidad. Él era un cobertizo lleno de espectros tercios que miraban hacia atrás y que aún estaban recobrándose, incluso después de cuarenta y tres años, de la fiebre que había curado la enfermedad, despertaban de la fiebre sin sospechar que había sido contra la fiebre misma contra la que habían luchado y no la enfermedad, miraban con recalcitrante tozudez hacia atrás más allá de la fiebre a la enfermedad con auténtica nostalgia; debilitados por la fiebre, pero curados de la enfermedad no comprendían que su libertad era la propia de la impotencia.

(—¿Por qué tuvo que contármelo a mí? —le preguntó él a su padre esa tarde, cuando regresó a casa, después de que por fin ella lo despidiera, haciéndole prometer que volvería a buscarla en la calesa—; ¿por qué me lo cuenta a mí? ¿Qué me importa que la propiedad, o la tierra, o lo que fuese que acabó por cansarse de él se volviera en su contra y lo aniquilase? ¿Qué me importa que también aniquilase a su familia? Va a volver para destruirnos a todos cualquier día, sea nuestro nombre Coldfield, Sutpen u otro.

—Oh —dijo el señor Compson—. Hace años nosotros los sureños convertimos a nuestras mujeres en damas. Luego vino la Guerra<sup>[10]</sup> y las damas se transformaron en fantasmas<sup>[11]</sup>. Al ser caballeros, ¿qué otro remedio nos queda sino escucharlas como a fantasmas? —Luego añadió—: ¿Quieres saber la verdadera razón por la cual te escogió a ti? —estaban sentados en el zaguán después de cenar, esperando la hora fijada por la señorita Coldfield para que Quentin pasara a recogerla. Porque

necesitará a alguien que la acompañe: un hombre, un caballero pero aún joven para que haga lo que ella quiera en la forma que ella quiera que se haga. Y te eligió a ti porque tu abuelo fue lo más parecido a un amigo que tuvo Sutpen en esta región y probablemente ella cree que Sutpen le habría dicho algo acerca de él y ella, acerca del compromiso que no llegó a comprometer y de esa promesa que no fue satisfecha. Quizá hasta le hubiera dicho a tu abuelo el motivo por el cual ella se negó al final a casarse con él. Y tu abuelo podría habérmelo contado a mí y yo podría habértelo contado a ti. Así, en cierto sentido, suceda lo que suceda ahí fuera esta noche, el asunto quedará en familia; el secreto (si es que existe tal secreto) continuará en la familia<sup>[12]</sup>. Ella pudiera creer que si no hubiera sido por la amistad con tu abuelo, Sutpen no habría logrado jamás arraigar aquí; y que, aunque hubiese arraigado de todos modos, no habría podido casarse con Ellen. Supongo que te considera responsable en cierto modo a través de tu herencia por lo que le pasó a ella y a su familia a causa de él.)

Sea cual fuere la razón por la que le eligió a él, bien esa u otra cualquiera, pensaba Quentin, tardaba mucho en decírmelo. Mientras tanto, en razón inversa a la voz que se desvanecía, el fantasma de aquel hombre al que ella invocaba, a quien ella no podía perdonar y del cual tampoco podía vengarse, comenzó a evidenciar una cualidad próxima a la solidez, a lo perpetuo. Envuelto en el efluvio infernal que él mismo emanaba, su aura de impurificación, meditaba (meditaba, pensaba, parecía en posesión de la sensibilidad, como si, aunque privado de la paz —incluso inexpugnable a la fatiga— que ella le negaba, sin embargo continuara alejado del ámbito del dolor o daño que ella padecía) con esa cualidad apacible, inofensiva y ahora incluso no demasiado atento; aquél de forma de ogro que, cuando la voz de la señorita Coldfield proseguía su relato, descubrió desde ella misma y ante los ojos de Quentin los dos niños semiogros formando los tres un escenario sombrío para el cuarto de ellos. Era la madre, su hermana muerta Ellen: esa Níobe<sup>[13]</sup> sin lágrimas que había concebido para aquel demonio, en una especie de pesadilla, y que, viva aún, se movía sin vida y padecía sin llorar, que ahora tenía un aire de tranquila y distraída desolación, no como si hubiera sobrevivido a los demás o hubiera muerto antes: sino como si no hubiera vivido nunca. Quentin creía verlos, a los cuatro, dispuestos en uno de esos grupos familiares característicos de la época, con un formal e inerte decoro, y los veía ahora como si el retrato borroso y antiguo se hubiera expuesto ampliado y colgara de la pared por detrás de la voz y de cuya presencia allí no se percataba ni la dueña de la voz, como si ella (la señorita Coldfield) no hubiese visto jamás esta habitación —un retrato, un grupo que incluso para Quentin tenía un algo extraño, contradictorio e inquietante, no del todo comprensible, no (incluso a los veinte años) del todo correcto— un grupo, el último de cuyos miembros había muerto hacía veinticinco años, el primero, cincuenta, evocado ahora en la penumbra asfixiante de la casa muerta, entre la dura e implacable inmisericordia de la anciana y el pasivo ímpetu de un joven de veinte años que se decía entre líneas a sí mismo:

*Quizá sea necesario conocer extraordinariamente bien a una persona para quererla pero cuando se ha odiado a alguien durante cuarenta y tres años lo conoces perfectamente por eso tal vez sea mucho mejor así ya que tras cuarenta y tres años no pueden sorprenderte ya ni causarte mucha alegría ni mucho enfado.* Tal vez ella (la voz, la historia, la sorpresa incrédula e intolerable) fuera en otro tiempo un gemido estentóreo, pensó Quentin, hace mucho cuando ella era una niña —joven y de indómita incontricción, acusada de una ciega circunstancia y un salvaje suceso; pero no ahora: ahora sólo quedaba la solitaria y frustrada vieja carne femenina, fornida por cuarenta y tres años de viejo insulto, la anciana implacable ultrajada y traicionada por aquella indignidad definitiva y postrera que había sido la muerte de Sutpen:

—No era un caballero. No era ni tan siquiera un caballero. Se presentó aquí con un caballo y dos pistolas y un nombre que nadie había oído antes, que sabíamos con seguridad que le era tan ajeno como el caballo o las pistolas; buscaba un lugar para esconderse y el condado de Yoknapatawpha<sup>[14]</sup> se lo ofreció. Buscó la garantía de hombres con buena reputación que lo protegieran de los otros y de los forasteros recientes que quizá a su vez llegarían un día para buscarlo y Jefferson se la dio. También necesitó respetabilidad, el escudo de una mujer virtuosa, para hacer inexpugnable su posición incluso contra los hombres que lo habían acogido aquel día y a aquella hora inevitable cuando incluso ellos debían levantarse contra él con desprecio, horror e indignación: y fue mi padre y también de Ellen el que se la dio. Oh, nada digo contra Ellen, pobre tonta romántica a quien sólo disculparon su juventud e inexperiencia incluso ésa, ciega tonta romántica luego, más tarde, ciega madre tonta a quien ya no disculpaban la juventud ni la inexperiencia, cuando yacía en su lecho de muerte en aquella casa a cambio de la cual había sacrificado tanto la dignidad como la paz y no tenía a su lado sino a la hija que no era ya sino una viuda sin haber sido novia, y llegaría tres años después a ser una verdadera viuda sin haber sido absolutamente nada, y al hijo que había repudiado el mismo techo bajo el que había nacido y que sólo volvió una vez antes de desaparecer para siempre, y eso convertido en un asesino, casi un fratricida, y él, monstruo satán y demonio estaba peleando en Virginia, donde había más probabilidades de librar al mundo de su presencia que en cualquier otro lugar bajo el sol, sin embargo Ellen y yo sabíamos que volvería, que todos los soldados de nuestros ejércitos caerían antes de que le alcanzase una bala o un cañonazo; yo, sólo yo, una niña, una niña, fíjese usted, cuatro años menor que la sobrina que me fuera confiada, se volvió Ellen a mí para decirme: —Protégela. Protege al menos a Judith<sup>[15]</sup>—. Sí, ciega tonta y romántica, que ni siquiera poseyó las cien millas de plantación que aparentemente impresionaron a nuestro padre ni aquella mansión ni la presencia de tantos esclavos maltratados día y noche que convencieron, no diré que impresionaron, a su tía. No: sólo el rostro de un hombre que luchó de algún modo por presumir incluso sobre un caballo —un hombre que hasta donde uno (incluido el padre que le daría una hija en matrimonio) sabía o bien no tenía pasado alguno o no se atrevía a revelarlo— un hombre que cabalgó

hacia la ciudad procedente de ningún sitio con un caballo y dos pistolas y una banda de bestias salvajes que había atrapado a lazo sin ayuda de nadie porque él era más fuerte en infundir temor de lo que lo habían sido ellos en el incierto lugar del que él había huido, y ese arquitecto francés que parecía cazado a lazo y atrapado a su vez por los negros —un hombre que huyó aquí y se escondió, enmascarado detrás de la respetabilidad detrás de esas cien millas de tierra que cogió de una tribu de indios ignorantes, nadie sabe cómo y una casa de las dimensiones de un palacio de justicia donde vivió tres años sin que hubiera ventana ni puerta ni somier y que seguía llamándose el Ciento de Sutpen como si hubiera sido la cesión de un rey por perpetuidad indiscutible procedente de su bisabuelo —un hogar, posición: una mujer y familia que, al ser necesaria para su protección, junto con el resto de la respetabilidad aceptó como aceptaría la necesaria incomodidad e incluso el dolor de las zarzas y espinas de un bosque si el bosque le hubiera podido dar la protección que buscaba.

—No: no era precisamente un caballero. Casándose con Ellen o casándose con diez mil Ellens no lograría convertirse en uno de ellos. No es que quisiera serlo, o que lo tuviesen por tal. No era necesario ya que sólo necesitaba los nombres de Ellen y de nuestro padre en un certificado de matrimonio (o en cualquier otro garante de respetabilidad) que la gente pudiera mirar y leer del mismo modo que hubiese querido la firma de nuestro padre (o de cualquier otro caballero con buena reputación) en un certificado porque nuestro padre sabía quién había sido el suyo en Tennessee y quién había sido su abuelo en Virginia y nuestros vecinos y las gentes que formaban nuestro círculo sabían que nosotros lo sabíamos y nosotros sabíamos que ellos sabían lo que sabíamos y sabíamos que ellos nos habrían creído respecto a quién era y de dónde venía incluso aunque mintiésemos, igual que cualquiera que lo hubiera visto una sola vez habría sabido que estaba mintiendo sobre quién era y de dónde venía y por qué había venido por el mismo hecho de que aparentemente había rehusado contarlo. Y el propio hecho de que había tenido que elegir respetabilidad para ocultarse tras ella era prueba suficiente (si alguien necesitaba prueba alguna) de que huía de algo que debía de ser algo opuesto a la respetabilidad demasiado oscuro para hablar de ello. Porque era demasiado joven. Tenía sólo veinticinco años y un joven de veinticinco años no acomete voluntariamente la dureza y las privaciones que supone desbrozar una tierra virgen y construir una plantación en un país desconocido y tan sólo por dinero; un joven sin un pasado, y aparentemente él rehusaba dar a conocer el suyo, en Misisipi en 1833, con un río lleno de barcos de vapor cargados con borrachos locos cubiertos de diamantes y deseosos de arrojar el algodón y los esclavos por la borda antes de que el barco llegara a Nueva Orleans; eso no era posible estando a una noche del puerto y siendo el único obstáculo o impedimento los otros rudos criados o el riesgo de embarrancar en un banco de arena o acabar en una cuerda de ahorcado. Y no era ningún segundón salido de una tranquila región como Virginia y Carolina para colonizar nuevas tierras con un contingente excesivo de

negros porque bastaba mirar a esos negros que llevaba para comprender que no venían de Virginia ni de Carolina sino de un país mucho más antiguo que además nada tenía de tranquilo. Y bastaba mirarle a la cara una sola vez para saber que habría escogido morir en el Río e incluso el riesgo del nudo corredizo, al camino que siguió aunque hubiera sabido que iba a encontrar una mina de oro y que lo esperaba en esa misma propiedad que había comprado.

—No. No me considero menos culpable que Ellen. Me inculpo más a mí misma, porque había tenido veinte años para observarlo, mientras que Ellen sólo había tenido cinco. Y no había podido verlo en esos cinco sino que había oído por terceras personas lo que él hacía, y sólo se enteró en parte ya que nadie se enteraba de la mitad de las cosas que hizo durante esos cinco años, y la otra mitad no eran cosas para ser contadas a una esposa, mucho menos a una jovencita, llegó aquí y se instaló y organizó un espectáculo de circo que duró cinco años y Jefferson le pagó por la diversión encubriéndolo hasta el punto de que ni uno sólo reveló a las mujeres de su casa lo que estaba sucediendo. Pero yo había tenido toda mi vida para observarlo, ya que evidentemente y por razones que el Cielo no ha creído oportuno divulgar, mi vida estaba destinada a concluir una tarde de abril hace cuarenta y tres años, ya que cualquiera que haya disfrutado tan poco lo que se llama vida como yo lo había hecho hasta ese momento no llamaría a lo que yo había tenido vivir Yo vi lo que había sido de Ellen, mi hermana. La vi convertida casi en una reclusa, viendo crecer a aquellos dos hijos condenados, a quienes ella era incapaz de salvar. Vi el precio que había pagado por esa casa y ese orgullo, vi las pólizas del orgullo y de la tranquilidad y de la paz y todo a lo que ella había puesto su firma cuando entraba en la iglesia aquella noche, cayendo sin remedio sucesivamente. Vi cómo se prohibía la boda de Judith sin razón ni motivos ni sombra de una excusa; vi morir a Ellen sólo conmigo, una niña, a la que recurrir para pedir protección para la hija que quedaba aún, vi a Henry repudiar su casa y su primogenitura y después volver un día y prácticamente arrojar el cadáver sangriento del enamorado de su hermana sobre la bastilla del traje de novia; vi a ese hombre volver—fuente y origen del mal que había sobrevivido a todas sus víctimas—que había engendrado dos hijos no sólo para que se destruyeran uno al otro y su propia estirpe, sino también mi estirpe, a pesar de todo acepté casarme con él<sup>[16]</sup>.

—No, tampoco me acuso a mí misma. No me escudo en mi juventud, ya que toda criatura en el Sur desde 1861, hombre, mujer, negro o mula ha tenido tiempo u oportunidad no sólo de ser joven sino de haber oído qué era eso de ser joven de boca de otros que lo han sido. Tampoco me escudo en nuestra relación familiar: el hecho de que yo, una mujer joven y en edad casadera y en una época en la que casi todos los hombres jóvenes que en circunstancias normales hubiera podido cortejar habían muerto en remotos campos de batalla, viviera dos años bajo el mismo techo que él. No me excusan necesidades materiales: el hecho de que huérfana, mujer y pobre, me volví hacia mis únicos parientes: la familia de mi hermana muerta, no en busca de protección sino para tener simplemente comida, aunque desafío a quien se atreva a

acusarme, una huérfana de veinte años, una muchacha desamparada, que debiera haber tratado no sólo de justificar su situación, sino también de reivindicar el honor de una familia el buen nombre de cuyas mujeres no había sido puesto jamás en tela de juicio, aceptando una honesta propuesta de matrimonio de parte del hombre en cuya mesa se veía forzada a comer. Y más aún, no me disculpo a mí misma: una joven que acababa de emerger de un holocausto que me había arrebatado a los padres, la seguridad y todo, que había visto lo que significaba que su vida cayera en minas a los pies de unas pocas figuras con forma humana pero con talla y nombre de héroes; una joven repito obligada a vivir en contacto diario hora por hora con uno de esos hombres que, a pesar de lo que hubiera sido en un tiempo su pasado y a pesar de las cosas que ella hubiera intuido o sabido acerca de él, había combatido durante cuatro años heroicos en defensa de la tierra y de las tradiciones de la patria que la habían visto nacer a ella (y el hombre que había hecho tal cosa, aunque estuviera teñido de puro villano, poseía también a sus ojos, aunque sólo fuera por asociación con ellos, la talla y la silueta de un héroe) y ahora él también surgía del mismo holocausto en el que ella había sufrido, sin nada con que hacer frente al futuro del Sur más que sus manos y la espada que nunca rindió al enemigo y una mención al valor de su derrotado General en Jefe. Oh, cuán valiente era. Nunca lo he negado. Pero que nuestra causa, nuestra propia vida y todas las esperanzas del futuro y el orgullo del pasado, fueran puestos en el platillo defendidos por hombres como aquél, hombres valerosos y fuertes pero sin misericordia ni honor. —¿Es de extrañar que el Cielo dispusiera que mereciéramos ser derrotados?

—No, señora —dijo Quentin.

—Pero qué hubiera sido de nuestro padre, de Ellen y mío, de entre todos sus conocidos, de entre todos aquellos que solían ir a beber y a apostar a las cartas con él y verle pelear con aquellos negros salvajes; aquellos cuyas hijas él habría ganado a las cartas. Qué hubiera sido de nuestro propio padre. Cómo habría podido acercarse a papá, bajo qué pretexto; qué podría haber entre ambos, fuera de la cortesía corriente entre dos hombres que se encuentran en la calle, entre un hombre que viene de no se sabe dónde o que no se atrevía siquiera a confesar su origen y nuestro padre, qué podía haber entre ese hombre y papá —un feligrés metodista, un comerciante que no era rico y que no sólo no hubiera hecho nada en el mundo para enriquecerse o tener influencia sino que ni siquiera hubiera soñado con poseer aquello que hubiera ambicionado, aunque lo pudiera coger en la calle— un hombre que jamás tuvo tierras ni esclavos, excepto dos criados a quienes dio la libertad tan pronto como los tuvo, como los compró, que ni bebía ni cazaba ni jugaba; lo que podría haber en común entre él y un hombre que no pisó una sola iglesia de Jefferson excepto en tres ocasiones en su vida: cuando conoció a Ellen, el día en que ensayaron la boda y el mismo día en que se llevó a cabo; un hombre en el que cualquiera podía ver que, aunque no tuviera mucho ahora, estaba acostumbrado a tener dinero y se proponía tenerlo de nuevo y no tenía escrúpulos sobre cómo lo obtendría, ése fue el hombre

que descubrió a Ellen en una iglesia. En una iglesia, fíjese bien, como si pesara sobre nuestra familia una fatalidad y una maldición y Dios mismo cuidara de que se cumpliera hasta apurar la última gota, hasta el último vestigio. Sí, una fatalidad y una maldición sobre el Sur y sobre nuestra familia como si algún antepasado nuestro hubiera elegido establecer su heredad en una tierra predestinada a la fatalidad y maldita por ello. Incluso si no hubiera sido nuestra familia, los ancestros de mi padre, los que cayeron bajo la maldición largo tiempo antes y el Cielo los había atraído y obligado a establecerse en una tierra y en una época malditas. Ni siquiera yo, una niña que era entonces demasiado joven para comprender más que eso, aunque Ellen fuera mi hermana y Henry y Judith mis sobrinos, no me estaba permitido ir allí excepto cuando mi padre o mi tía me acompañaban, y no se me permitía jugar con Henry o Judith excepto en el interior de la casa (y no porque yo fuera cuatro años menor que Judith y seis menor que Henry: ¿no se volvió acaso Ellen hacia mí antes de morir para decirme —Protégelos?—)... yo misma solía preguntarme qué habría hecho mi abuelo o mi padre antes de casarse con mamá, qué habrían hecho para que Ellen y yo tuviésemos que expiarlo y que no fuera suficiente una sola de nosotras; qué crimen habrían cometido para que semejante maldición cayera sobre nuestra familia y fuéramos instrumentos no sólo de la mina de ese hombre, sino también de la nuestra.

—Sí, señora —dijo Quentin.

—Sí —dijo la serena y áspera voz tras el triángulo inmóvil de blondas descoloridas; y ahora, entre los espectros pensativos e inmóviles Quentin parecía observar la formación de la silueta de una niña, con las faldas y calzones muy decentes, las delicadas y decorosas trenzas de otros tiempos. Parecía posar, ocultarse detrás de la perfecta empalizada de un pequeño, triste jardincillo o césped de la clase media y contemplar desde allí el mundo de ogros de esa apacible callejuela aldeana con el aspecto de tener niños que han llegado demasiado tarde a las vidas de sus padres y que están condenados a contemplar toda conducta humana a través de las complicadas y superfluas tonterías que cometen los adultos, un aspecto similar a Casandra<sup>[17]</sup> y sin alegría y profundamente y severamente profético totalmente desproporcionado para la edad de aquella niña que nunca había sido joven. —Porque yo nací demasiado tarde. Yo nací con veintidós años de retraso— una niña para quien al escuchar las conversaciones de los adultos el rostro de mi hermana y el de mis sobrinos se convirtieron en rostros salidos de esos cuentos de ogros de después de la cena, antes de ir a la cama, mucho antes de tener la edad necesaria para que me permitieran jugar con ellos y, a pesar de todo, fue a mí a quien recurrió esa hermana al final cuando yacía moribunda, con un hijo desaparecido condenado a ser un asesino y la otra condenada a la viudedad antes de haber sido una novia, y me dijo, — ¡Protégela al menos! ¡Al menos salva a Judith!—. Una niña, cuyo instinto natural le permitió formular la respuesta que la sabiduría de sus mayores parecía no poder emitir: —Protégela —¿De quién y de qué? Él ya les ha dado la vida: no necesita



hacerles mayor daño. Es de ellos mismos de quien precisan protección.

Debía de ser más tarde de lo que parecía; debía de ser tarde, aun así los amarillos rayos de sol de diminutas motas palpitantes formaban listas cruzadas no más allá de la impalpable pared de luces que los separaba; el sol casi parecía no haberse movido. Todo (la conversación, el relato) le parecía (a él, a Quentin) partícipe de esa cualidad de desprecio-de-la-razón-y-la-lógica esa cualidad insultante de un sueño, que el durmiente sabe que debe haber transcurrido, fallido y completo, en un segundo, y sin embargo la misma cualidad de la que depende que emocione al soñador (verosimilitud) a creer —horror o placer o asombro— depende de un reconocimiento formal y una aceptación del tiempo transcurrido y del por transcurrir tanto como le sucede a la música o a un relato impreso. —Sí, nací demasiado tarde. Fui una niña que siempre recordaba aquellas tres caras (y la de él, también) tales como las vio por primera vez en el carruaje aquel primer domingo por la mañana cuando esta ciudad se dio cuenta al fin de que él había transformado el camino que va desde el Ciento de Sutpen a la iglesia en una pista de carreras. Yo tenía tres años entonces, y sin duda los había visto antes, seguro. Pero no lo recuerdo ni siquiera recuerdo haber visto a Ellen antes de aquel domingo. Era como si la hermana sobre la que jamás había apoyado mi mirada, quien antes de que yo naciera se hubiera desvanecido en el interior del refugio de un ogro o de un genio<sup>[18]</sup>, volviera gracias a una dispensa por un solo día, a un mundo que ella había abandonado, y yo una niña de tres años, me despertara muy temprano para la ocasión, me vistiera y rizara mis tirabuzones como si fuera Navidad, para una ocasión más importante aún que la misma Navidad, ya que ahora y por fin aquel ogro o genio había consentido por respeto a su mujer e hijos en ir a la iglesia, permitirles al menos acercarse un poco a la salvación, dar a Ellen una oportunidad de luchar junto a él por las almas de esos niños en un campo de batalla donde la apoyaban además del Cielo las gentes de su estirpe y de su círculo; sí, por un momento prestándose a la redención, o a falta de ella, al menos de cierta caballerosidad momentánea aunque todavía no estuviera regenerado. Eso era lo que yo esperaba. Eso lo que yo vi cuando estuve allí de pie ante la iglesia entre papá y nuestra tía y esperaba la llegada del carruaje que venía de doce millas de distancia. Y aunque debía de haber visto antes a Ellen y a sus hijos, éste es el recuerdo de la primera vez que los vi y el que llevaré conmigo al sepulcro: un recuerdo de un torbellino como la boca de un tornado, del carruaje y del pálido rostro alargado de Ellen en su interior y a ambos lados las dos réplicas de su rostro en miniatura, y en el asiento delantero, el rostro y los dientes del negro salvaje que conducía, y él, su rostro exactamente igual al del negro salvo por los dientes (seguramente a causa de su barba), todo envuelto en un trueno y en una furia de caballos desbocados de galopes y de polvo.

—Oh, había mucha gente que lo instigaba, lo apoyaba y hasta apostaban por él. A las diez de la mañana del domingo, el carro llegó veloz sobre dos ruedas a la puerta misma de la iglesia con aquel negro salvaje vestido de domingo que se parecía mucho

a un tigre de circo en guardapolvo de lino y sombrero de copa y la cara de Ellen sin gota de sangre, sujetando a esos dos niños que no lloraban y que no necesitaban que se les sujetara, se sentaban absolutamente quietos uno a cada lado de ella con el reflejo en sus caritas de esa monstruosidad infantil que no comprendíamos del todo entonces. Oh sí, había muchos que lo ayudaban y lo incitaban; ni siquiera él habría mantenido una carrera de caballos si no tuviera alguien contra el que competir—. Porque no fue la opinión pública la que lo detuvo, ni los hombres que llevaban mujeres y niños en sus carruajes que podrían haber caído en una cuneta del camino: fue el pastor en persona, hablando en nombre de las mujeres de Jefferson y del condado de Yoknapatawpha. Así que dejó de ir a la iglesia, ahora sólo iban en el carruaje Ellen y los niños los domingos por la mañana, así sabíamos que al menos ahora no habría más apuestas, ya que nadie podría asegurar si se trataba o no de una carrera, ya que ahora, con su rostro ausente, sólo quedaba el rostro perfectamente inescrutable del negro salvaje cuyos dientes brillaban ligeramente, así que ahora no podríamos saber nunca si era una carrera o una espantada y si había algún triunfo estaba en su rostro a doce millas de allí en el Ciento de Sutpen, sin que le fuera preciso verlo o estar presente. Ahora era el negro el que al pasar otro carruaje le hablaba al tiro del otro y al suyo —un algo sin palabras, sin necesitar palabras probablemente en aquella lengua en la cual dormían en el barro del pantano y traídos aquí tras ser encontrados en algún oscuro pantano: el polvo, el trueno, el carruaje veloz hacia la puerta de la iglesia mientras que las mujeres y los niños desperdigados gritaban delante de él y los hombres se agarraban a las bridas del otro tiro de caballos. Y el negro dejaba salir a Ellen y a los niños hasta la puerta y conducía luego el carruaje detrás hasta el árbol de amarre y golpeaba los caballos para que corrieran; incluso hubo un loco que trató de interferir una vez y el negro se volvió hacia él con la vara levantada y mostrando ligeramente sus dientes y le dijo: —Patrón dice; yo hago. Usted hable patrón.

—Sí, de ellos; de ellos mismos. Y esta vez no era ni siquiera el pastor. Era Ellen. Nuestra tía y papá estaban hablando y yo llegué y mi tía dijo —Sal a jugar— incluso aunque yo no hubiera oído a través de la puerta, les había podido repetir la conversación: —Tu hija, tu propia hija— dijo mi tía; y papá: —Sí. Ella es mi hija. Cuando ella quiera que yo interfiera me lo dirá ella misma—. Porque este domingo cuando Ellen y los niños salieron a la puerta principal, no les esperaba el carruaje sino el faetón de Ellen con la vieja yegua mansa que ella misma condujo con el mozo de cuadra que él había comprado en lugar del negro salvaje. Y Judith miró una vez al faetón y comprendió lo que significaba y empezó a gritar, gritar y patear mientras que la arrastraban dentro de la casa y la metían en la cama. No, él no estaba presente. Ni yo alego que hubiera un rostro triunfante detrás de la cortina de la ventana. Probablemente él se hubiera sorprendido tanto como nosotros, ya que habíamos comprendido que se trataba de algo más serio que un mero arrebató infantil o una histeria: que el rostro de él había estado en ese carruaje todo el tiempo; que había sido

Judith, una niña de seis años, quien había instigado y autorizado al negro a desbocar los caballos. No Henry, fíjese; no había sido el niño, que hubiera sido bastante atroz; sino Judith, la niña. Tan pronto como papá y yo cruzamos la puerta de la verja esa tarde y empezamos a subir y dirigimos hacia la casa, yo pude sentirlo. Era como si de la tranquilidad y la paz de aquella tarde de domingo surgieran los gritos de aquella niña, se prolongaban, no ya como sonido sino como algo que podría oír la misma piel, o el pelo del cuero cabelludo. Pero no pregunté inmediatamente. Tenía apenas cuatro años; me senté en la calesa junto a mi padre como me habría sentado entre él y nuestra tía frente a la iglesia aquel primer domingo en que había sido vestida para viajar y ver a mi hermana y a mis sobrinos por primera vez, yo miraba la casa (ya había estado dentro de la casa, por supuesto, pero incluso cuando yo la vi la primera vez que puedo recordar, ya sabía cómo iba a ser, del mismo modo que ya sabía cómo serían Ellen y sus hijos antes de verlos aquel día, en mi recuerdo, fue la primera vez que los vi). No, no preguntaba ni siquiera entonces, sino que mientras miraba aquella casa enorme y silenciosa decía —¿En qué habitación reposa Judith por su enfermedad, papá? Con aquella actitud<sup>[19]</sup> tranquila de una chiquilla que aceptaba lo inexplicable, aunque yo sé ahora que incluso entonces yo me preguntaba qué había visto Judith cuando salió a la puerta y vio el faetón en lugar del carruaje, el tranquilo mozo de cuadra en vez del salvaje, qué había visto en aquel faetón que nos parecía a todos tan inocente —o peor todavía, ¿qué había extrañado cuando lo vio y empezó a chillar? Sí, una tranquila y calurosa tarde de domingo como la de hoy; recuerdo aún el completo silencio que reinaba en la casa cuando entramos, y que me hizo comprender enseguida que él estaba ausente, aunque no sabía en aquel momento que se hallaba bajo el emparrado de moscatel bebiendo en compañía de Wash Jones. Yo sólo sabía, tan pronto como papá y yo cruzamos el umbral, que no estaba allí: como si tuviera casi una omnisciencia absoluta (el mismo conocimiento instintivo que me permitía decirle a Ellen que Judith no precisaba su protección) sabiendo que él no necesitaba quedarse para observar su triunfo— y que, en comparación con lo que sucedería algún día, ese asunto era trivial e indigno de nuestra atención. Sí, aquella habitación sumida en silenciosa penumbra, con las persianas cerradas y una negra sentada junto a la cama con un abanico y el rostro pálido de Judith sobre la almohada, bajo el tul de alcanfor, dormida como supuse entonces: quizá fuera sueño, o se le llamaría sueño, y el rostro de Ellen, blanco y sereno, y papá que dijo: —Sal y encuentra a Henry y pídele que juegue contigo, Rosa— y entonces yo me quedé parada junto a la puerta silenciosa en aquel vestíbulo silencioso porque tenía miedo de alejarme de allí, porque oía el silencio de aquella tarde dominical<sup>[20]</sup> en la casa, más estrepitosa que el trueno y más estrepitosa que una carcajada de triunfo.

—Piensa en los niños —dijo papá.

—¿Pensar? —exclamó Ellen— ¿Qué otra cosa hago? ¿Qué otra cosa hago sino pasarme las noches en vela, pensando en ellos?

—Ni papá ni Ellen dijeron —Vuelve a casa—. No: Esto ocurrió antes de que

estuviese de moda reparar las equivocaciones volviéndoles la espalda y huyendo. Sólo se oían las dos voces tranquilas tras la puerta cerrada, tan tranquilas como si discutiesen algo impreso en una revista; mientras que yo, una niña de pie junto a esa puerta porque tenía miedo de estar allí, pero más miedo aún de alejarme. Inmóvil detrás de la puerta, como si quisiera fundirme en las maderas oscuras y volverme invisible como un camaleón, escuchando al espíritu viviente, la misteriosa presencia de esa casa, que exhalaba un largo sonido neutral mezcla de victoria y desesperanza, de triunfo y terror.

—¿Te gusta esto...? —dijo papá.

—Papá —dijo Ellen— Eso fue todo. Pero vi su rostro en aquel momento, tan claramente como lo veía mi padre, con aquella misma expresión que tuvo aquel primer domingo y los demás. Después un criado entró y dijo que nuestra calesa estaba preparada.

Sí. El de ellos. No de ellos, ni de otra persona, ya que nadie ni siquiera él mismo, podría haberlos salvado. Porque él nos mostraba por qué ese triunfo no merecía siquiera su atención. Se lo mostró a Ellen, es decir, no a mí. Yo no estaba allí; apenas lo había visto en seis años. Nuestra tía había muerto y yo dirigía la casa con mi padre. Una vez por año papá y yo íbamos a cenar, y tal vez cuatro veces al año venían Ellen y sus hijos a pasar el día en casa con nosotros. Pero él, que yo sepa, jamás volvió a entrar en nuestra casa después de casarse con Ellen. Yo era joven entonces, tan joven que hasta creía que ese alejamiento se debía a algún tenaz resto de conciencia, aunque no de remordimiento, incluso para él. Ahora entiendo mejor todo. Ahora sé que fue simplemente porque una vez que papá le entregó por medio de una esposa la respetabilidad que ambicionaba ya no deseaba nada más de papá, y no sentía siquiera gratitud y tampoco apariencias, hubiera sido capaz de forzarlo a abandonar su propio placer para ir a comer en compañía de su familia política. Por eso los vi muy poco. Ya no tenía tiempo para jugar, aun cuando hubiese sentido inclinación, nunca aprendí a jugar y no había motivo para aprender ahora, aunque hubiera tenido tiempo para ello.

—Así que ya hacía seis años, aunque ya no era ningún secreto para Ellen puesto que la cosa venía repitiéndose desde que había remachado el último clavo en la mansión, la única diferencia entre este momento y su época de soltero era que ahora le enganchaban los tiros y le ensillaban los caballos y las mulas en la gruta que estaba detrás de los establos y por tanto atravesaban la pradera sin ser vistos desde la casa. Como había muchos aún; parecía que Dios o el mismo diablo hubieran sacado provecho de sus propios vicios con el fin de reunir testigos que le descargaran de nuestra maldición no sólo gente normal, de nuestra clase, sino individuos de ínfima ralea que, en otras circunstancias, jamás se hubieran atrevido a acercarse a la casa, ni siquiera por la puerta trasera. Sí, Ellen y los dos niños solos en aquella mansión, a doce millas de la ciudad y allí en los establos un espacio cuadrado parecía marcado por rostros iluminados por velas, caras blancas por tres cuartas partes, negras por un

cuarto, y en el centro dos de sus negros salvajes luchando, desnudos, luchando pero no como pelean los blancos, con reglas y armas, sino como luchan los negros, para herirse mutuamente seriamente y con rapidez. Ellen lo sabía, o creía saberlo, pero no era así. Ella lo aceptaba —no lo toleraba, lo aceptaba— como si en medio del ultraje hubiera un momento de respiro en el que uno lo acepta con gratitud porque uno puede decirse: —*Gracias a Dios, esto es todo; al menos ya lo sé todo*— pensando eso, aferrándose todavía a eso, cuando ella entró corriendo esa noche en el establo mientras los hombres que habían entrado por la puerta trasera se apartaban al menos con un mínimo de decencia, y Ellen no vio las dos bestias negras que esperaba encontrar sino una blanca y una negra, ambas desnudas hasta la cintura y lanzándose a los ojos como si sus pieles además de ser del mismo color, hubieran estado cubiertas de pelo. Sí. Parecía como si en ciertos momentos, tal vez al final de la tarde, el espectáculo, a modo de gran apoteosis, o quizá como una mortífera previsión para demostrar la supremacía, el dominio, él mismo entraba en el cuadrilátero con uno de los negros. Sí. Eso fue lo que vio Ellen: su marido y el padre de sus hijos allí de pie desnudo y jadeante y ensangrentado hasta la cintura y el negro que al parecer acababa de caer, tendido a sus pies y también sanguinolento, aunque sobre el negro parecía haber simplemente grasa o sudor—Ellen se alejaba de la casa corriendo ladera abajo, con la cabeza descubierta y a tiempo de oír el mudo, el grito, lo oyó cuando aún corría en la oscuridad y lo oyó antes de que uno de los espectadores supiera que ella estaba allí, lo oyó incluso antes de que a un espectador se le ocurriera decir, —Es un caballo — luego —Es una mujer— luego —Dios mío, es un niño— entró corriendo y los presentes se apartaron y le mostraron a Henry forcejeando por escapar de los negros que lo tenían agarrado aullando y vomitando —sin detenerse, sin ni siquiera mirar a los rostros que se volvían de espaldas a ella cuando ella se arrodillaba en la suciedad del establo para levantar a Henry y sin mirar a Henry tampoco sino hacia arriba hacia él que se paraba allí con sus dientes asomando ahora ligeramente por entre la barba y otro negro le secaba la sangre del cuerpo con una toalla. —Yo sé que nos excusarán, caballeros—, dijo Ellen. Pero ya estaban alejándose, negros y blancos, se escurrían tan furtivamente como entraron, y Ellen no les miraba a ellos sino que se arrodillaba sobre el polvo mientras Henry se agarraba a ella, llorando, y él se paraba allí mientras un tercer negro le alargaba la camisa o la chaqueta como si la chaqueta fuera un palo y estuviera aprisionando una serpiente.

—¿Dónde está Judith, Thomas? —preguntó Ellen.

—¿Judith? —dijo él. Oh, él no mentía, su propio triunfo lo había dominado, había avanzado más allá aún en el mal de lo que se propusiera—. ¿Judith? ¿No está en la cama?

—No me mientas, Thomas —dijo Ellen—. Comprendo que hayas traído a Henry para ver esto, comprendo que quieras que lo vea; trataré de comprenderlo; sí, me esforzaré, me esforzaré en comprenderlo. Pero no a Judith, Thomas. No a mi niña, Thomas.

—No espero que lo comprendas —dijo—. Porque eres una mujer. Pero no he traído a Judith. Nunca la traería aquí. No espero que lo creas, pero te lo juro.

—Quisiera creerte —repuso Ellen—. Quiero creerte. —Entonces empezó a llamar —: ¡Judith! —llamó con voz tranquila y dulce y llena de desesperación—: ¡Judith cielito! ¡Es hora de ir a la cama!

Pero yo no estaba allí. No estaba allí esta vez para ver los dos rostros de Sutpen: el de Judith y el de la negrita a su lado<sup>[21]</sup>... atisbando desde un hueco de entrada al desván.

## CAPÍTULO II

Era un verano de glicinas. El crepúsculo se llenaba con su aroma y con el olor del cigarro de su padre mientras permanecían sentados después de la cena en el zaguán esperando a que fuera el momento en el que Quentin se tuviera que marchar, mientras tanto en la tupida hierba que se extendía debajo del zaguán las luciérnagas revoloteaban y oscilaban suavemente, sin rumbo fijo —el olor, el perfume, que cinco meses más tarde llevaría la carta del señor Compson desde Misisipi, por la interminable y persistente nieve de Nueva Inglaterra, hasta la habitación de Quentin en Harvard. También era un día para escuchar, prestar atención, enterarse en 1909 de lo que ya sabía muy bien, ya que había nacido en medio de aquello y todavía respiraba el mismo aire en el que las campanas de la iglesia habían repicado aquella mañana de domingo de 1833 y, los domingos, incluso oía una de las tres primitivas campanas del mismo campanario donde los descendientes de las mismas palomas se pavoneaban y arrullaban o revoloteaban en pequeños círculos que parecían suaves pinceladas fluidas sobre el suave cielo estival. Una mañana de domingo de junio mientras las campanas repicaban plácida y perentoriamente, con algo de cacofonía — pues los llamamientos concordaban, pero no afinaban— y las damas y los niños y los criados negros que llevaban las sombrillas y matamoscas y hasta algunos hombres (las señoras con miriñaques se movían entre el diminuto casimir de los niños y los largos calzones de las niñas, con las faldas de la época en las que las damas no caminaban, sino que flotaban), cuando los demás hombres sentados con los pies apoyados en la barandilla del zaguán de la posada Holston<sup>[22]</sup> levantaron los ojos; y allí estaba el forastero. Se encontraba en medio de la plaza cuando lo vieron, sobre un gran caballo mano muy sudado, hombre y bestia parecían haber sido creados del aire tenue y depositados bajo la brillante luz dominical de verano en medio de un cansino trote —rostro y caballo que ninguno de ellos había visto antes, nombre que ninguno había oído jamás, y origen y fin que algunos nunca habrían de conocer. Así que durante las cuatro semanas siguientes (Jefferson era entonces un pueblo: la posada Holston, el juzgado, seis tiendas, una herrería y unas caballerizas de alquiler, una taberna frecuentada por arrieros y vendedores ambulantes, tres iglesias y tal vez unas treinta casas particulares) el nombre del forastero corrió de boca en boca por los lugares de labor y de ocio y por las casas particulares en continua estrofa y antistrofa: *Sutpen, Sutpen, Sutpen, Sutpen*.

Eso era todo lo que la ciudad iba a saber acerca de él durante casi un mes. Al parecer había llegado a la ciudad desde el sur —era un hombre de unos veinticinco años según se enteró después la ciudad, porque en el momento no se podría haber adivinado su edad ya que parecía un hombre que había estado enfermo. No un hombre que había estado tranquilamente en cama y se había recuperado para moverse con una especie de asombro desconfiado y vacilante en un mundo que él mismo

había creído estar a punto de abandonar, sino un hombre que había pasado por alguna insólita experiencia que era más que una simple fiebre, como un explorador, que no sólo tuvo que enfrentarse a la dureza natural de la ocupación que él mismo eligió, sino que también fue sorprendido por el impedimento añadido e imprevisto de la fiebre y luchó contra ella a un enorme coste no tanto físico como mental, solo y sin ayuda y no por el ciego impulso instintivo de resistir y sobrevivir sino para ganar y limitarse a disfrutar el premio material por el que aceptó la apuesta original. Un hombre con una voluminosa figura pero ahora delgado, casi demacrado, con una corta barba pelirroja que parecía un disfraz y sobre la que sus pálidos ojos se mostraban soñadores y vivaces al mismo tiempo, implacables y serenos en un rostro cuya carne tenía el aspecto de la cerámica, de haber recibido su color por esa fiebre de horno bien cocida por el alma o el ambiente, más profunda que el mismo sol bajo una impenetrable superficie muerta parecida a la arcilla barnizada. Eso fue lo que vieron, aunque pasaron años hasta que la ciudad supo que eso era todo lo que poseía en aquel momento —el fuerte caballo exhausto y las ropas que llevaba y una pequeña alforja apenas lo suficientemente grande como para albergar una muda de ropa y las navajas de afeitar y las dos pistolas de las que la señorita Coldfield le habló a Quentin, con las culatas gastadas como mangos de azadón y que usaba con la precisión de unas agujas de tejer; más adelante el abuelo de Quentin lo vio cabalgar a medio galope alrededor de un pino a una distancia de veinte pies y clavar ambas balas en un naipe fijado al árbol. Tenía una habitación en la posada Holston pero se llevaba la llave y cada mañana alimentaba y ensillaba su caballo y se alejaba cabalgando antes del amanecer, adonde la ciudad igualmente fracasó en su intento de saber, posiblemente porque ofreció su demostración de tiro tres días después de su llegada. Así que tuvieron que depender de interrogatorios para averiguar lo que podían acerca de él, algo que ocurría necesariamente por la noche, durante la cena en el comedor de la posada Holston o en el salón que tenía que atravesar para llegar a su habitación y volver a cerrar la puerta con llave detrás de sí, lo que hacía tan pronto como terminaba de comer. El bar también daba al salón, y ése era o debería haber sido el lugar para abordarle e incluso preguntarle, excepto por el hecho de que no acudía al bar. No bebía nada, les dijo. No dijo que solía beber y lo había dejado, ni que nunca hubiera bebido alcohol. Sólo dijo que no quería beber; pasaron años hasta que el abuelo de Quentin (él también era un hombre joven entonces; todavía pasarían años antes de que se convirtiera en el general Compson) supo que la razón por la que Sutpen no bebía era que no tenía dinero con el que pagar su parte o corresponder a las invitaciones; y fue el general Compson quien primero se dio cuenta de que en ese momento a Sutpen le faltaba no sólo el dinero para gastárselo en bebida y camaradería, sino también el tiempo y la inclinación: que en ese momento era por completo el esclavo de su secreta y furiosa impaciencia, su convicción originada en cualquiera que su reciente experiencia hubiera sido —esa fiebre mental o física— de que era necesario apresurarse, de que el tiempo se escapaba frente a él, lo que le iba a



guiar durante los cinco años siguientes —según calculó el general Compson, aproximadamente hasta unos nueve meses antes de que su hijo naciera.

Así quisieron atraparlo, encontrarlo, en el salón entre la mesa de la cena y su puerta cerrada para darle la oportunidad de contarles quién era y de dónde venía y qué hacía allí, después de lo cual se movía paulatina y lentamente hasta que su espalda entraba en contacto con algo —un poste o una pared— y entonces se quedaba allí y no decía nada, tan amable y cortésmente como un recepcionista de hotel. Era el agente indio chickasaw<sup>[23]</sup> con y a través de quien trataba y así no fue hasta aquel sábado por la noche en el que despertó al funcionario local de tierras con las escrituras, el título de propiedad y la moneda española de oro, cuando la ciudad supo que ahora poseía cien millas cuadradas de la mejor tierra virgen de la zona, pero hasta esa noticia llegó demasiado tarde ya que Sutpen se había ido, a donde de nuevo ellos no sabían. Sin embargo, ahora poseía tierras entre las suyas y algunos empezaron a sospechar lo que el general Compson, según parece, ya sabía: que la moneda española con la que había pagado para registrar el título de propiedad era la última de cualquiera de las que poseía. Ahora estaban seguros de que se había marchado para conseguir más; incluso hubo algunos que se anticiparon en creer (y hasta en decir en voz alta, ahora que él no estaba presente) lo que la futura y entonces no-nacida cuñada de Sutpen le contaría a Quentin casi ochenta años después: que había descubierto una forma única y práctica de esconder su botín y que había regresado a su escondite para rellenar los bolsillos, aunque en realidad no hubiera cabalgado con las dos pistolas de vuelta al río y a los barcos de vapor llenos de jugadores y traficantes de algodón y esclavos para rellenar su escondite. Al menos algunos se contaban entre sí estas cosas cuando regresó dos meses después, nuevamente sin avisar y esta vez acompañado por una carreta cubierta conducida por un negro y en el asiento con el negro un hombre pequeño, alarmantemente resignado con un rostro latino, serio y fatigado, vestido con una levita y un chaleco floreado y un sombrero que no habría causado furor alguno en ningún bulevar parisino, todo lo cual llevaría puesto constantemente durante los dos años siguientes —la vestimenta sombríamente teatral y la expresión de determinación fatalista y atónita— mientras su cliente blanco y los trabajadores negros que tenía que aconsejar pero no dirigir, se quedaban desnudos a excepción de una capa de barro reseco. Éste era el arquitecto francés. Años más tarde la ciudad supo que había venido desde la Martinica<sup>[24]</sup> aunque sólo tenían la palabra de Sutpen y había vivido de carne de venado cocinada en una fogata durante dos años, en una tienda de campaña sin suelo hecha con el techo de la carreta, antes de ver cualquier forma o color de pago. Y hasta que cruzó la ciudad a su regreso a Nueva Orleans dos años después, no vio Jefferson ninguna otra vez; no quiso ir, o Sutpen no quiso llevarlo, al pueblo incluso en las escasas ocasiones en las que Sutpen fue visto allí, y no tuvo mucha ocasión de ver Jefferson aquel primer día porque la carreta no se detuvo. Según parece sólo fue debido al mero azar geográfico que Sutpen atravesara la ciudad, deteniéndose apenas el tiempo suficiente para que

alguien (no el general Compson) mirara debajo del techo de la carreta y hacia el interior de un oscuro túnel lleno de ojos inmóviles y oliendo igual que una guarida de lobos.

Pero la leyenda de los negros salvajes de Sutpen no iba a comenzar enseguida, porque la carreta continuó como si hasta la madera y el hierro que la formaban, del mismo modo que las mulas que tiraban de ella, se hubieran empapado por la pura asociación con él de ese tipo de actividad escuálida e infatigable, de ese convencimiento de que el tiempo vuela y hay que apresurarse; más adelante Sutpen le contó al abuelo de Quentin que aquella tarde en la que la carreta atravesó Jefferson llevaban sin comer desde la noche anterior y que él intentaba llegar al Ciento de Sutpen y al remanso del río antes del anochecer para matar un ciervo, así él y el arquitecto y los negros no tendrían que pasar otra noche más sin comer. De este modo la leyenda de los hombres salvajes llegó poco a poco a la ciudad, llevada por los hombres que cabalgaban hasta allí para ver qué estaba pasando, quienes comenzaron a contar cómo Sutpen tomaba posición con sus pistolas junto al rastro de las piezas de caza y enviaba a los negros a rodear el pantano igual que una jauría; fueron ellos los que relataron cómo durante el primer verano y durante el otoño los negros ni siquiera tenían (o no usaban) mantas con las que dormir, incluso antes de que Akers, el cazador de mapaches, contara que había pisado a uno de ellos que estaba en el puro barro como un caimán dormido y que gritó justo a tiempo. Los negros no sabían hablar nada de inglés todavía y sin duda había muchos aparte de Akers que no sabían que la lengua en la que ellos y Sutpen se comunicaban era una especie de francés y no una oscura y fatal lengua propia.

Había muchos más aparte de Akers, pero los otros eran terratenientes y ciudadanos responsables y no tenían que rondar el campamento por la noche. En realidad, según le dijo la señorita Coldfield a Quentin, formaban grupos para reunirse en la posada Holston y salir a caballo, llevando a menudo el almuerzo. Sutpen había construido un homo para cocer ladrillos y había puesto la sierra y la aplanadora que había traído en la carreta —un cabestrante con un largo ramal de madera de árbol joven, con la yunta de la carreta y los negros turnándose y él mismo cuando era necesario, cuando la maquinaria reducía la velocidad, enganchados a él— como si los negros fueran realmente hombres salvajes; según el general Compson contó a su hijo, el padre de Quentin, mientras los negros estaban trabajando Sutpen nunca les levantaba la voz, por el contrario los guiaba, los atrapaba en el momento psicológico con el ejemplo, con el dominio de la paciencia más que con la fuerza bruta. Sin desmontar (normalmente Sutpen no los saludaba ni con una inclinación de cabeza, aparentemente tan ajeno a su presencia como si fueran sombras ociosas) se sentaban formando una extraña masa silenciosa cómo para protegerse mutuamente y contemplaban cómo se izaba su mansión, llevada tabla a tabla y ladrillo a ladrillo desde el pantano donde la arcilla y la madera aguardaban —el hombre blanco con la barba y los veinte hombres negros y todos desnudos debajo del pegajoso y penetrante

barro. Siendo hombres, estos espectadores no se dieron cuenta de que las ropas que Sutpen había llevado cuando cabalgó por primera vez por Jefferson eran las únicas con las que lo habían visto, y de cualquier manera pocas mujeres del condado lo habían visto. De lo contrario, algunas se habrían anticipado a la señorita Coldfield también en esto: en adivinar que estaba reservando sus ropas, ya que el decoro incluso sin elegancia en la apariencia era la única arma (o mejor dicho, escala) con la que podría dirigir el último asalto sobre lo que la señorita Coldfield y quizá otros creyeron que era la respetabilidad —esa respetabilidad que, según el general Compson, consistía en la secreta inclinación de Sutpen por bastante más aparte de la mera adquisición de una ama de llaves<sup>[25]</sup> para su casa. Así que él y los veinte negros trabajaban juntos, cubiertos de lodo para protegerse de los mosquitos y, según le contó la señorita Coldfield a Quentin, sólo se distinguían el uno de los otros por su barba y los ojos y solamente el arquitecto parecía una criatura humana debido a la ropa afrancesada que llevó constantemente con una especie de fatalidad invencible hasta el día después de que la casa fuera terminada salvo por los cristales y herrajes que no se podían hacer a mano y el arquitecto se marchó —trabajando bajo el sol y con el calor del verano y el lodo y el hielo del invierno, con una furia silenciosa e incansable.

Tardaron dos años él y su grupo de esclavos importados a quienes sus conciudadanos adoptivos todavía consideraban bastante más peligrosos que cualquier bestia que él hubiera podido sacar de su madriguera y matar en la región. Trabajaban desde el amanecer hasta el anochecer mientras grupos de jinetes cabalgaban hasta allí y permanecían silenciosamente sobre sus caballos y observaban, y el arquitecto vestido con su levita y sombrero parisino y su expresión de asombro amargo y desagradable rondaba por los alrededores de la escena con un aire que iba del espectador ocasional y amargamente desinteresado al fantasma condenado y concienzudo asombro, dijo el general Compson, no tanto ante los demás y lo que estaban haciendo como ante sí mismo, ante el hecho inexplicable e increíble de su propia presencia. Pero era un buen arquitecto; Quentin conoció la casa, a doce millas de Jefferson, en medio de la arboleda de cedros y robles, setenta y cinco años después de ser terminada. Y no sólo era un arquitecto, según dijo el general Compson, sino un artista porque solamente un artista hubiera podido soportar aquellos dos años para construir una casa que sin ninguna duda no sólo no esperaba sino que firmemente no pretendía volver a ver. No era, dijo el general Compson, la agresión hacia su sentido común y el ultraje a su sensibilidad durante los dos años de permanencia, sino Sutpen: que sólo un artista hubiera podido soportar la obstinación y las prisas de Sutpen y aun lograr reprimir el sueño de una magnificencia siniestra y con forma de castillo que evidentemente Sutpen ambicionaba, ya que el lugar según Sutpen lo planeó habría sido casi tan grande como el mismo Jefferson en su momento; que el pequeño extranjero serio y atormentado luchó sin ayuda y venció la intensa y arrogante vanidad de Sutpen o su deseo de magnificencia o de reivindicación o de lo

que fuera (ni el general Compson lo sabía) y así creó a partir de la misma derrota de Sutpen la victoria que, al conquistar, el mismo Sutpen no habría logrado obtener.

Así que entonces encajaron hasta la última viga y ladrillo y clavija de madera que pudieron hacer por sí mismos. Sin pintura y sin muebles, sin un cristal o un picaporte o bisagra, a doce millas de la ciudad y a casi la misma distancia de cualquier vecino, permaneció durante tres años más rodeada por los ceremoniosos jardines y las arboledas, la vivienda para los esclavos y los establos y las cabañas de ahumar; los pavos salvajes se acercaban a una milla de la casa y los ciervos venían ligeros y coloreados como el humo y dejaban delicadas huellas en los macizos simétricos donde no habría flores durante cuatro años. Entonces comenzó un período, una etapa, durante la que la ciudad y el condado lo observaban con mayor desconcierto aún. Quizá era porque el siguiente paso hacia su secreto proyecto que el general Compson aseguraba conocer pero que la ciudad y el condado apenas comprendía o ni siquiera eso, ahora requería paciencia o tiempo pasivo en vez de esa enérgica furia a la que les tenía acostumbrados; ahora fueron las mujeres las primeras en sospechar lo que quería, cuál sería su siguiente paso. Ninguno de los hombres, seguramente ni aquellos que lo conocían lo suficientemente bien como para llamarle por su nombre, sospechó que quería una esposa. Sin duda hubo algunos, casados y solteros, que no sólo rechazaron considerar la idea sino que incluso protestaron contra ella, porque durante los tres años siguientes llevó lo que debió de parecerles una vida perfecta. Vivió allí, a ocho millas del vecino más próximo, en masculina soledad en lo que podría llamarse la sala de armas de medio acre con un esplendor aristócrata. Vivió en la armazón espartana del edificio más grande del condado, sin exceptuar el propio juzgado, cuyo umbral ni siquiera había visto una mujer, sin ningún refinamiento afeminado como los cristales o puerta o colchón; donde no sólo no había ninguna mujer que se opusiera si decidía dormir con sus perros en el jergón, incluso no necesitaba perros para matar la pieza que dejaba sus huellas a la vista de la puerta de la cocina sino que en cambio la cazaba con seres humanos que le pertenecían en cuerpo y alma y de quienes se creía (o decía) que podían arrastrarse hasta un gamo echado y cortarle el cuello antes de que se pudiera mover.

Fue en ese momento cuando comenzó a invitar a los grupos de hombres de los que la señorita Coldfield le habló a Quentin, a ir al Ciento de Sutpen para que acamparan sobre mantas en las desnudas habitaciones de su embrionaria y ceremoniosa opulencia; cazaban, y por la noche jugaban a las cartas y bebían, y de vez en cuando sin duda enfrentaban a sus negros uno contra otro y quizá incluso en ese momento él mismo participaba —ese espectáculo cuya visión, según la señorita Coldfield, su hijo era incapaz de soportar mientras su hija lo contemplaba impasible. Ahora el mismo Sutpen bebía, aunque posiblemente hubo otros además del abuelo de Quentin que observaron que bebía muy poco salvo cuando él mismo había conseguido proporcionar parte del licor. Sus invitados traían whisky consigo pero él bebía de éste con un cálculo escaso como si llevara mentalmente, decía el general

Compson, una especie de balance de solvencia espiritual entre la cantidad de whisky que aceptaba y la cantidad de piezas de caza que proporcionaba a sus armas.

Vivió así durante tres años. Ahora poseía una plantación; en dos años había extraído la casa y los jardines del pantano y arado y sembrado su tierra con semillas de algodón que el general Compson le prestó. Entonces pareció que había abandonado. Pareció que sólo se sentaba en medio de lo que casi había terminado, y permaneció así durante tres años en los que ni siquiera parecía proponerse o querer nada más. Tal vez no sea sorprendente que los hombres del condado llegaran a creer que la vida que ahora llevaba había sido su meta todo este tiempo; fue el general Compson, quien parecía conocerlo lo suficientemente bien como para ofrecerse a prestarle semillas de algodón para sus comienzos, el que mejor lo sabía, a quien Sutpen le contó algo acerca de su pasado. Fue el general Compson el primero que supo que la moneda española era su última moneda, fue Compson (eso supo la ciudad después) quien se ofreció a prestarle el dinero para terminar su casa y amueblarla, y no quiso aceptarlo. Así que sin duda el general Compson fue el primer hombre del condado que se dijo a sí mismo que Sutpen no necesitaba pedir prestado dinero para terminar la casa, proporcionarle lo que a ésta le faltaba, ya que pretendía casarse. No fue la primera persona en saberlo: más bien fue el primer hombre, ya que, según lo que le dijo la señorita Coldfield a Quentin setenta y cinco años después, las mujeres de la zona se habían estado diciendo las unas a las otras y a sus maridos que Sutpen no pretendía detenerse ahí, que se había tomado demasiadas molestias, pasado por demasiadas miserias y penalidades, como para establecerse y vivir del mismo modo que había vivido mientras se construía su casa salvo que ahora tenía un techo bajo el que dormir en lugar de un techo de lona y sin suelo. Posiblemente las mujeres ya habían buscado entre las familias de los hombres que ahora podrían ser llamados sus amigos, a esa futura esposa cuya dote completaría la forma y sustancia de esa respetabilidad que la señorita Coldfield creía que en cualquier caso era su meta. Así que cuando, al expirar esta segunda etapa, tres años después de que se terminara la casa y el arquitecto se marchara y de nuevo una mañana de domingo y otra vez sin avisar, la ciudad lo vio atravesar la plaza, ahora a pie pero con las mismas ropas con las que había cabalgado por la ciudad cinco años antes y que nadie había visto desde entonces (él o uno de los negros había planchado la levita con ladrillos calentados, le dijo el general Compson al padre de Quentin) y entrar en la iglesia metodista, sólo algunos hombres se sorprendieron. Las mujeres simplemente dijeron que había agotado las posibilidades entre las familias de los hombres con los que había cazado y jugado y que ahora había venido a la ciudad para buscar una esposa del mismo modo que hubiera ido al mercado de Memphis a comprar ganado o esclavos. Pero cuando se dieron cuenta de por quién había venido a la ciudad y a la iglesia para investirla con su elección, la certeza de las mujeres se unió a la sorpresa de los hombres, y entonces incluso más que eso: estupor.

Porque ahora la ciudad creía conocerlo. Durante dos años había visto cómo había

erigido ese armazón de una casa y extendía sus campos con esa furia hosca e infatigable, entonces durante tres años había permanecido completamente inactivo, como si funcionara con electricidad y alguien hubiera venido y retirado, desmontado el sistema alámbrico o la dinamo. De modo que cuando entró en la iglesia metodista con su levita planchada aquella mañana de domingo, hubo hombres así como mujeres que creyeron que sólo tenían que buscar entre los rieles para anticipar la dirección en la que les llevarían sus pasos, hasta que se dieron cuenta de que aparentemente había elegido al padre de la señorita Coldfield con la misma fría e implacable premeditación con la que posiblemente había escogido al arquitecto francés. Contemplaron con un asombro pasmoso mientras asediaba deliberadamente al único hombre de la ciudad con el que no podía haber tenido nada en común, menos que nada, dinero —un hombre que obviamente no podía hacer nada en el mundo por él excepto abrirle una cuenta en una pequeña tienda situada en una encrucijada o votar por él si alguna vez solicitaba ser ordenado pastor metodista —un comerciante metodista, un mercader no sólo de posición y circunstancias modestas sino que también tenía mujer y familia propia, sin mencionar una madre y una hermana que dependían de él, a quienes mantenía con las ganancias de un negocio que había traído a Jefferson diez años antes en una sola carreta —un hombre con una fama de rectitud absoluta y constante e incluso puritana en una región y un tiempo de oportunismo sin escrúpulos, que ni bebía ni jugaba ni cazaba siquiera. Dado su asombro, olvidaron que el señor Coldfield tenía una hija casadera. No tomaron en cuenta a la hija para nada. No pensaban en amor en relación con Sutpen. Pensaban en severidad más que en justicia y en miedo más que en respeto, pero no en piedad o en amor: además de estar absortos en la asombrosa especulación de cómo Sutpen pretendía o podía tramar utilizar al señor Coldfield para adelantar cualesquiera que fueran las secretas metas que todavía tenía. Nunca lo sabrían: incluso la señorita Rosa Coldfield no lo hizo. Porque desde aquel día no hubo más partidas de caza en el Ciento de Sutpen y cuando ahora lo veían era en la ciudad. Pero sin gandulear, sin haraganear. Los hombres que habían dormido y brindado con él bajo su techo (algunos incluso lo habían llegado a llamar Sutpen sin el formal señor) lo veían pasar por la calle delante de la posada Holston con un solo gesto ceremonioso con su sombrero y continuar y entrar en la tienda del señor Coldfield, y eso era todo.

—Entonces un día abandonó Jefferson por segunda vez. —Le dijo el señor Compson a Quentin—. La ciudad tenía que haber estado acostumbrada por entonces. Sin embargo, su posición había variado sutilmente, como verás por la reacción de la ciudad ante su segundo regreso. Porque cuando regresó esta vez, en cierto sentido era un enemigo público. Tal vez fue por lo que trajo consigo esta vez: el material que trajo esta vez, comparado con la única carga de negros salvajes que había traído antes. Pero no lo creo. Es decir, creo que había algo más involucrado aparte del valor intrínseco de sus arañas y el mobiliario de caoba y las alfombras. Creo que la afrenta surgió cuando la ciudad se dio cuenta de que la estaba implicando; que cualquiera

que fuera la felonía que dio lugar a la caoba y el cristal, estaba obligando a la ciudad a que lo apoyara. Hasta entonces, hasta aquel domingo en el que fue a la iglesia, si había castigado o maltratado a alguien, sólo había sido Ikkemotubbe<sup>[26]</sup>, de quien obtuvo sus tierras —un asunto entre su conciencia y el Tío Sam y Dios. Pero ahora su posición había cambiado, ya que cuando, unos tres meses después de que se fuera, cuatro carretas abandonaron Jefferson para ir al río a su encuentro, se supo que el señor Coldfield había sido el hombre que las había contratado y enviado. Eran grandes carretas, tiradas por bueyes, y cuando regresaron la ciudad las miró y supo, no importa lo que contuvieran, que el señor Coldfield no podía haber hipotecado todo lo que poseía para llenarlas; sin duda esta vez hubo más hombres que mujeres que durante su ausencia lo retrataron con un pañuelo en la cara y los dos cañones de las pistolas brillando bajo los candelabros del bar de un vapor, o si no, cosas peores: un acto llevado a cabo en la acechante oscuridad de un fangoso embarcadero y con un cuchillo por la espalda. Lo vieron pasar, sobre su caballo mano al lado de sus cuatro carretas; parece que incluso los que habían comido su comida y disparado a sus piezas de caza y lo habían llamado «Sutpen» sin el «señor», ahora no se le acercaron. Sólo esperaron mientras llegaban a la ciudad los relatos y rumores de cómo él y sus ahora medio domados negros habían instalado las ventanas y puertas y los asadores y pucheros en la cocina y las arañas de cristal en los salones y el mobiliario y las cortinas y las alfombras; fue ese mismo Akers que había tropezado con el negro acostado en el barro cinco años antes el que una noche, con la mirada un poco extraviada y bastante parlanchín, llegó al bar de la posada Holston y dijo: — Muchachos, ¡esta vez robó todo el condenado barco!

—Entonces finalmente la virtud cívica llegó a su término. Un día y mientras el sheriff del condado se hallaba entre ellos, un grupo de ocho o diez tomaron la carretera hacia el Ciento de Sutpen. No recorrieron todo el camino porque a unas seis millas de la ciudad se encontraron con el mismo Sutpen. Cabalgaba sobre el caballo mano, llevando su levita y el sombrero de castor que ellos conocían y con las piernas envueltas en un trozo de lona; tenía un baúl en el pomo de la montura y llevaba en su brazo una pequeña cesta tejida. Detuvo el caballo mano (entonces era abril, y la carretera todavía era un cenagal) y permaneció allí sentado con su lona salpicada y los miró uno a uno a la cara; tu abuelo dijo que sus ojos parecían pedazos de un plato roto y que su barba era tan fuerte como una almohaza. Así fue como lo expresó: fuerte como una almohaza. —Buenos días, caballeros —dijo— ¿Me estaban buscando ustedes?

—Sé que sin duda algo más aparte de esto se divulgó en el momento, aunque, que yo sepa, ninguno de la asamblea de vigilancia lo dijo nunca. Todo lo que escuché es cómo la ciudad, los hombres que estaban en el zaguán de la posada Holston vieron a Sutpen y al comité cabalgar juntos hacia la plaza, estando Sutpen un poco delante y los otros agrupados detrás de él —Sutpen con las piernas y los pies bien envueltos en su lona y los hombros ajustados dentro de la gastada levita de paño y ese gastado

castor un poco cepillado levantado, les hablaba por encima del hombro y de esos ojos duros y pálidos e inquietos y posiblemente burlones y tal vez despectivos incluso entonces. Tiró de las riendas delante de la puerta y el mozo de cuadra negro corrió y tomó las riendas del mano y Sutpen descendió, con su baúl y la cesta y subió los escalones y escuché cómo se volvía y de nuevo miró hacia donde se amontonaban sentados sobre sus caballos sin saber exactamente qué hacer. Y pudo ser lo mejor que tuviera esa barba y ellos no pudieran ver su boca. Entonces se dio media vuelta y miró a los otros hombres sentados con los pies sobre la barandilla y que también lo miraban, hombres que solían venir a su casa y dormir sobre el suelo y cazar con él, y los saludó con ese gesto fanfarrón y ostentoso con su sombrero (sí, era vulgar. Siempre se mostraba así, decía tu abuelo, en todos los encuentros formales con la gente. Era como John L. Sullivan<sup>[27]</sup> que aprendió por sí mismo con dificultad y por aburrimiento a bailar la giga, después de haber ensayado una y otra vez en secreto hasta que creyó que ya no era necesario tener en cuenta el compás de la música. Él hubiera podido creer que tu abuelo o el juez Benbow<sup>[28]</sup> habrían podido hacerlo con un poco menos de esfuerzo que él, pero no podía haber creído que alguien hubiera podido golpearle al saber cuándo y cómo hacerlo. Y además, era en su cara en donde residía su poder, decía tu abuelo: que cualquiera podía mirarle y decir, *Dada la ocasión y si es necesario, este hombre puede y hará cualquier cosa*) y entró en la posada y ordenó una habitación.

—Así que permanecieron sobre sus caballos y lo esperaron. Supongo que sabían que tendría que salir en cualquier momento: supongo que permanecieron allí sentados y pensaron en aquellas dos pistolas. Porque todavía no había ninguna orden contra él: sólo era la opinión pública en un agudo estado de indigestión; y ahora otros jinetes cabalgaron hacia la plaza y se dieron cuenta de la situación, de modo que había todo un pelotón esperando cuando salió al zaguán. Ahora llevaba un sombrero nuevo y una levita de paño nueva, así que supieron lo que el baúl había contenido. Incluso ahora sabían lo que la cesta había contenido ya que no la tenía consigo tampoco, aunque sin duda les sorprendió en ese momento más que nunca. Porque habían estado demasiado ocupados especulando sólo acerca de cómo planeaba utilizar al señor Coldfield y, desde su regreso, demasiado ultrajados por la creencia de que ahora veían los resultados aunque los medios eran todavía un enigma, como para acordarse de la señorita Ellen.

—Así que se detuvo de nuevo y los miró uno a uno a la cara otra vez, sin duda memorizando los nuevos rostros, sin ninguna prisa, todavía con la misma barba para esconder cualquier cosa que su boca pudiera haber enseñado. Pero parece que esta vez no dijo nada. Sólo bajó los escalones y atravesó la plaza, la asamblea (tu abuelo dijo que había aumentado a cincuenta por entonces) también se movió, siguiéndole a través de la plaza. Dicen que ni siquiera miró atrás. Sólo siguió caminando, erguido, con el nuevo sombrero levantado y llevando ahora en la mano lo que les debió de parecer el último insulto gratuito, mientras la asamblea cabalgaba por la calle a su



lado pero no completamente en paralelo, y los otros que no tenían caballos al momento se unían y seguían al comité por la carretera y las damas y los niños y las esclavas acudían a las puertas y ventanas de las casas mientras pasaban para mirar cómo proseguían formando un hosco cortejo, y Sutpen, aun sin volver la cabeza, pasó por la portilla del señor Coldfield y caminó con grandes pasos por el sendero enladrillado hasta la puerta, llevando su cornucopia de periódico llena de flores.

—De nuevo lo esperaron. Ahora la multitud crecía rápidamente —otros hombres y algunos chicos e incluso algunos negros de las casas contiguas, se agrupaban detrás de los primeros ocho miembros de la asamblea que miraban sentados hacia la puerta del señor Coldfield hasta que salió. Fue un rato largo y ya no llevaba las flores, y cuando regresó a la verja, ya estaba comprometido. Pero ellos no lo sabían porque tan pronto como llegó a la verja, lo arrestaron. Lo llevaron de vuelta a la ciudad, mientras las damas y los niños y los criados negros miraban desde detrás de las cortinas y los arbustos de los patios y detrás de las esquinas de las casas, desde las cocinas donde sin duda el cocido ya comenzaba a quemarse, y así de vuelta a la plaza donde el resto de los hombres robustos abandonaron sus oficinas y tiendas para seguirlos, así que cuando llegó al juzgado, a Sutpen le seguía una multitud mayor que si hubiera sido en verdad un esclavo prófugo. Lo procesaron ante un juez, pero en ese momento tu abuelo y el señor Coldfield ya habían llegado allí. Firmaron su fianza y después esa tarde regresó a casa con el señor Coldfield, caminando por la misma calle por la que había pasado por la mañana, sin duda con las mismas caras mirándole desde detrás de las cortinas de las ventanas, para la cena de compromiso sin vino en la mesa ni whisky antes o después. Durante ninguna de las tres veces en las que pasó por esa calle ese día su porte se vio alterado —el mismo andar tranquilo con el que la nueva levita se balanceaba, el mismo ángulo en el sombrero nuevo sobre sus ojos y su barba. Tu abuelo decía que algo del aspecto de barro cocido que había tenido la carne de su rostro cuando llegó a la ciudad cinco años antes había desaparecido y que su cara poseía un bronceado respetable. Y tampoco había engordado; tu abuelo decía que no era eso: la carne sobre sus huesos se había calmado, estaba como inerte después de un enfrentamiento real con el aire, de modo que en verdad ahora llenaba sus ropas, con esa altanería pero sin arrogancia ni fanfarronería, aunque según tu abuelo nunca había sido fanfarronería, sólo vigilancia. Y ahora ésta había desaparecido, como si después de los tres años sólo pudiera confiar en sus ojos para vigilar, sin que la carne sobre sus huesos permaneciera como un centinela. Dos meses después, él y la señorita Ellen se casaron.

—Fue en junio de 1838, casi cinco años después de aquella mañana de domingo en la que llegó a la ciudad sobre el caballo mano. Ésta (la boda) se celebró en la misma iglesia metodista en la que vio a Ellen por primera vez, según la señorita Rosa. La tía había forzado o se había quejado (no había camelado: eso no habría servido) ante el señor Coldfield para que le permitiera a Ellen llevar polvos de arroz en la cara para la ocasión. Los polvos de arroz servirían para esconder las señales de las

lágrimas. Pero antes de que la boda se acabara los polvos estaban estriados, apelmazados y surcados. Al parecer, Ellen entró en la iglesia aquella noche saliendo del llanto como si saliera de la lluvia, sufrió la ceremonia y salió de la iglesia hacia el llanto otra vez, hacia las lágrimas, las mismas lágrimas, la misma lluvia. Se subió al carruaje y se marchó envuelta por ésta (la lluvia) hacia el Ciento de Sutpen.

—Fue la boda lo que causó sus lágrimas: no el hecho de casarse con Sutpen. Cualquier lágrima que se debió a ésta, por supuesto que hubo lágrimas, vino después. No se pretendió que fuera una gran boda. Es decir, parece que el señor Coldfield no deseó que lo fuera. De los dos hombres (no hablo de Ellen, por supuesto: de hecho, advertirás que la mayoría de los divorcios se dan entre mujeres a las que casaron jueces de paz que mascan tabaco en juzgados rurales o pastores despertados después de medianoche, y que enseñan los tirantes por debajo de la levita y sin ningún cuello puesto y como testigo una esposa o hermana soltera llevando rulos. Así que ¿es demasiado pensar que estas mujeres llegaron a desear el divorcio debido no a una sensación de defecto sino de fracaso y traición real? ¿Que a pesar de la tangible prueba de sus hijos y todo lo demás, todavía tienen en sus mentes la imagen de sí mismas caminando al ritmo de la música y las cabezas volviéndose, entre todos los adornos y situaciones simbólicas de la entrega ceremonial de lo que ya no poseen? Y ¿por qué no?, ya que para ellas la verdadera y auténtica entrega sólo puede ser (y ha sido) un ritual como el de cambiar un billete para comprar uno de tren) —de los dos hombres, era Sutpen el que deseaba (o esperaba: sé esto por unas palabras que tu abuelo un día dejó caer y que él sin duda había recogido de Sutpen del mismo modo fortuito, ya que Sutpen ni siquiera le dijo a Ellen que la deseaba, y el hecho de que en el último minuto se negó a apoyar su deseo e insistencia en ello, produjo en parte las lágrimas) una gran boda, la iglesia llena y todo el ritual. El señor Coldfield al parecer pretendía utilizar la iglesia en la que había invertido una cierta cantidad de sacrificio y sin duda abnegación y ciertamente trabajo duro y dinero por lo que podría llamarse un saldo de solvencia espiritual, igual que hubiera usado una desmotadora de algodón con la que consideraba haber incurrido bien en interés o en responsabilidad, para desmotar el algodón que él o cualquier miembro de su familia, consanguínea o política, hubiera cultivado —eso, y nada más. Tal vez esto se debía a la incansable e infatigable economía que le había permitido mantener a una madre y una hermana y casarse y formar una familia con la ganancia de esa tienda que había cabido en una sola carreta diez años antes; o quizá era por algún sentido innato de la delicadeza o conveniencia (que parecía que su hija y hermana no tenían, por cierto), con respecto al futuro yerno a quien había ayudado a salir de la cárcel apenas dos meses antes. Pero no se debía a que careciera de valor con respecto a la todavía anómala situación de su yerno en la ciudad. Sin importar cómo hubieran sido sus relaciones antes de aquello y cómo podrían ser sus futuras relaciones, si el señor Coldfield hubiera considerado a Sutpen culpable de cualquier crimen en el momento, no habría movido ningún dedo para liberar a Sutpen. No se habría apartado de su camino para mantener

a Sutpen encerrado, pero sin duda la mejor desinfección moral que Sutpen pudo recibir en el momento a la vista de sus conciudadanos fue que el señor Coldfield firmara la fianza —algo que no habría hecho para salvar su propia reputación aunque la detención hubiera sido una consecuencia directa del negocio que había entre él mismo y Sutpen— ese asunto del que, cuando llegó a un punto en el que su conciencia se negó a aprobarlo, se retiró y dejó que Sutpen aprovechara todos los beneficios, incluso negándose a permitir que Sutpen le reembolsara la parte correspondiente que, al retirarse, había perdido aunque permitió que su hija se casara con este hombre cuyas acciones no aprobaba su conciencia. Ésta fue la segunda vez que hizo algo así.

—Cuando se casaron, sólo había diez personas en la iglesia, incluyendo el cortejo nupcial, de los cien que habían sido invitados; aunque cuando salieron de la iglesia (era de noche: Sutpen había traído media docena de sus negros salvajes para que esperaran en la puerta con teas encendidas) el resto de la centena estaba allí representada por muchachos y jóvenes y hombres de la taberna de los arrieros que estaba en las afueras de la ciudad —comerciantes de ganado y mozos de cuadra y semejantes que no habían sido invitados. Ésa fue la otra razón de las lágrimas de Ellen. Fue la tía la que persuadió al señor Coldfield para conseguir una gran boda. Sutpen no se había pronunciado. Pero Sutpen la quería. De hecho, la señorita Rosa estaba más en lo cierto de lo que pensaba: quería, no una esposa anónima y unos niños anónimos, sino los dos nombres, la intachable esposa y el irrecusable suegro, en la cédula, en la patente. Sí, en la patente, con un sello de oro y también cintas rojas si eso se hubiera podido hacer. Pero no era para sí mismo. Ella (la señorita Rosa) habría llamado vanidad al sello de oro y las cintas. Pero entonces, la vanidad habría concebido esa casa y, la habría construido en un lugar extraño y con poco más aparte de sus manos y además se habría encontrado con el obstáculo de la casualidad y posibilidad de que surgiera la intromisión de todas las comunidades de hombres debido a la desaprobación de una situación que no entienden. Y orgullo: la señorita Rosa había reconocido que era valiente; tal vez hasta reconoció el orgullo: el mismo orgullo que deseaba una casa como ésa, que no aceptaba nada inferior, y que trabajó para obtenerla a cualquier precio, y entonces vivió en ella, solo, sobre un jergón en el suelo durante tres años hasta que pudo amueblarla como tenía que ser amueblada — no era esa cédula matrimonial la pieza menos importante del mobiliario. Ella tenía bastante razón. No era sólo un refugio, una esposa e hijos anónimos lo que él quería, del mismo modo que no quería una boda sencilla. Pero nunca se lo dijo a Ellen, ni a nadie: de hecho, cuando la crisis femenina llegó, cuando Ellen y la tía intentaron que se pusiera de su parte para convencer al señor Coldfield acerca de una boda fastuosa, se negó a apoyarlas. Sin duda recordaba mejor que el señor Coldfield que había estado en la cárcel dos meses antes; que la opinión pública que en algún momento de los cinco años anteriores lo había engullido aunque él nunca había permanecido tranquilo dentro de su estómago, había llevado a cabo uno de los naturales y violentos

e inexplicables cambios de la humanidad y lo había vomitado. Y no le ayudó nada el hecho de que dos de los ciudadanos que deberían haber sido dos de los dientes de la ultrajada mandíbula sirvieran como sostén para mantener la mandíbula abierta e impotente mientras él salía indemne de ella.

—Ellen y la tía también se acordaban de aquello. Sobre todo la tía. Al ser una mujer, sin duda fue un miembro de esa sociedad de mujeres de Jefferson que dos días después de que la ciudad lo viera aparecer cinco años atrás, había acordado no perdonarle por no tener un pasado, y fue consecuente. Debido a que el matrimonio ahora era un episodio concluido, posiblemente ella lo consideró como la única oportunidad de empujarla de nuevo a la garganta de la opinión pública que al final había intentado rechazarlo, no sólo de asegurar el futuro de su sobrina siendo su esposa, sino de justificar el hecho de que su hermano lo sacara de la cárcel y su propia posición al haber autorizado y permitido la boda que en realidad no podía haber evitado esto, según te dijo la señorita Rosa, debido a esa gran casa y a las posiciones y a la condición por lo que las mujeres se dieron cuenta mucho antes que los hombres de que él no sólo tenía aspiraciones sino que iba a llevarlas a cabo. O tal vez las mujeres son menos complejas que todo eso y para ellas cualquier boda es mejor que ninguna boda y una gran boda con un hombre malvado preferible a una sencilla con un santo.

—Así que la tía utilizó las lágrimas de Ellen; y Sutpen, que posiblemente sabía lo que iba a pasar, se volvió cada vez más serio a medida que se acercaba el momento. No estaba preocupado: sólo vigilante, como debió de permanecer desde el día en el que le dio la espalda a todo lo que conocía —los rostros y costumbres— y (entonces sólo tenía catorce años, le dijo a tu abuelo la misma edad que tenía Henry aquella noche en el establo de la que te habló la señorita Rosa, la que Henry no pudo soportar) partió hacia un mundo del que en teoría, con los conocimientos geográficos normales de un muchacho de catorce años, no sabía nada ni siquiera, y con una meta fija en su mente que la mayoría de hombres no compone hasta que la sangre comienza a calmarse hacia los treinta años más o menos y entonces sólo porque la imagen representa paz e indolencia o al menos la coronación de una vanidad, no la reivindicación de una afrenta pasada en la persona del hijo cuya semilla aún no ha sido, y no sería sembrada durante años. Esa misma vigilancia que tendría que conservar día y noche sin alterarla ni arrinconarla, como las ropas con las que sin duda y durante al menos un tiempo tuvo tanto que dormir como vivir, y en un país y entre una gente cuya lengua tuvo que aprender y donde por culpa de esto él iba a cometer el error que si lo hubiera consentido ni siquiera habría sido un error y que, ya que rechazó aceptarlo o ser detenido por él, se convirtió en su maldición —esa insomne custodia que debía saber que sólo podía permitirse un error; esa presteza para medir y sopesar acontecimiento frente a eventualidad, circunstancia frente a naturaleza humana, su propio juicio falible y arcilla mortal no sólo frente a las fuerzas humanas sino también a las naturales, eligiendo y descartando, comprometiéndose

con su sueño y su ambición como uno debe hacerlo con el caballo que lleva por el campo, entre los árboles, que uno controla sólo gracias a la habilidad para que el animal no se dé cuenta de que en realidad uno no puede hacerlo, que él es el más fuerte.

—Ahora era su situación la que era curiosa. Él era el solitario. No Ellen. Ella no sólo tenía a la tía para apoyarla, sino el hecho de que las mujeres nunca suplican ni demandan soledad hasta que las impenetrables e insuperables circunstancias las fuerzan a abandonar toda esperanza de conseguir la concreta chuchería que se les antojó en el momento. Y no era el señor Coldfield. Él no sólo tenía a la opinión pública de su parte, sino su propia aversión a apoyar la gran boda sin que fuera una incongruencia ni una paradoja, igual que Ellen tenía a la tía y su propio deseo de una gran boda para apoyarla sin incongruencias ni paradojas. Mientras Sutpen deseaba la gran boda más de lo que lo hacía Ellen, o con una razón más profunda que ella, aunque su juicio le advirtió cómo se lo tomaría la ciudad más que el señor Coldfield. Así que mientras Ellen utilizaba sus lágrimas no sólo para obligar a su padre sino para persuadir a Sutpen para poner su peso en un lado de la balanza, sólo tenía un enemigo —el señor Coldfield. Pero cuando la rechazó, cuando permanecía neutral, tuvo tres, contando con la tía. Entonces (las lágrimas ganaron; Ellen y la tía escribieron cien invitaciones —Sutpen trajo uno de los negros salvajes que las entregó en mano de puerta en puerta— e incluso envió una docena más personales para el ensayo general) cuando llegaron a la iglesia para el ensayo la noche anterior a la boda y se encontraron con la iglesia vacía y un puñado de hombres de los alrededores de la ciudad (incluidos dos de los indios chickasaw de la tribu del viejo Ikkemotubbe) que permanecían afuera entre las sombras, las lágrimas brotaron de nuevo. Ellen soportó el ensayo, pero después la tía se la llevó a casa en un estado cercano a la histeria, aunque al día siguiente se había convertido de nuevo en un silencioso llanto intermitente. Incluso se habló de aplazar la boda. No sé de quién salió la idea, tal vez de Sutpen. Pero sé quién la vetó. Era como si ahora la tía se inclinara, ya no simplemente a empujar a Sutpen a la garganta de la ciudad, sino también a empujar la misma boda. Todo el día siguiente lo pasó yendo de casa en casa, con la lista de invitados en la mano, vestida con una bata y un chal y seguida por uno de los negros de Coldfield (ambos eran mujeres), tal vez como protección, tal vez sólo absorbida como una hoja que sigue esa terrible furia guerrera ante una afrenta femenina; sí, vino a nuestra casa, aunque tu abuelo no había pretendido otra cosa que no fuera asistir a la boda: la tía no debería haber dudado de Padre, ya que Padre había ayudado a sacar a Sutpen de la cárcel, aunque posiblemente era incapaz de razonar en ese momento; también vino a nuestra casa. Por entonces Padre y tu abuela estaban recién casados y Madre era una forastera en Jefferson y no sé qué pensó salvo que nunca habló de lo ocurrido: acerca de la desequilibrada mujer que ella nunca antes había visto, que irrumpió en la casa, no para invitarla a una boda sino para retarla a que no fuera, y entonces salió precipitadamente. Al principio Madre no

pudo saber a qué boda se refería, y cuando Padre llegó a casa encontró a Madre también histérica, e incluso veinte años después Madre no pudo saber lo que en realidad ocurrió. Para ella no había nada cómico en aquello. Padre solía tomarle el pelo con ello, pero incluso veinte años después de aquel día, cuando le tomaba el pelo la veía levantar la mano (tal vez con el dedal en un dedo) como para protegerse y cómo en su rostro aparecía la misma mirada que debió de tener cuando la tía de Ellen se marchó.

—Esa mañana la tía recorrió la ciudad. No tardó mucho tiempo y la recorrió por completo; al anochecer las circunstancias de la situación se habían extendido además de por la ciudad por debajo de ella, penetrando en las caballerizas de alquiler y en la taberna de los arrieros que proporcionaría los invitados que asistieron, no sólo como aviso sino como amenaza encubierta y reto. Por supuesto que Ellen no estaba enterada de esto, no más que la misma tía, ni habría creído lo que iba a ocurrir aunque hubiera sido una vidente hubiera podido ver el desarrollo de los acontecimientos antes de que el tiempo los mostrara. No es que la tía se hubiera creído inmune a la afrenta, simplemente no podía creer que sus intenciones y actos del día pudieran traer otra consecuencia que no fuera la única por la que en el momento había renunciado no sólo a toda la dignidad de un Coldfield sino también a todo pudor femenino. Supongo que Sutpen pudo habérselo dicho, pero sin duda él sabía que la tía no lo habría creído. Posiblemente ni siquiera lo intentó: solamente hizo la única cosa que podía hacer, que era mandar a traer del Ciento de Sutpen a seis o siete negros más, hombres de los que podía depender, los únicos hombres de los que podía depender, y los armó con antorchas encendidas que estuvieron sujetando en la puerta cuando el carruaje llegó y el cortejo nupcial se bajó. Y ahí fue donde se pararon las lágrimas, ya que ahora la calle frente a la iglesia estaba ocupada con carruajes y calesas, aunque sólo Sutpen y tal vez el señor Coldfield observaron que en vez de estar delante de la puerta y vacíos, estaban detenidos en la acera de enfrente y aún ocupados, y que el atrio frente a la puerta de la iglesia parecía una especie de recinto iluminado por las humeantes antorchas que los negros sujetaban sobre sus cabezas, su luz oscilaba y brillaba sobre las dos líneas de rostros entre las que el cortejo tendría que pasar para entrar en la iglesia. Aún no había silbidos, ni mofas; evidentemente ni Ellen ni la tía sospechaban que algo iba mal.

—Porque durante ese tiempo Ellen abandonó el llanto, las lágrimas y entró en la iglesia. Todavía estaba vacía excepto por tu abuelo y tu abuela y tal vez media docena más de personas que pudieron haber acudido por fidelidad a los Coldfield o tal vez para estar cerca y no perderse nada de lo que parecía que la ciudad, representada por los carruajes que aguardaban, había anticipado igual que le sucedía a Sutpen. Aún estaba vacía incluso cuando hubo comenzado la ceremonia y hasta que terminó. Porque Ellen también poseía algo de orgullo, o al menos esa vanidad que a veces puede sustituir al orgullo y al valor; además, todavía no había ocurrido nada. Afuera la multitud aún estaba tranquila, tal vez por respeto a la iglesia, por esa actitud<sup>[29]</sup> y

anhelo de los anglosajones hacia una total acogida mística de las piedras y vigas consagradas. Parece que ella salió de la iglesia y se adentró en aquella multitud sin advertir nada. Tal vez aún se movía por ese orgullo que no permitiría que la gente que estaba en la iglesia la viera llorar. Se adentró, quizá apresurándose hacia el refugio del carruaje donde podía llorar; tal vez el primer indicio fue la voz que gritó, — ¡Cuidado, no le deis a ella!— y entonces el objeto —lodo, basura o lo que fuera— pasó cerca de ella, o tal vez la misma luz oscilante según se volvió y vio a uno de los negros, con la antorcha izada y a punto de saltar sobre la multitud, sobre los rostros, cuando Sutpen le habló en esa lengua que incluso ahora una gran parte del condado no sabía que era una lengua civilizada. Eso fue lo que ella vio, lo que los demás vieron desde los carruajes detenidos en la acera de enfrente—la novia que se guarecía en el refugio de su brazo según él la colocaba detrás y permanecía allí, sin moverse aun después de que otro objeto (no arrojaban nada que pudiera hacer daño: sólo eran terrones de lodo y desechos vegetales) le tiró el sombrero de su cabeza y un tercero le dio de lleno en el pecho—permaneciendo inerte, con una expresión casi sonriente con los dientes asomando por entre la barba, conteniendo a sus salvajes negros con una sola palabra (sin duda había pistolas entre la multitud; seguro que había cuchillos: el negro no habría sobrevivido diez segundos si hubiera saltado), mientras alrededor del cortejo nupcial parecía que el círculo de rostros boquiabiertos y cuyos ojos reflejaban la luz de las antorchas avanzaba y oscilaba y se movía y se desvanecía en el humeante brillo de la antorcha. Él retrocedió hasta el carruaje, mientras protegía a las dos mujeres con su cuerpo, ordenando a los negros con otra palabra que lo siguieran. Pero no arrojaron nada más. Al parecer era ese primer arranque espontáneo, aunque habían ido armados y preparados con lo que habían arrojado. En realidad, eso parecía haber sido todo lo que se le ocurrió a alguien cuando la asamblea de vigilancia le siguió hasta la verja del señor Coldfield dos meses antes. Porque los hombres que habían formado la muchedumbre, los comerciantes y arrieros y carreteros regresaron, reaparecieron en la región de la que habían surgido para esta ocasión como las ratas; se dispersaron, partieron hacia el campo —rostros que hasta Ellen no iba a recordar, vistos durante la noche o durante el almuerzo o en la hora de las copas en otras tabernas a veinte y a cincuenta y a cien millas de distancia situadas a los lados de carreteras sin nombre y también desaparecieron de allí; y aquellos que habían llegado en carruajes y calesas para ver un espectáculo, de nuevo condujeron hasta el Ciento de Sutpen para hacer una visita y (los hombres) cazar sus piezas y comer su comida y de vez en cuando reunirse en su establo mientras él hacía luchar a dos de sus negros salvajes igual que los hombres hacen que los gallos luchen o tal vez hasta él mismo entró en el cuadrilátero. Se desvaneció, aunque no se olvidó. Él no se olvidó de aquella noche, aunque, creo que Ellen sí lo hizo, ya que la borró de sus recuerdos con lágrimas. Sí, lloraba de nuevo; llovió, realmente, sobre ese matrimonio.

## CAPÍTULO III

Si él abandonó a la señorita Rosa, no creo que ella quisiera contárselo a nadie *dijo Quentin*.

Oh *dijo de nuevo el señor Compson* Después de que el señor Coldfield muriera en el año 1864, la señorita Rosa se mudó al Ciento de Sutpen para vivir con Judith. Tenía entonces veinte años, cuatro años menos que su sobrina a quien, conforme a la petición final de su hermana, tenía la intención de salvar de la maldición familiar que Sutpen parecía inclinado a cumplir, al parecer casándose con él. Ella (la señorita Rosa) había nacido en 1845, cuando su hermana ya llevaba siete años casada y era madre de dos niños y cuando sus padres estaban en plena madurez (su madre debía de tener al menos cuarenta años y murió en el parto y la señorita Rosa nunca perdonó a su padre por eso) y en un momento en el que —dado que la señorita Rosa simplemente reflejaba la actitud de sus padres hacia el yerno— la familia sólo deseaba paz y tranquilidad y posiblemente no esperaba y tal vez incluso ni deseaba otro hijo. Pero ella nació, cobrándose la vida de su madre y nunca se le permitiría olvidarlo. La crió la misma tía soltera que intentó empujar no sólo el noviazgo de la hermana mayor también la boda hacia la garganta de una ciudad que no la deseaba, creció en esa cerrada masonería de mujeres para ver en su propio aliento no sólo la única justificación para el sacrificio de su madre, no sólo un reproche viviente y ambulante a su padre, también una acusación resollante, ubicua e incluso transferible, del principio masculino (ese principio que había dejado virgen a la tía a los treinta y cinco años). Así que durante los dieciséis primeros años de su vida ella vivió en esa pequeña casa estrecha y hosca junto al padre al que odiaba sin saberlo —ese extraño hombre silencioso cuya única compañía parece haber sido su conciencia y la única cosa de la que se preocupaba su fama de probidad entre sus conciudadanos —ese hombre que más adelante se encerraría con clavos en el desván y moriría de hambre antes que contemplar cómo su tierra luchaba frente a un ejército enemigo— y junto a la tía que incluso diez años después todavía se estaba vengando por el fiasco de la boda de Ellen acometiendo contra la ciudad, la raza humana, a través de toda y cada una de sus criaturas —hermano, sobrinas, sobrino político ella misma y todos— con la irracional furia ciega de una serpiente que está mudando la piel. La tía le había enseñado a la señorita Rosa a contemplar a su hermana como a una mujer que se había aislado, no sólo de la familia y la casa también de la vida, hacia un edificio como el de Barbazul y allí se había convertido en una máscara evocando con un dolor pasivo y sin esperanza el mundo irrevocable, allí refrenada no por una prisión sino por una especie de suspensión hiriente a causa de un hombre (su rostro, el mismo que el señor Coldfield veía ahora y había visto desde aquel día en el que, junto a su futuro yerno por la ostensible alianza entre ambos pero realmente por la fuerza, la conciencia del señor Mr. Coldfield se había autoeliminado y, entregando incluso su parte del cargamento, él y su yerno se habían separado) que había entrado en su vida



y en la de su familia antes de que ella naciera con la brusquedad de un tornado, había provocado un daño irreparable e incalculable y había proseguido. La infancia de la señorita Rosa había transcurrido en un hosco ambiente de rectitud puritana y venganza femenina ultrajada, esa vieja y antigua y eterna ausencia de juventud que consistió en escuchar detrás de las puertas como Casandra, en ocultarse en oscuros vestíbulos llenos de ese efluvio presbiteriano de previsión lúgubre y vengativa, mientras ella esperaba a que la infancia y niñez con la que la naturaleza la había confundido y engañado sorprendiera la desaprobación en cuanto a todas y cada una de las cosas que pudieran atravesar los muros de esa casa por medio de cualquier hombre, en especial su padre, con lo que parece que la tía la invistió al nacer al mismo tiempo que lo hizo con los pañales) había transcurrido.

Tal vez vio a la muerte de su padre, ante la obligación de ser huérfana y pobre, la necesidad de recurrir a su pariente más próximo para obtener comida y cobijo y protección —y esta parienta la sobrina a la que tenía que salvar—; tal vez en esto vio cómo el destino le daba la oportunidad de observar la petición de su hermana moribunda. Tal vez incluso se consideró a sí misma como un instrumento de justo castigo: si no en sí misma un activo instrumento lo suficientemente fuerte para vencerle, al menos como una especie de símbolo pasivo de recordatorio ineludible que surge exangüe y sin dimensión de la piedra de sacrificio del lecho matrimonial. Porque hasta que regresó de Virginia en el año 1866 y la encontró viviendo con Judith y Clytie —(sí, también Clytie era su hija: Clytemnestra. Le puso el nombre él mismo. Les puso nombre a todos: a los suyos y a los de sus negros salvajes una vez que la región empezó a acostumbrarse a ellos. ¿No te contó la señorita Rosa que dos de los negros que iban en la carreta aquel día eran mujeres?

No, señor<sup>[30]</sup> dijo *Quentin*.

Sí. Dos. Y no fueron traídas por casualidad ni por equivocación. Lo previo, sin duda lo había previsto más allá de los dos años que realmente le llevó construir su casa y mostrarles a los vecinos sus buenas intenciones hasta que le permitieron mezclar su raza salvaje con la suya ya domesticada, ya que la diferencia de lengua entre los negros de él y los suyos podría haber sido una barrera sólo durante algunas semanas o tal vez incluso días. Trajo a las dos mujeres a propósito; posiblemente las escogió con el mismo cuidado y la misma astucia con los que había escogido el resto del ganado —los caballos y mulas y ganado— que compró después. Y vivió allí casi durante cinco años antes de conocer cualquier mujer blanca del condado, precisamente porque no tenía ningún mueble en su casa y por la misma razón: porque no tenía nada con lo que cambiarlos a él, a ella o a ellos. Sí. Le puso el nombre a Clytie del mismo modo que les puso nombre a todos ellos, al que vino antes de Clytie y a Henry y a Judith, con la misma temeridad vigorosa y burlona, poniéndole nombre él mismo a su propia fecundidad irónica de dientes de dragón. Sólo que siempre me ha gustado creer que quiso llamar Casandra a Clytie, impulsado por simple economía dramática no sólo para engendrar sino para señalar el augurio que presidía su propio

desastre, y que él eligió mal el nombre debido a un error natural en un hombre que debió aprender él solo a leer)— Cuando volvió a casa en el año 1866, la señorita Rosa no lo había visto un centenar de veces en toda su vida. Y lo que entonces vio fue sólo el rostro de ogro que había visto una vez en su infancia y que se había repetido a intervalos y en ocasiones que ella no podía contar ni recordar, como la máscara de una tragedia griega, intercambiable no sólo de una escena a otra, sino de un actor a otro y detrás de la cual los acontecimientos y las ocasiones ocurrían sin cronología ni secuencia, dejándola incapaz de decir cuántas veces distintas lo había visto ya que, despierta o dormida, la tía le había enseñado a no ver nada más. En esas contadas ocasiones lúgubres e incluso ceremoniosas en las que ella y su tía iban al Ciento de Sutpen a pasar el día y la tía le ordenaba que saliera a jugar con su sobrino y sobrina del mismo modo que le podía haber ordenado que tocara una pieza de acompañamiento en el piano, ella no le veía ni siquiera en la mesa de la cena porque la tía había arreglado la visita de manera que coincidiera con su ausencia; y posiblemente la señorita Rosa habría intentado evitar encontrárselo si él hubiera estado allí. Y durante las cuatro o cinco ocasiones al año en las que Ellen llevaba a los niños a pasar el día en casa de su padre, la tía (esa mujer fuerte, consecuente y vengativa que parece haber sido más hombre de lo que el señor Coldfield lo fuera y que en verdad no sólo fue la madre de la señorita Rosa sino también su padre) impregnaba estas visitas de la misma atmósfera de feroz conspiración y alianza enfrentada entre los dos adversarios, uno de los cuales —el señor Coldfield— se hubiera podido resistir o no, hacía tiempo que había levantado la guardia y había desmantelado su artillería para retirarse a su inexpugnable ciudadela de rectitud pasiva: y el otro —Sutpen— que posiblemente habría podido entablar la lucha e incluso haberlos derrotado pero que no sabía que era un enemigo en una batalla. Porque él ni siquiera iba a la casa a comer. Tal vez lo hacía por alguna delicadeza hacia su suegro. La verdadera razón para esto y para los inicios de la relación entre el señor Coldfield y él mismo nunca la supieron ni la tía, ni Ellen, ni la señorita Rosa, y Sutpen sólo la confesó a un hombre —y eso ocurrió bajo la promesa de mantener el secreto mientras el señor Coldfield viviera— por respeto al nombre del señor Coldfield que tan cuidadosamente había sido cultivado en una moralidad impoluta — y que, según dijo tu abuelo, el mismo señor Coldfield nunca divulgó por la misma razón. O tal vez la razón fuera que ahora que había obtenido de su suegro todo lo que el señor Coldfield poseía que Sutpen pudiera querer o necesitar, él no tenía ni el valor para enfrentarse a su suegro ni el decoro y decencia para completar el ceremonioso grupo familiar ni siquiera cuatro veces al año. O tal vez la razón fuera la que el mismo Sutpen dio y que la tía se negó a creer por el mismo motivo: que él no acudía a la ciudad cada día y que cuando lo hacía prefería pasarlo (ahora sí que utilizaba el bar) con los hombres que se reunían cada noche en la posada Holston.

Ése era el rostro que, cuando la señorita Rosa pudo verlo por completo, se situaba en su propia mesa para cenar —el rostro de un enemigo que ni siquiera sabía que

estaba en una batalla. Ahora ella tenía diez años y después del abandono de la tía (la señorita Rosa cuidaba de la casa de su padre como la tía lo había hecho hasta la noche en la que se subió a la ventana y desapareció) no había absolutamente nadie que la hiciera intentar jugar con su sobrino y sobrina en esos días ceremoniosos y fúnebres, sino que ni siquiera tenía que salir y respirar el mismo aire que él respiraba y donde, aunque ausente, él aún permanecía, estaba al acecho, en lo que a ella le parecía un triunfo vigilante y burlón. Ella acudía al Ciento de Sutpen ahora sólo una vez al año; vestidos con el traje de los domingos ella y su padre recorrían las doce millas en una calesa robusta y ajada precedida por un tiro pequeño pero fuerte, para pasar el día. Ahora era el señor Coldfield el que se empeñaba en hacer esas visitas, mientras que cuando la tía estaba allí nunca antes había ido con ellas, tal vez se debía al sentido del deber, que era la explicación que él daba y que en este caso incluso la tía habría creído, posiblemente porque no era la verdadera ya que sin duda ni siquiera la señorita Rosa habría creído la verdadera: ésta era que el señor Coldfield quería ver a sus nietos teniendo en cuenta que era él el que sentía constantemente una creciente inquietud ante ese día en el que su padre le hablara a su hijo acerca de ese antiguo negocio entre ellos y del que el señor Coldfield no estaba seguro que su yerno no hubiera contado nada. Aunque la tía se había marchado, todavía conseguía transmitir e invocar en cada una de estas expediciones un poco de ese gusto por una hosca salida, ahora más que nunca, contra un enemigo que no sabía que se encontraba en guerra. Porque ahora que la tía se había marchado, Ellen se había negado a formar parte de ese triunvirato que la señorita Rosa intentaba mantener sin darse cuenta de que eran sólo dos. Ahora ella se encontraba completamente sola, enfrentándose a él en la mesa de la cena, sin ningún apoyo por parte de Ellen (en este momento Ellen sufrió una completa metamorfosis, emergiendo en un nuevo lustro para llegar a un completo renacer); enfrentándose por encima de la mesa al enemigo que ni siquiera era consciente de que estaba allí sentado no como anfitrión y cuñado sino como la segunda parte en un armisticio. Posiblemente no la miró dos veces considerándola en relación con su propia familia —la pequeña y delgada niña cuyos pies, incluso después de haber crecido, no rozaban el suelo ni siquiera sentada en sus propias sillas — en relación con Ellen que, a pesar de tener también los huesos pequeños, se podía considerar fuerte (y que en verdad habría sido fuerte si su vida no hubiera decaído en un tiempo en el que incluso los hombres tenían poco para comer y en el final de sus días no hubiera sufrido ningún problema. No estaba gorda: solamente redondeada y llena, con el pelo blanco, los ojos aún jóvenes, e incluso un leve colorido sobre lo que sería la papada pero no las mejillas, las pequeñas y rollizas manos llenas de anillos y sin marcas dobladas para anticipar tranquilamente los alimentos, sobre el mantel de damasco ante la Haviland<sup>[31]</sup> al lado de los candelabros que él había traído hacía muchos años en carretas, ante la sorpresa y el odio enemigo de sus conciudadanos) y en relación con Judith, ya más alta que Ellen, y con Henry que, aunque no tan alto para sus dieciséis años como lo era Judith para sus catorce, prometía algún día mirar

directamente a los ojos a su padre; este rostro que apenas hablaba durante el almuerzo, con unos ojos como (por así decirlo) trozos de carbón apretados contra una masa blanda y con un cabello opaco de esa peculiar tonalidad parecida al pelo de ratón sobre el que el sol no suele brillar, con los rostros extemporáneos de Judith y Henry: Judith con el mismo cabello que su madre y los ojos de su padre y Henry con el cabello que oscilaba entre el rojo del de su padre y el negro del de su madre y con los ojos de un color avellana oscuros pero brillantes —este pequeño cuerpo de la señorita Rosa poseía un aire de delicadeza curiosa y paradójica como un traje que se pide prestado en el último momento y debido a la necesidad de asistir a un baile de disfraces al que ella no quería acudir: ese aura de criatura aislada por una elección meditada y todavía sufriendo las molestias del aprendizaje forzoso, más que voluntario o que incluso por participación condescendiente, para poder respirar— esta obligada sierva para con la carne y la sangre que esperaba escapar escribiendo poesía de colegiala sobre aquellos los ya-muertos —el rostro, el rostro más pequeño en su compañía, mirándolo por encima de la mesa con tranquila, curiosa y profunda intensidad como si ella realmente tuviera algún tipo de intimidad gracias a ese contacto con la fluida cadena de acontecimientos (el tiempo) que había adquirido o cultivado al escuchar detrás de las puertas cerradas no lo que oía allí, sino por adquirir una actitud supina y receptiva, incapaz de proceder al discernimiento, opinión o incredulidad, escuchando la temperatura del desastre que es anterior a la fiebre, lo que produce adivinos y algunas veces los crea a la perfección, y de la catástrofe futura en la que el rostro de ogro de su niñez seguramente desaparecería de tal modo que ella llegaría a aceptar casarse con su dueño.

Ésa podía haber sido la última vez que ella lo vio. Porque dejaron de ir allí. El señor Coldfield dejó de ir. Nunca se había fijado un día para la visita. Una mañana él simplemente aparecía durante el desayuno vestido con la decente y pesada levita negra con la que se había casado y que había usado en cincuenta y dos ocasiones cada año hasta el momento en el que Ellen se casó, y cincuenta y tres veces al año desde que la tía los abandonó, hasta que se la puso el día en el que subió al desván y clavó la puerta detrás de él y arrojó el martillo por la ventana y murió allí. Entonces después del desayuno la señorita Rosa se retiraba y reaparecía vestida con el fantástico vestido de seda negra o marrón que su tía había escogido para ella años antes y que ella siguió llevando los domingos y en las fiestas incluso después de que se desgastara, hasta el día en el que su padre determinó que la tía no iba a regresar y permitió a la señorita Rosa que usara la ropa que la tía había dejado en la casa la noche de su huida. Entonces se montaban en la calesa y se marchaban, el señor Coldfield primero avisaba a las dos negras que no prepararan el almuerzo y (según lo que pensaba la ciudad) les cobraba las sobras de comida cruda que tenían para comer. Y un año ya no fueron. Sin duda el señor Coldfield no apareció en el desayuno con el abrigo negro, y los días pasaron y continuó sin hacerlo, y eso fue todo. Tal vez sintió, ahora que sus nietos habían crecido, que la versión de su conciencia se había

descargado una vez que Henry se fue a la universidad estatal de Oxford y Judith más lejos aún —en esa etapa transitoria entre la niñez y la edad adulta en la que era más inaccesible para el abuelo al que apenas había visto durante su vida y posiblemente le importaba poco— ese estado en el que, aunque aún visible, parece que se ve a las muchachas jóvenes a través del cristal y en el que incluso la voz no las puede tocar; en el que ellas viven (este diablillo que pudo —y en verdad lo hizo— correr y subir más y cabalgar y luchar con y junto a su hermano) en una vacilación nacarada sin sombras y ellas mismas se separan de ello; sostenidas en una suspensión nebulosa, extraña e impredecible, incluso sus mismas figuras fluidas y delicadas y sin sustancia alguna; no flotan ni buscan sino que simplemente esperan, parasitarias y potentes y tranquilas, acercando a sí mismas sin ningún esfuerzo el postnúbil sobre el que se forma la espalda, el pecho; los senos, las caderas, los muslos.

Entonces comenzó la etapa que acabó en la catástrofe que causó un cambio tan completo en la señorita Rosa como para permitirle aceptar casarse con el hombre al que había crecido contemplando como un ogro. No fue un cambio súbito de personalidad: ésta no cambió. Incluso su comportamiento no se alteró de ninguna manera. Si Charles Bon no hubiera muerto, con toda probabilidad ella se habría trasladado a vivir al Ciento de Sutpen después de la muerte de su padre más tarde o más temprano, y una vez que lo hubiera hecho habría pasado posiblemente allí el resto de su vida. Pero si Bon hubiera vivido y él y Judith se hubieran casado y Henry hubiera permanecido en el mundo conocido; ella se habría trasladado (si se hubiera trasladado) sólo cuando hubiera estado preparada, y habría vivido (si hubiera vivido) con la familia de su difunta hermana como la tía que era. No fue su personalidad lo que cambió: a pesar de los seis años más o menos desde que ella lo había visto y en verdad los cuatro años que ella había pasado alimentando secretamente a su padre por la noche mientras él se escondía de los capitanes prebostes confederados en el desván. Al mismo tiempo ella escribía poesía heroica sobre los mismos hombres de los que su padre se escondía y que lo habrían fusilado o colgado sin necesidad de un juicio si lo hubieran encontrado —y casualmente el ogro de su niñez era uno de ellos y (llevó a casa una mención de valor de la misma mano de Lee) uno de los buenos. El rostro que la señorita Rosa llevó para vivir allí el resto de su vida era el mismo rostro que lo había mirado por encima de la mesa de la cena y que igualmente él no podía haber dicho cuántas veces había visto, ni cuándo ni dónde, no porque él fuera incapaz de olvidarla sino porque posiblemente no podía recordarla lo suficiente como para describirla después de retirar sus ojos de encima de ella, y desde detrás de ese rostro la misma mujer que había sido una niña ahora lo miraba con la misma intensidad huraña y fría.

Aunque no iba a volver a ver a Sutpen durante años, ahora ella veía a su hermana y a su sobrina más a menudo que antes. Ellen ahora se encontraba en el punto álgido de lo que la tía habría llamado regeneración. Parecía que se había conformado, que había aceptado su vida y su matrimonio, aunque no estuviera realmente orgullosa de

ello. Había florecido en tres o cuatro años, como si el Destino se arremolinara sobre el normal veranillo de San Martín que debiera florecer poco a poco y marchitarse elegantemente a lo largo de seis u ocho años, bien para compensar lo que iba a suceder o para saldar las cuentas para pagar el cheque en el que la esposa del destino, la Naturaleza, había estampado su nombre. Ellen casi tenía cuarenta años, estaba rolliza, su rostro seguía sin tener mancha alguna. Era como si cualquier marca que hubiera podido quedar sobre ella en el momento en el que la tía desapareció se hubiera desvanecido de entre su esqueleto y su piel, entre el total de la experiencia y la envoltura en la que reside, por los años transcurridos sobre la carne serena y tranquila. Su carruaje, su porte, era ahora un poco regio —ella y Judith hacían constantes viajes a la ciudad, visitaban a las mismas damas, algunas de las cuales eran ya abuelas a las que la tía había intentado forzar a acudir al enlace veinte años antes, y compraban, teniendo en cuenta las escasas posibilidades que ofrecía la ciudad— como si al final hubiera conseguido escapar no sólo de su herencia puritana sino de la misma realidad; había sacrificado al monstruoso marido y a los hijos incomprensibles a las sombras; había escapado al fin hacia un mundo puramente de ilusión en el que, a salvo de cualquier daño, ella se movía, vivía, de actitud en actitud frente al telón de fondo de la castellana de la mansión más grande, esposa del más acaudalado, madre de los más afortunados. Cuando iba de compras (entonces había unas veinte tiendas en Jefferson) permanecía rígida, sin ni siquiera bajarse del carruaje, graciosa, presumida y diciendo auténticas tonterías, hablando con las alegres frases prefijadas y sin sentido que formaban parte del papel que ella misma se había escrito, el de la duquesa peripatética que proporciona recetas culinarias y recomienda medicamentos a los braceros sin tierras ni obligaciones —una mujer que, si hubiera tenido la fuerza para aguantar el dolor y los problemas, podría haberse elevado hasta el estrellato con el papel de matriarca, dirigiendo desde la esquina familiar de una vieja arrugada el orgullo y destino de la familia, en vez de recurrir al final al miembro más joven de ésta y pedirle que protegiera a los otros.

A menudo dos veces a la semana y algunas veces tres, las dos venían a la ciudad y a la casa —la mujer que ahora llevaba seis años aislada del resto del mundo, la mujer que había dejado su casa y a su familia envuelta en un mar de lágrimas en la sombría región miasmática parecida a los amargos alrededores del Estigia<sup>[32]</sup> había engendrado dos niños y después se había elevado como la mariposa larvada en un pantano, sin el estorbo del peso del estómago y todos los pesados órganos del sufrimiento y la experiencia, en un vacío luminoso perenne de sol oculto— y Judith, la joven niña que soñaba, no vivía, en su completo aislamiento e insensibilidad ante la realidad casi parecida a la sordera risica. Para ellos, la señorita Rosa no debió ser absolutamente nada: ni la niña que había sido objeto y víctima de la incansable atención y cuidado vengativo de la tía que se había fugado, ni siquiera había sido la mujer cuya ocupación como ama de casa habría indicado, ni tampoco la tía que realmente era. Y sería difícil decir cuál de las dos, hermana o sobrina, era por turno la

más irreal para la señorita Rosa —el adulto que había huido de la realidad hacia una suave región habitada por muñecas, o la joven muchacha que dormía despierta en una especie de suspensión ríscica parecida al estado antes del nacimiento y que permanecía tan alejada del otro extremo de la realidad como Ellen lo hacía del suyo y se dirigían a la casa dos o tres veces a la semana, y una vez, en el verano en el que Judith tenía diecisiete años, se detuvieron en su camino a Memphis para comprarle ropa a Judith; sí: un ajuar de desposada. Ése fue el verano siguiente al primer año que pasó Henry en la universidad, después de haber llevado a casa a Charles Bon por Navidad y nuevamente para pasar más o menos una semana durante las vacaciones estivales antes de que Bon se dirigiera al río para montarse en el barco que le llevara a su casa en Nueva Orleans; el verano en el que el mismo Sutpen se marchó, en viaje de negocios según Ellen, quien sin duda desconocía, tal era su existencia entonces, que no sabía a donde se había marchado su marido y sin ser consciente de que ni siquiera tenía curiosidad al respecto. Nadie excepto tu abuelo y tal vez Clytie sabía que Sutpen también se había marchado a Nueva Orleans. Ellos entraron en la casa de la señorita Rosa, esa pequeña y estrecha casa oscura en la que aún, cuatro años después de que se fuera, la tía parecía estar detrás de cada puerta con la mano puesta sobre el picaporte, y que Ellen llenaba durante diez o quince minutos con un tumulto estridente y después se marchaba, llevándose consigo a la hija soñadora y carente de voluntad que no había dicho ni una palabra; y la señorita Rosa que en realidad era la tía de la muchacha y que por la edad debería haber sido su hermana ignoraba a la madre que seguía a la inaccesible hija que se marchaba con una añoranza miope y difícil de expresar pero sin pizca de celos, proyectando sobre Judith todos los malogrados sueños e ilusiones de su propia juventud frustrada y maldita, ofreciendo a Judith el único regalo (ofrecido necesariamente al equipo de la novia y no a la novia; fue Ellen la que lo dijo más de una vez entre chillidos de alegría) que estaba en su poder: le ofreció a Judith instruirla en cómo llevar la casa y planificar las comidas y hacer la colada, recibiendo a cambio de su oferta una mirada sin expresión e insondable y el imperceptible —¿Qué? ¿Qué has dicho?— mientras Ellen aún chillaba con sorprendido aprecio. Entonces se marchaban —el carruaje, los paquetes, la alegría de pavo real de Ellen, el sueño impenetrable de la sobrina. Cuando volvieron a la ciudad y el carruaje se detuvo delante de la casa del señor Coldfield, una de las sirvientas negras salió y dijo que la señorita Rosa no estaba en casa.

Ese verano ella vio a Henry otra vez. No lo había visto desde el verano anterior aunque él había estado en casa durante las Navidades con Charles Bon, su amigo de la universidad, y se había enterado de los bailes y las fiestas que había habido en el Ciento de Sutpen durante las vacaciones, pero ni ella ni su padre habían acudido. Y cuando Henry se detuvo con Bon en el camino de vuelta a la universidad el día siguiente al de año nuevo para hablar con su tía, ella no estaba en casa. Así que no lo vio hasta el verano siguiente, después de un año entero. Ella estaba en el centro de la ciudad de compras: estaba de pie en la calle hablando con tu abuela cuando lo vio

pasar cabalgando. Él no la vio; pasó con la nueva yegua que su padre le había regalado y llevando un abrigo y sombrero de hombre; tu abuela dijo que era tan alto como su padre y que se sentaba sobre la yegua con el mismo estilo fanfarrón aunque sus huesos eran más ligeros que los de Sutpen, era como si fueran capaces de soportar la fanfarronería pero aún fueran demasiado ligeros y finos para aguantar la pomposidad. Porque Sutpen también estaba siguiendo su papel. Había corrompido a Ellen de más de una manera. Era el mayor propietario de tierras y plantador de algodón de la región, algo que había logrado con las mismas tácticas con las que había construido su casa —el mismo esfuerzo firme e incansable y una completa despreocupación respecto a cómo podían parecer los actos que observaba la ciudad y cómo aparecían los que la ciudad no podía contemplar. Hubo algunos entre sus conciudadanos que pensaban que había gato encerrado, pasando por otros que creían que la plantación era sólo una tapadera para su verdadera y oscura ocupación, y por los que pensaban que él había hallado algún modo de falsear el mercado de algodón y así obtener más por cada bala de algodón que los hombres honestos, hasta aquellos que creían que los negros salvajes que había traído tenían el poder de conjurar más algodón por acre del terreno que los domesticados. No se le apreciaba (algo que evidentemente no le agradaba) sino que se le tenía miedo, lo que parecía divertirle, si no agradarle. Aunque era aceptado; obviamente ahora tenía demasiado dinero como para ser rechazado o molestado nunca más. Lo consiguió —obtuvo la plantación que conducía sin problemas (ahora tenía un capataz; era el hijo del mismo sheriff que le había arrestado a las puertas de la casa de su futura novia el día de la petición de mano) en un periodo de diez años después de su enlace, y ahora también seguía su papel —un papel de soltura arrogante y desocupación, esa desocupación y soltura que le hicieron ganar peso, se volvió también algo pomposo. Sí, había corrompido a Ellen hasta un punto que parecía una renegada, aunque, del mismo modo que ella, él no era consciente de que su florecimiento era también forzado y que mientras actuaba ante el público, detrás de él se encontraban los Hados, el destino, retribución, ironía —el director de escena, llámalo como quieras— golpeando el escenario y arrastrando sombras sintéticas y espurias y las formas del siguiente acto. —Ahí va...— dijo tu abuela. Pero la señorita Rosa ya lo había visto. Ella se encontraba junto a tu abuela, su cabeza apenas alcanzaba el nivel del hombro de tu abuela, delgada, con uno de los vestidos que la tía había dejado en la casa y que la señorita Rosa había cortado para que le sirviera, aunque nunca se le había enseñado a coser, del mismo modo que había asumido las tareas domésticas y se había ofrecido para enseñar a Judith a hacerlo, pero nunca se le había enseñado a cocinar o a hacer otra cosa que no fuera escuchar detrás de las puertas cerradas, permaneció allí de pie con un chal sobre la cabeza que la hacía aparentar cincuenta años en vez de quince, preocupándose por su sobrino y diciendo, —Mira... se ha afeitado.

Entonces incluso dejó de ver a Ellen. Es decir, Ellen también dejó de ir a la casa, abandonó su ritual semanal de ir con el carruaje de tienda en tienda donde, sin



bajarse, Ellen ordenaba al mercader y al dependiente que le acercaran la tela y los escasos perifollos y chucherías que llevaban y ellos sabían mejor que ella que no compraría sino que simplemente manosearía, toquetearía y lo desordenaría todo para después rechazarlo, y todo esto impregnado de ese torrente de alegre locuacidad pueril. Su actitud no era despectiva, ni siquiera paternalista, sino de imposición suave e incluso infantil hacia la tolerancia, las buenas maneras o el simple desamparo de los hombres, de los mercaderes y dependientes; para ir después a la casa y llenarla también de ese fútil estallido de vanidad, de consejo imposible y sin base acerca de la señorita Rosa y su padre y la casa, acerca de la ropa de la señorita Rosa y la disposición de los muebles y cómo se preparaba la comida e incluso las horas en las que se comía. Porque ahora se acercaba el momento (era 1860 e incluso el señor Coldfield admitió que la Guerra era inevitable) en el que el destino de la familia Sutpen que durante veinte años había sido como un lago que manaba de tranquilos manantiales hacia un pacífico valle y se extendía, se incrementaba casi sin percibirlo y en el que los cuatro miembros flotaban en una feliz suspensión, sintió el primer movimiento subterráneo hacia la salida, hacia el barranco que también sería la catástrofe de la región, y los cuatro tranquilos nadadores giraron rápidamente para enfrentarse el uno al otro, no alarmados o desconfiados sino alertas, sintiendo el oscuro decorado, ninguno en el punto en el que el hombre mira a sus acompañantes frente al desastre y piensa *¿Cuándo dejaré de intentar salvarlos e intentaré salvarme sólo a mí mismo?* Sin ser consciente de que ese momento se estaba acercando. Así que la señorita Rosa no los vio; ella nunca había visto (ni lo vería vivo) a Charles Bon; Charles Bon de Nueva Orleans, el amigo de Henry que no sólo era algunos años mayor que Henry sino en verdad un poco mayor para estar aún en la universidad y ciertamente fuera de lugar en la que estaba —una pequeña universidad nueva en el interior e incluso una zona desierta de Misisipi, a tres mil millas de esa mundana y foránea ciudad que era su casa— un hombre joven con una elegancia cosmopolita y una gran confianza en sí mismo para su edad, apuesto, al parecer acaudalado y con la figura de un tutor legal como respaldo en vez de unos padres —era un personaje que en el lejano Misisipi de ese momento debió aparecer casi como un fénix, libre de una infancia, nacido de ninguna mujer e insensible al tiempo y, al desaparecer, no dejando esqueleto o polvo en ninguna parte— un hombre con una facilidad de modales y un aire muy elegante y gallardo en comparación con el que la arrogancia pomposa de Sutpen era una brusquedad torpe y Henry un mozalbete desgarbado. La señorita Rosa nunca lo vio; éste era un dibujo, una imagen. No era lo que Ellen le dijo a ella: Ellen se encontraba en la absoluta felicidad de su verano de mariposa y ahora con el encanto añadido de la benigna y graciosa entrega voluntaria de la juventud a su sucesora de sangre y sexo, esa actitud y comportamientos concurrentes durante el noviazgo con los que las madres que lo desean pueden casi convertirse en las novias de los enlaces de sus hijas. Escuchando a Ellen, un extraño habría creído que el matrimonio, que según indicarían los acontecimientos posteriores no se había

mencionado entre los jóvenes y los padres, ya se había celebrado. Ellen no habló de amor entre Judith y Bon. No hizo ninguna insinuación al respecto. El amor, en relación con ellos era un asunto finalizado y completamente rematado como el asunto de la virginidad lo sería después del nacimiento del primer nieto. Ella hablaba de Bon como si constituyera tres objetos inanimados en uno, o tal vez como uno solo para el que ella y su familia habían encontrado tres usos concordantes: una prenda de vestir que Judith podría llevar como un hábito o un vestido de fiesta, un mueble que complementaría y completaría el mobiliario de su casa y su posición, y un protector y ejemplo para corregir los modales, el habla y los trajes provincianos de Henry. Parecía que ella había abarcado el tiempo. Postuló e hizo transcurrir años en los que no había tenido lugar ninguna luna de miel ni ningún cambio, en los que los (ahora) cinco rostros miraban con una especie de lozanía sin vida y perenne como retratos pintados que están colgados en el vacío, cada uno de ellos tomados en el momento cumbre, prevenidos y libres de todo pensamiento y experiencia, cuyos originales habían vivido y muerto tanto tiempo atrás que sus alegrías y penas tenían que ser olvidadas incluso por las mismas tablas sobre las que se habían pavoneado, habían actuado, se habían reído y habían llorado. Esto ocurría, mientras la señorita Rosa, sin escuchar, se había formado una imagen con la primera palabra, tal vez con el nombre, Charles Bon; la soltera condenada de por vida a los dieciséis años, sentada debajo de este claro resplandor de ilusión como si fuera uno de esos coloreados anuncios eléctricos que hay en los cabarets y ella estuviera allí por primera vez en su vida y el anuncio estuviera lleno de un brillo carente de sustancia pero cargado de motas de oropel moviéndose rápida y repentinamente sobre ella, deteniéndose un momento para continuar después. Ella no tenía celos de Judith. Tampoco se trataba de autocompasión, sentada allí parpadeando constantemente a su hermana, mientras Ellen hablaba, vestida con una de esas batas arregladas (la ropa, a veces desgastada aunque normalmente nueva, que Ellen le daba de vez en cuando siempre era de seda, por supuesto) que la tía había abandonado cuando se fugó con el comerciante de caballos, tal vez con la esperanza o incluso la firme intención de no volver a vestir nada por el estilo nunca más. Era posiblemente sólo una desesperación tranquila y un alivio ante la renuncia definitiva y completa, ahora que Judith estaba a punto de inmolar la compensación vicaria de la frustración gracias a un cuento de hadas real. Sonó como si fuera un cuento de hadas cuando Ellen después se lo contó a tu abuela, sólo que era un cuento de hadas escrito y representado por un elegante club de damas. Pero para la señorita Rosa debió ser real, no sólo posible sino justificado: de aquí la observación que hizo a Ellen de nuevo (también dijo esto, por la broma infantil que representaba) con chillidos de asombro divertido e inquieto. —Nos lo merecemos —dijo la señorita Rosa. —¿Merecer? ¿A él? —dijo Ellen, posiblemente chillando. — Por supuesto que nos lo merecemos, si quieres decirlo de esa manera. Ciertamente espero y cuento con que comprendas que los Coldfield estamos preparados para corresponder cualquier matrimonio honroso y especialmente notable con cualquiera

que pudiera proponer.

Naturalmente no hay réplica conocida a esto. Al menos, en cuanto a lo que Ellen dijo, la señorita Rosa no trató de hacer uno. Sólo vio a Ellen marcharse y entonces se puso a confeccionar el segundo regalo que estaba en su poder. Ahora poseía dos, éste le había sido legado de igual modo por la tía que le había enseñado a hacer las tareas del hogar y a arreglar la ropa en el momento en el que se subió una noche a la ventana, aunque este segundo presente se desarrolló más adelante (se podría decir que repercutió) ya que cuando la tía se marchó, la señorita Rosa no era lo suficientemente grande como para usar la ropa abandonada incluso aunque la cortara. Comenzó en secreto a coser ropa para el ajuar de Judith. Obtenía la tela de la tienda de su padre. No podía haberla obtenido de ningún otro sitio. Tu abuela me dijo que en ese momento la señorita Rosa no podía contar el dinero, conocía en teoría la progresión de las monedas pero en realidad nunca había visto el dinero, ni lo había tocado, experimentado o probado; que ciertos días de la semana iba al centro de la ciudad con una cesta y compraba en determinadas tiendas que el señor Coldfield ya había designado, sin ninguna moneda o suma alguna de dinero que cambiara de dueño, y ya tarde el señor Coldfield dibujaría su ruta de acuerdo con los cargos dibujados en papel o en las paredes y mostradores, y los pagaba. Así que tenía que obtener la tela de él, aunque sus existencias que habían comenzado como un conjunto de las necesidades más básicas y que parecía no poder darle de comer a él y a su hija de sus propios estantes, no habían aumentado y mucho menos se habían diversificado. Ahí era a donde tenía que acudir para conseguir la tela para hacer esos íntimos trajes de muchacha que serían para su propia novia vicaria —y puedes imaginarte también cuál era la concepción que tenía Rosa de esos trajes, por no decir cuál fue su aspecto cuando los hubo terminado sin ninguna ayuda. Nadie sabe cómo consiguió obtener la tela de la tienda de su padre. Él no la dejaba encargada de ésta. Él habría considerado obligatorio proporcionar a su nieta ropa si se vistiera indecentemente o si llevara harapos o tuviera frío, pero no para casarse. Así que creo que la robó. Tuvo que hacerlo. Debió robarla casi bajo las mismas narices de su padre (era una tienda pequeña y él mismo era el dependiente y desde cualquier punto podía observar cualquier otro punto de ésta) con esa osadía amoral, esa afinidad por latrocinio que existe en las mujeres, pero más posiblemente, o eso me gustaría pensar, por algún subterfugio de tal transparencia desnuda y desesperación tramada por la inocencia que su misma simpleza lo traicionó.

Así que ni siquiera volvió a ver a Ellen. Parecía que Ellen había cumplido su propósito, había completado los brillantes e inútiles mediodías y atardeceres del verano de mariposa y se había desvanecido, tal vez no de Jefferson, pero sí de la vida de su hermana, para ser vista una vez más agonizando en su lecho en una habitación oscura en la casa sobre la que el fatídico infortunio había puesto su mano hasta el punto de esparcir los cimientos negros sobre los que se había erigido y remover los dos puntos de apoyo masculinos, marido e hijo —el uno que estaba en medio del

riesgo y el peligro de la batalla, el otro parecía encontrarse en el olvido, Henry había desaparecido. También ella escuchó esto mientras pasaba sus días (y las noches; tenía que esperar hasta que su padre se quedara dormido) cosiendo cansinamente y sin arte los trajes que estaba confeccionando para el ajuar de su sobrina y que tenía que mantener escondidos no sólo de su padre sino de las dos negras que se lo podrían haber contado al señor Coldfield —el rollo de cordel enredado y el hilo con encajes con los que cosía los trajes mientras llegaban noticias sobre la elección de Lincoln y la caída de Sumpter<sup>[33]</sup>, y ella apenas se enteraba de ello o prestaba atención a la mala suerte y a la maldición de su tierra entre dos puntadas tediosas y torpes en un traje que ella nunca vestiría ni sería desabrochado por el hombre al que jamás vería con vida. Henry simplemente desapareció: ella se enteró de lo que la ciudad se enteró — que en las siguientes Navidades Henry y Bon volvieron a la casa a pasar las vacaciones, el apuesto y acaudalado joven de Nueva Orleans comprometido con la hija cuya madre había estado llenando las cabezas de los habitantes de la ciudad con este compromiso durante seis meses. Volvieron y la ciudad esperó el anuncio del señalado día. Y entonces sucedió algo. Nadie supo qué fue: si fue algo entre Henry y Bon por un lado y Judith por el otro, o entre los tres jóvenes por un lado y los padres por el otro. De cualquier modo, cuando llegó el día de Navidad, Henry y Bon se marcharon. Y a Ellen no se la vio (parece que se retiró a la oscura habitación que no dejaría hasta su muerte dos años después) y nadie pudo adivinar nada en los rostros, actos y comportamiento de Sutpen y Judith de modo que las noticias llegaron a través de los negros: cómo la noche anterior a Navidad había habido una pelea, no entre Bon y Henry o entre Bon y Sutpen, sino entre el hijo y el padre y Henry había renegado formalmente de su padre y renunciado a su primogenitura y al techo bajo el que había nacido y que él y Bon se habían alejado cabalgando de noche y que la madre se encontraba abatida —aunque la ciudad consideraba que no era por el trastorno que había sufrido la boda sino por el golpe sufrido al entrar la realidad en su vida: ese golpe de gracia proporcionado por el hacha antes de cortar el cuello a la bestia.

Eso fue lo que escuchó la señorita Rosa. Nadie supo lo que ella pensó. La ciudad consideró que el acto de Henry no era más que debido a la naturaleza fiera de la juventud, sin olvidar que era un Sutpen, y que el tiempo lo curaría. Sin duda el comportamiento de Sutpen y Judith consigo mismos y con la ciudad tuvo algo que ver con esta idea. Se les veía juntos en el carruaje por la ciudad de vez en cuando como si nada hubiera ocurrido al menos entre ellos, que en verdad no habría sido el caso si la pelea hubiera sido entre Bon y el padre, y posiblemente no habría sido así si el problema hubiera sido entre Henry y su padre porque la ciudad sabía que entre Henry y Judith había una relación más estrecha que la lealtad tradicional entre un hermano y una hermana; era una relación curiosa: tenía algo de esa rivalidad fiera e impersonal entre dos cadetes de un regimiento modelo que comen del mismo plato y duermen bajo la misma manta y a los que les acaece la misma destrucción y que

arriesgarían sus vidas el uno por el otro, no por atención al otro sino por mantener intacto el frente del regimiento. Eso fue todo lo que supo la señorita Rosa. No pudo haber sabido más de lo que la ciudad supo porque los que sabían lo que pasó (Sutpen o Judith: no Ellen, a la que no se le habría dicho nada y que habría olvidado o no habría podido asimilar si se le hubiera dicho —Ellen, la mariposa bajo la que el mismo aire desvanecía el sol se había retirado sin avisar, dejándola con las rechonchas manos dobladas sobre la manta en la habitación oscura y los ojos dirigidos a éstas posiblemente sin sufrir pero cargados de incomprensión desconcertada) no le habrían dicho nada más de lo que le habrían dicho a nadie en Jefferson o en ninguna otra parte. Tal vez la señorita Rosa fue allí una vez y no más. Y le debió de decir al señor Coldfield que no ocurría nada malo y evidentemente ella misma lo creía ya que continuó cosiendo los trajes para la boda de Judith. Todavía seguía haciéndolo cuando Misisipi se separó y cuando los primeros uniformes Confederados comenzaron a verse por Jefferson donde el coronel Sartoris y Sutpen estaban reuniendo el regimiento que partió en el año 1861, con Sutpen como segundo al mando, cabalgando a la izquierda del coronel Sartoris sobre su caballo negro cuyo nombre le había sido impuesto en honor a Scott<sup>[34]</sup>, llevando los colores del regimiento que él y Sartoris<sup>[35]</sup> habían diseñado y que las conciudadanas de Sartoris habían cosido con los vestidos de seda. Físicamente él había engordado desde que llegó por primera vez a Jefferson ese domingo del año 1833, pero también desde que él y Ellen se casaron. Aún no estaba corpulento, aunque ya se estaba acercando a los cincuenta y cinco años. La gordura, el estómago, vinieron después. Llegó de repente, en un instante, el año después de fuera lo que fuera lo que ocurrió con su compromiso con la señorita Rosa y ella abandonara su techo y volviera a la ciudad a vivir sola en la casa de su padre y no le hablara de nuevo nunca más excepto cuando ella se dirigió a él la vez que le dijeron que había muerto. La carne se apoderó de él de repente, como si lo que los negros y también Wash Jones llamaban el admirable tipo de un hombre hubiera alcanzado y mantenido su punto culminante después de que la base se hubiera desvanecido y algo entre la forma que de él conocía la gente y el esqueleto intransigente de lo que realmente era se hubiera convertido en líquido y, atraído hacia la tierra, hubiera sido desairado y reprimido, hinchado, inestable y sin vida, por el envoltorio que había traicionado.

Ella no vio partir al regimiento porque su padre le prohibió salir de la casa hasta que se fuera, rechazando permitirle participar o estar presente junto a las otras mujeres y muchachas en la ceremonia de la despedida, aunque no porque diera la casualidad de que su yerno estuviera en él. Nunca había sido un hombre irascible y antes de que se declarara la guerra formalmente y Misisipi se separara, sus actos y palabras de protesta no sólo habían sido pacíficas sino también lógicas y bastante razonables. Pero después de que la suerte estuviera echada pareció cambiar de la noche a la mañana de igual modo que su hija Ellen cambió su naturaleza unos años antes. Tan pronto como las tropas comenzaron a aparecer por Jefferson él cerró la

tienda y la mantuvo así durante todo el tiempo en el que los soldados estaban siendo movilizados y hacían la instrucción, y después, cuando el regimiento se marchó, cada vez que tropas ocasionales hacían campamento para pasar la noche, se negaba a vender bienes a cualquier precio a los militares y, según se decía, a las familias no sólo de los soldados sino también de los hombres y mujeres que habían apoyado la secesión y la Guerra sólo con sus palabras, con su opinión. Se negó a permitir que su hermana regresara a vivir a su casa mientras su marido, que era un comerciante de caballos, estaba en el ejército, ni siquiera permitió que la señorita Rosa mirara por la ventana cómo pasaban los soldados. Había cerrado su tienda de manera permanente y pasaba todo el día en casa. Él y la señorita Rosa vivían en la parte trasera de la casa, mientras la puerta y las ventanas de la parte delantera permanecían cerradas y bien fijadas. Se pasaba el día, según los vecinos, detrás de una celosía entreabierta, como un vigilante en su puesto, armado no con un mosquete sino con la Biblia familiar en la que había datado con letra de perfecto oficinista su nacimiento y el de su hermana y su matrimonio y el nacimiento y el matrimonio de Ellen y el nacimiento de sus dos nietos y el de la señorita Rosa y la muerte de su esposa (pero no el matrimonio de su hermana; fue la señorita Rosa la que lo incluyó junto con la muerte de Ellen el mismo día en el que fechó la muerte del mismo señor Coldfield y la de Charles Bon e incluso la de Sutpen), hasta que un destacamento de tropas pasó: después de lo cual, abrió la Biblia y declamó en voz alta y fuerte, incluso por encima de las pisadas de la marcha, los pasajes del antiguo y violento misticismo vengativo que él había marcado como un vigía real habría ordenado una hilera de cartuchos a lo largo del alféizar. Entonces, una mañana se enteró de que la tienda había sido asaltada y saqueada, por un regimiento de tropas foráneas acampadas a las afueras de la ciudad y ayudadas, al menos verbalmente, por sus propios conciudadanos. Esa noche subió al desván con un martillo y un puñado de clavos y cerró la puerta con los clavos para después arrojar el martillo por la ventana. No era un cobarde. Era un hombre de una fuerza moral indudable, que había llegado a una región nueva con un pequeño grupo de bienes con el que mantenía el bienestar y seguridad de cinco personas. Lo logró gracias a la economía: no lo podía haber hecho si no hubiera sido así o deshonestamente; y como tu abuelo decía, un hombre que, en una región como era Misisipi entonces, se limitara a ser deshonesto con la venta de sombreros de paja y cordeles y carne salada habría sido encerrado por su propia familia como si se tratara de un cleptómano. Pero él no era un cobarde, aunque su conciencia hubiera objetado, como decía tu abuelo, no tanto contra la idea de derramar sangre y vidas humanas, sino contra los gastos: arrasar y devorar y destrozar por la causa que fuera.

Ahora la vida de la señorita Rosa se basaba en mantenerse con vida ella misma y a su padre. Hasta el momento en el que la tienda fue saqueada, habían vivido de ésta. Ella acudía a la tienda con una cesta después del atardecer y cogía la comida suficiente para uno o dos días. Así que los bienes, que no habían sido repuestos durante algún tiempo antes de esto, se habían reducido considerablemente antes del

saqueo; y pronto ella, a la que nunca se le había enseñado a hacer nada útil porque la tía la había criado con la idea de que no sólo era delicada sino realmente preciosa, empezó a cocinar el almuerzo que a medida que pasaba el tiempo se hacía más difícil de conseguir y más pobre en calidad, y se lo hacía llegar a su padre durante la noche por medio de la polea de un pozo y una cuerda adheridas a la ventana del desván. Lo hizo durante tres años, alimentando al hombre que odiaba en secreto y durante la noche y con una cantidad de comida que era escasamente suficiente para una persona. Y ella podía no haber sabido antes de eso que lo odiaba e incluso podía no haberlo sabido entonces, sin embargo la primera de las odas a los soldados del Sur que estaban en el portafolios que tu abuelo vio en 1885 contenía unas mil o más, estaba datada en el primer año del encierro voluntario de su padre a las dos de la madrugada.

Entonces él se murió. Una mañana la mano no surgió para tirar de la cesta. Los viejos clavos permanecían en la puerta y los vecinos la ayudaron a romperla con hachas y encontraron al hombre que había visto su único medio de sustento saqueado por los defensores de su causa, aunque los hubiera repudiado, con la comida de tres días intacta junto a su jergón como si hubiera pasado los tres días haciendo un balance mental de sus cuentas terrenales, hubiera encontrado el resultado y lo hubiera probado y hubiera vuelto entonces contra su escena contemporánea de desatino y rabia e injusticia, la impasibilidad consistente e insensible de una desaprobación fría e inflexible. Ahora la señorita Rosa no sólo era una huérfana, sino que además era pobre. La tienda era sólo cuatro paredes, un edificio desierto y abandonado incluso por las ratas, que no albergaba nada, ni siquiera buena voluntad ya que él se había alejado irremediabilmente de los vecinos, de la ciudad y de la tierra que se hallaban en guerra, de los tres por su comportamiento. Incluso las dos sirvientas negras ya se habían marchado —a las que él había liberado tan pronto como fueron de su posesión (debido, por cierto a una deuda y no a una compra) cuando les escribió los papeles de libertad que ellas no podían leer e incluyó un salario semanal que él retenía por completo contra la descarga de su valor en el mercado en el momento— y a cambio de lo cual ellas se incluyeron entre los primeros negros de Jefferson que se fueron y siguieron a las tropas yanquis. Así que cuando él murió, no poseía nada, no tenía nada ahorrado ni bienes. Sin duda el único placer que él había tenido no era la exigua y espartana provisión que había acumulado antes de cruzarse en su camino su futuro yerno —no el dinero, sino su representación de un equilibrio en cualesquiera oficina espiritual él creía que algún día pagaría sus esquemas sobre la abnegación y fortaleza. Y sin duda lo que más le dolía del negocio con Sutpen no era la pérdida de dinero sino el hecho de que hubiera tenido que sacrificar el atesoramiento, el símbolo de su fortaleza y abnegación, para mantener intacta la solvencia espiritual que él consideraba que ya había establecido y asegurado. Era como si hubiera tenido que pagar la misma cuenta dos veces debido a un fútil descuido en la fecha o la firma.

Así que la señorita Rosa era una mujer pobre y huérfana, sin ningún familiar sobre la tierra excepto Judith y la tía de la que había sabido algo por última vez dos

años antes mientras intentaba pasar las líneas yanquis para llegar a Illinois y poder estar cerca de la prisión de Rock Island<sup>[36]</sup> en la que estaba su marido, quien había ofrecido sus conocimientos para conseguir caballos y mulas para el cuerpo de caballería del ejército confederado y había sido atrapado en el acto. Ellen llevaba dos años muerta —la mariposa, la polilla atrapada en un vendaval y empujada contra la pared, allí adherida y batiendo las alas débilmente, sin aferrarse tenazmente a la vida, sin un dolor concreto ya que era demasiado ligera para haberse golpeado fuertemente, sin ni siquiera muchos recuerdos del brillante vacío anterior al vendaval, sino apenas con un asombro lleno de perplejidad e incompreensión— y el caparazón brillante y frívolo ni siquiera cambió de modo alguno a pesar del año de mala alimentación, ya que los negros de Sutpen también se habían marchado para seguir a las tropas yanquis; la sangre salvaje que él había traído a la región y había intentado mezclar, unir a la domesticada que ya existía, con el mismo cuidado y la misma intención con la que cruzó la de su semental y la suya propia. Y con el mismo éxito: como si su sola presencia impulsara a esa casa a aceptar y retener la vida humana; como si las casas realmente poseyeran una sensibilidad, una personalidad y carácter adquiridos, no tanto de la gente que respira o ha respirado dentro de ellas sino inherente a la madera y los ladrillos o concebidos sobre la madera y ladrillos por el hombre o los hombres que las idearon y construyeron —en esta casa había una incontrovertible afirmación de vacío, abandono; una oposición insuperable a ser ocupada excepto cuando era aprobado y estaba custodiada por los fuertes e implacables. Ellen había perdido peso, pero era como si la propia mariposa comenzara a disolverse por el mismo acto de disolución: el área de las alas y el cuerpo menguando poco a poco, el dibujo de las manchas acercándose cada vez más, pero sin ninguna arruga que enseñar —el mismo rostro liso, casi añorado yacía sobre la almohada (aunque la señorita Rosa descubrió entonces que Ellen se había estado tiñendo el cabello durante años), tenía las mismas manos suaves y casi rechonchas (aunque ahora sin anillos) sobre la colcha, y solamente continuaba la impotencia en los oscuros ojos incapaces de comprender, para mostrar algo de vida que postulara una cercana muerte mientras le pedía a su hermana de diecisiete años que protegiera a la niña que quedaba (Hasta el momento Henry seguía desaparecido y había repudiado su primogenitura voluntariamente; aún no había regresado a representar la parte final de su papel en la maldición de su familia —y esto, decía tu abuelo, también evitó dolor a Ellen, no porque hubiera sido el golpe aplastante y definitivo sino porque hubiera sido inútil ya que la adherida polilla, incluso viva, habría sido incapaz de sentir nada de viento o violencia). Así que lo natural habría sido que ella se hubiera marchado y hubiera vivido con Judith, habría sido lo normal para ella o cualquier mujer del Sur, para una dama. No habría sido necesario que se le pidiera; nadie se imaginaba que ella esperaría para ir. Porque eso es lo que es una dama sureña. No el hecho de que, sin dinero y sin ninguna esperanza de que su situación cambiara y sabiendo que todos los que la conocían lo sabían, aún mudándose con una sombrilla y un orinal propio y tres baúles a tu casa y



se quedara en la habitación en la que tu esposa emplea las sábanas bordadas a mano, ella no sólo se hiciera con el mando de los criados que al mismo tiempo sabían que nunca les daría una propina porque sabían igual que los blancos que ella nunca tendría nada que darles, sino que además entrara en la cocina, echara al cocinero y condimentara a su gusto la misma comida que vas a comer —no se trata de esto, no es de esto de lo que ella depende para mantener unidos su cuerpo y su alma: es como si ella estuviera viviendo de la propia sangre, como un vampiro, sin gula, sin voracidad, sino con el esplendor tranquilo y perezoso de flores que la reclaman, porque también llena sus venas, un alimento de sangre antigua que cruzó mares y continentes aún no emplazados en un mapa y que luchó contra lo desconocido, adversidades y circunstancias y fatalidades que le acechaban.

Eso es lo que se habría esperado que hiciera. Pero no lo hizo. Sin embargo, Judith era huérfana también, sin embargo Judith poseía aquellos acres abandonados para proporcionarle sustento, a Clytie para ayudarla y hacerle compañía y a Wash Jones para alimentarla igual que lo había hecho con Ellen antes de que muriera. A pesar de que Ellen le había pedido que protegiera a Judith, tal vez ella sintió que Judith aún no necesitaba protección, ya que si incluso el amor aplazado hubiera podido proporcionar la voluntad para vivir, para soportar durante ese tiempo, entonces ese mismo amor, aunque aplazado, debía y preservaría a Bon hasta que la locura de los hombres le persuadiera por simple cansancio y él regresara de donde fuera que estuviera y trajera a Henry consigo —Henry, también la víctima de la misma locura e infortunio. Ella debió ver a Judith de vez en cuando y posiblemente Judith la instaba a ir a vivir al Ciento de Sutpen, pero creo que ésta es la razón por la que no fue, aunque no sabía dónde estaban Bon y Henry y Judith parecía no haber pensado decírselo. Porque Judith lo sabía. Podía haberlo sabido durante un tiempo; incluso Ellen podía haberlo sabido. O tal vez Judith no se lo dijo tampoco a su madre. Tal vez Ellen no supo antes de morir que Henry y Bon eran entonces soldados del regimiento que habían organizado sus compañeros de la universidad. El primer indicio que la señorita Rosa había tenido en cuatro años de que su sobrino aún estaba vivo llegó la tarde en la que Wash Jones, cabalgando sobre la única mula de Sutpen que les quedaba, se detuvo delante de la casa y comenzó a gritar su nombre. Ella ya le había visto con anterioridad, pero no lo reconoció —era un hombre flaco y desgarrado, marcado por la malaria, con ojos pálidos y un rostro que podría reflejar cualquier edad entre los veinticinco y los sesenta, que sentado sobre la mula sin ensillar, en la calle frente a la puerta, gritaba— ¡Hola! ¡Hola! —a intervalos hasta que ella se acercó a la puerta; entonces bajó la voz, aunque no demasiado. —¿Es usted Rosie Coldfield? —preguntó.

## CAPÍTULO IV

Todavía no había oscurecido lo suficiente para que Quentin se marchara, al menos no había oscurecido lo suficiente para que la señorita Coldfield le dejara, incluso teniendo en cuenta las doce millas de ida y las doce de vuelta. Quentin lo sabía. Casi podía verla, esperando en una de las oscuras habitaciones por las que no circulaba el aire en la inexpugnable soledad de la pequeña y hosca casa. Ella no tenía ninguna luz encendida porque iba a salir de su casa pronto, y tal vez algún descendiente imaginario o un familiar que una vez le había dicho que la luz y las corrientes de aire provocaban calor también le había dicho que el coste de la electricidad no se corresponde con el tiempo exacto en el que la luz estaba encendida sino con el rendimiento retroactivo de la inercia primaria cuando se tocaba el interruptor: que era eso lo que se reflejaba en el contador. Todavía llevaba el sombrero negro con lentejuelas azabache; él lo sabía: y un chal, mientras permanecía sentada allí en la moribunda penumbra que aumentaba las figuras; aún tenía en su mano o en su regazo el bolso con todas las llaves, incluidas las del armario y el aparador de la entrada de la casa que estaba a punto de abandonar durante seis horas; y un parasol, una sombrilla, él lo pensaba, mientras consideraba que sería insensible al tiempo y a la estación ya que aunque él antes de esta tarde no había cruzado más de un centenar de palabras con ella en toda su vida, él sabía que antes de esta noche ella nunca había abandonado esa casa después de la puesta de sol excepto los miércoles y los domingos para acudir a las reuniones de la iglesia, tal vez en todos esos cuarenta y tres años. Sí, tenía la sombrilla. Emergería con ella cuando él la llamara y la condujera invenciblemente en el suspiro gastado de una noche sin rocío, en la que ahora el único cambio hacia la oscuridad se mostraba en el suave e inconstante vuelo de las luciérnagas —un vuelo más intenso y profundo en el crepúsculo tras sesenta días sin lluvia y cuarenta y dos sin ni siquiera rocío— debajo del zaguán donde él se levantó de la silla cuando el señor Compson llevando la misiva en la mano salió de la casa, encendiendo la luz del zaguán a su paso. —Posiblemente tendrás que entrar para leerla —dijo el señor Compson.

—Quizá pueda leerla aquí sin problemas —dijo Quentin.

—Puede ser que tengas razón —dijo el señor Compson—. Incluso tal vez a la luz del día, sin mencionar esto... —señaló la única esfera manchada y ensuciada por los insectos durante el largo verano y que apenas alumbraba aunque se limpiara... la que el hombre tuvo que inventar para sus necesidades, ya que, aliviado de la carga de sudar para vivir, está retrocediendo (o evolucionando) aparentemente hasta ser un animal nocturno, sería demasiado, demasiado para ellos. Sí, para ellos: los de esos días y esa época, los de un tiempo acabado; gente como nosotros y víctimas también como nosotros, pero víctimas de circunstancias distintas, más simples y por tanto más íntegras, mas grandes, más heroicas y así las figuras también más heroicas, no empequeñecidas ni enmarañadas sino distintas, sin complejidad y con el don de amar

una vez o morir en vez de ser criaturas difusas y dispersas arrastradas ciegamente miembro a miembro desde un popurrí arrebatadas y ensambladas, autor y víctima de mil homicidios y mil uniones y divorcios. Tal vez tengas razón. Tal vez más luz para esto sería demasiado. —Pero no le entregó la misiva a Quentin enseguida. Se sentó de nuevo, Quentin también se sentó y cogió el cigarro de la barandilla, las ascuas brillaban, el humo coloreado por las glicinas ondeaba alrededor del rostro de Quentin sin que el viento lo apartara mientras el señor Compson levantó sus pies para colocarlos sobre la barandilla, con la misiva en la mano que parecía casi tan oscura como la de un negro en comparación con el blanco lino de su pernera.

—Porque Henry quería a Bon. Él rechazó la primogenitura y la seguridad económica por él, por este hombre que era un bígamo potencial aunque no un canalla redomado, y sobre cuyo cuerpo Judith encontraría el retrato de la otra mujer y el niño. Tanto es así que él (Henry) tomó como mentira una afirmación que él mismo debió darse cuenta que su padre ni podría ni habría hecho sin base ni pruebas. Sin embargo lo hizo, el mismo Henry dio el golpe con su propia mano, aunque tenía que haber sabido que lo que su padre le dijo acerca de la mujer y el niño era cierto. Debí decírselo a sí mismo, debí decírselo cuando cerró detrás de sí la puerta de la biblioteca por última vez el día de Nochebuena y debí repetírselo mientras él y Bon cabalgaban juntos a través de la interminable oscuridad de la madrugada de ese día de Navidad, mientras se alejaba de la casa en la que había nacido y que sólo vería una vez más y con las manos manchadas con la sangre fresca del hombre que ahora cabalgaba a su lado: *Creeré; b haré, lo haré. Aunque sea así, aunque lo que mi padre me haya dicho sea verdad y yo, muy a mi pesar, no pueda evitar saber que es cierto, todavía creeré.* Porque ¿qué podía haber esperado encontrar en Nueva Orleans excepto la verdad? Pero ¿quién sabe por qué un hombre, a pesar de sufrir, no se aferra entre todos los demás miembros sanos sino al brazo o la pierna que sabe que será amputado? Porque amaba a Bon. Puedo imaginármelos a él y a Sutpen en la biblioteca aquella Nochebuena, el padre y el hermano, golpe y contragolpe como un trueno y su eco y tan cerca; la afirmación y su negación, la decisión instantánea e irrevocable entre el padre y el amigo, entre (así debió pensar Henry) aquello donde residía el honor y el amor y esto donde fluían la sangre y el provecho, aunque en el momento en el que afirmó que era mentira él sabía que era verdad. Ésa fue la razón para los cuatro años, la comprobación. Incluso entonces tenía que haber sabido que serían en vano, aquella Nochebuena, ya sin tener en cuenta lo que sabía, lo que había visto con sus propios ojos en Nueva Orleans. Tenía que haber conocido a Bon tan bien por entonces, no había cambiado hasta el momento y no cambiaría después probablemente; y él (Henry) no podía decirle a su amigo, *Lo hice por amor hacia ti; haz esto por amor a mí.* No podía decirlo —este hombre, este joven de apenas veinte años que había dado la espalda a todo lo que conocía, para jugársela por este único amigo al que, incluso mientras se alejaban cabalgando aquella noche, tenía que haber sabido, igual que sabía que lo que su padre le había dicho era cierto, que estaba

condenado y destinado a matar. Tenía que haberlo sabido de igual modo que sabía que sus esperanzas eran inútiles, cualquiera que fuera la esperanza y el porqué; la esperanza y el sueño sobre un cambio en la actitud de Bon o en la situación, la pesadilla de la que algún día podría despertarse y encontrar que había sido un mal sueño, del mismo modo que en el sueño febril de un hombre herido la querida pierna o brazo lastimado está fuerte y sano y en cambio los que están bien se presentan enfermos.

Era la prueba de Henry; Henry los mantenía a los tres en esa suspensión con la que incluso Judith se conformó hasta cierto punto. No sabía lo que había ocurrido en la biblioteca aquella noche. No creo que ni siquiera lo sospechara, hasta aquella tarde cuatro años después en la que les vio de nuevo, en la que llevaron a la casa el cuerpo de Bon y encontró en el abrigo el retrato que no tenía su rostro y un niño que no era suyo; ella simplemente se levantó a la mañana siguiente y ya se habían ido y solamente quedó la misiva, la nota, la nota escrita por Henry ya que sin duda se negó a permitirle a Bon que escribiera —este anuncio del armisticio, de la prueba—, y Judith se resignó, ella se habría apresurado a desobedecer cualquier mandato de su padre igual que Henry le había desafiado, pero obedeció a Henry en este asunto, no porque era un familiar varón, su hermano, sino por esa relación que había entre ellos —esa única personalidad con dos cuerpos que habían sido seducidos casi al mismo tiempo por un hombre que en el momento Judith nunca había visto—, ella y Henry sabían que ella aceptaría el período de prueba, le daría (a Henry) la oportunidad de ese intervalo de tiempo, hasta ese momento no establecido y aún por definir aunque mutuamente aceptado, y ambos sin duda eran conscientes de que cuando llegara ese momento ella, con la misma tranquilidad, la misma negativa a aceptar o a otorgar debido a la tradicional debilidad del sexo, desafiaría el armisticio y se enfrentaría a él como si fuera un enemigo, sin necesitar o desear que Bon estuviera presente para ayudarla, incluso negándose a permitirle intervenir si estuviera allí, solucionando como un hombre ese asunto con Henry antes que consentir que se volviera hacia la mujer, la amada, la prometida. Y Bon: Henry no le habría dicho a Bon lo que le había dicho su padre de igual modo que no habría regresado con su padre para decirle que Bon lo había negado, ya que para hacer una cosa tendría que hacer la otra y sabía que la negación de Bon sería una mentira y aunque él podía haber resistido la mentira de Bon, no habría soportado que Judith o su padre la escucharan. Además, Henry no necesitaba contarle a Bon lo que había ocurrido. Bon tuvo que enterarse de la visita de Sutpen a Nueva Orleans tan pronto como llegó (Bon) a su casa ese primer verano. Tuvo que haber sabido que Sutpen conocía su secreto —si es que Bon, hasta que vio la reacción de Sutpen, lo consideró un asunto para mantener en secreto, no era una razón de peso para evitar el matrimonio con una mujer blanca— una situación en la que tal vez todos los jóvenes del momento que podían permitírselo estaban también involucrados y que no se le habría ocurrido mencionar a su prometida o esposa o a su familia de igual modo que no les habría revelado los secretos de una hermandad en la

que hubiera ingresado antes de casarse. En verdad, el modo en el que la familia de su prometida reaccionó ante el descubrimiento fue sin duda la primera y última vez que la familia Sutpen le sorprendió. Para mí, es él el que resulta una figura extraña. Llegó a esa solitaria casa emplazada en una región puritana casi del mismo modo que Sutpen llegó a Jefferson: al parecer solo, sin antecedentes ni pasado ni infancia, un hombre un poco mayor de lo que su verdadera edad indicaba y cercado y rodeado por una especie de belleza escita, que parecía haber seducido sin un particular esfuerzo o deseo al hermano y la hermana de provincias, que provocó todo el problema y alboroto aunque desde el momento en el que se dio cuenta de que Sutpen iba a evitar la boda si podía, él (Bon) se retiró hasta convertirse en mero espectador, pasivo, un poco sardónico y completamente enigmático. Parecía flotar, sombríamente, carente de sustancia, por detrás y sobre todos los demás honrados y lógicos aunque (para él) incomprensibles confirmaciones y afirmaciones y desafíos y retos y rechazos, con el mismo aire de desprendimiento sardónico e indolente que el de un joven cónsul romano que lleva a cabo su Marcha Triunfal entre las hordas de bárbaros que su abuelo conquistó, sorprendido por la noche en un castillo de barro turbulento e infantil y abrumador, situado en un bosque miasmático y encantado. Era como si hubiera considerado todo el asunto, por supuesto no inexplicable, sólo innecesario; supo enseguida que Sutpen había descubierto a su amante y al niño y ahora él consideraba el acto de Sutpen y la reacción de Henry una incompetencia moral y fetichista que no merecía tomarse como un razonamiento, que él contemplaba con el distanciamiento de un científico que observa los músculos de una rana anestesiada; —observándolos, contemplándolos desde detrás de la barrera de la sofisticación en comparación con la cual Henry y Sutpen eran unos trogloditas. No era sólo su aspecto exterior, la manera en la que caminaba y hablaba y vestía y cogía de la mano a Ellen para conducirla al comedor o al carruaje y (tal vez, posiblemente) besaba su mano y que Ellen codiciaba para Henry, sino el hombre mismo— esa impasibilidad fatalista e impenetrable con la que los miraba mientras aguardaba que hicieran lo que fueran a hacer, como si hubiera sabido todo ese tiempo que surgiría la ocasión en la que él tendría que esperar y que eso sería lo único que tendría que hacer; que había seducido a Henry y a Judith como para temer en algún momento que no se casaría con Judith cuando él quisiera. No era esa astucia estúpida que es en parte instinto y en parte fe en la suerte, y en parte la costumbre muscular de los sentidos y nervios del jugador que espera obtener lo que puede de lo que está viendo, sino un cierto pesimismo reservado e inflexible despojado, muchas generaciones antes de toda la basura y farfolla de la gente (sí, Sutpen y Henry y también los Coldfield) que no se había desprendido lo suficiente de la barbarie, que dos mil años después todavía seguiría deshaciéndose triunfalmente de aquel yugo de la cultura e inteligencia latinas por las que ellos nunca tendrían en absoluto ese peligro permanente.

Porque él amaba a Judith. Él habría añadido sin duda que «a su manera» ya que, según supo su futuro suegro, ésta no era la primera vez que había llevado a cabo su

papel había prometido lo que le había prometido a Judith, ya sin mencionar la primera vez que había pasado por una ceremonia para celebrarlo, para hacer la distinción (él era católico a medias) que pudiera entre esta ceremonia con una mujer blanca y la otra. Porque verás la misiva, no la primera que él le escribió a ella pero al menos la primera, la única que ella llegó a mostrar, según supo tu abuela entonces: y, ahora que está muerta, creemos que la única que guardó a no ser que la señorita Rosa o Clytie destruyeran las otras después de que ella muriera: y ésta ha sido conservada no porque Judith la pusiera aparte para guardarla sino porque ella misma la trajo y se la dio a tu abuela después de la muerte de Bon, posiblemente el mismo día en el que destruyó las demás que él le había escrito (teniendo en cuenta por supuesto que fuera ella misma la que las destruyera) algo que habría ocurrido cuando ella descubrió en el abrigo de Bon el retrato de la amante ochavona y el niño pequeño. Porque él fue su primer y último amor. Ella debió haberlo visto exactamente con los mismos ojos con los que Henry lo miraba. Y sería difícil decir a cuál de los dos él le parecía más maravilloso —a la una que tenía la esperanza, aunque inconsciente, de hacer suya la imagen por medio de la posesión; o al otro conociendo, aunque inconsciente ante el deseo, la barrera infranqueable que la igualdad de género interpuso de un modo inevitable;— este hombre al que Henry tal vez vio por primera vez cabalgando por la arboleda de la universidad sobre uno de los dos caballos que allí guardaba o atravesando a pie el parque alrededor de los edificios llevando la capa ligeramente afrancesada y el sombrero que usaba, o cuando (a mí me gusta pensar esto) le fue presentado formalmente mientras permanecía reclinado sobre la soleada ventana de su habitación llevando un traje floreado, casi afeminado —este hombre que era apuesto, elegante e incluso astuto y demasiado maduro para estar donde estaba, demasiado mayor no en edad sino en experiencia, con un efluvio tangible de conocimiento, de exceso: de actos completados y la absoluta saciedad y placeres agotados e incluso olvidados. Así que debió parecerle, no sólo a Henry sino al cuerpo completo de estudiantes de esa pequeña universidad provinciana, una fuente no de envidia, porque uno sólo siente envidia de quien cree que no es superior de ningún modo: y lo que uno cree, con un poco más de suerte de la que se ha tenido hasta entonces, que algún día poseerá; —no era de envidia sino de desesperación: esa aguda, desagradable y terrible desesperación de los jóvenes que a veces adquiere la forma de insulto e incluso ataque físico contra el blanco humano o, en casos extremos como el de Henry, de insulto y ataque contra todos los detractores del sujeto, como testigo, el violento rechazo de su padre y sus derechos de primogenitura cuando Sutpen prohibió el matrimonio. Sí, él amaba a Bon, le había seducido igual que sedujo a Judith —el muchacho provinciano que había nacido y crecido y que, junto a los otros cinco o seis miembros de ese cuerpo de estudiantes compuesto por los hijos de otros dueños de plantaciones a quienes Bon permitió intimar con él, quienes imitaban su vestimenta y sus modales y su modo de vida (hasta el límite del que eran capaces), miraban a Bon como si fuera un héroe de una versión adolescente de *Las*

*mil y una noches* que había tropezado (o mejor dicho, había impuesto) con un talismán o piedra de toque no para proporcionarle sabiduría ni poder ni riquezas, sino la capacidad y la posibilidad de pasar de una escena de escaso deleite imaginable a la siguiente sin una pausa o un intervalo o satisfacción; y el mismo hecho de que, paseándose delante de ellos perezosamente con la vestimenta estrafalaria y casi femenina de su intimidad sibarítica, él profesaba un hastío sólo superado por el asombro y la rabia amarga y desesperante;— Henry, el provinciano, casi el payaso, rendido ante el instinto y los actos violentos más que a pensar, al raciocinio, quien habría sido consciente de que su fiero orgullo provinciano ante la virginidad de su hermana era una cantidad falsa que debe incorporar una incapacidad para perdurar si debe ser apreciada, para existir, y así debe depender de su pérdida, de su ausencia, para haber existido alguna vez. De hecho, tal vez sea este el auténtico y perfecto incesto: el reconocimiento del hermano de que la virginidad de su hermana debe ser destruida si es que ha existido alguna vez, y arrebatarse esa virginidad desde el mismo cuñado, el hombre que él sería si pudiera convertirse en él, metamorfosearse en el amante, en el marido; por el que él será despojado, será elegido para despojar, si pudiera convertirse, metamorfosearse en la hermana, la amante, la prometida. Tal vez esto fue lo que ocurrió, no en la mente de Henry sino en su alma. Porque él nunca pensaba. Sentía y actuaba inmediatamente. Conocía la lealtad y hacía uso de ella, conocía el orgullo y los celos; amaba sufrir y matar, aún pensando y, creo, amando a Bon, al hombre al que le dio cuatro años de prueba, cuatro años en los que pudo renunciar y disolver el otro matrimonio, mientras sabía que los cuatro años de esperanza y de espera serían en vano.

Sí, fue Henry: no fue Bon, y como testigo estaba todo el transcurso misterioso y sereno del cortejo de Bon y Judith —un compromiso, si alguna vez lo fue, que duró un año entero aunque sólo estuvo comprendido por dos visitas vacacionales de Bon como invitado de su hermano y que al parecer disfrutó cabalgando y cazando con Henry o bien comportándose como una flor de invernadero, elegante, indolente y extraña apenas con el nombre de una ciudad como pasado o historia de sus orígenes, alrededor de la cual Ellen se pavoneaba y agitaba su estío de inconsciente mariposa; él, el hombre con vida, había sido usurpado. No hubo tiempo, ni momento, ni oportunidad conveniente durante los ajetreados días en los que pudo haber cortejado a Judith. No puedes ni siquiera imaginártelos a los dos solos juntos. Intenta hacerlo y lo más cerca que llegarás es a una proyección de ellos mientras las dos personas verdaderas estaban sin duda separadas y en lugares distintos —dos sombras paseando por un jardín veraniego, serenas y sin las molestias carnales— los dos mismos espectros serenos que parecían observar, flotar, tranquilos e imparcialmente atentos, por encima y detrás del inexplicable tronido de entredichos y desafíos y repudios por los que el pétreo Sutpen y el volátil y violento Henry destellaron y brillaron y se apagaron; —Henry, que hasta el momento ni siquiera había ido a Memphis, que nunca se había alejado de su casa antes de ese mes de septiembre en el que fue a la

universidad con su ropa provinciana y su caballo ensillado y un lacayo negro; los seis o siete muchachos, con una misma edad y educación, sólo eran distintos de los esclavos negros que les proporcionaban el sustento en aspectos externos como la comida y las ropas y las tareas diarias— el mismo sudor, la única diferencia era que en un caso se debía al trabajo en el campo y en el otro era el precio de los escasos placeres espartanos que se les permitían porque no tenían que sudar en el campo: las difíciles y violentas cacerías y carreras cabalgando; los mismos placeres: unos, apostando por cuchillos desgastados y joyas de oropel y rollos de tabaco y botones y ropa porque así era más fácil y rápido obtenerlo; los otros por dinero y caballos, armas y relojes, y por la misma razón; las mismas fiestas: una música idéntica salida de instrumentos musicales idénticos, toscos violines y guitarras, unas en la gran casa con velas y vestidos de seda y champaña, otras en las cabañas con el piso de tierra y con antorchas ardiendo y percal y agua endulzada con melaza; —fue Henry, porque en ese momento ni siquiera había visto a Judith. Posiblemente no había prestado la suficiente atención al relato inarticulado de Henry sobre sus breves y convencionales antecedentes e historia como para haber recordado que Henry tenía una hermana — este hombre indolente que era demasiado maduro para hallar compañía entre los jóvenes, los niños, con los que ahora vivía; este hombre que había nacido antes de tiempo y lo sabía, lo aceptaba por una razón obvia y lo suficientemente buena como para empujarle a soportarlo y al parecer demasiado seria o al menos íntima como para ser divulgada a los conocidos—: este hombre que después mostró la misma indolencia, casi desinterés, la misma lejanía, cuando surgió el alboroto sobre el compromiso que, según lo que pudo saber Jefferson, nunca existió formalmente y el mismo Bon nunca confirmó ni negó, y él se quedó en último término, imparcial y pasivo, como si él mismo no estuviera involucrado o actuara en nombre de un amigo ausente, sino como si la persona involucrada y en entredicho fuera alguien de quien nunca había oído hablar o que no le importaba nada. Ni siquiera parece que allí hubiera habido un noviazgo. Al parecer él le otorgó a Judith el dudoso cumplimiento por el que no deseaba arruinarle la vida, eso sin mencionar la insistencia en la boda bien antes o bien después de que Sutpen la prohibiera —esto, imagínate, en un hombre que se había forjado una fama de hombre valeroso entre las mujeres mientras estaba en la universidad, mucho antes de que Sutpen encontrara pruebas fehacientes. No hubo compromiso, ni noviazgo: él y Judith se vieron tres veces en dos años, durante un período de doce días, teniendo en cuenta el tiempo que estuvieron con Ellen; se separaron sin ni siquiera despedirse. Y sin embargo, cuatro años después, Henry tuvo que matar a Bon para evitar que se casaran. Así que debió ser Henry el que sedujo a Judith, no Bon: la sedujo desde esa distancia entre Oxford y el Ciento de Sutpen, entre ella misma y el hombre al que aún no había visto, como si por medio de esa telepatía con la que siendo niños parecía que a veces anticipaban las acciones del otro igual que dos aves abandonan una rama al mismo tiempo; ese nexos que no es como la similitud convencional entre gemelos sino como ese que existe entre dos personas



que, sin importar el sexo la edad o la herencia de raza y lengua, han sido abandonados al nacer en una isla desierta: la isla aquí era el Ciento de Sutpen; la soledad, la sombra de ese padre con el que no sólo la ciudad sino también la familia de su madre simplemente habían pactado un armisticio en vez de aceptarlo y asumirlo.

¿Comprendes? Ahí están; esta muchacha, esta joven muchacha criada en el campo que ve a un hombre no más de una hora al día durante doce días en toda su vida y en el período de un año y medio, y sin embargo está decidida a casarse con él hasta el punto de empujar a su hermano al último recurso que supone el homicidio, aunque no el asesinato, para evitarlo y esto después de ese período de cuatro años durante el que nunca había podido tener la certeza de que él seguía vivo; este padre que había visto a ese hombre una sola vez, pero que tenía razones para hacer un viaje de seiscientas millas para investigar acerca de él y bien descubrir lo que ya parecía que sospechaba por simple clarividencia, o bien al menos algo que le sirviera también de razón para prohibir el matrimonio; este hermano en cuyos ojos el honor y felicidad de esa hermana e hija, dada la extraña y poco común relación que existía entre ellos, deberían haber producido más celos y ser máspreciados que incluso para el padre, pero que tuvo que abogar por la boda hasta el punto de repudiar a su padre y su sangre y su casa para seguir y depender del rechazado pretendiente durante cuatro años antes de matarle por la misma razón por la que cuatro años antes había abandonado su casa; y este amante que parecía que sin voluntad ni deseos se vio envuelto en un compromiso que al parecer él no había perseguido ni había evitado, y que tomó su rechazo con el mismo espíritu pasivo y sardónico, pero cuatro años más tarde parecía tan decidido a contraer matrimonio algo ante lo que se había mostrado indiferente como para forzar al hermano que lo había defendido a matarle para evitarlo. Sí, dado que, para el poco mundano Henry, sin nombrar al más cosmopolita padre, la existencia de la amante con un octavo de sangre negra y el hijo con una decimosexta parte, teniendo en cuenta la ceremonia morganática<sup>[37]</sup> —una situación que formaba parte del equipamiento social y de moda de un joven adinerado de Nueva Orleans igual que sus zapatillas de baile— era una razón suficiente, que perfila el honor un poco mejor incluso para los dechados sombríos que son nuestros ancestros nacidos en el Sur y que llegaron a la madurez alrededor del año mil ochocientos sesenta o sesenta y uno. Es simplemente increíble. No tiene explicación. O tal vez es eso: no se explica y no se espera que nosotros lo sepamos. Disponemos de algunas historias que van de boca en boca; exhumamos cartas sin encabezamiento ni firma de antiguos baúles y cajas y cajones, cartas en las que hombres y mujeres que una vez vivieron y respiraron ahora son simples iniciales o apodos sacados de algún sentimiento ahora incomprensible y que nos suena igual que el sánscrito o el choctaw<sup>[38]</sup>; apenas vemos a las personas, a la gente en cuya sangre y semilla nosotros mismos permanecemos ocultos y expectantes, en esta sombría atenuación del tiempo y que ahora poseen proporciones heroicas, que llevaron a cabo sus actos de

simple pasión y violencia, inalterables al paso del tiempo e inexplicables —Sí, Judith, Bon, Henry, Sutpen: todos ellos. Ahí están, pero falta algo; son como una fórmula química exhumada junto con las cartas de ese cofre olvidado, con cuidado, el papel viejo y marchito y rompiéndose a trozos, la letra desdibujada, casi indescifrable, aunque cargada de significado, conocida por la forma y el sentido y el nombre y la presencia de fuerzas volátiles y sensitivas; las mezclas en las proporciones indicadas, pero no sucede nada; las relees, pausadamente y con interés, estudiándolas detenidamente, asegurándote de que no has olvidado nada, que no has cometido un error; las unes todas de nuevo y otra vez no ocurre nada: sólo están las palabras, los símbolos, las formas mismas, indefinidas inescrutables y serenas, frente al turgente telón de fondo de un terrible y sangriento infortunio de acontecimientos humanos.

Llegaron de la universidad para pasar allí las primeras Navidades. Judith y Ellen y Sutpen lo vieron por primera vez —Judith, al hombre al que ella iba a ver durante un período de doce días, pero que recordaría de tal modo que pasados cuatro años (él nunca le escribió durante ese tiempo. Henry no le dejaba; era la prueba, ya lo sabes) cuando ella recibió una misiva de él que decía *Hemos esperado el tiempo suficiente*, ella y Clytie comenzaron enseguida a modelar un vestido de novia y un velo a partir de harapos y tiras de tela; Ellen, al ser extraño, casi barroco, a la obra de arte esotérica que intentaba añadir con voracidad infantil al mobiliario y a la decoración de la casa; Sutpen, al hombre al que, después de ver una vez y antes de que existiera cualquier compromiso excepto en la mente de su esposa, él consideró como una amenaza potencial para la (ahora y por fin conseguida) coronación triunfal de sus antiguas penalidades y ambición, y él parecía estar lo suficientemente seguro de esa amenaza como para justificar ese viaje de seiscientas millas para comprobarlo— este era un hombre que podía haber desafiado y disparado a alguien que no le gustara o temiera pero que no habría hecho ni siquiera un viaje de diez millas para investigar nada. ¿Comprendes? Casi puedes creer que el viaje de Sutpen a Nueva Orleans fue una simple casualidad, algo más en las ilógicas maquinaciones de una fatalidad que había preferido a esa familia antes que a otras del condado o de la región del mismo modo que un niño pequeño elige un hormiguero por el que derramar agua hirviendo en vez de otro, sin ni siquiera saber él mismo la razón. Se quedaron dos semanas y después regresaron a las clases, deteniéndose a visitar a la señorita Rosa, pero ella no estaba en casa; pasaron el largo período antes de las vacaciones estivales hablando y cabalgando y leyendo (Bon leía libros de derecho. Lo hacía, tenía que hacerlo, ya que sólo eso podía hacer soportable su estancia, sin importar cuál era la razón que podía tener para quedarse; —éste era el emplazamiento perfecto para su indolencia dilativa: el estudio de los libros de Blackstone y Coke<sup>[39]</sup>, en la facultad de derecho a la que asistían otros seis estudiantes además de Henry y él mismo, de un cuerpo que ascendía a una cantidad de dos cifras— sí, corrompió a Henry empujándole a que estudiara derecho; Henry se cambió en la mitad del trimestre —y él mismo) mientras Henry imitaba su vestimenta y su manera de hablar, tal vez sería mejor decir que era

una caricatura de él, y Bon, aunque ya había visto a Judith, era el mismo hombre perezoso y felino al que Henry había imputado el papel de prometido de su hermana del mismo modo que Henry y sus compañeros le habían imputado el papel de Lotario<sup>[40]</sup> durante el trimestre de otoño; y ahora Ellen y Judith iban de compras dos o tres veces por semana a la ciudad y se detuvieron una vez a visitar a la señorita Rosa mientras iban de camino a Memphis en su carruaje, precedido por un carro en el que traer el botín y llevando a un negro extra en el pescante junto al cochero para que al detenerse cada ciertas millas hiciera una fogata y recalentara los ladrillos sobre los que reposaban los pies de Ellen y de Judith, iban de compras, iban a comprar el ajuar para esa boda cuyo compromiso formal no existía más que en la mente de Ellen; y Sutpen, que había visto a Bon una sola vez y estaba en Nueva Orleans investigando mientras Bon entró de nuevo en su casa: ¿Quién sabe lo que estaba pensando, lo que estaba esperando, qué instante, qué día, para ir a Nueva Orleans y encontrar lo que al parecer él sabía que iba a encontrar? No había nadie a quien hablarle, contarle acerca de ello, de sus miedos y sospechas. No confiaba en ningún hombre ni en ninguna mujer, no tenía el amor de ningún hombre ni de ninguna mujer, ya que Ellen era incapaz de amar y Judith se parecía demasiado a él y él debió darse cuenta a simple vista de que Bon ya había corrompido al hijo, aunque la hija podría ser salvada. Él había tenido éxito como puedes ver; su soledad era la del desprecio y la desconfianza que el éxito lleva a aquel que lo consigue porque es fuerte más que por ser simplemente afortunado.

Llegó el mes de junio y con él el final del curso y Henry y Bon regresaron al Ciento de Sutpen, Bon para pasar uno o dos días antes de cabalgar hasta el río para tomar el barco a su casa, a Nueva Orleans hasta donde Sutpen ya había ido. Se quedó allí sólo dos días, pero ahora era su oportunidad de llegar a un entendimiento con Judith, tal vez incluso de enamorarse de ella. Fue su única oportunidad, su última oportunidad, pero por supuesto ni él ni Judith lo pudieron saber, ya que Sutpen, aunque llevaba dos semanas lejos de casa, sin duda ya se había enterado de la existencia de la amante ochavona y del niño. Así que se podría decir que por primera y última vez Bon y Judith tuvieron vía libre —se podría haber dicho, ya que realmente fue Ellen la que tuvo vía libre. Puedo imaginármela maquinando el noviazgo, proporcionándoles a Judith y a Bon la oportunidad de tener una cita y hacerse promesas con una ubicuidad recatada e incansable que ellos debieron intentar evadir y rehuir, Judith con una inquietud enojada aunque serena, y Bon con esa aversión sorprendida y sardónica que parecía ser la manifestación típica de su carácter impenetrable y sombrío. Sí, sombrío; un mito, un espectro: algo que ellos habían creado y engendrado; un efluvio de la sangre y la personalidad de Sutpen, como si no hubiera existido nunca como hombre. Sin embargo, ahí estaba el cuerpo que vio la señorita Rosa, que Judith enterró en el cementerio familiar junto a su madre. Y esto: el hecho de que un compromiso que no había sido definido y del que nunca se había hablado sobrevivió, defendiendo el postulado de que ellos se amaban,

ya que durante ese romance de apenas dos días de duración habría perecido, habría muerto por el simple endulzamiento y la oportunidad. Entonces Bon cabalgó hasta el río y tomó el barco y ahora esto: ¿quién sube? Tal vez si Henry se hubiera marchado con él ese verano en vez de esperar hasta el siguiente, Bon no habría tenido que morir como lo hizo; si Henry hubiera ido a Nueva Orleans entonces y se hubiera enterado de la existencia de la amante y el niño; Henry podría haber reaccionado ante el descubrimiento de igual modo que había hecho Sutpen, como se habría esperado que reaccionara un hermano celoso, antes de que friera demasiado tarde, ya que nadie sabrá que no rechazó como verdad el hecho de que existieran la amante y el niño, la posible bigamia, sino que fuera su padre quien se lo dijera, que fuera su padre el que se lo anticipara, que fuera el padre que es el enemigo natural de cualquier hijo y yerno para quien la madre es la aliada, de igual modo que después de la boda el padre será el aliado del yerno que tiene como enemigo mortal a la madre de su mujer. Pero Henry no se marchó esta vez. Cabalgó hasta el río con Bon y regresó; después de un tiempo también Sutpen regresó, de donde y por el motivo que nadie conocería hasta las siguientes Navidades, y ese verano pasó, el último verano, el verano de paz y alegría, mientras Henry, sin una intención premeditada, abogaba por el noviazgo más que el mismo Bon, mejor de lo que ese fatalista apático se había molestado en defenderlo, y Judith escuchaba con esa calma, esa tranquilidad impenetrable que un año antes más o menos había sido la vaga, inútil y soñadora falta de voluntad de una joven pero que ahora era la serenidad de una mujer madura —una mujer madura enamorada. Entonces fue cuando se recibieron las cartas, y Henry las leía todas, con celos, con esa absoluta transferencia detractora, con la metamorfosis corporal por la que se iba a convertir en el amante de su hermana. Y Sutpen aún no decía nada acerca de lo que había descubierto en Nueva Orleans, sino que esperaba, sin ni siquiera levantar las sospechas de Henry y Judith, nadie sabía lo que esperaba, tal vez con la esperanza de que cuando Bon supiera, como era obligado que supiera, que Sutpen había descubierto su secreto, él (Bon) se diera cuenta de que el juego se había acabado y no volviera a las clases el curso siguiente. Pero Bon regresó. Él y Henry se encontraron de nuevo en la universidad; las cartas —ahora de Henry y de Bon— hacían viajes semanales en la mano del lacayo de Bon; y Sutpen seguía esperando, nadie podía decir qué esperaba, y fue increíble que esperara hasta las Navidades, para desencadenar la crisis —este hombre del que se decía que no sólo salía a enfrentarse a los problemas, sino que a veces salía y él mismo los creaba. Pero esta vez esperó y el problema llegó hasta él: la Navidad, y Henry y Bon cabalaron de nuevo hacia el Ciento de Sutpen y entonces la ciudad, gracias a Ellen, estaba convencida de que el compromiso era una realidad; ese veinticuatro de diciembre de 1860 mientras los niños negros, llevando ramas de muérdago y de acebo como pretexto, se movían furtivamente por la parte posterior de la casa para gritar «regalo de Navidad» a los blancos, el rico hombre de ciudad llegó para cortejar a Judith, y Sutpen aún no decía nada, sin levantar sospechas a excepción de Henry que fue el que provocó la crisis

esa misma noche, y Ellen permanecía en la cumbre de la completa plétora de su irreal y ligera vida que con el siguiente amanecer se destrozaría y la arrastraría, agotada sorprendida y sin comprender, hasta la oscura habitación en la que moriría dos años después;— el día de Nochebuena, la explosión, y nadie sabría la razón o qué fue lo que ocurrió entre Henry y su padre excepto por el murmullo de los negros que iban de cabaña en cabaña para extender la noticia de que Henry y Bon se habían marchado en mitad de la noche y que Henry había renegado de su casa y su primogenitura.

Se fueron a Nueva Orleans. Cabalgaron con el vivo frío de ese día de Navidad hasta el río y tomaron el barco, y Henry aún llevaba el mando, la delantera, como hizo hasta el final, cuando por primera vez durante toda su relación Bon tomó la delantera y Henry le siguió. No había razón para que Henry se marchara. Se había convertido de manera voluntaria en un hombre pobre pero podía haber recurrido a su abuelo ya que aunque posiblemente tenía una situación económica mejor que cualquier otro en la universidad, no sin exceptuar a Bon, él tenía posiblemente poco dinero más allá de lo que pudo cargar rápidamente sobre su caballo y los objetos de valor que casualmente llevaba encima cuando él y Bon se alejaron cabalgando. No, él no tenía que marcharse, y esta vez también llevaba el mando, y Bon cabalgaba a su lado mientras intentaba averiguar qué había sucedido. Por supuesto que Bon sabía lo que Sutpen había descubierto en Nueva Orleans, pero tenía que saber qué, cuánto, le había contado Sutpen a Henry, y Henry no se lo decía, cabalgando sobre la nueva yegua a la que sabía que tendría que renunciar y también sacrificar, junto con el resto de su vida, su herencia, se apresuraba y su espalda permanecía rígida y vuelta hacia la casa, hacia el lugar de su nacimiento y todo el escenario familiar de su infancia y juventud que él había repudiado por ese amigo con el que, a pesar del sacrificio que acababa de realizar por amor y lealtad, no podía ser completamente sincero. Porque él sabía que lo que Sutpen le había dicho era cierto. Debió de saberlo en el mismo momento en el que lo desmintió ante su padre. Así que no se atrevía a pedirle a Bon que lo negara; no se atrevió. Podía enfrentarse a la pobreza, a ser desheredado, pero no habría podido soportar esa mentira de la boca de Bon. Sin embargo fue a Nueva Orleans. Fue derecho allí, al único lugar, al mismo lugar, en el que no podía evitar comprobar de manera concluyente la misma afirmación que, viniendo de su padre, él consideraba una mentira. Fue allí con ese propósito, fue allí a comprobarlo. Y Bon, cabalgaba junto a él, intentando saber qué le había dicho Sutpen—, Bon que había visto a Henry durante un año y medio imitar su manera de vestir y su habla, que durante un año y medio se había considerado a sí mismo como el objeto de devoción absoluta y abnegada que sólo un joven, nunca una mujer, siente por otro joven o por un hombre; quien exactamente durante un año había visto cómo la hermana sucumbía ante el mismo hechizo al que el hermano ya había sucumbido, y esto sin que hubiera un deseo por parte del seductor, sin mucho más que el acto de levantar un dedo, como si fuera realmente el hermano el que hubiera hechizado a la hermana, la hubiera seducido con su propia imagen delgada que caminaba y respiraba con el cuerpo de

Bon. Pero aquí está la misiva, enviada cuatro años después, escrita sobre una hoja de papel salvada de una casa que había sido saqueada en Carolina y con aceite de engrasar los arneses hallado en algunas tiendas yanquis que habían sido tomadas; cuatro años después de que ella no recibiera mensaje alguno por parte de él excepto los mensajes de Henry en los que decía que él (Bon) estaba vivo. Así que si Henry sabía que existía la otra mujer o no, ahora tendría que saberlo. Bon se dio cuenta de ello. Puedo imaginarlos cabalgando, a Henry aún enrojecido por la cólera a la hora de reivindicar la lealtad, y a Bon, el más sabio, el más astuto aunque sólo fuera por tener más experiencia y edad, enterándose por Henry aunque éste no lo supiera de lo que Sutpen le había dicho. Porque Henry tenía que saberlo entonces. Y no creo que fuera sólo para mantener a Henry como un aliado, para una futura necesidad. Era porque Bon no sólo amaba a Judith a su manera sino que también quería a Henry y creo que de un modo más intenso que simplemente a su manera. Tal vez con su fatalismo él quería más a Henry, mientras que posiblemente veía en la hermana a la sombra, al recipiente femenino con el que consumir el amor cuyo verdadero objeto era el joven: —este Donjuán cerebral que, alterando el orden, había aprendido a amar a aquello que había dañado; tal vez era más que Judith o Henry: tal vez era la vida, la existencia, que ellos representaban. Porque nadie sabe la imagen de paz que él podía haber visto en ese monótono lugar provinciano; el alivio y escape para un viajero sediento que ha viajado demasiado lejos siendo muy joven, hasta este sencillo manantial provinciano y granítico.

Y puedo imaginarme cómo se lo dijo Bon a Henry, cómo se lo soltó. Puedo imaginar a Henry en Nueva Orleans, quien ni siquiera había estado en Memphis, cuya absoluta experiencia mundana consistía en estancias en otras casas, en plantaciones, casi intercambiables con la suya propia, en las que proseguía con la misma ratina que llevaba en su casa —las mismas cacerías y las mismas peleas de gallos, las mismas carreras de caballos amateur sobre toscas pistas caseras, caballos firmes en cuanto a la sangre y el linaje aunque no criados para correr o para pasar ni siquiera treinta minutos entre los radios de una noria o de un carruaje; los mismos bailes con idénticas y también intercambiables vírgenes provincianas, con la música exactamente igual a la de casa, el mismo champaña, el mismo aunque toscamente servido con la elegancia burlesca y de pantomima de los lacayos negros que (y de igual modo que los que se lo tragaban como si fuera whisky puro entre brindis pomposos y poco sutiles) habrían servido limonada de la misma manera. Puedo imaginármelo, con su herencia puritana— esa herencia típicamente anglosajona —de un fiero misticismo orgulloso y esa habilidad para sentirse avergonzado de la ignorancia e inexperiencia, en esa ciudad extraña y paradójica, con un ambiente a la vez funesto y lánguido, femenino e inflexible— este severo palurdo sin sentido del humor con su rígida herencia en la que incluso las casas sin contar ya con la vestimenta y la conducta, son construidas a imagen y semejanza de un Jehová celoso y sádico, había sido colocado en un lugar cuyos habitantes habían creado a su propio

Todopoderoso y a Su atento y estratificado coro de hermosos santos y bellos ángeles a imagen y semejanza de sus casas y adornos personales y vidas voluptuosas. Sí, puedo imaginarme cómo Bon le condujo hasta ello, al duro golpe: la destreza, la reflexión, preparando la puritana mente de Henry como hubiera preparado un campo estrecho y pedregoso y lo hubiera sembrado y cultivado con la semilla que quería. Sería la ceremonia, sin importar el tipo, lo que Henry rechazaría: Bon lo sabía. No sería la amante o el niño, no la amante negra y ni siquiera el niño por también serlo, ya que Henry y Judith habían crecido con una hermanastra negra; para Henry no era la amante, no la amante negra ante un joven con su educación, un hombre joven que había crecido y vivido en un lugar en el que el otro sexo estaba dividido en tres grupos bien definidos, separados (dos de ellos) por un abismo que sólo se podía cruzar una vez y hacia una sola dirección —damas, mujeres, hembras— las vírgenes con las que algún día se casarían los caballeros, las cortesanas a las que recurrían en días de fiesta en las ciudades, las mujeres y muchachas esclavas sobre las que la primera casta reposaba y a las que sin duda debía en ciertas ocasiones su propia virginidad; —para Henry no era eso, para un joven, de buena estirpe, víctima del duro celibato de cabalgar y cazar para acalorarse e importunar la sangre de un joven, por el que él y sus semejantes se habían visto obligados a pasar, mientras las mujeres de su propia clase eran inaccesibles e interdictas y las mujeres de la segunda igualmente inaccesibles por culpa del dinero y de la distancia, y así, sólo las esclavas, las sirvientas lavadas y aseadas por sus dueñas o tal vez muchachas con los cuerpos sudorosos en los campos y el joven cabalga y hace señas al vigilante y le dice Envíame a Juno, o a Misilena, o a Cloris<sup>[41]</sup> y se aleja hacia los árboles y desmonta del caballo y espera. No: sería la ceremonia, una ceremonia celebrada con una negra, pero aun así una ceremonia; esto fue lo que seguro que pensó Bon. Así que puedo imaginarme a él, la manera en la que lo hizo: la manera en la que agarró el negativo del alma inocente y del intelecto provinciano de Henry y lo expuso poco a poco a este lugar esotérico, construyendo gradualmente esa imagen que él deseaba que retuviera, que aceptara. Puedo verlo corrompiendo a Henry poco a poco en las inmediaciones de la elegancia, sin prefacio, ni aviso, con el postulado después del hecho, exponiendo a Henry lentamente al aspecto superficial —la arquitectura un poco curiosa, un poco extravagante al estilo femenino y de este modo opulenta, sensual, pecaminosa para Henry; la deducción de una riqueza enorme y fácil medida por las cargas de los barcos en vez de la tediosa medición palmo a palmo de figuras humanas sudorosas en los campos de algodón; el brillo y el destello de las ruedas de un sinnúmero de carruajes, en los que las mujeres, entronizadas e inmóviles y pasando rápidamente por delante de la escena, parecían retratos pintados junto a hombres vestidos con un lino más fino y con diamantes más resplandecientes y llevando un paño más elegante y sombreros un poco más inclinados y un poco más sombríamente fanfarrones de lo que Henry jamás había visto: y el mentor, el hombre por quien había repudiado no sólo su sangre y a su familia también alimento y techo y

vestimenta, cuyas ropas y manera de caminar y de hablar él había intentado imitar, a la par que la actitud hacia las mujeres y sus ideas sobre el honor y el orgullo, lo miraba con esa fría, inescrutable y felina reflexión, miraba cómo la escena se resolvía y se quedaba fija y entonces le decía a Henry —Pero no se trata de eso. Eso es sólo la base, los cimientos. Puede pertenecer a cualquiera —y Henry le decía—, ¿Quieres decir que no se trata de esto, que está por encima de esto, es superior, más selecto que esto? —y Bon— Sí. Son sólo los cimientos. Esto pertenece a cualquiera: —Era un diálogo sin palabras, sin habla, que se fijaría y entonces desaparecería sin omitir ningún trazo del dibujo, este decorado, dejando fuera el decorado, la película preparada e inocente de nuevo: la película dócil, con esa humildad puritana hacia cualquier cosa que sea un asunto de sentido común más que de lógica, de hechos, el hombre, el corazón luchando y ahogándose detrás diciendo *¡Creeré! ¡Lo haré! ¡Lo haré! Sea cierto o no, ¡Lo creeré!* mientras esperaba la siguiente escena que el mentor, el corruptor, tenía prevista: la siguiente escena, siguiendo la fijación y aceptación de las que el mentor nuevamente diría tal vez ahora con palabras, mientras miraba aún la cara seria y pensativa pero seguro de su conocimiento y confianza en la herencia puritana que debe mostrar rechazo en vez de sorpresa o incluso desesperación y nada más excepto la desaprobación interpretada como sorpresa o desesperación: —Pero tampoco se trata de esto —y Henry— ¿Quieres decir que es mayor que esto, que aún está por encima de ello? —Porque él (Bon) ahora hablaría, vagamente, casi misteriosamente, golpeando al palurdo con la escena que quería; puedo imaginarme cómo lo hizo— los cálculos, la atención y la fría objetividad de cirujano; las breves exposiciones, tan breves como para ser enigmáticas, casi a marchas forzadas, apenas visibles aunque imposibles de extirpar —un coche, un caballo detenido frente a una puerta cerrada y extrañamente monástica en un vecindario un tanto decadente, incluso siniestro, y Bon mencionando el nombre del propietario accidentalmente— esta, la corrupción de nuevo introduciendo sutilmente en la mente de Henry la conversación entre dos hombres de mundo, que Henry sabía que Bon creía que Henry sabría incluso con una palabra inconexa de qué estaba hablando Bon y Henry el puritano que no debía mostrar más que sorpresa o incompreensión; —una fachada cerrada y en blanco, que se adormecía con la luz vaporosa de la mañana revestida por la suave y misteriosa voz con algunos deleites secretos extraños e inimaginables. Sin saber que lo que vio era como si para Henry la pesada y vacía barrera al disolverse no produjera ni revelara comprensión para la mente, para el intelecto que sopesa y descarta, sino un golpe derecho y real a una base primaria, ciega y sin razonamiento, de todos los jóvenes que viven un sueño o una esperanza —una fila de rostros igual que en un bazar de flores, la suprema apoteosis de los bienes, de la carne humana engendrada por dos razas para la venta— un corredor de rostros trágicos y malditos encerrados entre la hosca fila formada por mujeres y las distinguidas figuras de los hombres jóvenes elegantes al acecho y (en el momento) lascivos: Henry vio esto enseguida, le fue presentado y se retiró



rápidamente, mientras la voz del mentor aún permanecía suave, agradable, misteriosa, postulando la conversación entre dos hombres de mundo sobre algo que ambos comprenden, dependiendo, contando con el horror provinciano del puritano al revelar sorpresa o ignorancia, que conocía a Henry mucho mejor de lo que Henry lo conocía a él, y Henry no mostraba nada, suprimía ese primer grito de horror y pena, ¡Creeré! ¡Lo haré! ¡Lo haré! Sí, así de breves, antes de que Henry hubiera tenido tiempo de saber qué era lo que había visto, pero sin detenerse: llegó el momento para el que Bon lo había preparado: —un muro, difícil de escalar, una puerta pesadamente cerrada, el serio y pensativo joven provinciano esperando, aguardando, sin preguntar ¿por qué? o ¿qué?, atravesaron la puerta de rejas macizas en lugar de una ornamentada parrilla de hierro, Bon llamó en una pequeña puerta adyacente de la que emergió un hombre moreno que parecía sacado de un grabado sobre la Revolución Francesa, preocupado, incluso un poco asustado, mirando primero hacia la luz y después a Henry y habló a Bon en francés lengua que Henry no conocía y durante un instante antes de responderle también en francés sus dientes brillaron: —¿Con él? ¿Con un americano? Es un invitado; tendría que dejarle escoger el arma y me niego a luchar con hachas. No, no; no se trata de eso. Sólo quiero la llave—. Sólo la llave; y entonces las macizas rejas se cerraron a sus espaldas en vez de delante de sus caras, sin que se viera ni hubiera evidencia de la ciudad por encima del alto y ancho muro y apenas mido, la laberíntica masa de adelfas y jazmines, llantén y mimosas rodeando el trozo de tierra desnuda, rastrillada y cubierta de motas de polvo, apisonada e impoluta y sólo mostrando las manchas oscuras más recientes, y la voz —el mentor; el guía permanecía a su lado para observar el serio rostro provinciano— de un modo informal y agradablemente anecdótico:

El modo acostumbrado es permanecer espalda contra espalda, la pistola en la mano derecha y la punta de la capa del adversario en la izquierda. Entonces cuando se hace la señal empiezas a caminar y cuando notas que la capa está tensa te vuelves y disparas. Aunque hay algunos aquí y allí, cuando la sangre es especialmente ardiente o cuando es sangre campesina, que prefieren cuchillos y una sola capa. Permanecen cara a cara dentro de ella, cada uno sujetando la muñeca del otro con la mano izquierda. Pero ése no ha sido nunca mi estilo —informal, hablante, esperando la tardía pregunta del palurdo, y ya la conocía antes de que él la hiciera—. ¿Por qué luchas... luchan? —Sí, Henry ahora lo sabía, o pensaba que lo sabía; posiblemente lo consideraba el momento anterior al clímax aunque en verdad no lo fuera, era todo excepto eso, el golpe final, el golpe, el toque, el amable corte de un cirujano que los entonces sobresaltados nervios del paciente no sentirían, sin pensar que los primeros golpes fuertes eran los duros e inesperados. Porque estaba la ceremonia. Bon sabía qué era ante lo que Henry se opondría, lo que sería difícil de digerir o aceptar. Oh era astuto este hombre del que desde semanas Henry se estaba dando cuenta de que conocía cada vez menos, este extranjero inmerso y absorto en las preparaciones formales, casi rituales, para la visita, melindroso casi como una

mujer sobre cómo sentaría la nueva levita que había mandado a hacer para Henry, que había forzado a Henry a aceptarla para esta ocasión, por medio de la cual toda impresión que Henry iba a recibir de la visita estaría establecida incluso antes de que abandonaran la casa, antes de que Henry viera a la mujer: y Henry, el campesino, aturdido, con la sutil ola que ya se situaba debajo de él llevándole hasta el punto en el que tendría que traicionarse a sí mismo y todos sus pensamientos y educación, o rechazar al amigo por quien había repudiado su casa y familia y todo; el aturdido, el desamparado (en ese momento), que quería creer pero que no veía cómo podía hacerlo, era llevado por el amigo, el mentor, a través de aquellas inescrutables puertas sin vida como aquella delante de la que había visto el caballo y el coche, y así en un lugar en el que para su puritana mentalidad provinciana toda moralidad estaba invertida y todo honor había perecido —un lugar creado por y para la voluptuosidad para los sentidos carentes de vergüenza y desinhibidos, y el muchacho de campo con su código simple e intacto hasta entonces en el que las mujeres eran damas o prostitutas o esclavas observó la apoteosis de dos razas condenadas presididas por su propia víctima— una mujer con un rostro de magnolia trágica, la mujer eterna, la eterna sufrida; el niño, el pequeño, durmiendo entre sedas y encajes pero un completo objeto de aquel que, al engendrarlo, lo poseía en cuerpo y alma para venderlo (si así lo decidía) como un ternero, un cachorro o un corderito; y el mentor observaba de nuevo, incluso ahora pensando como un jugador *¿He ganado o he perdido?* mientras salían y regresaban a los aposentos de Bon, durante ese tiempo impotente incluso para hablar, la astucia ya no contaba con ese carácter puritano que no debe mostrar ni sorpresa ni desesperación, tenía que contar ahora (si es que lo tenía que hacer) con la corrupción misma, con el amor; no podía ni siquiera decir —¿Qué me dices al respecto?— Sólo podía esperar, y por las acciones completamente impredecibles de un hombre que vivía por instinto y no por la razón, hasta que Henry hablara —Pero es una mujer comprada. Una prostituta— y Bon, incluso ahora suavemente —No es una prostituta. No digas eso. De hecho, nunca te refieras a una de ellas con ese nombre aquí en Nueva Orleans: de otro modo, un millar de hombres te podrían obligar a pagar con tu sangre ese privilegio—, y tal vez aún como un caballero, incluso ahora con un poco de lástima: esa cerebral pena pesimista y sardónica del hombre inteligente hacia cualquier injusticia o desatino o sufrimiento humano: —No son prostitutas. Y no son prostitutas por nosotros, por los mil. Nosotros —los hombres blancos— las creamos, las hicimos y las produjimos; incluso dictamos las leyes que declaran que un octavo de un tipo específico de sangre vale más que siete octavos de otro tipo. Lo admito. Pero la misma raza blanca las habría convertido en esclavas, trabajadoras, cocineras, incluso mano de obra del campo, si no hubiera sido por esos mil, estos pocos hombres como yo, sin principios ni honor, como quieras pensarlo. No podemos, posiblemente tampoco queremos, salvarlas a todas; tal vez las mil que salvamos no suponen la milésima parte. Pero salvamos a una. Dios puede conocer a cada gorrión que crea, pero no pretendemos ser Dios. Tal vez ni siquiera

queremos serlo, ya que ningún hombre querría más que a uno de estos gorriones. Y tal vez cuando Dios mira dentro de uno de las casas como la que viste esta noche, Él no escogería a ninguno de nosotros para ser Dios, ahora que es anciano. Aunque debió ser joven alguna vez, seguro que fue joven una vez, y seguro que alguien que ha existido tanto tiempo como Él, que ha contemplado pecados de promiscuidad muy fuertes sin ninguna elegancia o moderación o decoro como Él ha tenido que hacer, que ha tenido que contemplar al final, aunque los casos no son uno entre mil miles, los principios de honor, decoro y caballerosidad aplicados al instinto humano normal que vosotros los anglosajones insistís en llamar lujuria y a cuyo servicio en las primitivas cavernas recurrís los días festivos, la caída de lo que llamáis gracia es nublada y oscurecida por palabras de cansancio y explicación que desafían al Cielo, el regreso a la gracia es proclamado con gritos de humillación y flagelación saciados que apaciguan el Cielo, en ninguno de ellos —el desafío o la expiación— el Cielo puede encontrar interés alguno o, después de las dos o tres primeras veces, diversión. Así que tal vez, ahora que Dios es un hombre anciano, Él no está interesado en el modo en el que servimos a lo que vosotros llamáis lujuria. Tal vez Él ni siquiera necesita que nosotros salvemos a ese único gorrión, más que salvamos a ese único gorrión que salvamos, para merecer sus alabanzas. Pero lo salvamos, a ese quien si no fuera por nosotros, habría sido vendido a cualquier bruto que hubiera podido pagar el precio, no vendido a él durante una noche como si fuera una prostituta blanca, sino en cuerpo y alma para el resto de su vida, a aquel que podría haberla usado con más impunidad de lo que osaría hacer con un animal, ternera o yegua, y después la habría dejado de lado o vendido o incluso asesinado cuando estuviera agotada o cuando no hubiera un equilibrio entre su valor y lo que costara mantenerla. Sí: un gorrión que el mismo Dios rehusó tener en cuenta. Porque aunque los hombres, los hombres blancos, la crearan, Dios no lo impidió. Él plantó la semilla que la hizo florecer —la sangre blanca dio la forma y el color a lo que el hombre blanco llama belleza femenina, a un elemento femenino que existía, majestuoso y completo, en la templada franja ecuatorial del mundo mucho antes de que el hombre blanco descendiera de los árboles perdiera el vello y color— un principio propenso a ser dócil y un instinto con extraños y antiguos placeres carnales (que lo es todo: no hay nada más) del que sus hermanas blancas de un musgoso ayer huyen con una aterrorizada moral y escandalizadas —un principio que, mientras su hermana blanca necesita convertirlo en un asunto económico del mismo modo que alguien se empeña en instalar un contador o una balanza o una caja de seguridad en un comercio o en un negocio para obtener un cierto porcentaje de los beneficios, reina, sabio supino y todopoderoso, desde el lecho de sedas en penumbra que constituye su trono. No: no son prostitutas. Ni siquiera cortesanas —son criaturas tomadas durante su niñez, entresacadas y elegidas y criadas con más cuidado que cualquier niña blanca, una monja, una yegua de pura sangre, por una persona que, perdiendo sueño, les proporciona los cuidados y atenciones que ninguna madre da. Por un precio, por

supuesto, pero un precio que se ofrece y se acepta o declina por medio de un sistema más ceremonioso que por el que las muchachas blancas son vendidas, ya que ellas son más valiosas como mercancía que las jóvenes blancas, son criadas y enseñadas a cumplir el único fin y propósito de una mujer: amar, ser hermosa, entretener; nunca para mirar directamente a un hombre a la cara hasta que son llevadas al baile y ofrecidas y elegidas por algún caballero a cambio de, no es que pueda ni que vaya a hacerlo sino que *debe* proporcionarle el ambiente adecuado para amar, ser hermosa y entretener y que debe normalmente arriesgar su vida o al menos su sangre para obtener ese privilegio. No, no son prostitutas. A veces creo que son las únicas mujeres puras, por no decir vírgenes, de América, y permanecen leales y fieles a ese hombre no sólo hasta que él muere o las libera, sino hasta que ellas mueren. ¿Y dónde encontrarás una prostituta o una dama con la que puedas contar para ello? —Y Henry —, Pero te casaste con ella. Te casaste con ella: —y Bon, ahora más rápido, más agudo, aunque todavía amable, paciente, pero firme, inamovible, el jugador que aún no había conseguido su triunfo final:— Oh. Esa ceremonia. Comprendo. Entonces, es eso. Una fórmula, un convencionalismo sin sentido como un juego de niños, llevado a cabo por alguien creado por la situación a cuya necesidad respondía: una vieja arrugada mascullando en un antro iluminado por un puñado de cabellos ardiendo, algo en una lengua que ni las mismas muchachas ya comprenden, tal vez ni siquiera la vieja arrugada, que no tiene base económica ni para ella ni para la posible descendencia ya que cuando lo consentimos, sufrimos la farsa, era su prueba y seguro de aquello que la misma ceremonia nunca pudo imponer; no se concedió ningún derecho nuevo a nadie, no se denegó ninguno de los antiguos —¿un ritual tan carente de sentido como el de los universitarios en habitaciones secretas durante la noche, incluso con los mismos símbolos arcaicos y olvidados?— ¿Llamas a esto un matrimonio cuando la noche de la luna de miel y el negocio ocasional con una prostituta alquilada implican la posesión (temporal) de una alcoba privada, el mismo orden al despojarse de las ropas, la misma unión en un lecho común? ¿Por qué no llamar también a eso matrimonio? Y Henry: —Oh, lo sé, lo sé. Dime que dos más dos son cinco y me lo creeré. Pero todavía está el matrimonio. Imagina que contraigo una obligación con un hombre que no habla mi lengua, la obligación se establece en su propia lengua y yo acepto: ¿Tengo menos obligaciones porque no conozco la lengua en la que él aceptó de buena fe? No: más, mucho más. —y Bon— ahora con el triunfo, con la voz gentil: ¿Has olvidado que esta mujer y este niño son negros? ¿Tú; Henry Sutpen, del Ciento de Sutpen en Misisipi? ¿Hablas de un matrimonio, de una boda? —Y Henry— ahora la desesperación, con el último grito amargo de una derrota inevitable: —Sí. Lo sé, lo sé. Pero aún sigue ahí. No está bien. Ni siquiera el hecho de que lo hagas tú lo convierte en correcto. Ni siquiera tú.

Eso fue todo. Debería haber sido todo; aquella tarde de cuatro años después debería haber ocurrido al día siguiente, los cuatro años, el intervalo, un simple anti-clímax: una atenuación y prolongación de un final preparado para ocurrir, por la

Guerra, por una estúpida y sangrienta aberración del elevado (e imposible) designio de los Estados Unidos de América, tal vez instigada por esa fatalidad familiar que poseía, en cualquier circunstancia, esa extraña falta de economía entre la causa y el efecto que es siempre una característica del destino cuando se remite a utilizar a los seres humanos como herramientas, como instrumentos. De todos modos, Henry esperó durante cuatro años, manteniéndolos a los tres en suspensión, aguardando, esperando que Bon renunciara a la mujer y anulara el matrimonio que él (Henry) no consideraba como tal, y al que Bon no renunciaría como podía haber comprendido en cuanto vio a la mujer y al niño. De hecho, a medida que pasaba el tiempo, Henry se iba acostumbrando a la idea de esa ceremonia que seguía sin ser un matrimonio, ése pudo haber sido el problema de Henry —no las dos ceremonias sino las dos mujeres; no que la intención de Bon fuera cometer un acto de bigamia sino que parecía que iba a convertir a su hermana (la de Henry) en la nueva compañera de un harén. Sea como fuere, él aguardó, esperó, durante cuatro años. Aquella primavera regresaron al norte, a Misisipi. Se había librado ya la acción de Bull Run<sup>[42]</sup> y se estaba formando un regimiento de la universidad entre los estudiantes. Henry y Bon se alistaron. Posiblemente Henry le escribió a Judith para contarle dónde estaban y lo que tenían intención de hacer. Se alistaron juntos, Henry vigilando a Bon y Bon dejándose vigilar, la prueba, el intervalo: el uno no permitía que el otro se apartara de su vista, no por miedo a que Bon se casara con Judith mientras Henry no estaba allí para evitarlo, sino que Bon se casara con Judith y él (Henry) tuviera que vivir el resto de su vida sabiendo que se alegraba de haber sido burlado, con la alegría del cobarde que se rinde sin haber sido vencido; el otro también por la misma razón, que no habría podido querer a Judith sin Henry ya que nunca debió haber dudado que se podía haber casado con Judith cuando quisiera a pesar del hermano y del padre, porque como dije antes, no era Judith quien era objeto del amor de Bon y de la entrega de Henry. Ella era simplemente la forma vacía, la vasija vacía en la que cada uno de ellos se afanaba por preservar, no la ilusión de él mismo o del otro sino la que cada uno de ellos imaginaba para el otro —el hombre y el muchacho, conquistador y conquistado, que se habían conocido, seducido y sido seducido, cada uno victimizado por el otro por turnos, el conquistador vencido por su propia fuerza, el vencido conquistando con su propia flaqueza antes de que Judith entrara en sus vidas incluso como nombre de mujer. ¿Y quién sabe? Ahora estaban en guerra; ¿Quién sabe si la fatalidad y las víctimas de ésta no pensaron, anhelaron, que la Guerra asentara la intención, liberara a uno de los dos irreconciliables, ya que no sería la primera vez que la juventud ha tomado las catástrofes como si fueran actos de la providencia con la única intención de solucionar un problema personal que los mismos jóvenes son incapaces de resolver?

Y Judith: ¿De qué otra manera podía definirla sino así? Seguro que Bon no pudo haberla corrompido con su fatalismo en doce días que, no sólo no había intentado corromper su pureza sino tampoco desafiar a su padre. No: era de todo menos una

fatalista, que era una Sutpen con el implacable código de los Sutpen de tomar lo que se deseaba con la condición de que se fuera lo suficientemente fuerte; de los dos niños ya que Henry era un Coldfield, con la confusión de los Coldfield respecto a la moralidad y las reglas del bien y el mal; ella que mientras Henry lloraba y vomitaba, miraba desde el pajar aquella noche el espectáculo en el que Sutpen luchaba semidesnudo con uno de sus negros también semidesnudo, con el mismo interés frío y atento con el que Sutpen habría contemplado a Henry luchando contra un niño negro de su misma edad y peso. Porque ella no podía haber conocido las razones para la objeción de su padre al matrimonio. Henry no se lo habría dicho y ella no se lo habría preguntado a su padre. Porque, aunque lo hubiera sabido, no habría supuesto ninguna diferencia para ella. Ella habría actuado como lo habría hecho Sutpen con cualquiera que intentara contrariarle: de cualquier manera habría aceptado a Bon. Puedo imaginarla incluso asesinando a la otra mujer si hubiera sido necesario. Pero ella no habría investigado y mantenido después un debate moral entre lo que deseaba y lo que pensaba que era correcto. Sin embargo ella aguardó. Esperó durante cuatro años sin recibir ninguna palabra de él que demostrara que él (Bon) estaba vivo excepto a través de Henry y porque Henry no dejaría a Bon escribir. No lo haría. Y Bon no lo habría intentado. Era la prueba, el intervalo; los tres lo aceptaron; creo que nunca hubo una promesa entre Henry y Bon. Pero Judith, que no podía haber sabido lo que ocurrió ni la razón. —¿Te has dado cuenta de que muy a menudo cuando intentamos reconstruir las causas que empujan a los hombres y mujeres a actuar, nos encontramos con una especie de asombro limitados a pensar, y es lo único que podemos pensar, que provienen de algunas de las virtudes antiguas? ¿el ladrón que roba no por avaricia sino por amor, el asesino que mata no por lujuria sino por piedad? Judith daba confianza implícita donde había dado amor, proporcionaba amor implícito donde había sacado aliento y orgullo: ese orgullo verdadero, no ese falso que transforma lo que no entiende en el momento en desprecio e insulto y así desencadena resentimientos y castigos, sino el verdadero orgullo que puede decirse a sí mismo sin humillación *lo amo, no aceptaré un sustituto; ha ocurrido algo entre él y mi padre; si mi padre tenía razón, no lo veré de nuevo, si estaba equivocado él vendrá o mandará a alguien a buscarme; si puedo ser feliz lo seré, si he de sufrir puedo hacerlo*. Porque ella aguardó; no hizo ningún esfuerzo para alterar la situación; las relaciones con su padre no habían cambiado nada; se los veía juntos, Bon podría no haber existido jamás —los dos rostros serenos e impenetrables en el carruaje por la ciudad durante los tres meses posteriores a la retirada de Ellen a su lecho, entre ese día de Navidad y el día en el que Sutpen se marchó con su regimiento y el de Sartoris. No hablaron, no se dijeron nada el uno al otro— Sutpen, lo que había descubierto sobre Bon; Judith, que sabía dónde estaban Bon y Henry. No necesitaban hablar. Se parecían demasiado. Eran como dos personas que consiguen llegar a conocerse mutuamente tan bien o son tan parecidos que la capacidad, la necesidad, de comunicarse por medio del habla se atrofian por la falta de uso y, comprendiendo sin

necesitar escuchar o pensar, ya no entienden las verdaderas palabras del otro. Así que ella no le dijo dónde estaban Henry y Bon y él no lo descubrió hasta después de que el regimiento de la universidad se marchara, porque Bon y Henry se alistaron y entonces se escondieron en algún lugar. Tuvieron que hacerlo; debieron detenerse en Oxford sólo el tiempo suficiente para alistarse antes de marchar, porque ninguno de los que los conocían en Oxford o en Jefferson supieron que en ese momento eran soldados del regimiento, esto habría sido casi imposible de ocultar de otro modo. Porque ahora la gente —padres y madres y hermanas y familiares y novias de esos jóvenes— llegaba a Oxford desde lugares más lejanos que Jefferson —familias con provisiones y ropa de cama y criados para refugiarse entre las familias, las casas, del mismo Oxford, para contemplar la galante e inmediata marcha y contramarcha de los hijos y hermanos, todos ellos arrastrados, ricos y pobres, aristócratas y plebeyos, por el que es posiblemente el espectáculo humano más conmovedor de todas las experiencias de masa humanas, mucho mayor que el espectáculo de vírgenes yendo a ser sacrificadas a algún príncipe pagano, algún Príapo<sup>[43]</sup>— la visión de jóvenes, los livianos y ágiles huesos, la viva y galante y engañada sangre y carne cubierta de un brillo marcial de bronce y penachos, marchando hacia la batalla. Y se oía música durante la noche —el violín y el triángulo entre los candelabros ardiendo, las cortinas movidas por el aire en altas ventanas bajo la oscuridad de abril, el vaivén de la crinolina entre el indiscriminado y sencillo puño gris del soldado o los dorados galones del oficial entre un ejército, aunque no una guerra de caballeros, en el que el soldado y el coronel se llaman por sus nombres no como un granjero llama a otro por encima de un arado detenido en el campo o por encima de un mostrador de una tienda cargado de percal y queso y lubricante, sino como un hombre llama al otro por encima de los suaves y empolvados hombros de las mujeres, por encima de dos copas levantadas y llenas de vino de Borgoña o champaña;— música, el último y repetitivo vals nocturno a medida que pasaban los días y el regimiento aguardaba para partir, el bravo brillo trivial frente a la oscura noche que no era catastrófica sino simplemente el telón de fondo, la perenne primavera recién perfumada de la juventud; y Judith no estaba allí y Henry el romántico no estaba allí y Bon el fatalista, escondido en algún lugar, el vigilante y el vigilado: y los recurrentes amaneceres cargados de flores de ese abril y mayo y junio llenos del mido de cometas que penetraban por cientos de ventanas en las que cientos de viudas aún sin desposar soñaban siendo vírgenes y sin reflexionar sobre los rizos de cabello negro o castaño o rubio y Judith no era una de ellas: y cinco soldados del regimiento montados junto a mozos y criados en una carreta, vestidos con sus trajes grises nuevos e impolutos recorrían el estado con la bandera, los colores del regimiento, los segmentos de seda cortada y preparada aunque no bordada, de casa en casa hasta que las novias de cada hombre de la región hubieran dado una puntada, pero ni Henry ni Bon eran alguno de ellos, ya que no se unieron al regimiento hasta después de que éste partiera, que debieron emerger del lugar en el que se habían ocultado, surgiendo de algún seto o matorral en el borde del

camino, alineándose a medida que pasaban; los dos —el joven y el hombre, el joven doblemente privado de su primogenitura, que tenía que haber sido uno de los que estaban entre candelabros y violines, entre besos y lágrimas de desesperación, que debería haber formado parte de la guardia que recorrió el estado con la bandera sin bordar; y el hombre que no debería haber estado allí, que era mayor para estar allí, tanto en edad como en experiencia: ese huérfano intelectual y espiritual cuyo destino parecía ser la existencia en algún limbo intermedio entre donde estaba su cuerpo y donde su mente y moralidad deseaban estar— un estudiante de la universidad, pero que por simple acumulación de años demasiado plenos era empujado a las actividades extraacadémicas de una facultad de derecho con seis estudiantes; en la Guerra, por esa misma fuerza fue retirado a la soledad del rango que se le otorgó. Se le concedió el rango de subteniente antes de que el regimiento cumpliera su primera misión. No creo que lo deseara; incluso puedo imaginarlo evitándolo, rechazándolo. Pero ahí estaba, él, huérfano una vez más por culpa de la misma situación para y por la que estaba condenado—los dos oficial y soldado pero aún vigilante y vigilado, esperando por algo que no sabían qué era, qué actos de los Hados, del destino, qué sentencia irrevocable de algún Juez o Arbitro entre ellos ya que nada inferior serviría, nada intermedio o reversible parecía ser suficiente—el oficial, el subteniente que poseía la ligera y autorizada ventaja de ser capaz de decir *Tú* ve allí, de al menos permanecer detrás del pelotón que dirigía; el soldado que llevó a ese oficial, con un disparo en el hombro, sobre su espalda mientras el regimiento caía bajo las balas de los yanquis en Pittsburgh Landing<sup>[44]</sup>, lo llevó hacia un lugar seguro con el único propósito aparente de contemplarlo durante dos años más, escribir a Judith diciendo que los dos estaban vivos mientras tanto y nada más.

Y Judith ahora vivía sola. Tal vez había vivido sola desde aquel día de Navidad del año anterior y después del año anterior a ése y luego tres años antes y finalmente cuatro años antes, ya que aunque Sutpen se había marchado con su regimiento y el de Sartoris y los negros —la estirpe salvaje con la que él había erigido el Ciento de Sutpen— habían seguido las primeras tropas yanquis que pasaron por Jefferson, ella sólo vivía en soledad, con Ellen en la cama en la habitación clausurada, requiriendo la infatigable atención de un niño mientras esperaba la muerte con una incomprensión pasiva y asombrada; y ella (Judith) y Clytie cultivaban y mantenían un huerto de poco valor para mantenerse con vida; y Wash Jones vivía en la pesquería abandonada y ruinosa junto al cauce del río que construyó Sutpen después de que entrara en su casa la primera mujer —Ellen— y el último cazador de ciervos y osos se alejó de allí, donde ahora permitía que Wash Jones, su hija y su pequeña nieta vivieran, llevando a cabo el pesado trabajo del huerto y proporcionando a Ellen y a Judith y después a Judith pescado y piezas de caza de vez en cuando, incluso ahora entraba en la casa él que hasta que Sutpen se marchó nunca se había acercado a la casa más allá de la parra de moscatel situada detrás de la cocina y en donde las tardes de domingo él y Sutpen bebían de la damajuana<sup>[45]</sup> y del cántaro de agua de manantial que Wash recogía a



una milla de distancia, Sutpen hablaba desde la hamaca de la duela del tonel y Wash permanecía sentado en cuclillas apoyado contra un poste, murmurando y riéndose a carcajadas; —no era la soledad ni la ociosidad: el mismo rostro impenetrable y sereno, sólo un poco mayor ahora, un poco más delgado, que había aparecido por la ciudad en el carruaje junto al de su padre una semana después de que se supiera que su prometido y su hermano habían abandonado la casa durante la noche y habían desaparecido, nadie sabía por qué o adónde y nadie preguntó, igual que ahora nadie preguntaba cuando acudía a la ciudad, con el mismo vestido reformado que ahora llevaban todas las mujeres en el Sur, en el carruaje tirado por una mula, una mula de arar, pronto la mula de arar, y sin ningún cochero que lo condujera, que pusiera los arneses a la mula y se los quitara, para unirse a las demás mujeres —por entonces ya había heridos en Jefferson— en el improvisado hospital en el que (la educada virgen, la suprema y tradicionalmente ociosa) aseaban y vendaban los cuerpos sucios de heridos y muertos ajenos y hacían vendas con las cortinas y sábanas y ropa de cama de las casas en las que habían nacido; —no había nadie que le preguntara por su hermano y por su prometido mientras hablaban entre ellas sobre los hijos, hermanos y maridos con lágrimas de dolor, pero al menos con certeza, con conocimiento; ella también esperaba, como Henry y Bon, sin saber qué, pero al contrario que Henry y Bon, ni siquiera conocía la razón. Entonces Ellen se murió, la mariposa de un verano olvidado hace dos años estaba muerta —el caparazón vacío, la sombra insensible ante ningún cambio de disolución por su propia ausencia de peso: no había cuerpo que enterrar: sólo la forma, el recuerdo, traducido en alguna apacible tarde sin campanas ni catafalcos en la arboleda de cedros, para yacer como una leve paradoja de polvo bajo las mil libras del monumento de mármol que Sutpen (ahora el coronel Sutpen, ya que Sartoris había sido depuesto en la elección anual de oficiales del regimiento al año anterior) trajo en la carreta del ejército desde Charleston, en Carolina del Sur y que colocó sobre la ligera depresión herbosa que Judith le dijo que era la sepultura de Ellen. Y entonces su abuelo se murió, se murió de hambre encerrado en su propio desván y Judith invitó a la señorita Rosa a ir a vivir al Ciento de Sutpen y la señorita Rosa declinó la oferta, al parecer esperaba también por esta misiva, la primera palabra directamente de Bon en cuatro años y que, una semana después de que ella lo enterrara junto a la tumba de su madre, ella misma la trajo a la ciudad, en el carricoche tirado por la mula a la que ella y Clytie habían aprendido a asir para poner los arneses y se la dio a tu abuela, trajo la misiva voluntariamente a tu abuela, (Judith) que nunca había recurrido a nadie, no tenía amigos, sin duda no sabía la razón por la que eligió a tu abuela para entregarle la misiva igual que no lo sabía tu abuela; no estaba delgada ahora sino muy flaca, el cráneo de los Sutpen se mostraba a través de la gastada carne de los Coldfield, el rostro que hacía tiempo que había olvidado cómo ser joven y aun así seguía completamente impenetrable, completamente sereno: no hubo luto, ni siquiera pena, y tu abuela dijo, —¿Yo? ¿Quieres que la conserve yo?

—Sí —dijo Judith— O destruyala. Lo que usted desee. Léala si quiere o no lo haga si lo prefiere. Porque mire, uno deja tan poca huella. Uno nace y se empeña en algo y sin saber por qué uno sigue intentándolo y uno nace al mismo tiempo que mucha más gente, todos mezclados, como intentando, teniendo que mover los brazos y piernas atados pero las mismas cuerdas están unidas a todos los demás brazos y piernas y todos los demás lo intentan y tampoco saben por qué excepto que las cuerdas están en el camino de cinco o seis personas que intentan hacer una alfombra en el mismo telar sólo que cada uno quiere tejer su propio dibujo en la alfombra; y uno sabe, que no importa o los que instalaron el telar habrían organizado las cosas un poco mejor, y aun así tiene que importar porque uno sigue intentándolo o teniendo que hacerlo y entonces de repente todo se acaba y todo lo que queda de uno es un bloque de piedra con inscripciones, siempre y cuando haya alguien que recuerde llevar a inscribir y erigir la losa de mármol o que tenga tiempo de hacerlo y llueve y brilla el sol sobre ella y después de un tiempo ni siquiera recuerdan el nombre y qué era lo que las letras intentaban decir y ya no importa. Y así tal vez si uno puede recurrir a alguien, cuanto más extraño mejor, y darle algo —un trozo de papel— algo, cualquier cosa sin que ni siquiera tenga un significado y aunque ellos no lo lean ni lo conserven, ni siquiera se molesten en tirarlo o destruirlo, al menos sería algo porque habría ocurrido, sería recordado aunque sólo fuera por pasar de una mano a otra, de una mente a otra, y sería un trozo, algo, algo que podría dejar huella sobre algo que una vez *existió* porque algún día tenía que morir, mientras que el bloque de piedra no puede ser *es* ya que nunca puede convertirse en *fue* porque nunca puede morir ni perecer..... y tu abuela la observaba, miraba su rostro completamente sereno, calmado e impenetrable, y gritaba:

—¡No! ¡No! ¡Eso no! Piensa en tu... —y el rostro la miraba, comprendiendo, aún sereno, ni siquiera con amargura:

—Oh. ¿Yo? No, no es eso. Porque alguien tendrá que cuidar de Clytie, y también pronto de Padre, que querrá algo para comer después de llegar a casa porque no durará mucho ya que han empezado a dispararse mutuamente. No. No es eso. Las mujeres no hacen eso por amor. Ni siquiera creo que lo hagan los hombres. Y no en estos tiempos, de todos modos. Porque no habría lugar al que ellos pudieran ir, donde quiera que esté, si es que existe. Ya estaría lleno. Abarrotado. Como un teatro, un teatro de la ópera, si lo que esperas encontrar es olvidarte de las cosas, diversión, entretenimiento; como una cama demasiado llena si lo que deseas encontrar es una oportunidad para acostarte y dormir y dormir y dormir. El señor Compson se movió. Inclinandose, Quentin cogió la misiva y la abrió bajo la débil bombilla cubierta por insectos, con cuidado, como si la hoja, el cuadrado disecado, no fuera papel sino la ceniza intacta de su antigua forma y sustancia: y la voz del señor Compson continuaba mientras Quentin lo oía pero no le prestaba atención: —Ahora comprenderás por qué te decía que él la amaba. Porque hubo muchas otras cartas galantes pomposas indolentes frecuentes y nada sinceras, llevadas en mano por las

cuarenta millas que había entre Oxford y Jefferson después de esas primeras Navidades —el gesto perezoso y delicadamente lisonjero del galán metropolitano hacia la doncella bucólica— y esa doncella bucólica, con esa profunda y absolutamente inexplicable clarividencia serena y paciente frente a la que la postura afectada del galán metropolitano era sólo una bufonada de mequetrefe de niño pequeño, recibía las cartas sin comprenderlas, ni siquiera guardándolas, con todos sus elegantes, galantes y tediosamente urdidos giros de forma y metáfora, hasta que llegaba la siguiente. Pero guardó ésta que debió llegarle caída del claro cielo después de un intervalo de cuatro años. Considerándola tan valiosa como para entregársela a un extraño para que la guardara o para que no lo hiciera, incluso para leerla o no según le conviniera al desconocido, para dejar esa huella, esa eterna marca sobre el vacío rostro del olvido al que todos estamos condenados, del que ella hablaba — Quentin oía sin prestar atención mientras leía la débil y delgada letra, no como si fuera algo impreso sobre el papel por una mano una vez con vida sino como una sombra proyectada que había sido fijada sobre el papel en el momento en el que él la mirara y que podría marchitarse, desvanecerse, en cualquier momento mientras la leía: la lengua muerta hablaba después de cuatro años y también después de casi cincuenta años más, gentil sardónica fantástica e inevitablemente pesimista, sin fecha ni encabezamiento ni firma:

Notarás que no insulto a ninguno de nosotros al pretender que ésta sea la voz de los vencidos, ya sin tener en cuenta a los muertos. De hecho, si fuera un filósofo deduciría y derivaría un comentario extraño y oportuno acerca de los tiempos y el augurio del futuro desde esta misiva que ahora sostienes entre tus manos —una hoja de papel con, como puedes ver, las mejores filigranas francesas fechadas hace setenta años, salvada (robada si lo prefieres) en el saqueo de una mansión de algún aristócrata arruinado; y escrita con el mejor aceite de engrasar arneses manufacturado hace menos de doce meses en una fábrica de Nueva Inglaterra. Sí. Aceite de engrasar arneses. Lo requisamos: una historia en sí misma. Imagínanos, un grupo de espantapájaros homogéneos, no diré hambrientos porque para una mujer, dama o hembra, por debajo de la línea Mason-Dixon<sup>[46]</sup> en este año de gracia 1865, esa palabra sería una mera redundancia, sería como decir que respiramos. Y no diré harapientos ni descalzos, ya que hemos estado así el tiempo suficiente como para acostumbrarnos a ello, sólo que, gracias a Dios (y esto me devuelva la fe no en la naturaleza humana sino tal vez al menos en el hombre) que uno no se acostumbra realmente a las penalidades y privaciones: sólo se acostumbra la mente, el espeso y omnívoro espíritu cargado de la inmundicia; el cuerpo mismo, gracias a Dios, nunca se resignó a quedarse sin el suave tacto del jabón y de la ropa de cama limpia y algo entre la planta del pie y la tierra para distinguirlo del pie de una bestia. Así que puedes decir que simplemente necesitábamos municiones. E imagínanos, los espantapájaros con uno de esos planes urdidos en la desesperación que no sólo deben

sino que en verdad funcionan porque no hay lugar para una alternativa ante el hombre o el cielo, no hay ningún nicho sobre la tierra o debajo de ella para el fracaso para encontrar un lugar en el que detenerse o respirar o ser enterrado y sepultado; y nosotros (los espantapájaros) llevándolo a cabo con muchos bríos, por no decir mido; imagina, digo, a la presa y premio, las carretas de diez vivanderos rechonchos e indefensos, los espantapájaros desordenando una caja tras otra hermosa caja tras otra hermosa caja inscrita con esa U y esa S que desde hacía cuatro años habían sido para nosotros el símbolo de los despojos de lo que pertenece a los vencidos, el de las hogazas y el pescado igual que lo fue una vez la Frente luminosa, el brillante nimbo de la Corona de Espinas; y los espantapájaros arañaban las cajas con piedras y con las bayonetas e incluso con las manos y al final las abrieron y encontraron... ¿Qué? Aceite para engrasar los arneses. Galones y galones y galones del mejor aceite, una caja que no tenía ni un año y aún intentaba alcanzar al general Sherman<sup>[47]</sup> con alguna orden de campo tardía y enmendada, pidiéndole que limpiara la chimenea antes de hacer volar la casa. Cómo nos reímos. Sí, nos reímos, porque he aprendido durante estos cuatro años que realmente se necesita tener el estómago vacío para reír, que sólo cuando se tiene hambre o miedo extraes una esencia suprema de la risa igual que el estómago vacío extrae la suprema esencia del alcohol. Pero al menos tenemos aceite de engrasar arneses. Tenemos mucho. Tenemos demasiado porque no es necesario tanto para decir lo que tengo que decir, como verás. Y así la conclusión a la que he llegado y el augurio, aunque no sea un filósofo, son éstos.

*Hemos esperado el tiempo suficiente. Notarás que no te insulto ni siquiera diciendo que yo he esperado el tiempo suficiente. Y de este modo, ya que no te insulto al decir que sólo he esperado yo, no añado que me esperes. Porque no puedo decirte hasta cuándo has de esperarme. Porque lo que FUE es una cosa, y ahora no lo es porque ha muerto, murió en 1861, y así lo que ES —(Ya. Han comenzado a disparar de nuevo. Algo que —al mencionarlo— es también redundante, como el respirar o la necesidad de munición. Porque a veces creo que nunca ha cesado. Por supuesto que no ha cesado; no quiero decir eso. Lo que quiero decir es que no se repitió, que hubo aquella descarga hace cuatro años que sonó una vez y entonces se detuvo, una hipnotizada boca de fusil izada frente a otra, en la actitud congelada de su propio asombro alterado y nunca repetida y ahora sólo el alto eco terrorífico sacudido por el golpe de fusil de un centinela agotado o por la caída de un cuerpo exhausto, en el aire sobre la tierra en la que sonó esa descarga por primera vez y donde aún debe permanecer porque no hay otro lugar bajo el cielo que la quiera recibir. Así que eso significa que ha amanecido de nuevo y debo parar, ¿De qué debo parar? Te preguntarás. De pensar, recordar —fíjate que no digo, de tener esperanzas—; para convertirme una vez más durante un período sin límites ni localización temporal, en compañero irracional y sin cerebro e inquilino de un cuerpo que, incluso después de cuatro años, con una especie de fidelidad sombría e incorruptible que me resulta*

*increíblemente admirable, está todavía inmerso e inconscientemente aturdido por los recuerdos de una antigua paz y alegría cuyos nombres de aromas y sonidos no recuerdo, que ignora incluso la presencia y amenaza de la amputación de una pierna o un brazo como si fuera por alguna infalible promesa hecha en secreto y la convicción de inmoralidad. Pero para terminar). No puedo decir hasta cuándo me has de esperar. Porque lo que ES ha cambiado ya que ni siquiera estaba vivo entonces. Y dado que en esta hoja de papel ahora sostienes b mejor del antiguo Sur que está muerto, y las palabras que lees fueron escritas con lo mejor (cada caja b dice, b mejor) del nuevo Norte que lo ha conquistado y que por tanto, nos guste o no, tendrá que sobrevivir, ahora creo que tú y yo nos incluimos, extrañamente, entre aquellos que están condenados a vivir.*

—Y eso es todo —dijo el señor Compson— La recibió, y ella y Clytie prepararon el vestido de novia y el velo con capas —tal vez capas destinadas a ser, que deberían haber sido, como pelusas y que al final no lo fueron. Ella no sabía cuándo vendría porque él mismo no lo sabía: y tal vez se lo dijo a Henry, le enseñó la misiva antes de enviarla, o tal vez no lo hizo; tal vez sólo estaba mirando y aguardando, el uno diciéndole a Henry *He esperado el tiempo suficiente* y Henry diciendo al otro *Entonces ¿Renuncias? ¿Renuncias?* el otro diciendo *No renuncio. Desde hace cuatro años le he dado al destino la oportunidad de renunciar por mí, pero parece que estoy condenado a vivir, que tanto ella como yo estamos condenados a vivir;* —el desafío y el ultimátum presentado junto a un disparo al raso, el ultimátum descargado ante el portón de la verja hasta el que los dos tuvieron que cabalgar casi el uno al lado del otro: el uno sereno y constante, tal vez incluso sumiso, el fatalista al fin y al cabo; el otro sin remordimientos con una pena implacable e inalterable y desesperanza... (Quentin creía que en verdad podía verles, frente a frente en el portón. Detrás de la verja lo que una vez fue parque ahora era una extensión descuidada, en una espesa soledad, con una atmósfera de ensueño, lejana y terrorífica como el rostro de un hombre sin afeitar despertándose del éter de la anestesia, hasta la enorme casa en la que una muchacha esperaba vestida con un traje de novia hecho de retales robados, la casa participaba también de esa atmósfera de desolación en escalada, sin haber sufrido ningún saqueo sino que era un cascarón abandonado y olvidado en un remanso de la catástrofe —un esqueleto ofreciendo de sí mismo por lentos adarnes de mobiliario y alfombras y ropa de cama y la plata, para ayudar a morir a hombres agotados y angustiados que sabían, incluso mientras morían, que durante meses el sacrificio y la angustia habían sido en vano. Estaban frente a frente sobre los macilentos caballos, dos hombres, jóvenes, aún sin haber estado en el mundo, sin haber respirado el tiempo suficiente, como para ser mayores aunque con mirada de ancianos, el cabello desaseado y los rostros macilentos y curtidos como tocados por una bronceína mano espartana e incluso negra, manchados de gris gastado, ahora del color de las hojas secas, uno de ellos con los galones deslustrados de un oficial, el

otro con los puños desnudos, con la pistola colocada en el arzón de la cabalgadura, los dos rostros serenos, sin ni siquiera elevar el tono de la voz: *No pases de la sombra de este soporte, de esta rama, Charles—, y Voy a pasar, Henry*)—... y entonces Wash Jones sentado sobre la mula sin montura, delante de la puerta de la señorita Rosa, gritó su nombre en el soleado y tranquilo silencio de la calle, dijo —¿Es usted Rosie Coldfield? Entonces será mejor que vaya pa'llá. Henry ha matado a ese maldito amigo francés. Lo ha dejado más muerto que a un filete.

## CAPÍTULO V

Así que sin duda ya le habrán dicho cómo le ordené a ese Jones que llevara la mula que no era suya al granero y, la atara a nuestra calesa mientras yo me ponía el sombrero y el chal y cerraba con llave la casa. Eso era todo lo que necesitaba hacer porque sin duda le habrán dicho que no habría necesitado ni un baúl ni una maleta ya que la ropa que poseía, ahora que las prendas que había sido tan afortunada de heredar gracias a la amabilidad o prisas o descuido de mi tía se habían gastado hacía tiempo, era la que Ellen se había acordado de darme de vez en cuando y ahora Ellen ya llevaba dos años muerta; sólo tuve que cerrar con llave la casa y ocupar mi lugar en la calesa y atravesar esas doce millas que no había recorrido desde que Ellen murió, junto a ese bruto que hasta el momento en el que Ellen murió no se le había permitido acercarse a la casa por la parte delantera —esa bestia progenitora de bestias cuya nieta me fue a suplantar, si no en la casa de mi hermana al menos en la cama de mi hermana a la que (eso le dirán) yo aspiraba— esa bestia que (basto instrumento de la justicia que preside los acontecimientos humanos que, incipiente en el individuo, se desliza suavemente, más como terciopelo que como garras: pero que, burlada por un hombre o mujer, continúa como el acero ardiente y anula a los rectos débiles y a los fuertes injustos, al vencedor y la víctima inocente, sin piedad en la búsqueda de lo justo y de la verdad) bestia que fue no sólo a presidir las diferentes formas y avatares del demoníaco destino de Thomas Sutpen sino también a proporcionar al final la carne femenina con la que su nombre y linaje serían enterrados —esa bestia que parecía creer que había servido y llevado a cabo el fin que tenía designado por hablar a gritos acerca de sangre y pistolas en la calle enfrente de mi casa, que parecía creer que si me hubiera proporcionado más información ésta sería demasiado pobre o superficial y libre de gravedad como para justificar el desechar su tabaco de mascar, porque durante las siguientes doce millas no pudo ni siquiera decirme qué había ocurrido.

Y recorrí esas mismas doce millas de nuevo después de la muerte de Ellen hace dos años (¿o fueron los cuatro años desde que Henry desapareció o los diecinueve años desde que vi la luz y respiré por primera vez?) sin saber nada, incapaz de saber nada excepto esto: se oyó un disparo, débil y lejos y cuya dirección y origen eran desconocidos, las dos mujeres, las dos mujeres jóvenes que estaban solas en una casa destruida en la que no se habían oído pasos de ningún hombre durante dos años —un disparo, un momento cargado de suposiciones terribles junto a la tela y las agujas que las mantenían ocupadas, pasos en el vestíbulo y luego en las escaleras, pasos de un hombre corriendo, apresurándose: y Judith con el tiempo justo para asir el vestido aún por terminar y sostenerlo delante de ella según la puerta se abría de golpe enfrente de su hermano, el salvaje asesino al que no había visto en cuatro años y a quien ella creía (si era él, todavía vivía y respiraba) mil millas lejos: y entonces los dos, los dos hijos malditos sobre quienes acababa de caer el primer golpe de su

herencia demoníaca, se miraron a través del alzado e inacabado vestido de novia. Recorrí doce millas para enfrentarme a esto, junto a un animal que no tuvo ningún reparo a la hora de permanecer en la calle frente a mi casa y gritar a la concurrida y atenta soledad que mi sobrino acababa de matar al prometido de su hermana, pero que no pudo permitirse forzar el paso de la mula que nos arrastraba más allá de la alameda porque —no era ni mía ni suya tampoco y además no había tenido un poco de pienso decente desde el maíz distribuido en febrero—; quien, al llegar al final a la misma verja, detuvo la mula y, apuntando con el látigo y escupiendo primero, dijo —Fue justo ahí—. ¿Qué ocurrió justo ahí, imbécil? —exclamé, y él—: Ahí fue —hasta que le arrebaté el látigo y azoté a la mula.

Pero no pueden decirte cómo proseguí por el camino, pasando por delante de los macizos descuidados y plagados de malas hierbas de Ellen y llegué a la casa, el cascarón, el (pensaba yo) lecho matrimonial y el cofre-capullo de juventud y pena y me di cuenta de que había llegado, no demasiado tarde como yo había pensado, sino demasiado pronto. Permanecía la casa con su pórtico derruido y las paredes descamadas sin haber sido asolada, ni invadida, ni marcada por bala alguna o por el tacón de hierro de algún soldado, era como si le estuviera reservado algo más: alguna desolación más profunda que la misma mina, como si hubiera permanecido en eterna yuxtaposición al fuego eterno, a un holocausto que se había descubierto menos fiero e implacable, sin haber sido lanzado contra ella sino que había retrocedido ante el impenetrable e indómito esqueleto contra el que las llamas no osaron, en la crisis final del momento, arremeter; no había ni siquiera un peldaño, una tabla podrida suelta que se movió bajo mi pie (o debería haberlo hecho si yo no la hubiera tocado ligera y rápidamente) según subí corriendo hasta el vestíbulo cuya alfombra había desaparecido hacía tiempo junto con la ropa de cama y la mantelería, y vi el rostro con rasgos de Sutpen e incluso mientras gritaba —¡Henry! ¡Henry! ¿Qué has hecho? ¿Qué es lo que ese imbécil ha intentado decirme?— me di cuenta de que había llegado, no demasiado tarde como yo había pensado, sino demasiado pronto. Porque no era el rostro de Henry. Era el rostro con rasgos de Sutpen, pero no era el suyo; el rostro color café con rasgos de Sutpen en la débil luz que impedía el paso a través de las escaleras: y yo salí de la brillante tarde, penetrando en el silencio atronador de esa casa pensativa donde al principio no pude ver nada: luego poco a poco la cara, el rostro de Sutpen que no se acercaba, no abandonaba la oscuridad, sino que permanecía allí y firme como una roca precediendo al tiempo y a la casa y a la maldición y a todo, allí esperando (oh sí, él hizo una buena elección; mejoró a la hora de elegir creando a su propia imagen el frío Cerbero<sup>[48]</sup> de su infierno particular) —el rostro sin sexo ni edad porque nunca los había poseído: la misma cara de esfinge con la que ella había nacido, la misma que había mirado al lado de la de Judith desde el desván aquella noche y que todavía mantiene ahora con setenta y cuatro años, mirándome sin ningún cambio en ella, sin ninguna transformación, como si hubiera sabido el momento en el que yo iba a entrar, esperando allí durante las doce millas



que recorrí detrás de esa mula que paseaba y observándome acercarme más y más y entrar por la puerta como si hubiera sabido (oh, tal vez decretado, ya que existe esa justicia cuyo paladar de Moloc<sup>[49]</sup> no hace distinción entre los cartilagosos huesos y la tierna carne) que yo entraría— el rostro me dejó paralizada (no a mi cuerpo: éste continuó avanzando, corriendo; sino a mí misma, a la profunda existencia que llevábamos, para la que el movimiento de los miembros constituye un torpe y tardío acompañamiento como el de tantos instrumentos innecesarios que se tocan toscamente, sin experiencia y desentonando) en ese árido vestíbulo con la escalera desnuda (esa alfombra también había desaparecido) que se levantaba hasta el oscuro vestíbulo superior donde se oyó un eco, no era mío sino del perdido e irrevocable futuro que frecuenta todas las casas, todas las paredes cerradas que fueron erigidas por manos humanas, no para cobijarse ni para mantenerse calientes sino para esconderse de la mirada curiosa del mundo y que éste pueda contemplar los oscuros giros que las antes frescas ilusiones acerca del orgullo y esperanza y ambición (oh, y también amor) hubieran tenido. —¡Judith!— dije. —¡Judith!

No hubo respuesta. No esperaba ninguna; posiblemente ni siquiera entonces esperaba que Judith contestara, igual que un niño, en el mismo instante de terror consciente, llama al padre que en realidad sabe (antes de que el terror destruya su juicio por completo) que no está ahí para contestarle. Yo no estaba gritando a alguien ni a algo, sino (intentando gritar) a través de algo, a través de esa fuerza, ese furioso y absolutamente firme e inmóvil antagonismo que me había detenido —esa presencia, esa oscura y familiar cara, ese cuerpo (los oscuros pies que, desnudos, permanecían inmóviles sobre el suelo desnudo mientras detrás de ella se alzaba la curva de la escalera) no más grande que el mío que, sin moverse, sin cambio alguno en su posición (ella ni siquiera retiró su mirada de la mía ya que no me estaba mirando a mí sino a través de mí, aparentemente contemplando el rectángulo tranquilo de la puerta abierta que yo acababa de atravesar) parecía alargarse y proyectar algo hacia arriba— no un alma ni un espíritu, sino algo que escuchar profundamente atenta y distraída o que yo misma no podía y no estaba destinada a oír —un conocimiento y aceptación que surgen en torno a lo invisible e inexplicable, heredadas de una raza más antigua y pura que la mía, que creó, postuló y dio forma del mismo aire que hay entre nosotros a lo que yo creí que había ido a encontrar (no, que tuve que encontrar, allí de pie y respirando, de otro modo habría negado mi propia existencia):— esa habitación cerrada tiempo atrás y oliendo a humedad, la cama sin sábanas (el lecho nupcial de amor y pena) en la que yacía el cadáver pálido y ensangrentado vestido con un uniforme desgastado y con remiendos enrojeciendo el colchón desnudo, mientras, inclinada, la viuda aún sin casar permanecía arrodillada junto a él —y yo (mi cuerpo) todavía sin detenerse (sí, era necesaria una mano, un toque, para eso);— yo, una imbécil ensimismada, que aún creía que lo que tenía que ocurrir ocurriría, no podía sino ocurrir, de otro modo tendría que negar la cordura al igual que el respirar, correr, arrojarme contra esa oscura e inescrutable cara, esa réplica fría, implacable y estúpida

(no, no estúpida: cualquier cosa menos estúpida: su propio deseo visionario apaciguado por la sangre negra con la que él la había mezclado) de sí mismo que él había creado y decretado para presidir en su ausencia, de igual modo que puedes contemplar el revoloteo frenético y distraído de un pájaro hacia la noche hacia la funesta lámpara de latón. —Espere—, dijo ella. —No suba—. Sin embargo yo no me detuve; era necesario una mano para detenerme; y continué corriendo, completando los pocos escalones en los que nos miramos duramente la una a la otra no como dos caras sino como las dos contradicciones abstractas que realmente éramos, ninguna levantó la voz, como si nos habláramos sin las limitaciones y restricciones del hablar y escuchar. —¿Qué?— dije.

—No suba, Rosa. —Así fue como lo dijo: así de tranquila, pausada, y de nuevo era como si no hubiera sido ella la que hablaba sino que fuera la misma casa la que pronunciaba las palabras— la casa que él había construido, que había creado una supuración de sí mismo a su alrededor como el sudor de su cuerpo podía haber producido una cáscara (aunque invisible) complementaria y envolvente en la que Ellen había tenido que vivir y morir como si fuera una extraña, en la que Henry y Judith habrían de ser víctimas y prisioneros o morir. Porque no era el nombre, la palabra, el hecho de que ella me hubiera llamado Rosa. Siendo niñas, me había llamado así, de igual modo que a ellos les había llamado Henry y Judith; yo sabía incluso que ahora todavía llamaba a Judith por su nombre (y a Henry también cuando hablaba de él). Y ella me podría haber llamado Rosa de un modo natural ya que yo seguía siendo una niña para todos aquellos que me conocían. Pero no era por eso. Ella no quería dar a entender eso; de hecho, en el instante en el que permanecemos cara a cara (ese instante antes de que mi cuerpo, que todavía continuaba avanzando, la pasara rozando y llegara a la escalera) me mostró más respeto y deferencia de la que había tenido conmigo ninguna de las personas que yo conocía; supe que desde el momento en el que pasé por esa puerta, ella era la única que no me consideraba una niña. —¿Rosa?— grité. —¿a mí?<sup>[50]</sup> ¿a mi cara?— Entonces me tocó y yo me quedé paralizada. Tal vez incluso en ese momento mi cuerpo no se detuvo porque creía ser consciente de que se arrojó ciegamente contra el sólido e imponderable peso (ella no era la dueña: era un instrumento; todavía lo sigo diciendo) de ese deseo de impedirme llegar a la escalera; posiblemente el sonido de la otra voz, la única palabra mencionada desde el final de la escalera por encima de nosotras, ya nos había interrumpido y separado antes de que éste (mi cuerpo) se detuviera. No lo sé. Sólo sé que todo mi ser parecía correr ciegamente y a toda velocidad hacia algo monstruoso e inmóvil, con un choque desagradable demasiado rápido y repentino como para ser simple asombro y rabia hacia esa mano negra que me prohibía el paso sin temor alguno y se posaba sobre mi carne blanca. Porque hay algo en el roce de la carne con la carne que anula, corta fuertemente y a través de los tortuosos e intrincados canales del decoro, que tanto enemigos como amantes conocen porque les produce ambos: — el toque y el roce de lo que es la ciudadela del propio ser, del Yo-Soy central: no es el

espíritu, no es el alma; la mente emborrachada y sin ataduras es la de cualquiera que se acoge en cualquier vestíbulo oscuro de esta vivienda terrenal. Pero deja que la carne roce la carne y observa también la caída de un convencionalismo de raza y color con forma de cáscara de huevo. Sí, me quedé de piedra —ninguna mano de una mujer, ninguna mano de negro, sino la barbada de la brida frenada para controlar y guiar el ímpetu furioso e inflexible—no le gritaba a ella, sino a la casa; dirigiéndome a ella a través de la negra, de la mujer, sólo por culpa de la conmoción que no era aún rabia porque pronto sería terror, esperando sin recibir respuesta porque ambas sabíamos que no era a ella a quien hablaba: —¡Quítame las manos de encima, negra!

No obtuve ninguna respuesta. Sólo permanecemos allí —sin moverme, en la actitud y acto de correr, ella rígida con esa inmovilidad furiosa, las dos unidas por esa mano y brazo que nos sujetaban, como un fiero y rígido cordón umbilical, hermanadas con la oscuridad que había producido. Siendo niña, las había observado más de una vez a ella y a Judith e incluso a Henry peleándose en juegos duros a los que (posiblemente todos los niños; no lo sé) jugaban, y (he escuchado) ella y Judith dormían juntas, en la misma habitación, pero Judith sobre la cama y ella sobre un jergón aparentemente sobre el suelo. Sin embargo he escuchado que en más de una ocasión Ellen las había encontrado juntas en el jergón, y una vez en la cama. Pero yo no. Incluso siendo niña, ni siquiera jugaba con los mismos objetos con los que jugaban ella y Judith, como si esa soledad pervertida y espartana que llamaba mi infancia, que me había enseñado (poco más) a escuchar antes de que pudiera comprender y a entender antes de que pudiera escuchar, también me hubiera enseñado no sólo a tenerle miedo a ella y lo que era de un modo instintivo, sino a esquivar todos los objetos que había tocado. Permanecemos así allí. Y de repente no esperaba el ultraje por el que instintivamente había gritado; no era el terror: era un exceso acumulado de la desesperación misma. Recuerdo cómo permanecemos allí unidas por esa mano carente de voluntad (sí: también era una víctima sensitiva como lo éramos ella y yo); grité —tal vez o muy alto, sin palabras (y no a Judith, imagina: tal vez ya lo sabía, en el momento en el que entré en la casa y vi el rostro que en el momento era al mismo tiempo más y menos que un Sutpen, tal vez supe entonces lo que no podía, no quería, no debía creer) —grité— ¿Y tú también? ¿Tú también eres hermana, hermana? —¿Qué esperaba? Yo una estúpida auto-hipnotizada, recorrí doce millas esperando— ¿Qué? ¿Tal vez que Henry, surgiera de alguna puerta que conocía su tacto, la mano sobre el pestillo, el peso de sus pisadas sobre un umbral que conocía ese peso: y así para encontrar de pie en el vestíbulo una pequeña criatura simple y asustada a la que ningún hombre o mujer había mirado más de dos veces, a la que él no había visto durante cuatro años y apenas el tiempo suficiente con anterioridad pero a la que él reconocería aunque sólo fuera por la desgastada seda marrón que una vez se había convertido en su madre y porque la criatura permanecía allí llamándolo por su nombre? ¿Henry podría aparecer y decir —Es Rosa, Tía Rosa. Despierta, Tía Rosa; despierta?— ¿Yo, la soñadora aferrándose al último y débil instante

insoportable y estático de agonía para agudizar el sabor del alivio del dolor, despertando a la realidad, a algo más que a la realidad, no al momento anterior, sin cambios ni alteraciones, sino un momento cambiado para ajustarse con el sueño que, junto al soñador, se inmola y alcanza la apoteosis: —Madre y Judith están en la enfermería con los niños y Padre y Charles paseando por el jardín. Despierta, Tía Rosa; despierta?— ¿O para no esperar, ni siquiera tener esperanzas; ni siquiera soñar porque los sueños no llegan por parejas, y si no hubiera sido arrastrada doce millas por esa mula mortal sino por algún potro como una quimera del mismo de la pesadilla? (Hehh, despierta, Rosa; despierta—no de lo que era, de lo que solía ser, sino de lo que no había sido, no de lo que nunca podría haber sido; despierta Rosa—no a lo que debería, lo que podría haber sido, sino a lo que no puede, a lo que no debe ser; despierta, Rosa, de la esperanza, que creías que hay un decoro en el duelo aunque la pena esté ausente; creías que necesitarías no salvar el amor, ni la felicidad ni la paz, sino lo que se deja atrás al envidiar —y encontraste que no había nada que salvar; que tenías la esperanza de salvarla tal y como prometiste a Ellen (no a Charles Bon ni a Henry: a ninguno de los dos de él ni al uno del otro) y ahora era demasiado tarde, que habrías llegado demasiado tarde si hubieras venido desde el útero o ya hubieras estado allí en la completa cumbre hábil, fuerte y mortal cuando nació; que recorriste doce millas y diecinueve años para salvar lo que no necesitaba ser salvado, y en cambio te perdiste tú misma). No sé, salvo que no lo encontré. Sólo hallé ese estado onírico en el que sin moverte huyes de un terror en el que no puedes creer, hacia un lugar a salvo en el que no tienes fe, sostenida así no por las cambiantes arenas movedizas carentes de cimientos en una pesadilla, sino por un rostro que el propio inquisidor del alma, una mano que fue el agente de su propia crucifixión, hasta que la voz nos separó, rompió el hechizo: Dijo una palabra: —Clytie— así, así de fría, así de serena: no era Judith, sino la casa misma la que hablaba de nuevo aunque con la voz de Judith. Oh lo sabía bien, yo que habría creído en el decoro del penar; lo sabía tan bien como ella —Clytie— lo sabía. No se movió; era sólo la mano, la mano que se retiró antes de que se diera cuenta de que se había apartado. No sé si ella se apartó o si me alejé yo de su tacto. Pero ya no estaba; y esto tampoco te lo pueden decir: que corrí, volé, escaleras arriba y no me encontré con una apenada novia viuda sino con Judith delante de la puerta cerrada de esa recámara, vestida con el traje de algodón que ella había llevado cada vez que la había visto después de la muerte de Ellen, sujetaba algo en una de sus manos suspendidas en el aire; y si había habido pena o angustia, ella las había alejado, no sé si por completo, junto con el vestido de novia inacabado. —¿Sí, Rosa?— dijo, así de nuevo, y me detuve a mitad de la carrera aunque mi cuerpo, una ciega sensible carreta engañada de arcilla y aire, siguió avanzando: Y ahora vi que lo que sostenía en esa mano floja y negligente era el retrato, la imagen de sí misma en ese medallón que ella le había regalado a él, lo sostenía informalmente y olvidaba a su lado como a cualquier libro obsoleto.

Eso fue lo que encontré. Tal vez eso es lo que esperaba, sabía (incluso a los

diecinueve lo sabía, diría que si no fuera por mis diecinueve, mi propia y particular clase de diecinueve años) lo que debía encontrar. Tal vez incluso no pude haber deseado más que eso, no podía haber aceptado menos, yo que a los diecinueve tenía que haber sabido que la vida es un instante continuo y perpetuo en el que el velo misterioso ante lo-que-tiene-que-ser cuelga dócil e incluso amable ante la desnuda estocada más ligera si hubiéramos osado, o fuéramos suficiente valientes (no sabios: no se necesita sabiduría aquí) para clavar el cuchillo con desgarró. O tal vez no es tampoco la ausencia de valor: no es la cobardía que no enfrentará a esa enfermedad situada en algún lugar en el pilar principal de este esquema objetivo del que el alma prisionera, destilando miasma, se estira hacia el sol, arrastra a las tenues venas y arterias prisioneras y a su vez aprisionando esa chispa, ese sueño que, a medida que el instante global y absoluto de su libertad se refleja y repite (¿Repite? Crea, reduce a una frágil esfera evanescente e iridiscente) todo el espacio, el tiempo y la tierra maciza, enviuda la hirviente y anónima masa miasmática que en todo el tiempo no ha aprendido ninguna merced de muerte sino cómo recrearla, renovarla; y muere, desaparece, se desvanece: nada —pero está esa sabiduría verdadera que puede comprender que hay un podría-haber-sido que es más que la verdad, de la que el soñador, al despertar, no dice —¿Acaso soñé?— sino que a cambio afirma, acusa al mismo ser del supremo cielo: —¿Por qué he despertado si al hacerlo nunca dormiré de nuevo?

Una vez existió —¿Te das cuenta de que el olor de las glicinas, recibiendo el calor del sol en esta pared, se destila y penetra en esta habitación como (con el estrobo de la luz) con un avance secreto y desgastado de la mota de los miles elementos de la oscuridad? Ésa es la sustancia de los recuerdos— los sentidos, la vista, el olfato: los músculos con los que vemos y oímos y sentimos —no es la mente, el pensamiento: no hay cosa tal como la memoria: el cerebro rememora sólo lo que los músculos buscan a tientas: ni más, ni menos: y la suma definitiva es normalmente incorrecta y falsa y sólo digna del nombre de sueño—. Observa que la arrojada mano durmiendo, tocando la vela próxima a la cama, recuerda el dolor, retrocede libre mientras la mente y el cerebro duermen y apenas convierten este calor adyacente en algún mito despreciable sobre la evasión de la realidad: o esa misma mano durmiendo, en un sensual matrimonio con alguna superficie tersa, es transformada por la mente y el cerebro mismos dormidos en ese mismo material de ficción alejado de toda experiencia. Oh, la pena desaparece, se desvanece; lo sabemos —pero pregunta a los conductos lacrimales si han olvidado cómo llorar—. Hubo una vez (esto tampoco te lo han podido decir) un verano de glicinas. El olor de las glicinas invadió todo (yo tenía catorce años entonces) como si de todos los manantiales que aún tenían que capturar se condensaran en uno solo, en un solo verano: el manantial y verano que es de cada mujer que respiró sobre el polvo, obligado por todos los traicionados manantiales aplazados en todo el tiempo irrevocable, resonante, florecido de nuevo. Era un año de vendimia de glicinas: un año de vendimia siendo

ésa una dulce conjunción del florecimiento de raíz, impulso, tiempo y condiciones atmosféricas; y yo (tenía catorce años) —no insistiré en el florecimiento, yo que aún no había mirado a ningún hombre— ni lo haría —ni dos veces, como a una niña sino como menos que una niña; no más una niña que una mujer sino incluso menos que carne femenina. Ni tampoco hablaré de una hoja— urdida amarga y pálida y encrespada, medio-emplumada e intimidada de cualquier petición de verde que podría haber arrastrado hasta ella en mayo los suaves e infantiles juegos de novios o detener las masculinas y depredadoras avispas y abejas de la lujuria posterior. Pero insisto y reclamo la raíz y el impulso, ya que ¿no he heredado también de todas las vísperas no hermanadas desde la Serpiente? Sí, el impulso: crisálidas tramadas de cualquier ciega semilla perfecta: ya que ¿quién dirá qué rugosa raíz olvidada no podría florecer aún con algún concentrado global más global y concentrado y perfectamente embriagador porque la raíz desechada se plantó torcida y no yacía muerta sino simplemente dormía olvidada?

Ése fue el perdido verano de mi estéril juventud que (durante ese corto tiempo, esa corta y breve primavera irrecuperable del corazón femenino) yo sobrellevé no como una mujer, una muchacha, sino como el hombre que tal vez debería haber sido. Tenía catorce años por entonces, catorce años si es que se podía considerar años mientras en esos pasillos sin recorrer que yo llamaba mi infancia, que no era vida sino una proyección del oscuro útero; yo era gestada y completada, no crecía, sólo me retrasaba por falta de una cesárea, de un frío fórceps acaricia-cabezas del salvaje momento que debería haberme dejado libre, esperé no a la luz sino a esa maldición que llamamos victoria femenina y que es: resistir y resistir, sin rima ni razón ni esperanza de una recompensa —y resistir; me gusta ese ciego pez subterráneo, esa chispa aislada cuyo origen ya no recuerda el pez, cuyo latido y pálpito en su morada crepuscular y letárgica con la antigua comezón insomne que no tiene otras palabras con las que hablar que— Esto se llamaba luz, —eso— olfato, —eso— tacto, —aquello otro que ha legado no ya un nombre para el sonido de la abeja o pájaro o el olor de la flor o la luz o el sol o el amor;— sí, ni siquiera creciendo y desarrollándose, amada por y amando la luz, pero equipada sólo con ese astuto, ese invertido desarrollo ulceroso de la soledad que sustituye el omnívoro e irracional sentido del oído por todos los otros: así en vez de completar las solemnes y calculadas etapas de una infancia normal yo me ocultaba, inadvertida como si, rodeada por el húmedo y aterciopelado silencio del útero, no desplazaba el aire, no emitía un sonido que me traicionara, desde una cerrada puerta prohibida a la siguiente y así adquirí todo lo que sabía sobre esa luz y espacio en los que la gente se movía y respiraba como si yo (la misma niña) pudiera haber comprendido el sol por verlo a través de un trozo de cristal ahumado; —catorce, cuatro años más joven que Judith, cuatro años más tarde del momento de Judith que sólo las vírgenes conocen: cuando la completa inclinación delicada del espíritu es una unión anónima epicena sin intensidad y desencantadora— no esa violación nocturna y enviudada por los muertos inevitables y desdeñosos que

es el merecido de los veinte y los treinta y los cuarenta, sino un mundo lleno de matrimonios vivos como la luz y el aire que ella respira. Pero no fue el verano del descontento del picor de una virgen; la carencia cesárea de ningún verano que debería haberme arrancado, carne muerta o incluso embrión, de la vida: o incluso, por el encanto de la fricción de la carne surcada por el hombre, también armada y ataviada como un hombre en vez de una mujer vacía.

Fue el verano posterior a esas primeras Navidades en las que Henry lo trajo a casa, el verano siguiente a los dos días de aquellas vacaciones de junio que él pasó en el Ciento de Sutpen antes de cabalgar hasta el Río<sup>[51]</sup> para montarse en el barco hasta casa, ese verano después de que mi tía se marchara y papá tuviera que irse de viaje de negocios y yo fuera enviada a vivir con Ellen (posiblemente mi padre eligió a Ellen como un refugio ya que en aquel momento Thomas Sutpen también se encontraba ausente) de modo que ella pudiera cuidarme, que había nacido demasiado tarde, nacida en algún extraño desorden en la vida de mi padre y dejada en sus (ahora doblemente) enviudadas manos, yo lo suficientemente competente como para alcanzar un estante de la cocina, contar cucharas y doblar sábanas y medir leche en una mantequera pero para nada más, aunque demasiado valiosa para ser dejada sola. Nunca lo había visto (nunca lo vi. Ni siquiera lo vi muerto. Escuché un nombre, vi una fotografía, ayudé a cavar una tumba: y eso fue todo) aunque él había estado una vez en mi casa, ese primer día de Año Nuevo en el que Henry lo trajo por un deber de sobrino para hablar conmigo de regreso a las clases y yo no estaba en casa. Hasta entonces ni siquiera había escuchado su nombre, no sabía que existía. Aunque el día que fui allí para permanecer durante ese verano, fue como si esa informal parada frente a mi puerta hubiera dejado alguna semilla, algún minuto de virulencia en esta tierra de sótano rápida no tal vez para el amor (yo no lo amaba; ¿cómo podría hacerlo? Ni siquiera había escuchado su voz, sólo tenía la palabra de Ellen de que existía una persona como ésa) y rápida no para el espiar que sin duda así lo llamarás, que durante los seis meses pasados entre ese día de Año Nuevo y ese junio dio sustancia a esa sombra con un nombre emergiendo de la vana y parlanchina locura de Ellen, esa forma sin ni siquiera un rostro ya que yo no había visto el retrato siquiera entonces, reflejada en la secreta y aturdida mirada de una joven muchacha: porque yo que no había aprendido nada sobre el amor, ni siquiera sobre el amor de los padres — esa afectuosa y querida violación constante de la intimidad, esa anulación del Yo retoño e incorregible que es lo merecido y obligado de la carne mamífera, convertida no en amada, no en querida, sino en algo más que amor: me convertí en la defensora andrógina de todo el amor al conocimiento enciclopédico.

Debió quedar alguna semilla, para provocar que un vacío cuento de hadas infantil cobrara vida en ese jardín. Porque yo no estaba espiando cuando la seguía. No estaba espiando, aunque dirás que lo hacía. Y si incluso eso era espiar, no eran celos, porque yo no lo amaba. (¿Cómo podría hacerlo, cuando nunca lo había visto?) E incluso si lo hacía, no como amor de mujer, como Judith lo amaba, o como pensábamos que lo

hacía. Si era amor (y aún digo, ¿cómo podía serlo?) era la manera en la que las madres aman cuando, al castigar al niño no le golpea a él sino por medio de él al niño vecino al que acaba de pegar o por el que acaba de ser golpeado; cuida no al niño recompensado sino al hombre o la mujer sin un nombre que dieron el penique sudado por su palma. Pero no como amor de mujer. Porque no le pedí nada, ves. Y más que eso: no le di nada, que es la suma del amor. Bueno, ni siquiera lo eché de menos. No sé siquiera si alguna vez fui consciente de que no había visto nada de su rostro excepto esa fotografía, esa sombra, ese retrato en la habitación de una joven muchacha: un retrato informal y enmarcado sobre una adornada mesa desordenada aunque cubierta y ornada con (o eso pensaba yo) con todas las rosas y lirios virginales e invisibles, porque incluso antes de que yo viera el retrato pude haber reconocido, no, haber descrito, el mismo rostro. Pero nunca lo vi. Ni siquiera sé por mí misma que Ellen lo viera, que Judith lo amara, que Henry lo asesinara: así que ¿quién me discutirá cuando digo, por qué no lo inventé, lo creé? —Y sé esto: si yo fuera Dios crearía a partir de este bullente remolino que llamamos progreso algo (tal vez una máquina) que adornaría los desnudos altares de espejo de cada muchacha simple que respira con algo semejante a esto— que es tan poco ya que deseamos tan poco —a este rostro retratado. No necesitaría una calavera detrás siquiera, casi anónimo, sólo necesitaría la vaga inferencia de una carne y sangre vivientes deseadas por alguien más aunque sólo fuera en algún reino de sombras del hacer-crear—. Un retrato contemplado a escondidas, al moverme con sigilo (mi infancia me enseñó eso en vez de amor y me fue útil; de hecho, si me hubiera enseñado amor, el amor no podía haberme sido más útil) en la desierta habitación al mediodía para mirarla. No para soñar, ya que yo vivía en sueños, sino para renovar, ensayar, el papel como el aficionado desatinado aunque ansioso podría acercarse sigilosamente a los bastidores en algún intermedio de la escena visible para escuchar la momentánea voz del apuntador. Y si celos, no los celos de un hombre, los celos del amante; ni siquiera el amante mismo que espía por amor, que espía para observar, probar, tocar ese ensueño virginal de la soledad que es la primera transparencia de ese velo que llamamos virginidad; no para brotar, forzar esa vergüenza que es parte de la declaración de amor, sino para deleitarse con el rico seno instantáneo ya sonrosado por el sueño ruborizante aunque la vergüenza misma aún no necesita despertarse. No, no era eso; no estaba espionando, yo que paseaba por esos rastrillados y arenosos caminos del jardín y pensaba —Esta huella era suya excepto por el surco que la borró, que incluso a pesar del rastrillo aún está aquí y la de ella a su lado con ese ritmo mutuo y pausado en donde el corazón, la mente, no necesita observar los dóciles (oh, ansiosos) pies—; pensaba —¿Qué suspiro de las almas entrelazadas han escuchado la mirada de oídos murmurantes de esta apartada viña o arbusto? ¿qué voto, qué promesa, qué ordenada llama arrebatada ha coronado la lluvia de color lila de esta glicina, la disolución de esta pesada rosa? Pero lo mejor de todo, mucho mejor que esto, la vida real y la soñadora carne. Oh no, no estaba espionando mientras soñaba desde el abrigo del



escondite de mi propio arbusto o mi viña igual que yo creía que ella soñaba sobre el escondido asiento que mantenía una huella invisible de los muslos ausentes como la arena alisada, el millón de nervios de los dedos de la fronda y la hoja, el mismo sol y las constelaciones lunares que le habían contemplado a él, el aire circundante, aún conservaban su pisada, su sombra pasando, su rostro, su voz hablando, su nombre: Charles Bon, Charles Bueno, Charles que-pronto-será-marido. No, no espando, ni siquiera escondiéndome, yo que era lo suficientemente niña como para no necesitar esconderme, cuya presencia no habría sido una violación aunque él se sentara con ella, aunque lo suficientemente mujer como para haberse acercado a ella con el derecho a ser recibida (tal vez con placer, gratitud) en esa virginal confianza sin vergüenza en la que las jóvenes muchachas hablan de amor —Sí, lo suficientemente niña para ir hasta ella y decir —Déjame dormir contigo—; lo suficientemente mujer para decir —Acostémonos juntas mientras me cuentas lo que es el amor—, pero que no lo hice porque habría tenido que decir —No me hables de amor sino déjame que te cuente, yo que sé más sobre el amor de lo que tú nunca sabrás o necesitarás—. Entonces mi padre regresó y fue a buscarme y me llevó a casa y me convertí de nuevo en algo indefinible demasiado alta para ser una niña aunque demasiado baja para ser una mujer, con los trajes inapropiados que mi tía había dejado, llevando una casa inadecuada, yo que no estaba espando, escondiéndome, sino aguardando, observando, no una recompensa, ni agradecimientos, yo que no lo amaba del modo que implicamos porque no hay amor de ese tipo sin esperanza; que (si era amor) amaba de esa manera más allá del alcance de los libros fáciles: ese amor que da lo que nunca tuvo —esa cantidad módica de peniques que es el todo del donante pero cuyo peso infinitesimal no añade nada a la sustancia del amado— y aun así lo entregué. Y no a él, a ella; es como si le dijera a ella, —Ten, toma también esto. No puedes amarlo como debería ser amado, aunque no sentirá más el peso de esta entrega de lo que notaría su falta, pero puede llegar un momento en vuestra vida de casados en el que él hallará esta partícula diminuta igual que podrías encontrar un pequeño y estrecho tallo pálido escondido en uno de nuestros macizos de flores y detenerte y decir, —¿De dónde ha venido esto?—; sólo necesitas responder, —No sé—. Y entonces regresé a casa y permanecí cinco años, escuché el eco de un disparo, subí corriendo un tramo de escaleras de pesadilla, y encontré...

Bueno, una mujer tranquila de pie con un vestido de algodón ante una puerta cerrada por la que no me permitiría pasar —una mujer más extraña para mí que para cualquier pena por ser menos que su compañera— una mujer que decía —¿Sí, Rosa? — tranquilamente en mitad de mi carrera que (ahora lo sé) había comenzado cinco años antes, ya que él también había estado en mi casa y no había dejado mayor huella de la que había dejado en la de Ellen, donde había sido apenas una forma, una sombra: no la de un hombre, un ser, sino de alguna extraña pieza del mobiliario —jarrón o silla o escritorio— que Ellen anhelaba, como si su misma impresión (o carencia de ésta) sobre las paredes Coldfield o Sutpen ostentara la portentosa profecía

de lo que iba a ser; —Sí, corriendo desde ese primer año (aquel año anterior a la guerra) durante el que Ellen me habló del ajuar (y era mi ajuar), del esplendor de ensueño de la entrega que era mi entrega, que tenía tan poco que entregar que era todo lo que tenía porque existe ese podría-haber-sido que es la única roca a la que nos aferramos por encima del oleaje de la insoportable realidad;— los cuatro años mientras yo creía que ella esperaba como yo esperaba, cuando el mundo estable que se nos había enseñado a conocer se disolvió entre el fuego y el humo hasta que la paz y la seguridad se esfumaron y el orgullo y la esperanza y sólo quedó el mermado honor de los veteranos y el amor. Sí, debería, debió, ser amor y fe: nos lo dejaron los padres, maridos, amados, hermanos, que llevaron el orgullo y la esperanza de paz a la vanguardia del honor igual que lo hicieron con las banderas; debieron ser ellos, de otro modo ¿por qué luchan los hombres? ¿por qué otra cosa merece la pena morir? Sí, no morir por el vacío sentido del honor, ni el orgullo ni la paz, sino por ese amor y esa fe que dejaron atrás. Porque él iba a morir; lo sé, lo sabía, igual que el orgullo y la paz lo harían: ¿cómo si no se prueba la inmortalidad del amor? Pero no el amor, no la fe misma, ellos mismos. El amor sin la esperanza tal vez, fe con poco por lo que estar orgulloso: pero al menos el amor y la fe por encima del asesinato y la locura, para por lo menos salvar del humillado polvo acusado algo del antiguo encanto perdido del corazón. —Sí, la encontré de pie delante de esa puerta cerrada que yo no pasaría (y que ella misma no pasaría de nuevo que yo supiera hasta que Jones y el otro hombre subieron el ataúd por las escaleras) con el retrato colgando a su lado y su rostro completamente sereno, mirándome durante un instante y elevando su voz lo suficiente como para ser escuchada en el vestíbulo inferior: —Clytie. La señorita Rosa se quedará a cenar; será mejor que saques más comida—: entonces —¿Bajamos? Tendré que hablarle al señor Jones sobre algunas tablas y clavos.

Eso fue todo. O mejor, no todo, ya que no hay un todo, no hay un final; no sufrimos por el golpe sino por su tedioso anticlímax resonante, las consecuencias de baja calidad que tenemos que limpiar del umbral de la desesperación. ¿Lo ve?, nunca lo vi. Ni siquiera lo vi muerto. Escuché el eco, pero no el disparo; vi una puerta cerrada pero no entré: recuerdo que esa tarde en la que cargamos el ataúd desde la casa (Jones y otro hombre blanco que él creó, exhumó, de algún lugar lo hicieron con tablas arrancadas de la cochera; recuerdo que mientras comíamos el almuerzo que Judith —sí, Judith: el mismo rostro calmado frío y sereno por encima del hornillo— había cocinado, lo comimos en la misma habitación en la que él yacía, podíamos oírles martilleando y serrando en el patio trasero, y vi a Judith una vez, con un descolorido sombrero de algodón haciendo juego con el vestido, dándoles instrucciones sobre cómo hacerlo; recuerdo que durante toda aquella lenta y soleada tarde ellos martillaron y serraron justo debajo de la ventana del salón trasero—el lento, enloquecedor raa taa raa taa raa de la sierra, los monótonos golpes lentos del martillo que parecía como si cada uno fuera el último pero no lo era, se repetían y se reanudaban justo cuando la atenuación embotadora de los nervios cansados, se

extendía más allá de la resistencia, se relajaba hasta el silencio y entonces tenía que gritar de nuevo: hasta que al final salí (y vi a Judith en el granero entre una nube de pollos, su mandil como una cuna para los huevos recogidos) y les pregunté ¿por qué? ¿por qué allí? ¿por qué tenía que ser justamente allí? Y ambos pararon largo tiempo y más que suficiente para que Jones girara y escupiera de nuevo y dijera, —Porque no estaría tan lejos para cargar la caja—: y antes de que les diera la espalda él —uno de ellos— añadió además con un sorprendente y torpe razonamiento de la inercia, que —Incluso sería más fácil bajarlo y clavar las tablas a su alrededor, sólo que tal vez a la señorita Judith no le gustaría)—, recuerdo que mientras lo bajábamos por las escaleras y hasta la carreta que estaba esperando intenté llevar todo el peso del ataúd para probarme a mí misma que él se encontraba realmente dentro. Y no pude decirlo. Yo fui una de las que llevó su cadáver, pero no pude, no creí que algo que yo no conocía no podía sino ser así. Porque nunca lo vi. ¿Lo comprende? Hay algunas cosas que nos ocurren que la inteligencia y los sentidos rechazan igual que el estómago a veces rechaza lo que el paladar ha admitido pero que la digestión no puede abarcar —acontecimientos que nos dejan de piedra como si por una intervención intangible, como una lámina de cristal a través de la que contemplamos cómo acontecen todos los hechos sucesivos como en un vacío insonoro, y se debilitan, se desvanecen; desaparecen, dejándonos inmóviles, impotentes, desamparados; fijos, hasta que podemos morir. Ésa era yo. Yo estaba allí; algo de mí caminó con un cuidado ritmo junto al medido andar de Jones y su compañero, y Theophilus McCaslin<sup>[52]</sup> que se había enterado de algún modo de las noticias en la ciudad, y Clytie mientras cargábamos la desmañada e incontrolable caja pasando la cerrada curva de la escalera mientras Judith, siguiéndonos, la estabilizaba desde atrás, y así hasta abajo y la carreta que aguardaba; algo de mí permaneció de pie junto a la tierra excavada en la sombría oscuridad de los cedros y escuchó el torpe redoble de la tierra sobre la madera y respondió No cuando Judith dijo desde la cabecera de la tumba, —Era un católico. Sabe alguno de ustedes cómo los católicos...— y Theophilus McCaslin dijo, —Que les zurzan a los católicos; era un soldado. Y puedo rezar por cualquier soldado confederado— y entonces gritó con su estridente grave voz cacofónica y fuerte de hombre anciano: —Yaaaay, ¡Forrest<sup>[53]</sup>! Yaaaay, ¡John Sartoris! ¡Yaaaaaay!— Y algo caminó con Judith y Clytie de vuelta a través de ese campo en el atardecer y respondió con una serena suspensión extraña a la serena voz calmada que hablaba de cultivar trigo y cortar madera para el invierno, y en la cocina iluminada por la lámpara esta vez ayudó a hacer el almuerzo y ayudó también a comerla dentro de la habitación bajo el techo donde él ya no yacía, y se fue a la cama (sí, tomó una vela de esa firme mano que no temblaba y pensó —Ni siquiera lloró— y entonces en un espejo iluminado por la lámpara vio mi propio rostro y pensó —Ni tú tampoco—) dentro de esa casa en la que él había permanecido durante un breve (y esta vez definitivo) espacio de tiempo y no había dejado rastro de él, ni siquiera lágrimas. Sí. Un día él no estaba. Entonces estaba. Luego no estaba. Fue demasiado corto,

demasiado rápido, demasiado apresurado; seis horas de una tarde de verano lo contemplaron todo —un espacio demasiado breve para dejar siquiera la huella de un cuerpo sobre un colchón, y la sangre puede provenir de cualquier lugar— si hubo sangre, ya que yo nunca lo vi a él. Con todo lo que se me permitía saber, no teníamos un cadáver; ni siquiera teníamos un asesino (no hablamos de Henry aquel día, ninguna de nosotras; yo no dije —la tía, la soltera— ¿Parecía estar bien o parecía enfermo? —no mencioné ninguno de los mil asuntos triviales con los que la indómita sangre femenina ignora el mundo del hombre en el que el pariente consanguíneo muestra el valor o cobardía, la locura o el deseo o el miedo, por los que sus amigos lo alaban o lo crucifican) que llegó y abrió con violencia una puerta y gritó su crimen y desapareció, que por el hecho de que aún estaba vivo era justamente mucho más sombrío que la abstracción que habíamos encerrado en la caja— un disparo escuchado sólo por su eco, un extraño caballo macilento medio salvaje, frenado y con la silla vacía, las bolsas de la montura conteniendo una pistola, una gastada camisa limpia, una hogaza de pan como el hierro, atrapado por un hombre a cuatro millas de distancia y dos días después mientras intentaba forzar la puerta de su establo. Sí, más que eso: él estaba ausente, y estaba; regresó, y no estaba; tres mujeres pusieron algo en la tierra y lo cubrieron y él nunca había estado.

Ahora me preguntará por qué permanecí allí. Podría decir, no sé, podría dar diez mil razones insignificantes, todas falsas, y me creerías: —que me quedé por la comida, que podría haber peinado zanjas y macizos de malas hierbas, crear y trabajar un jardín en mi casa en la ciudad igual que aquí, sin tener en cuenta a los vecinos, amigos cuyas propinas podría haber aceptado, ya que la necesidad posee una manera de olvidar de nuestra conducta varios escrúpulos delicados en cuanto al honor y el orgullo; que me quedé por el cobijo, que tenía un techo propio ahora a un precio muy bajo en verdad; o que me quedé por la compañía, que podría haber tenido en casa de los vecinos que eran al menos de mi clase, que me habían conocido toda la vida e incluso más en el sentido de que no sólo ellos pensaban como yo pensaba sino como mis antepasados pensaban, mientras que aquí tenía la compañía de una mujer a la que, con todo era pariente consanguínea mía, yo no comprendía y, si lo que mi observación me garantizaba para creer como cierto, yo no quería comprender, y otra que era tan extraña para mí y para todo lo que yo era que podríamos no sólo haber sido de razas distintas (que lo éramos), no sólo de sexo distinto (que no lo éramos), sino de especies distintas, sin hablar una lengua que la otra comprendiera, las mismas palabras sencillas con las que éramos obligadas a adaptar nuestros días la una a la otra siendo incluso menos ilativas de pensamiento o intención que los sonidos que una bestia o un pájaro se podrían hacer el uno al otro. Pero yo no digo ninguna de éstas. Permanecía allí y esperé a que llegara Thomas Sutpen. Sí. Dirá (o creerá) que incluso entonces esperé para comprometerme con él; si dijera que no lo hice, creería que miento. Pero en verdad digo que no lo hice. Esperé por él del mismo modo que Judith y Clytie esperaron por él: porque ahora él era todo lo que teníamos, todo lo que

nos daba una razón para continuar existiendo, comiendo la comida y durmiendo y despertando y alzándonos de nuevo: sabiendo que él nos necesitaría, sabiendo como sabíamos (que lo conocíamos) que inmediatamente comenzaría a salvar lo que quedaba del Ciento de Sutpen y lo restauraría. No que lo necesitábamos o lo necesitaríamos. (No había pensado ni por un instante en matrimonio, jamás por un instante imaginé que me observaría, me miraría, ya que nunca lo había hecho. Puede creer en mí, porque no me andaré con rodeos para decir eso cuando llegue el momento en el que le diga cuando pensé en ello). No. Ni siquiera fue necesario el primer día de la vida que íbamos a llevar juntos para mostrarnos que no lo necesitábamos, no teníamos necesidad de ningún hombre mientras que Wash Jones viviera o se quedara allí —yo que había llevado la casa de mi padre y él estuvo vivo durante cuatro años, Judith que había hecho lo mismo estando allí, y Clytie que podía cortar un tronco de madera o hacer un surco mejor (o al menos más deprisa) que el mismo Jones—. Y éste es el triste hecho, uno de los más tristes: el cansado hastío que el corazón y el espíritu sienten ya no necesitan eso para cuya necesidad ellos (el espíritu y el corazón) son necesarios. No. No lo necesitábamos, ni siquiera vicariamente, que ni siquiera podría unirse a él en su furioso (esa casi loca intención que trajo consigo a casa, parecía proyectarse, radiar por delante de él antes de que desmontara) deseo de restaurar el lugar a lo que había sido por lo que había sacrificado piedad y caballerosidad y amor y todas las buenas virtudes —si es que alguna vez las había tenido para sacrificarlas, había sentido su falta, la había deseado de otros. Ni siquiera eso. Ni Judith ni yo deseábamos eso. Tal vez era porque no creíamos que pudiera hacerse, pero creo que era más que eso: que ahora vivíamos en una apatía que era casi paz, como la de la misma ciega tierra insensible que no sueña con el tallo o el botón de una flor, no envidia la musical soledad etérea de las hojas brotando que ella nutre.

Así que lo esperamos. Llevamos las ocupadas vidas sin acontecimientos de tres monjas en un convento estéril y golpeado por la pobreza: los muros que poseíamos eran seguros, lo suficientemente impenetrables, aunque no le importara a los muros si comíamos o no. Y amistosamente, no como dos mujeres blancas y una negra, no como tres negras ni tres blancas, ni siquiera como tres mujeres, sino simplemente como tres criaturas que aún poseían la necesidad de comer pero sin obtener placer en ello, la necesidad de dormir pero sin gozo en el cansancio o en la regeneración y en las que el sexo era alguna atrofia olvidada como las agallas rudimentarias que llamamos amígdalas o los pulgares que aún se oponen por la antigua escalada. Cuidamos la casa, la parte de la casa en la que vivíamos, que utilizábamos; cuidamos la habitación a la que Thomas Sutpen regresaría —no la que él dejó, siendo un marido, sino a la que regresaría siendo un viudo sin hijo, estéril de esa posteridad que él sin duda debió haber deseado que pasó las molestias y gastos de criar hijos y alojarlos entre muebles importados bajo las arañas de cristal— de igual modo que conservamos la habitación de Henry, está como Judith y Clytie la conservaron, como

si no hubiera subido corriendo las escaleras aquella tarde de verano y entonces las hubiera bajado de nuevo; cultivamos y cuidamos y cosechamos con nuestras propias manos la comida que comíamos, creamos y trabajamos ese huerto igual que cocinamos y comimos el alimento que surgió de él: sin distinción entre las tres de edad o color sino sólo como que podíamos encender el fuego y remover la cacerola o eliminar las malas hierbas de un macizo o llevar este mandil lleno de maíz al molino para hacerlo comida con menos coste en tiempo o gasto para el bien general que las otras obligaciones. Era como si fuéramos un solo ser, intercambiable e indiferente, que cultivaba el huerto, hilaba y tejía la tela que llevábamos, buscaba y encontraba y recogía las pobres hierbas al lado de la acequia para proteger y garantizar el compromiso espartano que osamos o tuvimos tiempo de hacer con la enfermedad, acosaba y hostigaba a Jones para que cultivara el trigo y cortara la leña que sería nuestro calor y sustento durante el invierno; —las tres, tres mujeres: yo empujada por las circunstancias a una edad temprana a ser un ama de casa ahorrativa que podría haber vivido igual sobre una roca de un faro, que no me había enseñado a cultivar un macizo de flores siquiera, por no decir un huerto, que me había enseñado a considerar el combustible y la carne como algo que parece por su propia voluntad en una caja de madera o un estante de una despensa; Judith creada por las circunstancias (¿las circunstancias? cien años de cuidadosa alimentación, tal vez no de sangre, no de sangre Coldfield, sino ciertamente de la tradición en la que la implacabilidad de Sutpen habrá esculpido un nicho) para pasar por las suaves etapas aisladas e ilesas de crisálida: pimplito, prolífica reina servida, después potente matriarca de manos suaves de un contenido sereno de vejez y bien vivido— Judith impedida por lo que en mí eran algunos años de ignorancia pero que en ella era diez generaciones de prohibición férrea, que no había aprendido ese primer principio de penuria que es escatimar y ahorrar por el mero hecho de escatimar y ahorrar, que (e incitada por Clytie) cocinaría el doble de lo que podíamos comer y el triple de lo que podíamos permitirnos y dárselo a cualquiera, a cualquier extraño en una tierra que ya se comenzaba a llenar de soldados rezagados que se detenían y le pedían; y (también) Clytie. Clytie, no una inepta, cualquier cosa menos inepta: perversa inescrutable y paradójica: libre, aunque incapaz de tener libertad ella que nunca se había llamado a sí misma esclava, manteniendo fidelidad a nadie igual que el indolente y solitario lobo u oso (sí, salvaje: mitad negra sin domesticar, mitad sangre de Sutpen: y si «sin domesticar» es sinónimo de «salvaje» entonces «Sutpen» es la silenciosa crueldad insomne del látigo del domador) cuya falsa apariencia lo mantiene dócil ante la mano del miedo pero que no lo es, si esto es fidelidad, fidelidad sólo al primario principio establecido de su propio salvajismo; —Clytie que en la misma pigmentación de su piel reflejaba esa derrota que nos había llevado a Judith y a mí a lo que éramos y que había hecho de ella (Clytie) eso que renunciaba a ser igual que renunciaba a ser aquello cuyo propósito había sido liberarla, como observando distante todo lo nuevo, ella permaneció allí deliberadamente para recordarnos a nosotras el amenazante

prodigio de lo que venía del pasado<sup>[54]</sup>.

Éramos tres extrañas. No sabía lo que pensaba Clytie, qué vida llevaba que la comida que cultivábamos y cocinábamos al unísono, la tela que hilábamos y tejíamos juntas, nos alimentaba y daba cobijo. Pero esperaba eso porque éramos enemigas, oh honorables, declaradas. Pero ni siquiera yo sabía lo que Judith pensaba y sentía. Dormíamos en la misma habitación, las tres (esto era para más que preservar la leña que nosotras mismas teníamos que cargar. Lo hacíamos por seguridad. Era invierno y los soldados ya estaban empezando a regresar —los rezagados, no todos ellos vagabundos, rufianes, sino hombres que habían arriesgado y perdido todo, sufrido más allá de lo soportable y habían regresado a una tierra en minas, no los mismos hombres que habían marchado sino transformados— y esto lo peor, la suprema degradación a la que la guerra lleva al espíritu, el alma —a semejanza de ese hombre que abusa del desesperado y compadece a la amada esposa o amante que ha sido violada durante su ausencia. Teníamos miedo. Les dábamos comida, les dábamos todo lo que teníamos y habríamos curado sus heridas y les habríamos dejado sanos de nuevo si hubiéramos podido. Pero teníamos miedo de ellos), nos levantábamos y cumplíamos las aburridas obligaciones inacabables que suponía simplemente el aferrarse a la vida y al aliento; nos sentábamos frente al fuego después de la cena, las tres en ese estado en el que los mismos huesos y músculos están demasiado cansados para descansar; cuando el atenuado e invencible espíritu ha cambiado y modelado incluso la desesperanza en el fácil olvido de un traje desgastado, y hablábamos, hablábamos de cientos de cosas —las repetidas trivialidades cansinas de nuestras vidas diarias, de mil cosas excepto de una. Hablábamos de él, Thomas Sutpen, del final de la Guerra (ahora todos podíamos verlo) y de cuando regresaría, de lo que haría: cómo comenzaría la tarea hercúlea que sabíamos que él mismo impondría, hacia la que (oh sí, también sabíamos esto) sin duda nos arrastraría con la antigua implacabilidad tanto si lo queríamos como si no; hablábamos de Henry, tranquilamente —esa normal e inútil preocupación femenina impotente por el varón ausente— cómo le iba, si tenía frío o hambre o no, igual que hablábamos de su padre, como si ellos y nosotras aún viviéramos en esa época en la que el disparo, las frenéticas pisadas corriendo, habían tenido lugar y se habían borrado, como si aquella tarde nunca hubiera existido. Pero no mencionamos ni una vez a Charles Bon. Hubo dos tardes al final del otoño en las que Judith estuvo ausente, regresando a la hora de la cena serena y calmada. No le pregunté y no la seguí, aunque sabía y sabía que Clytie sabía que se había marchado a limpiar la sepultura de hojas muertas y corteza seca de los cedros —ese montículo desapareciendo lentamente en la tierra, debajo de la que no había enterrado nada. No, no había habido un disparo. Ese sonido era el agudo y último golpe seco de una puerta entre nosotras y eso fue todo, todo lo que podía haber sido— una separación retroactiva del curso de los acontecimientos: un instante cristalizado para siempre en un tiempo inestimable conseguido por tres mujeres débiles aunque indomables, precediendo el hecho completado que nosotras

rechazamos, negamos, robamos la presa al hermano, le arrancamos su propia bala al asesino de su víctima. Así fue como vivimos durante siete meses. Y entonces una tarde de enero Thomas Sutpen regresó a casa; alguien levantó la vista de donde estábamos preparando el huerto para las viandas del año y lo vio cabalgar por el camino. Y entonces una noche me comprometí en matrimonio con él.

Me llevó sólo tres meses. (¿Se da cuenta de que no digo él, sino yo?) Sí, yo, sólo tres meses, que durante veinte años lo había mirado (cuando lo hacía —tenía que— mirarlo) como a un ogro, alguna bestia salida de un cuento con el que asustar a los niños; que había visto a los suyos que ya encima del cadáver de mi hermana comenzaron a destruirse mutuamente; pero que tenía que ir hasta él a la primera oportunidad como un perro al que se le silba, aquel mediodía cuando él que me había estado mirando durante veinte años alzaría su cabeza y se detendría y me miraría. Oh, no siento pena por mí que podría (y desearía; oh, sin duda ya habría) darle mil razones engañosas lo suficientemente buenas para las mujeres, partiendo de la inconsistencia natural de la mujer hacia el deseo (o incluso la esperanza) de una posible fortuna, posición, o incluso el miedo a morir sin un hombre que (eso te dirán sin duda) las ancianas damas siempre tienen, o por venganza. No. No siento pena por mí. Pude haber ido a casa y no lo hice. Tal vez debería haber ido a casa. Pero no lo hice. Como Judith y Clytie dijeron, permanecí allí delante del podrido pórtico y lo contemplé cabalgar sobre ese caballo macilento y agotado sobre el que no parecía sentarse sino proyectarse por delante igual que un espejismo, con una fiera rigidez dinámica de impaciencia que el agotado caballo, la montura, las botas, el abrigo del color de las hojas y desgastado con sus galones deslustrados y sacudiéndose que contenía el sensitivo aunque intranquilo caparazón, no podía emularlo, que parecía precederle según él desmontaba y por lo que dijo —Bueno, hija— y se detuvo y tocó la frente de Judith con su barba, quien no se había, no lo hizo, movido, que permaneció rígida y quieta e inamovible en su rostro, y dentro del cual pronunciaron cuatro frases, cuatro frases con palabras simples directas por las que sentí ese raptó de sangre comunal que había sentido ese día mientras Clytie me retenía en las escaleras: —¿Henry no está...? —No. No está aquí. —Oh. ¿Y...? —Sí. Henry lo mató—. y entonces se deshizo en lágrimas. Sí, se deshizo, que todavía no había llorado, que había descendido aquellas escaleras y llevado desde entonces ese sereno rostro frío que me había detenido en medio de mi carrera delante de esa puerta cerrada; sí, se deshizo, como si esa completa acumulación de siete meses estuviera emanando espontáneamente de cada poro en un increíble fluir (ella no se movía, no movía ningún músculo) y entonces desapareció, se desvaneció tan súbitamente como si la misma aura fiera y árida en la que él la había encerrado estuviera secando las lágrimas más rápido de lo que emergían: y aún de pie con las manos sobre los hombros de ella y miró a Clytie y dijo, —Oh, Clytie— y entonces a mí —el mismo rostro que yo había visto al final, sólo que un poco más delgado, los mismos ojos implacables, el cabello un poco canoso, y ningún reconocimiento en el rostro hasta



que Judith dijo—, Es Rosa. Tía Rosa. Ahora vive aquí.

Eso fue todo. Él cabalgó por el sendero y hasta nuestras vidas y no dejaron ningún murmullo esas increíbles e instantáneas lágrimas. Porque él mismo no estaba allí, no en la casa en la que pasábamos nuestros días, no se había detenido allí. El caparazón de él estaba allí, utilizando la habitación que habíamos conservado para él y comiendo la comida que habíamos producido y preparado como si no pudiera sentir la suavidad de la cama ni establecer una diferencia entre ningún manjar en cuanto a calidad o sabor. Sí. Él no se encontraba allí. Algo comía con nosotras; le hablábamos y contestaba a las preguntas; se sentaba con nosotras frente al fuego por la noche y, levantándose sin ningún aviso de alguna profunda y aturdida absoluta inercia, hablaba, no a nosotras, a los seis oídos, las tres mentes capaces de escuchar, sino al aire, la expectativa y decadente presencia hosca, el espíritu, de la casa misma, diciendo eso que sonaba como la rimbombancia de un loco que crea dentro de los muros de su propio ataúd sus fabulosos e inmensurables Camelotes y Carcasonas<sup>[55]</sup>. No ausente del lugar, el arbitrario cuadrado de tierra que él había llamado el Ciento de Sutpen: no eso desde luego. Estaba ausente sólo de la habitación, y eso porque tenía que estar en otro lugar, una parte de él rodeando cada campo en ruinas y valla caída y desmoronada pared de una choza o algodонера o molino; él mismo difuso y en solución sostenido por esa eléctrica y furiosa premura inmóvil y la conciencia del poco tiempo y la necesidad de apresurarse como si hubiera tomado aliento y mirado alrededor y se hubiera dado cuenta de que era anciano (tenía cincuenta y nueve años) y estuviera preocupado (no asustado: preocupado) no porque la edad le pudiera haber dejado impotente para hacer lo que tenía intención de hacer, sino de que no pudiera tener tiempo para hacerlo antes de morir. Teníamos razón respecto a lo que pretendía hacer: no se detendría para tomar aliento antes de encargarse de restaurar su casa y su plantación tanto como era posible hasta lo que había sido. No sabíamos cómo lo llevaría a cabo, ni creo que él lo hiciera. Él no podía haberlo sabido, que llegó a casa sin nada, a la nada, a cuatro años que eran menos que nada. Pero eso no lo detuvo, no lo intimidó. Él era esa vigilante furia fría del apostador que sabe que de todos modos puede perder pero que con el reposo de un segundo del constante deseo fiero está seguro de hacerlo: y que mantiene la incertidumbre sin cristalizar por la mera manipulación fiera de la baraja o los dados hasta que los conductos o glándulas de la suerte comienzan a aflorar de nuevo. No se detuvo, no se tomó ese día o dos para dejar que los huesos y la carne de cincuenta y nueve años se recuperaran —un día o dos en los que podría haber hablado, no sobre nosotras y lo que él había estado haciendo, sino sobre sí mismo, los últimos cuatro años (por todo lo que él nos contó, podía no haber habido ninguna guerra, o que hubiera sido en otro planeta y sin interés suyo que se hubiera arriesgado en ella, sin que su carne y su sangre sufrieran por ella) — ese período natural durante el que la amarga aunque no mermada derrota podía haberse agotado a sí misma hasta algo como la paz, como la tranquilidad en el ultrajante e incrédulo recuento (que permite al hombre reconciliarse con la vida) de

ese ligero equilibrio entre la victoria y el desastre que hace a esa derrota insoportable que, volviéndose contra él, aunque declinara matarle a él, que aún vivo, no puede soportar vivir con ello.

Apenas lo veíamos. Se ausentaba desde el alba hasta el anochecer, él y Jones y otro hombre u otros dos que él había conseguido en algún lugar y pagado con algo, tal vez con la misma moneda con la que había pagado al arquitecto extranjero —zalamería, promesa, amenaza, y al final la fuerza. Ése fue el invierno cuando comenzamos a comprender lo que significaba un político y la gente —las mujeres— cerraban las puertas y ventanas por la noche y comenzaron a asustarse mutuamente con historias sobre levantamientos de negros, cuando la arruinada, la abandonada tierra en barbecho durante cuatro años permaneció más inactiva que nunca mientras los hombres con pistolas en los bolsillos se reunían a diario en secretos lugares de encuentro en las ciudades. Él no era uno de éstos; recuerdo que una noche una delegación hizo una visita, cabalgaron a través del lodo de principios de marzo y lo empujaron a un sí o un no definitivo, con ellos o contra ellos, amigo o enemigo: y él lo rechazó, se negó, les ofreció (sin un cambio en el macilento rostro implacable ni en el nivel de la voz) un desafío si era eso lo que deseaban, diciéndoles que si cada hombre en el Sur hiciera lo que él mismo estaba haciendo, contemplaría la restauración de su propia tierra, toda la tierra y el Sur se salvaría a sí mismo: y los condujo desde la habitación y desde la casa y permaneció de pie sencillo en el umbral sujetando la lámpara por encima de la cabeza mientras su representante lanzó su ultimátum: —Esto puede ser la guerra, Sutpen—, y contestó, —Estoy acostumbrado a ella—. Oh sí, lo observé, contemplé su furia solitaria de hombre mayor luchando ahora no contra la testaruda aunque poco a poco dócil tierra como había hecho antes, sino contra el peso encomiable de la ya nueva era como si él estuviera intentando detener un río con sus desnudas manos y un guijarro: y esto por la misma falsa ilusión de recompensa que le había fallado (¿fallado? traicionado: y esta vez lo destruiría) una vez; yo misma ahora vi la analogía: la funesta trayectoria curvada de círculo acelerado de su orgullo implacable, su deseo por una magnificencia vana, aunque entonces no lo hice. ¿Y cómo podía? con los veinte cumplidos en verdad pero aún una niña, todavía viviendo en ese corredor como un útero en el que el mundo no llegaba como un eco viviente sino como una incomprensible sombra muerta, en el que con el asombro tranquilo y sereno asombro de un niño contemplé las bufonadas de espejismo de hombres y mujeres —mi padre, mi hermana, Thomas Sutpen, Judith, Henry, Charles Bon— llamadas honor, principio, matrimonio, amor, duelo, muerte; la niña que observándolo no era una niña sino una de las del triunvirato madre-mujer que nosotras tres, Judith Clytie y yo, formábamos, que alimentaba y vestía y mantenía caliente el estático caparazón y así proporcionaba desahogo y oportunidad a la vana ilusión fiera y así decía —Al menos mi vida vale algo, aunque sólo proteja y guarde la traviesa furia de un niño loco—. Y entonces una tarde (yo estaba en el huerto con una azada, adonde llegaba el camino desde el establo) levanté la vista y lo

vi contemplándome. Me había visto durante veinte años, pero ahora me estaba observando; estaba allí de pie en el sendero mirándome, en mitad de la tarde. Eso fue: debería haber sido en mitad de la tarde, cuando él no debería haber estado en ningún lugar cerca de la casa sino a millas de distancia e invisible en algún lugar entre sus cien millas cuadradas que ellos aún no se habían tomado la molestia de quitarle, tal vez no en este punto o en aquel punto sino difuminado (no atenuado hasta la delgadez sino engrandecido, magnificado, abarcando como en un instante prolongado e ininterrumpido de un tremendo esfuerzo abrazando y manteniendo intacto ese cuadrado de diez millas mientras se enfrentaba al borde del desastre, invencible y sin temor, lo que debió haber sabido que sería la derrota final) pero en vez de esto permaneció de pie en el sendero mirándome con algo extraño y curioso en su rostro como si el granero y el sendero en el momento en el que pudo verle hubiera emergido de un pantano y no hubiera sido advertido de que iba a penetrar la luz, y entonces continuó —el rostro, el mismo rostro: no era amor; no digo eso, ni caballerosidad ni piedad: sólo una repentina explosión de luz, iluminación, al que se le había dicho que su hijo había cometido un asesinato y se había desvanecido y dijo —Oh. Bien, Clytie—. Prosiguió hasta la casa. Pero no era amor: no afirmo eso; no siento piedad por mí, no lo excuso: Podía haber dicho que me había necesitado, que me había utilizado; ¿por qué debería rebelarme ahora, porque me utilizara? pero no lo dije; podía decirlo esta vez, no lo sé y diría la verdad. Porque no lo sé. Él se fue; ni siquiera lo supe ya que hay un metabolismo del espíritu igual que de las entrañas, en el que las acumulaciones almacenadas durante tiempo se queman, se generan, se crean y rompen alguna doncellez de la carne voraz; oh, en un segundo de tiempo; —sí, perdidos los convencionalismos emergentes del no puedo, no quiero, nunca lo haré en un instante colérico de fiero olvido. Ése fue mi instante, yo que podía haberme ido entonces y no lo hice, que me di cuenta de que se había marchado y no recordé cuándo se había alejado caminando, que encontré mi tierra terminada sin recordar cuándo la terminé, que me senté en la mesa a cenar aquella noche con el familiar caparazón nebuloso al que nos habíamos acostumbrado (él no me miró durante el almuerzo; entonces podría haber dicho, Un caudal de sueños arrastra la carne incorregible: pero no lo hice) y entonces delante del fuego en el dormitorio de Judith permanecimos sentadas como siempre lo hacíamos hasta que él llegó a la puerta y nos miró y dijo, —Judith, tú y Clytie...— y cesó, aún entrando, entonces dijo, —No, no importa. A Rosa no le importará si ambas lo escucháis también, ya que tenemos poco tiempo y estamos ocupados con lo que tenemos— y llegó y se detuvo y puso la mano sobre mi cabeza y (no sé qué miró mientras hablaba, sólo que por el sonido de su voz no era a nosotras ni a nada en esa habitación) dijo, —Puedes pensar que no fui un buen marido para tu hermana Ellen. Posiblemente lo hagas. Pero aunque no tengas en cuenta el hecho de que ahora soy mayor, creo que puedo prometer que no seré malo al menos contigo.

Ése fue mi cortejo. Esa mirada que duró un minuto y fue intercambiada en el

jardín de una cocina, esa mano sobre mi cabeza en la habitación de su hija; un ucase, un decreto, una jactancia serena y florida como una frase (Ay, pronunciada con la misma actitud) que no era para ser pronunciada ni escuchada sino leída grabada en la suave piedra que impide una efigie olvidada y anónima. No lo excuso. No reclamo una disculpa, ni piedad, yo que no respondí —lo haré— no porque no se me preguntara, sino porque no había lugar, ocasión o momento para responder. Porque yo podía haber dado una respuesta. Podía haber forzado esa ocasión si hubiera deseado hacerlo —una ocasión no creada para ajustarse a un suave —sí— sino el frenético latigazo de alguna ciega y desesperada arma femenina, cuya herida había gritado —¡No! ¡No!— y —¡Socorro!— y —¡Sálvame!—. No, ninguna disculpa, ni piedad, yo que ni siquiera me moví, que me senté debajo de la mano de ese duro y olvidado ogro de mi infancia y lo escuché hablar a Judith, escuché las pisadas de Judith, vi la mano de Judith, aunque no a Judith —esa palma en la que yo leía igual que si lo hiciera de una crónica impresa, la orfandad, las penalidades, la falta de amor, los cuatro duros e infructuosos años trabajando en el telar, el hacha y el azadón y todas las demás herramientas que usan los hombres: y sobre ella el anillo que él le dio a ella en la iglesia casi treinta años antes. Sí, la analogía y paradoja y también locura. Me senté allí y sentí, no observé, cómo él deslizaba el anillo por mi dedo (ahora él también estaba sentado en la silla de Clytie mientras ella permanecía de pie al alcance del fuego junto a la chimenea) y escuché su voz igual que Ellen debió escucharla en el abril de su propio espíritu treinta años antes: él no hablaba de mí o de amor o de matrimonio, ni siquiera de él mismo y a ningún mortal cuerdo escuchando no por la cordura, sino a las mismas fuerzas oscuras del destino que él había evocado y desafiado, por ese salvaje sueño fanfarrón en el que un intacto Ciento de Sutpen que ya no más poseía vida real ahora (y no la poseería jamás) que había poseído cuando Ellen la escuchó por primera vez, como si en la restauración de ese anillo a un dedo con vida él hubiera retrocedido veinte años y los hubiera detenido, congelado. Sí. Permanecí sentada y escuché su voz y me dije a mí misma, —Bueno, está loco. Decretará que este matrimonio se celebre esta noche y llevará a cabo su propia ceremonia, será novio y ministro; pronunciará su propia salvaje bendición con la vela junto a la cama en su mano: y yo también estoy loca, porque como asentiré, sucumbiré; lo encubriré y me hundiré—. No, no pido disculpas, no pido piedad. Si me salvé esa noche (y me salvé; el mío iba a ser un sacrificio tardío y más duro cuando deberíamos —yo debería— ser libres de cualquier excusa de la sorprendida e importunada carne traidora) no hubo ninguna falta, ningún acto por mi parte ya que, una vez que él hubo restaurado el anillo, dejó de mirarme excepto como me había mirado durante los veinte años antes de esa tarde, como si hubiera alcanzado por el momento un intervalo de cordura como cuando el hombre loco conoce, igual que el cuerdo tiene intervalos de locura para seguir sabiendo que está cuerdo. Era incluso más que eso. Durante tres meses me había visto a diario aunque no me había prestado atención ya que era simplemente una más del triunvirato que recibió su inexpresada

brusca gratitud de hombre por el alivio espartano que proporcionábamos, no a su comodidad tal vez pero al menos al loco sueño en el que vivía. Pero durante las dos semanas siguientes ni siquiera me miró. Tal vez la razón fuera la obvia: que estaba demasiado ocupado; que después de conseguir el compromiso (suponiendo que eso fuera lo que deseaba) no necesitaba mirarme. En verdad no lo hizo: ni siquiera había una fecha fijada para el enlace. Era casi como si aquella tarde no hubiera existido, nunca hubiera tenido lugar. Yo podría no haber estado en la casa siquiera. Peor: podía haberme marchado, haber regresado a casa y él ni siquiera me habría echado de menos. Yo estaba (fuera lo que fuera que quisiera de mí —no mi ser, mi presencia: sólo mi existencia, fuera lo que fuera que Rosa Coldfield o cualquier mujer joven sin ninguna relación de sangre con él representara para fuera lo que fuera que él deseaba — porque le haré este cumplido: nunca había pensado ni una vez en lo que me pidió que hiciera hasta el momento en el que me lo pidió porque sé que él no habría esperado dos meses o incluso dos días para pedirlo) —mi persona representaba para él sólo la falta de una ciénaga negra y una vid torcida y una enredadera para ese hombre que había luchado a través de un pantano con nada para guiarlo o conducirlo — sin esperanza, sin luz: sólo lo incorregible de la derrota —y soltado al final y sin advertencia en la sólida tierra seca y el sol y el aire— si pudo haber habido tal cosa como el sol para él, si alguien o algo pudo haber competido con el blanco brillo de su locura. Sí, loco y sin embargo no tan loco. Porque hay una tendencia al vicio: el ladrón, el mentiroso, incluso el asesino, tienen reglas más sólidas que las que nunca ha tenido la virtud; ¿por qué no también la locura? Si él estaba loco, era sólo su sueño impulsor el que era demencial y no sus métodos: no era un loco que negoció y cameló el trabajo duro manual de hombres como Jones; no era un loco que se alejó de las sábanas y los criminales y los caballos galopando por la noche con los hombres que una vez fueron sus compañeros aunque sus amigos no descargaban podrida supuración de la derrota; no era el plan o la táctica de un loco que le proporcionaron al precio más bajo posible la única mujer disponible con la que casarse y por el único recurso que podía haber ganado este asunto —no un loco, no: ya que seguro que hay algo en la locura que, incluso demoníaco, que Satanás rehúye, aterrorizado ante su propia obra y que Dios contempla con piedad— una chispa, una migaja para penetrar y redimir esa carne articulada, ese habla vista oído gusto y existencia que llamamos hombre humano. Pero no importa. Le contaré lo que hizo y dejaré que juzgue usted. (O intentaré contárselo, porque hay algunas cosas para las que tres palabras son tres demasiadas y tres mil palabras son escasas y ésta es una de ellas. Puede contarse; puedo tomar todas esas oraciones, repetir las atrevidas claras y desnudas palabras ultrajantes como las dijo y transmitirle sólo el mismo aterrado y ultrajado descreimiento que conocí cuando comprendí lo que él quería decir; o tomé las tres mil oraciones y le dejaré sólo ese ¿Por qué? ¿Por qué? y ¿Por qué? que me he preguntado y he escuchado durante casi cincuenta años). Pero dejaré que juzgue usted y que me diga si yo no estaba en lo cierto.

Verá, yo no era ese sol, o pensaba que era quien creía que tenía esa chispa, esa migaja de locura que es divina, aunque la locura no conozca una palabra para el terror o la piedad. Había un ogro de mi infancia que antes de mi nacimiento se llevó a mi única hermana a su hosca guarida de ogro y produjo dos hijos mitad espíritus con quienes no se me permitía, y yo no deseaba, relacionarme como si mi soledad de un nacimiento tardío me hubiera enseñado a presentir esa combinación funesta, me hubiera avisado acerca de ese fatal desenlace torcido antes de que supiera el nombre del asesino —y lo perdoné; había una forma que se alejó cabalgando bajo una bandera y (demonio o no) sufrió valerosamente— e hice algo más que perdonar: lo olvidé, porque el cuerpo, la sangre, el recuerdo que ese ogro había habitado regresó cinco años después y extendió la mano y dijo —Ven— como se le podría decir a un perro y yo fui. Sí, el cuerpo, el rostro, con el nombre correcto y el recuerdo, incluso el recuerdo exacto de qué y quién (excepto yo misma: ¿y no era eso para una prueba?) había dejado atrás y había regresado: pero no el ogro; un villano lo suficientemente verdadero, sino un mortal menos falible para inspirar miedo que piedad: pero no un ogro; un loco lo suficientemente real, pero me dije a mí misma, ¿Por qué no puede ser la locura ser su propia víctima también? o, ¿Por qué no podría ser locura sino desesperación solitaria en conflicto titánico con el férreo espíritu solitario y maldito e indómito: pero no el ogro, porque estaba muerto, desapareció, se consumió en algún lugar en las llamas y el hedor del sulfuro tal vez entre los escarpados riscos solitarios de los recuerdos solitarios de mi infancia —o el olvido; yo era ese sol, que creía que él (después de aquella tarde en la habitación de Judith) no se había olvidado de mí sino que sólo no era consciente y receptivo como el peregrino liberado del pantano que siente la tierra y saborea el sol y la luz de nuevo y no es consciente de ninguno sino sólo de la falta de oscuridad y el cenagal— que pensaba que había esa magia en la sangre que no es afín que llamamos por el pálido nombre del amor que sería, podría ser el sol para él (aunque yo era la más joven, la más débil) donde tanto Judith como Clytie no proyectarían sombra alguna; sí, yo era la más joven allí aunque potencialmente sin edad exacta o aproximada ya que yo sola entre ellos podía decir, —Oh loco anciano furioso, no tengo ninguna sustancia que se ajuste a tu sueño pero puedo proporcionarte espacio airoso y oportunidad para tu delirio—. Y entonces una tarde —oh intervino en ello el destino: una tarde y una tarde y una tarde: ¿lo ve? la muerte de la esperanza y el amor, la muerte del orgullo y del principio, y entonces la muerte de todo excepto el viejo descreimiento ultrajado y aterrorizado que ha durado cuarenta y tres años— él regresó a la casa y me llamó, gritando desde el zaguán trasero hasta que yo bajé; oh le dije que él no había pensado en ello hasta ese momento, ese momento prolongado que contenía la distancia entre la casa y donde fuera que él estuviera cuando se le ocurrió: y esto también una consecuencia: era el mismo día en el que él supo definitivamente y al final exactamente qué cantidad de sus cien millas cuadradas podría salvar y mantener y llamar suyas el día en el que muriera, que no importaba lo que le ocurriera a él, al menos mantendría la cáscara del

Ciento de Sutpen aunque un nombre mejor ahora fuera el Uno de Sutpen —me llamó, gritó hasta que bajé. Ni siquiera había esperado a atar su caballo; estaba de pie con las riendas en su brazo (y ahora ninguna mano sobre mi cabeza) y pronunció las claras palabras ultrajantes exactamente como si estuviera consultando con Jones o con algún otro hombre algo sobre una perra o una vaca o una yegua.

Le habrán contado que regresé a casa. Oh sí, lo sé: —Rosie Coldfield, lo perdió, lo lloró; atrapó a un hombre y no pudo retenerlo—, —Oh sí, lo sé (y también amables, serían amables): Rosa Coldfield, la amarga tía provinciana, huérfana y torcida, llamada Rosa Coldfield, al final comprometida con toda seguridad y alejada de la ciudad, del condado; te lo habrán contado: que me fui a vivir allí para el resto de mi vida, viendo en el asesinato de mi sobrino un acto de Dios que permitía ostentosamente obedecer la petición de mi hermana agonizando por la que salvaría al menos a uno de los dos niños a los que había condenado al concebirlos pero en verdad permanecí en la casa cuando él regresó, quien al ser un demonio, era insensible a los disparos y bombardeos y así regresó; yo lo esperaba porque aún era joven (no había enterrado las esperanzas con las cometas, debajo de una bandera) y madura para casarme en esta época y lugar en los que la mayoría de los hombres jóvenes estaban muertos y los vivos eran demasiado mayores o ya estaban casados o cansados, demasiado cansados para amar, él la mejor la única oportunidad para ello: un ambiente en el que a lo mejor y sin la guerra mis oportunidades habrían sido ínfimas ya que yo no sólo era una dama sureña sino el personaje modesto cuyo telón de fondo y circunstancias son su propia afirmación porque si hubiera sido la hija del acaudalado dueño de una plantación podría haberme casado con cualquier hombre pero al ser simplemente la hija de un tendero no podía permitirme aceptar flores de casi nadie y estaba condenada a casarme con algún aprendiz de oficinista en el negocio de mi padre; —sí, se lo habrán contado: yo que era joven y había enterrado las esperanzas aquella noche cuatro años antes en la que al lado de una vela cubierta y despierta ella embalsamó la Guerra y su herencia de sufrimiento e injusticia y dolor en las partes traseras de las páginas de un viejo libro de ventas, embalsamando y sacando del aire respirable el secreto efluvio venenoso de la lujuria, el odio y los asesinatos;— se lo habrán contado: la hija de un emboscado que tuvo que recurrir a un demonio, a un villano: y así ella habría odiado a su padre ya que si él no hubiera muerto en ese desván ella no habría tenido que ir hasta allí para encontrar alimento y protección y un techo y no habría tenido que depender de su comida y sus ropas (incluso si hubiera ayudado a cultivarla y a tejerlas) para mantenerla viva y caliente, hasta que la mera justicia demandó que ella le compensara con lo que él le pidiera conforme con el honor, ella no se habría comprometido y si no se hubiera comprometido con él no habría tenido que mentirse por la noche al preguntarse Por qué y Por qué y Por qué como lo había hecho durante cuarenta y tres años: como si instintivamente hubiera tenido razón siendo una niña al odiar a su padre y que estos cuarenta y tres años de ultraje impotente e insoportable fueran la venganza sobre ella

por parte de alguna sofisticada e irónica naturaleza estéril por haber odiado a aquello que le dio la vida. —Sí, Rosa Coldfield al final se comprometió, ella que no sabía que su hermana le había legado al menos un techo y familia y que podría haberse convertido en una carga para la ciudad: y ahora Rosie Coldfield lo perdió, lo lloró; encontró un hombre pero fue incapaz de retenerlo; Rosa Coldfield que estaba bien, sólo que bien, estar bien no es suficiente para las mujeres que sería mejor estar mal que sólo así que quería que el hombre que estaba equivocado lo admitiera.

Y es por eso por lo que ella no puede perdonarle: no por el insulto, ni siquiera por haberla dejado plantada; sino por estar muerto. Oh sí, lo sé, lo sé: que dos meses más tarde se enterara de que ella guardó todas sus pertenencias (es decir, se puso el chal y el sombrero nuevamente) y regresó a la ciudad para vivir sola en la casa en la que sus padres habían muerto y a donde Judith acudiría de vez en cuando y le llevaría algo de comida de la que tenían en el Ciento de Sutpen y que sólo la extrema necesidad, el fuerte e inexplicable deseo tozudo de la carne por vivir, la llevó (a la señorita Coldfield) a aceptarla.

Y en verdad era extrema: porque ahora la ciudad —los granjeros pasaban, los siervos negros acudían a trabajar a las cocinas de los blancos— la veía antes del amanecer recogiendo verduras en las cercas de los huertos, tirando de ellas a través de la cerca ya que ella no tenía un huerto propio, ni semillas para hacer crecer uno, ni utensilios con los que trabajarlo ella misma aunque hubiera sabido cómo hacerlo que sólo había tomado unas primeras clases de horticultura y no lo hubiera hecho si lo hubiera sabido que nunca se habría rendido; alcanzando y recogiendo verduras a través de las cercas de los huertos aunque habría sido bienvenida si hubiera entrado en el huerto y las hubiera cogido y ellos mismos las habrían recogido y enviado a ella ya que había muchas más personas aparte del juez Benbow que dejaban cestas con provisiones en el zaguán frontal de su casa durante la noche pero ella no se lo permitía y ni siquiera utilizaba una vara para alcanzarlas a través de la cerca y arrastraba las verduras hasta donde ella las pudiera recoger, alcanzándolas con la única ayuda de la mano y el único límite de raciocinio que nunca cruzó y no era para ocultarse de robar lo que la guiaba antes de que la ciudad se despertara, porque si ella hubiera tenido un siervo negro lo habría mandado a él a plena luz del día a buscarlo, donde fuera, a ella no le habría importado, exactamente igual que los héroes de caballería sobre los que ella escribía poesía enviaban a su hombres. —Sí, Rosie Coldfield, lo perdió, lo lloró; atrapó a un galán pero fue incapaz de retenerlo; (oh sí, se lo dirán) encontró un galán y recibió un insulto, algo que se escuchó pero nunca se olvidó, no por su pronunciación sino por haberlo pensado acerca de ella de modo que cuando ella lo escuchó se dio cuenta enseguida de que debió permanecer en su mente durante un día, una semana, incluso tal vez un mes, mientras la miraba a ella a diario con todo ello en la cabeza y ella sin saberlo. Pero lo perdoné. Le habrán dicho otra cosa distinta, pero lo hice. ¿Por qué no iba a hacerlo? No tenía nada que perdonar; no lo había perdido porque nunca lo poseí: un cierto segmento de lodo corrompido entró



en mi vida, me dijo eso que yo no había escuchado antes y nunca lo haría de nuevo y después salió de ella; y eso fue todo. Nunca fue mío; no quiero implicar en ese sentido despreciable que se podría interpretar y tal vez pensar (pero se está equivocado). Eso no importaba. Eso ni siquiera era el quid del insulto. Quiero decir que él no era de nadie ni nada de este mundo, nunca lo había sido, nunca lo sería, ni siquiera de Ellen, ni tampoco de la nieta de Jones. Porque él no fue articulado en este mundo. Era una sombra deambulante. Era la ciega imagen de murciélago de su propio tormento proyectada por la fiera linterna demoníaca desde debajo de la corteza de la tierra y entonces al revés; desde la oscuridad abismal y caótica a la oscuridad eterna y abismal completando su elipsis (¿se da cuenta de la gradación?) descendiente, aferrándose, intentando adherirse con inútiles manos insustanciales a los que él tenía esperanzas de que lo sujetaran, lo salvaran, lo retuvieran —Ellen (¿la ha notado?), yo misma y finalmente la hija sin padre de la única niña de Wash Jones que, según escuché una vez, murió en un burdel de Memphis— para encontrar la separación (si no descanso y paz) al final en el golpe de una guadaña oxidada. Me contaron, me informaron sobre ello también, aunque no fue Jones esta vez sino una persona lo suficientemente amable como para desviarse y decirme que él estaba muerto. —¿Muerto?— grité —¿Muerto? ¿Tú? Mientes; tú no estás muerto; ¡el cielo no puede y el infierno no osa poseerte!—. Pero Quentin no escuchaba, porque había otra cosa que él tampoco podía atravesar —esa puerta, los pasos corriendo por las escaleras más allá de ésta eran casi una continuación del débil disparo, las dos mujeres, la negra y la muchacha blanca con la ropa interior (hecha de sacos de harina cuando hubo harina, hecha de las cortinas de las ventanas cuando no la hubo) deteniéndose, mirando hacia la puerta, la cremosa masa amarillenta del antiguo e intrincado satén y encaje sobre la cama y después izado repentinamente por la muchacha blanca y sujeto delante de ella mientras la puerta se abría de golpe y el hermano aparecía allí de pie, sin sombrero, con su abundante cabello recortado con una bayoneta, su macilento rostro desgastado y sin afeitar, su traje gris decolorado y remendado, la pistola aún colgando junto a su cuerpo: los dos, hermano y hermana, extrañamente parecidos como si la diferencia en el sexo hubiera agudizado la sangre común hacia una terrorífica, y casi insoportable, similitud, hablándose el uno al otro como cortas y breves oraciones STACCATO como golpes, como si permanecieran pecho contra pecho golpeándose el uno al otro cada vez sin que ninguno intentara guarecerse de los golpes.

Ahora no puedes casarte con él.

¿Por qué no puedo casarme con él?

Porque está muerto.

¿Muerto?

Sí. Yo lo maté.

Él (Quentin) no podía atravesarla. No la escuchaba; le dijo, —¿Señora? ¿Qué es eso? ¿Qué dijo?

—Hay algo en esa casa.

—¿En esa casa? Es Clytie ¿no?

—No. Hay algo viviendo allí. Escondido allí. Ha estado allí durante cuatro años, viviendo escondido en esa casa.

## CAPÍTULO VI

Había nieve en la manga del abrigo de Shreve, su mano ancha y sin guante desnuda roja y dolorida de frío, desaparecía veloz. Luego en la mesa delante de Quentin, sobre el libro de texto abierto a la luz de la lámpara, yacía el perfil blanco y oblongo de un sobre, el habitual sello borroso de siempre *Jefferson 10 de enero de 1910 Misisipi* y después, ya abierto, el *Mi querido hijo* con la letra fina e inclinada de su padre salida de aquel estío muerto y polvoriento en el que él se había preparado para Harvard de modo que así la letra de su padre pudiera reposar sobre una mesa alumbrada por una lámpara en el lejano Cambridge; aquel muerto atardecer de verano —la glicina, el olor a cigarro, las luciérnagas— desde el Misisipi llegaba algo atenuado a su nueva habitación, a través de esta desconocida y persistente nieve de Nueva Inglaterra:

*Mi querido hijo:*

*La señorita Rosa Coldfield fue enterrada ayer. Estuvo en coma durante casi dos semanas y hace dos días murió sin recobrar el sentido y dijeron que sin dolor, y sea lo que sea lo que ellos entienden por eso ya que siempre me ha parecido que la única muerte sin dolor debe ser aquella que arrebató la inteligencia con súbita violencia y por la espalda por así decirlo, puesto que si la muerte es algo más que un breve y peculiar estado emocional del que está de luto debe ser también un breve e igualmente peculiar estado del sujeto, y si algo puede ser más doloroso a cualquier inteligencia superior ala de un niño o un idiota que la lenta y gradual confrontación con aquello que durante un largo período de aturdimiento y miedo se le ha enseñado a considerar como una finalidad irrevocable e insondable, yo no lo sé. Y si puede haber acceso al alivio o cese de dolor en la curación definitiva de un ultraje terco y constante que en un período de más de cuarenta y tres años ha sido compañía y pan y fuego y todo, eso tampoco lo sé...*

—traía consigo la esencia de aquella misma tarde de septiembre (poco después él se vio en la necesidad de decir, de explicar, —No, ni tía ni prima ni tío Rosa. La señorita Rosa, la señorita Rosa Coldfield, una anciana que ya había muerto muy joven de un ultraje en 1866 un verano— y entonces Shreve dijo: —¿Quieres decir que ella no era pariente tuyo, que no lo era en absoluto, que había algún Bayardo<sup>[56]</sup> o alguna Ginebra<sup>[57]</sup> sureños que no eran familiares tuyos? Entonces ¿por qué murió? — y ésa no era la primera vez que Shreve lo mencionaba, ni la primera vez que alguien lo hacía en Cambridge desde septiembre: —*Hablanos del Sur. Cómo es allí. Qué hacen allí. Por qué viven allí. Por qué siguen viviendo*)— aquella misma tarde de septiembre cuando el señor Compson dejó por fin de hablar, él (Quentin) se alejó de la conversación porque era hora de irse, no porque lo hubiera oído todo pues no había estado escuchando, tenía algo que no era capaz de olvidar: la puerta, el demacrado, trágico y dramático rostro juvenil autohipnotizado como el de un actor trágico en una obra escolar, un Hamlet académico despertado de un estado de trance desde la bajada del telón y andando a ciegas por un polvoriento escenario que el resto del reparto había abandonado el día de entrega de diplomas, la hermana encarándole por encima del vestido de novia que no iba a usar, que ni siquiera iba a terminar, los

dos azotándose mutuamente con doce o catorce palabras en su mayoría idénticas y repetidas dos o tres veces de forma que si se hiciera una criba resultaría que sólo empleaban ocho o diez. Y ella (la señorita Coldfield) tenía puesto el chal, como él supo que tendría, y el sombrero (hace tiempo negro pero ahora reducido a ese intenso y apagado verde metálico de las plumas de un viejo pavo real) y el bolso negro casi tan grande como un bolso de viaje conteniendo todas las llaves que la casa poseía: aparador, armario y puerta, algunas de las cuales ni siquiera girarían en las cerraduras que, echados los cerrojos de la casa, podrían ser abiertas por cualquier niño con una horquilla o con un trozo de goma de mascar, algunas de las cuales ya ni siquiera encajaban en las cerraduras para las que habían sido hechas como viejos matrimonios que ya no tienen nada en común, nada que hacer o de lo que hablar, salvo la misma cantidad normal de aire que desplazar y respirar la habitual tierra olvidadiza y pujante para soportar su peso; aquella tarde, las doce millas tras la yegua obesa en el polvo de un septiembre sin luna, los árboles a lo largo del camino que no se alzaban hacia arriba como los árboles deberían sino que se agazapaban como enormes aves, sus hojas erizadas y marcadamente separadas como las plumas de aves sin resuello, pesadas tras sesenta días de polvo, los matorrales a los lados del camino enfundados en polvo vulcanizado por el calor y, vistos a través de la nube de polvo en la que el caballo y la calesa se movían, parecían como masas que se estiraban delicadas y rígidas e inmóviles hacia arriba en una perpendicular perfecta de alguna antigua y muerta agua volcánica refinada hasta tener el primer principio sin oxígeno de todo líquido, sin desaparecer la nube de polvo en la que se movía la calesa porque no había sido levantada por ningún viento ni sostenida por ningún aire sino que había sido evocada, materializada a su alrededor, instantánea y eterna, pie cúbico por pie cúbico de polvo y pie cúbico por pie cúbico de caballo y calesa, peripatético bajo las vistas jironadas por ramas de un cielo negro sin relieve fiera y pesadamente estrellado, con la nube de polvo aún avanzando, encerrándolos no exactamente con amenazas sino avisando, suave, casi amistosamente, avisando, como si dijera, *Venid si gustáis. Pero yo llegaré primero; acumulándome delante de vosotros llegaré primero, levantándome, inclinándome gentilmente hacia arriba debajo de pezuñas y ruedas para que no encontréis un destino sino que simplemente os precipitéis con gentileza en una planicie y en un panorama de inofensiva e inescrutable noche y no habrá nada que podáis hacer excepto volver y por eso os aconsejaría no ir, dar vuelta atrás ahora y dejar que lo que es, sea;* él (Quentin) que asiente a esto, sentado en la calesa al lado de la implacable anciana del tamaño de una muñeca que aferraba su sombrilla de algodón, mientras olía aquella carne vieja de mujer destilada por el calor, el alcanfor destilado por el calor en los dobleces del chal, sintiéndose exactamente como una bombilla eléctrica, sangre y pellejo, porque la calesa no desplazaba aire suficiente para refrescarla con el movimiento, no creaba movimiento suficiente dentro de él para hacer que su sangre sudara, pensando mientras *Sí buen Dios, que no lo encontremos a él o ello, que no intentemos encontrarlo a él o ello, no nos*

*arriesguemos a perturbarlo a él o ello:* (y otra vez Shreve, —Espera. Espera. ¿Quieres decir que esta muchacha vieja, esta Tía Rosa...

—Señorita Rosa, —dijo Quentin.

—De acuerdo de acuerdo. ...que esta vieja señora, esta Tía Rosa...

—Señorita Rosa, te he dicho.

—De acuerdo de acuerdo de acuerdo. ...que esta vieja ...esta Tía R... de acuerdo de acuerdo de acuerdo de acuerdo. ...que no había salido fuera, que no había puesto el pie en la casa en cuarenta y tres años y que aun así no sólo decía que había alguien escondido en ella sino que encontró a alguien que la creyó, como para que saliera y condujera doce millas en una calesa a medianoche para ver si estaba en lo cierto o no?

—Sí, —dijo Quentin.

—¿Que esta anciana dama que creció en una casa que era como un mausoleo superpoblado, sin nada en que ocupar su tiempo excepto en odiar a su padre y a su tía y al marido de su hermana en paz y tranquilidad y esperando el día en el que ellos no sólo se probaran a sí mismos sino a todos los demás que ella tenía razón. De modo que una noche la tía se deslizó por la cañería y huyó con un tratante de caballos y ella había tenido razón respecto a la tía por lo que aquello lo confirmó: después su padre se encerró en el desván clavando la puerta para evitar ser alistado en el bando Rebelde y murió de hambre, por lo que aquello lo confirmó todo excepto por la ineludible posibilidad de que cuando le llegara el momento de admitirse a sí mismo que ella había estado en lo cierto puede que él no hubiera sido capaz de hablar o no hubiera tenido a nadie a quién decírselo: así que ella también tuvo razón respecto a su padre, porque si él no hubiera exasperado al General Lee<sup>[58]</sup> y a Jeff Davis<sup>[59]</sup> no habría tenido que encerrarse con clavos y morir y si no hubiera muerto no la habría dejado huérfana y pobre y en aquella posición, propensa a una situación en la que ella podía recibir esta afrenta mortal: y estaba en lo cierto respecto a su cuñado porque si no hubiera sido un demonio sus hijos no habrían necesitado que se los protegiera de él y ella no habría tenido que ir allí y ser traicionada por la vieja carne y encontrar en vez de un viudo Agamenón<sup>[60]</sup> frente a su Casandra un anciano y reumático Píramo frente a su entusiasta pero inexperta Tisbe<sup>[61]</sup> que pudo acercarse a ella en un inesperado acto demoníaco pactado en abril y sugerirle que ambos hicieran la prueba de engendrar un hijo y que si era un varón se casaría con ella; no habría tenido que ser súbitamente arrastrada de vuelta a casa por aquella primera ráfaga de horror y ultraje para alimentarse de hiel y ajeno<sup>[62]</sup> robados al amanecer por entre las tablas de las empalizadas. Así que esto no estaba demostrado en absoluto para siempre porque ni siquiera pudo hablarlo debido a la naturaleza de su sucesora<sup>[63]</sup>, no porque él encontrara una sucesora con sólo mirar a su alrededor, sin ni siquiera perder un día, sino debido a quién era su sucesora, que fuera concebible que ella pudiera haber soportado alguna vez una situación en la que ella pudiera o hubiera tenido que declinar los servicios para los cuales hubiera considerado digna a su sucesora, aunque

fuera idea de ese demonio; no se demostró en absoluto ya que cuando le llegó el momento de admitir su error ella habría tenido con él el mismo problema que tuvo con su padre, él también estaría muerto puesto que sin duda alguna ella intuyó la guadaña aunque no fuera por otra razón que éste sería el último ultraje y afrenta como el martillo y los clavos en el caso de su padre —aquella guadaña, laurel simbólico del triunfo de un César— aquella oxidada guadaña, prestada por el mismísimo demonio a Jones hacía más de dos años para segar la maleza a la entrada de la chabola para alisar el camino al cielo —aquella hoja herrumbrosa adornada con la cinta chillona de todos los días y el barato collar de cuentas para (¿cómo lo dijo ella? Dijo algo más que zorra ¿verdad?) entrar— aquella guadaña tras cuya silueta simbólica él, incluso muerto, incluso cuando la propia tierra rechazara soportar su peso por más tiempo, se burlara de ella?

—Sí, —dijo Quentin.

—¿Que este Fausto<sup>[64]</sup>, este demonio, este Belcebú huyó para esconderse de la iracunda mirada fugaz del rostro airado de su Acreedor, exasperado más allá de todo límite, escondiéndose, refugiándose en la respetabilidad como un chacal entre un montón de rocas, eso es lo que ella pensó en un principio, hasta que se dio cuenta de que él no se estaba escondiendo, que no quería esconderse, que sencillamente estaba envuelto en un último delirio de maldad y de enorme maldad antes de que la próxima vez el Acreedor le alcanzase de una vez por todas —este Fausto que apareció de repente un domingo con dos pistolas y veinte demoníacos secuaces y le robó cien millas de tierra a un pobre indio ignorante y construyó en ella la mayor casa que hayas visto jamás y que se fue con sus carretas para volver con la cristalería, los tapices y el Wedgwood<sup>[65]</sup>, las sillas para amueblarla, y nadie supo si había robado otro barco de vapor o simplemente había desenterrado un poco más del viejo botín, escondía cuernos y cola bajo su vestimenta humana y un gorro de castor y eligió (¿la compró, la canjeó a su suegro, no fue así?) una esposa tras tres años de escrutar, medir y comparar, no de entre las casas ducales del lugar sino de entre la nobleza inferior cuya notoriedad había decaído tanto que no había riesgo alguno de que su esposa trajera por dote delirios de grandeza antes de que él pudiera estar preparado para ello, aun así no tan venida a menos como para que ella no los mantuviera a ambos a salvo de perderse entre los nuevos cuchillos y tenedores y cucharas que él había comprado— una esposa que no sólo consolidaría su escondrijo sino que pudiera consentir y que de hecho engendró dos hijos para que cuidaran y protegieran tanto de sí mismos como de su progenie los quebradizos huesos y la cansada carne de un viejo hasta el día en que el Acreedor lo acorralase por última vez y él no pudiera escapar; y fue bien cierto que la hija se enamoró, que el hijo fue el agente que proveyó aquella barrera viviente entre él (el demonio) y la mano punitiva del Acreedor hasta que el hijo se casara y le afianzase así de forma doble y simultánea — y entonces el demonio se vio obligado a volverse y echar de la casa no sólo al prometido y no sólo a su hijo sino que tuvo también que corromper, seducir e

hipnotizarlo de modo que él (el hijo) hiciera el papel de mano-armada-con-pistola del padre ofendido cuando amenazaba la fornicación: para que el demonio pudiera regresar de la Guerra cinco años después y encontrar completa y realizada la situación que él había estado forjando: el hijo huido para siempre dejando atrás un dogal, una hija condenada a permanecer soltera— y entonces casi antes de sacar el pie del estribo él (el demonio) se decidió y volvió a comprometerse para reemplazar aquella progenie cuyas esperanzas había destruido él mismo?

—Sí, —dijo Quentin.

—¿Regresó a su casa y encontró desvanecidas sus esperanzas ya que sus hijos se habían ocupado de ello, y su plantación arruinada, los campos en barbecho excepto un fino reducto de malezas, e impuestos, contribuciones y gravámenes sembrados por los funcionarios de los Estados Unidos y demás y todos sus negros dispersos ya que los yanquis se habían ocupado de eso, y tú podrías haber pensado que él se había dado por satisfecho: pues aun así antes de sacar el pie del estribo no sólo se propuso intentar restaurar su plantación hasta que fuera lo que fue, como si quizá esperase engañar al Acreedor con ilusiones y ofuscaciones escondiendo detrás la ilusión de que no había transcurrido el tiempo ni se había producido ningún cambio ni el hecho de que ahora tenía casi sesenta años, hasta que pudiera agenciarse una nueva prole que le protegiera, pero eligió para este propósito la última mujer en la tierra sobre la que hubiera podido esperar imponerse, esta Tía R... de acuerdo de acuerdo de acuerdo —que lo odiaba, que siempre lo había odiado, que sin embargo la había elegido con una especie de indignante bravuconería como si una suerte de desesperada convicción de ser irresistible e invulnerable fuera parte del precio conseguido por lo que quiera que fuera lo que había vendido al Acreedor, porque según la vieja señora, él nunca había tenido un alma; que le pidió matrimonio y fue aceptado— después tres meses más tarde, sin siquiera una fecha fijada para la ceremonia y sin haber mencionado el matrimonio ni una vez desde entonces, y en el mismo día en el que él supo definitivamente que sería capaz de conservar al menos una parte de sus tierras y cuánto sería, se le acercó y sugirió que engendraran juntos como un par de perros, inventando con diabólica astucia lo que maridos y prometidos han estado tratando de inventar durante diez millones de años: aquello que sin dañarla o darle pie a demandas civiles o tribales no sólo expulsaría a la pequeña mujer soñada de su palomar sino que la dejaría desposada sin remedio (en tanto que él mismo, marido o prometido, quedaría a salvo de casarse al aparecer como un cornudo antes de que ella recobrase el aliento) con la abstracta carroña del ultraje y la venganza; él lo dijo y quedó libre, por siempre jamás en ese momento de amenazas o intromisiones de cualquiera había eliminado por fin al último miembro de la familia de su difunta esposa, libre entonces: con un hijo que había huido a Texas o California o quizá incluso a Sudamérica, la hija condenada a vivir soltera hasta que él muriese, porque tras aquello no importaría, en aquella casa que se pudría, cuidándolo y alimentándolo, criando gallinas y saliendo a vender los huevos para comprar las ropas

que ella y Clytie no sabían hacer: por lo que ya ni siquiera necesitaba ser un demonio sino simplemente el loco viejo impotente que al fin se daba cuenta de que su sueño de restaurar el Ciento de Sutpen no sólo era vano, sino que lo que le había quedado nunca lo mantendría a él y a su familia y así regentó su pequeño comercio de la encrucijada con un surtido de arados y cinchas y percal y queroseno y collares baratos y cintas y una clientela de negros liberados y (¿cómo? ¿qué palabra dice? ¿cómo? —Sí, chusma) con Jones de tendero y quién sabe quizá qué ilusiones de hacer dinero con el comercio para reconstruir la plantación; que había escapado dos veces ya, se había comprometido por su voluntad y había sido liberado por el Acreedor que dispuso que sus hijos se destruyeran unos a otros antes de que tuvieran progenie y juzgó que era posible que él se equivocaba siendo libre de modo que volvió a comprometerse pero después juzgó que se equivocara siendo no-libre y así es como volvió a desdecirse y entonces cambió completamente y compró su regreso con collares y percal y caramelos de su propio mostrador y de sus estantes?

—Sí, —dijo Quentin. *Habla exactamente como padre* pensó, echando una mirada (su rostro quieto, reposado, curiosamente casi taciturno) por un momento a Shreve inclinándose hacia la lámpara, su desnudo torso con un brillo rosáceo y terso como el de un bebé, de querubín, casi lampiño, con las lunas gemelas de sus gafas destellando contra su rubicundo rostro de luna, oliendo (Quentin) el cigarro y la glicina, viendo a las luciérnagas aletear y titilar en el crepúsculo de septiembre. *Exactamente como Padre si Padre hubiera sabido tanto la noche antes de que yo fuera allí como supo el día después de mi regreso pensaba Viejo loco impotente que por fin comprendía que debe haber algún límite incluso en las facultades de un demonio para hacer daño, que debía haber visto su situación como la de la corista, el pony, que cae en la cuenta de que la melodía primaria que ella sigue con sus cabriolas no proviene de cuerno y violín y tambor sino de un reloj y un calendario, que debía haberse visto a sí mismo como un viejo cañón gastado que se da cuenta de que puede lanzar tan sólo un feroz disparo más y que se reduce a polvo con su propia furiosa explosión y retroceso, que miraba en derredor la escena que aún estaba ante él a su alcana y veía al hijo ido, desaparecido, más inalcanzable para él ahora que si el hijo estuviera muerto y a que ahora (si es que el hijo vivía) su nombre sería diferente y los extraños lo llamarían así, y cualquier simiente del dragón de la sangre de Sutpen que el hijo pudiera sembrar en el cuerpo ele cualquier desconocida seguiría por lo tanto llevando la tradición, acometería el mal y el daño hereditarios bajo otro nombre y sobre y entre gente que nunca habría escuchado el verdadero; la hija condenada a una soltería ya elegida antes de que hubiera alguien llamado Charles Bon puesto que la tía que vino para prestarle socorro en su pérdida y pesar no halló ni lo uno ni lo otro sino en su lugar ese rostro sereno absolutamente impenetrable entre un vestido tejido en casa y un sombrero<sup>[66]</sup> visto ante una puerta cerrada y de nuevo en un turbio remolino de pollos mientras Jones construía el ataúd, el rostro que portó durante el año siguiente mientras la tía vivía allí las tres mujeres hilaban sus propias*



prendas y cultivaban su propia comida y cortaban la leña con la que la cocinaban (sin contar la ayuda que pudieran tener de Jones que vivía con su nieta en la pesquería con su tejado que se venía abajo y su podrido zaguán contra el cual la herrumbrosa guadaña que Sutpen le prestara, que le hizo pedir prestada para segar la maleza de la entrada —y que por último le forzó a usar aunque no para segar maleza, o al menos no maleza vegetal— permanecería apoyada por espacio de dos años) y que todavía portaba después de que la indignación de su tía la hubiera arrastrado de vuelta a la ciudad para vivir de verduras robadas que vendía y de cestas anónimas que le dejaban en los escalones de la puerta por la noche, las tres, ellas tres, ambas hijas negra y blanca y la tía a doce millas de distancia observando desde su alejamiento cómo las dos hijas observaban desde el suyo al viejo demonio, al anciano Fausto varicoso y desesperado jugando su última baza con la mano del Acreedor posada ya sobre su hombro, regentando su pequeño comercio de pueblo que le procuraba el pan y la carne, regateando interminablemente cada céntimo con blancos y negros rapaces y míseros, que en un tiempo podría haber galopado diez millas en cualquier dirección sin cruzar sus propios límites, usando de su exiguo surtido las cintas y collares de cuentas baratos y los rancieros caramelos de chillones colores con los que incluso un viejo puede seducir a una campesina de quince años, para llevar a la ruina a la nieta de su socio, este Jones —este hombre blanco larguirucho y minado por la malaria a quien había dado permiso hacía catorce años para que él y su nieta de un año ocuparan la abandonada pesquería— Jones, socio portero y dependiente que por orden del demonio retiró del mostrador los caramelos collares de cuentas y cintas, midió la tela misma de la que Judith (que nunca había llevado luto ni estado de duelo) ayudó a la nieta a cortar un vestido para pasar delante de los ociosos de las miradas aviesas y habladorías, hasta que su vientre cada vez más crecido enseñó su vergüenza —o quizá miedo—; Jones a quien antes de 1861 ni siquiera se le había permitido aproximarse a la puerta principal y que durante los cuatro años siguientes no llegó más allá de la puerta de la cocina y eso sólo cuando traía la caza y los peces y las verduras de las que la mujer y la hija del futuro seductor (y también Clytie, la única sirvienta que quedaba, negra, la que le prohibía traspasar la puerta de la cocina con lo que traía) dependían para mantenerse con vicia, pero que ahora entraba en la propia casa en las tardes (bastante frecuentes ahora) en las que el demonio de pronto blasfemaba y vaciaba el comercio de clientes y atrancaba la puerta y se encaminaba a la parte trasera y en el mismo tono en el que solía dirigirse a sus ayudantes o incluso a sus criados cuando los tenía (y en el que sin duda ordenó a Jones coger del mostrador las cintas y los collares de cuentas y los caramelos) mandaba a Jones que trajera la jarra, los dos (y ahora Jones hasta se sentaba, él que en los viejos tiempos, las viejas tardes muertas de domingo de paz monótona que pasaban bajo el cenador cubierto de parras de moscatel en el patio trasero, el demonio tendido en la hamaca mientras Jones permanecía en cuclillas contra un poste, levantándose de vez en cuando para servir

al demonio del líquido contenido en la damajuana y el cubo de agua de manantial que había traído de la fuente a más de una milla de distancia luego volvía a ponerse de cuclillas, riéndose con satisfacción y diciendo —Sí, señor Tom— cada vez que el demonio hacía una pausa) —los dos bebiendo por tumos de la jarra y el demonio ya no estaba tumbado, ni siquiera sentado, sino alcanzando tras el tercer o segundo trago ese estado de impotente y furiosa rebelión de anciano en el que se levantaría, balanceándose de lado a lado y de delante hacia atrás y ordenando a voces que le trajeran su caballo y sus pistolas para cabalgar en solitario hacia Washington y disparar a Lincoln<sup>[67]</sup> (más o menos un año demasiado tarde) y a Sherman<sup>[68]</sup>, gritando, —¡Matadlos! ¡Disparadles hasta que caigan como perros que son!— y Jones: —Sí, coronel; ahora— y sujetándolo mientras caía y requisó la primera carreta que pasaba para llevarlo a la casa y ayudarlo a subir los escalones de la entrada y atravesar la decolorada puerta principal bajo su montante importado cristal a cristal desde Europa que Judith mantenía abierta para que él entrara sin ningún cambio, ninguna alteración en aquel gélido rostro sereno que ya había mostrado durante cuatro años y subirlo y meterlo en la habitación y acostarlo como a un bebé y después echarse él mismo en el suelo al lado de la cama aunque no para dormir ya que antes del amanecer el hombre que yacía en la cama se agitaría en su lecho y se quejaría y Jones diría, —Aquí estoy, coronel. No ocurre nada. Todavía no nos han vapuleado, ¿verdad— este Jones que después de que el demonio se alejara cabalgando con el regimiento cuando la nieta tan sólo tenía ocho años diría a la gente que él —estaba guardando la casa y los negros del Mayor— incluso antes de que tuvieran tiempo de preguntarle por qué no se había ido con las tropas y que con el tiempo quizá llegó a creerse él mismo su mentira, que estuvo entre los primeros en dar la bienvenida al demonio cuando regresó, en salir a la verja a su encuentro y decir, —Bien coronel, nos mataron pero todavía no nos han vapuleado, ¿verdad?— que incluso trabajaba, bregaba, sudaba a las órdenes del demonio durante aquel primer período furioso en el que el demonio creyó que podría restaurar a fuerza de pura voluntad indomable el Ciento de Sutpen que él recordaba y que había perdido, que bregaba sin esperanza de salario o recompensa que debió ver mucho antes de que el demonio lo hiciera (o que le admitiera) que la empresa era inútil —ese ciego Jones que aparentemente aún veía en aquel despojo furibundo y lascivo la vieja fina estampa del hombre que una vez se fue al galope en el pura sangre negro por aquel territorio cuyos dos límites eran inabarcables para el ojo desde cualquier punto.

—Sí, —dijo Quentin.

Así que llegó esa mañana de domingo y el demonio se levantó y salió antes del amanecer, Judith pensando que sabía el porqué puesto que aquella mañana el semental negro que montó para ir a Virginia y que lo trajo de vuelta tuvo un hijo de su compañera Penélope, sólo que no era el potrillo lo que se había levantado temprano a mirar y transcurrió una semana antes de que atraparan, encontraran, a la vieja negra, la comadrona que estuvo en cuclillas al pie del jergón de trapos

aquella madrugada mientras Jones se sentaba en el zaguán donde la oxidada guadaña se apoyaba desde hacía dos años, por lo que ella pudo contar cómo oyó el caballo y cómo luego entró el demonio y de pie inclinado sobre el jergón con la fusta en la mano miró a la madre y al hijo y dijo, —Bueno, Milly, lástima que no seas una yegua como Penélope. En ese caso podría darte una cuadra decente en el establo— dio media vuelta y se fue y la vieja negra estaba allí agachada y los oyó, las voces, a él y a Jones: —Retírate. No me toques, Wash—. Voy a tocarle, coronel —y también oyó la fusta aunque no la guadaña, no hubo aire que silbara, ni golpe, nada puesto que siempre aquello que meramente consume el castigo evoca un grito mientras que aquello que evoca el último silencio acontece en silencio. Y aquella noche finalmente lo encontraron y lo llevaron a casa en una carreta y lo acarrearón, inmóvil y ensangrentado y viéndosele aún los dientes tras su barba partida en dos (que apenas estaba encanecida aunque su pelo era casi blanco por aquel entonces) a la luz de las linternas y las teas de pino, escaleras arriba donde la hija de rostro pétreo y sin lágrimas sostenía la puerta abierta también para él al que le solía gustar conducir rápido a la iglesia y que esta vez cabalgó raudo hacia allí, sólo que cuando todo terminó él nunca había llegado a alcanzar la iglesia, porque la hija (la mujer de treinta años por aquel entonces y que aparentaba ser más vieja, no como los débiles se hacen viejos, bien encerrados en una hinchazón estática de carnes ya sin vida o a través de una serie de estados de gradual reducción cuyas partículas se adhieren, no a algún armazón férreo y aun impermeable sino unas a otras como en alguna comunal y olvidadiza y estúpida vida propia como una colonia de larvas, sino de la forma que el mismo demonio había envejecido: con una especie de condensación, una angustiada aparición de la indómita osificación primaria a la que el suave color y textura, la clara aura eléctrica de la juventud, habían mitigado únicamente por un tiempo pero nunca ocultado... la soltera con deformes ropas hechas en casa, con manos que podían salir a vender huevos o llevar un arado derecho al surco) decidió que él debía ser conducido a aquella misma iglesia metodista de la ciudad donde se había desposado su madre, antes de volver a la tumba en el bosquecillo de cedros, pidió prestadas dos jóvenes mulas medio salvajes para empujar la carreta: así que él condujo raudo hacia la iglesia tan lejos como llegó, en su ataúd casero, de uniforme y sable y bordados guanteletes, hasta que las jóvenes mulas se desbocaron y volcaron la carreta y lo arrojaron, sable, penacho y demás, a una acequia de donde la hija lo sacó y lo llevó de vuelta al bosquecillo de cedros y luego ella misma leyó el responso. Y sin lágrima alguna, ni tampoco duelo esta vez, fuera o no porque no tuvo tiempo de condolerse ya que ahora era ella quien regentaba el comercio hasta que encontrara un comprador, no dejó la puerta abierta pero llevó las llaves en el bolsillo del delantal, por si la llamaban mientras estaba en la cocina o el jardín o incluso en el campo ya que ahora ella y Clytie araban todo lo que había que arar, ya que también Jones se había ido, siguiendo al demonio en menos de doce horas aquel mismo domingo (y quizá al mismo lugar; quizá Ellos tuvieran allí hasta una parra de

moscatel para ellos, y ningún deseo incontrolable de pan o ambición o fornicación o venganza, y quizá ni siquiera tendrían que beber, solamente añorarían esto de vez en cuando sin saber qué era lo que añoraban pero no con frecuencia tampoco; serenos, complacidos, no marcados por el tiempo o por los cambios atmosféricos, solamente algo de vez en cuando, un viento, una sombra, y el demonio dejaría de hablar y Jones dejaría de carcajearse y se mirarían el uno al otro, tanteando graves, atentos, y el demonio diría: —¿Qué fue eso, Wash? Algo ha ocurrido. ¿Qué fue?— y Jones mirando al demonio, también tanteando, también pensativo, diciendo, —No sé, coronel. ¿Qué?— cada uno observando al otro. Entonces la sombra se desvanecería, el viento se extinguiría hasta que al fin Jones diría, sereno, ni siquiera triunfante; —Puede que nos hayan matado, pero aún no nos han vapuleado, ¿verdad?—... la llamaban mujeres y niños con cubos y cestos, después de lo cual ella o Clytie irían al comercio, la desatrarían, despacharían al cliente, atrancarían la puerta y regresarían: hasta que al fin vendió el comercio y gastó el dinero en una lápida... (¿Cómo fue eso? —dijo Shreve—. Me lo contaste; ¿cómo fue? Tú y tu padre cazando codornices, el día gris después de que hubiera llovido toda la noche y los caballos no podían cruzar la acequia así que tú y tu padre os bajasteis y le disteis las riendas a — ¿cómo se llamaba? ¿el negro de la mula? Luster. ...Luster para que las condujera alrededor de la acequia—). y él y su padre cruzaron justo cuando la lluvia empezaba a caer de nuevo gris y sólida y lenta, sin hacer mudo, Quentin sin darse cuenta todavía de dónde estaban exactamente porque había estado cabalgando con la cabeza inclinada enfrentando la llovizna, hasta que levantó la vista hacia la ladera delante de ellos donde el húmedo junco amarillo se desvanecía en la lluvia como oro fundiéndose y vio el bosquecillo, el grupo de cedros en la cresta de la colina disolviéndose en la lluvia como si los árboles hubiesen sido dibujados con tinta sobre un papel secante húmedo —más allá de los cedros, más allá de los campos en minas más allá de los cuales, estaría el bosquecillo de robles y la enorme casa gris cayéndose desierta a media milla de distancia. El señor Compson se había parado para volver la vista hacia Luster en la mula, con el saco de arpillera que había estado usando como silla de montar enrollado ahora alrededor de su cabeza, sus rodillas colocadas debajo, conduciendo a los caballos hacia delante a lo largo de la acequia para encontrar un lugar para cruzar. —Será mejor que continuemos cuando cese la lluvia—, dijo el señor Compson. —De todas formas él no va a acercarse a menos de cien yardas de esos cedros.

Ellos siguieron subiendo la ladera. No podían ver siquiera a los dos perros, sólo el continuo surco de juncias donde, invisibles, los perros se desperdigaban por la ladera hasta que uno de ellos alzó la cabeza para mirar atrás. El señor Compson hizo un gesto con la mano apuntando a los árboles, lo siguieron él y Quentin. Estaba oscuro entre los cedros, la luz más oscura incluso que el gris, la quieta lluvia, los tenues glóbulos perlados, materializándose en los cañones de la escopeta y las cinco lápidas

como gotas de manchas no-bastante-coagulados de fríos cirios sobre el mármol: las dos pesadas losas arqueadas las otras tres lápidas ladeándose un poco en otra dirección con una letra grabada aquí y allá o incluso una palabra entera efímera y legible a la tenue luz que las gotas de lluvia traían partícula a partícula a la penumbra y que liberaban; entonces llegaron los perros, arrastrados como el humo, su pelo apelmazado por la humedad, y enroscados en una bola apretada y aparentemente inextricable para calentarse. Las dos losas pulidas estaban agrietadas por la mitad bajo su propio peso (y se hundían dentro del agujero donde la albardilla de ladrillo de una tumba se había desprendido había un sendero débil y llano desgastado por algún pequeño animal —una zarigüeya probablemente— por generaciones de algún pequeño animal puesto que no podía haber algo que comer en la tumba desde hacía largo tiempo) aunque la inscripción era bastante legible: *Ellen Coldfield Sutpen. Nació el 9 de octubre, 1817. Murió el 23 de enero, 1863* y la otra: *Thomas Sutpen, Coronel del 23 de Infantería de Misisipi, C.S.A.*<sup>[69]</sup> *Murió el 12 de agosto, 1869*: ésta última, la fecha, añadida más tarde, rudamente con un cincel, que incluso muerto no divulgó dónde y cuándo había nacido. Quentin miró las piedras en silencio, pensando *No la amada esposa de. No. Ellen Coldfield Sutpen* —Yo no pensaba en 1869 que tenían dinero para comprar mármol—, dijo.

—Las compró él mismo, —dijo el señor Compson—. Él compró las dos mientras el regimiento estaba en Virginia, después de que Judith le diera el recado de que la madre estaba muerta. Él las encargó a Italia, las mejores, las más finas que se podían tener —la de su mujer completa y la suya con la fecha en blanco: y esto mientras estaba en servicio activo con un ejército que no sólo tenía la mayor tasa de mortandad de cualquier otro anterior o postrero sino que tenía costumbre de elegir un nuevo cuerpo de oficiales de regimiento cada año (y por cuyo sistema a él en aquel momento se le había autorizado a llamarse coronel, pues a él lo habían votado y al coronel Sartoris lo habían destituido el último verano) eso fue todo lo que pudo saber, antes de que sus órdenes pudieran ser cumplidas e incluso recibidas él podría estar ya bajo tierra y su tumba marcada (si es que lo estaba) por un mosquete hecho añicos hincado en la tierra, o en su falta él podría ser subteniente o hasta un soldado raso —por supuesto siempre y cuando sus hombres tuvieran el coraje de degradarlo— mas a pesar de todo no sólo encargó las lápidas y se las arregló para pagarlas, sino más extraño aún se las arregló para que pasaran una costa tan sumamente bloqueada que los contrabandistas que entraban rehuían cualquier carga excepto armamento— Le parecía a Quentin que en efecto podía verlos: las harapientas y famélicas tropas sin calzado, los demacrados (macilentos) rostros ennegrecidos por la pólvora volviendo la vista por encima de hombros cubiertos por harapos, los relucientes ojos en los que ardía una desesperación indomable de no-derrota observando aquel oscuro océano interdicto a través del cual un tosco barco solitario sin luces huía con una capacidad de dos mil preciosas libras en su bodega que no contenían balas, ni siquiera algo que

comer, sino esa roca tallada pomposa e inerte que durante el año siguiente iba a ser una parte del regimiento, iba a seguirle a Pennsylvania y estar presente en Gettysburg<sup>[70]</sup>, trasladándose tras el regimiento en una carreta conducida por el criado particular del demonio a través de pantanos y llanuras y desfiladeros con escuálidos hombres famélicos y escuálidos caballos agotados que tenían la rodilla hincada en barro helado o nieve, sudando y maldiciéndola a través de ciénagas y marjales como una pieza de artillería, hablando de las dos lápidas como —Coronel— y —la señora del coronel—; después a través de Cumberland Gap<sup>[71]</sup> y bajando a través de las montañas de Tennessee, viajando de noche para burlar las patrullas yanquis, y adentrándose en Misisipi en los últimos días de otoño de 1864, donde lo esperaba la hija cuyo matrimonio había prohibido y que iba a ser viuda el verano siguiente aunque aparentemente sin duelo, donde su mujer yacía muerta y su hijo auto-excomulgado y desterrado, y puso una de las lápidas sobre la tumba de su esposa y colocó la otra de pie en el vestíbulo de la casa, donde posiblemente (quizá indudablemente) la señorita Coldfield la miraba cada día como si fuera un retrato, posiblemente (quizá indudablemente aquí también) leyendo en las letras de la inscripción más esperanzas de doncella y ansias de virgen de las que ella jamás contara a Quentin, puesto que ella nunca le mencionó la lápida en absoluto, y (el demonio) bebió el café de maíz secado al sol y comió el pastel de masa de maíz que Judith y Clytie le habían preparado y besó a Judith en la frente y le dijo: —Bien Clytie— y regresó a la Guerra, todo en veinticuatro horas; él podía verlo; podía incluso haber estado allí. Luego pensó *No. Si hubiera estado allí no lo podría haber visto tan claro.*

—Pero eso no explica las otras tres—, dijo. —Deben haber costado algo también.

—¿Quién habría pagado por ellas? —dijo el señor Compson. Quentin podía sentir cómo lo miraba—. Piensa. —Quentin miró las tres lápidas idénticas con sus borrosas inscripciones idénticas, inclinadas un poco en el suave decaimiento margoso de acumuladas agujas de cedro, éstas también descifrables cuando miró de cerca, la primera: *Charles Bon. Nació en Nueva Orleans, Luisiana. Murió en el Ciento de Sutpen, Misisipi, el tres de mayo de 1865. A la edad de 33 años y 5 meses.* Él podía sentir a su padre observándolo.

—Ella lo hizo, —dijo él—. Con aquel dinero que obtuvo cuando vendió el comercio.

—Sí, —dijo el señor Compson. Quentin tuvo que agacharse y apartar con la mano algunas de las agujas de cedro para leer la siguiente. Mientras lo hacía uno de los perros se levantó y se acercó a él metiendo la cabeza para ver qué estaba mirando como habría hecho un ser humano, como si de una asociación con seres humanos hubiera adquirido la cualidad de la curiosidad que es un atributo sólo de hombres y simios.

—Vete, —dijo, empujando al perro hacia atrás con una mano mientras con la otra apartaba las agujas de cedro, limpiando con la mano hasta lograr que fuera legible la borrosa inscripción, las palabras del sepulcro: *Charles Etienne Saint-Valery Bon. 1859-1884* sintiendo a su padre observándolo, notando antes de levantarse que la tercera lápida llevaba la misma fecha, 1884. —no pudo haber sido el comercio esta vez—, dijo. —Porque ella vendió el comercio en 1870 y además 1884 es la misma fecha que hay sobre la suya— mientras pensaba cómo habría sido terrible para ella seguramente si ella hubiese querido poner *Amado esposo de* en aquella primera.

—Oh, —dijo el señor Compson—. Ésa fue de la que se ocupó tu padre. Judith vino a la ciudad un día y le trajo el dinero, parte de él, de dónde lo consiguió él nunca lo supo, a menos que fuera lo que ella había apartado del precio del comercio que él vendió por ella; trajo el dinero con la inscripción (excepto la fecha de la muerte por supuesto), todo escrito como lo ves, en el transcurso de aquellas tres semanas mientras Clytie estaba en Nueva Orleans encontrando al niño para traerlo de vuelta, aunque tu abuelo por supuesto no sabía esto, dinero e inscripción no para ella sino para él.

—Oh, —dijo Quentin.

—Sí. Ellas llevaban hermosas vidas —las mujeres. Vidas no sólo divorciadas de, sino irrevocablemente excomulgadas de, toda realidad. Eso es por lo que aunque sus muertes, el instante de disolución, no sean de importancia para ellas puesto que tienen un coraje y una fortaleza ante el dolor y la aniquilación que harían al hombre más espartano parecer un llorón, aun así sus funerales y tumbas, las pequeñas afirmaciones triviales de espuria inmortalidad colocadas sobre su sueño, son de incalculable importancia. Tuviste una vez una tía (tú no la recuerdas porque ni yo mismo la conocí sino que sólo escuché la historia) que se vio enfrentada a una seria operación a la que ella se convenció de que no sobreviviría, en un momento en el que su pariente más cercano era una mujer con la que había mantenido durante años una de esas amargas inexplicables (para la mente del hombre) enemistades amistosas que ocurren entre mujeres de la misma sangre, cuya única preocupación al dejar este mundo era deshacerse de cierto vestido marrón que poseía y que sabía que la pariente sabía que nunca le había gustado, que debía ser quemado, no regalado sino quemado en el patio trasero bajo la ventana donde, mientras la sostenían delante de ella (y sufriendo un dolor atroz) podía ver con sus propios ojos cómo se quemaba, porque estaba convencida de que después de muerta la pariente, que lógicamente quedaría al cargo, la enterraría con él.

—¿Y murió? —dijo Quentin.

—No. Tan pronto como el vestido se consumió ella empezó a mejorar. Aguantó la operación y se recobró y sobrevivió a la pariente varios años. Luego una tarde murió apaciblemente de ninguna enfermedad en particular y fue enterrada con su traje de

novia.

—Oh, —dijo Quentin.

—Sí. Pero hubo una tarde del verano del 1870 en la que una de estas tumbas (entonces sólo había tres aquí) fue de verdad regada con lágrimas. Tu abuelo lo vio; eso ocurrió el año en el que Judith vendió el comercio y tu abuelo se ocupó de eso por ella y él había salido a caballo para verla acerca del asunto y lo presencié: el interludio, el brillante cortejo dramático de la viudedad ceremoniosa. En aquellos momentos él no sabía cómo pudo la ochavona llegar hasta aquí, cómo Judith podía siquiera haber tenido conocimiento de ella para decirle por carta el lugar en el que Bon yacía muerto. Pero allí estaba ella, con el niño de doce años que más aparentaba tener ocho. Debió asemejarse a una escena de jardín del poeta irlandés, Wilde<sup>[72]</sup>; la avanzada tarde, los oscuros cedros con el sol a ras de ellos, incluso la luz exactamente adecuada y las tumbas, las tres piezas de mármol (tu abuelo había adelantado a Judith el dinero para comprar la tercera lápida a cambio del precio del comercio) que parecía como si hubieran sido limpiadas y pulidas y arregladas por tramoyistas que con el paso del anochecer regresarían y las retirarían y se las llevarían, huecas frágiles y sin peso, de vuelta al almacén hasta que volvieran a necesitarse; la representación, la escena, el acto, que comenzaba sobre el escenario —la mujer de rostro de magnolia un poco más rolliza ahora, una mujer creada de, por y para la oscuridad que el artista Beardsley<sup>[73]</sup> bien podría haber vestido, con una suave túnica flotante diseñada no para inferir duelo o viudedad sino para vestir algún interludio de somnolienta y fatal insaciabilidad del hambre apasionada e inexorable de la carne, caminando bajo una sombrilla de encaje y seguida por una lustrosa negra gigantesca portando un cojín de seda y llevando de la mano al pequeño que bien podría Beardsley no sólo haber vestido sino dibujado— un delgado y delicado niño con un suave rostro de marfil asexual que, después de que su madre tendiera la sombrilla a la negra y cogiera el cojín y se arrodillara al pie de la tumba y arreglara las enaguas y llorara, nunca soltó el delantal de la negra sino que permaneció pestañeando quedamente que, habiendo nacido y vivido toda su vida en una especie de prisión de seda alumbrada por cirios perpetuamente velados, respirando como si fuera aire la lechosa y absolutamente fría fluorescencia que los días y horas de su madre emanaban, no había visto suficiente luz de sol antes, y mucho menos el mundo, árboles y hierba y tierra; y por último, la otra mujer, Judith (*que, no estando de duelo, no necesitaba condolerse* pensó Quentin, pensando *Sí, he tenido que escuchar demasiado tiempo*) que permaneció de pie justo entre los cedros, con el vestido de percal y el sombrero haciendo juego, ambos descoloridos y deformes —el rostro sereno, las manos que podían arar o cortar leña y cocinar o tejer tela doblada a sus pies, irguiéndose en la actitud de un indiferente guía de museo, esperando, probablemente ni siquiera observando. Entonces la negra vino y le tendió a la ochavona una botella de cristal para que oliera y la ayudó a levantarse y tomó el cojín de seda y le dio la sombrilla a la ochavona y regresaron a la casa, con el pequeño aferrándose aún a su delantal, la negra



sosteniendo a la mujer con un brazo y Judith siguiéndoles con aquel rostro como una máscara o como mármol, de vuelta a la casa, atravesando el alto pórtico empinado y entrando en la casa donde Clytie estaba cocinando los huevos y el pan de maíz de los que ella y Judith vivían.

—Se quedó una semana. Pasó el resto de aquella semana en la única habitación que quedaba en la casa cuya cama aún tenía sábanas de lino, la pasó en la cama, con las nuevas negligés de encaje y seda y satén suavizadas aliviadas al malva y lila de duelo —aquella habitación mal ventilada y oscura, impregnada tras las caídas y cerradas celosías con el pesado olor desvaído de su carne, sus días, sus horas, sus prendas, de agua de colonia del paño sobre sus sienes, del frasquito de cristal que la negra alternaba con el abanico mientras se sentaba al lado entre viajes a la puerta para recibir las bandejas que Clytie le subía— Clytie, que recogía y llevaba que hacía las tareas de recoger y llevar como Judith le decía, que debía haber percibido ya se lo dijera Judith o no que era otra negra a la que ella servía, pero que aun así servía a la negra de la misma manera que dejaba la cocina de vez en cuando y registraba las habitaciones de abajo hasta que encontraba a aquel extraño pequeño solitario sentado quietamente en una rígida silla dura en la sombría y oscura biblioteca o en el recibidor, con sus cuatro nombres y su dieciseisava parte de sangre negra y su ropa cara esotérica de Fauntleroy<sup>[74]</sup> que consideraba con súbito y fatalista terror a la hosca mujer de color café que vendría con pies descalzos a la puerta y se asomaría, que no le daba pastas de té sino el pan de maíz más basto untado con melaza tan basta (esto subrepticamente, no porque la madre o la dueña pudieran poner objeciones, sino porque no había en la casa comida para comer entre horas), se lo daba, se lo arrojaba con refrenada ferocidad, y lo encontró una tarde jugando con un niño negro de su mismo tamaño en la carretera por fuera de la verja y maldijo al niño negro hasta que lo perdió de vista con franca y mortífera violencia y envió, al otro, de vuelta a casa con una voz en la que la misma ausencia de vituperio o furia la hacía aparecer tanto más mortífera o gélida.

—Sí, Clytie, que permaneció impasible al lado de la carreta aquel último día, siguiendo la segunda comitiva hacia la tumba, con el cojín de seda y la sombrilla y la botella de sales, cuando madre e hijo y dueña partieron hacia Nueva Orleans. Y tu abuelo nunca supo si fue Clytie la que vigiló, mantuvo el contacto de alguna forma, aguardó el día, el momento, de venir, la hora en la que el pequeño fuera un huérfano, y así ir ella misma a traerlo; o si fue Judith la que quedó a la espera y a la vigilia y mandó a Clytie a por él aquel invierno, aquel diciembre de 1871...; Clytie que nunca se había alejado del Ciento de Sutpen en su vida, y que aun así hizo aquel viaje sola a Nueva Orleans y regresó con el niño, de doce años ahora y que aparentaba diez, en uno de sus trajes Fauntleroy ya pequeño pero con un sobretodo nuevo demasiado grande que Clytie había comprado para él (y que se lo hizo poner, si bien contra el

frío o no tu abuelo tampoco pudo decirlo) encima y con el resto de sus posesiones en un atadillo —este niño que no sabía hablar inglés como no sabía hablar francés la mujer, que lo había encontrado, dado con él, en una ciudad francesa y que lo trajo lejos, este niño de rostro no viejo pero sin edad, como si no hubiera tenido niñez, no en el sentido en el que la señorita Rosa Coldfield dice que ella no tuvo niñez, mas como si no hubiera nacido de humano sino creado en cambio sin mediación de varón o agonía de mujer y sin que ser humano alguno lo dejara huérfano (tu abuelo dijo que no os preguntasteis qué había sido de la madre, ni siquiera os preocupaba: muerte o fuga o matrimonio: que no pasaría de una metamorfosis —disolución o adulterio— a la siguiente llevándose con ella todos los viejos años de escoria acumulada que llamamos memoria, el yo reconocible, sino que cambiaría de una fase a otra como la mariposa cambia una vez que abandona la crisálida, sin acarrear nada de lo que fue a lo que es, sin dejar nada de lo que estaba atrás pero pasando completa e intacta y sin resistencia hacia el próximo avatar como la rosa marchita o la magnolia saltan de un fértil junio al siguiente, sin dejar huesos, ni sustancia, ni polvo de cualquier muerta prístina rendición feroz sin alma en algún lugar entre el sol y la tierra) sino producido completo y no sujeto a microbio alguno en aquel empalagoso y fragante laberinto de seda aprisionada como si Riera el delicado y perverso símbolo del espíritu, página inmortal de la ancestral e inmortal Lilit<sup>[75]</sup>, entrando en el mundo actual no al segundo de edad sino a los doce años, con las delicadas vestiduras de su vida de paje ya medio conciliadas bajo aquella sarga dura y deforme cortada de férreo patrón y vendida por millones—aquel uniforme burlesco y atavíos ceremoniosos de la trágica farsa de los hijos de Cam<sup>[76]</sup>; ...un niño endeble y silencioso que ni siquiera hablaba inglés, salvado repentinamente de cual fuera la catástrofe en la que se había desintegrado la única vida que conocía, por una criatura a la que él había visto una vez y a la que aprendió a temer y a rechazar y de la que sin embargo no podía huir, suspendido indefenso y pasivo en un estado que debe haber sido algún increíble compuesto de horror y confianza, puesto que aunque ni siquiera podía hablar con ella (ellos hicieron, debieron hacer, aquella semana de viaje en un vapor entre balizas de algodón en la cubierta de carga, comiendo y durmiendo con negros, donde ni siquiera podía decirle a su compañera cuándo estaba hambriento o cuándo tenía que hacer sus necesidades) y de esta manera sólo pudo haber sospechado, presagiado adónde le estaba llevando ella, no pudo haber sabido nada con certeza excepto que todo lo que le había sido familiar se estaba desvaneciendo a su alrededor como humo. A pesar de todo no opuso resistencia, regresando quieta y dócilmente a aquella casa en minas que había visto una vez, en la que la fiera mujer pensativa que había venido y lo había llevado vivía con la serena mujer blanca que ni siquiera era fiera, que no era nada excepto serena, que para él ni siquiera tenía un nombre pero que de alguna manera estaba tan estrechamente vinculada a él como para ser la propietaria del único lugar en la tierra donde había visto a su madre llorar;...volvió, cruzó aquel desconocido umbral, aquella demarcación irrevocable, sin ser guiado, ni arrastrado,

sino conducido y encarrilado por esa severa presencia implacable, hacia aquella economía doméstica vacía e inútil en la que las ropas de seda que le quedaban, la delicada camisa y medias y zapatos que aún le quedaban para recordarle lo que había sido una vez, se desvanecieron, huyeron de brazos y cuerpo y piernas como si hubieran estado tejidos de quimeras o de humo. ...Sí, durmiendo en el catre junto al de Judith, junto al de la mujer que lo miraba y lo trataba con una fría e inflexible gentileza impersonal más desalentadora que la fiera arisca vigilancia constante de la negra que, con una suerte de invencible y espuria humildad dormía en un jergón en el suelo, mientras el niño yacía allí entre ellas insomne en algún hiato de desesperación pasiva y sin esperanza consciente de esto, consciente de la mujer en la cama cuya sola mirada y acción hacia él, cuyo sólo roce de aquellas hábiles manos parecían en el momento de tocar su cuerpo perder toda calidez y volverse vestido de fría e implacable antipatía, y la mujer sobre el jergón a la que ya había llegado a mirar como podría una delicada bestia salvaje sin garras ni colmillos agazapada en su jaula con un fatuo y desesperado símil de ferocidad (y tu abuelo decía: —Dejad que los niños se acerquen a Mí—: y ¿qué es lo que Él quiso decir con esto? cómo, si Él quiso decir que sería necesario que se tolerara a los niños pequeños que se acercaran a Él, qué clase de tierra había creado; que si tenían que sufrir<sup>[77]</sup> para acercarse a Él, ¿qué clase de cielo poseía?) mirar a la criatura humana que lo alimenta, que lo alimentaba a él, que le arrojaba comida que hasta él mismo podía discernir que era la más selecta que tenían, comida que se daba cuenta de que había sido preparada para él con deliberado sacrificio, con esa curiosa mezcolanza de salvajismo y pena, de anhelo y odio; que lo vestía y lo lavaba, metiéndolo a empujones en tinas de agua demasiado caliente o demasiado fría contra lo cual él no se atrevía siquiera a levantar la voz, y lo restregaba con ásperos paños y jabón, a veces frotándolo con tanta furia reprimida como si intentara lavar el suave y tenue tinte oliva de su piel del modo que podrías observar a un niño que sigue frotando la pared mucho después de que el epíteto, el insulto escrito con tiza, se haya borrado;... yaciendo allí desvelado en medio de la oscuridad entre ellas, sintiendo que también ellas permanecían en vela, sintiendo cómo pensaban en él, proyectándose a su alrededor y llenando la atronadora soledad de su desesperación con un estruendo mayor que el del que eran capaces las palabras: *No estás aquí arriba en esta cama conmigo, donde deberías estar a pesar de que no tengas la culpa ni sea por voluntad tuya, y no estás aquí abajo en este jergón conmigo, donde debes estar y estarás a pesar de que no sea culpa ni voluntad tuya, ni por falta alguna o voluntad de nuestra parte que no querríamos lo que no podemos de la misma forma que queremos y esperamos lo que debe ser.*

—Y tu abuelo tampoco sabía cuál de ellas fue la que le contó que él era, debía ser, un negro, que no podía ni haber oído ni aun menos haber reconocido el término — negro—, que ni siquiera tenía palabra para ello en la lengua que conocía que había nacido y crecido en una aislada celda acolchada de seda que podría haber estado suspendida de un cable a mil brazas bajo el mar, donde la pigmentación no tenía más

valor moral que las paredes de seda y el aroma y las pantallas de velas de color de rosa, donde hasta las mismas abstracciones que pudiera haber observado — monogamia y fidelidad y decoro y gentileza y afecto— estaban tan completamente enraizadas en los oficios de la carne como los procesos digestivos. Tu abuelo no sabía si después de todo lo habían echado de su catre o si lo dejó por propio deseo y voluntad; si cuando llegó la hora en la que su soledad y su pesar se encallecieron, él se retiró de la alcoba de Judith o si lo echaron de allí, a dormir en el vestíbulo (adonde había trasladado también Clytie su jergón) aunque no un jergón como ella sino un catre, desplegado y quizá no por decreto de Judith sino por la fiera inexorable y espuria humildad de la negra; y después al desván, allí se trasladó el catre, las pocas prendas de vestir (los harapos de seda y velarte con los que había llegado, los ásperos pantalones de sarga y paño hilado en casa que las dos mujeres compraban y hacían para él, aceptándolos sin cumplidos, sin comentarios, aceptando su habitación en el desván sin cumplidos, sin comentarios, sin pedir ni realizar cambio alguno en sus arreglos espartanos que ellas supieran hasta aquel segundo año cuando cumplió catorce y una de ellas, Clytie o Judith, halló oculto bajo su colchón un trozo de espejo roto: y quién podía saber las horas de confusa aflicción sin lágrimas que habría pasado delante de él, examinándose cubierto con los delicados y menguados harapos con los que quizá no podía ni recordarse a sí mismo, con queda e incrédula incompreensión) colgando tras una cortina improvisada con un trozo de vieja alfombra clavada de un lado a otro de la esquina. Y Clytie durmiendo abajo en el vestíbulo, bloqueando el pie de las escaleras del desván, custodiando cualquier vía de escape o salida tan inexorablemente como una dueña española<sup>[78]</sup>, mientras le enseñaba a cortar leña y a trabajar en el huerto y después a arar a medida que su fuerza (más bien su resistencia, porque él no podría ser nunca otra cosa más que enclenque de huesos y muy delicado) crecía... el niño de huesos menudos y manos de mujer forcejeando contra el anónimo avatar de Mula intratable, con cualquier payaso trágico que fuera su inseparable compañero y complemento bajo la maldición de su primer padre, adquiriendo habilidad poco a poco y los dos, ligados por el salvaje símbolo masculino de acero y madera, arrebatando a la fértil y postrada tierra femenina el maíz que los alimentaba a ambos mientras Clytie vigilaba, sin alejarse ni perderlo nunca de vista, con aquel celoso empeño pensativo fiero e incansable, apresurándose siempre que alguien blanco o negro se detenía en el camino como si esperase a que el chico acabara el surco e hiciera una pausa lo bastante larga para dirigirle la palabra, para luego hacer continuar al chico con una única queda palabra o un gesto cien veces más fiero que el monótono murmullo de vituperio con el que dejaba al transeúnte. Así que él (tu abuelo) creía que no fue ninguna de ellas. No fue Clytie, que lo custodiaba como si él fuera una doncella española, que incluso antes de que pudiera haber sospechado que vendría algún día a vivir allí, había interrumpido su primer contacto con un negro y lo había enviado de vuelta a casa; ni Judith, que podía haberse negado en cualquier instante a dejarlo dormir en aquella cama de niño blanco en su alcoba,

que a pesar de que no pudo resignarse a que él durmiera en el suelo pudo forzar a Clytie a llevárselo a otra cama con ella, no ella que quizá hubiera hecho de él un monje, un célibe, aunque no un eunuco, que no le habría permitido que se hiciera pasar por un forastero, pero que ciertamente no lo hubiera llevado a que frecuentara a negros. Tu abuelo no lo sabía, aunque sí sabía más que la ciudad, más de lo que sabían los lugareños, que había un niño forastero viviendo allí que aparentemente había surgido de la casa por primera vez a la edad aproximada de doce años, cuya presencia no era ni siquiera asombrosa para la ciudad y el condado porque ahora creían saber por qué Henry había disparado a Bon y tan sólo se preguntaban dónde y cómo se las habían arreglado Clytie y Judith para mantenerlo oculto todo el tiempo, y que ya creían que había sido una viuda la que había enterrado a Bon aunque no tuviera papel que lo demostrara, y únicamente la incrédula (y turbada) especulación de tu abuelo que, aunque tuvieran por aquel entonces en su caja de seguridad aquel centenar de dólares y las instrucciones escritas de la mano de Judith para esta cuarta lápida, todavía no había asociado al chico con el niño que había visto hacía dos años, cuando la ochavona vino a llorar sobre la tumba, para concluir que el niño podía ser de Clytie, engendrado por su padre en el cuerpo de su propia hija... un chico al que siempre se le veía cerca de la casa con Clytie constantemente a su alrededor, después un joven que aprendía a arar mientras Clytie seguía en algún lugar siempre cerca de él y pronto sería bien conocida la torva e inexorable vigilancia que descubría e interrumpía cualquier intento de hablar con él, y sólo tu abuelo llegó a emparejar al fin al chico, al joven, con el niño que había estado allí hacía tres o cuatro años para visitar aquella tumba;...tu abuelo a cuya oficina acudió Judith aquella tarde cinco años después y que no pudo recordar cuándo la había visto por última vez en Jefferson —la mujer que ahora tenía cuarenta años, con el mismo deforme percal y sombrero descolorido, que ni siquiera quiso sentarse, la que a pesar de la máscara impenetrable que usaba por rostro emanaba (traslucía) un terrible apremio, la que insistió en que se encaminaran hacia el tribunal mientras ella hablaba, le contaba, rumbo a la abarrotada sala donde se sentaba la corte judicial, la abarrotada sala donde entraron y donde tu abuelo lo vio, al chico (sólo que ya era un hombre) esposado a un oficial, con el otro brazo en cabestrillo y la cabeza vendada ya que lo habían llevado primero al médico, tu abuelo discerniendo poco a poco lo que había ocurrido o tanto como podía porque la propia Corte no pudo sacar mucho a los testigos, aquellos que habían huido y habían buscado al shériff, aquellos (excepto aquel al que él había malherido gravemente como para estar presente) con los que había luchado— en un baile de negros celebrado (o festejado) en una cabaña a pocas millas del Ciento de Sutpen y en el que estaba allí, presente y tu abuelo nunca llegó a saber con cuánta frecuencia había hecho esto antes, si había ido allí para unirse al baile o por la partida de dados que se estaba jugando en la cocina donde empezaron los problemas, problemas que empezó él y no los negros de acuerdo con los testigos y sin razón alguna, sin acusaciones de hacer trampas, nada; y él sin hacer nada para negarlo, sin

decir nada, negándose a hablar, mientras estaba allí sentado sombrío, pálido y en silencio: así que en este instante toda verdad, toda evidencia se desvanecía en una turbulenta masa de espaldas y cabezas de negros y oscuros brazos y manos empuñando leños y utensilios de cocina y cuchillas, siendo el hombre blanco el foco de la acción y blandiendo un cuchillo que había sacado de algún sitio, torpemente, con evidente falta de pericia y práctica, mas con mortal vehemencia y con una fuerza que su débil complexión desmentía, una fuerza compuesta de pura voluntad desesperada e indiferencia ante el castigo, los golpes y navajazos que recibía y que ni siquiera parecía sentir;...sin causa, sin razón para ello: nadie iba a saber jamás qué ocurrió exactamente, cuáles fueron las maldiciones y eyaculaciones que pudieron haber indicado qué fue lo que le movió y sólo tu abuelo llegó a tantear, palpar, agarrar la presencia de aquella furiosa protesta, aquella acusación de orden celestial aquel guante arrojado al rostro de lo que es con una furiosa e indomable desesperación que el mismo demonio habría mostrado, como si el niño y después el joven la hubieran adquirido de las paredes entre las que el demonio había vivido, el aire en el que una vez había caminado y respirado hasta aquel momento en el que su propio destino al que había retado a su vez le devolvió el golpe; sólo tu abuelo iba a presentirlo porque la justicia y los demás presentes no lo reconocieron, no reconocieron a este hombre enclenque con la cabeza y brazo vendados, su rostro aceitunado sombrío e impasible (y ahora sin sangre), que se negó a responder a cualquier pregunta, a hacer ninguna declaración: así que el juez (que era Jim Hamblett) ya estaba pronunciando su acusación cuando tu abuelo entró, valiéndose de oportunidad y audiencia para orar, con sus ojos ya nublados por ese cese de visión de la gente a la que le gusta oírse a sí misma hablar en público: —En este momento, mientras nuestro país está luchando por levantarse de debajo del férreo talón del tirano opresor, cuando el mismo futuro del Sur como un lugar habitable para nuestras mujeres e hijos depende de la labor de nuestras propias manos, cuando las herramientas que tenemos que emplear, de las que dependemos, son el orgullo y la integridad y la resignación de hombres negros y el orgullo e integridad y paciencia de los blancos; el que usted, digo, un hombre blanco, un blanco...— y tu abuelo tratando de llegar hasta él, de pararle, de abrirse paso entre la multitud, diciendo, —Jim. Jim. ¡Jim!— pero ya era demasiado tarde, como si la misma voz de Hamblett le hubiera despertado al fin o como si alguien chascara los dedos bajo su nariz y le despertara, miraba ahora al prisionero pero diciendo — blanco— otra vez incluso cuando su voz se diluyó como si la orden de parar la voz hubiera sufrido un cortocircuito, y todos los rostros en la habitación se volvieron hacia el prisionero cuando Hamblett gritó, —¿Qué es usted? ¿Quién es y de dónde vino?

—Tu abuelo lo sacó, invalidó la acusación y pagó la multa y lo trajo de vuelta al despacho y le habló mientras Judith esperaba en la antesala. —Eres el hijo de Charles Bon—, dijo: —No sé—, contestó el otro, áspero y hosco. —¿No recuerdas?— dijo tu abuelo. El otro no contestó. Entonces tu abuelo le dijo que debía alejarse,

desaparecer, dándole dinero y continuó diciendo: —No importa lo que seas, una vez que estés entre extraños, gente que no te conoce, puedes ser lo que desees. Yo haré que todo vaya bien; hablaré con... con... ¿Cómo la llamas?— Ya había ido demasiado lejos, pero era demasiado tarde para detenerse; se sentó allí y miró aquel rostro tan inmutable que no tenía más expresión que el de Judith, sin nada de esperanza o dolor; simplemente sombrío e inescrutable y que bajaba la vista hasta las encallecidas manos femeninas con las uñas astilladas que sostenían el dinero mientras tu abuelo pensaba que no podía decir —señorita Judith—, puesto que hubiera confirmado la sangre más que nunca. Después pensó *Ni siquiera sé si quiere ocultarlo o no*. Así que dijo señorita Sutpen. —Diré a la señorita Sutpen, no hacia dónde te diriges, por supuesto, porque ni yo mismo lo sabré. Sino simplemente que te has ido y que yo sabía que te ibas y que estarás bien.

—Así que se fue, y tu abuelo salió a caballo para decírselo a Judith, y Clytie salió a la puerta y lo miró de lleno y fijamente al rostro y no dijo nada y fue a llamar a Judith, y tu abuelo esperó en aquel recibidor envuelto en penumbra y supo que no tendría que decírselo a ninguna de ellas. No tenía que hacerlo. Al poco tiempo vino Judith y permaneció de pie y lo miró y le dijo, —Supongo que no me lo dirá—... —No es que no vaya a decirlo, es que no puedo—, dijo tu abuelo. —Mas esta vez no por alguna promesa que le hubiera hecho. Pero tiene dinero; estará...— y se paró, porque allí estaba invisible entre las dos aquel pequeño abandonado desamparado que había llegado allí hacía ocho años con el sobretodo encima de lo que quedaba de sus sedas y velartes, el que se había convertido en el joven de uniforme —el sombrero maltrecho y el traje de faena— de su ancestral maldición, que se había convertido en el hombre joven con la potencia de un hombre joven pero que aún era aquel niño solitario con su burdo y sarmentoso cilicio, y tu abuelo pronunció las vanas palabras cojas, las falacias espaciales y vacías que llamamos consuelo, pensando *Mejor sería que estuviera muerto, mejor que nunca hubiese vivido*: luego pensando cuán vana y vacía recapitulación hubiera sido para ella si lo hubiera dicho, pues seguramente ya la había dicho, pensado, cambiando solamente la persona y el número. Regresó a la ciudad. Y ahora, la vez siguiente, nadie lo mandó llamar; se enteró de la misma forma que se enteró la ciudad: a través de ese rumor provinciano cuya fuente está entre los negros, y él, Charles Etienne Saint-Valery Bon, que ya había regresado (no de nuevo al hogar; simplemente regresó) antes de que tu abuelo se enterara de cómo había vuelto, apareció, con una mujer negra como el carbón y parecida a un simio y con una licencia matrimonial auténtica, lo traía de vuelta la mujer ya que recientemente lo habían golpeado y herido tan gravemente que ni siquiera podía sostenerse sobre la mula cojitranca y sin silla en la que viajaba mientras su mujer caminaba al lado para evitar que se cayera; cabalgó hasta la casa y por lo visto arrojó la licencia matrimonial al rostro de Judith con algo de aquella desesperación invencible con la que había atacado a los negros jugando a los dados. Y nadie iba a saber jamás qué relato increíble yacía detrás de aquel año de ausencia al que nunca aludía y que la

mujer que, incluso un año más tarde y después de que naciera su hijo, aún permanecía en aquel estado aterrorizado y como de autómatas en el que había llegado, no contó, posiblemente no podía, pero que parecía ir rezumando poco a poco y mediante un proceso de extraordinaria e increíble secreción como el sudor del miedo o la angustia: cómo él la había encontrado, la había sacado de aquel arroyo bidimensional (cuyo nombre, fuera ciudad o pueblo, o bien no había sabido nunca o la conmoción de su éxodo lo había expulsado para siempre de su mente y memoria) del que su mentalidad había sido capaz de extraer comida y abrigo (techo), y cómo se casó con ella, cómo sostuvo su mano sin vacilar mientras ella escribía con esfuerzo la cruz en el registro antes de que supiera al menos su nombre o que supiera que no era un hombre blanco (y ni siquiera ahora sabía nadie si ella sabía esto último con certeza, aún después de que naciera el hijo en una de las desmoronadas cabañas de esclavos que él reconstruyó tras arrendar su parcela de tierra a Judith); cómo luego sucedió algo parecido a un año compuesto de una sucesión de períodos de absoluta inmovilidad como una película de cine rota, que el hombre blanco que se había casado con ella pasó sobre su espalda recuperándose de la última paliza que había recibido, en cuartos sucios y malolientes en lugares —villas y ciudades— que tampoco tenían nombre para ella, rotos por otros períodos, intervalos, de furioso e incomprensible y aparentemente irracional deambular, vagar... un remolino de rostros y cuerpos a través del cual el hombre se arrojaba, sacándola tras de sí, hacia qué o desde dónde, llevado por tal furia que no le dejaba reposo, ella lo desconocía, para que cada uno terminara, finalizara, como lo había hecho el anterior así que era casi un ritual —el hombre que aparentemente perseguía oportunidades hasta encontrarlas de exhibir y arrojar el simiesco cuerpo de su tiznada compañera a los rostros de todos y cada uno que le devolvieran la ofensa: los estibadores negros y los marineros de cubierta en vapores o en tabernas que pensaban que era un hombre blanco y que no hacían sino creerlo más firmemente cuando lo negaba; los hombres blancos que, cuando decía que era negro, creían que mentía para salvar la piel, o peor: por pura extravagancia de perversión sexual; en ambos casos el resultado era el mismo: el hombre de cuerpo y miembros casi tan ligeros y delicados como los de una niña asestaba el primer puñetazo, normalmente desarmado y ajeno al número que se le oponía, con aquella misma furia e inclemencia e impermeabilidad física al dolor y castigo, sin maldecir ni jadear, sino riendo.

—Así que mostró a Judith la licencia y se llevó a su esposa, ya en avanzado estado de gestación a la cabaña en minas que había elegido para reparar y la instaló, como a un perro con un gesto quizá, y regresó a la casa. Y nadie iba a saber qué pasó aquella tarde entre él y Judith, en qué habitación sin alfombras amueblada con qué sillas y demás que no habían tenido que hacer astillas y quemar para cocinar o calentarse o quizá para calentar agua para los enfermos de vez en cuando —la mujer que se había quedado viuda antes de haber sido novia, el hijo del hombre que la había dejado sola a ella y a una concubina con herencia negra, que no había resentido tanto



su sangre negra como había negado la blanca, y esto con una curiosa y furibunda exageración a la cual era inherente su propia irrevocabilidad, casi exactamente como lo podría haber hecho el propio demonio. *(Porque hubo amor dijo el señor Compson. Ahí estaba esa misiva que trajo y que entregó a tu abuela para que la guardara Él (Quentin) podía verla, tan claramente como veía la otra abierta sobre el manual abierto en la mesa delante de él, blanca en la oscura mano de su padre sobre su pernera de hilo en el crepúsculo de septiembre en el que el olor a cigarro, el aroma a glicina, las luciérnagas flotaban, al tiempo que pensaba Sí. He oído demasiado, me han contado demasiado; he tenido que escuchar demasiado, demasiado tiempo, pensaba Sí, casi exactamente como Padre: esa misiva, y quién sabe qué restitución moral podía haber contemplado ella en el aislamiento de aquella casa, de aquella habitación, aquella noche, qué obstáculo de viejas y férreas tradiciones pues había visto casi todo lo que había aprendido a llamar estable desvanecerse como briznas de paja en un vendaval; —ella se sentaba allí junto a la lámpara en una silla recta, erguida, con el mismo vestido de percal sólo que ahora faltaría el sombrero, con su cabeza desnuda, con el pelo que una vez fue negro como el carbón vetado de gris mientras él la miraba a la cara, de pie. Él no se habría sentado; quizá ella ni siquiera se lo hubiera pedido, y la gélida voz monótona no hubiera sido mucho más alta que el sonido de la llama de la lámpara—: Estaba equivocada. Lo admito. Creí que había cosas que todavía tenían importancia por la simple razón de que una vez la tuvieron. Pero estaba equivocada. Nada importa excepto respirar, el respirar, saber y estar vivo. Y el niño, la licencia, el papel. ¿Qué? Ese papel es entre tú y alguien que es irremediamente negra; puede ser dejado de lado, nadie se atreverá jamás a mencionarlo más que cualquier otra travesura de un joven en su alocada juventud. Y en cuanto al niño, de acuerdo. ¿No engendró mi propio padre uno? ¿y le fue peor por ello? Nos ocuparemos de la mujer y del niño si lo deseas; pueden quedarse aquí y Clytie... —observándolo, clavándole la mirada sin moverse, inmóvil, erguida, con sus manos cruzadas inertes sobre su regazo, sin apenas respirar como si él fuera algún pájaro o bestia salvaje que pudiera echar a volar ante la dilatación y contracción de las aletas de su nariz o el movimiento de su pecho—: No: yo. Yo lo haré. Yo lo sacaré adelante, veré que... No necesita tener un nombre; no tendrás que verlo de nuevo ni que preocuparte. Haremos que el General Compson venda algunas tierras; lo hará, y podrás irte. Hacia el norte, a ciudades, donde no importará si... Pero no lo harán. No se atreverán. Les diré que eres hijo de Henry y quién podría o se atrevería a discutir... —y él estaba allí de pie, si la miraba o no ella no podía decirlo pues su rostro estaba inclinado— ese delgado rostro aún sin expresión, ella observándolo, sin atreverse a moverse, mientras su voz murmuraba, lo bastante clara y lo bastante llena aunque apenas alcanzándole: —Charles—: y él: —No, señorita Sutpen—: y ella de nuevo, todavía sin moverse, sin apenas mover un músculo, como si ella permaneciera fuera de la floresta (a la que había atraído al animal que sabía que la estaba observando aunque no pudiera verlo, sin batirse del todo en retirada,*

ni en una especie de terror o hasta de alarma sino en esa ligera e inquieta incorregibilidad del que es libre que no dejaría ni tan sólo una huella en la tierra que lo soporta ligeramente y sin atreverse a sacar la mano con la que podría haberlo tocado sino en vez de eso simplemente hablándole, su voz suave y embriagadora, llena de esa seducción, de esa celestial promesa que es el arma femenina: —*Llámame tía Judith, Charles*—) Sí, quién iba a saber si él dijo algo o nada, al volverse, al salir, con ella todavía allí sentada, sin moverse, sin agitarse, observándolo, viéndolo aún, penetrando muros y oscuridad para observar cómo bajaba caminando el sendero sembrado de maleza entre las abandonadas cabañas derruidas de vuelta a aquélla donde su esposa esperaba, pisando el espinoso camino pavimentado de pedernal hacia el Getsemaní que había decretado y creado para sí mismo, donde se había autocrucificado y descendido de su cruz por un momento para volver ahora a ella.

—No fue tu abuelo. Él sólo sabía lo que la ciudad, el condado, sabía: que el pequeño muchacho nuevo al que Clytie solía vigilar y al que le había enseñado a llevar una granja, que se había sentado, hecho un hombre, en la sala de justicia aquel día con la cabeza vendada y un brazo en cabestrillo y el otro dentro de unas esposas, que se había desvanecido y luego había vuelto con una esposa auténtica que se parecía a algo dentro de un zoo, ahora labraba una porción arrendada de la plantación de Sutpen, la labraba bastante bien, con solitaria y firme disposición dentro de sus limitaciones físicas, cuerpo y miembros que aún parecían demasiado livianos para la tarea que se había propuesto a sí mismo, que vivía como un ermitaño en la cabaña que había reconstruido y donde pronto nació su hijo, que no frecuentaba ni a blancos ni a negros (Clytie ya no lo vigilaba ahora; no necesitaba hacerlo) y que no fue visto en Jefferson más que tres veces en los cuatro años venideros para luego aparecer, ser delatado por los negros que parecían temerle a él o a Clytie o a Judith, por estar o bien ciego o violentamente borracho en el distrito comercial de los negros en la calle Depot, adonde tu abuelo iría y se lo llevaría (o si estaba demasiado borracho, si se había vuelto violento, la policía) y lo cuidaría hasta que su esposa, la gárgola negra, pudiera enganchar de nuevo el tiro a la carreta y venir, sin nada vivaz en ella salvo los ojos y manos, y cargarlo y llevárselo a casa. Así que ellos ni siquiera lo echaron en falta en la ciudad al principio; fue el oficial médico del condado quien dijo a tu abuelo que tenía fiebre amarilla y que Judith había hecho que se le trasladara a la mansión y que le estuvo cuidando y que ahora también ella tenía la enfermedad, y tu abuelo le dijo que avisara a la señorita Coldfield y él (tu abuelo) cabalgó hasta allí un día. No desmontó; permaneció sobre su caballo y llamó hasta que Clytie se asomó y lo miró desde una de las ventanas de la planta de arriba y le dijo —no necesitan nada—. Antes de que terminara la semana tu abuelo supo que Clytie había estado en lo cierto, o que de todas formas ahora lo estaba, aunque fue Judith la que falleció primero.

—Oh, —dijo Quentin—. Sí pensó *Demasiado, demasiado tiempo* recordando

cómo había mirado la quinta sepultura y pensó qué miedo debía de tener el que hubiera enterrado a Judith de que los demás muertos pudieran contraer la enfermedad de ella, puesto que su sepultura estaba en el lado opuesto del recinto, tan lejos de las otras cuatro como permitía el recinto, pensando *Padre no tendrá esta vez que decir — piensa—* porque sabía quién había encargado y comprado aquella lápida antes de leer la inscripción, pensando en ello, imaginando para escribir qué indicaciones a Clytie cuidadosamente redactadas debió la propia Judith haberse levantado (posiblemente desde su delirio) cuando supo que iba a morir; y cómo debía haber vivido Clytie durante los siguientes doce años mientras sacaba adelante al niño que había nacido en la vieja cabaña de los esclavos y arañando y ahorrando el dinero para acabar de pagar la piedra por la que Judith había pagado a su abuelo los cien dólares veinticuatro años atrás y que, cuando su abuelo intentó rehusarlo, ella (Clytie) posó la oxidada lata llena de calderilla y de billetes gastados sobre el escritorio y salió del despacho sin una palabra. Tuvo que apartar el montón de agujas de cedro que también se acumulaban sobre ésta para leerla, observando cómo también surgían estas letras bajo su mano, preguntándose en silencio cómo se habían adherido allí, por qué no habían sido reducidas a cenizas al primer contacto con la severa e imperdonable amenaza: *Judith Coldfield Sutpen. Hija de Ellen Coldfield. Nació el 3 de octubre de 1841. Sufrió las Indignidades y Pesares de este Mundo durante 42 Años, 4 Meses, 9 Días, y fue a Descansar por fin el 12 de febrero de 1884. Detente, Mortal; Recuerda la Vanidad y la Necedad y ten cuidado pensando (Quentin) Sí. No necesité preguntar quién lo forjó, lo llevó a cabo pensaba Sí, demasiado, demasiado tiempo. No necesitaba escucharlo entonces pero tuve que oírlo y ahora tengo que escucharlo todo otra vez porque habla exactamente como Padre: Hermosas vidas... viven las mujeres. En el mismo respirar extraen carne y bebida de alguna hermosa atenuación de la irrealidad en la que los espectros y las sombras de los avatares —de nacimientos y muertes, de sufrimientos y turbaciones y desespero— se mueven con el insustancial decoro de las charadas de una fiesta al aire libre, perfectas en gestos y sin trascendencia o capacidad para hacer daño. La señorita Rosa encargó ésa. Exigió esa lápida al Juez Benbow. Él había sido el albacea de los bienes de su padre, sin que lo hubiera elegido en la última voluntad puesto que el señor Coldfield no dejó ni testamento ni bienes excepto la casa y el saqueado cubículo del comercio. Así que se asignó él mismo, se eligió a sí mismo de entre algún cónclave de vecinos y conciudadanos que se juntaron para discutir sus asuntos y qué se hacía con ella tras haberse dado cuenta de que nada bajo el sol, ciertamente ningún hombre ni comité masculino la persuadiría jamás de volver con su sobrina y con su cuñado —los mismos conciudadanos y vecinos que dejaban cestas con comida en el peldaño de su puerta por la noche, las fuentes Jos platos que contenían comida, las servilletas que la cubrían) que nunca fregaba sino que devolvía sucias a la cesta vacía y volvía a colocarla en el mismo peldaño donde la había encontrado como para dar completamente la ilusión de que nunca había existido o al menos de que nunca la*

había tocado, ni vaciado, que nunca había salido a recoger la cesta con ese aire que nada tenía de furtivo o siquiera de desafiante, que sin duda probaba la comida, criticaba su calidad y su preparación, la masticaba y la tragaba y sentía cómo se digería y que aun así se aferraba a esa falsa ilusión, a esa tranquila insistencia incorregible de que aquello que toda evidencia irrefutable le decía que así era no existía, como pueden hacer las mujeres;— aquel mismo auto-engaño que declinaba admitir que la liquidación del comercio le había dejado algo, que le había quedado algo aparte de una completa miseria, que no aceptaría el dinero de la venta del comercio de manos del Juez Benbow pero que sí aceptó el valor de aquella suma (y al cabo de unos años, un valor mayor) de una docena de formas: usaba a niños negros que pasaban casualmente por delante de su casa, parándolos y mandándoles pasar el rastrillo a su jardín y ellos sin lugar a dudas tan conscientes como la ciudad de que ella no mencionaría paga alguna, que ni siquiera volverían a verla aunque sabían que los estaba observando desde detrás de las cortinas de una ventana, pero que el juez Benbow les pagaría —entraba en los establecimientos y pedía mercancías de los estantes y mostradores exactamente igual que encargó aquella lápida de doscientos dólares de parte del Juez Benbow y salía del comercio con ellas— que con la misma aberrante astucia con la que no fregaba las fuentes y las servilletas de las cestas declinaba cualquier discusión de sus asuntos con el Juez Benbow puesto que ella debía haber conocido que las sumas que había recibido de él hacía años debían haberse sobrepasado (él, Benbow, tenía en su despacho un portafolios, uno grueso, con Propiedad de Goodhue Coldfield<sup>[79]</sup>. Privado escrito sobre él con tinta indeleble. Después de que el juez muriera su hijo Perty lo abrió. Estaba lleno de apuestas de carreras y resguardos cancelados apostados a caballos cuyos huesos ningún hombre sabía dónde se encontraban ahora, que habían ganado y perdido carreras en las pistas de Memphis cuarenta años atrás, y un libro de cuentas, una cuidadosa tabulación en el puño y letra del Juez Benbow, indicando en cada entrada la fecha y el nombre del caballo y el dinero apostado y si ganó o perdió; y otra mostrando cómo durante cuarenta años había anotado cada ganancia y una cantidad igual a cada pérdida, a cuenta de aquella mítica cantidad) lo que el comercio hubiera rentado.

Pero tú no estabas escuchando, porque ya lo sabías todo, ya lo habías aprendido, absorbido sin usar palabras debido de alguna forma a haber nacido y vivido a su lado, con ello, como los niños hacen y seguirán haciendo: así que lo que tu padre te estaba contando no te decía nada sino que pulsaba, palabra por palabra, las resonantes cuerdas del recuerdo, que había estado aquí antes, había visto estas tumbas más de una vez en las errabundas expediciones de la niñez que tenían más que la simple pretensión de jugar, de la misma forma que también habías visto la casa, te habías familiarizado con cómo sería antes de verla, te hiciste lo bastante grande como para salir allí un día con otros cuatro o cinco chicos de tu edad y estatura y desafiaros unos a otros a evocar el fantasma, ya que tenía que estar

encantada, no podía sino estarlo aunque se había alzado allí vacía e inofensiva durante veintiséis años y sin que nadie se encontrara o diera cuenta de algún fantasma hasta que la carreta llena de forasteros procedentes de Arkansas intentara detenerse y pasar la noche en ella y algo sucedió antes incluso de que pudieran empezar a descargar la carreta, qué era no quisieron o no pudieron decirlo pero aquello hizo que volvieran a la carreta y que las mulas fueran al galope camino abajo, todo en diez minutos, para no parar hasta que alcanzaron Jefferson —el cascarón podrido con su pórtico a punto de hundirse y sus paredes desconchadas, sus celosías desvencijadas y ventanas selladas con tablones, situado en mitad del dominio que había vuelto a ser del estado y que había sido vendido y comprado y vendido y comprado una vez y otra vez y otra vez. No, tú no estabas escuchando: no tenías que hacerlo: entonces se agitaron los perros, se levantaron; alzaste la vista y tal y como se esperaba, justo como tu padre había dicho que haría, Luster<sup>[80]</sup> había detenido a la mula y a los dos caballos bajo la lluvia a unas cincuenta yardas de los cedros, permaneciendo allí sentado con sus rodillas hacia arriba bajo el fardo de arpillera y cercado por el nebuloso vapor de los sudorosos animales como si os contemplara a ti y a tu padre desde algún lúgubre e indoloro purgatorio. —Ven aquí sal de la lluvia, Luster—, dijo tu padre. —No dejaré que el viejo coronel te haga daño—. Vengan ustedes y vayamos a casa—, dijo Luster. —No hay más caza por hoy. Nos mojaremos—, dijo tu padre. —te diré lo que haremos: cabalgaremos hasta la vieja casa. Podemos mantenemos secos y cómodos allí—. Pero Luster apenas se movió, permaneció allí sentado bajo la lluvia inventando razones para no ir a la casa —que el tejado tendría goteras o que nosotros tres pillaríamos un resfriado sin un fuego o que nos mojaríamos tanto antes de llegar a ella que nos sería mejor ir directos a casa: y tu padre riéndose de Luster pero tú no tanto porque aunque tú no fueras negro como Luster, no eras mayor que él y tú y Luster habíais estado los dos allí el día en el que vosotros cinco, los cinco chicos con la misma edad, empezasteis a retaros unos a otros a entrar en la casa mucho antes de llegar a ella, llegando desde atrás, a la vieja calle de los barracones de esclavos— una jungla de zumaque y brezo y caquis y madreselva y los cúmulos putrefactos de lo que una vez habían sido paredes de troncos y chimeneas de piedra y tejados de tablas entre la maleza excepto uno, aquél; veníais hacia él; al principio no visteis a la anciana porque estabais observando al muchacho, a Jim Bond, el muchacho torpe y corpulento de boca flácida y color de cuero un poco mayor y más grande de lo que tú eras, con una camisa remendada y descolorida pero bastante limpia y traje de faena demasiado pequeño para él, trabajando en un huertito junto a la cabaña: así que ni siquiera supisteis que ella estaba allí hasta que todos os sobresaltasteis y os volvisteis como un solo hombre y os la encontrasteis observándoos desde una silla inclinada sobre la pared de la cabaña —una mujer un poco ajada no mucho más grande que un mono y que podría haber tenido cualquier edad hasta los diez mil años, con unas voluminosas sayas descoloridas y un immaculado pañuelo sobre la cabeza, sus pies

*desnudos de color café rodeando la silla enroscados como hacen los monos, fumando una pipa de arcilla y examinándoos con ojos como dos botones de zapato enterrados en la miríada de arrugas de su rostro color café, que simplemente os miraba y decía sin siquiera apartar la pipa con una voz que era casi como la de una mujer blanca: —¿Qué queréis?— y después de un rato uno de vosotros dijo —Nada— y entonces corrísteis todos sin saber quién fue el primero de entre vosotros que echó a correr ni por qué puesto que no estabais asustados, de vuelta a través de los viejos campos en barbecho anegados de lluvia y ahogados de maleza hasta que llegasteis a la vieja serpenteante valla podrida y la cruzasteis, os abalanzasteis sobre ella, y entonces la tierra, el suelo, el cielo y los árboles y bosques, volvían a parecer diferentes, de nuevo en orden.*

—Sí, —dijo Quentin.

—Y ése era de quien Luster estaba hablando entonces, —dijo Shreve—. Y tu padre te volvía a observar porque tú jamás habías oído el nombre, jamás habías pensado que debía tener uno aquel día cuando lo viste en el huertito y dijiste, —¿Quién? ¿Jim qué? y Luster dijo—, Es él. El chico de lustroso color que estaba con la vieja —y tu padre te seguía observando y dijiste—, Deletréalo —y Luster dijo—, ésa es una palabra de abogados. A lo que te someten cuando la ley te caza. Yo deletreo palabras corrientes. —Y era él, ahora con el nombre de Bond sin que le importara eso, el que había heredado lo que era de su madre y únicamente lo que nunca podría haber sido de su padre, y si tu padre le hubiera preguntado si era el hijo de Charles Bon no sólo no lo hubiera sabido, sino que no le hubiera preocupado: ¿y si le hubieras dicho que lo era, habría rozado y después se habría desvanecido de lo que tú (no él) hubieras llamado su mente mucho antes de que pudiera haber producido reacción alguna, bien de orgullo o de placer, furia o pesar?

—Sí, —dijo Quentin.

—Y que vivió en aquella cabaña detrás de la casa encantada durante veintiséis años, él y aquella anciana que ahora debe tener más de setenta años y que no tenía ni una cana bajo aquel pañuelo, cuyas carnes no se habían caído sino que en cambio parecía como si hubiera envejecido hasta cierto punto igual que la gente normal, luego se hubiera detenido, y en vez de volverse gris y blanda hubiera empezado a encoger de forma que la piel de su rostro y manos se resquebrajó en un millón de diminutas arrugas entrecruzadas y su cuerpo se hizo cada vez más pequeño como algo que se reduce en un homo, como hacen los nativos de Borneo con las cabezas capturadas —que bien podría haber sido el fantasma si alguna vez se necesitaba, si alguien tenía tan poco que hacer como para rondar la casa, lo cual no ocurría; si hubiera quedado alguien que se escondiera o necesitara ocultarse en ella, lo cual no ocurrió. Y a pesar de todo esta muchacha anciana, esta tía Rosa, te dijo que alguien se estaba ocultando allí y tú dijiste que sería Clytie o Jim Bond y ella dijo No y tú dijiste que tenía que ser porque el demonio estaba muerto y Judith estaba muerta y Bon estaba muerto y Henry se había ido tan lejos que ni había dejado una tumba: y ella

dijo No así que fuisteis hasta allí, condujisteis las doce millas de noche en una calesa y os encontrasteis a Clytie y a Jim Bond dentro y dijiste ¿Ves? y ella (tía Rosa) aún dijo No así que seguisteis: ¿y allí estaba?

—Sí.

—Entonces espera, —dijo Shreve—. Por amor de Dios, espera).

## CAPÍTULO VII

Ahora no había nieve sobre el brazo de Shreve, ni siquiera manga sobre su brazo: solamente el suave antebrazo con su carne-de-cupido y la mano retrocediendo hacia la lámpara y tomando una pipa de la lata de café vacía donde las guardaba, llenándola y encendiéndola. Así que afuera hace cero grados, pensó Quentin; pronto levantará la ventana y hará sus ejercicios de respiración delante de ella, con los puños cerrados y desnudo hasta la cintura, en el cálido y rosado orificio sobre el plúmbeo patio. Pero aún no los había hecho, y ahora el momento, el pensamiento, hacía una hora que habían pasado y la pipa reposaba sin humo y volcada y fría, con ligeras salpicaduras de ceniza a su alrededor, encima de la mesa delante de los rosados brazos cruzados de claro vello de Shreve mientras observaba a Quentin desde detrás de las dos lunas opacas que reflejaban la luz de la lámpara en sus gafas. —Luego sólo quería un nieto —, dijo. —Eso era todo lo que perseguía. Dios mío, el Sur es maravilloso, no es así. Es mejor que el teatro, ¿no? Es mejor que Ben Hur<sup>[81]</sup>, ¿no? No es extraño que tengáis que alejaros de él de vez en cuando, ¿no?

Quentin no respondió. Estaba sentado bastante quieto, frente a la mesa, con sus manos a uno y otro lado del libro de texto abierto sobre el que descansaba la misiva: el rectángulo de papel doblado a la mitad y ahora abierto, tres cuartos, cuyo bulto se había levantado un poco por el peso del viejo dobléz en levitación ligera y paradójica, yaciendo en un ángulo tal que posiblemente no podría haberla leído, descifrado, incluso sin esta distorsión añadida. Sin embargo parecía estar contemplándola, o tan aproximadamente como Shreve podía afirmar, lo estaba, su rostro un poco inclinado, pensativo, casi taciturno. —Habló de ello al abuelo—, dijo. —Aquella vez en la que el arquitecto escapó, lo intentó, intentó escapar hacia el final del río para volver a Nueva Orleans o adonde fuera, y él...— (—El demonio, ¿eh?— dijo Shreve. Quentin no le respondió, no se detuvo, su voz monótona, rara, un poco soñadora aunque todavía con ese tono implícito de taciturna turbación, de latente ultraje: así que Shreve, también en silencio, que se parecía por sus gafas y por nada más (la mesa lo ocultaba de cintura para abajo; cualquiera que entrara en la habitación le hubiera tomado por completamente desnudo) a una efigie barroca creada a partir de masa cruda coloreada por alguien con una afinidad por lo perverso ligeramente teñida de pesadilla, lo observaba con pensativa y absorta curiosidad). —...mandó avisar a mi abuelo y a algunos otros y sacó a sus perros y a sus negros salvajes y empezó a perseguir al arquitecto hasta que le hizo tomar refugio en una cueva por debajo del banco del río dos días después. Eso fue el segundo verano, cuando habían terminado de cocer todos los ladrillos y habían puesto los cimientos y la mayor parte de la madera estaba cortada y preparada, y un día el arquitecto no pudo soportarlo más o tuvo miedo de morirse de hambre o de que los negros salvajes (y quizá también el Coronel Sutpen) acabaran la comida y lo comieran o tal vez le asaltara la nostalgia o



simplemente tuviera que irse... (—Puede que tuviera una chica, —dijo Shreve— O sencillamente quería una chica. Dijiste que el demonio y los negros no tenían más que dos. —Quentin tampoco respondió a esto; de nuevo pudo ser que no hubiera oído, hablando con aquella curiosa voz reprimida y calmada como si lo hiciera para la mesa que tenía delante o para el libro de texto que estaba encima o la misiva sobre el libro o para sus manos que reposaban a cada lado del libro).—...y así se fue. Pareció desvanecerse a plena luz del día, de entre veintiuna personas. O tal vez fue simplemente que la espalda de Sutpen se volvió, y los negros lo vieron irse y no pensaron que fuera necesario mencionarlo; que siendo salvajes no sabían qué se proponía Sutpen que estaba desnudo en el barro con ellos todo el día. Por lo que imagino que nunca supieron por qué estaba allí el arquitecto, qué se suponía que hacía o había hecho o podía hacer o era, así que quizá creyeron que Sutpen lo había echado, le había dicho que se fuera y se ahogara, que se fuera y muriese, o sencillamente que se fuera. Y lo hizo, se escapó de repente a plena luz del día, con su chaleco bordado y corbata Fauntleroy y con un sombrero como el de un congresista baptista y probablemente llevando el sombrero en la mano, y se adentró corriendo en el pantano y los negros lo observaron hasta que se perdió de vista y luego volvieron al trabajo y Sutpen no lo vio, ni siquiera lo echó de menos hasta la noche, posiblemente a la hora de la cena, y los negros se lo contaron y declaró festivo el día siguiente porque tendría que salir a pedir prestados algunos perros. No era que tuviera necesidad de perros, con sus negros para rastrear, pero acaso pensó que los huéspedes, los otros, no estarían acostumbrados a rastrear con negros y esperarían perros. Y mi Abuelo (entonces también era joven) llevó champaña y algunos de los otros llevaron whisky y empezaron a reunirse allí un poco después de la caída del sol, en la casa que todavía no tenía ni paredes, que aún no era nada sino algunas filas de ladrillos hundidas en la tierra pero eso no les molestaba porque de todas formas no se acostaron, decía mi abuelo, simplemente se sentaron alrededor del fuego con el champaña y el whisky y un cuarto del último venado que había matado, y alrededor de medianoche llegó el hombre con los perros. Después llegó el día y los perros tuvieron algún pequeño problema al principio porque algunos de los negros salvajes habían recorrido cerca de una milla del rastro por mera diversión. Pero al final consiguieron encontrar el rastro, los perros y los negros por el fondo y la mayoría de los hombres cabalgando a lo largo del borde donde el terreno lo permitía. Pero mi abuelo y el Coronel Sutpen fueron con los perros y los negros porque Sutpen temía que los negros pudieran atrapar al arquitecto antes de que pudiera alcanzarlos. Él y mi abuelo tuvieron que andar un buen trecho, mandando a uno de los negros para que condujera a los caballos rodeando los terrenos malos hasta que pudieran volver a cabalgar. Mi abuelo dijo que hacía buen tiempo y que el rastro era bastante claro pero él decía que hubiera sido mejor si el arquitecto hubiera esperado hasta octubre o noviembre. Y contó a mi abuelo algunas cosas acerca de eso.

—Su problema era la inocencia. Descubrió de repente, no lo que quería hacer sino

lo que tenía que hacer, lo que estaba obligado a hacer quisiera o no, porque si no lo hacía sabía que nunca podría vivir consigo mismo el resto de sus días, jamás podría vivir con lo que todos los hombres y mujeres que habían muerto para crearlo a él habían dejado en su interior para que lo transmitiera, con todos los muertos esperando y observando para ver si lo iba a hacer bien, si iba a poner las cosas en su sitio de modo que fuera capaz de mirar a la cara no sólo a los muertos sino a todos los vivientes que vendrían tras él cuando fuera uno de los muertos. Y en el mismo instante en el que lo descubrió, averiguó que ésta era la última cosa en el mundo para la que estaba preparado porque no sólo no había sabido que tendría que hacer esto, jamás había sabido que existía para ser deseado, para necesitar que se hiciera, hasta que casi tuvo catorce años. Ya que nació en West Virginia, en las montañas en las que...— (—No en West Virginia—, dijo Shreve. —...¿Qué?— dijo Quentin. —No en West Virginia—, dijo Shreve. —Porque si en Misisipi en 1833 tenía veinticinco años, nació en 1808. Y no existía ninguna West Virginia en 1808 porque...— —Está bien—, dijo Quentin. —...West Virginia no fue admitida<sup>[82]</sup>...— —Está bien está bien—, dijo Quentin. —...en los Estados Unidos hasta...— —Está bien está bien está bien—, dijo Quentin). —...en las que la poca gente que conocía vivía en cabañas de troncos rebosantes de niños como en la que había nacido él— hombres y muchachos crecidos que cazaban o se tendían en el suelo delante del fuego mientras las mujeres y las muchachas mayores pasaban por entre ellos al llegar al fuego para cocinar, donde la única gente de color eran los indios y sólo se les miraba por encima de la mira del rifle, donde jamás había oído, había imaginado, un lugar, una tierra pulcramente dividida y que perteneciera a hombres que no se dedicaban a nada salvo a recorrerla montando hermosos caballos o a sentarse con finas ropas en las galerías de sus mansiones mientras otra gente trabajaba por ellos; ni siquiera imaginaba entonces que existiera tal modo de vida o que quisiera vivirlo, o que allí existieran todos los objetos que se pudiera desear, o que los que los poseían no sólo podían mirar con desprecio por encima a los que no los tenían, sino que además podían ser apoyados en su desprecio no sólo por los otros que también poseían objetos sino hasta por los que eran despreciados por no poseerlos y que sabían que nunca los tendrían. Porque donde vivía la tierra pertenecía a todos y a cualquiera y el hombre que se tomara las molestias de trabajar para vallar una parcela y dijera —Esto es mío— estaba loco; y en cuanto a los objetos, nadie tenía más de los que tú tuvieras porque cada uno tenía lo que su fuerza o su energía le permitía tomar y conservar, y únicamente un loco se tomaría el trabajo de tomar o hasta de desear más de lo que podía comer o canjear por pólvora y whisky. Así que ni supo que había un país dividido y delimitado y ordenado habitado por gentes divididas y clasificadas y ordenadas por el color que su piel tuviera por azar y lo que por azar poseyeran, y donde un pequeño grupo de hombres no sólo tenían poder para decidir la vida y la muerte, el trueque o la venta de otros, tenían seres humanos vivos para realizar las interminables repetitivas tareas personales tales como escanciar el whisky de la jarra

y poner el vaso entre sus manos o quitarles las botas para irse a la cama que todos los hombres han tenido que hacer por sí mismos desde el principio de los tiempos y que harán hasta que mueran y las que ningún hombre ha gustado o gustará de hacer (y las que no han gustado ni gustarán hacer a ningún hombre) pero que ningún hombre que conociera había pensado jamás en rehuir tanto como había pensado evitar el esfuerzo de masticar y tragar y respirar. Cuando era niño no escuchó los vagos y brumosos cuentos del esplendor de Tidewater<sup>[83]</sup> que hasta penetraron sus montañas porque no podía entender lo que la gente quería decir, y cuando se hizo un muchacho no los escuchaba porque no tenía nada a la vista con que comparar y juzgar los cuentos y dar así vida y significado a las palabras, y sin posibilidad de que alguna vez lo pudiera hacer (ciertamente no creía ni pensaba que pudiera algún día), y porque estaba muy ocupado haciendo las cosas que los chicos hacen; y cuando se convirtió en un joven y la propia curiosidad exhumó los cuentos sin saber que los había oído y especulado acerca de ellos, se interesó y le hubiera gustado ver alguna vez los lugares, mas sin envidia o añoranza, porque simplemente pensaba que algunas personas eran desovadas en un lugar y otras en otro, algunas nacían ricas (afortunadas, podía llamarlo así: o tal vez llamaba a las afortunadas, ricas) y otras no, y que (eso contó a mi abuelo) los propios hombres tenían poco que ver en la elección y menos en la nostalgia porque (también contó esto a mi abuelo) nunca se le había ocurrido que cualquier hombre tomara un accidente tan al azar como la autoridad o una ordenanza para menospreciar a otros, a cualesquiera. Por lo que apenas había oído hablar de un mundo semejante hasta que cayó en él.

—Así es como fue. Cayeron en él, la familia entera, regresaron a la costa de la que el primer Sutpen había venido (probablemente cuando el barco de Old Bailey llegaba hasta Jamestown), se precipitó rodando de vuelta a Tidewater por mera altitud, elevación y gravedad, como si cualquier ligero vínculo que la familia hubiera tenido con la montaña (dijo algo a mi abuelo acerca de que su madre se había muerto por aquel entonces y cómo su papá dijo que fue una mujer bastante fatigosa y que la echaría de menos; y algo acerca de cómo fue la mujer la que había logrado llevar a su padre hasta el lejano Oeste) se había roto y ahora todo el tropel desde el padre pasando por las hijas ya crecidas hasta uno que ni caminaba todavía, descendiendo desde las montañas y deslizándose con una especie de creciente y dejada e inerte coherencia como una inútil colección de despojos en un río inundado moviéndose por una especie de perversa automotivación tal como algunas veces muestran los objetos inanimados, retrocediendo contra la corriente misma, a través de la meseta de Virginia y adentrándose en las llanuras encharcadas alrededor de la desembocadura del río James. No supo por qué se movían, o no recordaba la razón si es que alguna vez la conoció —si fue optimismo, esperanza en el pecho de su padre o nostalgia, ya que simplemente no supo de dónde había venido su padre, si era el país al que regresaban o no, o si su padre lo sabía, lo recordaba, quería recordarlo y encontrarlo de nuevo;— si alguien, algún viajero, le había hablado de algún lugar o vida fácil,

alguna vía de escape de la difícil tarea de conseguir comida y mantenerse resguardado en la montaña, o si acaso alguien que su padre conoció alguna vez o que conoció a su padre alguna vez y lo recordaba, pensó casualmente en él, o alguien de su familia que había intentado olvidarlo y no pudo hacerlo del todo, había mandado a por él y él obedecía, iba no por el empleo prometido sino por una vida desahogada, tal vez confiando en que el parentesco sanguíneo le evitaría el trabajo duro si es que existía tal parentesco, en su propia inercia y en aquellos dioses fueran los que fueran que le habían protegido hasta entonces si no fuera así. Mas él... —(—El demonio—, dijo Shreve)— ...no sabía, o recordaba, si había oído en alguna ocasión, o se le había dicho, la razón o no. Todo lo que recordaba era que una mañana se levantó el padre y ordenó a las muchachas que empaquetaran todos los víveres que tenían, y que alguien envolvió al bebé y otro echó agua sobre el fuego y bajaron andando la montaña hacia donde estaban los caminos. Tenían entonces una carreta ladeada de dos medas y dos bueyes cojitranco. Dijo a mi abuelo que no recordaba dónde o cuándo ni cómo lo había conseguido su padre, él (en aquella época tenía diez años; los dos chicos mayores habían abandonado el hogar tiempo atrás y no habían tenido noticias de ellos desde entonces) conducía los bueyes ya que en cuanto consiguieron la carreta su padre empezó la práctica del cumplimiento de esa parte del traslado consagrada a moverse tendido en la carreta, despreocupado entre las colchas y lámparas y cubos y fardos de ropa y niños, roncando bajo los efectos del alcohol. Así fue como lo contó. No recordaba si viajaron semanas o meses o un año (salvo que una de las muchachas mayores que no estaba casada cuando dejaron la cabaña aún no lo estaba cuando por fin se detuvieron, aunque había sido madre antes de que perdieran de vista la última hilera azul de montañas), si el invierno y después la primavera y detrás el verano los alcanzaron y los adelantaron mientras seguían por los caminos o si alcanzaron y pasaron en lenta sucesión las estaciones según descendían o si fue el propio descenso quien lo hizo y ellos no proseguían paralelos en el tiempo sino que descendían perpendicularmente a través de temperaturas y climas —un (no podías llamarlo período porque tal como lo recordaba o como dijo a mi abuelo que lo hacía, no tenía ni un principio ni un final definidos. Quizá sea mejor atenuación)— una atenuación a partir de una especie de furiosa inercia y paciente inmovilidad mientras permanecían sentados en la carreta fuera de tascas y tabernas y aguardaban a que el padre bebiera hasta perder el sentido, hacia una suerte de soñolienta locomoción sin destino después de haber sacado al viejo del cobertizo o lavadero público o granero o cuneta en el que estuviera y lo cargaran de nuevo en el carro y durante la que no parecían avanzar en absoluto sino colgar suspendidos mientras la tierra misma se transformaba, se aplanaba y se ensanchaba al pie de la montaña donde habían nacido todos, elevándose, levantándose sobre ellos como una marea en la que los rudos y severos rostros de los extraños que rondaban las puertas de los antros en los que el viejo acababa de entrar o de los que era sacado o arrojado (y esta vez por un negro tan descomunal como un toro, el primer hombre negro, esclavo, que jamás habían visto,

que surgió con el viejo al hombro como un saco de harina y la boca —la del negro— estruendosa de risa y llena de dientes como lápidas) nadaban hacia la superficie y se desvanecían y eran reemplazados; la tierra, el mundo, alzándose a su alrededor y flotando a su paso como si la carreta se moviera sobre una noria (y llegó la primavera y el verano y aún seguían avanzando hacia un lugar que nunca habían visto y del que no tenían ninguna noción, y al que menos aún deseaban ir; y de un lugar, un punto perdido en la ladera de una montaña de regreso al cual probablemente ninguno de ellos —excepto a lo mejor el padre por lo general sin sentido que hizo una etapa del trayecto acompañado de los elefantes color de frambuesa y las serpientes que parecía haber salido a cazar— podía haber encontrado el camino) haciendo surgir y después desaparecer de su solemne y estático asombro campesino los rostros y lugares desconocidos, ambos —antros y tabernas que ahora se convertían en aldeas, aldeas que se convertían en pueblos, pueblos en ciudades y el campo alisado lleno de caminos en buenas condiciones y campos y negros trabajando en los campos mientras los hombres blancos montaban hermosos caballos y los vigilaban, y más caballos hermosos y hombres con finas ropas, con una mirada en el rostro distinta a la de los vaqueros<sup>[84]</sup> junto a las tabernas donde al viejo no se le permitía ni entrar por la puerta principal y de las que sus modales de borracho campesino conseguían echarlo antes de que tuviera tiempo de emborracharse bien (por lo que ahora empezaron a hacer tiempos bastante buenos) y ya no había risas ni burlas cuando lo echaban, aunque las risas y las burlas habían sido duras y sin mucha gentileza en ellas.

—Ése fue el modo en que lo consiguió. Había aprendido la diferencia no sólo entre hombres blancos y negros, sino que estaba aprendiendo que había una diferencia entre hombres blancos y blancos que no se medía levantando yunques o sacando ojos o por la cantidad de whisky que podías beber para demostrar que podías levantarte después y salir andando de la habitación. O sea, había empezado a discernir eso sin darse cuenta de ello todavía. Seguía pensando que eso era una cuestión de dónde eras desovado y cómo; si eras afortunado o no; y que los afortunados serían más lentos y estarían menos dispuestos que los no afortunados a sacar alguna ventaja de ello o mérito, a sentir que les daba algo más que la suerte; que si acaso sentirían algo más de ternura hacia los no afortunados de lo que los no afortunados jamás estarían obligados a sentir hacia ellos. Iba a averiguar todo eso más tarde. Recordaba cuándo lo hizo, porque fue en el mismo instante en el que descubrió la inocencia. No fue el instante, el momento, a lo que tardó en llegar: fue el lograrlo: el momento en el que debían haberse dado cuenta, en el que por fin creyeron que ya no estaban viajando, moviéndose, yendo hacia algún lugar —no el permanecer quietos al fin ni el asentarse de alguna manera, porque ya habían hecho esto antes durante el camino; recordaba cómo una vez encontraron en un lugar la gradual diferencia de comodidad que existía entre la presencia y ausencia de zapatos y de ropas de abrigo: fue en un establo donde nació el hijo de su hermana y, como contó a mi abuelo, según todo lo que podía recordar, situar tras el tiempo transcurrido, fue

también concebido. Porque finalmente se detuvieron. No sabía dónde estaban. Durante un tiempo, en los primeros días o semanas o meses, el instinto de leñador que había adquirido del entorno donde creció o que a lo mejor había sido un legado de los dos hermanos que habían desaparecido, uno de los cuales había estado una vez tan lejos por el oeste como hasta el río Misisipi —que había heredado junto con las gastadas prendas de ante y otras que habían dejado en la cabaña cuando partieron por última vez para siempre— y que él había afinado con la práctica que tiene un niño con la caza menor, le mantenía orientado de forma que pudo haber encontrado (eso decía) el camino de vuelta a la cabaña en las montañas con el tiempo. Pero ahora eso era pasado, el momento en el que podía haber dicho exactamente por última vez dónde había nacido lo había dejado atrás hacía semanas y meses (puede que un año, el año, ya que eso fue cuando empezó a estar confuso sobre su edad y nunca más fue capaz de aclararlo, así que le contó a mi abuelo que no sabía ni con un margen de un año cuántos años tenía). O sea no sabía ni de dónde venía ni dónde estaba ni el porqué. Simplemente estaba allí, rodeado de los rostros, de casi todos los rostros que alguna vez había conocido, que siempre había conocido (aunque su número, a pesar de los esfuerzos de la hermana no casada que bastante pronto, eso le dijo a mi abuelo, y sin que hubiera ninguna boda tuvo otro bebé, decrecía, enflaquecía, a causa del clima, del bochorno, de la humedad) mientras vivían en una cabaña que era casi una réplica de la de la montaña si no fuera porque no se asentaba de cara al viento límpido sino que en cambio se asentaba junto a un gran río sin olas que a veces no mostraba corriente alguna y que otras veces hasta corría hacia atrás, donde sus hermanos y hermanas parecieron ponerse enfermos y morir antes de la próxima comida, donde regimientos de negros con hombres blancos vigilándolos plantaban y cultivaban cosas de las que nunca había oído hablar (ahora el viejo también hacía algo, algo además de beber. Al menos, dejaba la cabaña después del desayuno y volvía sobrio a la hora de cenar, y de alguna forma los alimentaba) y el hombre que poseía toda la tierra y los negros y aparentemente los hombres blancos que supervisaban el trabajo, vivían en la casa más grande que jamás había visto y pasaba la mayor parte de la tarde (contó cómo reptaba entre los enmarañados arbustos del jardín y permanecía oculto sobre el suelo y observaba al hombre) en una hamaca de maderos de barril entre dos árboles, con sus zapatos quitados y un negro que vestía a diario ropas mejores de las que habían tenido él o su padre o sus hermanas y de las que esperaban tener en su vida, que no hacía nada más aparte de abanicarlo y traerle bebidas, y él (entonces tenía once o doce o trece años porque esto ocurrió cuando se dio cuenta de que había perdido sin remedio la cuenta de su edad) se echaba allí todas las tardes mientras sus hermanas salían de vez en cuando a la puerta de la cabaña dos millas más allá y le mandaban a gritos que fuera por leña o agua, observando a aquel hombre que no sólo tenía zapatos incluso en verano, sino que no tenía ni que ponérselos.

—Pero todavía no envidiaba al hombre que vigilaba. Codiciaba los zapatos, y

probablemente le hubiera gustado que su padre tuviera un mono de velarte que le alcanzase la jarra y le acarreará hasta la cabaña la leña y el agua con la que sus hermanas lavaban y cocinaban y mantenían caliente la casa para que no tuviera que hacerlo él mismo. Tal vez hasta se dio cuenta, comprendió el placer que le daría a sus hermanas que sus vecinos (otros blancos como ellos, que vivían en otras cabañas no tan bien construidas ni tan bien mantenidas ni conservadas como aquellas en que vivían los esclavos negros pero aún nimbadas con el aura brillante de la libertad, que los barracones<sup>[85]</sup> de los esclavos no tenían a pesar de sus techos en buenas condiciones y su encalado) las vieran siendo servidas. Porque no solamente aún no había perdido la inocencia, todavía no había descubierto que la poseía. No envidiaba al hombre más que hubiera envidiado a un vaquero que casualmente tuviera un hermoso rifle. Habría codiciado el rifle, pero él mismo habría respaldado y confirmado el orgullo y placer que sentía el dueño por su posesión debido a que no podía haber concebido que el dueño sacara tan crasa ventaja de la fortuna que le dio el rifle a él antes que a otro como para decir a otros hombres: Como poseo este rifle, mis brazos y piernas y sangre y huesos son superiores a los vuestros a no ser que fuera la consecuencia victoriosa de un duelo con rifles: y ¿cómo era posible que un hombre pudiera luchar con otro hombre dueño de negros elegantemente vestidos y con el hecho de que él podía estar tumbado toda la tarde en una hamaca con los zapatos quitados? ¿y por qué estaría luchando si lo hacía? Ni siquiera sabía que era inocente aquel día en el que su padre lo mandó a la mansión con el mensaje. No recordaba (o no dijo) cuál era el mensaje, aparentemente aún no conocía exactamente lo que su padre hacía, qué trabajo (o quizá suponía que hacía) realizaba el viejo en relación con la plantación —un muchacho de trece o catorce años, no lo sabía con certeza, con vestimentas que su padre había obtenido del economato<sup>[86]</sup> de la plantación y que había gastado y que una de sus hermanas había remendado y acortado para que le sirvieran pero él no era más consciente de su apariencia con ellas o de la posibilidad de que alguien lo fuera que lo era de su piel, mientras seguía el camino y giraba hacia la verja y seguía el sendero pasando por donde más negros sin nada que hacer en todo el día excepto plantar flores y recortar el césped estaban trabajando, y continuó hasta la casa, el zaguán, la puerta principal, pensando cómo al fin iba a ver su interior, qué más había de poseer un hombre que podía tener un negro con la única tarea de alargarle su licor y quitarle los zapatos que no tenía ni necesidad de vestir, sin pensar ni por un momento que el hombre estaría tan encantado de mostrarle el balance de sus pertenencias como lo estaría el vaquero de enseñarle el cuerno para la pólvora y el molde de bala) que acompañaba al rifle. Porque todavía era inocente. Lo sabía sin ser consciente de ello; le contó a mi abuelo cómo, antes de que el negro simiesco que salió a la puerta hubiera terminado de decir lo que dijo, le pareció que se disolvía y una parte de él se volvía y recorría rápidamente los dos años que había vivido allí como cuando atraviesas velozmente una habitación y miras todos los objetos que hay en ella y giras y vuelves a atravesar la habitación y

contemplas todos los objetos desde el otro lado y te das cuenta de que nunca los habías visto antes, recorriendo rápidamente aquellos dos años y veía una docena de cosas que habían ocurrido y que no había visto antes: un cierto modo monótono silencioso indiferente que tenían de mirar a los negros sus hermanas mayores y las otras mujeres blancas de su clase, no con miedo o pánico sino con una especie de antagonismo especulativo sin un hecho o causa conocida para ello sino heredado tanto por blancos y negros, cuyo sentido, efluvio pasaba entre las mujeres blancas a las puertas de las cabañas tambaleantes y los negros en el camino y que no se explicaba del todo por el hecho de que los negros tuvieran mejores ropas, y que los negros no devolvieran en forma de antagonismo o por cualquier provocación o mofa sino por el propio hecho de que aparentemente se despreocupaban de ello, se despreocupaban demasiado (sabías que los podías golpear, le dijo a mi abuelo, y que ellos no devolverían el golpe ni se resistirían. Pero no querías hacerlo, porque ellos (los negros) no lo eran, no eran ellos lo que tú deseabas golpear; que cuando los golpeabas estarías golpeando el globo de un niño con un rostro pintado en él, un rostro terso y suave y distendido y a punto de estallar en una carcajada así que no te atrevías a pegarle porque simplemente estallaría y era preferible dejarlo que se marchara fuera de tu vista que haberse quedado allí en medio de la sonora carcajada) —de charla por la noche ante el fuego cuando tenían compañía o habían ido ellos mismos de visita tras la cena a otra cabaña, se oían las voces de las mujeres bastante sobrias, incluso serenas, pero llenas de una oscura y tosca cualidad y sólo algún hombre, normalmente su padre cuando había bebido, prorrumpía en una áspera recapitulación de su propia valía, el respeto que su pericia física exigía de sus compañeros, pero el chico de trece o de catorce años o puede que doce sabía que hombres y mujeres estaban hablando de la misma cosa aunque nunca la había mencionado por su nombre, como cuando la gente habla de la privación sin mencionar el asedio, de enfermedad sin nombrar jamás la epidemia;... de una tarde en la que él y su hermana marchaban a lo largo del camino y oyó acercarse por detrás el carruaje y se apartó del camino y luego se dio cuenta de que su hermana no iba a cederle el paso, que seguía caminando por el medio del camino con una especie de taciturna implacabilidad en el ángulo de su cabeza y le gritó: y entonces todo fue polvo y caballos encabritados sobre sus patas traseras y centelleantes hebillas de arneses y radios de las ruedas; vio dos sombrillas en el carruaje y al cochero negro con un sombrero de copa gritando: —¡Fuera, chica! ¡Fuera del camino chica!— y todo terminó, desapareció: el carruaje y el polvo, con los dos rostros bajo las sombrillas mirando con enojo a su hermana: luego estuvo arrojando inútiles puñados de tierra a la polvareda mientras se alejaba a toda prisa, y ahora sabía, mientras el mayordomo negro vestido como un mono obstruía la puerta con su cuerpo al tiempo que hablaba, que no había sido al cochero negro a quien apuntaba, que fue al polvo levantado por las orgullosas y delicadas ruedas, y que todo fue en vano;...de una noche ya tarde cuando su padre volvió a casa, que entró tambaleándose en la cabaña;



podía oler el whisky incluso estando abotagado por el sueño interrumpido, y oía la misma salvaje exultación, vindicación, en la voz de su padre: —Fíemos fustigado a uno de los negros de Pettibone esta noche— y se levantó al oírlo, se despertó, le preguntó a cuál de los negros de Pettibone y su padre le dijo que no sabía, que nunca había visto antes al negro: y preguntó qué había hecho el negro y su padre dijo, — ¡Maldita sea, era el negro de ese condenado hijo de perra de Pettibone!— cómo, sin saberlo entonces puesto que todavía no había descubierto la inocencia, debía haber dado a su pregunta el mismo significado que su padre había dado a la respuesta: no era un negro real, una criatura viviente, carne viva para sufrir, retorcerse de dolor y gritar. Hasta le parecía verlos: la oscuridad perturbada por las antorchas entre los árboles, los feroces rostros histéricos de los blancos, la cara de globo del negro. Puede que las manos del negro estuvieran atadas o en alto pero eso no importaba porque no eran las manos con las que el rostro de globo lucharía y se retorcería para liberarse, no la cara de globo: estaba suspendido entre ellos, suspendido y terso con distensión de fino papel. Después alguien daría al globo un único desesperado e inútil golpe y luego le pareció verlos huyendo, corriendo, con todas ellas a su alrededor, alcanzándolos y pasándolos y siguiendo hacia delante para después retornar para sobrecogerlos de nuevo, las atronadoras olas de dulce risa sin sentido y aterradoras y vociferantes. Y en ese instante estaba allí de pie delante de aquella puerta blanca con el simiesco negro que la obstruía y que lo miraba a él con sus burdas ropas remendadas y rehechas y sin zapatos y no creo que ni siquiera hubiera probado un peine porque ésa sería una de las cosas que sus hermanas mantendrían a buen recaudo —que nunca había pensado en su propio pelo o ropas o el pelo y la ropa de cualquier otra persona hasta que vio a aquel negro simiesco, que sin que hiciera nada por su parte había tenido casualmente la dicha de ser criado en una casa de Richmond, fijándose...— (—O puede que hasta de Charleston—, murmuró Shreve). —...en ellas y nunca recordó lo que el negro había dicho, cómo fue que el negro le dijo, antes de que hubiera tenido tiempo de decirle para qué venía, que jamás volviera a llamar a la puerta principal sino que diera la vuelta hasta la trasera.

—Ni siquiera recordaba cómo se había ido. De pronto se encontró corriendo y a cierta distancia ya de la casa, sin dirigirse a la suya. No estaba llorando, dijo. Ni estaba furioso. Sólo necesitaba reflexionar, así que iba a donde pudiera estar tranquilo para pensar, y sabía dónde se encontraba ese lugar. Se adentró en los bosques. Dijo que no se había dicho a sí mismo hacia dónde ir: que su cuerpo, sus pies, simplemente se dirigieron hacia allí —un lugar donde el rastro de los animales de caza se adentraba en un cañaveral y donde un roble había caído sobre él formando una especie de cueva donde guardaba una parrilla de hierro en la que cocinaba pequeñas piezas de vez en cuando. Dijo que entró arrastrándose de espaldas en la cueva y que se sentó apoyando la espalda contra las raíces arrancadas y pensó. Porque todavía no podía entenderlo. Todavía no podía darse cuenta de que su problema, su impedimento, era la inocencia porque no sería capaz de comprenderlo

hasta que lo tuviera claro. Así que estaba buscando entre lo poco que podía llamar experiencia algo por lo que medirlo, y no podía encontrar nada. Le habían dicho que rodeara hasta llegar a la puerta trasera antes de que pudiera decir su mensaje, él que venía de una gente cuyas casas no tenían puertas traseras sino sólo ventanas y donde alguien que entrara o que saliera por la ventana estaría o escondiéndose o escapando, nada de lo cual estaba haciendo. De hecho, había venido por motivos de negocios, negocios que él creía que todo hombre aceptaba. Por supuesto no esperaba que lo invitaran a comer puesto que el tiempo, la distancia de una olla a la siguiente, no necesitaba ser medido en horas o días; acaso ni esperaba que le invitaran a pasar dentro de la casa. Pero sí que confiaba ser escuchado por haber venido, le habían enviado, por algún asunto que, aunque no recordara lo que era y que acaso en aquel instante (dijo él) pudiera no haberlo ni comprendido, estaba de alguna forma relacionado con la plantación que sustentaba y llevaba el peso de aquella pulida casa blanca y de aquella tersa puerta blanca decorada con bronce y hasta el velarte y lino y medias de seda que vestía el simiesco negro para decirle que diera la vuelta hasta la puerta de atrás antes de que pudiera entregar su mensaje. Era como si lo hubieran enviado con un pedazo de plomo o unas pocas balas moldeadas para que el hombre que poseía el hermoso rifle pudiera dispararlo, y el hombre saliera a la puerta y le indicara que dejara las balas en un tajo a la entrada del bosque, sin dejar que se acercase lo bastante para contemplar el rifle.

—Porque no estaba enfadado. Le insistió en eso a mi abuelo. Simplemente estaba reflexionando, porque sabía que habría que hacer algo al respecto; se veía obligado a hacer algo para vivir consigo mismo el resto de su vida y no podía decidir qué a causa de esa inocencia que acababa de descubrir que poseía, con la que (la inocencia, no el hombre, la tradición) habría de competir. No tenía nada con qué compararla o medirla excepto la analogía del rifle, y eso no le haría tener sentido. Estaba bastante tranquilo con respecto a ello, dijo, allí sentado con sus brazos rodeando sus rodillas en su pequeña guarida junto al rastro de la caza donde más de una vez cuando el viento era propicio había visto ciervos pasando a menos de diez pies de él, discutiendo consigo mismo con calma y en silencio mientras ambos oponentes estaban de acuerdo en que si tan sólo hubiera alguien más, alguna persona mayor y más versada para preguntarle. Pero no la había, sólo estaba él, los dos dentro de aquel único cuerpo que quizá tenía trece o catorce o que puede que ya tuviera quince años pero que nunca jamás lo sabría con certeza, discutiendo en silencio y calma: *Pero puedo dispararle.* (No al negro simiesco. No era el negro más que lo que había sido el negro al que su padre había ayudado a fustigar aquella noche. El negro era solamente otra cara de globo suavemente resbaladiza y distendida en esa suave sonora y terrible risa por lo que no se atrevió a explotarlo, que lo miraba desde dentro con la puerta entreabierta durante aquel instante en el que, antes de que lo supiera, algo en su interior había escapado y —era incapaz de cerrarle los ojos a aquello— lo estaba mirando desde detrás de la cara de globo del mismo modo que el hombre que ni siquiera tenía que

ponerse los zapatos que eran suyos, a quien la risa que el globo contenía le alzaba una barricada y lo protegía de personas como él, miraba desde algún lugar invisible donde él (el hombre) estuviera en aquel momento, al chico que estaba por fuera de la puerta cerrada con sus ropas llenas de remiendos y sus pies abiertos y descalzos, observando a través del chico y más allá, mientras él mismo veía a su propio padre y hermanas y hermanos como el propietario, el hombre rico (no el negro) debía haber estado viéndolos todo el tiempo—como ganado, criaturas pesadas y sin gracia, evacuados brutalmente a un mundo sin esperanza o propósito para ellos, que a su vez se reproducirían con brutal y viciosa prolijidad, poblarían, se doblarían se triplicarían se multiplicarían, llenarían el espacio y la tierra con una raza cuyo futuro sería una sucesión de ropas acortadas y remendadas y recompuestas compradas a un crédito exorbitante porque eran blancos<sup>[87]</sup>, en comercios donde a los negros se les daban las ropas gratis, con esa expresión por única herencia sobre un rostro de globo a punto de estallar en una risa que había llamado a una puerta cuando era un niño y al que un negro le había dicho que fuera por detrás hacia la puerta trasera): *Pero puedo dispararle:* y el otro: *No. No haría bien alguno:* y el primero: *¿Qué haremos entonces?* Y el otro: *No sé:* y el primero: *Pero puedo dispararle. Puedo deslizarme hasta allí por entre los arbustos y permanecer allí echado hasta que salga para tumbarse en la hamaca y dispararle:* y el otro: *No. No haría bien alguno:* y el primero: *Entonces ¿qué haremos?* y el otro: *No sé.*

—Después tuvo hambre. Fue a la mansión antes del almuerzo, y ya no había sol donde se agachaban aunque aún podía ver el sol en las copas de los árboles que había a su alrededor. Pero ya le había dicho su estómago que era tarde y que todavía sería más tarde cuando llegara a casa. Y entonces dijo que empezó a pensar *Mi casa. Mi casa* y que en un principio pensó que estaba intentado reír y que siguió diciéndose que era risa incluso después de que lo supiera mejor; el hogar, mientras salía de los bosques y se aproximaba a él, todavía oculto, y lo examinaba —las paredes de troncos parcialmente podridos y rugosos, el tejado a punto de caerse en el que faltaban tejas que no reponían sino que simplemente ponían cacerolas y cubos bajo las goteras, el anexo que usaban como cocina y que estaba bien así porque en el buen tiempo no importaba que no tuviera chimenea ya que ni intentaban usarla cuando llovía, y su hermana sacando agua con la bomba rítmicamente arriba y abajo a un lavadero en el patio de espaldas a él, deforme con su vestido de percal y un par de zapatos que eran del viejo desatados y holgados alrededor de sus tobillos desnudos y ancha de caderas como una vaca, la labor que estaba haciendo brutal y estúpidamente desproporcionada a su recompensa: la misma esencia primaria de la labor, del duro trabajo, reducida a lo más erado que solamente una bestia podría soportar y soportaba; y entonces (dijo él) le asaltó por primera vez el pensamiento de qué diría a su padre cuando el viejo le preguntara si había entregado el mensaje, si mentiría o no, puesto que si de hecho mentía a lo mejor le descubriría al momento, porque probablemente el hombre ya había mandado a un negro hasta allí para ver por qué

fuera lo que fuera lo que su padre había dejado de hacer y por lo que había mandado una disculpa no estaba hecho— dado por supuesto que fuera eso lo que su recado para la casa decía, lo que (conociendo a su viejo) probablemente así era. Pero no ocurrió de inmediato porque su padre aún no estaba en casa. De modo que sólo estaba la hermana, como si hubiera estado esperando no por la leña sino a que él regresara, para tener ocasión de usar sus cuerdas vocales, regañándolo para que fuera a recoger la leña y él no se negó, no puso objeción, simplemente no la escuchó, no le prestó atención alguna porque seguía reflexionando. Luego vino el viejo y la hermana lo acusó y el viejo le hizo ir a traer la leña: y todavía no dijo nada acerca del mensaje mientras cenaban ni cuando fue y se tumbó en el jergón donde dormía y donde se acostó simplemente echándose encima, pero esta vez no para dormirse, se quedó allí tumbado con sus manos bajo la cabeza sin decir nada sobre el asunto y sin saber si iba a mentir o no. Porque contó cómo todavía no le había ocurrido lo terrible del caso, simplemente yacía allí mientras los dos discutían en su interior, hablando en ordenados turnos, ambos calmados, incluso echándose hacia atrás para estar calmados y serenos y sin rencor: *Pero puedo matarlo. —No. No haría ningún bien— Entonces ¿qué haremos? —No sé:* y solamente escuchaba, sin estar especialmente interesado dijo, los oía a los dos sin escucharlos. Porque no había pedido pensar en lo que estaba pensando entonces. Estaba allí, era natural en un chico, en un niño, y él no le prestaba tampoco ninguna atención porque era lo que un chico habría pensado, y sabía que para hacer lo que tenía que hacer para poder vivir consigo mismo tendría que tenerlo tan claro como un hombre, y pensaba *El negro no me dio nunca una oportunidad de decirle b que era así que él* (ahora no se refería al negro) *no h sabrá y no se hará lo que fuese y no sabrá que no se ha hecho hasta que sea demasiado tarde así que ése será su pago por lo que le ordenó al negro que lo hiciera y si fuera para decirle que el establo, la casa estaba ardiendo el negro no me hubiera dejado ni decírselo, ni avisarlo* y entonces dijo que de repente no era un pensamiento, era algo que gritaba casi lo bastante alto como para que sus hermanas en el otro jergón y su padre en la cama con los dos más pequeños y llenando la habitación con sus ronquidos de borracho, también lo oyeran: *No medio ni una oportunidad de decírselo. Ni siquiera de contarlo, de decirlo:* era demasiado rápido, demasiado confuso para ser pensamiento, toda clase de gritos que se dirigían a él a la vez, invadiéndolo y derramándose sobre él como la risa del negro: *Nunca me dio oportunidad de decirlo y Papa no me preguntó si se lo dije o no así que él no puede saber que Papa le envió algún mensaje así que si lo recibió o no no importa, ni siquiera a Papa, fui hasta esa puerta para que ese negro me dijera que jamás volviera a llamar a la puerta principal y no solamente no le estaba haciendo ningún bien diciéndoselo o algún daño por no decirlo, no hay en este mundo beneficio o daño alguno que yo pueda hacerle.* Así es como fue, dijo, como una explosión —un resplandor brillante que se desvaneció sin dejar nada atrás, ni cenizas ni restos: sólo una llana planicie sin límite con la severa silueta de su inocencia intacta alzándose

sobre ella como un monumento; esa inocencia que lo instruía con tanta calma como con la que los otros habían hablado, usando para hacerlo su propia analogía del rifle, y cuando decía a ellos en vez de él o a él, quería decir más que todos los débiles mortales bajo el sol que podían tumbarse en las hamacas toda la tarde con los zapatos quitados: —Si tuvieras apalabrado un combate contra los que tienen los hermosos rifles, la primera cosa que harías sería agenciarte lo más cercano a un rifle que pudieras pedir prestado o robar o fabricar, ¿no es cierto?— y dijo Sí. —Pero esto no trata de rifles. Así que para combatirlos tienes que poseer lo que ellos tienen que les dejó hacer lo que él hizo. Has de tener tierras y negros y una hermosa casa con que combatirlos. ¿Entiendes?— y dijo Sí otra vez. Se fue esa noche. Se levantó antes de que fuera de día y partió de la misma forma que se fue a la cama: levantándose del jergón y saliendo de la casa de puntillas. No volvió a ver a nadie de su familia.

—Marchó rumbo a las Antillas. —Quentin no se había movido, ni para levantar la cabeza de su actitud de meditativo aturdimiento sobre la misiva que reposaba encima del libro de texto abierto, con sus manos reposando en la mesa delante de él a cada lado del libro y la misiva, cuya mitad se inclinaba hacia arriba desde el pliegue transversal sin soporte, como si hubiera aprendido a medias el secreto de la levitación —. Así fue como lo dijo. Él y mi abuelo se sentaron entonces sobre un tronco porque los perros habían fallado. Es decir, los habían conducido hasta un árbol... un árbol del que él (el arquitecto) no podía haber escapado pero al que indudablemente se había subido porque encontraron una vara de árbol joven con sus tirantes aún atados a uno de los extremos que él había usado para trepar al árbol aunque al principio no pudieron comprender el porqué de esos tirantes y pasaron tres horas antes de que se dieran cuenta de que el arquitecto había usado la arquitectura, la física, para eludirlos de la misma manera que un hombre siempre recurre a lo que conoce mejor en una crisis —el asesino al asesinato, el ladrón al hurto, el mentiroso a la mentira. Él (el arquitecto) conocía a los negros salvajes a pesar de que no podía saber que Sutpen conseguiría perros; había elegido aquel árbol y subido aquella pértiga después de él y había calculado la tensión y la distancia y la trayectoria y había cruzado un vacío hasta alcanzar el árbol más cercano que ninguna ardilla voladora podía haber cruzado y desde allí había viajado de árbol en árbol durante casi media milla antes de poner pie otra vez sobre el suelo. Pasaron tres horas antes de que uno de los negros salvajes (los perros no querían abandonar el árbol; decían que él estaba allí) encontrara dónde se había bajado. De modo que él y mi abuelo se sentaron en el tronco y charlaron, y uno de los negros salvajes regresó al campamento a buscar víveres y más whisky y soplaron los cuernos para avisar a los otros hombres y comieron, y le contó algo más a mi abuelo mientras esperaban.

—Marchó hacia las Antillas. Así fue como lo dijo: no cómo se las arregló para encontrar dónde estaban las Antillas ni de dónde zarpaban los barcos para llegar hasta allí, ni cómo consiguió llegar a donde estaban los barcos y embarcó en uno ni si le había gustado el mar ni de los rigores de la vida de un marinero y ciertamente debía

haber sido una dura labor para él, un muchacho de catorce o quince años que nunca antes había visto el océano, navegar en 1823. Simplemente dijo, —Así que marché hacia las Antillas—, allí sentado sobre el tronco con mi abuelo mientras los perros seguían aullando al árbol en el que creían que se encontraba el arquitecto porque tenía que estar allí—diciéndolo exactamente como aquel día treinta años después cuando se sentó en la oficina de mi abuelo (esa vez llevaba sus ropas finas, aunque estuvieran un poco manchadas y desgastadas después de tres años de guerra, y dinero en el bolsillo que hacía sonar y también una barba en todo su esplendor: barba cuerpo e intelecto estaban en esa cúspide que alcanzan todas las distintas partes que conforman un hombre, en la cual puede decir *Hice todo lo que me propuse hacer y podría parar aquí si lo quisiera y ningún hombre me increparía de desidia, ni siquiera yo mismo* —y tal vez es éste el instante que el Destino siempre escoge para amenazarte, pero la cúspide nos parece tan sólida y estable que el principio de la caída se oculta por algún tiempo— con la cabeza un poco alzada en esa actitud que nadie supo exactamente de quién la había imitado o si acaso no la había aprendido también del mismo libro del que él mismo se enseñó las palabras, las frases rimbombantes con las que mi abuelo decía que hasta le pedía una cerilla para su cigarro o le ofrecía el cigarro —pero no había nada de vanidad, no era nada cómico decía mi abuelo, debido a aquella inocencia que nunca había perdido porque después de decirle aquella noche qué hacer se olvidó de ella y no supo que aún la tenía) y contó a mi abuelo— le dijo, presta atención; sin disculparse, sin pedir compasión; sin dar explicaciones, sin pedir que lo exculparan: simplemente le contó a mi abuelo cómo había repudiado a su primera mujer como lo hacían los monarcas de los siglos once y doce: —Descubrí que ella no era ni podría ser, aunque no por su culpa, un complemento o engrandecimiento del proyecto que tenía en mi mente, así que proveí por ella y la repudí—. le contaba a mi abuelo en ese mismo tono mientras estaban sentados en el tronco esperando a que los negros volvieran con los otros huéspedes y el whisky: —Así que partí hacia las Antillas. Había ido a la escuela durante parte de un invierno, lo bastante para haber aprendido algo sobre ellas, para darme cuenta que serían de lo más apropiadas para la consecución de mis ambiciones—. No recordaba cómo había ido a esa escuela. Es decir, por qué su padre decidió enviarle de repente, qué nebulosa visión o silueta había surgido de la niebla del alcohol y de las palizas a negros y de las argucias para escapar del trabajo que su viejo llamaba mente —la imagen no de ambición o gloria, no la de ver a su hijo en mejores condiciones por su propio bien, probablemente ni siquiera algún ciego instante de rebelión contra aquella misma casa cuyo tejado había goteado posiblemente sobre un centenar de familias como la suya que habían llegado y vivido bajo él y habían desaparecido sin dejar rastro, sin dejar nada, ni harapos o loza rota, y seguramente era mera envidia vengativa hacia uno o dos hombres, plantadores, a los que él tenía que ver de vez en cuando. De todas formas, lo enviaron a la escuela durante cerca de tres meses un invierno —un adolescente de trece o catorce años en un aula llena de niños tres o

cuatro años menores que él y tres o cuatro años más adelantados, y él no sólo probablemente más robusto que el maestro (la clase de maestro que estaría enseñando en una escuela rural con una única aula en un nido de plantaciones de Tidewater) sino también mucho más varonil, que probablemente llevó consigo a la escuela junto con su sobria y atenta reserva de campesino una buena porción de insubordinación latente de la que no sería consciente como no lo fue al principio de que el maestro le tenía miedo. No se trataba de indocilidad y tampoco podríamos llamarlo orgullo, sino que puede que fuera simplemente la auto-dependencia de las montañas y la soledad, puesto que al menos parte de su sangre (su madre era una mujer de las montañas, una escocesa que, eso contó al abuelo, nunca aprendió del todo a hablar inglés) se había criado en las montañas, pero, fuera lo que fuera, era aquello lo que le prohibía dignarse a memorizar áridas sumas y demás pero que le permitía escuchar cuando el profesor leía en alto. —Lo enviaron a la escuela, —donde, —contó al abuelo—, aprendí poco salvo que la mayoría de los hechos, buenos y malos, incurriendo en oprobio o alabanza o recompensa, dentro del ámbito de las posibilidades del hombre, ya habían sido realizados y que sólo podían aprenderse en los libros. Por eso yo escuchaba cuando nos leía. Me di cuenta entonces de que en la mayoría de las ocasiones recurría a leer en alto cuando veía que había llegado el momento en el que la escuela entera estaba a punto de levantarse y dejar el aula. Pero cual fuera la razón, nos leía y yo escuchaba de todos modos, aunque no supiera que en ese escucharle me estaba equipando mejor para lo que más tarde me propondría hacer que si hubiera aprendido todas las sumas y las restas del libro. Así fue como aprendí lo de las Antillas. No dónde estaban, aunque si hubiera sabido en aquel entonces que ese conocimiento me serviría algún día, lo hubiera aprendido también. Lo que aprendí fue que había un lugar llamado las Antillas al que iban los pobres en barco y se hacían ricos, no importaba cómo, en tanto que el hombre fuera inteligente y valiente: lo último pensaba que lo poseía, lo primero creía que, si se aprendía a través de energía y voluntad en la escuela del esfuerzo y la experiencia, lo aprendería. Recuerdo que me quedé una tarde cuando acabó la escuela y esperé al maestro, lo abordé (era un hombre pequeñajo que siempre parecía polvoriento, como si hubiera nacido y vivido toda su vida en desvanes y trasteros) y apreté el paso. Recuerdo cómo se sobresaltó cuando me vio y cómo pensé aquel instante que si fuera a golpearle no habría producido ningún grito sino meramente el sonido del golpe y una nube de polvo en el aire como cuando sacudes una alfombra colgando de una cuerda. Le pregunté si era verdad, si lo que nos había leído sobre los hombres que se enriquecían en las Antillas era verdad. —¿Por qué no?— contestó, retrocediendo. —¿No me oíste leerlo del libro? —¿Cómo sé que lo que leíste estaba en el libro?— dije. Yo estaba así de verde, así de agreste, como ve. En aquel tiempo no había aprendido a leer mi nombre; aunque había asistido a la escuela casi tres meses, me atrevo a afirmar que no sabía más que cuando entré en la escuela por vez primera. Pero tenía que saber, ya ve. Es posible que un hombre construya su futuro de más de una manera, que

construya no sólo de cara al cuerpo que será suyo mañana o el próximo año, sino en vistas a las acciones y a los subsiguientes cursos irrevocables de la acción resultante que sus débiles sentidos y su inteligencia no pueden prever pero que después de diez o veinte o treinta años tomará, estará obligado a tomar para sobrevivir al acto. Quizá fue ese instinto y no yo quien aferró uno de sus brazos cuando él se echó para atrás (de hecho yo no dudaba de él. Creo que incluso entonces, a mi edad, comprendí que no podía haberlo inventado, que carecía de eso que es necesario en un hombre para permitirle engañar a un niño con mentiras. Pero como ves, tenía que estar seguro, tenía que tomar cualquier método que estuviera en mi mano para asegurarme. Y no había nada más a lo que recurrir excepto él) y me miraba enojado mientras empezaba a forcejear, y yo lo sujetaba y decía—yo estaba bastante tranquilo, bastante tranquilo; simplemente necesitaba saber —y decía—, Suponga que voy allí y descubro que no es así —y entonces él se encogía, gritaba —¡Socorro! ¡Socorro!— y lo dejé que se fuera. De modo que cuando llegó la hora en la que comprendí que para llevar a cabo mis designios necesitaría antes que nada y sobre todas las cosas dinero en cantidades considerables y en un futuro bastante inmediato, recordé lo que nos había leído y partí hacia las Antillas—.

—Luego los otros huéspedes empezaron a subir a sus caballos, y un poco después regresaron los negros con la cafetera una pata de ciervo y el whisky (y una botella de champaña que habían pasado por alto, dijo mi abuelo) y dejaron de conversar por un tiempo. No contó nada más hasta que hubieron comido y se sentaron en los alrededores para fumar mientras los negros y los perros (tuvieron que alejar empujando a los perros del árbol, pero especialmente de la pértiga de una rama de árbol con los tirantes del arquitecto atados a ella, como si no sólo fuera que la pértiga era la última cosa que el arquitecto había tocado sino que era la cosa que había tocado su exaltación cuando vio otra oportunidad para eludirlos, por lo que no sólo era el hombre sino también la exaltación lo que los perros olían lo que les hacía enloquecer) se dispersaron en todas direcciones, alejándose cada vez más hasta que justo antes de que se pusiera el sol uno de los negros gritó y él (no había hablado durante un tiempo, dijo mi abuelo, allí apoyado sobre un codo, con las finas botas y los únicos pantalones que tenía y la camisa que se había puesto cuando salió del barro se lavó tras comprender que probablemente tendría que cazar al arquitecto él mismo si quería que regresara vivo, sin hablar consigo mismo y puede que sin escuchar mientras los hombres conversaban sobre algodón y política, sencillamente fumando el cigarro que le había dado mi abuelo y mirando los rescoldos del fuego y acaso volviendo a hacer el viaje a las Antillas que había realizado cuando tenía catorce años y no sabía a dónde iba o si alguna vez llegaría allí, sin más forma de saber si los hombres que le dijeron que el barco se dirigía allí estaban mintiendo o no sin saber si el maestro de la escuela decía la verdad o no sobre lo que estaba en el libro. Nunca contó si el trayecto fue duro o no, cuánto debió de soportar para realizarlo. Lo que por supuesto tuvo que soportar, pero entonces él creía que todo lo necesario era coraje y perspicacia y uno



creía tenerlo y la otra creía que podría aprenderla si se podía enseñar, y probablemente esto fuera la dificultad del viaje lo que le tranquilizó de que los hombres que le dijeron que el barco iba rumbo a las Antillas no le habían mentido porque en aquel entonces, dijo mi abuelo, seguramente no podría haber creído en nada que fuera fácil). —dijo, —Es allí— y se levantaron y fueron todos y encontraron el lugar donde el arquitecto había vuelto al suelo, con una ventaja de casi tres horas. Y ahora tenían que ir deprisa y no había mucho tiempo para conversar, o al menos, dijo mi abuelo, no parecía que tuviera la intención de retomarlos. Luego se puso el sol y los otros hombres tenían que regresar a la ciudad; se fueron todos menos mi abuelo, porque quería escuchar algo más. Así que mandó recado por uno de los otros (entonces no estaba casado) de que no iría a casa, y él y Sutpen continuaron hasta que la luz desapareció. Dos de los negros (en ese momento estaban a trece millas del campamento de Sutpen) ya habían regresado para coger mantas y más víveres. Luego oscureció y los negros empezaron a encender palos de pino y continuaron aún durante un trecho, adelantando lo que podían puesto que sabían que el arquitecto habría tenido que guarecerse poco después de oscurecer para evitar deambular en círculo. Así era como mi abuelo lo recordaba: él y Sutpen llevando sus caballos (él miraba hacia atrás de vez en cuando y veía brillar los ojos de los caballos a la luz de la antorcha y agitar sus cabezas y las sombras deslizarse a lo largo de sus paletillas y flancos) y los perros y los negros (los negros en su mayor parte desnudos salvo por algún par de pantalones aquí y allí) con las humeantes antorchas de pino llameando encima de ellos y la luz roja sobre sus cabezas redondas y sus brazos y con el barro que vestían en el pantano para alejar a los mosquitos ya seco duro y resplandeciente, destellando como cristal o porcelana y las sombras que proyectaban por un momento eran más altas que ellos y al siguiente se habían esfumado y hasta los árboles y helechos estaban allí un día y desaparecían al siguiente aunque sabías todo el tiempo que todavía estaban allí porque podías sentirlos con tu respiración, como si, invisibles, presionaran hacia abajo y condensaran el aire invisible que respirabas. Y contó cómo Sutpen le estaba hablando otra vez, se lo volvía a contar antes de que se diera cuenta de que era otra parte, y dijo cómo pensaba que había algo acerca del destino de un hombre (o del hombre) que causaba que el destino se amoldara a él como se amoldaban sus ropas, como el mismo abrigo que siendo nuevo se habría ajustado a mil hombres, pero que después de que un hombre lo vistiera durante un rato no le valdría a nadie más y puedes decir lo mismo sobre cualquier cosa que veas incluso si todo lo que ves es una manga o una solapa: por lo que su... —(—el del demonio—, dijo Shreve)—...destino se había amoldado a él, a su inocencia, a su prístina actitud para el drama en la tarima y su heroica simplicidad infantil como el fino uniforme de velarte que podías haber puesto sobre diez mil hombres durante aquellos cuatro años, que vestía cuando entró en el despacho en aquella tarde treinta años después se había ceñido al contoneo de todos sus gestos y a la jerga forense en la que exponía tranquilamente, con esa franca inocencia que

llamamos —propia de un niño— si no fuera que un niño humano es la única criatura viviente que nunca es ni franca ni inocente, las más simples y las más ofensivas cosas. Estaba contando algo más, aunque se incluía en lo que estaba contando antes aunque seguía sin decir cómo llegó a donde estaba ni cómo llegó a acontecer aquello en lo que ahora estaba envuelto (era obvio que tenía al menos veinte años por entonces, cuando se agazapaba bajo una ventana en la oscuridad y por ella disparaba el mosquete que alguien cargaba y le pasaba), mientras se introducía a sí mismo y a mi abuelo en aquella habitación sitiada de Haití con la misma sencillez con la que se fue a las Antillas diciendo que decidió partir hacia las Antillas y allí se fue; esta anécdota no era una deliberada continuación de la otra sino que simplemente vino a su mente con la imagen de los negros y las antorchas delante de él; no contaba cómo llegó allí, qué había sucedido durante los seis años que transcurrieron entre aquel día en el que él, un muchacho de catorce años que no conocía otra lengua más que el inglés y no muy bien, había decidido partir hacia las Antillas y hacerse rico, y esta noche en la que, capataz o supervisor o algo de un francés propietario de una plantación de azúcar, fue asediado en la casa con la familia del plantador (y entonces mi abuelo dijo que mencionó por vez primera—una sombra que casi surgió por un momento y que volvió a desvanecerse aunque no del todo... de la...— (—Es una muchacha—, dijo Shreve —No me lo digas, Sólo continúa—). —...que iba a decir a mi abuelo treinta años después que había encontrado inapropiada para sus propósitos y fue repudiada, pero proveyó por ella) y unos pocos aterrorizados criados mulatos a los que tenía que apartar de la ventana alguna vez que otra y darles alguna patada e insultarlos para que ayudaran a la muchacha a cargar los mosquetes que él y el plantador disparaban a través de las ventanas, y supongo que mi abuelo decía —Espere espere por amor de Dios espere— como tú hasta que por fin se detuvo y retrocedió y empezó de nuevo con al menos un poco de consideración por la causa y el efecto aunque no la tenía por una secuencia y una continuidad lógicas. O puede que fuera el hecho de que volvían a estar sentados, después de decidir que habían ido bastante lejos por esa noche, y los negros habían acampado y cocinado la cena y ellos (él y mi abuelo) bebieron algo de whisky y comieron y luego se sentaron delante del fuego mientras bebían algo más de whisky y lo contaba todo otra vez pero seguía sin estar absolutamente claro —el cómo y el porqué estaba allí y qué era— puesto que no estaba hablando de sí mismo. Estaba contando una historia. No se estaba vanagloriando de algo que hubiera hecho; simplemente estaba contando una historia sobre algo que un hombre llamado Thomas Sutpen (había padecido), la cual hubiera sido la misma historia aunque el hombre no hubiera tenido nombre alguno, aunque se hubiera contado a propósito de cualquier o de ningún hombre tomando un whisky por la noche.

—Puede haber sido eso lo que le fue ralentizando. Pero no fue bastante para aclarar mucho la historia. Aún no le estaba refiriendo a mi abuelo las peripecias de alguien llamado Thomas Sutpen. Mi abuelo dijo que la única mención que jamás hizo

a aquellos seis o siete años que deben haber existido en alguna parte, que deben haber transcurrido en verdad, fue acerca del *patois*<sup>[88]</sup> que tuvo que aprender para supervisar la plantación, y el francés que tuvo que aprender, tal vez no para comprometerse en matrimonio, pero que ciertamente necesitaría para poder repudiar a la esposa después de haberse casado con ella—cómo, así se lo contó a mi abuelo, había creído que el coraje y la perspicacia serían suficientes pero se encontró con que estaba equivocado y cómo se lamentó por no haber tomado las clases junto con las costumbres de las Antillas cuando descubrió que toda la gente no hablaba la misma lengua y se dio cuenta de que no sólo necesitaría coraje y destreza, tendría que aprender a hablar un nuevo idioma puesto que el proyecto al que él se había dedicado moriría nada más nacer. Así que supongo que aprendió la lengua de la misma manera que aprendió a ser marinero, por qué mi abuelo le preguntó por qué no se buscó una chica con la que vivir y aprenderlo de manera fácil y mi abuelo contó cómo se sentó allí con la luz del fuego en su rostro y en la barba y con sus ojos tranquilos y brillantes, y dijo —y mi abuelo dijo que fue la única vez que él tuvo constancia de que había dicho algo tranquilo y sencillo:— Esta noche de la que estoy hablando (y hasta mi primer matrimonio, podría añadir) todavía era virgen. Probablemente no lo creerá, y si yo me propusiera intentar explicarlo se negaría a creerme más aún. Por ello simplemente diré que aquello también era parte del proyecto que tenía en mi mente —y mi abuelo dijo—, ¿Por qué no habría de creerlo? —y él continuaba mirando a mi abuelo con aquella expresión tranquila y brillante en sus ojos, y dijo—, Mas ¿lo crees? Seguramente no me menosprecias tanto como para considerar que a los veinte no había sufrido ni padecido tentación alguna —y mi abuelo dijo—, Estás en lo cierto. No debería creerlo. Pero lo creo. —Así que no era ningún cuento sobre mujeres, ni ciertamente de amor: la mujer, la muchacha, aquella sombra que podía cargar un mosquete pero a la que no se le podía confiar que disparara uno por la ventana aquella noche (o las siete u ocho noches en las que se apiñaron en la oscuridad y observaron desde las ventanas los cobertizos o los graneros o lo que sea donde almacenan el azúcar y también los campos humeantes y en llamas: dijo cómo podías olería, no podías oler otra cosa, la dulce empalagosa fetidez como de odio inexorable, los secretos mil años oscuros que habían creado el odio y esa inexorabilidad, hubieran intensificado el olor del azúcar: y mi abuelo dijo cómo recordó entonces que había visto a Sutpen una y otra vez rechazar azúcar para su café y ahora él (mi abuelo) ya conocía el porqué pero lo preguntó de todas formas para estar seguro y Sutpen le dijo que era cierto; que no había tenido miedo hasta que los campos y los cobertizos acabaron de quemarse y se hubieron olvidado del olor del azúcar mientras se quemaba, pero que desde entonces nunca había sido capaz de soportar el azúcar) —la muchacha asomándose un segundo a la narración, en una palabra casi, por lo que mi abuelo decía que era como si también la hubiera visto durante un segundo con el relampagueo de uno de los mosquetes— un rostro inclinado, una única mejilla, una barbilla por un instante tras una cortina de pelo en

cascada, un fino y blanco brazo alzado, una delicada mano aferrando una baqueta, y eso era todo. Ni más detalles ni más información sobre eso que sobre cómo llegó desde el campo, objeto de su supervisión, hasta la casa sitiada cuando los negros corrieron hacia él con sus machetes, que cómo llegó desde la carcomida cabaña de Virginia hasta los campos que vigilaba: y esto, dijo mi abuelo, le resultaba más increíble que el que hubiera llegado allí desde Virginia puesto que aquello suponía tiempo, un espacio cuyo recorrido indicaba cierta ocupación ya que el tiempo es mayor que cualquier distancia, mientras que lo otro, el llegar desde los campos hasta la casa en sitio, parecía haber ocurrido con una especie de violenta abrogación que debía haber sido casi tan corta como lo que le llevó contarlos —una condensación de tiempo que era prueba de su propia violencia, y él contándolo con esa agradable y anecdótica manera levemente forense aparentemente tal y como lo recordaba, cómo le impresionó por un interés y una curiosidad alejados e impersonales que incluso el miedo (aquella única vez en la que mencionó el miedo con aquel mismo proceso inverso de hablar acerca de una situación que no le atemorizaba, antes de sentir el temor) dejó de influenciar en demasía. Porque no tuvo miedo hasta después de que todo terminara, dijo mi abuelo, porque eso era todo para él— un espectáculo, algo para ser observado porque podría no tener una segunda oportunidad para volver a ver algo parecido, puesto que su inocencia aún funcionaba y no sólo no supo lo que era el miedo hasta después, ni siquiera supo que no tuvo miedo al principio; no supo siquiera que había encontrado el lugar donde se podía conseguir dinero rápido si eras valiente y sagaz (no quería decir sagacidad, dijo mi abuelo. Lo que quería decir era falta de escrúpulos sólo que no conocía esa palabra porque no debía haber estado en el libro del que leía el maestro. O quizá era eso lo que entendía por coraje, dijo mi abuelo) pero donde la alta mortandad era concomitante con el dinero y el brillo de los dólares no era el del oro sino el de la sangre —un sitio en la tierra que pudo ser creado y reservado por el mismo Cielo, dijo mi abuelo, como teatro para la violencia e injusticia y derramamiento de sangre y todas las satánicas ansias de la codicia y la crueldad humanas, para la última desesperada furia de todos los proscritos como parias y todos los condenados— una pequeña isla asentada en un sonriente mar de oculta furia e increíble color índigo, que estaba a medio camino entre lo que llamamos jungla y lo que llamamos civilización, a medio camino entre el oscuro e inescrutable continente del que la sangre negra, los negros huesos y la carne y el pensamiento y el recuerdo y las esperanzas y los deseos, se raptaba con violencia, y la fría tierra conocida a la que se la condenaba, la tierras y gentes civilizadas que habían desterrado una parte de su propia sangre y de su pensamiento y de sus deseos que se había vuelto demasiado crasa para ser encarada y soportada más tiempo, y la habían depositado sin hogar y desesperada en el océano solitario —una pequeña isla perdida en una latitud que requeriría diez mil años de herencia ecuatorial para aguantar su clima, un suelo abonado con la sangre negra de dos siglos de opresión y explotación hasta que floreció en una increíble paradoja de pacífica vegetación y flores carmesí y

cañas de azúcar del tamaño de un árbol y tres veces la altura de un hombre y por supuesto un poco más voluminosas pero valiosas libra por libra casi con mena de plata, como si la naturaleza sostuviera una balanza y guardara un libro y ofreciera una recompensa por los miembros desgarrados y los corazones injuriados aunque el hombre no lo hiciera, el plantío de la naturaleza y del hombre demasiado regado no sólo por la sangre gastada en vano sino insuflada por los vientos mediante los cuales los barcos condenados habían huido en vano, por los que el último jirón de vela se había hundido en el mar azul, junto con el que el último y vano grito de desesperación de mujer o niño se había extinguido—, también el plantío de los hombres: los huesos y cerebros intactos todavía en los que la vieja sangre insomne que había desaparecido de la tierra que pisaban todavía clamaba venganza. Y él la vigilaba, recorriéndola pacíficamente sobre su caballo mientras aprendía la lengua (ese exiguo y frágil hilo, decía mi abuelo, por el que las pequeñas y superficiales esquinas y bordes de las secretas y solitarias vidas de los hombres se pueden unir por un instante de vez en cuando antes de hundirse de nuevo en la oscuridad donde el espíritu gritó por primera vez sin ser escuchado y gritará por última vez sin que tampoco entonces se le escuche), sin conocer que era un volcán sobre lo que cabalgaba, oyendo el aire temblar y palpar por las noches con los tambores y los cánticos y sin conocer que era el propio corazón de la tierra lo que oía, que creía (decía mi abuelo) que la tierra era amable y benévola y que la oscuridad era simplemente algo que veías, o en la que no podías ver; vigilando lo que vigilaba y sin saber que lo estaba vigilando, realizando sus expediciones diarias desde una ciudadela armada hasta que llegó el día mismo. Y seguía sin contar eso, cómo llegó aquel día, los pasos que lo condujeron a él porque mi abuelo decía que aparentemente él no lo sabía, no entendía lo que había estado viendo cada día a causa de esa inocencia—un hueso de cerdo con un poco de carne podrida aún pegada, unas cuantas plumas de pollo, un sucio harapo lleno de manchas con unos guijarros dentro del atadizo hallados sobre la almohada del viejo una mañana y que nadie supo (menos aún, el dueño de la plantación que había dormido sobre la almohada) cómo había llegado allí porque se enteraron al tiempo que todos los criados, los mulatos, habían desaparecido, y no supo hasta que el dueño se lo dijo que las manchas del harapo no eran de polvo ni de grasa sino de sangre, ni que lo que él había tomado por furia gala del patrón era en verdad miedo, terror, y que él tenía curiosidad y bastante interés porque seguía mirando al patrón y a la hija como extranjeros (contó a mi abuelo cómo hasta la primera noche de aquel asedio nunca se había parado a pensar que no sabía el nombre de la muchacha, o si lo había oído alguna vez o no. También le contó a mi abuelo, se lo dejó caer en la narración como podrías sacar rápidamente un comodín de una baraja de cartas nuevas sin ser capaz de recordar después si has quitado el comodín o no, que la mujer del viejo había sido española, y fue mi abuelo y no Sutpen quien se dio cuenta de que hasta aquella primera noche del ataque posiblemente no había visto a la muchacha más de una docena de veces); —al final se

encontró el cuerpo de uno de los mulatos (lo encontró él, lo rastreó durante dos días sin advertir que lo que se estaba encontrando era un vacío muro de secretos rostros negros, un muro tras el cual cualquier acontecimiento se podía estar preparando y, cómo más adelante descubrió, casi todo lo estaba, y al tercer día encontró el cuerpo donde probablemente no lo habría pasado por alto durante la primera hora del primer día si hubiera estado allí) pero estaba sentado en el tronco, decía mi abuelo, contándolo, haciendo gestos al contarle, a quien mi mismo abuelo había visto luchar desnudo pecho a pecho con uno de sus negros salvajes a la luz del fuego del campamento mientras se estaba construyendo su casa y que continuó luchando con ellos a la luz del farol en el establo después de haber conseguido al fin a aquella mujer que sería adyacente en el desarrollo de aquel proyecto que tenía en mente, sin avergonzarse de la pelea, sin que hubiera apretones de manos y felicitaciones mientras se lavaba la sangre de encima y se vestía la camisa porque al finalizarla el negro estaría echado sobre su espalda con el pecho jadeante y otro negro tirándole agua; —estaba allí sentado y le contaba a mi abuelo cómo encontró al fin al mulato, o lo que había sido el mulato, y que él (Sutpen) había visto tanto como la mayoría de los hombres y había hecho tanto como ellos, incluso algunas cosas de las que no se enorgullecía: pero que había algunas cosas que un hombre que pretendiera ser civilizado sabía cuándo tenía que hacerlas pero de las que no hablaba, de tal modo que sólo diría que después de todo encontró al mulato y que entonces empezó a comprender que la situación podría volverse seria; luego la casa, la barricada, ellos cinco—el patrón, la hija, dos sirvientas y él mismo—encerrados dentro y el aire lleno de humo y el olor a caña quemada y el resplandor y el humo en el cielo y el aire palpitando y temblando con los tambores y los cánticos— la pequeña isla perdida bajo su vuelta cúpula de días y noches alternados como un vacío al que ninguna ayuda podía llegar, a donde ni siquiera venían los vientos del exterior excepto los alisios, los mismos vientos cansados que soplaban de un lado a otro y cargados todavía con las voces cansadas de mujeres asesinadas y niños sin hogar y sin tumba en el solitario mar que los aislaba— mientras las dos sirvientas y la muchacha cuyo nombre de pila aún desconocía cargaban los mosquetes que él y su padre disparaban no contra el enemigo sino contra la noche haitiana, lanzando sus pequeños destellos vanos y flojos hacia la pensativa oscuridad latente y cansada de la sangre: y ello en la temporada del año, la estación de huracanes y cualquier tipo de lluvia: y cómo la octava noche se quedaron sin agua y algo tenía que hacerse así que bajó el mosquete y salió y los sometió. De esta forma lo dijo: salió y los sometió, y cuando regresó él y la muchacha se comprometieron en matrimonio y mi abuelo decía —Aguarde aguarde— seguramente, decía, —Pero si ni la conocía; me contó que cuando empezó el asedio no sabía ni su nombre— y miró a mi abuelo y dijo, —Sí. Mas veré, me llevó algún tiempo recuperarme—. No sé cómo lo hizo. Tampoco contó aquello, no tenía importancia en su historia; simplemente bajó el mosquete e hizo que alguien levantara la tranca de la puerta y que después la pusiera tras él, se adentró a pie en la

oscuridad y los sometió, tal vez por gritar más alto, tal vez por permanecer de pie, aguantando más de lo que ellos creían que huesos o carne alguna podían o debían (debían, sí: eso sería lo terrible: encontrar carne que soportara más de lo que se le debería pedir a la carne que soportara); quizá al final ellos mismos girando horrorizados y huyendo de los blancos torneados brazos y piernas como los suyos y de las que se podía hacer que la sangre brotara con fuerza y fluyera como de las suyas y contenían un espíritu indomable que debía haber surgido del mismo fuego primario del que provenía el suyo pero que no podía, posiblemente no podía tener (mostró a mi abuelo las cicatrices, una de las cuales, dijo mi abuelo, estuvo muy cerca de dejarle tan virgen como estaba para el resto de su vida también) y luego llegó el alba sin que trajera tambores con ella por primera vez en ocho días, y ellos salieron (probablemente el hombre y la hija) y caminaron a través de la tierra quemada sobre la que brillaba un sol radiante como si nada hubiera pasado, caminando ahora en el que debe haber sido un increíble vacío desolador y un pacífico silencio, y lo encontraron y lo trajeron a la casa: y cuando se recobró él y la muchacha estaban comprometidos. Entonces se paró—.

—De acuerdo, —dijo Shreve—. Continúa.

—Te dije que se paró, —dijo Quentin.

—Te oí. ¿Se paró de? ¿Cómo se comprometió y luego se paró y sin embargo aún tenía una esposa a la que repudiar? Dijiste que no recordaba cómo había llegado a Haití, y luego que no recordaba cómo entró en la casa con los negros rodeándola. ¿Y ahora me vas a contar que ni siquiera recordaba haberse casado? ¿Que se comprometió y entonces decidió pararse, que simplemente un día descubrió que no se había parado sino que al contrario estaba casado? ¿Y todo lo que le llamas es simplemente virgen?

—Él dejó de hablar, de contarlo, —dijo Quentin. No se había movido, aparentemente hablaba (si hablaba a algo) a la misiva que yacía sobre el libro de texto abierto entre sus manos. Enfrente de él Shreve había llenado la pipa y la había fumado otra vez. Volvía a estar volcada, blancas cenizas esparcidas que se desparramaban fuera del cuenco, sobre la mesa delante de sus desnudos brazos cruzados con los que parecía al mismo tiempo sostenerse y abrazarse, porque a pesar de que sólo eran las once la habitación se estaba empezando a enfriar hasta ese punto en que alrededor de la medianoche tan sólo habría calor bastante en los radiadores para evitar que las cañerías se congelaran, aunque (esta noche él no realizaría sus ejercicios respiratorios ante la ventana abierta) todavía tenía que ir a la alcoba y volver primero con el batín puesto y después con el abrigo encima del batín y el abrigo de Quentin en el brazo. —Simplemente dijo que ahora estaba comprometido en matrimonio y entonces paró de contarlo. Simplemente paró, dijo mi abuelo, así de claro definitivo, como si eso fuera todo lo que había, todo lo que podía haber en ello, todo lo que se escuchaba bien de un hombre a otro mientras se beben unos vasos de whisky por la noche. Quizá lo fuera—. Su rostro (el de Quentin) estaba inclinado.

Seguía hablando en ese curioso, ese monótono tono casi huraño que había hecho que Shreve lo observara desde el principio con intencionada e imparcial especulación y curiosidad, que continuara observándolo desde detrás de su (de Shreve) expresión de angelical y erudito asombro que sus anteojos intensificaban o puede que de hecho crearan. —Sencillamente se levantó y miró la botella de whisky y dijo—, Nada más por esta noche. Nos iremos a dormir; queremos empezar temprano mañana. Puede que podamos atraparlo antes de que se despabile.

—Pero no lo hicieron. Estaba bien entrada la noche cuando lo atraparon —me refiero al arquitecto— y entonces sólo porque se había herido la pierna intentando proyectarse a través del río. Pero esta vez erró en sus cálculos y los perros y los negros lo rodearon con sus aullidos y esta vez los negros hicieron un escándalo (mi abuelo me contó cómo los negros tal vez creían que al huir el arquitecto había renunciado voluntariamente a su estatus de carne interdita, que voluntariamente les había ofrecido un gambito al huir, que los negros habían aceptado al perseguirlo y ganado al atraparlo, y que ahora se les permitiría cocinarlo y comerlo, ambos vencedores y derrotado aceptando esto con el mismo espíritu deportivo y deportividad y sin rencor ni resentimientos en cada parte) mientras lo empujaban hacia fuera (todos los hombres que habían empezado ayer la persecución habían vuelto excepto tres, y los que habían regresado habían traído a otros, así que ahora eran más numerosos que cuando empezó la persecución, dijo mi abuelo) —lo empujaban fuera de su cueva bajo el banco del río: un hombre pequeño a cuya levita le faltaba una manga y con un chaleco floreado echado a perder por el agua y el barro del lugar donde se había caído en el río y una de las patas del pantalón hecha jirones de forma que podían ver el lugar donde se había atado la pierna con un trozo de faldón de la camisa y el harapo ensangrentado y la pierna hinchada, y su sombrero había desaparecido completamente. Nunca lo encontraron así que mi abuelo le dio un sombrero nuevo el día que se fue con la casa terminada. Fue en el despacho de mi abuelo y mi abuelo dijo que el arquitecto cogió el sombrero nuevo y lo miró e irrumpió en lágrimas—. un hombrecillo acosado con el rostro asalvajado y barba de dos días, que salió de la cueva peleando como un gato montés, con la pierna herida y todo, con los perros ladrando y los negros aullando y dando voces con mortal y alegre anticipación, como si estuvieran bajo la impresión de que como la carrera había durado más de veinticuatro horas se habrían abrogado automáticamente las reglas y no tendrían que esperar para cocinarlo hasta que Sutpen irrumpió con una vara corta y echó a golpes a negros y perros, dejando al arquitecto allí de pie, nada atemorizado, únicamente un poco jadeante y mi abuelo dijo que con el rostro un tanto enfermizo porque los negros habían maltratado su pierna en el fervor de la captura, y que les hizo un discurso en francés, uno largo y tan rápido que mi abuelo dijo que probablemente otro francés no hubiera podido entender todo. Pero sonaba bien; mi abuelo dijo que hasta él —todos ellos— podía afirmar que no se estaba disculpando; fue bonito, dijo mi abuelo, y contó cómo Sutpen se volvió hacia él pero él (mi



abuelo) ya se estaba acercando al arquitecto, alargándole la botella de whisky ya descorchada. Y mi abuelo vio los ojos en el rostro demacrado, los ojos desesperados y sin esperanza, pero también indomables, también invencibles, ni mucho menos derrotados por una maldita multitud dijo mi abuelo, y todas esas cincuenta y tantas horas de oscuridad y pantano e insomnio y fatiga y sin víveres y sin ningún lugar al que ir y sin esperanzas de llegar allí: solamente una voluntad de resistir y un presentimiento de derrota pero aún no vencido por una maldita multitud: y tomó la botella en una de sus pequeñas manos sucias parecidas a las de un mapache y alzó la otra mano y buscó a tientas en su cabeza durante un segundo antes de recordar que el sombrero había desaparecido, entonces lanzó la mano hacia arriba en un gesto que mi abuelo dijo que simplemente no podías describir, que parecía reunir todo infortunio y derrota que la raza humana había padecido jamás en un pellizco de sus dedos como si fuera polvo y lanzarlo hacia atrás sobre su cabeza, y alzó la botella e hizo una reverencia primero a mi abuelo después a los demás hombres que estaban montados en sus caballos en círculo y lo contemplaban, y luego tomó no sólo el primer trago de whisky puro de su vida sino el trago que no se habría concebido a sí mismo tomando más que el Brahmán puede creer que posiblemente existiera esa ocasión en la que él comiera perro.

Quentin se detuvo. Enseguida Shreve dijo, —Está bien. No te molestes en decirme que entonces paró; sólo continúa—. Pero Quentin no prosiguió al instante — la voz monótona, curiosamente muerta, el rostro hacia abajo, el cuerpo relajado que no se agitaba sino para respirar; ellos dos no se movían sino para respirar, ambos jóvenes, ambos nacidos dentro del mismo año: uno en Alberta, el otro en Misisipi; nacidos con medio continente de distancia pero unidos, conectados siguiendo alguna pauta en una especie de transubstanciación geográfica mediante ese meandro continental, ese río que corre no solamente atravesando la tierra física de la que es cordón umbilical geológico, que no solamente corre atravesando las vidas espirituales de los seres a su alcance, sino que es el Ambiente en sí que se burla de los grados de latitud y temperatura, aunque alguno de estos seres, como Shreve, nunca lo han visto — ellos dos que cuatro meses antes nunca habían posado sus ojos en el otro pero que desde entonces habían dormido en la misma habitación y comido al lado de la misma comida y usado los mismos libros de los que se preparaban para recitar en los mismos cursos de primer año, que se miraban uno a otro cara a cara a través de la mesa alumbrada por la lámpara en la que yacía la frágil caja de Pandora de papel garabateado que había llenado con genios<sup>[89]</sup> y demonios violentos y sin raciocinio esta acogedora celda monacal, esta soñadora y fresca alcoba de lo que llamamos lo mejor del pensamiento. —Simplemente no te molestes—, dijo Shreve. — Simplemente continúa con ello.

—Eso llevaría treinta años, —dijo Quentin—. Pasaron treinta años antes de que le contara a mi abuelo algo más sobre ello. Puede que estuviera muy ocupado. Todo su

tiempo libre para conversar ocupado en llevar adelante aquel proyecto que tenía en mente, y su único pasatiempo era luchar con sus negros salvajes en el establo donde los hombres podían atar a sus caballos y venir por atrás sin ser vistos desde la casa porque ahora ya estaba casado, su casa terminada y ya le habían arrestado por robarlo y puesto de nuevo en libertad así que todo estaba dispuesto, con una mujer y dos hijos —no, tres— dentro y su tierra limpia y cultivada con la semilla que mi abuelo le había prestado y ahora él se estaba haciendo rico de forma segura...

—Sí, —dijo Shreve—; El señor Coldfield: ¿Qué era eso?

—No sé, —dijo Quentin—. Nadie lo supo jamás con certeza. Era algo acerca de una lista de cargamento, de algún modo persuadió al señor Coldfield para usar su crédito: una de esas cosas que cuando funcionan eres listo y cuando no cambias de nombre y te mudas a Texas: y mi padre dijo cómo el señor Coldfield debía haber estado allí sentado cómodamente en su pequeño comercio y vio sus lotes de mercancía duplicarse quizá cada diez años o al menos no perder terreno y debía haber visto la oportunidad de hacer aquella misma cosa todo el tiempo, sólo que su conciencia (no su coraje: mi padre decía que tenía mucho de eso) no lo dejaría. Luego apareció Sutpen y se ofreció a hacerlo, él y el señor Coldfield se dividirían el botín si funcionaba, y si no él (Sutpen) cargaría con la culpa. Y el señor Coldfield lo dejó. Mi padre decía que fue porque el señor Coldfield no creyó que funcionaría, que salieran impunes sólo que no podía dejar de pensar en ello, y de este modo cuando lo intentaran y fracasara él (el señor Coldfield) sería entonces capaz de sacárselo de la mente; y que cuando fallara y les apresaran, el señor Coldfield insistiría en cargar con su parte de culpa como penitencia y expiación por haber pecado en su mente todos esos años. Porque el señor Coldfield nunca creyó que funcionaría, así que cuando vio que iba a funcionar, que había funcionado, lo mínimo que podía hacer era negarse a coger su parte de los beneficios; cuando vio que había funcionado fue su conciencia lo que odió, no a Sutpen; —su conciencia y la tierra, la región que había creado su conciencia y que luego ofreció la oportunidad de hacer todo ese dinero a la conciencia que había creado, que no podía hacer otra cosa sino rehusar; odió tanto esa región que hasta se alegró cuando la vio arrastrada hacia una predestinada y fatídica guerra; que se habría alistado en el ejército yanqui, dijo mi padre, pero no era un soldado y sabía que o bien lo matarían o moriría por las privaciones y así no estaría presente en ese día en el que el Sur comprendería que estaba pagando ahora el precio por haber erigido su edificio económico no sobre la roca de la severa moralidad sino en las arenas movedizas del oportunismo y el bandolerismo moral. Por lo que eligió el único gesto que pudo pensar para grabar su desaprobación en aquellos que habrían de sobrevivir a la contienda y participar de esta manera en el remordimiento...

—Seguro, —dijo Shreve—. Eso es admirable. Pero Sutpen. El designio. Continúa, ahora.

—Sí, —dijo Quentin—. El designio. —Hacerse cada vez más rico. Ahora todo debía parecerle hermoso y claro en su camino: la casa terminada, e incluso más

grande y más blanca que aquella a cuya puerta había ido aquel día y el negro se había presentado con sus ropas simiescas y le había dicho que fuera a la trasera, y él hasta con su propia marca de negros, cosa que el hombre que yacía en la hamaca con los zapatos quitados no tenía, de los que escoger uno e instruirle para ir a la puerta cuando llegara la ocasión en la que un pequeño sin zapatos y con los pantalones recortados de su padre como vestimenta viniera y llamara a la puerta. Pero mi padre dijo que ya no era así, que cuando vino al despacho de mi abuelo aquel día tras los treinta años, y sin intentar disculparse ahora más de lo que lo había intentado en la parte baja aquella noche cuando perseguían al arquitecto, sino ahora simplemente para explicar, se esforzaba en explicar ahora porque ya era viejo y lo sabía, sabía que tenía que hablar enfrentándose a la vejez: el tiempo acortándose delante de él que podía y haría cosas a sus oportunidades y posibilidades incluso si no tenía más dudas de sus huesos y carne que las tenía de su voluntad y coraje, contándole a mi abuelo que el niño-símbolo en la puerta no era tal porque el niño-símbolo era simplemente la quimera del niño sorprendido y desesperado; que ahora acogería a aquel niño en un lugar donde nunca más necesitaría permanecer al pie de una puerta blanca ni llamar a ella: y no simplemente para protegerlo sino para que ese muchacho, ese extraño sin nombre, pudiera cerrar él mismo la puerta para siempre detrás de él a todo lo que había conocido, y pudiera mirar hacia delante al lado de los rayos de luz aún por revelar en los que sus descendientes que podrían no haber ni oído su (del muchacho) nombre, esperaran a nacer sin tener ni que saber que una vez se les había separado liberándolos para siempre de la brutalidad de la misma forma que sus propios (de Sutpen) hijos lo estaban...

—No digas que sólo soy yo quien habla como tu viejo, —dijo Shreve—. Pero continúa. Los hijos de Sutpen. Continúa.

—Si, —dijo Quentin—. Los dos hijos —mientras estaba pensando *Sí. Quizá los dos seamos Padre. Quizá jamás nada ocurre una sola vez y termina. Quizá el ocurrir no es único sino como las ondas quizá sobre el agua después de que el guijarro se hunde, con las ondas moviéndose, expandiéndose, el charco ligado por un estrecho cordón umbilical de agua al siguiente charco que el primer charco nutre, ha nutrido, nutrió, probemos que este segundo charco contenga una temperatura de agua distinta, un distinto conjunto de moléculas de haber visto, sentido, recordado, que refleje en un tono distinto el infinito cielo inmutable, no importa: el acuoso eco de ese guijarro cuya caída ni siquiera vio también se mueve a través de su superficie con la misma ondulación primitiva, hacia el viejo ritmo inamovible pensaba Sí, ambos somos Padre. O tal vez mi padre y yo seamos los dos Shreve, tal vez hizo falta mi padre y yo para hacer a Shreve o Shreve y yo para hacer a Padre o tal vez Thomas Sutpen para hacemos a todos nosotros.* —Sí, los dos hijos, el hijo y la hija tan sospechosamente oportunos por sexo y edad al proyecto que también podría haberlo planeado, tan sospechosamente adecuados por el carácter mental y físico a ello que los podría haber escogido de entre el celestial rebaño de serafines y

querubines como eligió a sus veinte negros de entre cual fuera el trueque que debía haber habido cuando repudió a aquella primera esposa y a aquel hijo cuando descubrió que no serían un accesorio al avance del proyecto. Mi abuelo dijo que no se trataba de conciencia, que Sutpen se sentó en el despacho aquella tarde treinta años después y le contó cómo al principio su conciencia le había molestado un poco pero que había discutido tranquila y lógicamente con su conciencia acerca de la póliza de embarque suya y del señor Coldfield (sólo que probablemente no durante mucho tiempo, puesto que aquí el tiempo presionaría) hasta que todo estuvo zanjado; — cómo daba por sentado que a ciertas luces había injusticia en lo que hizo pero que lo había obviado tanto como residía en su poder siendo abiertamente honrado en el asunto; que simplemente podía haberla abandonado, podía haber cogido su sombrero y haberse alejado, pero no lo hizo: y que tenía lo que mi abuelo tendría que admitir que era un buen y válido reclamo, si no de todo el lugar que él solo había salvado, así como las vidas de toda la gente blanca que vivía en él, al menos de aquella porción del lugar que había sido específicamente descrito y transferida legalmente a él en el contrato matrimonial que había firmado de buena fe, sin reservas en cuanto a su oscuro origen y dote material, mientras que había habido no únicamente reservas sino engaño de su parte y engaño de una naturaleza tan crasa como para haber no sólo vaciado y frustrado sin su conocimiento la motivación central de todo su designio, sino que hubiera convertido en irónica ilusión todo lo que había sufrido y aguantado en el pasado y todo lo que jamás pudiera realizar en el futuro de cara a aquel designio — reclamo al que había renunciado voluntariamente, tomando solamente los veinte negros de entre todo lo que podría haber reclamado y que más de un hombre en su lugar hubiera insistido en mantener y (en cuya pretensión) hubiera sido respaldado por sanciones legales y morales aunque no por la delicada sanción de la conciencia y mi abuelo ya no decía —Aguarda aguarda— porque volvía a ser esa inocencia, esa inocencia que creía que los ingredientes de la moralidad eran como los ingredientes de una tarta o de un pastel y que una vez que los hubieras medido y repartido y mezclado y metido en el horno ya estaba todo y no podía salir otra cosa que una tarta o un pastel. —Sí, allí estaba sentado en el despacho de mi abuelo intentando explicar con aquella recapitulación paciente y sorprendida, no a mi abuelo ni a sí mismo porque mi abuelo dijo que esta misma calmosidad era señal de que hacía tiempo que había abandonado toda esperanza de comprenderlo algún día, sino intentando explicar a las circunstancias, al propio destino, los pasos lógicos por los que había llegado a un resultado absoluto y eternamente increíble, repitiendo la clara y sencilla sinopsis de su historia (que ahora tanto él como su abuelo conocían) como si estuviera intentando explicárselo a un niño intratable e imprevisible: —Usted ve, yo tenía un proyecto en mente. Fuera un proyecto bueno o malo no tiene relevancia; la cuestión es, En dónde me equivoqué, qué hice de bueno o de malo en ello, a quién o a qué dañé hasta el extremo que esto indica. Tenía un proyecto. Para llevarlo a cabo requeriría dinero, una casa, una plantación, esclavos, una familia— incidentalmente

por supuesto, una esposa. Me propuse adquirirlos, sin pedir ningún favor a nadie. Incluso arriesgué mi vida en una ocasión, como te conté, aunque como también te dije no corrí ese riesgo pura y simplemente para ganar una esposa, a pesar de que ése fue el resultado. Pero eso tampoco importa: está más allá de lo que nos concierne): baste decir que tuve la esposa, que la acepté de buena fe, sin reservas sobre mí mismo, y yo esperaba otro tanto de ellos. Ni siquiera exigí, dése cuenta, como se podría haber esperado que hiciese alguien de mi oscuro origen (o al menos que se le perdonara el hacerlo) por ignorar los modales con los que tratar con la gente de buena cuna. No exigí; los acepté con su propia valoración mientras por mi parte insistía en explicarlo todo acerca de mí y de mis progenitores: pero me ocultaron deliberadamente el único hecho que tengo razones para conocer que eran conscientes de que me hubiera obligado a rechazar todo el asunto, de otro modo no me lo habrían ocultado —un hecho del que no me enteré hasta después de que naciera mi hijo. E incluso entonces no actué precipitadamente. Les podía haber traído a la memoria todos estos años malgastados, estos años que ahora me dejarían retrasado en mi esquema no sólo la cantidad del tiempo transcurrido que su número representaba, sino esa cantidad compensatoria de tiempo representada por su número que ahora tendría que emplear para avanzar una vez más hasta el punto que había alcanzado y perdido. Pero no lo hice. Simplemente expliqué cómo este nuevo factor hacía imposible que esta mujer y este niño se incorporaran a mi proyecto, y siguiendo el cual, como te conté, no hice ningún intento de conservar no sólo aquello que podría considerar que había ganado con riesgo de mi vida sino lo que se me había dado mediante testimonios firmados, al contrario rechacé y renuncié a todo derecho y reclamación para poder reparar cualquier injusticia que se pudiera considerar que yo había hecho proveyendo por las dos personas a quienes se me podría considerar que había privado de cualquier cosa que yo pudiera poseer más adelante: y esto se acordó, dése cuenta; se llegó a un acuerdo entre las dos partes. Y con todo, y tras más de treinta años, más de treinta años después de que mi conciencia me hubiera asegurado finalmente que si yo había realizado una injusticia, había hecho todo lo posible por rectificar...— y mi abuelo ya no decía *Aguarde* sino que decía, puede que incluso vociferara: —¿Conciencia? ¿Conciencia? Santo Dios, hombre, ¿qué otra cosa esperaba? ¿Acaso la propia afinidad e instinto por el infortunio de un hombre que ha pasado tanto tiempo en un monasterio, y no digamos uno que ha vivido tantos años como tú los viviste, no le supo decir nada mejor que eso? ¿No le instruyeron mejor el pánico y el miedo a las féminas que debe haber succionado con la primigenia leche mamífera? ¿Qué clase de inocencia abismal y totalmente ciega pudo ser ésa que alguien le dijo que llamara virginidad? ¿qué conciencia negociadora que le hubiera garantizado la creencia de que le podías haber comprado la inmunidad sin otra moneda que la justicia?—...

Fue en ese momento cuando Shreve se fue a la habitación y se puso el batín. No dijo *Espera*, simplemente se levantó y dejó a Quentin sentado ante la mesa, el libro de

texto abierto y la misiva y salió y regresó en batín y se sentó de nuevo y cogió la pipa fría, aunque sin llenarla nuevamente o encenderla. —Está bien, —dijo—. Así que aquella Navidad Henry lo trajo a su casa, a la casa y el demonio levantó la vista y vio el rostro cuya deuda creía haber pagado y resuelto hacía veintiocho años. Continúa.

—Sí, —dijo Quentin—. Padre dijo que probablemente él mismo le puso nombre. Charles Bon. Charles Bueno. No le contó a mi abuelo que lo hizo, pero mi abuelo creía que lo había hecho, que lo habría hecho. Ésa habría sido una parte de la limpieza, como habría participado en limpiar las cápsulas de las balas explotadas y los cartuchos de los mosquetes tras el asedio si no hubiera estado enfermo (o comprometido); tal vez hubiera insistido en ello, la conciencia otra vez que no podía dejarle a ella y al hijo lugar alguno en el proyecto aunque podía haber cerrado los ojos y, si no engañado al resto del mundo como lo habían engañado a él, al menos haber amenazado a cualquiera para que no dijera el secreto en alto —la misma conciencia que no permitiría al hijo, puesto que era un varón, llevar su nombre o bien el de su abuelo materno, pero que también le prohibiría hacer lo acostumbrado y facilitar un esposo rápido para la mujer repudiada para que le diera a su hijo un nombre auténtico. Él mismo eligió el nombre, creía mi abuelo, de la misma forma que les dio nombre a todos ellos— a los Charles Buenos y a las Clytemnestras y a Henry y a Judith y a todos ellos— a toda esa fecundidad de dientes de dragón como la llamaba mi padre. Y Padre dijo...

—Tu padre, —dijo Shreve—. Parece que consiguió una cantidad increíble de información atrasada de forma tremendamente rápida, después de haber esperado cuarenta y cinco años. Si sabía todo esto, ¿qué razón tenía para contarte que el conflicto entre Henry y Bon era la ochavona?

—En aquel momento no lo sabía. Mi abuelo tampoco le contó todo, como Sutpen nunca contó a mi abuelo absolutamente todo—.

—Entonces ¿quién se lo contó?

—Yo lo hice. —Quentin no se movió, ni levantó la vista mientras Shreve lo observaba—. El día después de que nosotros... tras aquella noche en la que nosotros...

—Oh, —dijo Shreve—. Después de que tú y la vieja tía. Ya entiendo. Continúa. Y tu padre dijo...

—...dijo cómo debía haber permanecido de pie allí en el zaguán aquella tarde y haber esperado a que Henry y el amigo sobre el que Henry había estado escribiendo a casa durante todo el otoño se aproximaran por la avenida, y que tal vez después de que Henry escribiera el nombre en la primera misiva Sutpen probablemente se dijo a sí mismo que no era posible, que había un límite hasta para la ironía más allá del cual se convertía o bien en una simple bufonada cruel pero no fatídica o en una inofensiva coincidencia, ya que mi padre dijo que era probable que incluso Sutpen supiera que todavía jamás nadie inventó un nombre que no poseyera alguien en ese instante o que no lo hubiera poseído alguna vez: y por fin llegaron a caballo y Henry dijo, —Padre,

éste es Charles— y él... —(—el demonio—, dijo Shreve)—...vio el rostro y supo que había ocasiones en las que la coincidencia no es más que el niño pequeño que sale corriendo hacia un campo de fútbol para tomar parte en el juego y cuya cabeza indemne los jugadores dejan atrás y a un lado y siguen hacia delante y chocan juntos y en el furor de la lucha por los hechos llamados ganancia y pérdida nadie recuerda al niño ni llegó a ver quién vino y lo arrancó de la disolución;—que estaba allí de pie en su propia puerta, igual a como lo había imaginado, planeado, diseñado, y exactamente igual y después de cincuenta años el hijo perdido abandonado sin nombre y sin hogar venía a golpearla y no había ningún negro vestido de mono en algún lugar bajo el sol que viniera a la puerta y ordenara al niño que se fuera; y Padre dijo que incluso entonces, aunque sabía que Bon y Judith nunca habían puesto los ojos el uno en el otro, debía haber sentido y oído cómo el designio —casa, posición, posteridad y todo lo demás— se venía abajo como si se hubiera construido con humo, sin hacer mido, sin crear una ráfaga de aire desplazado y sin dejar siquiera escombros alguno. Y él no lo llamaba retribución, no eran los pecados de su padre que venían al hogar a anidar; ni tan sólo lo llamaba mala suerte, sino simplemente un error: ese error que no pudo descubrir por sí mismo y que llevó a mi abuelo, no para disculparlo sino simplemente para volver a estudiar los hechos para que una mente imparcial (y mi abuelo decía que creía, una legalmente entrenada) para que lo examinara y encontrara y se lo señalara a él. Fíjate en que no se trataba de una retribución moral: sencillamente un viejo error de hecho que un hombre con coraje y astucia (una de los cuales sabía entonces que poseía, la otra pensaba que ya la había aprendido, adquirido) podía aún combatir si pudiera tan sólo averiguar cuál había sido el error. Porque no se rindió. Nunca se rindió; mi abuelo dijo que sus acciones subsiguientes (el hecho de que durante un tiempo no hizo nada y de que quizá ayudó de esa forma a que se produjera la situación misma que él temía) no eran el resultado de falta de coraje alguna o de sagacidad o de crueldad, sino que eran el resultado de su convicción de que todo provenía de un error y de que hasta que no descubriera cuál había sido ese error no tenía la intención de arriesgarse a cometer otro.

—De modo que invitó a Bon a entrar en la casa, y durante las dos semanas de vacaciones (sólo que no llevó tanto tiempo; mi padre dijo que probablemente la señora Sutpen ya había comprometido a Judith y a Bon desde el instante en que vio el nombre de Bon en la primera misiva de Henry) observó a Bon y a Henry y a Judith, o más bien observó a Bon y a Judith porque ya habría sabido acerca de Henry y de Bon mediante las misivas de Henry sobre él desde la universidad, los observó durante dos semanas, y no hizo nada. Luego Henry y Bon volvieron a la universidad y ahora el mozo negro que traía y llevaba el correo cada semana entre Oxford y el Ciento de Sutpen llevaba ahora misivas a Judith que no estaban escritas de la mano de Henry (y tampoco eso era necesario, dijo mi padre, puesto que la señora Sutpen estaba cubriendo toda la comarca con noticias de ese compromiso que mi padre dijo que todavía no existía) y aún no hizo nada. No hizo nada en absoluto hasta que casi

terminó la primavera y Henry escribió que iba a traer a Bon a casa con él para pasar uno o dos días antes de que Bon se fuera a su casa. Entonces Sutpen se fue a Nueva Orleans. Si escogió ese momento para ir con la intención de encontrar a Bon y a su madre a la vez y discutir el asunto de una vez por todas o no, nadie lo sabe, como nadie sabe si vio alguna vez a la madre o no mientras estuvo allí, si ella lo recibió o se negó a recibirlo; o si lo hizo y él intentó una vez más llegar a un acuerdo con ella, si quizá ahora la sobornó con dinero, ya que mi padre dijo que un hombre que podía creer que una mujer burlada e injuriada y enojada podía ser sobornada con lógica formal tendría la creencia de que también se la podía aplacar con dinero, y no resultó; o si Bon se hallaba allí y fue Bon en persona quien rechazó la oferta, aunque nadie supo jamás si Bon llegó a conocer que Sutpen era su padre o no, si al principio estaba intentando vengar a su madre o no y solamente más tarde se enamoró, solamente más tarde sucumbió a la corriente de justo castigo y fatalidad que la señorita Rosa dijo que Sutpen había iniciado y a la que había condenado a toda su sangre, tanto negra como blanca. Pero evidentemente no funcionó, y llegaron las siguientes Navidades y Henry y Bon volvieron al Ciento de Sutpen y ahora Sutpen vio que no había remedio (que era inevitable), que Judith estaba enamorada de Bon y si Bon quería venganza o sencillamente también estaba atrapado y sumergido y condenado, daba igual. Así que por lo visto mandó recado de que trajeran a Henry aquella víspera de Navidad justo antes de la hora de la cena (mi padre dijo que puede que por aquel entonces, tras su viaje a Nueva Orleans, había al fin aprendido lo bastante acerca de las mujeres para saber que sería inútil acudir a Judith primero) y se lo contó a Henry. Y sabía lo que Henry diría y Henry lo dijo y aceptó la mentira de su hijo y Henry supo cuando su padre aceptó la mentira que lo que su padre le había contado era verdad; y mi padre dijo que él (Sutpen) probablemente sabía también lo que Henry haría y contaba con que Henry lo hiciera porque seguía creyendo que había sido tan sólo un error táctico sin importancia, y así pues era como un escaramuzador que es sobrepasado en número pero que no puede retirarse que cree que si simplemente es lo bastante paciente y lo bastante inteligente y lo bastante tranquilo y está lo bastante alerta puede lograr dispersar al enemigo y matarlos uno a uno. Y Henry lo hizo. Y probablemente él (Sutpen) también sabía lo que Henry haría a continuación, que Henry también iría a Nueva Orleans para averiguarlo por sí mismo. Por aquel entonces era el año 1861 y Sutpen sabía lo que harían ahora, no únicamente lo que Henry haría sino lo que forzaría a Bon a hacer; tal vez (al ser un demonio —aunque ya no se requeriría un demonio para prever la guerra) incluso previo que Henry y Bon se unirían a aquel regimiento de estudiantes en la universidad; debe haber tenido alguna forma de acechar, de saber el día en que sus nombres aparecieron en la lista, alguna forma de saber dónde se encontraba la compañía incluso antes de que mi abuelo se convirtiera en coronel del regimiento en el que estaba la compañía hasta que lo hirieron en la batalla de Pittsburg Landing (donde Bon fue herido de gravedad) y vino a casa para acostumbrarse a no tener brazo derecho y Sutpen vino a casa en el



64 con las dos lápidas y habló con mi abuelo en el despacho aquel día antes de que los dos regresaran a la Guerra;— supo todo el tiempo dónde estaban Henry y Bon, que habían estado todo el tiempo en el regimiento de mi abuelo donde de alguna forma mi abuelo podía cuidarlos aunque mi abuelo no supiera que lo estaba haciendo —aunque necesitaran vigilancia, porque Sutpen también debió saber acerca del período de prueba, lo que Henry estaba haciendo ahora: manteniendo a ellos tres— a él mismo y a Judith y a Bon —en esa suspensión mientras él forcejeaba con su conciencia para hacerla aceptar lo que quería hacer tal y como su padre había hecho aquella vez hada más de treinta años, tal vez hasta se volvió fatalista como Bon y estuviera dando una oportunidad a la Guerra para que resolviera todo el asunto matándolo a él o a Bon o a ambos (pero sin ayuda, sin escabullirse, por su parte porque fue él quien llevó a costas a Bon hasta la retaguardia después de Pittsburg Landing) o tal vez supo que el Sur sería vapuleado y que entonces no quedaría nada que importara mucho, por lo que merecía la pena acabar con ese arrebató, contra lo que mereciera protestar o por lo que mereciera sufrir o morir o hasta vivir. Eso fue el día en el que vino al despacho, su...—(—del demonio—, dijo Shreve) —...día de permiso en casa, vino a casa con sus lápidas y allí estaba Judith y supongo que él la miró y ella lo miró a él, y dijo, —Sabes dónde está— y Judith no le mintió, y (él conocía a Henry) dijo, —Más aún no has tenido noticias de él— y Judith tampoco mintió acerca de eso ni lloró porque ambos sabían lo que pondría en la misiva cuando llegara así que no tuvo que preguntar, —Cuando te escriba que va a venir, tú y Clytie empezareis a confeccionar el vestido de boda— aunque Judith le hubiera mentido acerca de eso, cosa que no habría hecho: por lo que puso una de las lápidas sobre la tumba de Ellen y puso la otra de pie en el vestíbulo y vino a ver a mi abuelo, para intentar explicarlo, para ver si mi abuelo podía descubrir ese error que él creía que era la única causa de su problema, a la vez que se sentaba allí con su raído y gastado uniforme, con sus gastados guantes y su fajín descolorido y (ciertamente había llevado el penacho. Puede que hubiera tenido que desechar su sable, pero había llevado el penacho) la pluma de su sombrero rota y deshinchada y sucia, con su caballo ensillado y aguardando abajo en la calle y con mil millas que cabalgar para encontrar su regimiento, pero allí estaba sentado en la única tarde de su permiso como si tuviera un millar de ellas, como si no hubiera prisa ni premura en ningún lugar bajo el sol y que cuando partiera no tendría que ir más allá de las doce millas hasta el Ciento de Sutpen y mil días o tal vez hasta años de monotonía y preciosa paz, y él, incluso después de que muriera, todavía permanecería allí, todavía contemplaría los preciosos nietos y biznietos que surgirían extendiéndose tan lejos como el ojo pudiera alcanzar; él seguiría siendo, aunque muerto en la tierra, aquella misma hermosa estampa de hombre que Wash Jones le llamaba, pero no en ese instante. Ahora nublado por su propia batalla privada de moralidad personal: esa nimia distinción abstracta sin importancia mientras (dijo mi abuelo) Roma desaparecía y Jericó se derrumbaba, ese *esto estaría bien si o eso estaría mal pero* de sangre

ralentizándose y huesos y arterias volviéndose rígidos al que mi padre dice que los hombres recurren en la senilidad los que mientras eran jóvenes y flexibles y fuertes reaccionaban a un único escueto Sí y a un único escueto No de forma tan instantánea y completa y sin pensar como el chasquido del interruptor de la electricidad, mientras estaba allí sentado y conversaba y ahora mi abuelo no sabía de qué estaba hablando porque mi abuelo dijo que no creía que el propio Sutpen lo supiera porque Sutpen no le había contado todavía la mayor parte. Y esto era de nuevo esa moralidad, dijo mi abuelo: esa moralidad que no le permitiría difamar o calumniar la memoria de su primera esposa, o al menos la memoria del matrimonio aunque sintiera que se le había engañado, ni siquiera ante un conocido en cuya fe y discreción confiaba lo bastante como para desear justificarse a sí mismo, ni siquiera ante el hijo de otro matrimonio para preservar el estatus de los logros y deseos de su vida, sino como último recurso. No era que vacilara entonces, dijo mi abuelo: mas no hasta entonces. Él mismo había sido engañado, pero se había librado por su propio pie sin pedir ni recibir ayuda de ningún hombre; veamos si cualquier otra persona a la que se le impusiera esto haría lo mismo—. Allí sentado y moralizando sobre el hecho de que, no importaba la dirección que eligiera, el resultado sería que ese proyecto y ese plan a los que había dado cincuenta años de su vida podía igualmente no haber existido nunca durante casi exactamente cincuenta años, y mi abuelo ni siquiera sabía de qué elección estaba hablando, qué segunda oportunidad se le presentaba hasta la última palabra que dijo antes de levantarse y ponerse el sombrero y estrechar la mano izquierda de mi abuelo y alejarse cabalgando; esta segunda oportunidad, necesidad de elegir, tan oscura para mi abuelo como la razón de la primera, el repudio, lo había sido; por lo que mi abuelo no dijo siquiera —No sé cuál deberías escoger— no porque eso fuera todo lo que podía haber dicho y por ello decir eso supusiera menos que ninguna respuesta en absoluto, sino que cualquier cosa que pudiera haber dicho hubiera supuesto menos que ninguna respuesta en absoluto puesto que Sutpen no estaba escuchando, no esperaba una respuesta, no había venido buscando compasión y no había consejo que pudiera haber seguido, ni justificación que ya hubiera expulsado de su conciencia hacía treinta años. Y él continuaba sabiendo que tenía coraje, y a pesar de que últimamente había llegado a dudar que hubiera adquirido aquella sagacidad que en un tiempo creyó que tenía, aún pensaba que existía algún lugar en el mundo donde se aprendía y que si se podía aprender todavía la aprendería —y tal vez incluso esto, dijo mi abuelo: si la sagacidad no le podía liberar esta segunda vez como lo había hecho antes, al menos podía suceder que el coraje le encontrara voluntad y fuerza para emprender un tercer comienzo hacia ese proyecto como había encontrado con qué emprender el segundo— entró en el despacho no en busca de compasión ni en busca de ayuda porque mi abuelo dijo que jamás había aprendido cómo pedir a alguien ayuda o cualquier otra cosa y por lo tanto no hubiera sabido qué hacer con la ayuda si mi abuelo se la hubiese prestado, sino que sencillamente vino con ese asombro serio y tranquilo, esperando quizá (si es que

esperaba algo, si estuviera haciendo otra cosa aparte de pensar en alto) que la mente entrenada jurídicamente pudiera percibir y aclarar aquel error inicial en el que todavía insistía, que él mismo no había sido capaz de encontrar: —Me hallé obligado a negar un hecho que me había sido impuesto sin mi conocimiento durante el proceso de construcción de mi designio, el cual significaba la absoluta e irrevocable negación del designio; o el mantenimiento de mi plan original para el proyecto en cuya persecución yo había incurrido en esta negación. Elegí y llevé a cabo cuanta expiación estaba en mi poder por cualquier injuria que pudiera haber cometido al elegir, pagando más incluso por el privilegio de escoger como escogí de lo que se pudiera haber esperado de mí, o de lo que (por ley) se me exigía. Mas ahora me veo por segunda vez en la necesidad de elegir, cuyo factor curioso no es, como usted señaló y como en un principio me pareció a mí, que debería haber surgido la necesidad de una nueva elección sino que cualquiera de las dos elecciones que podría hacer, cualquiera de los dos cursos que podría elegir, conducía al mismo resultado: o bien destruyo mi proyecto con mis propias manos, lo cual ocurrirá si me veo forzado a jugar mi último triunfo, o no hago nada, dejo que los asuntos tomen el rumbo que sé que tomarán y veo completarse mi proyecto de forma completamente normal y natural y exitosa a los ojos del mundo, pero de tal forma que a los míos sería una burla y una traición a aquel muchacho pequeño que se acercó a aquella puerta hace cincuenta años y al que echaron, para cuya venganza se concibió y se llevó a cabo todo el plan hasta el momento de esta elección, esta segunda elección que se transmitía de aquella primera que a su vez se me impuso como el resultado de un acuerdo, un arreglo que yo había firmado de buena fe, sin ocultar nada, mientras que la otra parte o partes de él me ocultaron el único factor que destruía la totalidad del plan y proyecto para el que había estado trabajando, lo ocultaron tan bien que no fue hasta después de nacer el hijo cuando descubrí que este factor existía...

—Tu viejo, —dijo Shreve—. Cuando tu abuelo le estaba contando esto, no tenía más idea acerca de lo que tu abuelo estaba hablando de la idea que tu abuelo tenía acerca de lo que el demonio estaba hablando, ¿no es así? Y cuando tu viejo te lo contó, no hubieras tenido idea de lo que te estaban hablando si no hubieras salido allí y visto a Clytie. ¿Cierto?

—Sí, —dijo Quentin—, El abuelo era el único amigo que tenía—.

—¿El demonio tenía? —Quentin no respondió, no se movió. Ahora hacía frío en la habitación. Casi se había extinguido el calor de los radiadores: la fría acanaladura de hierro severa señal y amonestación para dormir, la pequeña muerte, la renovación. Había pasado algún tiempo desde que las campanas habían tocado las once. —Está bien—, dijo Shreve. En ese momento se estaba arrojando en el batín como se había arrojado anteriormente dentro de su rosada piel desnuda sin apenas vello. —Él escogió. Escogió la lascivia. También yo. Pero continúa—. Su observación no pretendía ser frívola ni tampoco irrespetuosa. Surgió (si de alguna fuente) de ese incorregible no sentimental sentimentalismo de los jóvenes que toma la forma de una

levedad dura y a menudo crasa —a la que, además, Quentin no prestó atención de ningún modo, retomando como si nunca hubiera sido interrumpido, con su rostro todavía inclinado, todavía meditando aparentemente sobre la misiva abierta encima del libro de texto abierto entre sus manos.

—Partió hacia Virginia aquella noche. El abuelo dijo que fue hacia la ventana y lo observó cabalgando a través de la plaza en el flaco semental negro, erguido con su descolorido uniforme gris, el sombrero con su penacho roto un poco ladeado aunque no tanto como el sombrero de castor de los viejos tiempos, como si (decía el abuelo) hasta con su rango militar y sus prerrogativas no se pavoneara de la forma que solía hacerlo, no debido a que el infortunio le escarmentara o estuviera agotado o incluso cansado por la Guerra sino como si mientras cabalgaba siguiera aturdido en ese estado en el que se debatía para mantener despejada y libre sobre una vorágine de seres humanos imprevisibles e irracionales, no su cabeza para respirar ni tampoco sus cincuenta años de esfuerzo y lucha para establecer una posteridad, sino su código de lógica y moralidad, su fórmula y receta de hechos y deducciones cuya suma equilibrada y producto decaían, se negaban a nadar o incluso a flotar; —lo vio aproximarse a la posada Holston y vio al viejo señor McCaslin y a otros dos viejos salir tambaleándose y pararlo, él sentado en el semental y hablándoles sin que su voz se levantara, dijo el abuelo, pero la misma sobria cualidad de sus gestos y la posición forense de sus hombros, como de orador. Luego siguió adelante. Aún podía alcanzar el Ciento de Sutpen antes de que oscureciera, así que probablemente fue después de la cena cuando encaminó su semental hacia el Océano Atlántico, él y Judith de nuevo estuvieron cara a cara durante quizá un minuto entero, sin que él necesitara decir —Lo detendré si puedo—, sin que ella necesitara decir —Deténlo entonces— si es que puedes —sino simplemente adiós, el beso en la frente y ninguna lágrima; una palabra a Clytie y a Wash: de amo a esclavo, de barón a vasallo: —Bien, Clytie, cuida de la señorita Judith—. Wash, te enviaré un trozo de los faldones de levita de Abe Lincoln desde Washington —e imagino a Wash respondiéndole como solía hacerlo bajo las parras de moscatel con la damajuana y el pozal: —Sí, Coronel; ¡mate a todos y cada uno de los bribones!— Así que comió la torta de harina de maíz y bebió el café de bellotas tostadas y se alejó cabalgando. Por aquel entonces era el 65 y el ejército (el abuelo también había vuelto a él; ahora era brigadier aunque supongo que esto se debía a alguna otra razón además de porque solamente tenía un brazo) se había retirado a través de Georgia hasta entrar en Carolina y todos sabían que esto ya no duraría mucho. Entonces un día Lee envió a Johnston varios refuerzos de uno de sus cuerpos y el abuelo averiguó que el vigésimo tercero de Misisipi era uno de los regimientos. Y él (mi abuelo) no sabía lo que había sucedido: si Sutpen había averiguado de alguna forma que Henry había obligado al fin a su conciencia a ponerse de acuerdo con él como su (de Henry) padre había hecho hacía treinta años, o si Judith tal vez había escrito a su padre contándole que finalmente había tenido noticias de Bon y lo que ella y Bon tenían la intención de realizar, o si ellos cuatro

acababan de alcanzar como una sola persona ese punto en el que había que hacer algo, algo tenía que suceder, él (mi abuelo) lo ignoraba. Simplemente se enteró una mañana de que Sutpen había cabalgado hasta el cuartel general del antiguo regimiento de mi abuelo y que solicitó y recibió permiso para hablar con Henry y que sí habló con él y luego regresó antes de medianoche—.

—Así que logró que eligieran por él, después de todo, —dijo Shreve—. Jugó ese triunfo después de todo. Y vino a su casa y se encontró...

—Espera, —dijo Quentin.

—...con lo que debía desear encontrarse o en cualquier caso lo que se iba a encontrar...

—¡Espera, te digo! —dijo Quentin, aunque siguió sin moverse ni levantar siquiera la voz— esa voz con su tensa extendida ahogada cualidad: —lo estoy contando— *voy a tener que oírlo todo otra vez pensó voy a tener que volver a oírlo todo otra vez ya estoy oyéndolo todo otra vez estoy escuchándolo todo otra vez jamás tendré que escuchar otra cosa excepto esto otra vez por siempre jamás por lo que aparentemente no solamente un hombre nunca sobrevive a su padre sino que ni siquiera sus amigos y conocidos lo hacen:* —(al menos eso en cuanto a lo que él no habría necesitado recado ni aviso ni aunque Judith le hubiera mandado uno, le hubiera hecho saber que estaba derrotada, que según el señor Compson esperaría antes de hacerle saber que la había derrotado a ella (que la señorita Coldfield decía que no estaba de duelo), y saldría a su encuentro cuando volviera no con la furia y desesperación que él podía haber esperado aun sabiendo tan poco, habiendo aprendido tan poco, acerca de las mujeres como el señor Compson decía, mas ciertamente con algo más que la gélida calma con la que, según la señorita Coldfield, ella salió a su encuentro —de nuevo el beso después de casi dos años, en la frente; las voces, las palabras, tranquilas, reprimidas, casi impersonales: —Y...? —Sí. Henry lo mató— seguido de las breves lágrimas que cesaron en el instante en el que empezaron, como si la humedad consistiera en una sola hoja o capa delgada como el papel de firmar y con forma de rostro humano; él —Oh, Clytie. Oh, Rosa— Bien, Wash. No me fue posible penetrar lo bastante tras las líneas yanquis para cortar un trozo de aquel faldón de la levita como te prometí—; la (de Jones) carcajada, la risa de satisfacción, la antigua estabilidad imbécil del barro articulado que, dijo el señor Compson, dura más que las victorias y las derrotas juntas: —Bien, Coronel, nos mataron pero aún no nos han vapuleado, ¿verdad?—: y eso fue todo. Había regresado. Volvía a estar en casa donde ahora sus problemas eran la premura, el correr del tiempo, la necesidad de apresurarse. *Ya no le preocupaban,* dijo el señor Compson, *el coraje y la fuerza de voluntad, ni siquiera la sagacidad. No se preocupó ni por un momento acerca de su habilidad para empezar una tercera vez. Todo lo que le preocupaba era la posibilidad de que acaso no tuviera tiempo suficiente para hacerlo, para recuperar el terreno perdido. Tampoco desaprovechó el tiempo que pudiera tener. Ni desaprovechó la fuerza de voluntad y la sagacidad, aunque sin*

duda no consideraba que hubiera sido su fuerza de voluntad o su sagacidad lo que puso la oportunidad en sus manos, y posiblemente fue menos su sagacidad y más su coraje que su fuerza de voluntad lo que le hizo comprometerse con la señorita Rosa a los tres meses y casi antes de que ella fuera consciente de ese hecho —la señorita Rosa, la principal discípula y abogada de aquel culto de acoso al demonio del que él era el principal objeto (que no víctima), se comprometió con él antes de que se hubiera acostumbrado a tenerlo en la casa;— en efecto, más de coraje que incluso de fuerza de voluntad, pero también algo de sagacidad: la sagacidad adquirida en dolorosos pedacitos a lo largo de cincuenta años de pronto derrotada y retroactiva o bien brotando y floreciendo de pronto como una semilla depositada en barbecho en un vacío o en un único terrón de hierro. Porque parecía percibir sin detenerse, en aquel pasaje a través de la casa que era una continuación ininterrumpida del largo viaje desde Virginia, la pausa no para saludar a su familia sino meramente para recoger a Jones y arrastrarlo fuera hacia los campos ahogados de espinos y las vallas caídas y cortante hacha o azadón en sus manos, el único punto débil, el único punto vulnerable al asalto en la asediada soltería de la señorita Rosa, y para asaltar y llevar esto con calma, con algo de la inexorable destreza táctica de su antiguo señor (el Vigésimotercero de Misisipi estuvo en el cuerpo del ejército de Jackson en un tiempo). Y luego la sagacidad le falló de nuevo. Se derrumbó, se desvaneció en aquella antigua lógica impotente y moralidad que le habían traicionado antes: y qué día podría haber sido, en qué surco podría haberse detenido de repente, un pie adelantado, los insensibles mangos del arado en sus instantáneas manos insensibles, qué poste de la valla suspendido en medio del aire como si no tuviera peso por músculos que no podían sentirlo, cuando se dio cuenta de que había más factores en su problema que la simple falta de tiempo, que el problema contenía alguna hiperdestilación de esa carencia: que ya pasaba de los sesenta y que posiblemente no podría engendrar más que un solo hijo más, que en el mejor de los casos no tenía sino un único hijo más en sus entrañas, como podría saber el viejo cañón cuando solamente le queda un disparo más en su corporeidad. Por eso le sugirió lo que le sugirió a ella, y ella hizo lo que él debería haber sabido que haría y probablemente lo hubiera sabido si no se hubiera embarrancado otra vez en su moralidad que tenía todas las partes pero que rehusaba avanzar, moverse. De ahí la propuesta, la afrenta y la incredulidad; la marea, la oleada de indignación y furia sobre la que la señorita Rosa desapareció del Ciento de Sutpen, sus faldas hinchadas por el aire desplegadas sobre la inundación, ligera como una brizna, su sombrero (posiblemente uno de Ellen que ella había sacado furtivamente del desván) fuertemente sujeto sobre su cabeza rígido y precario por la rabia. Y él allí de pie con las riendas al brazo, acaso con algo parecido a una sonrisa dentro de su barba y alrededor de los ojos que no era una sonrisa sino la ceñuda concentración del pensamiento furioso: —la premura, la necesidad de ello; la urgencia pero no miedo, no preocupación: simplemente el hecho de que había errado esa vez, aunque afortunadamente sólo era un disparo de

*prueba con una carga ligera, y la vieja escopeta, el viejo cañón y el carruaje no estaban peor por eso; sólo que la próxima vez podía ser que no hubiera pólvora suficiente para un tiro de prueba y luego una descarga normal;— el hecho de que el hilo de la perspicacia y el coraje y la fuerza de voluntad rodaran en el mismo carrete en el que el hilo de sus días restantes rodaba y que ese carrete casi estuviera lo bastante cercano como para que él extendiera la mano y lo tocara. Pero esto aún no suponía una preocupación grande, puesto que (la vieja lógica, la vieja moralidad que todavía no había dejado de fallarle) ya estaba yendo según sus planes, mostrándole concluyentemente que había estado en lo cierto, que lo había estado, y por lo tanto lo que había sucedido era una simple ilusión que no existió en verdad)*

—No, —dijo Shreve—; tú espera. Déjame jugar un rato ahora. Primero, Wash. Él (el demonio) allí de pie con el caballo, el corcel ensillado, el sable envainado, el uniforme gris que esperaba ser tranquilamente depositado entre las polillas y todo perdido menos el deshonor: luego la voz del fiel sepulturero que abría el drama y que lo cerraría, saliendo de entre bastidores como la misma esencia de Shakespeare: — Bien, Coronel, puede que nos hayan vapuleado pero aún no nos han matado, ¿verdad?—... —Esto tampoco era frivolidad. También era simplemente ese enmascaramiento protector de la levedad tras el que se oculta la vergüenza juvenil de estar emocionado, desde la que Quentin también hablaba, la razón de su taciturno aturdimiento, la (por ambas partes) ligereza, la bufonada contenida: ellos dos, lo supieran o no, en el frío cuarto (ahora hacía mucho frío) dedicados al mejor de los raciocinios que después de todo tenía bastante semejanza con la moralidad de Sutpen y la satanización de la señorita Coldfield— este cuarto no solamente dedicado a ello sino reservado para ello y de forma muy apropiada puesto que éste sería el lugar de entre todos los lugares donde (la lógica y la moralidad) podrían hacer el menor daño; —ellos dos espalda con espalda como al límite, diciendo No a la sombra del Misisipi de Quentin que en vida había actuado y reaccionado con el mínimo de lógica y moralidad, que muriendo había escapado a eso completamente, que muerto permanecía no sólo indiferente sino insensible a ello, de alguna forma mil veces más poderosa y viva. Shreve no pretendía ningún daño y no se tomó como daño, puesto que Quentin ni siquiera se detuvo. Ni siquiera vaciló, adelantándose a Shreve sin comas ni dos puntos ni párrafos:

—...sin reservas en arriesgar un tiro de prueba ahora así la sobresaltó como tú asustarías a un conejo para que saliera de un área de espinos, con un puñado de barro seco arrojado con la mano. Quizá fue el primer collar de cuentas de su pequeño comercio y de Wash donde solía enfadarse con sus clientes, los negros y la gentuza y los regateadores, y los echaba fuera y atrancaba la puerta y bebía hasta perder el sentido. Y quizá Wash entregó el collar de cuentas en persona, dijo Padre, que estaba allí abajo en el portón de la verja cuando regresó a caballo de la Guerra aquel día, que después de que se alejara con el regimiento diría a los lugareños que él (Wash) estaba cuidando la hacienda y de los negros del Coronel hasta que tras un tiempo incluso

llegó a creerlo. La madre de Padre dijo cómo cuando los negros de Sutpen oyeron por primera vez lo que estaba diciendo, fueron a detenerlo en el camino que subía desde la hondonada donde estaba la vieja pesquería en la que Sutpen lo dejó vivir a él y a su nieta (entonces tenía alrededor de ocho años). Serían demasiados para que los azotara a todos, para siquiera intentarlo, atreverse a intentarlo: y le preguntarían por qué no estaba en la Guerra y él diría, —¡Apartaos de mi camino, negros!— y entonces estallarían en carcajadas, preguntándose los unos a los otros (excepto que no había otros sino él): —¿Quién es él, que nos llama negros?— y él se abalanzaría hacia ellos con una vara y ellos se apartarían lo bastante, de ninguna manera enfurecidos, simplemente riéndose. Y seguía trayendo peces y animales que él mataba (o tal vez robaba) y verduras a la casa cuando eso era casi todo de lo que la señora Sutpen y Judith tenían que vivir, y Clytie no le dejaba que entrara en la cocina ni aun con la cesta, diciéndole, —Deténgase ahí mismo, blanco. Deténgase donde está. Nunca ha cruzado esta puerta mientras el Coronel se encontraba aquí y no la va a cruzar ahora—. Lo cual era cierto, sólo que Padre dijo que había una especie de orgullo en ello: que él nunca había intentado entrar en la casa, aun creyendo que si lo hubiera intentado, Sutpen no las hubiera dejado que lo rechazaran; como (Padre dijo) podía haberse dicho a sí mismo *La razón por la que no lo intentaré no es que me niegue a darle a cualquier negro la oportunidad de decirme que no puedo sino porque no voy a forzar al señor Tom a tener que maldecir a un negro o a recibir una maldición de su esposa por mi culpa* Pero bebían juntos bajo la enramada las tardes de los domingos, y en los días de diario veía a Sutpen (la fina estampa de hombre como él lo llamaba) sobre el negro semental, galopando por la plantación, y Padre dijo cómo durante aquel instante el corazón de Wash se tranquilizaba y se enorgullecía y que tal vez le parecía que este mundo en el que los negros, que según la Biblia habían sido creados y maldecidos por Dios a ser brutos y vasallos de todos los hombres de piel blanca, estaban mejor provistos y alojados e incluso vestidos que él y su nieta —que este mundo en el que él siempre caminaba entre los ecos de las burlas y mofas de risas de negros, era simplemente un sueño y una ilusión y que el verdadero mundo era aquél en el que su propia apoteosis solitaria (dijo Padre) galopaba sobre el purasangre negro, quizá pensando, dijo Padre, cómo el Libro decía que todos los hombres fueron creados a imagen de Dios y que por ello todos los hombres eran iguales a los ojos de Dios, al menos a Dios le parecían iguales, y miraba a Sutpen y pensaba *Un magnífico hombre orgulloso. Si el mismo Dios se propusiera descender y cabalgar sobre la tierra natural, eso es a lo que él aspiraría a asemejarse*. Tal vez hasta entregó la primera ristra de cuentas en persona, y Padre dijo que puede que cada una de las cintas que la siguieron durante los próximos tres años mientras la muchacha maduraba rápidamente como lo hacen las chicas de esa clase; o en cualquier caso conocía y reconocía todas y cada una de las cintas cuando se las vio puestas a pesar de que le mintiera acerca de dónde y cómo las consiguió, lo que seguramente no hizo, puesto que era más que probable que ella supiera que él había



estado viendo las cintas en el mostrador cada día durante tres años y las hubiera conocido tan bien como conocía sus propios zapatos. Y no solamente él las conocía, sino todos los demás hombres, los clientes y los holgazanes, los blancos y los negros que se sentaban y agachaban en los alrededores del zaguán del comercio para verla pasar, no muy desafiante ni muy (servil) encogida por el miedo ni muy ostentosa de sus cintas y collares de cuentas, aunque casi; sin ser mucho de ello pero un poco de todo: resuelta huraña y temerosa. Pero Padre dijo cómo probablemente el corazón de Wash seguía tranquilo incluso después de ver el vestido y hablar sobre él, probablemente ahora sólo estaba un poco serio al observar su atemorizado rostro desafiante e impenetrable mientras le contaba (antes de que él hubiera preguntado, tal vez demasiado insistente, demasiado rápido en ofrecer la información) que la señorita Judith se lo había dado, que le ayudó a hacerlo: y Padre dijo que puede que se diera cuenta de repente y sin aviso que cuando pasara por delante de los hombres en el zaguán también le seguirían a él con la mirada y que ellos ya sabían eso que él acababa de pensar que ellos posiblemente estarían pensando. Pero Padre dijo que su corazón seguía tranquilo, incluso ahora, y que respondió, si es que de veras respondió, si de veras acalló las protestas y negaciones: —Claro, ahora. Si el Coronel y la señorita Judith querían dártelo, espero que te molestaras en darles las gracias—. —sin estar alarmado, dijo Padre: simplemente pensativo, simplemente serio; y Padre dijo cómo aquella tarde el Abuelo salió a caballo para ver a Sutpen acerca de algunos asuntos y no había nadie delante del comercio y estaba a punto de irse y subir hasta la casa cuando oyó voces que procedían de la parte de atrás y se encaminó hacia ellas y acertó a oírlas antes de que pudiera parar de escucharlas y antes de que pudiera hacer que lo oyeran llamar a Sutpen por el nombre. El Abuelo aún no podía verlos, ni siquiera había llegado a donde pudieran oírle, pero dijo que sabía perfectamente cómo estarían: Sutpen ya había mandado a Wash que sacara la jarra y entonces Wash habló y Sutpen empezó a girar, dándose primero cuenta de que no traía la jarra antes de comprender la importancia de lo que Wash estaba diciendo, luego comprendiendo eso mientras seguía sin volverse del todo y entonces de repente pareció retroceder y echó la cabeza hacia atrás, mirando a Wash y Wash allí de pie, sin postrarse, con esa actitud tenaz y tranquila y no servil, y Sutpen dijo, —¿Qué sucede con el vestido?— y Padre dijo que era la voz de Sutpen la que era brusca y cortante: no la de Wash; que la voz de Wash era simplemente monótona y tranquila, sin abyección: simplemente lenta y paciente: —Lo he conocido durante algo más de veinte años. Nunca me he negado a hacer lo que me ordenaba. Y soy un hombre que pasa de los sesenta. Y ella no es sino una muchacha de quince años—. y Sutpen dijo, —¿Quieres decir que haría daño a la muchacha? ¿Yo, un hombre tan viejo como tú?— y Wash: —Si fuera otro, diría que es tan viejo como yo. Y viejo o no, no la dejaría quedarse con ese vestido ni con nada más que venga de su mano. Pero usted es diferente—. Y Sutpen: —¿Cómo que diferente?— y el Abuelo dijo que Wash no respondió y que ahora volvió a llamar y ninguno de los dos lo oyó; y entonces Sutpen dijo: —¿Así que es por eso por lo que

me temes?— y Wash dijo, —No tengo miedo. Porque usted es valiente. No es que fuera un valiente en algún instante o minuto o segundo de su vida y consiguiera un papel del General Lee para demostrarlo. Pero tiene valor, de la misma forma que tiene vida y aliento. Ahí está la diferencia. No se necesita tarjeta alguna de nadie para decirme eso. Y sé que cualquier cosa que sus manos toquen, sea un regimiento de hombres o una muchacha ignorante o un simple perro de caza, lo hará usted rectamente—. Entonces el Abuelo oyó moverse a Sutpen, rápido y brusco, y el Abuelo dijo que suponía, pensaba lo que imaginaba que Wash estaba pensando. Pero todo lo que Sutpen dijo fue, —Saca la jarra. —Claro, Coronel— dijo Wash.

—Y llegó aquel domingo, un año después de aquel día y tres años después de que hubiera sugerido a la señorita Rosa que lo intentaran primero y que si era un varón y vivía, se casarían. Fue antes de que amaneciera y estaba esperando a que su yegua le pariera un potrillo al purasangre negro, así que cuando dejó la casa antes del alba aquella mañana Judith pensó que iba hacia el establo, de quien nadie sabía qué y cuánto sabía acerca de su padre y de la nieta de Wash, que no pudo evitar enterarse de lo que Clytie ya sabía (que puede que se lo hubiera contado o puede que no, fuera eso o no) puesto que todos los demás blancos o negros en la vecindad lo sabían cualquiera que hubiera visto alguna vez pasar a la muchacha con las cintas y collares de cuentas que todos reconocían, cuanto podía haberse negado a descubrir mientras probaba y cosía aquel vestido (Padre dijo que fue en verdad Judith quien hizo esto; no era ninguna mentira que la muchacha le hubiera contado a Wash: ellas dos solas en la casa todo el día durante una semana: y de qué debían haber hablado, de qué debía haber hablado Judith mientras la muchacha permanecía cerca con lo que poseía que podía llamarse ropa interior, con su hosco desafiante rostro impenetrable y atento, respondiendo qué, diciendo qué a lo que Judith puede que haya intentado o puede que no cerrara los ojos, nadie lo sabía). Así que no fue hasta que él no se presentó a la hora de comer cuando ella misma fue o bien envió a Clytie al establo y descubrió que la yegua había parido durante la noche pero que su padre no se hallaba allí. Y no fue hasta la media tarde cuando encontró a un muchacho ya adolescente y le dio un centavo para que fuera hasta la vieja pesquería y preguntara a Wash dónde estaba Sutpen, y el muchacho dobló silbando la esquina de la cabaña a punto de derruirse y tal vez vio primero la guadaña, o quizá primero el cuerpo tendido entre la maleza que Wash aún no había cortado, y al tiempo que gritaba miró hacia arriba y vio a Wash en la ventana, observándolo. Luego cerca de una semana después atraparon a la negra, a la comadrona, y ella contó cómo no sabía en absoluto que Wash estuviera allí aquel amanecer cuando oyó los pasos de Sutpen y él entró y permaneció de pie sobre el jergón donde estaban la muchacha y el bebé y dijo, —Penélope— (ésa era la yegua) —parió esta mañana. Un potrillo magnífico. Va a ser la viva imagen de su papá cuando cabalgué en él rumbo al Norte en el 61. ¿se acuerda?— y la vieja negra dijo, —Sí, amo— y me dijo que hizo restallar la fusta sobre el jergón y dijo, —¿Y bien? Maldito sea tu cuero negro: ¿es caballo o yegua?— y que ella se lo dijo y que él

permaneció allí de pie durante un minuto sin moverse para nada, con la fusta pegada a la pierna y los haces cruzados de luz de la pared llena de grietas que caían sobre él, atravesando su pelo blanco y su barba que todavía no había encanecido, y dijo que vio sus ojos y después sus dientes hundidos tras la barba y que hubiera huido sólo que no podía, no parecía que pudiera hacer que sus piernas soportaran el levantarse y correr: y luego volvió a mirar a la muchacha sobre el jergón y dijo, —Bueno, Milly; lástima que no seas una yegua tú también. En ese caso podría darte una cuadra decente en el establo— y dio media vuelta y se fue. Pero ella no era capaz de moverse todavía, y ni siquiera sabía que Wash estaba allí afuera; solamente oyó decir a Sutpen, —Retírate, Wash. No me toques—: y luego a Wash, con una voz suave y apenas lo suficientemente alta para llegar hasta ella: —Voy a tocarle, Coronel—: y de nuevo Sutpen: —¡Retírate, Wash!— áspera ahora, y luego oyó la fusta sobre la cara de Wash pero no sabía si oyó la guadaña o no porque en ese instante descubrió que podía moverse, levantarse, salir corriendo de la cabaña y adentrarse en la maleza, corriendo...

—Espera, —dijo Shreve—; espera. Quieres decir que por fin había conseguido el hijo que deseaba, pero que aun así él...

—...anduvo tres millas de ida y tres de vuelta antes de medianoche para ir a buscar a la vieja negra, luego se sentó en la derruida galería hasta que llegó el alba y la nieta paró de gritar dentro de la cabaña e incluso oyó una vez llorar al bebé, esperando a Sutpen. Y Padre dijo que su corazón seguía tranquilo entonces, a pesar de que supiera lo que se estaría diciendo en cada una de las cabañas en los alrededores del terreno cuando cayera la noche, de la misma forma que había sabido lo que se estaba diciendo durante los últimos cuatro o cinco meses cuando el estado de su nieta (que él nunca había intentado ocultar) no se podía confundir por más tiempo. *Por fin Wash Jones ha atrapado a Sutpen. Le ha llevado veinte años hacerlo, pero finalmente ha conseguido algo con lo que amarrar al viejo Sutpen que tendrá que dejarse la carne o cantar* Eso es lo que Padre dijo que estaba pensando mientras aguardaba fuera en el zaguán donde lo había enviado la vieja negra, a donde le había ordenado que saliera, allí de pie tal vez junto al mismo poste en el que se había apoyado la herrumbrosa guadaña durante dos años mientras ahora los gritos de la nieta llegaban regularmente como un reloj pero su propio corazón seguía tranquilo, sin preocuparse en absoluto ni alarmarse; y Padre dijo que puede que mientras él permaneciera desorientado en su palpar y manosear (esa moralidad suya que tanto se asemejaba a la de Sutpen, que le dijo que tenía razón a pesar de todos los hechos y usos y todo lo demás) que siempre habían estado algo entremezclados y relacionados con unos cascos al galope incluso durante la paz de antaño que nadie recordaba, y en la que el galope durante los cuatro años de la Guerra a la que él no había asistido no había hecho sino volverse más gallardo y altivo y atronador; —Padre dijo que tal vez logró respuesta, que tal vez allí irrumpió libre y nítida a medio galope sobre el amarillo cielo del amanecer la hermosa imagen orgullosa del hombre sobre la

hermosa imagen orgullosa del semental y que también el palpar y el manosear se esfumaron de repente, sin justificaciones o explicaciones o atenuaciones o excusas, dijo Padre, sino como la apoteosis solitaria, explicable, más allá de toda impureza humana: *Él es más grande que todos esos yanquis que nos mataron a nosotros y a los nuestros que mataron a su esposa y enviudaron a su hija y echaron a su hijo de casa, que robaron a sus negros y arruinaron sus tierras; más grande que toda esta región por la que luchó y que en pago de ello ha mantenido un pequeño comercio de pueblo para ganarse el pan y la carne; más grande que la burla y el rechazo que llevó hasta sus labios como si bebiera el cáliz amargo de las Escrituras. Y ¿cómo pude haber vivido cerca de él durante veinte años sin que me tocara y me transformara? Tal vez yo no soy tan grande como lo es él y tal vez yo no he galopado. Pero al menos fui arrastrado hasta el lugar donde él fue. Y yo y él aún podemos hacerlo y siempre lo haremos, si es así me mostrará lo que pretende que yo haga;* y puede que todavía estuviera allí de pie sosteniendo las riendas del semental después de que Sutpen hubiera entrado en la cabaña, oyendo aún el galope, observando la altiva imagen a caballo surgir y pasar, galopando a través de avatares que marcaron la acumulación de años, de tiempo, hasta el magnífico clímax en el que galopaba sin cansancio ni progreso, inmortal para siempre jamás bajo el sable blandido y los estandartes rasgados por los disparos precipitándose por un cielo del color del trueno; permaneció allí y oyó a Sutpen dentro de la casa pronunciar su única frase de saludo pregunta y despedida a la nieta, y padre dijo que por un segundo Wash no debió sentir la tierra misma bajo sus pies mientras observaba a Sutpen surgir de la casa, fusta en mano, mientras pensaba tranquilamente, como en un sueño: *No puedo haber oído lo que sé que oí. Simplemente sé que no puedo* estaba pensando *Eso es lo que le hizo levantarse. Fue el potrillo. No fui yo ni tampoco los míos. Ni siquiera fue el suyo lo que le hizo salir de la cama* tal vez sin sentir tierra alguna, ni estabilidad, aún ahora, tal vez sin oír siquiera su propia voz cuando Sutpen vio su rostro (el rostro del hombre que en veinte años no había sabido que hiciera más movimiento que el semental que montaba excepto bajo órdenes) y se detuvo: —Dijo usted que si ella fuera una yegua podría darle una cuadra decente en el establo— quizá ni siquiera oyendo a Sutpen cuando dijo, de pronto y con dureza: —Retrocede. No me toques— pero debió oír eso porque contestó a ello: —Voy a tocarlo, Coronel— y Sutpen dijo —Retrocede, Wash— de nuevo antes de que la vieja oyera la fusta. Sólo que hubo dos golpes de fusta; encontraron las dos marcas en el rostro de Wash aquella noche. Quizá los dos golpes lo dejaran sin sentido; quizá fue cuando se estaba levantando cuando puso la mano sobre la guadaña...

—Espera, —dijo Shreve—; por amor de Cristo espera. Quieres decir que él...

—... estuvo sentado todo aquel día junto al ventanuco desde donde podía vigilar el camino; probablemente posó la guadaña en el suelo y entró directamente en la casa donde tal vez la nieta echada en el jergón le preguntara quejumbrosamente qué sucedía y él contestó, —¿Qué? ¿Qué estruendo, cariño?— y quizá también intentara

persuadirla de que comiera —la carne curada que probablemente había traído a casa del comercio la noche del sábado o quizá los dulces, con los que la tentaba— un centavo de rancia pasta gelatinosa sacada de un burdo papel a rayas, y tal vez él mismo comió y luego se sentó a la ventana desde donde podía mirar por encima del cadáver y de la guadaña entre la maleza de abajo, y vigilar el camino. Porque estaba allí sentado cuando el muchacho a medio crecer dobló la esquina de la casa silbando y lo vio. Y Padre dijo que entonces debió darse cuenta de que no fue mucho después de que oscureciera cuando ocurrió; que debió sentarse allí y presentir, sentir cómo se reunían con los caballos y los perros y las escopetas —los curiosos y los vengativos— hombres de la misma especie de Sutpen, que solían comer a su mesa con él allá cuando él (Wash) aún tenía que acercarse más a la casa que al cenador cubierto de parras —hombres que habían marcado el camino, que habían mostrado al otro y a los inferiores cómo luchar en las batallas, que era posible que también poseyeran documentos firmados de los generales diciendo que estuvieron entre los primeros de los más valientes— que en los días de antaño también habían galopado arrogantes y altivos sobre hermosos caballos por las hermosas plantaciones —símbolos también de admiración y esperanza, igualmente instrumentos de desesperación y aflicción; de éstos era de quienes se esperaba que huyera pareciéndole probable que no era menos de lo que huía que a lo que se dirigía; que si corría estaría simplemente escapando de un grupo de sombras malignas y jactanciosas a otro, puesto que ellos (los hombres) eran todos de una misma especie a lo ancho y largo de toda la tierra que conocía, y él viejo, demasiado viejo para alejarse aunque se propusiera correr que nunca podría escapar de ellos (él que nunca podría escapar de ellos aun cuando se propusiera correr), por mucho o por muy lejos que corriese; no podía esperarse que un hombre que pasaba de los sesenta corriese tanta distancia, la suficiente para escapar más allá de los límites de la tierra en la que tales hombres vivían, implantaban el orden y las normas de convivencia: y Padre dijo que quizá por primera vez en su vida comenzó a comprender cómo les había sido posible a los yanquis o a cualquier otro ejército el haberlos vapuleado a ellos— los gallardos, los altivos, los valientes; los que habían sido reconocidos y elegidos como los mejores entre todos ellos para ser portadores del coraje y el honor y el orgullo. Ahora probablemente se acercaría el crepúsculo y probablemente podía sentirlos muy cerca ya; Padre dijo que probablemente le parecería que incluso podía oírlos: todas las voces, el murmurar de mañana y mañana y mañana más allá de la furia inmediata: *El viejo Wash Jones al fin vino a tropezar con la realidad. Pensaba que tenía a Sutpen, pero Sutpen lo engañó. Pensaba que lo tenía, pero engañaron al viejo Wash Jones* y luego puede que hasta lo dijera en alto, a gritos dijo Padre: —¡Pero nunca esperé eso, Coronel! ¡Sabe que nunca!— hasta que tal vez la nieta se despertó inquieta y habló de nuevo quejumbrosamente y él fue y la tranquilizó y volvió a hablar consigo mismo nuevamente pero ahora con cuidado, quedamente porque Sutpen estaba lo bastante cerca para oírlo con facilidad, sin gritar: —Sabe que nunca. Sabe que nunca esperé ni pedí ni quise nada de hombre

vivo alguno excepto lo que esperé de usted. Y nunca pedí eso. No pensé que sería necesario: simplemente me dije a mí mismo *No es necesario, ¿Qué necesidad tiene un sujeto como Wash Jones de cuestionar o dudar del hombre de quien el general Lee en persona dijo en un billete escrito a mano que era valiente?* Valiente— (y acaso volvería a levantar la voz, olvidando de nuevo) —¡Valiente! Ojalá que ninguno de ellos hubiera regresado jamás en el 65' pensando *Ojalá que su especie y también la mía nunca hubieran respirado el aliento de la vida sobre esta tierra. Ojalá que todos los que quedamos seamos barridos de la faz de la tierra antes de que otro Wash Jones tuviera que ver toda su vida arrancada ajirones de él y marchitada como una cáscara seca arrojada al fuego* Luego llegaron a caballo. Debió de haberlos estado escuchando mientras bajaban por el camino, los perros y los caballos, y visto las linternas puesto que ya estaba oscuro. Y el Mayor de Spain<sup>[90]</sup> que era el shériff por aquel entonces desmontó y vio el cuerpo, aunque dijo que ni vio a Wash ni supo que se encontraba allí hasta que Wash pronunció su nombre tranquilamente desde la ventana casi en su rostro: —¿Es usted, Mayor?— De Spain le ordenó que saliera y dijo que la voz de Wash estaba muy tranquila cuando dijo que saldría en un minuto; estaba excesivamente tranquila, demasiado calmada; tan demasiado tranquila y calmada que de Spain dijo que por un momento no se dio cuenta de que era demasiado calmada y tranquila: —En un minuto. Tan pronto como vea a mi nieta — Nosotros cuidaremos de ella, —dijo de Spain. —Usted salga—. —Sí, Mayor, —dijo Wash—. Enseguida—. Así que aguardaron enfrente de la oscura casucha, y al día siguiente Padre dijo que había un centenar que se acordaban del cuchillo de carnicero que él siempre mantenía escondido y afilado como una cuchilla—la única cosa en su desafortunada vida de la que se supo que se enorgullecía y de la que cuidaba—pero para cuando recordaron todo esto era demasiado tarde. Por eso no supieron lo que estaba haciendo. Solamente le oían moverse dentro de la oscura casucha, después oyeron la voz de la nieta, inquieta y quejumbrosa: —¿Quién es? Encienda la lámpara, abuelo— luego su voz: —No hará falta la luz, cariño. Tan sólo llevará un minuto— luego de Spain sacó su pistola y dijo, —¡Tú, Wash! ¡Sal de ahí!— y Wash seguía sin contestar, seguía murmurando a la nieta. —¿Dónde estás?— y la inquieta voz le respondió, — Aquí mismo. ¿Dónde voy a estar sino? ¿qué es...— luego de Spain dijo, —¡Jones!— y ya estaba tanteando los pasos quebrados cuando la nieta chilló; y en ese momento todos los hombres que allí se encontraban aseguraron haber oído el cuchillo sobre las dos vértebras, aunque de Spain no lo oyó. Solamente dijo que sabía que Wash había salido al zaguán y que dio un salto hacia atrás antes de adivinar que no era hacia él hacia donde corría Wash sino hacia el final del zaguán, en donde yacía el cuerpo, pero que no pensó en la guadaña: simplemente retrocedió unos pocos pasos cuando vio que Wash se inclinaba y volvía a levantarse y ahora Wash venía corriendo hacia él. Pero estaba corriendo hacia todos ellos, dijo de Spain, corría al encuentro de las linternas por lo que ahora pudieron ver la guadaña levantada por encima de su cabeza, directo hacia las linternas y los cañones de los fusiles, sin hacer mido, ni

gritar mientras de Spain retrocedía apresuradamente ante él, diciendo, —¡Jones! ¡Deténte! Deténte, o te mato. ¡Jones! ¡Jones! ¡JONES!

—Espera, —dijo Shreve—. quieres decir que logró el hijo que deseaba, después de todo el esfuerzo, y luego se volvió y...

—Sí. Sentado en el despacho del Abuelo aquella tarde, con su cabeza medio echada un poco hacia atrás, explicando al Abuelo como si hubiera estado explicando aritmética a Henry allá en el cuarto grado: —Ya ve, todo lo que quería era simplemente un hijo. Lo cual me parecía, cuando miro a mi alrededor el mundo contemporáneo, un don nada exorbitante para exigírselo a la naturaleza o a las circunstancias...

—¿Quieres esperar? —dijo Shreve—... que con el hijo que se esforzó tanto en conseguir yaciendo allí tras él en la cabaña, ¿tuvo que forzar al abuelo a matarlo primero a él y luego también al niño?

—...¿Qué? —dijo Quentin—. No fue un varón. Fue una niña.

—Oh, —dijo Shreve—... Vamos. Salgamos de esta condenada nevera y vámonos a la cama.

## CAPÍTULO VIII

Esta noche no habría ejercicios respiratorios. La ventana permanecería cerrada sobre el helado patio vacío más allá del cual las ventanas de la pared de enfrente, con dos o tres excepciones, ya estaban oscuras; pronto las campanas darían la medianoche, las notas melódicas y tranquilas, tenues y nítidas como cristal en el penetrante (había dejado de nevar) aire sosegado. —Así que el viejo envió al negro a llamar a Henry, —dijo Shreve—. Y Henry entró y el viejo dijo —No pueden casarse porque él es tu hermano— y Henry dijo —Mientes— así, así de rápido: sin espacio, sin intervalo, sin nada en medio como cuando pulsas el botón y se hace la luz en el cuarto. Y el viejo simplemente estaba allí sentado, ni siquiera se movió para abofetearlo y por eso Henry no volvió a decir —Mientes— porque ahora sabía que así era; solamente dijo —No es cierto—, no —No me lo creo— sino —No es cierto— porque tal vez en ese instante pudo volver a ver el rostro del viejo demonio o no había una especie de dolor y pena, no por él mismo sino por Henry, porque Henry era simplemente un joven mientras que él (el viejo) sabía que aún tenía el coraje y hasta la astucia...

Shreve estaba de pie junto a la mesa, otra vez frente a Quentin aunque ya no estaba sentado. Con el abrigo mal abotonado encima del batín parecía inmenso y sin forma como un oso despeinado mientras miraba fijamente a Quentin (el sureño, cuya sangre corría veloz para entibiar, quizá más ágil para compensar los cambios bruscos de temperatura, quizá meramente más cercana a la superficie) que estaba acurrucado en su silla, con las manos metidas en los bolsillos como si estuviera intentando calentarse a sí mismo en un abrazo, de aspecto un tanto frágil y hasta exangüe a la luz de la lámpara, el rosado fulgor que ya nada tenía de calidez, de recogimiento, en él, al tiempo que ambas respiraciones se convertían tenuemente en vapor en el frío cuarto donde ya no estaban ellos dos sino cuatro, los dos que respiraban ya no eran individuos sino algo a la vez mayor y menor que gemelos, el corazón y la sangre de la juventud (Shreve tenía diecinueve años, unos pocos meses menos que Quentin. Aparentaba exactamente diecinueve; era una de esas personas cuya verdadera edad nunca conoces porque la aparentan con exactitud y por eso te dices a ti mismo que no puede ser posible que él o ella la tengan porque él o ella la aparentan con demasiada exactitud para no sacar ventaja de su apariencia: por eso nunca crees implícitamente que él o ella tengan esa edad que ellos afirman o ésa que por pura desesperación aceptan o que alguna otra persona les atribuye) lo bastante fuertes y voluntariosos por los dos, por dos mil, por todos. No eran dos en un salón de una universidad de Nueva Inglaterra sino uno solo en una biblioteca de Misisipi sesenta años atrás, con jarrones de acebo y muérdago sobre la repisa de la chimenea o colgando de ella, coronados y engalanados con guirnaldas de flores de temporada los cuadros de las paredes, y una o dos ramitas decorando el retrato, el grupo —madre y dos niños— que descansaba sobre el escritorio tras el cual estaba el padre sentado cuando entró el hijo; y ellos —



Quentin y Shreve— pensando cómo después de que el padre hablara y antes de que lo que dijo dejara de ser causa de asombro y empezara a tener sentido, el hijo recordaría más tarde haber visto por la ventana tras la cabeza de su padre a la hermana y al amante en el jardín, paseando lentamente, ladeada la cabeza de su hermana para escuchar, inclinada la del enamorado sobre ella mientras seguían paseando lentamente al son de ese ritmo que no marcan los ojos sino el corazón y al que llama latido y medida, para desaparecer lentamente tras algún arbusto o macizo sembrado de flores blancas —jazmines, espíreas, madreselvas, acaso una miríada de rosas Cherokee sin aroma e imposibles de coger— nombres, flores que probablemente Shreve jamás había oído ni visto aunque había soplado primero sobre él el aire que se templaba para nutrir las —y aquí tampoco importaría que el tiempo hubiera sido invernal en aquel jardín y por lo tanto sin flor ni hoja alguna aunque hubiera habido alguien que paseara por allí o fuera visto allí puesto que, a juzgar por los acontecimientos que siguieron, también era de noche en el jardín. Pero eso no tenía importancia porque había sido mucho tiempo atrás. De todas formas no les importaba a ellos (a Quentin y Shreve), quienes sin moverse, tan despojados ahora de carne como el padre que decretó y prohibió, el hijo que negó y repudió, el enamorado que aceptó, la amada que no estuvo de duelo, y sin transiciones tediosas del hogar y el jardín (dando por supuesto el jardín) a la silla de montar, estaban ya trotando sobre los helados senderos de aquella noche de diciembre y aquella madrugada de Navidad, aquel día de paz y regocijo, de acebo y buena voluntad y troncos de leña en el hogar; tampoco dos en aquel lugar e instante sino cuatro montando los dos caballos a través de la persistente oscuridad sin que tampoco eso importara: qué rostros o por qué nombres se llamarían a sí mismos o les llamarían mientras la sangre circulara— la sangre, la inmortal sangre reciente imperecedera que podía mantener el honor por encima del no-arrepentimiento perezoso y el amor por encima de la vergüenza fácil y estúpida.

—Y Bon no lo supo, —dijo Shreve—. El viejo no se inmutó y esta vez Henry no dijo —Mientes—, dijo —No es cierto— y el viejo dijo, —Pregúntale. Pregúntale a Charles— y en aquel instante Henry supo que eso era lo que su padre había querido decir todo el tiempo y que eso era lo que él quiso decirse a sí mismo cuando dijo a su padre que mentía, porque lo que el viejo dijo no fue simplemente —Él es tu hermano — sino —Él ha sabido todo el tiempo que es tu hermano y el de tu hermana—. Pero Bon no lo dijo. Escucha, ¿no recuerdas cómo lo dijo tu padre, acerca de cómo en ningún momento él —el viejo petimetre, el demonio— tampoco pareció preguntarse cómo se las arregló la otra esposa para encontrarle, para seguir su rastro, cómo ni una sola vez había parecido preguntarse qué podía haber estado haciendo ella todo ese tiempo, cómo habría pasado ese tiempo, los treinta años desde aquel día en el que saldó su cuenta con ella y consiguió el recibo, así lo pensó, y vio con sus propios ojos que (así lo pensó) lo destruían, lo hacían añicos y lo arrojaban al viento; que ni una sola vez se preguntó sobre esto sino solamente que ella lo había hecho, le había

seguido el rastro, que podía haberlo y lo habría querido? De modo que no fue ella quien se lo contó a Bon. No habría querido, tal vez debido a que sabía que él —el demonio— creería haberlo hecho. O tal vez no tuvo ocasión de contárselo. Tal vez jamás pensó que pudiera haber alguien tan cercano a ella como un hijo único de sus propias entrañas al que tuviera que contar cómo había sido burlada e injuriada. O tal vez ya lo estuvo contando antes de que él fuera lo suficientemente mayor para conocer las palabras y por ello cuando fue lo bastante mayor para comprender lo que se le decía ella lo había contado tantas veces y con tal dureza que las palabras ya no tenían sentido para ella porque no tenían que tener sentido para ella, y de esa forma había llegado al punto en el que cuando pensaba que lo estaba diciendo estaba callada, y cuando pensaba que estaba callada era simplemente el odio y la furia y el insomnio y el no-olvido. O tal vez no pretendía que él lo supiera en aquel momento. Tal vez lo estaba preparando para esa hora y ese momento que ella no podía prever pero que sabía que llegaría algún día porque tendría que llegar o si no tendría que hacer como la tía Rosa y negar que había respirado alguna vez —el momento en el que él estaría costado con costado (no cara a cara) con su padre en un lugar donde el destino o la suerte o la justicia o como quiera que ella lo llamara pudiese hacer el resto (y lo hizo, mejor de lo que ella pudiera haber inventado o esperado o incluso soñado, y tu padre dijo cómo siendo mujer probablemente no estuviera ni sorprendida)— preparándolo ella misma, llevándolo de la mano, lavándolo y alimentándolo y acostándolo en la cama y dándole los dulces y los juguetes y las diversiones y entretenimientos y necesidades de los demás niños en dosis medidas como las medicinas con su propia mano: no porque tuviera que hacerlo, ella que podía haber alquilado a una docena o comprado a un ciento para que lo hicieran por ella con el dinero, los cuartos que él (el demonio) había abandonado voluntariamente, que había repudiado para equilibrar su registro moral: mas al igual que el millonario que podría tener cien caballerizos y palafreneros pero que sólo tiene el único caballo, la única doncella, el único momento, el único ajuste de corazón y músculo y voluntad con el único instante: y él mismo (el millonario) paciente con el peto de faena y el sudor y el estiércol de establo, trayéndolo a la par del momento en el que ella diría —Él es tu padre. Él nos repudió a ti y a mí y te negó su nombre. Ahora vete— y luego se sentaría y dejaría que Dios lo terminara: pistola o cuchillo o potro; destrucción o dolor o angustia: Dios para dar la señal de fuego o girar la rueda. Dios mío, casi se le puede ver: un niño que ya había llegado a aprender, a esperar, antes de que pudiera recordar haber aprendido su propio nombre o el nombre de la ciudad en la que vivía o cómo decir alguno de los dos, que cada cierto tiempo se le arrancaba de sus juegos y se le sostenía, se le aferraba entre las dos manos enfurecidas de (lo que al menos para él pasaba por tal) amor, contra las dos tensas rodillas rígidas, el rostro que recordaba desde antes de que el recuerdo empezara supervisando todas las alegrías animales de paladar y estómago y entrañas, de tibieza y placer y seguridad, abalanzándose hacia él en una especie de centelleante inmovilidad: él tomando la interrupción como un

hecho normal, simplemente como otro fenómeno natural de la existencia; el rostro lleno de furioso y casi insostenible no-perdón casi semejante a una fiebre (sin amargura ni desesperación: solamente una implacable voluntad de venganza) como otra simple manifestación de amor mamífero —y él sin conocer de qué demonios se trataba, que era demasiado joven para deducir algún hecho relacionado de la furia y odio y vertiginosa velocidad; sin comprender ni importarle: simplemente curioso, creando para sí (sin ayuda puesto que quién iba a ayudarlo) su propia noción de ese Puerto Rico o Haití o de donde fuera que entendiera vagamente que había venido como hacen los niños ortodoxos con el cielo o del huerto o de donde quiera que vienen, excepto que el suyo se diferenciaba en que se suponía que (de todas formas, tu madre no lo pretendía) no volverías allí jamás (y tal vez cuando llegaras a tan viejo como lo era ella también te horrorizarías cada vez que encontraras oculto en tus pensamientos cualquier cosa que simplemente oliera o supiera como si pudiera ser un deseo de regresar allí); de lo cual se suponía que no conocías el cuándo y el porqué lo dejaste sino solamente que habías escapado, que fuera el que fuera el poder que había creado el lugar para que tú lo aborrecieras te había alejado igualmente de ese lugar para que pudieras odiarlo a gusto y no perdonarlo en silencio y monotonía (aunque no exactamente en lo que llamarías paz); que tenías que agradecer a Dios que no recordaras nada acerca de ello pero al mismo tiempo no tenías, tal vez no te atrevías, a olvidarlo jamás— tal vez sin saber siquiera que daba por sentado que todos los niños tampoco tenían padre y que ser arrebatado más o menos cada día de cualquier pasatiempo inocente con el que no estuvieras molestando a nadie o ni siquiera pensando en ellos, por alguien porque ese alguien era más grande que tú, más fuerte que tú, y ser retenido durante uno o cinco minutos bajo una especie de caño de agua roto de furia incomprensible y ansia feroz y anhelo de venganza y rabia celosa era una parte de la infancia que todas las madres de hijos han recibido a su vez de sus madres y sus madres a su vez de aquel Puerto Rico o Haití o como se llame ese lugar del que todos venimos pero en el que ninguno de nosotros vivió jamás: para que cuando creciera y tuviera hijos él también tuviera que transmitirlo (puede que decidiendo allí y entonces que era demasiado esfuerzo y molestia y que no tendría ningún hijo o al menos esperaba no tenerlos) y por lo tanto ningún hombre tenía padre, ni un Puerto Rico o Haití particular, sino todos los rostros de madre que engendraron alguna vez lanzándose en picado en esos momentos casi calculables salidos de alguna oscura antigua afrenta e injuria general que la viva carne articulada no había siquiera sufrido sino simplemente heredado; toda esa carne de niño que caminó y respiró surgiendo de aquella ambigua oscura paternidad eludida y por ello hermanados de forma perenne y ubicua en todos los lugares bajo el sol...

Se miraron fijamente el uno al otro —más bien con ira— su tranquilo aliento regular evaporándose tenue y continuamente en el ahora sepulcral aire. Había algo curioso en el modo en el que se miraban el uno al otro, curioso y tranquilo y profundamente atento, no del modo en que dos jóvenes se mirarían sino casi como un

joven y una jovencita lo harían por pura virginidad —una especie de búsqueda silenciosa y desnuda, cada mirada con la carga de la inmemorial obsesión de la juventud no con la del peso aplastante del tiempo con la que los viejos viven sino con la de su fluidez: los brillantes restos de todos los momentos perdidos a los quince o dieciséis. —Luego se hizo mayor y salió de debajo del mandil muy a su pesar (quizá también a pesar de él; quizá de los dos) y no le importó siquiera. Descubrió que ella planeaba algo y no sólo no le preocupó, ni siquiera le preocupó el no saber qué era; se hizo mayor y descubrió que ella lo había estado modelando y templando para ser el instrumento de aquello para lo que su mano era implacable, tal vez llegó a creer (o vio) que le había engañado para que recibiera esa forma y temple, y tampoco eso le preocupó porque probablemente para entonces había aprendido que había tres cosas y ninguna más: respiración, placer, oscuridad; y sin dinero no podía haber placer, y sin placer ni siquiera existiría la respiración sino una simple protoplasmática inhalación y colapso de no-organismo ciego en medio de una oscuridad donde jamás se hizo la luz. Y él tenía el dinero porque sabía que ella sabía que el dinero era la única cosa con la que podría obligarlo y convencerlo de vencer el obstáculo cuando llegara el día de la competición por lo que no se atrevía a presionarle por allí y ella sabía que él lo sabía: de forma que puede que él incluso la chantajeara, la sobornara de esa forma: — Dame los cuartos que quiero y no te preguntaré aún por qué o para qué.— O quizá estaba tan atareada educándolo que ya no pensaba nunca en el dinero, ella que probablemente jamás había tenido mucho tiempo para recordarlo o contarlo o preguntarse cuánto había en los intervalos del odio y de la locura así que quien le controlaba el dinero era el abogado y él (Bon) aprendió eso antes que nada: que podía acudir a su madre y obligar al abogado siempre que quisiera, como el caballo millonario que sólo tiene que llegar una vez con un poco de sudor extra encima, y al día siguiente tendrá un jinete nuevo. Claro, ése sería: el abogado, ese abogado con su millonada loca para explotarla, la cual probablemente no estaba lo bastante interesada en el dinero como para ver si los cheques tenían alguna otra cosa escrita en ellos cuando los firmaba —aquel abogado que, habiendo sido ya fraguado y planeado por la madre de Bon desde antes de que él pudiera acordarse (y aun cuando ella no lo supiera o supiéralo o no o le hubiera preocupado o no) para ese día en el que se le trasladaría rápidamente a tanta tierra rica y abonada, ya había estado arando y plantando y cosechando a él y a su madre como si ya lo fuera— aquel abogado que acaso tuviera el compartimento secreto de la secreta caja de caudales y en él el documento secreto, acaso un plano con alfileres de colores clavados en él como los que los generales tienen en las campañas, y con todas las anotaciones en código: *Hoy acabó de robar a un indio ebrio cien millas de tierra virgen, valor. 25.000. A las 2:31 de hoy salió del pantano con el último tronco de madera para la casa, valor junto con la tierra 40.000. 7:52 de la tarde de hoy se casó. Acusación de bigamia valor bajo cero salvo comprador inmediato. Poco probable. Sin duda se unió a su esposa el mismo día. Pongamos 1 año y luego puede que con la fecha y la hora también:*

*Hijo. Valor intrínseco posible aunque no probable venta forzosa de casa & tierras más valor cosecha menos una cuarta parte del hijo. Valor sentimental más 100% más valor cosecha. Pongamos 10 años, uno o más hijos. Valor intrínseco venta forzada de la casa & tierras revaloradas más bienes líquidos menos parte de los hijos. Valor afectivo más 100% de incremento anual por cada hijo más valor intrínseco más bienes líquidos más crédito adquirido vigente y acaso también aquí con la fecha: Hija y tal vez podías incluso haber visto el signo de interrogación detrás y las otras palabras: ¿hija? ¿hija? ¿hija? debilitándose no porque el pensar se debilitara sino por lo contrario el pensar se detenía bruscamente aún entonces, retrocediendo un poco y extendiéndose como cuando colocas una ramita bajo un hilo de agua, extendiéndose y alzándose lentamente a su alrededor en aquel lugar en el que pudiera atrancar la puerta y sentarse tranquilamente y restar el dinero que Bon se estaba gastando en sus prostitutas y el champaña que su madre tenía, y calcular cuánto quedaría mañana y al mes siguiente y al año siguiente o hasta que Sutpen estuviera a punto y maduro — pensaba acerca del buen dinero contante y sonante que Bon estaba dilapidando en sus caballos y vestimenta y en el champaña y en el juego y en mujeres (él habría sabido algo de la ochavona y del casamiento morganático mucho antes de que lo supiera la madre aunque no hubiera sido secreto alguno, puede que hasta tuviera un espía en el cuarto como parece haberlo habido en el de Sutpen; tal vez incluso él la puso allí, se dijo a sí mismo como pones un perro: *Está empezando a divagar. Necesita un obstáculo No una correa: simplemente alguna clase de obstáculo ligero, de forma que no pueda introducirse dentro de nada que pudiera tener una valla a su alrededor*) y solamente él para intentar vigilarlo, tanto como se atreviera, y sin alejarse porque también sabía que todo lo que Bon tenía que hacer era acudir a su madre y el caballo de carreras tendría un comedero de oro si él lo deseaba y, si el jinete no era cuidadoso, también un nuevo jinete— contando el dinero, calculando lo que le rentaría a este ritmo en los próximos años, de lo que parecía que quedaría aún de rentable por ese entonces, y crucificado mientras tanto entre sus dos problemas: si acaso lo que tenía que hacer era lavarse las manos de la propiedad de Sutpen y liquidar lo que quedaba y escapar a Texas: salvo que siempre que pensaba en hacerlo tenía que pensar en todo el dinero que ya había gastado Bon, y que ojalá se hubiera ido a Texas diez años antes o cinco o incluso el año anterior: de modo que era probable que de noche mientras esperaba a que la ventana empezara a volverse gris fuera como la tía Rosa dijo que era ella y tendría que negar que respiraba (o tal vez deseaba no tener que hacerlo) si no fuese por ese aumento del doscientos por ciento del valor intrínseco de cada Año Nuevo; —el agua retenida por la ramita y subiendo y desparramándose a su alrededor de forma constante y tranquila como la luz y él seguía allí sentado en medio del blanco fulgor de la clarividencia (o la visión doble o la fe en los infortunios y locuras humanas o como quieras llamarlo) que no sólo le estaba mostrando lo que podría acontecer sino lo que efectivamente iba a suceder y que él se negaba a creer que iba a suceder, no porque se le hubiera ocurrido en forma*

de visión, sino porque habría de haber amor y honor y coraje y orgullo en ella; y creía que podía suceder, no porque fuera lógico y posible, sino porque sería el mayor de los infortunios que podía ocurrir para todos los implicados; y aunque antes pudieras haberle probado la muerte sin mostrarle un cadáver que el vicio o la virtud o el coraje o la cobardía sin mostrarle la gente en movimiento, de veras creía en el infortunio a causa de ese entrenamiento riguroso y arduo de empolvado eunuco que le enseñó a dejar la buena fortuna y las alegrías del hombre a Dios, que a su vez cedería todas sus miserias y locuras e infortunios (desdichas) a los piojos y pulgas de Coke y Littleton. Y la vieja Sabina<sup>[91]</sup>...

Se miraron fijamente —con ira— el uno al otro, sus voces (era Shreve quien estaba hablando, aunque salvo por la ligera diferencia que los grados intermedios de latitud había inculcado en ellos (diferencias no de tono o acento sino de giros lingüísticos y uso de las palabras), podría haber sido cualquiera de ellos y que de alguna forma eran ambos: los dos pensando como uno solo, siendo la voz que por azar estuviera pronunciando el pensamiento tan sólo el acto de pensar convertido en audible, vocal; ellos dos creando juntos, de pedazos y cabos sueltos de viejas historias y habladurías, personas que posiblemente jamás habían existido en ningún lugar, quienes, siendo sombras, no eran sombras de carne y hueso que hubieran vivido y muerto sino sombras a su vez de lo que (al menos para uno de ellos, para Shreve) también eran sombras) serenas como el visible murmullo de su aliento convertido en vapor. Las campanas empezaron en ese momento a dar la medianoche, melodiosas lentas y remotas tras la ventana cerrada, sellada por la nieve. —... la vieja Sabina, que seguramente ni para salvar su vida te podría haber contado a ti o al abogado o a Bon o a cualquier otro lo que quería, esperaba, anhelaba porque era una mujer y no necesitaba querer o anhelar o esperar nada, sino que simplemente quería y esperaba y anhelaba (y además, tu padre decía que cuando se tiene odio acérrimo de sobra no necesitas la esperanza porque te bastará con el odio para nutrirte);— la vieja Sabina (aún no tan vieja, mas simplemente se habría abandonado a sí misma de la misma forma en la que mantienes las máquinas limpias y engrasadas y guardas el mejor carbón en la carbonera pero ya no te molestas en abrillantar los apliques de metal o encerar la cubierta; simplemente descuidó su aspecto exterior. No, gorda no; lo consumía demasiado velozmente para estarlo, lo succionaba en el conducto entre el tragar y el estómago; sin placer al masticar; siendo el tener que masticar simplemente otra molestia como la falta de placer en el vestir; el haber gastado la vieja ropa y tener que escoger la nueva era simplemente otra molestia más: y ni placer en la fina figura que él... —ninguno de los dos dijo «Bon»—... hacía con los exquisitos pantalones que se ajustaban a su pierna y las elegantes levitas que se adaptaban a sus hombros ni en el hecho de que poseía más relojes y gemelos y el lienzo más fino y los caballos y las calesas de ruedas amarillas más elegantes (sin mencionar las hembras) que la mayoría, pero todo aquello también era simplemente una molestia inevitable a la que tendría que resignarse antes de que pudiera hacerle algún servicio a ella así como

tuvo que resignarse a que le salieran los dientes y la varicela y acostumbrarse a los ligeros huesos de niño para poder ser capaz de hacerle algún servicio)... la vieja Sabina obtenía los informes amañados del abogado como partes enviados de vuelta al cuartel general desde el frente de batalla, tal vez era un negro el encargado de tal menester en la antesala del abogado que no hacía nada salvo llevárselos y esto podía ocurrir una vez en dos años o cinco veces en dos días, dependiendo del momento en el que ella empezara a impacientarse por las noticias y empezara a molestarlo —el informe, el comunicado acerca de cómo no estábamos lejos de él en Texas o en Misuri o quizá California (California sería lo ideal, tan lejos; era conveniente, una prueba inherente en la extrema distancia, la necesidad de aceptar y creer) y cómo ya vamos a alcanzarlo atrapararlo uno de estos días así que no se preocupe. Y ella no lo haría, no se preocuparía en absoluto: simplemente sacaría el carruaje e iría al abogado, irrumpiendo con el vestido negro que parecía un fragmento de chimenea destartalada y tal vez sin siquiera un sombrero sino solamente un chal sobre la cabeza, de forma que lo único que le faltaba era el cubo y la fregona— irrumpiendo y diciendo —Está muerto. Sé que está muerto y cómo puede, cómo puede estar—, sin querer decir lo que la tía Rosa quería decir: *dónde encontraron o inventaron una bala que pudiera matarlo sino cómo se le pudo dejar morir sin obligarle a admitir que había errado y sufrir y arrepentirse por ello* y de esa forma en los dos segundos siguientes casi lo atraparían (él —el abogado— le mostraría la carta auténtica, la escritura en ese inglés que ella no podía leer, que acababa de llegar, que acababa de llamar al negro para que se la llevara a ella cuando ella entró, y el abogado que ya tenía práctica poniendo la fecha precisa en la carta lo que incluso pudo hacer en el instante en el que le daba a ella la espalda, en los dos segundos que tardaría en sacar la carta del archivador)... lo atraparían, se acercarán lo bastante a él como para tener la completa seguridad de que estaba vivo; de hecho se acercaron tanto que sería capaz de sacarla del despacho antes de que ella tomara asiento y meterla en el carruaje de nuevo y otra vez de vuelta a casa donde, entre los espejos florentinos y los cortinajes de París y los canesúes de peinarse, seguiría teniendo el aspecto de la que había venido a fregar los suelos, con el vestido negro en el que ni siquiera la cocinera habría reparado cuando era nuevo cinco o seis años antes, sosteniendo, aferrando la misiva que no podía leer (tal vez la única palabra que podría reconocer en ella era la palabra —Sutpen—) en una mano y cepillando hacia atrás un enredado mechón de pelo lacio del color del hierro con la otra mano y sin mirar la carta como si estuviera leyéndola aunque pudiera haberlo hecho, sino abalanzándose sobre ella, inclinándose con ojos fulgurantes sobre ella como si supiera que sólo tendría un segundo para leerla, que sólo le quedaría un segundo de permanecer intacta después de que sus ojos la tocaran, antes de que se prendiera fuego y no fuera leída sino consumida, dejándola allí sentada con un vacío de negra ceniza carbonizada despedazándose en sus manos. Y él... —(Ninguno de ellos dijo —Bon—) —... allí observándola, ya había crecido lo bastante para haber aprendido que lo que él pensaba que era infancia no era

infancia, que otros niños habían sido creados por padres y madres mientras que él había sido creado tan sólo en el momento en el que empezó a recordar, tan sólo cuando llegó al punto en el que su armazón dejó de ser el de un bebé y se convirtió en el de un niño, tan sólo cuando dejó de ser un niño y se convirtió en un hombre, entre una mujer de la que había pensado que lo estaba alimentando y lavando y acostándolo y encontrándole nuevos placeres para su gusto y deleite para él, hasta que se hizo lo bastante grande para averiguar que no era a él en absoluto al que ella estaba lavando y alimentando con golosinas y entretenimientos sino a un hombre que aún no había llegado, a quien ella ni siquiera había visto todavía, quien sería algo más en comparación con ese niño cuando llegara como la dinamita que destruye la casa y la familia y puede que hasta la comunidad entera no es el viejo papel pacífico que acaso preferiría estar volando sin rumbo y ligero como el viento o el viejo serrín alegre o los viejos productos químicos tranquilos que habían preferido permanecer quietos y oscuros en la tierra apacible igual que lo habían estado antes de que el tipo entrometido de gafas de diez aumentos viniera y los desenterrara y los filtrara los retorciera y los amasara; —criado entre esta mujer y un abogado a sueldo (la mujer que desde antes de recordar se daba ahora cuenta de que lo había estado planeando y preparando para algún momento que llegaría y pasaría y tras el cual vio que para ella él sería poco más que un terreno fértil abonado; el abogado que desde antes de que pudiera recordar se daba cuenta ahora de que lo había estado arando y plantando y regando y abonando y cosechando como si ya lo fuera):— él observándola, apoyándose distraídamente sobre la repisa de la chimenea quizá con sus elegantes ropas, en medio del perfume a incienso de harén de lo que se podría llamar fácil santidad, observándola mientras ella miraba la misiva, sin pensar siquiera Estoy mirando a mi madre al desnudo puesto que si el odiar era desnudez, ella ya lo había vestido el tiempo suficiente para que hiciera la labor de vestido como dicen que puede hacerlo la molestia, y lo hace...

—De modo que se fue. Se fue a la universidad a los veintiocho años. Y no sabía ni tampoco le importaba eso: cuál de ellos —madre o abogado— fue quien decidió que debía ir a la universidad ni por qué, porque había sabido todo el tiempo que su madre se proponía algo y que el abogado se proponía algo, y no le importaba lo suficiente lo que cualquiera de los dos hiciera para intentar averiguarlo, sabía que el abogado sabía que su madre se proponía algo pero que su madre no sabía que el abogado se proponía algo, y que no habría problemas con el abogado si su madre conseguía lo que fuese lo que ella quería, con tal de que él (el abogado) consiguiera lo que quería un segundo antes o al menos en el mismo instante. Se fue a la universidad; dijo —De acuerdo— y se despidió de la ochavona y se fue a la universidad, que jamás en veintiocho años le dijo alguien, —Haz como hacen los demás; ten hecha esta tarea para mañana a las nueve de la mañana o para el viernes o el lunes—; puede que ellos (o el abogado) incluso usaran a la ochavona —el ligero obstáculo (no correa) que el abogado se había puesto para abstenerse de entrar en



algo que después pudiera descubrirse que tenía una cerca alrededor. Puede que la madre averiguara lo de la ochavona y el niño y la ceremonia y descubriera más de lo que el abogado había hecho (o de lo que creería, que solo consideraba a Bon tonto, no loco) y lo mandó llamar y vino y se volvió a apoyar despreocupadamente en la repisa y quizá sabiendo de qué se trataba, lo que había sucedido antes de que ella se lo dijera, mientras permanecía allí apoyado con una expresión en su rostro a la que podrías llamar sonrisa sólo que no era eso sino simplemente algo a través de lo cual no podías ver o pasar, y ella observándolo quizá con el lacio mechón de cabello del color del hierro caído otra vez y sin molestarse en ese momento siquiera en apartárselo hacia atrás porque ya no estaba mirando ninguna carta sino que lo estaba mirando con ojos centelleantes, su voz tratando de avisarle de la urgencia de la alarma y el miedo, pero ella se las arreglaba para reprimirla puesto que no podía hablar de traición porque aún no se lo había dicho, y ahora, en este momento, no se atrevía a arriesgarlo; —él la miraba tras la sonrisa que no era sonrisa sino que sencillamente era algo más allá de lo cual se suponía que no verías, diciendo, admitiéndolo: —¿Por qué no? Todos los jóvenes lo hacen. La ceremonia también. No me propuse tener el niño, mas ahora que lo tengo... tampoco es un mal muchacho— y ella lo observaba, lo miraba furiosa sin ser capaz de decir lo que quería porque había pospuesto demasiado tiempo ya el decirle lo que podía: —Pero tú. Esto es diferente— y él (ella no necesitaría decirlo. Él lo sabría porque ya intuía por qué lo había mandado llamar, aunque no supiese ni le importase lo que ella se había propuesto desde antes de que pudiera recordar, desde antes de que pudiera tomar una mujer enamorado o no): —¿Por qué no? Parece que los hombres han de casarse algún día, tarde o temprano. Y ésta es alguien a quien conozco, que no me da ningún problema. Y la ceremonia, esa molestia, ya está hecha. Y en cuanto a ese pequeño problema de la mancha de sangre negra...— sin necesidad de hablar mucho, ni de decir mucho, sin necesidad de decir *Parece que he venido a este mundo con tan pocos padres que tengo demasiados hermanos a los que ultrajar y humillar mientras viva y por lo tanto demasiados descendientes a quienes legar mi pequeña porción de daño y males, cuando muera*; no dijo eso, solamente —una pequeña mancha de sangre negra...— y después a observar el rostro, la urgencia desesperada y el temor, para después partir, quizá besándola, quizá besando la mano que reposaría en la suya y que hasta tocaría sus labios como una mano muerta por el desesperado esfuerzo de aferrarse a este o aquel recurso; puede que dijera al salir *acudirá a él (al abogado); si fuera a aguardar cinco minutos podría verla con el chal puesto. Así que probablemente esta noche podré saber... si me importara el saberlo*. Acaso lo supo por la noche, puede que antes si es que pudieron encontrarlo, darle el recado, porque ella acudió al abogado. Y se encontraba en el terreno del abogado. Acaso antes incluso de que ella comenzara a decírselo todo empezó aquel suave fulgor blanco como cuando uno enciende una mecha: quizá pudo hasta ver cómo su mano seguía escribiendo en el espacio en el que ¿hija? ¿hija? ¿hija? Nunca se vislumbró del todo.

Porque quizá ese había sido el problema del abogado y su preocupación y desvelo todo el tiempo; que desde el instante en el que ella le hizo prometer que nunca diría a Bon quién era su padre, había estado aguardando y preguntándose cómo lo haría, pues puede que supiera que si se lo iba a decir a Bon, Bon podría creerlo o podría no creerlo, pero sin lugar a dudas iría y le diría a su madre que el abogado se lo había contado y luego él (el abogado) se hundiría, no por algún daño hecho porque no habría daño alguno, puesto que esto no podría alterar la situación, sino por haber contrariado a su paranoica cliente. Puede que mientras estaba sentado en su despacho sumando y restando el dinero y añadiendo lo que conseguirían de Sutpen (jamás le preocupó lo que Bon haría cuando lo descubriera; probablemente hacía mucho tiempo que le había pagado a Bon ese cumplido de pensar que aunque fuera demasiado tonto o demasiado indolente para sospechar o averiguar por sí mismo lo de su padre, no era lo bastante loco para no ser capaz de sacar ventaja de ello una vez que alguien le mostrara el movimiento más acertado; puede que si se le hubiera ocurrido alguna vez la idea de que por amor u honor o cualquier otra cosa bajo el sol o también por jurisprudencia, Bon no lo haría, se negaría a ello, él (el abogado) hubiera incluso proporcionado pruebas de que ya no respiraba más) —quizá todo el tiempo fuera esto lo que le atormentaba: cómo colocar a Bon donde tuviera que descubrirlo él mismo, o donde alguien—el padre o la madre—tuviera que contárselo. De modo que quizá ella no había acabado de salir del despacho—o al menos tan pronto como él hubiera tenido tiempo de abrir la caja de caudales y mirar en el compartimiento secreto y asegurarse de que era a la Universidad de Misisipi a la que Henry iba —antes de que su mano estuviera escribiendo de forma firme y en el espacio en el que el *¿hija? ¿hija? ¿hija?* nunca se había vislumbrado— y también con la fecha aquí: *1859. Dos hijos. Digamos 1860, 20 años. Incremento del 200% del valor intrínseco anual más valores líquidos más crédito obtenido. Valor aproximado 1860, 100.000. pregunta: amenaza de bigamia, Sí o No. Posiblemente No. Amenaza de incesto: posiblemente Sí* y la mano retrocediendo antes de poner el punto final, tachando el *Posiblemente*, escribiendo *Ciertamente*, subrayándolo.

—Y tampoco le preocupaba eso; simplemente dijo, —De acuerdo—. Porque quizá sabía ahora que su madre no sabía lo que quería y nunca lo sabría, de forma que no la podía derrotar (quizá había aprendido de la ochavona que a pesar de todo no se puede derrotar a las mujeres y que si uno es sabio y le desagradan los problemas y el escándalo ni siquiera lo intenta), y sabía que todo lo que el abogado quería era el dinero; y por ello si no cometía el error de creer que podía dominar todo, si simplemente se acordaba de permanecer en silencio y alerta podría dominar parte de ello. —Así que dijo, —De acuerdo— y dejó que su madre metiera su ropa fina y su fina muda de lienzo en los bolsos y baúles, y puede que se dejara ver despreocupadamente por el despacho del abogado y lo observara tras ese algo al que podía llamársele sonrisa mientras el abogado hacía un gesto con el codo para que embarcaran sus caballos en el vapor y acaso le compraba otro ayuda de cámara y

arreglaba lo concerniente al dinero y demás; lo observaba tras la sonrisa mientras el abogado hacía de severo padre, le hablaba de la erudición, de la cultura, del latín y del griego que lo equiparían y pulirían para la posición que ocuparía en la vida y de cómo un hombre podría obtener eso con toda certeza en cualquier lugar, incluso en su propia biblioteca, teniendo voluntad; pero que había algo, alguna cualidad relacionada con la cultura que sólo la monástica, la claustral monotonía de una — digamos desconocida y pequeña (aunque aristocrática, aristocrática) universidad;— y él... —(ninguno de ellos dijo —Bon—. Jamás en ninguna ocasión pareció que hubiera confusión alguna entre ellos en cuanto a quién se refería Shreve con —él—) —... escuchaba cortés y silencioso tras aquella impresión que se suponía que no podías traspasar con la mirada, preguntando finalmente, puede que interrumpiendo, cortés y afable —sin rastro de ironía, sin rastro de sarcasmo— ¿Qué universidad dijo que era?: y ahora más movimiento con los brazos mientras el abogado revolvía los papeles hasta encontrar aquél en el que podía leer aquel nombre que había estado memorizando desde el primer instante en el que habló con la madre: —La Universidad de Misisipi, en—... ¿Dónde dijiste?

—Oxford, —dijo Quentin—. Está a unas cuarenta millas de...

—...Oxford. Y luego los papeles podían volver a quedarse quietos porque él estaba hablando: acerca de una pequeña universidad de sólo diez años, acerca de cómo allí no habría nada que le distrajera de sus estudios (donde, en cierto sentido hasta cierto punto, la misma sabiduría sería virgen o al menos no muy manoseada) y cómo tendría oportunidad de observar otra parte del país una provinciana en la que su alto destino (dando por sentado que el resultado de esta Guerra que sin duda era inminente, cuya conclusión triunfal todos esperaban, de la que nadie dudaba) como el hombre que sería y el poder económico que él representaría cuando su madre pasara a mejor vida, tenía sus raíces; y él escuchaba tras aquella expresión, diciendo, — ¿Luego usted no recomienda el derecho como vocación?— y en ese momento durante un instante el abogado se detendría, pero no por un rato largo; quizá no lo suficientemente largo o lo suficientemente perceptible como para que se le llamara pausa: y además estaría mirando a Bon: —No se me había ocurrido que le pudiese atraer el derecho— y Bon: —Tampoco me atraía practicar con un estoque mientras lo estaba haciendo. Pero puedo traer a la memoria al menos una ocasión en mi vida en la que me alegré de haberlo hecho— y después el abogado, afable y confiado: — Entonces ciertamente deje que sea derecho. Su madre estará de... estará encantada—. —De acuerdo—, dijo, en vez de —Adiós—; no le preocupaba; puede que ni siquiera se despidiera de la ochavona, de aquellas lágrimas y lamentaciones y de hasta posibles abrazos, los suaves brazos desesperados del color de la magnolia alrededor de sus rodillas, y (digamos) tres pies y medio por encima de esas invertidas argollas de acero aquella expresión que no era sonrisa sino simplemente algo a través de lo cual no se debía ver. Porque no puedes derrotarlos: simplemente huyes (y agradeces a Dios que puedas huir, que puedas escapar de esa masiva solidaridad de

apestosas larvas de cinco pies de grosor que cubre la tierra, en la que hombres y mujeres en parejas son colocados y alineados como bolos; gracias a los dioses sean los que sean por esa afilada estaca menguante masculina sin caderas que se adapta ligera y fácil de mover donde las caderas femeninas como cámaras de cartucho los sujetan con fuerza);...sin adiós: de acuerdo: y una noche subió a la pasarela en medio de las antorchas y probablemente sólo estaba allí el abogado para verlo partir no para desearle buen viaje sino para asegurarse de que realmente tomaba la barcaza. Y el nuevo ayudante negro abriría las bolsas en el camarote, extendería las finas ropas, y las damas ya estarían reunidas en el salón para la cena y los hombres en el bar, preparándose para ello pero él no; él estaría solo, en la borda, acaso con un cigarro, contemplando cómo la ciudad se alejaba sin rumbo y titilaba y relucía y se hundía en la distancia (hasta desaparecer) y luego cesaría todo movimiento, la barcaza estaría suspendida inmóvil y sin avanzar de las mismas estrellas por las dos sogas de humo colmadas de chispas que manaban hacia arriba por las chimeneas. Y quién sabe qué pensamientos, qué sobrio sopesar y descartar, él que había sabido durante años que su madre se proponía algo a pesar de que no (probablemente creía que jamás lo sabría) sabía qué; que el abogado se proponía algo y aunque sabía que tan sólo se trataba de dinero, sabía que dentro de sus (las del abogado) conocidas limitaciones masculinas él (el abogado) podía ser casi tan peligroso como lo era su madre; y ahora esto —este centro, la universidad— cuando ya tenía veintiocho años. Y no sólo eso, sino esta universidad en particular, de la que nunca había oído hablar, que diez años antes ni siquiera existía; y también sabía que fue el abogado quien la había elegido para él —qué sobrio, qué atento, qué casi ceñudo *¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué este colegio, éste en particular entre todos los demás?*— quizá allí apoyado en aquella soledad entre el humo y las máquinas jadeantes y a punto de tocar la respuesta, consciente de que sus entremezcladas piezas de rompecabezas esperaban, en sigilo, más allá de su alcance, inextricables, revueltos, e irreconocibles pero a punto de juntarse en un diseño que le revelaría de una vez, como un relámpago de luz, el significado de su vida entera, el pasado —Haití, la infancia, el abogado, la mujer que era su madre. Y puede que la misma carta estuviera justo allí bajo sus pies, en algún lugar en la oscuridad bajo la cubierta sobre la que se encontraba —la carta que no se dirigía a Thomas Sutpen en el Ciento de Sutpen sino a Henry Sutpen, caballero, en la Residencia de la Universidad de Misisipi, cerca de Oxford, Misisipi: y un día Henry se la mostró y no hubo un suave fulgor que se extendiera sino un relámpago, una luz cegadora (que no solamente no tenía un padre visible sino que se había encontrado, incluso en su infancia, cercado por una insomne conjura obstinada aparentemente en revelarles que jamás lo había tenido, que su madre había surgido de una estancia en el limbo, de ese estado de bendita amnesia en el que los débiles sentidos pueden refugiarse de las oscuras fuerzas y poderes malignos que la débil carne humana no puede resistir, para despertarse encinta, chillando y gritando y retorciéndose, no contra la inexorable agonía del parto sino en protesta contra el ultraje de sus

hinchadas entrañas; que él había sido engendrado en ella no por ese proceso natural sino que había sido introducido y extirpado de su cuerpo por el viejo infernal principio masculino inmortal de todos los desenfrenados terrores y tinieblas) en la cual permaneció mirando el rostro inocente del joven casi diez años menor que él, mientras una parte de él decía *Mi frente mi cráneo mi mandíbula mis manos* y la otra decía *Espera. Espera. Aún no puedes saber. Aún no puedes saber si lo que ves es lo que estás mirando o lo que estás creyendo. Espera. Espera.* —La misiva que él...— ahora no era a Bon a quien se refería, aun así otra vez Quentin parecía comprender sin dificultad ni esfuerzo a quién se refería —... escribió quizá en cuanto terminó aquella última anotación en el informe, en el *¿hija? ¿hija? ¿hija?* mientras pensaba *De ningún modo debe saberlo ahora, no se le debe decir antes de que pueda llegar allí y él y la hija*— sin recordar nada acerca del amor juvenil de su propia juventud y no lo hubiera creído de haberlo tenido, pero estaba dispuesto a usarlo también como habría usado el coraje y el orgullo, sin pensar en ninguna callada bárbara sangre importuna ni en ligeras manos ávidas por tocar, sino en el hecho de que este Oxford y el Ciento de Sutpen solamente se encontraban a un día de distancia a caballo y que Henry ya estaba instalado en la universidad y por eso tal vez por una vez en su vida el abogado incluso creyó en dios: *Mi querido señor Sutpen: El nombre del abajo firmante le será desconocido, al igual que la posición y circunstancias del que escribe, a pesar de todo su mostrado valor y (espero) su valía, tan notable como para garantizar la esperanza de que alguna vez lo verá en persona o usted a él —valor mostrado por y valía otorgada a dos personas de cuna y posición, una de las cuales, una dama y madre viuda, reside en ese retiro adecuado a su posición en la ciudad desde la que se escribe esta misiva, y la otra, un joven caballero hijo suyo, será o bien en el instante en el que lea esto, o poco después un demandante ante el mismo foro de conocimiento y sabiduría como usted. Es en su nombre en el que escribo. No: no diré en su nombre; ciertamente no permitiré que esta dama que es su madre ni que el propio caballero joven sospechen que he usado ese término, ni siquiera dirigiéndome a uno, señor, que es vástago de la principal familia de esa región como es su fortuna el serlo. En verdad, más me valdría no haberle escrito en absoluto. Pero lo hago; lo he hecho; ya es irrevocable; si percibe algo en esta misiva que sugiera humildad, tómelo no como venido de la madre ni ciertamente del hijo, sino de la pluma de uno cuya humilde posición de consejero legal y hombre de negocios al servicio de la dama y el joven caballero arriba descritos, cuya lealtad y gratitud hacia uno cuya generosidad le ha proporcionado (esto no lo confieso; lo proclamo) pan y carne y fuego y cobijo durante un período lo bastante largo para haberle enseñado gratitud y lealtad incluso si no los hubiera conocido, le ha conducido a una acción cuyos medios no alcanzaron su propósito por la sencilla razón de que él es solamente lo que es y lo que profesa ser, no lo que quisiera. Por lo que no tome esto, señor, como la insolencia sin justificación que una información no solicitada de mí dirigida a usted supondría, ni como una petición de paciencia de parte de un*

*desconocido, sino como una presentación (aunque torpe) a un joven caballero cuya posición no requiere ni ser detallada ni recapitulada en el lugar en el que se lea esta carta, de otro joven caballero cuya posición no requiere ni ser detallada ni recapitulada en el lugar en el que fue escrita.* —Sin adiós; de acuerdo, él que había tenido tantos padres que no tenía ni amor ni orgullo para recibir o infligir, ni honor ni vergüenza para compartir o legar; para quien un lugar era igual que otro, lo mismo que un gato— la Nueva Orleans cosmopolita o el Misisipi bucólico: sus propias lámparas florentinas heredadas y heredables y sus letrinas doradas y sus espejos (cornucopias) recargados, o una pequeña universidad remota y sin importancia que no tenía ni diez años, champaña en el vestidor de la ochavona o whisky en una tosca mesa nueva en la celda de un monje y un joven de campo, un bucólico heredero evidente que probablemente jamás había pasado una docena de noches fuera de su casa paterna (excepto tal vez para yacer completamente vestido junto a un fuego en los bosques escuchando correr a los perros) hasta que vino al colegio, a quien observaba cómo imitaba su vestimenta porte palabras y demás y sin que (el joven) se diera cuenta en absoluto de que lo estaba haciendo, él (el joven) que una noche ante la botella dijo, impulsivamente —no, no impulsivamente: más bien titubeando, tanteando: y él (el cosmopolita casi diez años mayor que el joven, apoyado descuidadamente con uno de esos batines de seda como jamás había visto otro igual antes y que creía que sólo las mujeres vestían) observaba cómo el joven se ruborizaba de un rojo intenso mas sin apartar el rostro, aún mirándolo a los ojos mientras titubeaba, tanteaba, prorrumplía con súbita y completa irrelevancia: —Si tuviera un hermano, no querría que fuera un hermano más joven— y él: —¿Eh?— y el joven: —No. Querría que fuese mayor que yo— y él: —Ningún hijo con un padre terrateniente quiere un hermano mayor— y el joven: —Sí. Yo—, mirando de frente al otro, el esotérico, el sibarita, de pie (el joven) ahora, erguido, esbelto (porque era joven), con el rostro escarlata pero con la cabeza alta y los ojos serenos: —Sí. Y querría que fuera exactamente como tú— y él: —¿De veras? El whisky está a tu lado. Bebe o pasa—.

—Y ahora, —dijo Shreve—, vamos a hablar de amor—. Pero tampoco era necesario que dijera eso, no más que había necesitado especificar a lo que él se refería, ya que ninguno de ellos había estado pensando en otra cosa; todo lo que había pasado antes simplemente otro tanto que tenía que ser superado y no había nadie más allí presente para superarlo excepto ellos, del mismo modo que siempre tiene alguien que reunir con el rastrillo las hojas antes de que se pueda hacer la hoguera. Ésa fue la razón por la que a ninguno de ellos le importó cuál hablara, puesto que no era la conversación sola lo que lo hacía, lo que realizaba y llevaba a cabo la superación, sino algún feliz casamiento del habla y la escucha en el que cada uno antes de la demanda, del requerimiento, perdonaba condonaba y olvidaba los fallos del otro — fallos tanto en la creación de esta sombra que discutían (más bien, en la que existían) y en la audición y filtración y en el acto de descartar lo falso y conservar lo que parecía cierto, o se adaptaba a lo preconcebido— a fin de superar para amar, en

donde podría haber paradoja e inconsistencia pero nada sería fallo ni falso. —Y ahora, el amor. Debía haberlo sabido todo sobre ella antes de llegar a verla— cómo era su aspecto, sus horas privadas en aquel mundo femenino de provincias del que se supone que ni siquiera los hombres de la familia saben gran cosa; debió haberse enterado de ello sin tener siquiera que hacer una sola pregunta. Dios mío, debió haber sido como si le desbordara todo por encima. Debieron ser noches y noches mientras Henry aprendía de él cómo pasearse con abandono por una habitación con un atuendo y chinelas como las que las mujeres vestían, con un tenue pero inconfundible efluvio de perfume como el que las mujeres usaban, fumando un cigarro casi como lo podría fumar una mujer, pero además con tal aire de indolente y letal seguridad que solamente el más temerario de los hombres hubiera hecho sin necesidad la comparación (y sin esfuerzo alguno de su parte por enseñar, preparar, hacer el papel de mentor —y luego tal vez sí, tal vez quién podría saber cuántas veces lo miró al rostro y pensó, *no allí si no fuera por la levadura intermedia de esa sangre que no tenemos en común está mi cráneo, mi frente, mis cuencas, la forma y el ángulo de la mandíbula y la barbilla y algo de mi pensamiento detrás, y lo que podría ver a su vez en mi rostro si él tan sólo supiera mirar como yo sé sino allí, simplemente un poco por detrás, un poco oscurecido por esa sangre ajena cuya mezcla fue necesaria para que él existiera está el hombre del rostro que nos modeló a ambos a partir de aquella ciega oscuridad incierta a la que llamamos el futuro; allí... allí... en cualquier momento, segundo, penetraré a fuerza de algo de voluntad y concentración y terrible necesidad, y arrancaré de ella esa levadura ajena y no contemplaré el rostro de mi hermano de quien no supe que lo poseía y al que por lo tanto nunca eché de menos, sino al de mi padre, surgiendo de la sombra de cuya ausencia jamás ha escapado la posteridad de mi espíritu;*— en qué momento pensaba, observaba el afán que no tenía abyección, la humildad que se rendía al no orgullo —la total ofrenda del espíritu del que la imitación inconsciente de ropajes y palabras y amaneramientos no eran sino el envoltorio— pensaba *qué no puedo hacer con esta carne y hueso voluntariosos si lo deseo; esta carne y hueso y espíritu que nacieron de la misma fuente que los míos, pero que surgieron en medio de tranquila paz y complacencia y corrieron a la luz estable aunque monótona del sol, en donde eso que él me legó surgió en medio del odio y el ultraje y el no-perdón y corrió en la sombra —qué no podría yo moldear con esta arcilla maleable y dispuesta que ese mismo padre no pudiera— a qué forma del bien que podría, debe, haber en esa sangre sin nadie hábil para tomar y moldear esa porción en mí hasta que sea demasiado tarde: o qué momentos en los que acaso se hubiera dicho a sí mismo que eran tonterías, que no podía ser cierto; que coincidencias tales sólo ocurren en los libros, pensaba —el hastío, el fatalismo, la incorregible fuerza de la soledad— Ese pequeño bastardo patán. Cómo me libraré de él: y luego la voz, la otra voz: No lo dices en serio: y él: No. Pero sí creo lo de patán bastardo) y los días, las tardes, mientras cabalgaban juntos (y Henry también lo imitaba en eso, siendo el mejor jinete, que quizá no tenía nada de lo que Bon hubiera*

llamado estilo pero que lo había aprovechado mejor, para quien un caballo era algo tan natural como el caminar, que montaría cualquier cosa en cualquier sitio y en cualquier ocasión) mientras debió observar cómo él mismo se ahogaba y se sumergía en el brillante torrente irreal de las palabras de Henry, trasladados (ellos tres: su persona y Henry y la hermana a la que jamás había visto y por la que tal vez ni siquiera sentía curiosidad alguna de ver) a un mundo de cuento de hadas en el que no existía nada salvo ellos, cabalgaba junto a Henry, escuchando, sin necesidad de hacer preguntas, de estimular a seguir hablando de cualquier manera a aquel joven que ni siquiera sospechaba que él y el hombre que estaba a su lado podrían ser hermanos, que cada vez que su aliento atravesaba las cuerdas vocales estaba diciendo *De ahora en adelante mi casa y la de mi hermana será tu casa y las vidas de mi hermana y mía tu vida*, preguntándose (Bon) —o quizá no se preguntara en absoluto— que si las condiciones se invirtieran y Henry fuera el extraño y él (Bon) el vástago y aún supiera lo que sospechaba, si diría lo mismo; después (Bon) asentía finalmente, decía al fin, —De acuerdo. Iré a tu casa contigo por Navidad—, no para ver al tercer habitante del cuento de hadas de Henry, no para ver a la hermana porque no había pensado ni una sola vez en ella: simplemente había escuchado hablar de ella: pero pensaba *Así que al fin lo veré, a quien parece que se me educó para no esperar verlo jamás, sin el que incluso había aprendido a vivir*, quizá pensaba cómo entraría en la casa y vería al hombre que lo engendró y entonces sabría; habría ese relámpago, ese instante de reconocimiento indiscutible entre ellos y él sabría con certeza y para siempre —acaso pensando *Eso es todo lo que quiero. No tiene por qué reconocermesiquiera; le daré a entender inmediatamente que no necesita hacer eso, que yo no espero eso, que no me hará daño por eso, de la misma forma que él me dará a entender igual de rápidamente que soy su hijo*, pensando tal vez, acaso de nuevo con esa expresión a la que se podría llamar sonrisa pero que no lo era, que simplemente era algo más allá de lo cual ni siquiera se pretendía que viera un patán bastardo: *Soy el hijo de mi madre, al menos: parece que tampoco sé lo que quiero*. Porque sabía exactamente lo que quería; simplemente era decirlo —el contacto físico aunque fuera en secreto, a escondidas— el vivido contacto de esa carnalidad entibiada antes de que naciera por la misma sangre con la que le había legado entibiar la suya propia, para ser legada a su vez por él para que corriese caliente y estruendosa por venas y extremidades después de que aquella primera carne y después la suya muriera. Y llegó la Navidad y él y Henry cabalgaron las cuarenta millas hasta el Ciento de Sutpen, con Henry aún hablando, manteniendo aún dilatado y ligero e iridiscente con aliento constante aquel mágico vacío de globo en el que ellos tres existían, vivían, y quizá hasta se movían, en actitudes carentes de carne —él mismo y el amigo y la hermana a la que el amigo jamás había visto y (aunque Henry lo desconocía) en la que ni siquiera había pensado todavía sino de la que había escuchado hablar por detrás de sus pensamientos más imperiosos, y posiblemente Henry no se daba cuenta de que cuanto más se acercaban a su casa menos hablaba Bon, tenía menos que decir



sobre cualquier asunto, y quizá hasta (y ciertamente Henry ignoraría esto) escuchaba menos. Y entró en la casa: y quizá alguien que lo observase hubiera visto en su rostro una expresión muy parecida a aquella —aquel ofrecerse con humildad aunque también con orgullo, de rendición total— que solía haber visto en el rostro de Henry, y tal vez se decía a sí mismo *No solamente desconozco qué es lo que quiero sino que al parecer también soy mucho más joven de lo que pensaba*: y vio cara a cara al hombre que podría ser su padre, y nada sucedió —ninguna conmoción, ninguna cálida carne comunicada a aquella a la que las palabras hubieran sido demasiado lentas para perturbar... nada. Y pasó allí diez días, no sólo el esotérico, el sibarita, la hoja de acero dentro de la vaina de seda recamada que Henry había empezado a copiar en la universidad, sino como el objeto de arte, molde y espejo de modales y moda que la señora Sutpen (eso decía tu padre) aceptó e insistió (¿no lo decía tu padre?) que fuera (y tal y como lo habría comprado y pagado por él incluso con Judith, si no hubiera habido ningún otro postor entre los cuatro —¿o no lo decía tu padre?) y lo que siguió siendo para ella hasta que desapareció, llevándose a Henry con él, y ella nunca lo volvió a ver y la Guerra y las dificultades y el dolor y la mala comida llenaron sus días hasta que quizá ni siquiera recordó después de un tiempo que lo había olvidado. (Y la muchacha, la hermana, la virgen— Dios mío, quién sabe lo que vio aquella tarde en la que se acercaron a caballo por el sendero, qué oración, qué meditativo sueño de doncella surgido a caballo de alguna tierra fabulosa, no vistiendo el duro hierro de la cocina sino el sedoso y trágico hierro de Lanzarote cercano a los treinta, diez años mayor que ella y cansado, saciado de las experiencias y placeres, que las misivas de Henry debieron crear para ella). Y llegó el día de partir y aún no hubo señal; él y Henry se alejaron cabalgando y siguió sin haber señal, no hubo más señal en la despedida que cuando le hubo visto por primera vez, en ese rostro en el que podría (creía él) haber visto por sí mismo la verdad sin que de esa forma hubiera necesitado señal alguna, si no hubiera sido por la barba; ninguna señal en los ojos que podían ver su rostro porque no había barba que lo ocultara, que podían haber visto la verdad si estuviera allí: pero no hubo pestañeo: y así supo que estaba en su rostro porque supo que el otro lo había visto allí simplemente de la misma forma que Henry iba a saber la próxima Nochebuena en la biblioteca que su padre no mentía por el hecho de que el padre no dijo nada, no hizo nada. Puede que incluso pensara, se preguntara si acaso ése no sería el porqué de la barba, si quizá el otro no se había escondido tras aquella barba preparándose para este mismo día, y en tal caso, ¿por qué? ¿por qué? pensaba *Pero ¿por qué? ¿Por qué?* puesto que quería tan poco, podía haberlo comprendido si el otro hubiera querido que la señal fuera secreta, hubiera estado presto y contento de permitir que fuera secreta aunque no pudiera entender por qué, pensaba en medio de esto *Dios mío, soy joven, joven, y ni siquiera lo sabía; ni siquiera me lo dijeron, que era joven*, sintiendo la misma desesperación y vergüenza como cuando tienes que presenciar cómo tu padre va perdiendo el coraje físico, pensaba *Debería haber sido yo quien decayera; yo, yo, no*

*aquel que nació de esa sangre que ambos llevamos antes de que pudiera volverse corrupta e infecta por aquello que hubiera en la de mi madre que él no pudo tolerar.* —Espera—, gritó Shreve, aunque Quentin no había hablado: simplemente había sido alguna cualidad, un replegarse de la figura aún laxa y encorvada de Quentin que presagiaba el habla, la razón de que Shreve dijera Espera. Espera. Antes de que Quentin pudiera haber empezado a hablar. —Porque ni siquiera la había mirado. Oh, claro que la había visto, había tenido muchas oportunidades para eso; no le había quedado otro remedio porque la señora Sutpen se había ocupado de ello— diez días de esa especie de reuniones secretas planeadas y organizadas y ejecutadas como las campañas de los generales muertos de los manuales, de bibliotecas y recibidores y paseos en la calesa por las tardes —todas planeadas tres meses antes cuando la señora Sutpen leyó la primera misiva de Henry con el nombre de Bon, hasta que quizá Judith también empezara a sentirse como la otra parte de una pareja de pececillos de colores: y él también le hablaba, o la clase de conversación que podía llegar a tener con una muchacha de campo que probablemente jamás había visto antes un hombre joven o viejo que tarde o temprano no oliese a abono; le hablaba como solía hablarle a la vieja señora sentada en los dorados sillones del recibidor, salvo que en un caso él tenía que hacer toda la conversación y en el otro ni siquiera era capaz de planificar su propia escapada sino que tenía que esperar a que Henry llegara y lo rescatara. Y acaso ya había estado pensando en ella por aquel entonces; quizá las veces en las que él solía decirse a sí mismo *no puede ser así; él no podría mirarme de esta forma todos los días sin hacer señal alguna si fuese así* incluso se decía *Ella sería fácil* como cuando te has dejado el champaña sobre la mesa de la cena y estás yendo en busca del whisky del aparador y por casualidad pasas al lado de una copa de sorbete de limón que está en una bandeja y miras el sorbete y te dices, Eso también sería fácil sólo que quién lo quiere... ¿Te satisface?—

—Pero no es amor, —dijo Quentin.

—¿La razón por la que no? Escucha la razón. ¿Qué fue lo que la vieja señora, la tía Rosa, te dijo acerca de que hay algunas cosas que simplemente tienen que ser existan o no, que tienen que ser condenadamente mucho más que otras cosas que quizá existen y que no importa un carajo si existen o no? Pues eso es. Él no tenía tiempo todavía. Dios mío, debía saber que sería así. Como pensaba aquel abogado, no era ningún tonto; el problema era que, no era la clase de no-tonto que el abogado pensaba que era. Debía saber que iba a suceder. Era como si tú pasaras de largo ese sorbete y tal vez supieras incluso que alcanzarías el aparador y el whisky, y sin embargo supieras que mañana por la mañana querrás ese sorbete, entonces alargarías el brazo hacia el whisky y comprenderías que querías ese sorbete en aquel preciso momento; puede que ni siquiera fueras hasta el aparador, quizá hasta volviste la vista hacia aquel champaña sobre la mesa de la cena en medio de la vajilla sucia de haviland y el damasco arrugado, y de repente supiste que ni siquiera querías volver allí. No sería una cuestión de elegir, de tener que elegir entre el champaña o el whisky

y el sorbete, sino que de repente (entonces sería primavera, en aquella región en la que él jamás había pasado una primavera antes y tú dijiste que el norte de Misisipi era una región un poco más cruda que Luisiana, con cornejos y violetas y las flores tempranas sin olor pero la tierra y las noches aún un poco frías y los duros brotes pegajosos y apretados como los pezones de las jovencitas en los alisos y en árboles del amor<sup>[92]</sup> y en hayas y arces y hasta había algo joven en los cedros como nunca había visto antes) descubres que no quieres nada salvo ese sorbete y que no has querido otra cosa salvo eso y que has estado esperando eso ansiosamente durante algún tiempo —además de saber que ese sorbete está ahí para que lo cojas. No para que lo coja cualquiera sino para que lo cojas tú, sabiendo simplemente con mirar esa copa que sería como una flor que, si alguna otra mano la cogiera, se llenaría de espinas mas no para tu mano; y él no estaba acostumbrado a eso puesto que todas las demás copas que habían estado dispuestas y accesibles para que él las cogiera no habían contenido sorbete sino champaña o al menos vino de mesa. Y más que eso. Estaba el saber que lo que sospechaba podría ser así, o el no saber si lo era o no. Y quién podría decir si no existió tal vez la posibilidad de incesto, porque quién (sin una hermana: desconozco lo que dirán los demás) no ha estado enamorado y ha descubierto la vana evanescencia del encuentro carnal; quién no ha tenido que darse cuenta de que cuando en breve todo se ha consumado debe retirarse del amor y del placer, recoger su propia basura y rehusar —los sombreros y pantalones y zapatos que uno arrastra por el mundo— y retirarse puesto que los dioses condonan y practican éstas y el inconmensurable acoplamiento soñador que flota olvidado por encima del instante atrapado en una red y acribillado, él: *no-era: es: fue:* es un gaje privilegio sólo de elefantes y ballenas hinchados y sin peso: pero quizá si también hubiera pecado tal vez no se le permitiría escapar, desacoplarse, regresar. —¿No es eso cierto?— Hizo una pausa; se le podría haber interrumpido fácilmente en ese momento. Quentin podría haber hablado entonces, pero Quentin no lo hizo. Simplemente se quedó sentado como antes, las manos en los bolsillos de los pantalones, los hombros echados hacia dentro y enroscados, el rostro inclinado y de alguna forma parecía curiosamente más pequeño de lo que era en realidad por su verdadera estatura y esbeltez —esa cualidad de delicadeza en los huesos, articulaciones, que incluso a los veinte aún tenían algo, algún último eco a su alrededor, de adolescencia— o sea, en comparación con la corpulencia querúbrica del otro que estaba frente a él, que parecía más joven, cuya misma superioridad en masa y desplazamiento le hacía parecer todavía más joven, como un rollizo muchacho de doce años que sobrepasa en veinte o treinta libras de peso al otro sigue pareciendo más joven que el muchacho de catorce que una vez tuvo esa carnosidad y la perdió, la vendió (con su consentimiento o no) a cambio de ese estado de virginidad que no es propio de chico ni de chica.

—No sé, —dijo Quentin.

—Está bien, —dijo Shreve—. Quizá yo tampoco lo sé. Sólo que, Dios mío, algún

día has de enamorarte. No te derrotarían de esa forma. Sería como si Dios hubiera hecho nacer a Jesús y viera que Él tenía las herramientas de carpintero y luego nunca le diera a Él nada que construir con ellas. ¿No crees eso?

—No sé, —dijo Quentin. No se movió. Shreve lo observó. Incluso cuando no estaban hablando sus respiraciones se evaporaban suave y silenciosamente en el aire sepulcral. Las campanadas de la medianoche habían sonado hacía ya algún tiempo.

—¿Quieres decir, que no te importa? —Quentin no contestó—. Está bien. No lo digas. Porque sabría que estás mintiendo. —De acuerdo entonces. Escucha. Porque nunca tuvo que preocuparse por el amor porque ese tema se cuida de sí mismo. Puede que supiera que había un destino, un infortunio sobre él, como lo que te dijo la vieja tía Rosa sobre algunas cosas que simplemente tienen que ser existan o no, simplemente para equilibrar los libros, para escribir *Pagado* en la vieja página para que quien sea que los lleve pueda quitarla del libro mayor y quemarla, librarse de ella. Puede que supiera entonces que fuera lo que fuera lo que el viejo había hecho, tuviera buenas o malas intenciones al hacerlo, no iba a ser el viejo quien tuviera que pagar la cuenta; y ahora que el viejo estaba en bancarrota por la incompetencia de la edad, ¿quién habría de pagar si no lo hacían sus hijos, su engendro, porque no se hacía de ese modo antaño? el viejo Abraham cargado de años y débil e incapaz ya de hacer más daño, sería finalmente atrapado y los capitanes y los recaudadores dirían, —Anciano, no te queremos— y Abraham diría, —Demos gracias al Señor, he criado en tomo mío hijos para que lleven el fardo de mis infamias y persecuciones; sí, quizá para que también traigan de vuelta mis rebaños y manadas de la mano del raptor: que pueda yo descansar mis ojos en mis bienes y enseres, en generaciones de ellos y de mis descendientes centuplicadas cuando el alma me abandone—. Supo todo el tiempo que el amor cuidaría de sí mismo. Tal vez fue por eso por lo que no tuvo que pensar en ella durante aquellos tres meses que mediaron entre aquel septiembre y aquellas Navidades mientras Henry le hablaba de ella, diciéndole cada vez que respiraba: *Su vida y la mía han de existir dentro y sobre la tuya*; no hubo necesidad de gastar tiempo alguno en el amor después de que ocurriera, de que le saliera el tiro por la culata, por lo que nunca se molestó en escribirle cartas (excepto aquella última) que ella querría guardar, por lo que de hecho jamás se declaró a ella ni le dio un anillo para que la señora Sutpen lo mostrara. Porque el infortunio también pesaba sobre ella: el mismo viejo Abraham que era ahora tan viejo y débil que nadie lo querría como carne para pagar una deuda; puede que ni siquiera tuviera que esperar aquellas Navidades a verla para conocer esto; puede que fuera eso lo que resultó de los tres meses de conversación de Henry que oyó sin escuchar: *No estoy oyendo hablar acerca de una jovencita, una virgen; estoy oyendo hablar de un estrecho terreno virgen delicado y cercado ya arado y plantado deforma que todo lo que será necesario que haga es dejar caer en él la semilla, y acariciarlo de nuevo hasta alisarlo*, la vio aquella Navidad y lo supo con certeza y luego lo olvidó, volvió a clases y ni siquiera se acordó de que lo había olvidado, porque entonces no tenía

tiempo; quizá fue un día en aquella primavera de la que hablaste cuando se detuvo y dijo, muy tranquilo: *Muy bien. Quiero acostarme con quien podría ser mi hermana. Muy bien* y luego también olvidó eso. Porque no tenía tiempo. Es decir, no tenía otra cosa excepto tiempo, porque tenía que esperar. Pero no por ella. Eso estaba arreglado. Era lo otro. Tal vez pensó que estaría en la saca del correo cada vez que el negro cabalgaba desde el Ciento de Sutpen y Henry creía que era su carta la que él estaba esperando cuando lo que estaba pensando era *Tal vez me lo diga por escrito. Simplemente tendría que escribir —Soy tu padre. Quema esto— y yo lo haría. O si no así, una hoja un pedazo de papel con una única palabra —Charles— de su puño, y sabría lo que quería decir y no tendría siquiera que pedirme que lo quemara. O un mechón de su cabello o una escama de uña de su dedo y los reconocería porque ahora creo que he sabido toda mi vida cómo serían su cabello y las uñas de sus dedos, sería capaz de elegir ese mechón y ese trozo de entre mil.* Y no llegó y su carta le llegaba a ella cada dos semanas y la suya regresaba a él y tal vez pensó *Si una de mis cartas a ella me fuera devuelta sin abrir entonces. Ésa sería una señal.* Pero eso no sucedió: y después Henry empezó a hablar de un alto en el Ciento de Sutpen durante un día o más de camino a su casa y él lo aceptó, dijo *Será Henry quien recibirá la carta, la carta que diga que no es conveniente que yo vaya en esa época; según parece no tiene intención de reconocermelo como su hijo, pero al menos lo habré obligado a admitir que lo soy.* Y ésa tampoco llegó y la fecha fue fijada y se notificó a la familia del Ciento de Sutpen y esa carta tampoco llegó y pensó *Será entonces; lo he ofendido; puede que esto sea lo que él ha estado esperando* y tal vez su corazón dio un vuelco entonces, tal vez dijo *Sí Sí. Renunciaré a ella; renunciaré al amor y a todo; será miserable, miserable, aunque me diga —jamás vuelvas a mirarme a la cara; toma mi amor y mi reconocimiento en secreto, y vete— haré eso; ni siquiera exigiré saber de él qué fue lo que mi madre hizo que justificara su conducta hacia ella y hacia mí.* Así que llegó el día y él y Henry volvieron a recorrer a caballo las cuarenta millas, atravesando el portón y ascendiendo por el sendero hacia la casa. Sabía lo que habría allí —la mujer a la que había visto una vez y adivinado, la muchacha a la que había adivinado sin tener que verla una vez siquiera, el hombre al que había visto a diario, al que había observado desde su terrible intensidad de necesidad y jamás había penetrado;— la madre que había llevado a Henry aparte antes de que hubieran estado seis horas en la casa en aquella visita de Navidad y le informó del compromiso casi antes de que el prometido hubiera tenido tiempo de asociar el nombre de la hija con el rostro de la hija: de modo que probablemente antes de que hubieran ido de vuelta a la universidad, y sin que se diera cuenta de que lo había hecho, Henry ya le había contado a Bon lo que su madre tenía en mente (que ya le había dicho a Bon lo que tenía en la suya); por lo que tal vez antes de que emprendieran la segunda visita de Bon —(ahora sería junio y ¿cómo sería en el norte de Misisipi? ¿qué fue lo que dijiste? Las magnolias en flor y los sinsontes, y dentro de cincuenta años más, después de haber ido y luchado y perdido y vuelto a casa, el

día de las Condecoraciones y los veteranos con los uniformes grises bien cepillados y planchados las espurias medallas de bronce que nunca significaron nada para empezar, y las jovencitas elegidas con vestidos blancos atados a la cintura con cinturones carmesíes y la banda tocaría Dixie y todos los viejos achacosos gritarían a pleno pulmón de forma que no hubieras pensado que hubieran tenido resuello suficiente para llegar allí, ni siquiera para bajar andando a la ciudad para sentarse en la tribuna)— ahora sería junio, con las magnolias y los sinsontes a la luz de la luna y las cortinas agitándose con el viento de junio de ceremonia de graduación y la música, violines y triángulos, dentro entre los miriñaques ondulantes y reverenciosos: y Henry estaría un poco alegre que debía haber estado diciendo —Exijo conocer tus intenciones respecto a mi hermana— pero no lo estaba diciendo, en cambio tal vez se volvía a ruborizar incluso a la luz de la luna, pero de pie firme y ruborizado porque cuando uno es lo suficientemente orgulloso para ser humilde no tiene que acobardarse (que cada vez que respiraba por encima de sus cuerdas vocales decía *Te pertenecemos; haz lo que quieras con nosotros*), decía —solía pensar que odiaría al hombre a quien tuviera que mirar todos los días y cuyos solos movimientos y acciones y palabras me dirían, Yo he visto y tocado partes del cuerpo de tu hermana que tú jamás verás ni tocarás: y ahora sé que lo odiaré y es por eso por lo que quiero que ese hombre seas tú—, conociendo que Bon sabría lo que quería decir, lo que estaba intentando decir, decirle a él, pensando, diciéndose a sí mismo (Henry): *No es simplemente porque él es mayor que yo y ha conocido más de lo que yo jamás conoceré y ha recordado más de ello; sino porque por mi propia libre voluntad, y no importa si lo sabía en aquel momento o no, le entregué mi vida y la de Judith a él...*

—Sigue sin ser amor, —dijo Quentin.

—De acuerdo, —dijo Shreve—. Simplemente escucha. —Recorrieron a caballo las cuarenta millas y atravesaron el portón de la verja y llegaron a la casa y esta vez Sutpen ni siquiera estaba allí. Y Ellen no sabía adonde había ido, creyendo dócil y rápidamente que se había ido a Memphis o quizá a Saint Louis de negocios, y a Henry y Judith ni les importaba, y solamente él, Bon, iba a saber adonde había ido Sutpen, diciéndose a sí mismo *Desde luego; él no estaba seguro; tenía que ir hasta allí para asegurarse*, ahora diciéndose eso a sí mismo en voz alta, alta y además rápida para que no oyera, no pudiera oír el pensamiento, el *Pero si él sospechaba, ¿por qué no habérmelo dicho? Yo hubiera hecho eso, habría acudido a él primero, que poseo la sangre después de que fuera manchada y corrompida por lo que fuera que tenía Madre*; ahora en voz alta y rápida, diciéndose a sí mismo *Eso es lo que ocurre; tal vez ha ido delante de mí para esperarme; no dejó mensaje alguno para mí aquí porque los otros no tienen aún que sospecharlo y sabe que sabré de inmediato dónde está cuando descubra que se ha ido*, pensando en ellos dos, la sombría mujer vengativa que era su madre y el hombre inflexible como una roca que lo había mirado a diario durante diez días sin ninguna alteración en su expresión en absoluto, enfrentándose en un severo armisticio tras casi treinta años en aquella recargada sala

barroca en esa casa que él llamaba hogar puesto que en apariencia parecía que todos tenían que tener un hogar, el hombre que ahora estaba seguro de que era su padre sin ser humilde tampoco ahora (sin que tampoco ahora fuera humilde) (y él, Bon, orgulloso de ello), sin decir siquiera ahora *Estaba equivocado* sino *Admito que es así* —Dios mío, piensa en su corazón entonces, durante esos dos días, con la vieja muchacha echándole encima a Judith porque había estado difundiendo la nueva del compromiso de modo confidencial por la región desde Navidad— ¿no dijo tu padre que incluso se había llevado a Judith a Memphis en la primavera para comprar el ajuar? —y Judith ni teniendo que acceder al asedio ni que rechazarlo sino simplemente estando, existiendo y respirando como lo hacía Henry que tal vez una mañana durante aquella primavera se despertó y se quedó inmóvil en la cama e hizo cuentas, sumó las cifras y sacó el balance y se dijo a sí mismo, *De acuerdo. Estoy tratando de convertirme en lo que pienso que él quiere que yo sea; puede hacer todo lo que quiera conmigo; sólo tiene que decirme qué tengo que hacer y lo haré; aunque lo que me pida hacer me parezca una deshonra, lo haría aún, sólo que Judith, siendo una mujer y por ello más sagaz, ni siquiera pensaría en la deshonra: simplemente diría, De acuerdo. Haré todo lo que pueda pedirme que haga y ésa es la razón por la que jamás me pedirá que haga algo que yo considere deshonoroso: así que (quizá él incluso la besó aquella vez, quizá la primera vez que la habían besado y ella era demasiado inocente para ser coqueta o modesta o hasta para saber que estaban acomodándose a ella, quizá después lo mirara con una especie de pacífica y vacía sorpresa ante el hecho de que en apariencia tu novio te besara por vez primera como lo haría tu hermano— por supuesto siempre que a tu hermano se le ocurriera, pudiera ser inducido a, besarte en la boca) —así que cuando pasaron los dos días y él se volvió a ir y Ellen le chilló, —¿Qué? ¿Ni compromiso, ni promesa, ni anillo?— ella estaría demasiado asombrada hasta para mentirle sobre ello porque sería la primera vez que se le habría ocurrido que no había habido petición de mano. —Piensa en su corazón entonces, mientras cabalgaba hacia el Río, y después en el vapor mismo en el que recorría arriba y abajo la cubierta, sintiendo a través de la cubierta las máquinas que lo conducían cada vez más cerca día y noche hacia el momento que debía darse cuenta ahora que había estado esperando desde que se hizo lo bastante mayor para comprender. Desde luego de vez en cuando tenía que decirlo bastante rápido y en voz alta, *Eso es todo lo que es. Solamente quiere asegurarse primero* para ahogar el viejo *Pero ¿por qué hacerlo de esta manera? ¿Por qué no de vuelta allí? Sabe que jamás reclamaré parte alguna de lo que ahora posee, ganado a costa de cuánto sacrificio y fortaleza y desprecio (eso me dijeron; no él: ellos) sólo él lo sabe; lo sabe tan bien que jamás se le habría ocurrido de la misma forma que sabe que jamás se me ocurriría que esto pudiera ser su motivo, que no sólo es generoso sino implacable, que debió entregar todo lo que él y madre poseían a ella y a mí como el precio por repudiarla, no porque el hacerlo de esta manera lo hiriese, le hiciese burla y lo mantuviera en suspenso durante un rato tan innecesariamente largo, porque él no**

importaba; no importaba que estuviese molesto o fuese crucificado: era el hecho de que se le tenía que estar recordando continuamente que él mismo no lo hubiera hecho de esta forma, aunque hubiese nacido de la sangre después de que fuera lo que fuera lo que su madre había sido o hecho la hubiera viciado y corrompido. —Cada vez más cerca, hasta que suspense y confusión y prisa y todo parecieron fundirse en un acto sublime de rendición pasiva en la que solamente pensaba *De acuerdo. De acuerdo. Incluso de esta forma. Incluso si quiere hacerlo de esta forma. Prometeré no volver a verla jamás. No volver a verlo a él jamás.* Luego llegó a casa. Y nunca descubrió si Sutpen había estado allí o no. Nunca lo supo. Lo creía así, mas nunca lo supo —su madre la misma sombría inmutable fiera paranoica que él había dejado en septiembre, de la que no pudo averiguar nada por indirectas y a la que no se atrevía a preguntar directamente— el mismo hecho que él había discernido a través de las hábiles preguntas del abogado (acerca de si le había gustado el colegio y la gente de esa región y si tal vez —¿o tal vez no?— había hecho amigos allí entre las familias de la región) sólo le dio una prueba más en aquel instante de que Sutpen no había estado allí, o de que al menos el abogado no sabía que había estado, puesto que para empezar ahora que creía haber desentrañado el propósito del abogado al enviarlo a aquel colegio en particular, no vio nada en las preguntas que indicara que el abogado había descubierto algo nuevo desde entonces. (O lo que podría haber averiguado en aquella entrevista con el abogado, puesto que sería breve; sería casi la más breve que jamás tendría lugar entre ellos, la más breve de todas después de la última por supuesto, la que se produciría el verano siguiente, cuando Henry estuviera con él). Porque el abogado no se atrevería a arriesgarse a preguntarle directamente, de la misma forma que él (Bon) no se atrevió a preguntar a su madre directamente. Porque, aunque el abogado creyera que él era más un loco que un tonto o un retardado, aun así él (el abogado) nunca creyó por un momento que Bon iba a ser la clase de loco que iba a ser. Por lo que no dijo nada al abogado y el abogado no le dijo nada, y pasó el verano y llegó septiembre y el abogado (también su madre) seguía sin haberle preguntado si quería regresar al colegio. De forma que finalmente tuvo que decirlo él mismo, que se proponía regresar; y tal vez supo que había perdido aquella jugada puesto que no había nada en absoluto en el rostro del abogado salvo la conformidad de un apoderado. Y regresó al colegio, donde Henry lo estaba esperando (Oh sí; esperando) a él, que ni siquiera dijo —No contestaste mis misivas. Ni siquiera escribiste a Judith— que ya había dicho *Lo que mi hermana y yo tenemos y somos te pertenece* mas quizá sí escribió a Judith entonces, con el primer correo negro que cabalgó hacia el Ciento de Sutpen, diciéndole que había sido un verano sin acontecimientos y que por lo tanto nada tenía de lo que escribirle, tal vez con *Charles Bon* claro e ineludible en el exterior del sobre y pensando *Tendrá que ver eso. Tal vez la devolverá* pensando *Quizá si la devuelve nada me detendrá entonces y tal vez sabré por fin lo que voy a hacer.* Pero no fue devuelta. Y las otras no fueron devueltas. Y pasó el otoño y llegó la Navidad y volvieron a cabalgar hacia el Ciento



de Sutpen y esta vez tampoco estaba allí, estaba en el campo, había ido a la ciudad, estaba en una cacería —algo; Sutpen no estaba allí cuando ellos llegaron a caballo y Bon supo que no había esperado que él estuviera allí, diciendo *Ahora. Ahora. Ahora. Ahora vendrá. Esta vez vendrá, y soy joven, joven, porque no sé todavía lo que voy a hacer.* Por eso puede que lo que estaba haciendo aquel ocaso (porque sabía que Sutpen había regresado, que ahora estaba en la casa; sería como un viento, algo, oscuro y glacial, soplando encima de él y él deteniéndose, serio, silencioso, alerta, pensando *¿Qué? ¿Qué es?* Luego lo sabría; podía sentir al otro entrar en la casa, y expulsaría su aliento contenido de forma fácil y tranquila, en una profunda exhalación, con el corazón también tranquilo) en el jardín mientras paseaba con Judith y hablaba con ella, galante y elegante y seguro (y Judith pensando en eso como pensó en aquel primer beso del verano pasado: *Así que es eso. Eso es lo que es el amor, golpeada una vez más por el desengaño mas aún erguida*); —tal vez lo que estaba haciendo allí ahora era esperar, diciéndose a sí mismo *Tal vez me mandará llamar incluso ahora. Al menos me lo dirá* aunque sabía de sobra: *Ahora está en la biblioteca, ha mandado al negro en busca de Henry, ahora Henry está entrando en la habitación:* así que quizá él se detuvo y volvió el rostro hacia ella, con algo en su rostro que ahora era una sonrisa, y la cogió de los codos y le dio la vuelta, lenta y gentilmente, hasta que estuvo de cara a la casa, y dijo —Vete. Deseo estar solo para pensar en el amor— y se fue del mismo modo que recibió el beso aquel día, quizá con la ligera y momentánea sensación de la palma de la mano sobre su espalda. Y él se quedó allí frente a la casa hasta que Henry salió, y se miraron el uno al otro durante un rato sin decir una palabra y después dieron media vuelta y pasearon juntos por el jardín, atravesaron el solar y entraron en el establo, en el que tal vez había un negro y tal vez ensillaron ellos mismos los caballos y esperaron hasta que llegó el negro doméstico con las dos alforjas. Y quizá ni siquiera dijo entonces, —Pero ¿no ha mandado ningún recado para mí?— Shreve se detuvo. Es decir, pese a todo ellos dos, Shreve y Quentin, sabían que había parado, puesto que pese a todo ellos dos sabían que jamás había empezado, ya que no importaba (y posiblemente ninguno de ellos era consciente de la distinción) cuál había estado haciendo uso de la palabra. Así que ahora no eran ellos dos sino ellos cuatro los que montaban los dos caballos atravesando la oscuridad sobre los helados senderos de diciembre de aquella víspera de Navidad: ellos cuatro y luego solamente dos —Charles-Shreve y Quentin-Henry, ellos dos creyendo que Henry estaba pensando *Él* (refiriéndose a su padre) *nos ha destruido a todos,* sin pensar ni por un momento *Él* (refiriéndose a Bon) *debió saber o al menos sospechar esto todo el tiempo; es por eso por lo que ha actuado como lo ha hecho, por lo que no contestó mis cartas el verano pasado ni escribió a Judith, por lo que jamás le ha pedido que se case con él;* creían que eso debió ocurrirle a Henry, ciertamente durante aquel momento después de que Henry surgiera de la casa y él y Bon se miraran el uno al otro durante un rato sin decir una palabra luego se encaminaron hacia el establo y ensillaron los caballos, pero que Henry lo había

pasado por alto porque aún no lo creía aunque supiera que era verdad, porque ahora debía comprender con completa desesperación el secreto de toda su actitud hacia Bon desde aquel primer momento instintivo en el que lo había visto un año y un cuarto atrás; sabía, pero no creía, tenía que negarse a creer. Por eso eran cuatro los que montaban los dos caballos atravesando aquella noche y luego a través de la brillante Navidad escarchada del norte de Misisipi, en un ademán muy parecido al de parias pasando por delante de las casas de las plantaciones con ramitas de acebo colgando bajo las aldabas de las puertas y muérdago pendiendo de las arañas y tazones de ponche de huevo y de whisky en mesas en los vestíbulos y el azul humo lanoso que flotaba sobre las encaladas chimeneas de los barracones de los esclavos, en dirección al río y al vapor. También celebrarían la Navidad en el vapor: el mismo acebo y muérdago, el mismo ponche de huevo y de whisky; quizá, sin duda, una cena de Navidad y un baile, mas no para ellos: ellos dos en medio de la oscuridad y el frío estaban de pie apoyados en la barandilla por encima de las oscuras aguas y seguían sin hablar puesto que no había nada que decir, ellos dos (ellos cuatro) suspendidos en aquel período de prueba, aquella suspensión, por Henry que sabía pero que todavía no creía, que iba deliberadamente a comprobarlo y a demostrarse a sí mismo aquello que, eso creían Shreve y Quentin, sería como la muerte para él si se confirmaba. Por lo que seguían siendo cuatro los que desembarcaron del vapor en Nueva Orleans, que Henry jamás había visto antes (cuya total experiencia cosmopolita, sin contar su estancia en el colegio, consistía probablemente de uno o dos viajes a Memphis con su padre para comprar ganado o esclavos) y no tenía tiempo de mirar en ese momento —Henry que sabía pero que no creía, y Bon a quien el señor Compson había llamado un fatalista pero que, según Shreve y Quentin, no puso resistencia al dictamen y propósito de Henry por la sencilla razón de que ni sabía ni le importaba lo que Henry se propusiera hacer porque hacía tiempo que había comprendido que aún no sabía lo que él mismo iba a hacer;— ellos cuatro que se sentaron en aquel salón de barroca y antigua magnificencia que Shreve había inventado y que probablemente era bastante certero, mientras la hija haitiana del plantador de azúcar francés y de la mujer que el primer suegro de Sutpen le había dicho que era una española (la menuda mujer desaliñada de desarreglado cabello negro como ala de cuervo veteado de gris grueso como la cola de un caballo, de piel del color del pergamino e implacables ojos negros abultados que eran los únicos que no mostraban la edad porque no mostraban olvido, que Shreve y Quentin habían inventado asimismo y que asimismo era probablemente bastante acertada) no les dijo nada porque no era necesario porque ya lo había dicho, que no dijo, —¿Está mi hijo enamorado de tu hermana?— sino —Así que ella se ha enamorado de él— y luego se sentó riéndose estruendosa y largamente de Henry que no podría haberle mentido aunque hubiera querido, que ni siquiera tuvo que responder Sí o No... Ellos cuatro allí, en aquella habitación en Nueva Orleans en 1860, de la misma forma que en un sentido estaban ellos cuatro aquí en esta habitación sepulcral en Massachusetts en 1910. Y Bon pudo, probablemente lo hizo,

haber llevado a Henry a visitar a la querida ochavona y al niño, como dijo el señor Compson, aunque ni Shreve ni Quentin creyeron que la visita afectó a Henry como el señor Compson parecía pensar. En realidad Quentin ni siquiera le dijo a Shreve lo que su padre había dicho sobre la visita. Quizá el mismo Quentin no había estado escuchando cuando el señor Compson lo relató aquella tarde en su casa; quizá en aquel instante en el zaguán en el caluroso ocaso de septiembre Quentin lo pasó por alto sin escucharlo siquiera como Shreve lo habría hecho, ya que tanto él como Shreve creían —y probablemente tenían razón en esto también— que la ochavona y el niño habrían sido para Henry solamente algo más sobre Bon para ser, no envidiado sino imitado si eso hubiera sido posible, si hubiera habido tiempo y paz en la que imitarlo —paz no entre hombres de la misma raza y nación sino paz entre dos jóvenes espíritus enfrentados y el hecho incontrovertible que los enfrentaba, ya que ni Henry ni Bon, al igual que Quentin y Shreve, eran los primeros jóvenes en creer (o al menos actuaban aparentemente bajo ese supuesto) que a veces se creaban las guerras con el único propósito de resolver las dificultades e insatisfacciones personales de la juventud.

—Así que la vieja señora le hizo a Henry aquella única pregunta y luego se sentó allí riéndose de él, de esta forma él lo supo entonces, ambos lo supieron entonces. Y por tanto ahora sería breve, esta vez con el abogado, la más breve de todas. Porque el abogado lo habría estado vigilando; quizá hasta había habido una carta durante aquel segundo otoño mientras el abogado estaba esperando y aún nada parecía estar sucediendo allí arriba (y tal vez el abogado era la razón por la cual Bon nunca respondió a las cartas de Henry y de Judith durante aquel verano: porque nunca las recibió) —una carta, dos o acaso tres páginas de vuestro humilde y obediente e y t y c que podían reducirse a dieciocho palabras *Sé que usted es un loco, pero exactamente ¡qué clase de loco tiene usted la intención de ser!* Y Bon era al menos lo bastante no-loco como para hacer la reducción. —Sí, observándolo, todavía despreocupado, tan sólo considerablemente irritado, dándole a Bon tiempo de sobra para que acudiera a él, dándole toda una semana quizá (después de que él —el abogado— se las hubiera arreglado para apoderarse de Henry y averiguar gran parte de lo que Henry estaba pensando sin que Henry lo supiera) antes de que también lo consiguiera con Bon, y tal vez planeándolo tan bien que ni siquiera Bon sabría de inmediato lo que estaba sucediendo. Sería una breve. Ya no habría secreto alguno entre ellos; simplemente sería no-dicho: el abogado tras el escritorio (y tal vez en el compartimento secreto el libro mayor en el que había acabado de añadir el interés compuesto del pasado año entre el intrínseco y el amor y el orgullo al doscientos por cien). —el abogado preocupado, molesto, mas no inquieto puesto que no solamente sabía que tenía los resortes, sino que seguía sin creer realmente que Bon era esa clase de loco, aunque estaba a punto de alterar algo su opinión acerca de la torpeza y el retraimiento;— el abogado observándolo y diciendo, suave y tranquilo, puesto que ya no habría secreto alguno, quién sabría ahora que Bon sabía todo lo que sabría jamás o necesitaría saber

para dar el golpe: —¿Sabe usted que es un joven muy afortunado? La mayoría de nosotros, incluso cuando somos lo bastante afortunados de llevar a cabo nuestra venganza, debemos pagar por ello, a veces en dólares contantes y sonantes. Mientras usted no sólo está en posición de llevar a cabo su venganza, de limpiar el nombre de su madre, sino que el bálsamo con el que aliviará su herida tendrá un valor colateral que puede ser traducido en las cosas que un joven necesita, que son las que merece y que, nos guste o no, sólo se pueden tener a cambio de dólares contantes y sonantes... — y Bon no decía *¿Qué quiere usted decir?* Ni se movía todavía; es decir, el abogado no se daría cuenta de que estaba empezando a moverse, continuando (el abogado) suave y tranquilamente: —Y más que esto, que la venganza, como si fuera el regalo de la venganza por ejemplo, este ramillete de una tarde, esta flor silvestre sin aroma que no será echada de menos y que bien podría florecer en su solapa como en la de otros; esta... ¿Cómo decís los jóvenes?... una bonita pequeña pieza...— y luego vería a Bon, tal vez los ojos, tal vez oyera moverse a los pies. Y después, pistola (una derringer, una pistola de arzón, un revólver, lo que fuera) y todo, retrocedería agazapado hasta dar con la pared tras la silla caída, gruñendo, —¡Retroceda! ¡Deténgase!’ luego gritando —¡Socorro! ¡Socorro! ¡El...!’ y después simplemente gritando, porque oiría y sentiría sus propios huesos retorcidos antes de que pudiera liberar sus dedos de la pistola, y también sus vértebras cuando Bon lo abofeteara con la palma de la mano en una mejilla y después con el dorso en la otra; tal vez pudo también oír a Bon diciendo, —Pare. Silencio. No voy a hacerle daño’ o tal vez fue el abogado que había en él quien dijo el Silencio que él obedeció, quien le volvió a poner en la silla enderezada, medio recostado sobre el escritorio; el abogado que había en él que le advirtió que no dijera *Pagará por esto* sino que se quedara allí medio tendido, vendando la mano herida con su pañuelo mientras Bon de pie lo miraba, sosteniendo la pistola por el cañón contra su pierna, diciendo, —Si le parece que requiere una satisfacción, por supuesto sabe que...’ y el abogado, ahora recostado, llevando el pañuelo a su mejilla: —Estaba equivocado. Malinterpreté sus sentimientos sobre el asunto. Le pido perdón— y Bon: —Concedido. Como desee. Aceptaré una disculpa o una bala, como prefiera— y el abogado (habría un tenue rojo que palidecía en su mejilla, pero eso sería todo: nada en la voz o en los ojos): —Veo que va a cobrarse sobradamente por mi desdichada equivocación—incluso ridícula. Aunque creyera que el derecho está de mi parte (cosa que no creo) todavía habría de declinar su ofrecimiento. No estaría a su altura con pistolas— y Bon —¿Tampoco con cuchillos o floretes?— y el abogado, suave y tranquilamente: —Tampoco con cuchillos o floretes—. Por lo que ahora el abogado no necesitaría decir *Pagará, usted por esto* porque Bon lo estaría diciendo por él, que estaría allí de pie con la pistola laxa, pensando *Pero sólo con cuchillos o pistolas o floretes. Así no puedo derrotarlo. Podría dispararle. Le dispararía sin más remordimiento que si lo hiciera a una serpiente o aun hombre que me pusiera los cuernos con mi esposa. Pero todavía me derrotaría, pensando Sí. Me derrotó de veras* mientras él—él—(—Escucha—, Shreve

dijo, gritó. —Sería mientras estaba tumbado en un dormitorio de aquella casa particular de Corinth después de Pittsburg Landing mientras su hombro se ponía bien dos años después y la carta de la ochavona (tal vez aquella que contenía el retrato de ella y el niño) alcanzándole al fin, suplicándole dinero y diciéndole que el abogado por fin había partido hacia Texas o México o a alguna parte y que ella (la ochavona) tampoco pudo encontrar a su madre y que por eso sin duda el abogado la había asesinado antes de robarle el dinero, puesto que sería propio de ambos huir o hacerse matar sin proveer por ella en absoluto—. —Sí, ahora lo sabían. Y, Dios mío, piensa en él, Bon, que había querido saber, que había tenido la mayor de las razones para querer saber, que hasta donde sabía jamás había tenido padre alguno sino que había sido creado de alguna forma entre aquella mujer que no le dejaba jugar con otros niños, y aquel abogado que hasta le decía sí (daba o no su aprobación) o no a la mujer cada vez que compraba un trozo de carne o una hogaza de pan —dos personas ninguna de las cuales había experimentado placer o hallado pasión en engendrarlo o sufrido dolor y padecimiento en darle a luz— que quizá si uno de ellos le hubiese solamente dicho la verdad, nada de lo que ocurrió hubiera llegado jamás a pasar; mientras allí estaba Henry que tenía padre y seguridad y satisfacción y todo, y al que ambos le habían dicho la verdad mientras que a él (Bon) ninguno se la dijo. Y piensa en Henry, que primero había dicho que era una mentira y que luego cuando supo que no era una mentira había seguido diciendo —No lo creo—, que había encontrado en ese —No lo creo— la fuerza suficiente para repudiar su hogar y su sangre para ser el paladín de su desafío, y en esta defensa demostró que era su contienda la que era falsa y que más que nunca se le prohibía regresar a casa; Dios mío, piensa en la carga que tenía que llevar, nacido de dos Metodistas (o de una larga línea invencible de Metodistas) y educado en el norte provinciano de Misisipi, enfrentado al incesto, un incesto entre todas las cosas que podrían haber sido reservadas para él, contra lo que toda su herencia e instrucción tenían que rebelarse por principio, y en una situación en la que sabía que ni el incesto ni la instrucción le iban a ayudar a resolverla. Por eso quizá cuando salieron y dieron un paseo por las calles aquella noche y finalmente Bon dijo, —¿Y? ¿ahora qué?— Henry dijo, —Espera. Espera. Deja que me acostumbre a ello—. Y quizá pasaron dos o tres días, y Henry dijo, —No lo harás. No lo harás— y entonces fue Bon quien dijo, —Espera. Soy tu hermano mayor: ¿me estás diciendo *no b harás* a mí?— Y tal vez pasó una semana, tal vez Bon llevó a Henry a visitar a la ochavona y Henry la miró y dijo, —¿No te basta con eso?— y Bon dijo, —¿Quieres tú que me baste?— y Henry dijo, —Espera. Espera. Debo tener tiempo para acostumbrarme a ello. Tendrás que darme tiempo—. Dios mío, piensa cómo debió hablar Henry durante aquel invierno y luego aquella primavera con Lincoln elegido y la convención de Alabama<sup>[93]</sup> y el Sur empezó a separarse de la Unión, y después hubo dos presidentes en los Estados Unidos y el telégrafo trajo las nuevas sobre Charleston y Lincoln reclutó su ejército y se resolvió, ya era irrevocable, y Henry y Bon ya estaban decididos a ir sin tener que consultarse el uno

al otro, que habrían ido de todos modos aunque nunca se hubieran visto el uno al otro pero ahora sin duda alguna, porque después de todo una guerra nunca se desperdicia; —piensa cómo debieron hablar, como diría Henry, —Mas ¿debes casarte con ella? ¿Has de hacerlo?— y Bon diría, —Debería habérmelo dicho. Debería habérmelo dicho, a mí mismo, personalmente. Fui justo y honrado con él. Esperé. Ahora sabes por qué esperé. Le di todas las oportunidades para que me lo dijera en persona. Pero no lo hizo. Si lo hubiera hecho, yo hubiera asentido y hubiera prometido no volver a verla jamás a ella o a ti o a él Pero no me lo dijo. Al principio pensé que era porque no lo sabía. Luego supe que él no lo sabía, y seguí esperando. Simplemente te lo dijo a ti, me mandó un mensaje como se manda una orden mediante un criado negro a un mendigo o a un vagabundo para que desaparezca. ¿No lo ves?— y Henry diría, — Pero Judith. Nuestra hermana. Piensa en ella— y Bon: —De acuerdo. Piensa en ella. ¿Y qué?— porque ambos sabían lo que haría Judith cuando lo descubriera porque ambos sabían que las mujeres pueden mostrar orgullo y honor en casi todo excepto en el amor, y Henry dijo, —Sí. Lo veo. Lo comprendo. Pero tendrás que darme tiempo para acostumbrarme a ello. Eres mi hermano mayor; puedes hacer esa minucia por mí —. Piensa en ellos dos: Bon que no sabía lo que iba a hacer y lo que tenía que decir, pretender, que lo sabía; y Henry que sabía lo que iba a hacer y tenía que decir que no lo sabía. Luego llegó la Navidad otra vez, la de 1861, y no oyeron noticias de Judith porque Judith no sabía con certeza dónde estaban porque Henry aún no dejaría que Bon le escribiese; después oyeron hablar de la compañía, los grises de la universidad, que se organizaban en Oxford y tal vez habían estado esperando por eso. Así que volvieron a tomar el vapor rumbo al Norte, y ahora había a bordo mayor alegría y agitación que en Navidad, como siempre que se empieza una guerra, antes de que el escenario se ateste de mala comida y soldados heridos y viudas y huérfanos, y tampoco ahora tomaron parte en ello sino que volvieron a permanecer de pie apoyados en la barandilla sobre las aguas revueltas, y tal vez pasaron dos o tres días, luego Henry dijo de pronto, gritó de pronto: —¡Pero lo han hecho reyes! ¡Incluso duques! Había un duque de Lorena llamado John algo que se casó con su hermana. El Papa lo excomulgó ¡pero eso no les hizo daño! ¡No les hizo daño! Seguían siendo marido y mujer. Seguían estando vivos. ¡Seguían amando!— y después repitió, alto y rápido: —¡Mas tendrás que esperar! ¡Tendrás que darme tiempo! ¡Tal vez la Guerra lo resuelva y no será necesario!— Y tal vez ésta era en una de las cosas en las que tu viejo estaba en lo cierto: y se dirigieron a caballo hacia Oxford sin pasar por el Ciento de Sutpen y firmaron la lista de la compañía y luego se escondieron en algún sitio a esperar, y Henry dejó que Bon escribiera a Judith una carta; la enviarían en mano, mediante un negro que entraría furtivamente en el campamento de noche y se la daría a la doncella de Judith, y Judith envió el retrato en el relicario de metal y se adelantaron a caballo para esperar hasta que la compañía terminó de hacer banderas y recorrer a caballo el estado despidiéndose de las muchachas y partió hacia el frente.

—Dios mío, piensa en ellos. Porque Bon sabía lo que Henry iba a hacer, de la

misma forma que siempre había sabido lo que Henry estaba pensando desde aquel primer día en el que se habían mirado el uno al otro. Quizá él sabía mejor aún lo que Henry estaba haciendo porque no sabía lo que él mismo iba a hacer, no lo sabría hasta que algún día de repente estallara y se aclarara y entonces sabría que había sabido todo el tiempo lo que sería, de modo que no tenía que preocuparse de sí mismo y todo lo que tenía que hacer era simplemente vigilar a Henry intentando reconciliar lo que él (Henry) sabía que iba a hacer con todas las voces de su herencia e instrucción que decían *No. No. No puedes. No debes. No lo harás*. Quizá ahora estarían bajo la línea de fuego, con las granadas pasando como rayos y retumbando sobre sus cabezas y estallando y ellos allí tendidos esperando salir a la carga y Henry volvería a gritar, — ¡Pero aquel duque de Lorena lo hizo! Debe haber muchos en el mundo que lo han hecho de los que la gente no sabe, que quizá sufrieron por ello y murieron por ello y que ahora están en el infierno por ello. Pero lo hicieron y ya no tiene importancia; incluso aquellos que conocemos son ahora simples nombres y ya no tiene importancia —y Bon lo observaba y lo escuchaba y pensaba *Es porque yo mismo desconozco lo que voy a hacer y él es consciente de que estoy indeciso sin saber qué hacer. Quizá si le dijera ahora que voy a hacerlo, sabría lo que quiere y me diría, No lo harás*. Y quizá tu viejo tuviera razón esta vez y ellos sí pensarán que acaso la Guerra lo solucionaría y no tendrían que hacerlo ellos mismos, o al menos quizá Henry esperaba que así fuera porque tal vez tu viejo también tuviese razón en esto y a Bon no le importaba; que puesto que las dos personas que podrían haberle dado un padre se habían negado a hacerlo, nada le importaba ahora, ni venganza ni amor ni demás, puesto que ahora sabía que la venganza no podría compensarle ni el amor sosegarle. Tal vez ni siquiera fue Henry quien no le permitió escribir a Judith sino el propio Bon que no le escribió porque no le importaba nada, ni siquiera el hecho de ignorar aún lo que iba a hacer. Luego llegó el año siguiente y Bon era ahora un oficial y se estaban desplazando en dirección a Shiloh sin saber eso tampoco, de nuevo conversando mientras se movían en columna, el oficial quedándose atrás junto a la fila en la que marchaba el soldado raso y Henry volviendo a gritar, conteniendo su voz desesperada y ansiosa en un murmullo: —¿Todavía no sabes lo que vas a hacer? — mientras Bon lo miraba durante unos instantes con esa expresión que podría haber sido una sonrisa: —¿Supón que te digo que no pienso regresar con ella?— y Henry marcharía allí a su lado, con su mochila y sus ocho pies de mosquetón, y empezaría a jadear, jadear y jadear mientras Bon lo observaba: —Ahora me adelanto a ti; vamos a entrar en batalla, a la carga, estaré allí delante de ti...— y Henry jadeando, —¡Para! ¡Para!— y Bon observándolo con esa débil expresión afilada alrededor de la boca y de los ojos: —... y ¿quién lo sabrá jamás? No tendrías ni que saberlo con certeza tú mismo, porque quién podría decir sino que tal vez una bala yanqui me había alcanzado en el mismo instante en el que apretaste el gatillo, o incluso antes...— y Henry jadeando y mirando, mirando el cielo con rabia, mostrando los dientes y con sudor en el rostro y con los nudillos de la mano que se apoyaba en la culata de su

mosquetón, diciendo, jadeando, —¡Para! ¡Para! ¡Para! ¡Para!— Luego fue lo de Shiloh, el segundo día y la batalla perdida y la brigada retrocediendo de Pittsburg Landing... Y escucha, —exclamó Shreve; —espera, ahora; ¡espera!— (mirando con ira a Quentin, diciéndose entrecortadamente, como si tuviera que proporcionar a su sombra no sólo una señal sino aliento con el que obedecer): —¡Porque tu viejo se equivocaba aquí, también!—. Dijo que era Bon quien estaba herido, pero no lo era. Porque ¿quién se lo dijo? —¿Quién se lo dijo a Sutpen, o a tu abuelo, cuál de ellos era el que estaba herido? Sutpen no lo sabía porque no estuvo allí, y tampoco tu abuelo estuvo allí porque allí fue donde también le hirieron a él, donde perdió su brazo. Así que ¿quién se lo dijo a ellos? No Henry, porque su padre jamás vio a Henry excepto aquella única vez y tal vez no tuvieron tiempo de hablar sobre heridas y además hablar de heridas en el ejército Confederado en 1865 sería como mineros hablando de hollín; ni Bon, porque Sutpen jamás lo vio porque estaba muerto;— no fue Bon, fue Henry; Bon que finalmente encontró a Henry y se inclinó para recogerlo y Henry se resistió, forcejeó, diciendo, —¡Deja que así sea! ¡Déjame morir! Entonces no tendré que saber— y Bon dijo, —De modo que de verdad quieres que vuelva con ella— y Henry yacía allí forcejeando y jadeando, con el sudor sobre su rostro y sus dientes ensangrentados por detrás de su labio mordido, y Bon dijo, —Di que de verdad quieres que vuelva con ella. Quizá entonces no lo haga. Dilo— y Henry yacía allí forcejeando, con el fresco carmesí manando a través de su camisa y sus dientes mostrándose y el sudor sobre su rostro hasta que Bon sostuvo sus brazos y lo levantó cargándolo sobre su espalda...

Primero, ellos dos, después cuatro; ahora otra vez dos. La habitación era en efecto sepulcral: una cualidad rancia y estática y moribunda más allá de cualquier mero frío intenso y crudo. Sin embargo permanecieron en él, aunque ni a treinta pasos se hallaban lecho y calor. Quentin ni siquiera se había puesto su abrigo, que yacía en el suelo adonde había caído desde el brazo de la silla en la que Shreve lo había dejado. No se retiraron del frío. Ambos lo soportaban como en una deliberada exaltación flagelante de miseria física extraordinariamente metamorfoseada en el esfuerzo de las ánimas de los dos jóvenes durante aquella época cincuenta años atrás, o más bien cuarenta y ocho, luego cuarenta y siete y luego cuarenta y seis, puesto que fue el 64 y luego el 65 y el famélico y harapiento residuo de lo que fue un ejército habiéndose retirado a través de Alabama y Georgia y adentrándose en Carolina, arrastrado hacia delante no por un ejército victorioso tras él sino más bien por una creciente marea de nombres de batallas perdidas por ambos lados —Chickamauga y Franklin, Vicksburg y Corinth y Atlanta— batallas perdidas no sólo a causa de superioridad en número y munición que erraba y reservas, sino a causa de generales que no deberían haber sido generales, que eran generales no por un adiestramiento en tácticas actuales o por su aptitud para aprenderlas, sino por el derecho divino de decir —Id allí— conferido sobre ellos por un sistema de castas absoluto; o porque sus generales nunca vivieron lo bastante para aprender cómo librar batallas masificadas prudentemente



incrementadas, pues ya eran tan anticuados como Richard o Roland o du Guesclin<sup>[94]</sup>, que vestían penachos y capas forradas de púrpura a los veintiocho y treinta y treinta y dos y capturaban buques de guerra con cargas de caballería mas sin grano ni carne ni balas, que eran capaces de derrotar a tres ejércitos distintos en otros tantos días y después echar abajo sus propias empalizadas para cocinar carne robada de sus propios ahumaderos, que en una noche y con un puñado de hombres podían prender fuego caballerosamente y destruir un avituallamiento enemigo por valor de un millón de dólares y que a la siguiente noche un vecino les descubriera en la cama con su esposa y les disparara hasta matarlos; —dos, cuatro, ahora otra vez dos, según Quentin y Shreve, los dos los cuatro los dos todavía hablando— uno que aún desconocía lo que iba a hacer, el otro que sabía lo que tendría que hacer pero que no podía resignarse —justificándose Henry a sí mismo el incesto con testimonios, hablando acerca de su duque John de Lorraine como si acaso esperara invocar a esa sombra condenada y excomulgada para decirle en persona que estaba todo bien, como las gentes antes y desde entonces han intentado invocar a Dios o al demonio para que les justificara aquello en lo que sus glándulas insistían;...los dos los cuatro los dos cara a cara en la habitación sepulcral: Shreve, el canadiense, hijo de las ventiscas y del frío en batín con un abrigo encima, levantado el cuello hasta las orejas; Quentin, el sureño, el afligido y delicado retoño de la lluvia y del calor húmedo con las adecuadas ropas ligeras que había traído de Misisipi, su abrigo (tan ligero e inútil para lo que era como el traje) yaciendo en el suelo de donde ni siquiera se había molestado en levantarlo:

(... ahora estamos en el invierno del 64, el ejército se retiró a través de Alabama, adentrándose en Georgia; ahora Carolina estaba a sus espaldas y Bon, el oficial, pensando —O nos atrapan y nos aniquilan o el Viejo Joe<sup>[95]</sup> nos libera y estableceremos contacto con Lee frente a Richmond y entonces al menos tendremos el privilegio de la rendición—: y entonces un día de repente lo pensó, recordó, que aquel regimiento de Jefferson del que su padre era ahora coronel estaba en el cuerpo de Longstreet, y tal vez desde ese instante le parecía que todo el propósito de la retirada era el de llevarlo cerca del alcance de su padre, dar a su padre una oportunidad más. Por lo que debió parecerle ahora que por fin sabía por qué no había sido capaz de tomar una decisión acerca de lo que quería hacer. Tal vez pensó solamente durante un segundo, —Dios mío, aún soy joven; incluso después de estos cuatro años sigo siendo joven— pero sólo durante un segundo, porque quizá en la misma bocanada de aire dijo, —Está bien. Luego soy joven. Pero sigo creyendo, aunque lo que probablemente creo es que la Guerra, el sufrimiento, estos cuatro años de mantener a sus hombres con vida y en buenas condiciones para poder trocarlos su sangre y carne por la mayor cantidad de terreno a un precio ínfimo, lo habrán cambiado (cosa que sé que no puede suceder) hasta un punto en el que no me dirá: Perdóname: sino: Eres mi primogénito. Protege a tu hermana; no vuelvas a vemos a ninguno de los dos jamás:— Después vino el 65 y lo que quedó del Ejército del Oeste

sin que les quedara nada ya excepto la habilidad de retroceder lenta y tenazmente y de padecer el fuego de los mosquetes y granadas; tal vez ni siquiera echaban de menos ya los zapatos y los capotes y la comida y por eso pudo escribir sobre el producto limpiador que había requisado como hizo en la misiva a Judith cuando supo al fin lo que iba a hacer definitivamente y se lo dijo a Henry y Henry dijo —Gracias a Dios. Gracias a Dios—, no por el incesto naturalmente sino porque por fin iban a hacer algo, por fin podía ser algo aunque ese algo fuera el irrevocable repudio de la antigua herencia e instrucción y la aceptación de la condenación eterna. Quizá hasta pudiera entonces dejar de hablar de su duque de Lorraine, porque ahora podía decir, —No es a tu infierno ni al suyo ni al del Papa al que iremos todos: es al infierno de mi madre y al de su madre y padre y al de sus madres y padres, y no sólo eres tú el que irá allí, sino nosotros, los tres... no: nosotros cuatro. Así que de todas formas estaremos todos juntos en el lugar que nos corresponde, puesto que aunque sólo él fuera allí nosotros todavía tendríamos que estar allí también ya que nosotros tres simplemente somos ilusiones que él engendró, y tus ilusiones son parte de ti como tus huesos y tu carne y tus recuerdos. Y estaremos todos juntos en el tormento de modo que no necesitaremos acordarnos del amor y la fornicación, y tal vez en el tormento ni siquiera puedas recordar por qué estás allí. Y si no podemos recordar todo esto, no puede ser un tormento grande—. Después estuvieron en Carolina, aquel enero y febrero del 65 y lo que quedaba de ellos llevaba retrocediendo ya casi un año y la distancia entre ellos y Richmond era menor que la distancia que habían recorrido; la distancia entre ellos y el final mucho menos lejana. Pero para Bon no se trataba del espacio entre ellos y la derrota sino del espacio entre él y el otro regimiento, entre él y la hora, el instante: —No tendrá ni que preguntarme; simplemente tocaré su carne y yo mismo lo diré: No será necesario que te preocupes; ella no volverá a verme jamás—. Después marzo en Carolina y seguía la lenta y tenaz retirada escuchando ahora en dirección norte porque no había nada que escuchar en cualquier otra dirección porque en todas las demás direcciones ya se había terminado, y todo lo que esperaban escuchar del Norte era la derrota. Entonces un día (él era un oficial; habría sabido, oído, que Lee había destacado algunas tropas y las había enviado para reforzarlos; puede que hasta supiera los nombres y números de los regimientos antes de que llegaran) vio a Sutpen. Tal vez en aquella primera ocasión Sutpen no lo vio en realidad, tal vez pudo decirse en aquella primera ocasión, —Esa era la razón; no me vio—, de modo que tuvo que ponerse en el camino de Sutpen, crear su oportunidad y circunstancia. Luego por segunda vez contempló el rostro inexpresivo y semejante a una roca, los pálidos ojos penetrantes en los que no se producía ningún pestañeo, nada, el rostro en el que vio sus propios rasgos, en el que vio el reconocimiento, y eso fue todo. Eso fue todo, no hubo nada más ahora; quizá respiró una vez quedamente, con esa expresión en su propio rostro que podría a primera vista llamarse sonrisa mientras pensaba, —Podría obligarlo. Podría acudir a él y obligarlo—, sabiendo que no lo haría porque ya se había terminado todo, eso era todo por el momento y

definitivamente. Y tal vez fue esa misma noche o tal vez una noche de la semana siguiente mientras estaban parados (porque incluso Sherman tenía que detenerse a menudo por la noche) con las hogueras encendidas para al menos calentarse porque al menos el calor es barato y no se consume, cuando Bon dijo, —Henry— y dijo, —No pasará mucho más tiempo ya y entonces no quedará nada; ni siquiera nos quedará nada por hacer, ni aun el privilegio de retroceder lentamente por una razón, por el honor y lo que queda de orgullo. Ni Dios; evidentemente nos las hemos arreglado sin Él durante cuatro años, sólo que Él no tenía la intención de comunicárnoslo; y no solamente sin zapatos ni ropas sino sin siquiera necesidad alguna de ellos, y no solamente sin tierra ni modo alguno de producir alimentos, sino sin necesidad de comida puesto que hemos aprendido a vivir sin eso también; de forma que si no tienes Dios y no necesitas alimentos ni ropas ni cobijo, no hay nada en lo que el honor y el orgullo se encaramen se aferren y florezcan. Y si no posees honor y orgullo, entonces nada importa. Sólo que hay algo en ti a lo que no le preocupa el honor ni el orgullo y que aun así vive, que incluso retrocede durante un año entero sin más razón que la de vivir; que probablemente cuando esto termine y ni siquiera quede la derrota, seguirá negándose a sentarse al sol y morir, sino que estará afuera en los bosques, moviéndose y buscando un lugar en el que la simple voluntad y la resistencia no podrían moverlo, extrayendo raíces y cosas parecidas —la vieja carne consciente sin inteligencia sin sueños que no conoce diferencia alguna entre la desesperanza y la victoria, Henry—. Y entonces Henry empezaría a decir —Gracias a Dios. Gracias a Dios— jadeando y diciendo —Gracias a Dios—, diciendo, —No intentes explicarlo. Simplemente hazlo— y Bon: —¿Me autorizas? ¿como hermano suyo me das permiso?— y Henry: —¿Hermano? ¿Hermano? Tú eres el mayor: ¿por qué me preguntas a mí?— y Bon: —No. Él nunca me ha reconocido. Solamente me advirtió. Tú eres el hermano y el hijo. ¿Tengo tu permiso, Henry?— y Henry: —Escribe. Escribe. Escribe—. De modo que Bon escribió la misiva, después de esos cuatro años, y Henry la leyó y la envió. Pero no abandonaron entonces y siguieron a la misiva. Continuaron retrocediendo, lentos y tenaces, con el oído en dirección al Norte para escuchar el final porque hace falta un montón de carácter para abandonar algo cuando estás perdiendo, y ya llevaban un año retrocediendo lentamente así que todo lo que les quedaba no era la voluntad sino sencillamente la habilidad, la enraizada costumbre de resistir. Entonces una noche volvieron a detenerse ya que Sherman también se había detenido, y un ordenanza recorrió la línea del campamento y finalmente dio con Henry y dijo, —Sutpen, el coronel desea verlo en su tienda—).

—Y tú y la vieja señora, la tía Rosa, salisteis allí fuera aquella noche y la vieja negra Clytie trató de deteneros, de detenerla; agarró tu brazo y dijo, —No la deje que suba allí arriba, joven amo— pero tú tampoco podías detenerla porque ella poseía toda la fuerza de cuarenta y tres años de odio como cuarenta y tres años de carne cruda y todo lo que Clytie poseía eran tan sólo cuarenta y cinco o cincuenta años de desesperación y espera; y tú, tú para empezar ni siquiera querías estar allí. Y tampoco

pudiste detenerla a ella y entonces viste que el problema de Clytie no era la cólera ni siquiera la desconfianza; era el terror, el miedo. Y no te lo dijo con tantas palabras porque seguía guardando ese secreto por respeto al hombre que había sido su padre también así como por respeto a la familia que había dejado de existir, cuyo hasta entonces inviolado y putrefacto mausoleo seguía guardando; —no te lo dijo con tantas palabras no más que te dijo con tantas palabras que había estado en la habitación aquel día en el que trajeron el cuerpo de Bon y Judith cogió de su bolsillo el medallón que le había dado con su retrato dentro; no te lo dijo, simplemente brotó del terror y del miedo después de que te soltara y aferrara el brazo de tía Rosa y la tía Rosa se volviera y apartara de un golpe su mano y se dirigiera hacia las escaleras y de nuevo Clytie corrió hacia ella y esta vez la tía Rosa se detuvo y se volvió en el segundo escalón y derribó a Clytie de un puñetazo como un hombre y giró y siguió subiendo las escaleras: y Clytie yacía allí en el suelo, con más de ochenta años y no mucho más de cinco pies de altura y con el aspecto de un atadillo de harapos limpios de modo que fuiste y cogiste su brazo y la ayudaste a levantarse y su brazo parecía una varita, tan ligero y seco y quebradizo como una varita: y ella te miró y viste que no era furia sino terror, y no terror de negra porque no era por ella misma sino que era por lo que fuera que estaba arriba, lo que había mantenido oculto allí arriba durante casi cuatro años; y no te lo dijo con aquellas palabras porque aún en su terror guardaba el secreto; pero a pesar de todo te lo dijo, o al menos lo supiste de repente...

Se calló de nuevo. Era lo mismo, puesto que no tenía oyente alguno. Quizá se dio cuenta de ello. Luego de repente tampoco tuvo narrador, aunque posiblemente no se dio cuenta de esto. Porque ahora ninguno de ellos se encontraba allí. Ambos estaban en Carolina cuarenta y seis años atrás, y ya no se trataba ni siquiera de cuatro sino que se componía de algo más, puesto que ahora los dos eran Henry Sutpen y los dos eran Bon, cada uno compuesto de ambos pero sin ser ninguno, oliendo el humo mismo que había salido y se había desvanecido hacía cuarenta y seis años de las *hogueras de campamentos que ardían en un pinar, con los hombres macilentos y harapientos sentados o tumbados alrededor, sin hablar acerca de la Guerra aunque todos cosa curiosa (o tal vez nada curiosa) de cara al Sur donde más allá en medio de la oscuridad se hallaban los centinelas —los centinelas que, vigilando en dirección al Sur, podían ver el temblor y fulgor de los fuegos de los campamentos federales innumerables y tenues y ciñendo la mitad del horizonte y contando diez hogueras por cada una de las confederadas, y en medio de quien y del cual (centinela rebelde y fuego yanqui) las avanzadillas yanquis también escrutaban la oscuridad, las dos líneas de centinelas tan cercanas que cada una podía escuchar el desafío de los oficiales del otro bando pasando de puesto en puesto perdiéndose en la lejanía: y cuando había desaparecido, la voz, invisible, cautelosa, no alta pero transportadora: melodiosa*

—Hola, rebelde

—Sí?

—¿Dónde vais camaradas?

—A Richmond

—También nosotros. ¿Por qué no nos esperáis?

—Lo haremos.

Los hombres alrededor de las hogueras no oirían este intercambio, aunque sí oirían al ordenanza con bastante claridad mientras pasaba de un fuego a otro preguntando por Sutpen y siendo llevado hacia delante hasta alcanzar por fin de esa forma la hoguera, el tronco abrasado, con su monótono recado: —¿Sutpen? Estoy buscando a Sutpen— hasta que Henry se incorpora y dice, —Aquí!. Está demacrado y andrajoso y sin afeitar; a causa de los cuatro años pasados y de no haber alcanzado toda su estatura cuando empezaron los cuatro años, le faltaban dos pulgadas para medir lo que prometía, y treinta libras de peso para pesar lo que probablemente pesaría pocos años después de haber sobrevivido los cuatro años, si es que los sobrevive.

*Aquí, dice. —¿Qué sucede?*

*El coronel desea verlo.*

*El ordenanza no regresa con él. En cambio, él camina solo atravesando la oscuridad por un camino horadado por profundas huellas de ruedas, un camino lleno de surcos y cortado y hollado por el que el armamento había pasado aquella tarde, y llegó por fin a la tienda, una de las pocas tiendas, la pared de lona resplandeciendo tenuemente a causa de una vela que ardía dentro, la silueta de un centinela ante ella, que le pidió santo y seña.*

*Sutpen, dice Henry. —El coronel me ha mandado llamar.*

*El centinela le deja pasar con una seña dentro de la tienda. Él se inclina al entrar, la cortina de lona cae detrás de él a la vez que alguien, el único ocupante de la tienda, se levanta de su silla plegable tras la mesa en la que la vela descansa, su sombra alzándose alta y grandiosa sobre la pared de lona. El (Henry) se acerca a hacer el saludo teniendo en frente una manga gris con los galones de coronel, unas mejillas con barba, una nariz prominente, un mechón caído de pelo veteado de gris... un rostro que Henry no reconoce, no porque no lo haya visto en cuatro años y no espere verlo aquí y ese instante, sino más bien porque no lo está mirando. Simplemente saluda al puño engalonado y permanece en esa postura hasta que el otro dice,*

*—Henry.*

*Ni siquiera entonces se sobresalta. Permanece quieto, los dos permanecen quietos, mirándose el uno al otro. Es el hombre mayor el que hace el primer movimiento, aunque se encuentran en el centro de la tienda, donde se abrazan y besan antes de que Henry se dé cuenta de que se ha movido, de que iba a moverse, impulsado por aquella proximidad de la sangre que en el instante reflejo reclama y reconcilia a pesar de que todavía (quizá jamás) perdone, quien permanece de pie ahora mientras su padre sostiene su rostro entre las dos manos, mirándolo.*

—Henry, dice Sutpen —Hijo mío.

Luego se sientan, uno a cada lado de la mesa, en las sillas reservadas a los oficiales, la mesa (un mapa desplegado yace encima) y la vela entre ellos.

—Te hirieron en Shiloh, me cuenta el Coronel Willow, dice Sutpen.

—Sí, señor, dice Henry.

Está a punto de decir Charles me recogió pero no lo hace, porque ya sabe lo que va a suceder. Ni siquiera piensa Seguramente Judith no le escribió acerca de aquella carta o Fue Clytie quien le hizo saber de alguna manera que Charles le había escrito. No piensa en ninguna de estas cosas, para él es lógico y natural que su padre conozca la decisión suya y de Bon: ese vínculo de sangre que lo llevaría a Bon a decidirse a escribir, a él mismo a estar de acuerdo en ello y a su padre a tener conocimiento de ello en el mismo idéntico instante, después de un período de cuatro años, fuera de tiempo. Ahora sí se acerca, casi exactamente a como él sabía que sería:

—He visto a Charles Bon, Henry.

Henry no dice nada. Ahora se está acercando. No dice nada, simplemente mira fijamente a su padre —los dos con el uniforme gris marchito, una única vela, una tosca tienda separándolos de unas tinieblas en las que las avanzadillas vigilantes se enfrentan unas con otras y en las que duermen a la intemperie hombres agotados, esperando el amanecer y la apertura del fuego, a que comience de nuevo la fatigosa retirada: mas en un instante tienda vela uniforme gris y demás han desaparecido y surge la biblioteca en Navidad decorada con acebo en el Ciento de Sutpen cuatro años atrás y la mesa no una mesa de campamento adecuada para desplegar mapas sino la pesada mesa de palo de rosa tallada de la casa con el retrato de conjunto de su madre y de su hermana y de él mismo sentados encima, su padre tras la mesa y detrás de su padre la ventana sobre el jardín donde Judith y Bon paseaban con aquel ritmo lento en el que el corazón se acopla a los pasos y los ojos sólo necesitan mirarse los unos a los otros.

—Vas a dejar que se case con Judith, Henry.

Henry sigue sin responder. Todo está dicho todo ya, y ahora ha tenido cuatro años de amarga lucha después de los cuales, sea victoria o derrota lo que ha conseguido, al menos lo ha conseguido y ahora está en paz, aunque la paz sea en mayor parte desesperación.

—Él no puede casarse con ella, Henry.

Ahora Henry habla.

—Ya dijiste eso antes. Te lo dije entonces. Y ahora, ahora no tardará mucho más ahora y entonces no nos quedará nada: ni honor ni orgullo ni Dios ya que dios nos abandonó hace cuatro años sólo que nunca creyó necesario decírnoslo; sin zapatos ni ropas y sin necesidad de ellos; no sólo sin tierras de las que conseguir alimentos sino sin necesidad de alimentos y cuando no tienes a Dios ni honor ni orgullo, nada importa salvo la vieja carne estúpida a la que no le preocupa siquiera si fue victoria

o derrota, que ni siquiera moriré, que estará fuera en los bosques y en los campos, escarbando raíces y hierbajos. —Sí. Lo he decidido. Hermano o no, lo he decidido. Lo haré. Lo haré.

—Él no debe casarse con ella, Henry.

—Sí. Dije Sí al principio, pero entonces no estaba decidido. No le di permiso. Pero ahora he tenido cuatro años para decidir. Lo haré. Voy a hacerlo.

—Él no debe casarse con ella, Henry. El padre de su madre me dijo que su madre había sido una española. Lo creí; no fue hasta después de que él naciera cuando averigüé que su madre tenía una parte negra.

Tampoco dijo Henry jamás que no recordaba cuándo salió de la tienda. Recuerda todo. Recuerda cómo volvió a inclinarse para atravesar la entrada y cómo volvió a pasar al centinela; recuerda cómo regresó por el camino cortado y horadado por las huellas de los carros, tropezando en la oscuridad entre las roderas a cuyos lados las hogueras se habían reducido a rescoldos, de forma que apenas podía distinguir los hombres durmiendo en el suelo en torno a ellas. Deben ser más de las once, piensa. Y mañana otras ocho millas. Si no fuera por esos malditos cañones. Por qué no le da el Viejo Joe los cañones a Sherman. Entonces podríamos hacer veinte millas al día. Entonces podríamos unimos a Lee. Por lo menos Lee se detiene y lucha durante algún tiempo. Lo recuerda. El recuerda que no regresó a su hoguera sino que ahora se detuvo en un lugar solitario y se recostó contra un pino, descansando tranquila y descuidadamente, con la cabeza hacia atrás de manera que podía mirar las ramas decrepitas y cubiertas de musgo que parecían de hierro forjado extendiéndose inmóviles recortadas sobre las frías e intensas estrellas de la temprana primavera, pensando Espero que se acuerde de agradecer al coronel Willow el que nos dejara usar su tienda, no pensando en lo que haría sino en lo que tendría que hacer. Porque sabía lo que haría; ahora dependía de lo que Bon hiciera, de lo que le forzase a hacer, puesto que sabía que lo haría. Así que debo dirigirme hacia él, pensó, pensando, ahora son más de las dos y pronto amanecerá.

Luego amaneció, o estaba a punto, y hacía frío: un frío glacial que penetraba la raída vestimenta delgada con remiendos, a través de una especie de cansancio y malnutrición; la capacidad pasiva, no la decisión voluntaria, de soportar; había luz en algún lugar, la bastante para que pudiera distinguir el rostro durmiente de Bon de entre los otros en el lugar en el que yacía arropado en sus mantas, bajo su capa extendida; luz bastante para que pudiera despertar a Bon y para que Bon distinguiera su rostro (o tal vez algo comunicado a través de la mano de Henry) porque Bon no habla, ni exige saber quién es: simplemente se levanta y se pone la capa sobre los hombros y se acerca a la humeante hoguera y le está dando puntapiés para avivarla cuando Henry habla:

—Espera.

Bon se detiene y mira a Henry; ahora puede ver el rostro de Henry, dice:

—Te enfriarás. Ya tienes frío. No has dormido, ¿no es cierto? Toma.

Se quita el capote de sus hombros con un giro y se lo alarga.

—No, dice Henry.

—Sí. Cógelo. Yo iré por mi manta.

Bon envuelve a Henry con el capote y se va y coge su manta revuelta y la posa sobre sus hombros, y se apartan y se sientan sobre un tronco. Ya está amaneciendo. El este es gris; pronto será rosado y luego rojo como un homo y una vez más comenzará la fatigosa retirada, escapando de la aniquilación, retirándose hacia la derrota, aunque todavía no del todo. Aún tendrán un poco de tiempo para sentarse juntos sobre el tronco en la naciente luz del amanecer, uno con el capote, el otro con la manta; sus voces no son mucho más altas que el mismo amanecer silencioso:

—Así que es la mezcla de razas, no el incesto, lo que no puedes soportar.

Henry no contesta.

—Y ¿no me envía mensaje alguno? ¿No te pidió que me enviases ante él? ¿Ningún mensaje, ninguno en absoluto? Eso era todo lo que tenía que hacer, ahora, hoy; cuatro años atrás o en cualquier momento durante los cuatro años. Eso era todo. No habría necesitado pedírmelo, exigírmelo. Yo lo hubiera ofrecido. Yo hubiera dicho, No volveré a verla jamás antes de que él pudiera pedírmelo. No tenía que hacer esto, Henry. No era necesario que te dijera que soy un negro para detenerme. Podía haberme detenido sin hacer eso, Henry.

—¡No! Grita Henry. —¡No! ¡No! Lo haré... Yo...

se levanta de un salto; su rostro se turba; Bon puede ver sus dientes entre la suave barba que cubría sus hundidas mejillas, y el blanco de los ojos de Henry como si los globos se revolvieran en sus órbitas al tiempo que su respiración jadeante se debatía en sus pulmones —el jadeo que cesó, la respiración contenida, los ojos que también lo miraban al lugar donde estaba sentado en el tronco, la voz ya no mucho más fuerte que la exhalación de un aliento:

—Dices, podía haberte detenido, ¿Qué quieres decir con eso?

Ahora es Bon el que no responde, el que está sentado en el tronco observando el rostro inclinado sobre él. Henry dice, todavía con esa voz no más fuerte que el aliento:

—¿Pero ahora? Quieres decir que tú...

—Sí. ¿Qué otra cosa puedo hacer ahora? Le di a elegir. Le he estado dando a elegir durante cuatro años.

—Piensa en ella. No en mí: en ella.

Lo he hecho. Durante cuatro años. En ti y en ella. Ahora estoy pensando en mí.

No, dice Henry. —No. No.

¿No puedo?

No lo harás.

¿Quién me detendrá, Henry?

No, dice Henry. —No. No. No.



*Ahora es Bon el que observa a Henry; puede volver a ver el blanco de los ojos de Henry mientras estaba sentado mirando a Henry con esa expresión a la que se podría llamar sonrisa. Su mano desapareció bajo la manta y reapareció, sosteniendo su pistola por el cañón, con la culata extendida hacia Henry.*

*—Entonces hazlo ahora, dice.*

*Henry mira la pistola; ahora no sólo está jadeando, está temblando; cuando habla ahora su voz no es siquiera la exhalación, es la inspiración misma sofocada y sofocante:*

*—Eres mi hermano.*

*—No no lo soy. Soy el negro que va a dormir con tu hermana. A menos que me detengas, Henry.*

*De repente Henry agarra la pistola, la arrebatada de la mano de Bony permanece así, la pistola en la mano, jadeando y jadeando; de nuevo Bon puede ver el blanco de sus ojos girados hacia adentro mientras está sentado en el tronco y observa a Henry con esa desvaída expresión en los ojos y en la boca que podría ser una sonrisa.*

*—Hazlo ahora, Henry, dice.*

*Henry gira sobre sí mismo; en el mismo movimiento arroja la pistola lejos de él y vuelve a inclinarse, aferrando a Bon por ambos hombros, jadeando.*

*—¡No lo harás! Dice. —¡No lo harás! ¿Me oyes?*

*Bon no se mueve bajo las manos que le aferran; está sentado inmóvil, con su leve mueca fija; su voz es más tenue que aquel primer aliento con el que las ramas del pino se empiezan a mover un poco:*

*—Tendrás que detenerme, Henry. —Pero nunca huyó—, dijo Shreve. —Podría haberlo hecho, pero ni siquiera lo intentó. Dios mío, tal vez hasta se dirigió a Henry y dijo: —Me voy, Henry— y tal vez se alejaron juntos y cabalgaron uno al lado del otro esquivando las patrullas yanquis durante todo el camino de vuelta a Misisipi y directos hacia aquella verja; uno al lado del otro y solamente entonces ocurrió que uno de ellos se adelantó con el caballo o se quedó rezagado y fue entonces cuando Henry espoleó al caballo y lo hizo girar para enfrentarse a Bon y sacó la pistola; y Judith y Clytie oyeron el disparo, y puede que Wash Jones estuviera merodeando en algún lugar de la parte trasera y por eso estuvo allí para ayudar a Clytie y a Judith a llevarlo dentro de la casa y tenderlo en la cama, y Wash fue a la ciudad a contárselo a la tía Rosa y la tía Rosa llega agitada aquella tarde y encuentra a Judith de pie sin una lágrima delante de la puerta cerrada, sosteniendo el medallón que ella le había dado con su retrato dentro pero que ahora no contenía su retrato sino el retrato de la ochavona y el niño. Y tu viejo tampoco sabría nada acerca de ello: por qué el negro hijo de perra habría sacado su retrato y puesto el retrato de la ochavona en él, así que inventó una razón para ello. Pero yo lo sé. Y tú también lo sabes. ¿No es cierto? ¿No es cierto, eh?— Miró a Quentin con ira, ahora inclinándose sobre la mesa, con el aspecto enorme y sin forma de un oso en su rebujo de ropas. —¿No lo sabes? Fue porque se dijo a sí mismo: —Si Henry no pretende hacer lo que dijo, todo irá bien;*

puedo sacarlo y destruirlo. Pero si pretende hacer lo que dijo, será la única forma que tendré de decirle a ella, *Yo no tenía nada bueno; no te aflijas por mí*—. ¿No es eso cierto? ¿no lo es? Por Dios, ¿no lo es?

—Sí, —dijo Quentin.

—Vamos, —dijo Shreve—. Salgamos de esta nevera y acostémonos.

## CAPÍTULO IX

Al principio, a oscuras sobre la cama, parecía que hacía más frío que nunca, como si hubiera habido un débil, calor casi imperceptible en la solitaria lámpara antes de que Shreve la apagara y parecía que ahora la oscuridad eterna e impenetrable se había unido a la pesada y helada ropa de cama que cubría la carne tranquila y ligeramente vestida para dormir. Entonces parecía que la oscuridad respiraba, fluía; la ventana que había abierto Shreve se hizo visible con el débil brillo espectral de la nieve que había en el exterior mientras, forzada por el peso de la oscuridad, la sangre se agitaba y corría cada vez más caliente. —La Universidad de Misisipi—, dijo la voz de Shreve mientras permanecía en la oscuridad a la derecha de Quentin. —Bayard alivió las cuarenta millas (eran cuarenta millas ¿no?); atravesando parajes desiertos con aquel honor orgulloso que surgía semestralmente —Sí, —afirmó Quentin—. Pertenecían a la décima promoción, contando desde el momento en el que fuera inaugurada.

—No sabía que hubiera diez promociones al mismo tiempo en Misisipi, —dijo Shreve. Quentin no respondió. Permaneció acostado contemplando el rectángulo de la ventana, sintiendo cómo corría la sangre caliente por sus venas a través de los brazos y las piernas. A pesar de que estaba abrigado y de que mientras había estado sentado en la fría habitación temblaba débil y continuamente, ahora comenzó a sentir temblores violentos e incontrolables hasta el punto de que podía oír cómo temblaba la cama, e incluso Shreve los notó y giró (debido al sonido), apoyándose sobre el codo para mirar a Quentin, aunque Quentin se sentía perfectamente bien. Se sentía bien incluso allí acostado y esperando con paciente curiosidad la siguiente sacudida violenta e inesperada. —¡Dios mío! ¿Tienes tanto frío? —le preguntó Shreve— ¿Quieres que te ponga los abrigos encima?

—No —contestó Quentin— No tengo frío. Estoy bien. Me siento bien.

—Entonces, ¿por qué tiemblas así?

—No lo sé. No puedo evitarlo. Pero me encuentro bien.

—De acuerdo. Pero dime si necesitas los abrigos. Dios mío, si tuviera que pasar nueve meses en este clima, seguro que detestaría ser del Sur. Tal vez no vendría desde el Sur de todos modos, si pudiera quedarme allí. Espera. Escúchame. No pretendo ser gracioso. Sólo quiero entenderlo si es posible y no sé cómo expresarlo mejor. Porque esto es algo que mi gente no tiene. O si lo tenemos, ocurrió hace tanto tiempo y no hay nada que tengamos que mirar cada día que nos lo recuerde. No vivimos entre abuelos derrotados y esclavos libres (¿o es a la inversa y fue tu gente la liberada y los negros fueron los que perdieron?) y balas en la mesa del comedor y otras cosas que nos recuerden siempre que no podemos olvidar. ¿Qué es? ¿Es algo que se vive y se respira como si fuera aire? ¿Es una especie de vacío lleno de rabia fantasmagórica e indómita y de orgullo y gloria sobre acontecimientos que ocurrieron y se acabaron hace cincuenta años? ¿Es una especie de derecho que vincula a padre e hijo e hijo y padre para nunca olvidar al General Sherman, de manera que mientras los hijos de tus

hijos engendren hijos tú no serás más que un descendiente de la larga línea de coroneles asesinados en la Carga de Pickett<sup>[96]</sup> en Manassa<sup>[97]</sup>?

—Gettysburg —dijo Quentin— No puedes comprenderlo. Tendrías que haber nacido allí.

—¿Lo comprendería entonces? —Quentin no contestó— ¿Tú lo entiendes?

—No lo sé, —afirmó Quentin— Sí, por supuesto que lo entiendo. Respiraron en la oscuridad. Después de un momento Quentin dijo: —No lo sé

—Sí. No lo sabes. Incluso no sabes nada acerca de la anciana dama, la tía Rosa.

—La señorita Rosa —dijo Quentin.

—De acuerdo. Ni siquiera sabes nada sobre ella. Exceptuando que al final se negó a ser un fantasma. Que después de casi cincuenta años ella no pudo resignarse a dejarlo en paz una vez muerto. Que incluso después de cincuenta años ella no sólo se levantó y salió a terminar lo que ella se dio cuenta de que no había terminado, sino que pudo encontrar a alguien que la acompañara e irrumpiera en esa casa que permanecía cerrada, porque el instinto o algo le decía que aún no había terminado todo. ¿No es así?

—No. —dijo Quentin tranquilamente. Podía sentir en sus labios el sabor del polvo. Incluso ahora, con el helado peso del aire de Nueva Inglaterra cargado de olor a nieve sobre su rostro, podía sentir saborear el polvo de aquella noche de septiembre en Misisipi que lo dejó sin aliento (o mejor dicho, que le hacía respirar como si estuviera en un homo). Incluso podía oler a la anciana mujer que viajaba a su lado en la calesa, aspirar la fragancia del chal que olía a cerrado y a alcanfor y hasta olía la sombrilla negra de algodón que no había sido aireada en mucho tiempo y en la que ella (él no lo descubrió hasta que llegaron a la casa) había ocultado un hacha y una linterna. Podía oler al caballo; podía escuchar el seco chirrido de las ligeras ruedas sobre el penetrante polvo ingravido y parecía sentir el mismo polvo moviéndose perezoso y seco sobre su carne sudorosa del mismo modo que parecía escuchar el único suspiro profundo de agonía de la tierra reseca que se elevaba hacia las estrellas imponderables y lejanas. Entonces habló ella por primera vez desde que salieron de Jefferson, ya que se había subido a la calesa con una especie de ansia desmañada y torpe y temblorosa (que él consideró derivada del terror, la inquietud, hasta que se dio cuenta de que estaba totalmente equivocado) antes de que él pudiera ayudarla, para sentarse en el borde del asiento, pequeña, llevando el chal que olía a cerrado y empuñando la sombrilla, mientras se inclinaba hacia delante como si al inclinarse pudiera llegar antes, llegar inmediatamente después del caballo y antes de que él, que Quentin, lo hiciera, antes de que la presencia de su deseo y necesidad pudiera advertir su consumación. —Ahora—, dijo ella —estamos en sus Dominios. En su tierra, la suya, la de Ellen y la de los descendientes de Ellen. Se la han quitado desde entonces, creo. Pero aún le pertenece a él, a Ellen y a sus descendientes. Pero Quentin ya lo sabía. Antes de que ella hablara él se había dicho a sí mismo —Ahora. Ahora— y (al igual que durante la larga y calurosa tarde en la pequeña casa calurosa y oscura) le

parecía que si detenía la calesa y escuchaba, incluso podría oír los cascos galopando; podría ver en cualquier momento al semental negro y su jinete cruzando la carretera a toda prisa y galopando delante de ellos —el jinete que una vez poseyó y por completo, todo lo que se podía ver desde un punto determinado, cada árbol y hoja y casco y talón sobre ella para recordarle (si alguna vez lo olvidaba) que él era lo más grande ante sus ojos y los suyos propios; que se fue a la Guerra para protegerlo y perdió la Guerra y regresó a su casa para encontrarse con que había perdido algo más que la Guerra, aunque no todo por completo; que dijo *Al menos me queda la vida* pero que no tenía vida sino vejez y aliento y terror y desdén y miedo e indignación: y todo lo que quedaba para mirarlo con respeto inalterable era la muchacha que era una niña cuando él la vio por última vez, que sin duda solía mirarlo desde la ventana o desde la puerta mientras él pasaba sin notar que ella estaba ahí del mismo modo que ella habría mirado a Dios, ya que todo lo que estaba ante sus ojos también le pertenecía a él. Tal vez incluso él se detenía delante de la cabaña y pedía agua y ella tomaba un cubo y recorría la milla hasta el manantial para recogerla fresca y fría para él, sin pensar en decirle —El cubo está vacío— como no se lo habría dicho a Dios; —esto no era todo, ya que al menos le quedaba el aliento.

Ahora Quentin empezó a respirar profundamente de nuevo, se había quedado tranquilo durante un rato en la cálida cama, respirando profundamente la embriagadora oscuridad pura nacida de la nieve. Ella (la señorita Coldfield) no le permitió pasar del portón de la verja. —Deténgase— le dijo de repente; sintió su mano revoloteando sobre su brazo y pensó —Está asustada—. Podía escucharla jadear, su voz era casi como un lamento de determinación tímida pero inamovible: —No sé qué hacer. No sé qué hacer—. (—Lo sé—, pensó él— Regresar a la ciudad e irme a la cama—). Pero él no lo dijo. Observó los dos soportes del enorme portón a la luz de las estrellas, entre los que ninguna verja oscilaba ahora, mientras se preguntaba desde qué dirección habían cabalgado Bon y Henry aquel día, qué habría proyectado la sombra que Bon no cruzaría con vida; si algún árbol vivo que aún daba hojas y sombra o si algún árbol que había desaparecido) se había esfumado, había sido quemado años atrás para proporcionar calor y alimento o que tal vez sólo había desaparecido; o si había sido uno de los dos soportes, pensando, deseando que Henry estuviera allí ahora mismo para detener a la señorita Coldfield y hacerles regresar, diciéndose a sí mismo que si Henry estuviera allí ahora, no habría ningún disparo que se pudiera oír. —Ella va a intentar detenerme—, gimoteó la señorita Coldfield. —Sé que lo va a hacer. Tal vez a esta distancia de la ciudad, aquí solos a medianoche, incluso permitiría que este negro... usted ni siquiera ha traído una pistola ¿verdad?

—No, señora —dijo Quentin— ¿Qué es lo que ella esconde ahí? ¿Qué puede ser? ¿Qué importancia tiene? Volvamos a la ciudad, señorita Rosa.

No contestó a esto. Sólo dijo, —Eso es lo que tengo que descubrir—, sentada sobre el asiento, temblando y mirando el sendero en el que los árboles unían sus copas y que llevaba hasta donde estaba la cáscara corrompida de la casa —Y tendré

que descubrirlo— gimoteó con una especie de asombrada autocompasión. Repentinamente se movió —Vamos— susurró mientras empezaban a bajarse de la calesa.

—Espere, —le dijo Quentin—. Lleguemos hasta la casa. Todavía queda media milla.

—No, No —musitó, con un tenso y fiero siseo de palabras cargado de esa misma determinación extraña y aterrada aunque implacable, como si no fuera ella quien tuviera que ir y descubrirlo sino que fuera el simple y pasivo instrumento de alguien o algo que lo sabía —Amarre el caballo aquí. Apresúrese—. Se bajó, garrapateó torpemente hacia abajo, antes de que él pudiera ayudarla, mientras empuñaba la sombrilla. Le parecía que podía escucharla jadear y gimotear desde donde ella esperaba junto a uno de los soportes mientras él apartaba a la yegua de la carretera y ataba las riendas a un árbol de la acequia plagada de malezas. Permanecía tan cerca del marco, que no podía verla: ella sólo dio unos pasos y se puso a su lado cuando él pasó por el portón de la verja, aún jadeando entre sollozos mientras caminaban por la arboleda llena de baches. La oscuridad era intensa; ella tropezó; él la sujetó. Ella le tomó del brazo, asiéndolo con un fuerte apretón rígido y entumecido como si los dedos, como si la mano, fueran un pequeño manojito de alambres. —Tendré que tomar su brazo—, masculló, gimoteó —Y ni siquiera tiene una pistola... Espere —dijo. Se detuvo. Él se volvió; no podía verla pero podía escuchar su agitada respiración y entonces el crujir de la tela. Ella estaba empujando algo contra él— Aquí tiene —susurró— Tómelo. Era un hacha; no fue su visión sino su tacto lo que se lo dijo —era un hacha con un pesado mango desgastado y una pesada cuchilla oxidada y con hendiduras.

—¿Qué? —preguntó él.

—¡Tómela! —masculló, siseó— No ha traído una pistola. Algo es algo.

—Un momento, —dijo—; espere.

—Vamos —susurró ella— Tendrá que permitirme que me agarre a su brazo, estoy temblando demasiado. —Prosiguieron de nuevo, ella se aferraba a uno de sus brazos mientras sujetaba el hacha con la otra mano. —Tal vez la necesitamos para entrar en la casa, de cualquier modo —dijo mientras daba traspies junto a él, casi arrastrándolo — Sólo sé que ella está observándonos desde algún lugar, —gimoteó— Puedo sentirla. Pero si pudiéramos llegar a la casa, entrar en ella...

El camino parecía interminable. Él conocía el lugar. Había caminado desde el portón hasta la casa siendo un niño, un muchacho, cuando las distancias parecen eternas (de modo que para el hombre adulto la larga milla recorrida durante su infancia supone apenas la distancia a un tiro de piedra) aunque ahora le parecía que la casa nunca se iba a mostrar ante sus ojos: así que se dio cuenta de que estaba repitiendo las palabras de ella: —Si pudiéramos llegar a la casa, entrar en ella— se las decía a sí mismo, recobrándose en el mismo aliento —No estoy asustado. Lo que sucede es que no deseo estar aquí. No quiero saber nada acerca de lo que ella

mantiene escondido ahí dentro—. Pero al final llegaron. Surgió voluminosa, cuadrada y enorme, con melladas chimeneas medio derruidas, y con el techo un poco hundido; durante un instante, mientras ellos se movían, se apresuraban hacia ella, Quentin vio a través de él un segmento desigual de cielo con tres estrellas brillantes como si la casa tuviera una sola dimensión, como si estuviera pintada sobre un lienzo en el que hubiera un desgarró; ahora, casi debajo de ella, el ardiente aliento corrompido del aire en el que se movían parecía oler con una lenta y prolongada violencia al aroma de la desolación y decadencia como si la madera de la que había sido construida fuera carne. Ahora ella trotaba a su lado, la mano temblaba sobre su brazo pero lo asía con esa misma fuerza rígida y exánime; sin hablar, sin pronunciar palabra, aunque emitiendo un gemido continuo, casi un lamento. Parecía que ella no podía ver de modo que él tenía que guiarla hacia donde sabía que estaban los escalones y retenerla, susurrando, siseando, imitando sin saberlo su propio apresuramiento tenso y marchito: —Espere. Por aquí. Tenga cuidado ahora. Están podridos—. Casi la levantó, la ayudó a subir los escalones, sujetándola desde detrás por los codos como si levantara a un niño; sentía algo fiero, implacable y dinámico al recorrer los delgados y rígidos brazos hasta las palmas de las manos y subiendo por sus propios brazos; acostado en la cama de Massachusetts recordaba que pensó, comprendió, se dijo a sí mismo repentinamente, —Ella no está asustada. Hay algo. Pero ella no está asustada— mientras sentía cómo se escapaba de sus brazos, mientras escuchaba sus pisadas atravesando el zaguán, alcanzándola ahora que permanecía, jadeante, junto a la puerta principal. —¿Ahora qué?— susurró.

—Rómpala, —musitó— Estará cerrada, estará sellada con clavos. Tiene el hacha. ¡Rómpala!

—Pero...

—¡Rómpala! —siseó— Perteneció a Ellen. Yo soy su hermana, su única heredera viva. Rómpala. Apresúrese. —Él empujó la puerta. No se movió. Ella seguía jadeando a su lado—. Apresúrese —le dijo— Rómpala

—Escuche señorita Rosa —dijo— Escuche.

—Deme el hacha.

—Espere, —le dijo— ¿De verdad desea entrar?

—Voy a entrar —gimoteó— Déme el hacha.

—Espere, —dijo.

Se movió por el zaguán, guiándose por la pared, avanzando con cuidado ya que no sabía dónde podían estar podridas las tablas del suelo o incluso faltar algunas, hasta que llegó a una ventana. Las celosías estaban cerradas y al parecer con llave, aunque cedieron casi al instante bajo la cuchilla del hacha, sin hacer apenas mido — era una barricada endeble y descuidada hecha por una persona anciana y débil— una mujer —o por un hombre inútil; ya había introducido la cuchilla del hacha debajo del marco antes de descubrir que no había cristal, que ahora lo único que tenía que hacer era pasar a través del marco vacío. Se quedó allí durante un instante, diciéndose a sí

mismo que entrara, diciéndose a sí mismo que no estaba asustado, sólo era que no deseaba saber qué podía haber dentro—. ¿Y bien? —susurró la señorita Coldfield desde la puerta— ¿La ha abierto?

—Sí —No fue un susurro, aunque tampoco levantó la voz; la habitación oscura que estaba frente a él repitió su voz con una profundidad hueca, como lo haría una habitación que no está amueblada— Espere aquí. Intentaré abrir la puerta. Así que ahora tengo que entrar —pensó, mientras se encaramaba al alféizar. Sabía que la habitación estaba vacía; el eco de su voz se lo había dicho, pero se movió despacio y con el mismo cuidado con el que lo había hecho en el zaguán, palpando la pared con sus manos, siguiendo la pared cuando ésta se doblaba, y encontró la puerta y la atravesó. Ahora se encontraba en el vestíbulo; casi creía que podía oír a la señorita Rosa respirar detrás de la pared. Estaba tan oscuro como la boca de un lobo; no podía ver, sabía que no podía ver, pero descubrió que sus párpados y los músculos le dolían por el esfuerzo mientras algunos puntos rojos que se mezclaban y disolvían revoloteaban y se desvanecían de la retina. Prosiguió; al final sintió la puerta debajo de la mano y pudo escuchar la respiración entrecortada de la señorita Coldfield al otro lado mientras palpaba la puerta buscando la cerradura. Entonces el sonido producido por una cerilla que se enciende surgió detrás de él como el de una explosión, como una pistola; incluso antes de que la débil luz que le sigue apareciera, todos sus órganos se sobresaltaron hasta hacerle sentir náuseas; ni siquiera pudo moverse durante un tiempo aunque algo de cordura rugiera silenciosamente debajo de su cráneo: —¡Todo va bien! ¡Si hubiera peligro, no habría encendido la cerilla!— Entonces pudo moverse, y se volvió para contemplar la pequeña criatura semejante a un gnomo que llevaba un pañuelo en la cabeza y vestía una falda voluminosa, el ajado rostro color café lo miraba fijamente, la cerilla sujeta por encima de la cabeza por una de las manos de muñeca y de color café. Él no la miraba a ella sino a la cerilla mientras se consumía hacia sus dedos; miraba tranquilamente mientras ella se movía y encendía una segunda cerilla con la primera y se volvía; vio entonces el tronco aserrado junto a la pared y la lámpara apoyada sobre él mientras elevaba el tubo y acercaba la cerilla hacia la mecha. Lo recordaba, allí acostado en la cama de Massachusetts y ahora respirando profundamente, la paz y la tranquilidad habían desaparecido de nuevo. Recordaba que ella no pronunció ninguna palabra, ni siquiera preguntó —¿Quién eres?— o —¿Qué deseas?— sino que simplemente se aproximó con un manajo de enormes llaves de hierro antiguas, como si hubiera sabido todo ese tiempo que este momento tenía que llegar y que era inevitable, y abrió la puerta y retrocedió un poco mientras la señorita Rosa entraba. Ella (Clytie) y la señorita Coldfield no cruzaron palabra alguna, como si Clytie hubiera mirado una vez a la otra mujer y hubiera sabido que eso sería inútil; fue hacia él, hacia Quentin, hacia quien se volvió, apoyando la mano sobre su brazo y le dijo: —No le permita que suba, joven amo—. Y tal vez ella le miró y supo que también sería inútil, porque ella se volvió, se acercó a la señorita Coldfield y cogió su brazo y le dijo —No suba, Rosie—. La



señorita Coldfield apartó la mano de un golpe y prosiguió hacia las escaleras (y entonces él vio que tenía una linterna; recordaba que pensó, —Debía estar en la sombrilla, junto al hacha—) y Clytie dijo, —Rosie— y corrió detrás de ella, y entonces la señorita Coldfield dio media vuelta en un escalón y derribó a Clytie con un puñetazo, como lo habría hecho un hombre, y se volvió y continuó subiendo las escaleras. Ella (Clytie) se quedó sobre el desnudo suelo del descostrado y vacío vestíbulo, como un pequeño bulto con forma de andrajos serenos y limpios. Cuando él se acercó a ella, vio que estaba consciente, sus ojos estaban completamente abiertos y tranquilos; permaneció de pie por encima de ella, pensando, —Sí. Ella es la dueña del horror—. Cuando la levantó fue como recoger un puñado de palitos escondidos entre un bulto de trapos, tan ligera como era. No podía permanecer de pie; tuvo que sujetarla, consciente de algún débil movimiento o intención en sus miembros hasta que se percató de que ella estaba intentando sentarse en el último peldaño. La ayudó a agacharse. —¿Quién es usted?— le preguntó.

—Soy Quentin Compson —contestó.

—Sí. Recuerdo a su abuelo. Suba y hágala bajar. Haga que se aleje de aquí. Sea lo que sea que él hiciera, yo y Judith y él lo hemos pagado, vaya y agárrela. Aléjela de aquí. —Así que subió las escaleras, los gastados y desnudos rodamientos, la pared agrietada y descostrada por un lado, la balaustrada en la que de manera intermitente faltaban columnillas. Recordaba que volvió la vista atrás y ella aún permanecía sentada del mismo modo en el que la había dejado, y que ahora (y no le había oído entrar) abajo en el vestíbulo permanecía un joven mulato, grande y pesado, llevando una camisa y un mono limpios y desgastados, sus brazos colgaban, no había sorpresa, nada en el rostro de idiota del color de cuero y con la boca ancha y floja. Recordaba que pensó, —El vástago, el heredero aparente (aunque no obvio)— y que escuchó las pisadas de la señorita Coldfield y vio cómo se aproximaba la luz de una linterna por el vestíbulo del primer piso y que ella se acercó y pasó a su lado, dio un pequeño trapiés, se mantuvo en pie sin ayuda y le miró directamente como si nunca antes le hubiera visto —sus ojos estaban abiertos aunque sin visión como los de un sonámbulo, el rostro que siempre había sido de color del sebo ahora poseía una palidez algo más profunda, casi insoportable— y él pensó, —¿Qué? ¿Qué ocurre ahora? No es una conmoción. Y nunca ha sido el miedo. ¿Puede ser el triunfo?— y ella pasó a su lado y prosiguió. Escuchó a Clytie cómo decía al hombre, —Llévala al portón, a la calesa—. Y permaneció allí pensando, —Debería ir con ella— y entonces —Pero yo también debo verlo. Tengo que hacerlo. Tal vez mañana lo lamente, pero tengo que verlo—. Así que cuando descendió por las escaleras (y recordaba que pensó, —Tal vez mi rostro se parece al suyo, pero no es triunfo—) sólo quedaba Clytie en el vestíbulo, aún sentada en el último peldaño, sentada inerte en la misma posición en la que él la había dejado. Ni siquiera le miró cuando pasó a su lado. Él tampoco alcanzó a la señorita Coldfield y al negro. Estaba demasiado oscuro como para ir deprisa, aunque podía escucharlos delante de él. Ella no usaba ahora la

linterna; recordaba que pensó —Seguro que ahora no tiene miedo de que se vea luz alguna—. Pero no la utilizó y él se preguntó si se estaría apoyando sobre el brazo del negro; se lo preguntó hasta que escuchó la voz del negro, monótona, sin énfasis ni interés: —Vaya mejor por este lado—. Y no hubo respuesta por parte de ella, aunque él estaba lo suficientemente cerca ahora como para escuchar (o creía que lo hacía) su jadeo sollozante. Entonces se escuchó el otro sonido y supo que ella había tropezado y se había caído; casi podía ver cómo el desgarbado negro con su rostro flojo se detenía, mirando hacia el lugar en el que había sonado la caída, esperando, sin interés ni curiosidad, mientras él (Quentin) se apresuraba, corría hacia las voces:

—¡Tú, negro! ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Jim Bond.

—¡Ayúdame! ¡Tú no eres un Sutpen! ¡No puedes dejarme sobre este polvo!

Cuando detuvo la calesa junto a su puerta esta vez no se ofreció a bajarse sola. Permaneció sentada hasta que él se bajó y dio la vuelta hasta llegar a su lado; aún seguía allí sentada, sujetando la sombrilla con una mano y el hacha con la otra, hasta que él pronunció su nombre. Entonces se movió; él la ayudó a descender; era casi tan liviana como Clytie; cuando se movió fue como una muñeca mecánica, así que la sujetó y la condujo hacia el corto sendero y hasta la casa de muñecas y encendió las luces y contempló el rostro fijo y sonámbulo, los grandes ojos oscuros mientras ella permanecía de pie, aún asiendo la sombrilla y el hacha, su chal y el vestido negro estaban manchados por el polvo sobre el que había caído, el sombrero negro estaba inclinado hacia adelante y al sesgo por el golpe de la caída. —¿Está bien ahora?— él le preguntó.

—Sí —le contestó— Sí. Estoy bien. Buenas noches. Ni siquiera ha dado las gracias —pensó él:— Sólo ha dicho buenas noches, —fuera de la casa, respirando con profundidad y rápidamente mientras regresaba a la calesa y se daba cuenta de que estaba a punto de empezar a correr, pensando con tranquilidad —Dios mío Dios mío Dios mío—, mientras respiraba rápidamente y con fuerza el cálido aliento, pesado y oscuro del aire, de la noche en la que las brillantes y remotas estrellas permanecían suspendidas. Su propia casa estaba a oscuras; aún seguía empleando el látigo cuando giró hacia la vereda y después hacia el establo. Se bajó de un brinco y condujo a la yegua desde la calesa, después de quitarle los arneses y dejarlos en el cuarto dispuesto para ello sin pararse a colgarlos, mientras sudaba, respiraba profunda y rápidamente; cuando al final se volvió hacia la casa echó a correr. No pudo evitarlo. Tenía veinte años; no estaba asustado, porque lo que había visto allí no podía hacerle daño, pero corrió; incluso dentro de la oscura casa familiar y con los zapatos en la mano, aún corría, mientras subía las escaleras hasta su habitación y comenzó a desvestirse, de prisa, sudando, respirando rápidamente. —Debería tomar un baño— pensó: entonces se acostó sobre la cama, desnudo, limpiando uniformemente su cuerpo con la camisa que se había quitado, aún sudando, jadeando: así que cuando, los músculos de los ojos doliéndole por el esfuerzo en la oscuridad mientras la camisa

ya casi seca permanecía aún en la mano, se dijo —He estado dormido— era igual, no había diferencia: despierto o dormido caminó por el vestíbulo entre las paredes descostradas y debajo del techo agrietado, hacia la débil luz que salía de la última puerta y se detuvo allí, diciendo, —No. No— y después —Debo hacerlo. Tengo que hacerlo— y continuó, entró en la habitación desnuda que despedía un olor a rancio cuyas celosías también estaban cerradas, donde una segunda lámpara brillaba débilmente sobre una tosca mesa; despierto o dormido era igual: la cama, las sábanas y la almohada amarillentas, el consumido rostro macilento con los párpados cerrados casi transparentes sobre la almohada, las gastadas manos cruzadas sobre el pecho como si fuera un cadáver; despierto o dormido era igual y sería siempre igual mientras viviera:

*¿Y usted es...?*

*Henry Sutpen.*

*¿Y ha estado aquí...?*

*Cuatro años.*

*¿Y vino a casa a...?*

*A morir. Sí.*

*¿A morir?*

*Sí. A morir.*

*¿Y ha estado aquí...?*

*Cuatro años.*

*¿Y usted es...?*

*Henry Sutpen.*

Ahora hacía mucho frío en la habitación; las campanas iban a sonar de un momento a otro; el frío estaba compuesto recogido, como si estuviera preparándose para el sordo momento anterior al amanecer. —Y ella esperó tres meses antes de volver para buscarlo —dijo Shreve— ¿Por qué hizo eso? Quentin no contestó. Permaneció acostado tranquilo y rígido sobre su espalda con la fría noche de Nueva Inglaterra sobre su rostro y la sangre corría caliente por su cuerpo y sus miembros rígidos, respirando profundamente pero despacio, sus ojos estaban completamente abiertos mirando hacia la ventana, mientras pensaba —Nunca más la paz. Nunca más la paz. Nunca más. Nunca más. Nunca más.

—¿Supones que fue porque ella sabía lo que iba a ocurrir cuando lo contara, cuando tomara cualquier decisión, que se acabaría entonces, se terminaría, y que el odio es como el alcohol o las drogas y ella lo había utilizado durante tanto tiempo que no se arriesgaba a cortar el suministro, a destruir la fuente, la misma raíz y semilla de la adormidera? —Quentin todavía seguía sin responder—. Pero al final se resignó, por él, para poder salvarlo, para llevarlo a la ciudad donde los médicos podían salvarlo, y eso fue lo que ella dijo, consiguió la ambulancia y hombres y se personó allí. Y la anciana Clytie tal vez esperó durante los tres meses desde la ventana que sucediera esto: y tal vez incluso tu viejo tenía razón esta vez y cuando ella vio la

ambulancia que cruzaba el portón pensó que era el mismo carro negro por el que había tenido a ese muchacho negro vigilando durante tres meses, el que venía a llevarse a Henry a la ciudad para que los blancos lo colgaran por el asesinato de Charles Bon. Y me imagino que había sido también él quien había mantenido todo ese tiempo el armario que había debajo de las escaleras lleno de yesca y desperdicios, como se lo había dicho ella que hiciera, tal vez sin recogerlo entonces sino manteniéndolo lleno como ella le había dicho, el queroseno y todo, durante tres meses, hasta el momento en el que él podría empezar a aullar... —Ahora las campanas comenzaron a repicar marcando la una en punto. Shreve se calló, como si estuviera esperando a que se detuvieran o tal vez incluso las estaba escuchando. Quentin también reposaba tranquilo, como si estuviera escuchando, aunque no lo hacía; sólo las oía sin prestar atención igual que oía a Shreve sin prestarle atención o contestarle, hasta que se detuvieron, se extinguieron en el frío aire delicadas y débiles y musicales como un cristal que se golpea. Y él, Quentin, también podía verlo, aunque no había estado allí— la ambulancia con la señorita Coldfield sentada entre el conductor y un segundo hombre, tal vez un ayudante de shériff, llevando el chal y tal vez la sombrilla, aunque posiblemente sin el hacha o la linterna dentro de ella, pasando por la verja y recorriendo con cuidado el helado (y ahora parcialmente derretido) sendero lleno de baches; y pudo ser el aullido o tal vez el ayudante o el conductor o pudo ser ella la que gritó primero: —¡Está en llamas!— aunque ella no habría gritado eso; ella habría dicho, —Más deprisa. Más deprisa— mientras se inclinaba hacia delante también en este asiento —la pequeña mujer furiosa inflexible e implacable que no era mucho más grande que un niño. Pero la ambulancia no podía ir más deprisa por ese camino; sin duda Clytie lo sabía, contaba con ello; pasarían al menos tres minutos antes de que llegaran a la casa, a la monstruosa y corrompida cáscara de yesca que rezumaba humo por las grietas alabeadas en el entablado de chilla, como si estuviera hecha de tela de alambre y rellena de bramidos y más allá del mal en algún lugar algo oculto aullaba, algo humano ya que los bramidos recordaban a un lenguaje humano, aunque la razón de ello no parecía serlo. Y el ayudante y el conductor se bajaron de un salto y la señorita Coldfield tropezó y les siguió, también corriendo hasta el zaguán, hasta donde les siguió la criatura que aullaba, como un fantasma y carente de sustancia, mirándolos entre el humo, y acto seguido el ayudante del shériff se volvió y corrió detrás de él, él retrocedió, huyó, aunque el aullido no disminuyó ni pareció alejarse demasiado. Corrieron hacia el zaguán, entre el humo que se extendía por todas partes, y la señorita Coldfield gritaba —¡La ventana! ¡La ventana!— al segundo hombre que se encontraba junto a la puerta. Pero la puerta no estaba cerrada; se abrió; la bocanada de calor les golpeó. Las escaleras estaban ardiendo. Sin embargo tuvieron que retenerla; Quentin lo veía: la ligera y delgada criatura que furiosa no hacía ningún mudo, luchaba con una furia silenciosa y amarga, arañando y rascando y mordiendo a los dos hombres que la retenían, que la arrastraban desde las escaleras cuando la corriente de aire producida

por la puerta abierta explotó como pólvora entre las llamas a medida que todo el vestíbulo desaparecía. Él, Quentin, podía verlo, podía ver al ayudante del sheriff sujetándola mientras el conductor hacía retroceder la ambulancia hasta un lugar seguro y regresaban, los tres rostros ahora un poco desencajados ya que tenían que haber creído en ella; —los tres contemplaban, miraban ferozmente la casa maldita: y entonces durante un instante tal vez Clytie apareció en esa ventana desde la que debió haber estado mirando constantemente día y noche durante tres meses— el trágico rostro de gnomo debajo del limpio pañuelo sobre la cabeza, en contraste con el rojo fondo del fuego, vista durante un momento entre dos torbellinos de humo, observándolos, tal vez ni siquiera con triunfo y no más desesperación de la que llevaba, posiblemente tranquila sobre las chillas que se derretían antes de que el humo se arremolinara sobre ellas de nuevo —y él, Jim Bond, el vástago, el último de su estirpe, contemplándolo también y aullando como un humano ya que ahora podía conocer por qué estaba aullando. Pero no pudieron atraparlo. Podían oírlo; no parecía que se hubiera alejado demasiado pero no pudieron acercarse a él y tal vez en el momento no pudieron ni siquiera localizar la dirección de la que provenía el aullido. Ellos —el conductor y el ayudante del shériff— sujetaron a la señorita Rosa mientras ella luchaba: él (Quentin) podía verla, podía verlos; no había estado allí pero podía verla luchando y peleando como una muñeca en una pesadilla, sin hacer ruido, espumajeando un poco por la boca, su rostro a la luz del sol aparecía encendido por un último reflejo salvaje y carmesí mientras la casa se derrumbaba y su rugido se alejaba, y sólo quedó el sonido del negro idiota.

—Y así fue como la Tía Rosa regresó a la ciudad en la ambulancia, —dijo Shreve. Quentin no contestó, ni siquiera dijo *la señorita Rosa*. Sólo permaneció acostado mientras miraba fijamente la ventana, sin pestañear, respirando la fría y embriagadora oscuridad absoluta e iluminada por la nieve. —Y se fue a la cama porque ahora se había terminado todo, ya no quedaba nada, no había nada ahí fuera excepto ese muchacho idiota que se movería furtivamente entre aquellas cenizas y las cuatro chimeneas destruidas y aullaría hasta que alguien llegara y se lo llevara. No pudieron atraparlo y parece que nadie hizo que se alejara demasiado, él sólo dejó de aullar durante un tiempo. Entonces después comenzaron a oírlo de nuevo. Y así ella murió—. Quentin no respondió, miraba fijamente a la ventana; entonces no podía decir si era la misma ventana o el claro rectángulo de la ventana sobre sus párpados, aunque durante un instante comenzó a surgir. Comenzó a tomar forma en su misma extraña y ligera actitud que desafía la gravedad—la hoja una vez doblada en el verano de glicinas de Misisipi, el aroma del cigarro, el desordenado vuelo de las luciérnagas. —El Sur —dijo Shreve— El Sur. Dios mío. Es increíble cómo todos vosotros sobrevivís a vosotros durante años y años y años. —Estaba siendo distinto; ahora él era capaz de descifrar las palabras enseguida, en un instante; incluso casi ahora, ahora, ahora.

—Soy mayor teniendo veinte años que mucha gente que ya ha muerto —dijo

Quentin.

—Y ha muerto más gente de los que llegaron a los veintiún años —dijo Shreve. Ahora él (Quentin) podía leerla, podía terminarla— la inclinada letra caprichosa e irónica desde la circunstancia atenuante de Misisipi, ahora en la interminable nieve:

*—o tal vez sea eso. Seguro que no puede dañar a nadie el hecho de pensar que ella tal vez no eludió por completo el privilegio de ser ultrajada y sorprendida y de no perdonar sino que por el contrario se ha ganado por sí misma ese lugar o lindero en el que los objetos del ultraje y la conmiseración ya no son fantasmas sino gente auténtica que se convierten en los verdaderos destinatarios del odio y la compasión. No hará daño la esperanza —¿ves? he escrito esperanza, no pensamiento. Deja que sea esperanza— de que uno no puede escapar a la censura que se merece, que el otro ya no carece de la conmiseración que nos permite esperar (mientras tenemos esperanza), que ellos han anhelado, aunque sea por la razón de que están a punto de recibirla tanto si lo desean como si no. El tiempo estaba espléndido aunque frío y tuvieron que usar picos para romper la tierra para cavar la tumba aunque vi en una de las zonas más profundas una lombriz roja viva cuando se sacó la tierra pero por la tarde ya estaba congelada.*

—Así que les costó a Charles Bon y a su madre librarse del viejo Tom, y a Charles Bon y a la ochavona librarse de Judith y a Charles Bon y a Clytie librarse de Henry; y a la madre y a la abuela de Charles Bon librarse de Charles Bon. Así que son necesarios dos negros para librarse de un Sutpen ¿No es cierto? —Quentin no respondió; evidentemente Shreve no deseaba ahora una respuesta; continuó casi sin una pausa— Eso está bien, está bien; aclara toda la historia, puedes arrancar todas las páginas y quemarlas excepto una cosa. ¿Sabes qué es? —tal vez esperaba una respuesta esta vez, o tal vez sólo se detuvo para hacer énfasis, ya que no obtuvo respuesta— Sobra un negro. Sobra un Sutpen negro. Por supuesto que no puedes atraparlo y no siempre lo puedes ver y nunca podrás utilizarlo. Pero aún sigue ahí. Aún puedes escucharlo algunas veces por la noche ¿No es así?

—Sí —dijo Quentin.

—¿Y sabes qué es lo que pienso? —Ahora esperaba una respuesta, y no obtuvo ninguna.

—No, —dijo Quentin.

—¿Quieres saber qué pienso?

—No —dijo Quentin.

—Entonces te lo diré. Creo que con el tiempo los Jim Bond van a conquistar el hemisferio occidental. Por supuesto que no será en nuestra época y seguro que a medida que se muevan hacia los polos perderán color igual que los pájaros y los conejos, de modo que no habrá un gran contraste frente a la nieve. Sin embargo seguirá siendo Jim Bond; y así en unos cuantos miles de años, yo que te hablo también habré descendido de reyes africanos. Ahora quiero que me digas sólo una

cosa más ¿Por qué odias el Sur?

—No lo odio —dijo Quentin rápidamente, enseguida, inmediatamente— No lo odio —afirmó. *No lo odio* pensó, jadeando en el frío aire, en la eterna oscuridad de Nueva Inglaterra; *No. ¡No! ¡No lo odio! ¡No lo odio!*

# CRONOLOGÍA

- 07 Thomas Sutpen nace en las montañas de West Virginia. Blancos pobres, de estirpe anglo-escocesa. Familia numerosa.
- 17 Los Sutpen se mudan a la zona de Tidewater, en Virginia, Sutpen tiene diez años. Ellen Coldfield nace en Tennessee.
- 20 Sutpen se escapa de casa. Tiene catorce años.
- 27 Sutpen se casa con su primera esposa en Haití.
- 28 Goodhue Coldfield se muda al condado de Yoknapatawpha (Jefferson), Misisipi: con su madre, hermana, esposa y su hija Ellen.
- 31 Charles Bon nace en Haití. Sutpen descubre que su mujer tiene sangre negra, la repudia a ella y al niño.
- 33 Sutpen aparece en el condado de Yoknapatawpha, Misisipi, toma posesión de tierras y construye su casa.
- 34 Nace Clytemnestra (Clytie), hija de una esclava.
- 38 Sutpen se casa con Ellen Coldfield.
- 39 Nace Henry Sutpen en el Ciento de Sutpen.
- 41 Nace Judith Sutpen.
- 45 Nace Rosa Coldfield.
- 50 Wash Jones se muda a la pesquería abandonada en la plantación de Sutpen, con su hija.
- 53 Nace Milly Jones, hija de la hija de Wash Jones.
- 59 Henry Sutpen y Charles Bon se conocen en la Universidad de Misisipi. Judith y Charles se conocen durante las Navidades. Charles Etienne St. Velery Bon nace en Nueva Orleans.
- 60 Durante las Navidades Sutpen prohíbe el matrimonio entre Judith y Bon. Henry repudia su primogenitura y se marcha con Bon.
- 61 Sutpen, Henry y Bon se marchan a la guerra.
- 63 Muere Ellen Coldfield.
- 64 Muere Goodhue Coldfield.
- 65 Henry mata a Bon en el portón de la verja de la casa. Rosa Coldfield se traslada al Ciento de Sutpen.
- 66 Sutpen se compromete con Rosa Coldfield, la insulta. Ella regresa a Jefferson.
- 67 Sutpen lo intenta con Milly Jones.
- 69 Nace el bebe de Milly Jones. Wash Jones mata a Sutpen.
- 70 Charles E. St. V. Bon se persona en el Ciento de Sutpen.
- 71 Clytie lleva a Charles E. St. V. Bon a vivir al Ciento de Sutpen.
- 81 Charles E. St. V. Bon regresa con su esposa negra.
- 82 Nace Jim Bond.
- 84 Judith y Charles E. St. V. Bon mueren de viruela.



1909

ptiembre Rosa Coldfield y Quentin descubren que Henry se esconde dentro de la casa.

ciembre Rosa Coldfield va a buscar a Henry para llevarlo a la ciudad, Clytie prende fuego a la casa.

# GENEALOGÍA

THOMAS SUTPEN. Nació en las montañas de West Virginia en 1807. Uno de varios de los hijos de dos blancos indigentes, de estirpe anglo-escocesa. Estableció la plantación del Ciento de Sutpen en el condado de Yoknapatawpha, Misisipi, en 1833. Se casó (1) con Eulalia Bon, en Haití, en 1827. (2) con Ellen Coldfield, en Jefferson, Misisipi, en 1838. Mayor, después coronel, de la \*\*\*ava infantería, del Ejército Confederado del Sur. Murió, en el Ciento de Sutpen, en 1869.

EULALIA BON. Nació en Haití. Hija única de un plantador haitiano de azúcar de ascendencia francesa. Se casó con Thomas Sutpen en 1827, se divorció de él en 1831. Murió en Nueva Orleans, en fecha desconocida.

CHARLES BON. Hijo de Thomas y Eulalia Bon Sutpen. Hijo único. Asistió a la Universidad de Misisipi, donde conoció a Henry Sutpen y se comprometió en matrimonio con Judith. Soldado, después subteniente, en el \*\*\*avo regimiento (de los Grises de la Universidad) de la \*\*\*ava infantería de Misisipi, del Ejército Confederado del Sur. Murió, en el Ciento de Sutpen en 1865.

GOODHUE COLDFIELD. Nació en Tennessee. Se trasladó a Jefferson, Misisipi, en 1828, y estableció un pequeño comercio. Murió en Jefferson en 1864.

ELLEN COLDFIELD. Hija de Goodhue Coldfield. Nació en Tennessee en 1818. Se casó con Thomas Sutpen en Jefferson, Misisipi, en 1838. Murió en el Ciento de Sutpen en 1862.

ROSA COLDFIELD. Hija de Goodhue Coldfield. Nació en Jefferson en 1845. Murió en Jefferson en 1910.

HENRY SUTPEN. Nació en el Ciento de Sutpen, en 1839. Hijo de Thomas y Ellen Coldfield Sutpen. Asistió a la Universidad de Misisipi. Soldado, en el \*\*\*avo regimiento (de los Grises de la Universidad) de la \*\*\*ava infantería del Ejército Confederado del Sur. Murió en el Ciento de Sutpen en 1909.

JUDITH SUTPEN. Hija de Thomas y Ellen Coldfield Sutpen. Nació en el Ciento de Sutpen en 1841. Se comprometió en matrimonio con Charles Bon en 1860. Murió en el Ciento de Sutpen en 1884.

CLYTEMNESTRA SUTPEN. Hija de Thomas Sutpen y una esclava negra. Nació en el Ciento de Sutpen en 1834. Murió en el Ciento de Sutpen en 1910.

WASH JONES. Fecha y lugar de nacimiento desconocidos. Intruso que vivió en una pesquería abandonada que pertenecía a Thomas Sutpen, se pegó a Sutpen como un parásito, y fue un hombre útil para trabajar en las tierras de Sutpen durante su ausencia entre 1861 y 1865. Murió en el Ciento de Sutpen en 1869.

MELICENT JONES. Hija de Wash Jones. Fecha de nacimiento desconocida. Se rumoreó que había muerto en un burdel de Memphis.

MILLY JONES. Hija de Melicent Jones. Nació en 1853. Murió en el Ciento de Sutpen en 1869.

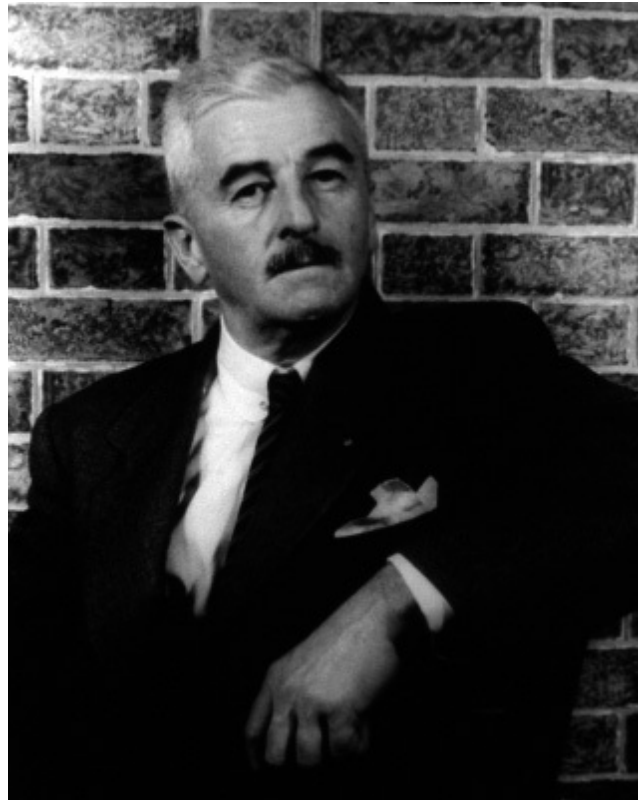
BEBÉ SIN NOMBRE. Hija de Thomas Sutpen y Milly Jones. Nació y murió en el Ciento de Sutpen en 1869.

CHARLES ETIENNE DE SAINT VELERY BON. Hijo único de Charles Bon y una ochavona de nombre desconocido. Nació en Nueva Orleans en 1859. Se casó con una negra de nombre también desconocido en 1879. Murió en el Ciento de Sutpen en 1884.

JIM BOND (BON). Hijo de Charles Etienne de Saint Velery Bon. Nació en el Ciento de Sutpen en 1882. Desapareció del Ciento de Sutpen en 1910. Actualmente está en paradero desconocido.

QUENTIN COMPSON. Nieto del primer amigo de Thomas Sutpen en el condado de Yoknapatawpha. Nació en Jefferson en 1891. Asistió a la Universidad de Harvard entre 1909-1910. Murió en Cambridge, Massachusetts, en 1910.

SHREVLIN McCANNON. Nació en Edmonton, Alberta, Canadá, en 1890. Asistió a la Universidad de Harvard entre 1909-1914. Capitán, en el cuerpo médico del Ejército Real, de las Fuerzas Expedicionarias Canadienses, en Francia, entre 1914-1918. Actualmente ejerce como cirujano en Edmonton, Alberta.



WILLIAM FAULKNER (Oxford, EE.UU, 1897 - Oxford, EE.UU. 1962). Escritor estadounidense, es considerado como uno de los más grandes autores del siglo xx, galardonado en 1949 con el Premio Nobel de Literatura y considerado como uno de los padres de la novela contemporánea.

Nacido en el Sur de los Estados Unidos, Faulkner no llegó a acabar los estudios y luchó en la I Guerra Mundial como piloto de la RAF. Como veterano tuvo la oportunidad de entrar en la universidad pero al poco tiempo decidió dedicarse por completo a la literatura.

Tras cambiar habitualmente de trabajo, Faulkner publicó su antología de cuentos *La paga de los soldados* (1926) tras encontrar cierta estabilidad económica como periodista en Nueva Orleans. Poco después comenzaría a publicar sus primeras novelas en las que reflejó ese Sur que tan bien conocía, *El ruido y la furia* (1929) es la más conocida de este periodo. Luego llegarían obras tan famosas como *Luz de agosto* (1932), *¡Absalón, Absalón!* (1936) o *El villorrio* (1940).

*Santuario* (1931) fue, a la larga, su novela más vendida y la que le permitió dedicarse a la escritura de guiones para Hollywood. Sus cuentos más conocidos de esta época pueden leerse en *¡Desciende, Moisés!* escrito en 1942.

Como guionista, habría que destacar su trabajo en *Vivamos hoy* (1933), *Gunga Din* (1939) o *El sueño eterno* (1946).

En el apartado de premios, Faulkner tuvo un reconocimiento tardío aunque

generalizado. Además del ya nombrado *Nobel de Literatura* también recibió el *Pulitzer* en 1955 y el *National Book Award*, éste entregado ya de manera póstuma por la edición de sus *Cuentos Completos*.

# Notas de la introducción

[1] Malcolm Cowley (ed.), *Writers at Work (First Series)*, Nueva York, Viking, 1958, pág. 324. <<

[2] James B. Meriwether (ed.), *William Faulkner: Essays, Speeches and Public Letters*, Londres, Chatto & Windus, 1965, pág. 84. El libro es una colección de ensayos, conferencias y discursos que Faulkner escribió a lo largo de su vida y que muestra de primera mano las peculiares afiliaciones del escritor con una literatura netamente americana que confirma las señas de identidad del país. <<



[3] James B. Meriwether (ed.), *op. cit.*, págs. 8-9. <<

[4] Millgate cita la carta a Cowley en Michael Millgate, *The Achievement of William Faulkner*, Nueva York, Random House, 1966, pag. 4. <<

[5] Malcolm Cowley, *op. cit.*, pág. 324. <<

[6] Elisabeth Muhlenfeld, ed., *William Faulkner's Absalom, Absalom!: A Critical Casebook*, Nueva York, Garland, 1984, págs. xi-xxxix. <<

[7] *Atlantic Monthly*, 244, 1979, págs. 68-80. <<

[8] Aunque el número de ventas de esta novela le proporcionó cierto optimismo al principio, no fue en absoluto una novela de éxito como lo fue la famosa novela de Margaret Mitchell *Lo que el viento se llevó* publicada el mismo año. <<

[9] Joseph Blotner (ed.), *Selected Letters of William Faulkner*, Nueva York, Random House, 1977, págs. 78-79. <<

[10] James B. Meriwether (ed.), *op. cit.*, pág. 120. <<



[11] Michel Gresset, *Fascination*, Durham, Duke University Press, 1989, páginas 240-241. <<

[12] Brian McHale, *Postmodernist Fiction*, Londres, Routledge, 1987, pág. 10. <<

[13] Stephen M. Ross, «Oratory and the Dialogical in *Absalom, Absalom!*», Michel Gresset y Noel Polk (eds.), *Intertextuality in Faulkner*, Jackson, University Press of Mississippi, 1985, pag. 79. <<

[14] Véase pág. 348. <<

[15] Véase pág. 376. <<

[16] Véase pág. 151. <<

[17] Véase pág. 310. <<

[18] Esta es la capacidad del lenguaje de la narración a la que Ronald Sukenick denomina «Digresión Experiencial». <<



[19] Frederick L. Gwynn y Joseph L. Blotner (eds.), *Faulkner in the University*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1959, pag. 275. <<

[20] Gerald Langford, *Faulkner's Revision of Absalom, Absalom!: A Collation of the Manuscript and the Published Book*, Austin, University of Texas Press, 1971. <<

[21] Joseph R. Uργο, *Faulkner's Apocrypha: A Fable, Snopes, and the Spirit of Human Rebellion*, Jackson, University Press of Mississippi, 1989, pag. 81. <<

[22] Joseph Blotner, *Selected Letters of William Faulkner*, Nueva York, Random House, 1977, pag. 96. <<

[23] André Bleikasten, «Faulkner from a European Perspective», Philip M. Weinstein (ed.), *The Cambridge Companion to William Faulkner*, Nueva York, Cambridge University Press, 1995, pag. 85. <<

[24] Véase pág. 61. <<

[25] Véanse págs. 415-416. <<

[26] Véase pág. 293. <<



[27] Véase pág. 272. <<

[28] Véase pág. 290. <<

[29] Se establece un paralelismo entre la historia de la familia Sutpen y la historia bíblica de Absalón y Tamara. La Biblia, en el libro de Samuel, narra la historia de estos personajes. Entre sus muchos hijos David tuvo dos hijos, Absalón y Tamara, de una esposa y a su hijo Amnón, de otra esposa. Amnón se enamoró de su hermana Tamara, la cual solicitó el permiso paterno para casarse. Por consejo de su primo, Amnón engañó a Tamara para que se acercara a su cama y allí él la violó. Inmediatamente su amor por ella se convirtió en odio y la expulsó de su casa. Al conocer estos hechos David se enfureció pero no tomó represalias. Absalón albergó su odio durante dos años y finalmente ordenó a sus criados que asesinaran a Amnón.

<<

[30] Cleanth Brooks, *William Faulkner: The Yoknapatawpha Country*, New Haven, Yale University Press, 1963, pag. 300. <<

[31] Lind, Ilse D., «The Design and Meaning of *Absalom, Absalom!*», Frederick Hoffman y Olga Vickery, *William Faulkner: Three Decades of Criticism*, Nueva York, Harcourt, 1960, pags. 298-299. <<

[32] Richard Moreland, *Faulkner and Modernism: Rereading and Rewriting*, Madison, University of Wisconsin Press, 1990, pag. 33. <<

[33] Richard P. Adams, «The Apprenticeship of William Faulkner», Leland H. Cox (ed.), *William Faulkner: Critical Collection*, Detroit, Gale, 1982, pág. 120. <<

[34] Véase pág. 66. <<



[35] Véanse págs. 158-159. <<

[36] Véase pág. 192. <<

[37] Minrose C. Gwin, *The Feminine and Faulkner: Reading (Beyond) Sexual Difference*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1990, pag. 65. <<

[38] William Faulkner, *¡Absalón, Absalón!*, Madrid, Alianza-Emecé, 1988, pág. 7. <<

[39] A continuación de los datos de la primera edición de la obra en EE.UU., doy la traducción habitual de cada novela al español. <<

# Notas

[1] Absalón fue el tercer hijo de David, rey de Israel y Judá. En la Biblia se narra (*Samuel* 2:13-19) que Absalón mató a su hermano Amnón por haber violado a Tamara, su hermana. Más tarde se levantó en guerra contra David y murió en la batalla. La historia de Absalón tiene un evidente paralelismo con la historia de Henry Sutpen que mata a su hermanastro Charles Bon por pretender casarse con Judith, la hermana de ambos. <<

[2] Faulkner tuvo problemas desde su juventud con la puntuación de sus obras. La ausencia de una educación formal que le transmitiera seguridad en los criterios ortográficos hizo que entregara a su amigo Phil Stone los manuscritos para que se los puntuara. Sin embargo, con la evolución del escritor, la puntuación pasó a ser una característica propia de su estilo. Por esta razón y por primera vez se respeta completamente la puntuación original en la traducción al español de esta novela. Sin embargo, soy consciente de que esta decisión puede crear dificultades al lector. En ocasiones, la puntuación no sigue las normas ortográficas, y esto hace que la lectura sea más lenta, que se produzca ambigüedad, y en otras se acelere considerablemente el ritmo de lectura. Faulkner crea de este modo un discurso próximo al monólogo interior o, en otras ocasiones, imita el discurso de la oralidad de las historias narradas en los zaguanes de las casas sureñas en esas características noches cálidas. En las grabaciones que existen con la voz del propio Faulkner leyendo sus obras, podemos apreciar la velocidad con la que los párrafos se suceden sin pausa alguna; se concibe el lenguaje como un fluir armonioso, su texto es pura retórica que mana espontánea y sin ataduras con el mismo desenfreno con el que las vidas de los personajes de esta novela se ven arrastrados a un infierno inevitable. Estas razones justifican nuestro respeto a la puntuación que Faulkner emplea conscientemente. <<



[3] Este uso de términos que niegan de un modo no estándar es muy usual en Faulkner. En este caso nos explica que existió un plan de matrimonio que no llegó a buen puerto. La joven Judith no llegará a casarse y tendrá por tanto un noesposo. Más adelante nos toparemos con neologismos tales como nonacido o nocasado. En ocasiones Faulkner emplea un guión (no-nacido) y en otras no. Respetaremos esta circunstancia en la traducción. <<

[4] Mientras que para otros narradores Thomas Sutpen es un héroe, para Rosa Coldfield es un demonio al que caracteriza constantemente con los atributos del diablo. <<

[5] El autor emplea aquí, y en otras muchas ocasiones, la inicial mayúscula (aquí en la palabra «luz») para enfatizar el término. Por supuesto, la frase procede del libro del *Génesis* 1:3. <<

[6] En la obra literaria de William Faulkner, Jefferson se corresponde con la ciudad de Oxford, situada al norte del estado de Misisipi, en el condado de Lafayette. Se fundó en 1836 y su nombre procede del afán de sus habitantes de crear una universidad tan prestigiosa como la de Oxford, en Inglaterra. En 1962 Oxford fue escenario de violentos disturbios cuando el joven James Meredith fue el primer estudiante negro que se matriculó en esta universidad. Oxford tenía en 1990 una población de 9.984 habitantes. William Faulkner vivió la mayor parte de su vida en esta ciudad. <<

[7] Es obvio que Faulkner está ironizando con su propia situación económica y familiar, que le obligaba a escribir velozmente relatos que vendía a las revistas literarias con el fin de pagar las facturas de su familia. <<

[8] Este dato ofrece nuevas perspectivas de interpretación a la novela, ya que Rosa se une así a los narradores que tienen, a pesar de vivir en un ambiente rural que no favorece el disfrute de las artes, un alma poética que la hace hermana espiritual de otros personajes de sus novelas como Quentin, Horace Benbow, Darl Bundren y coincide también con las características del propio William Faulkner. <<

[9] Es inevitable recordar que Quentin Compson es uno de los protagonistas de la novela *El ruido y la furia* y, por tanto, conocemos la tendencia acusada de este joven a implicarse personalmente en las miserias de la condición humana. Consecuencia de su inmersión en el dolor es la depresión que, cuando vivía en Cambridge, Massachusetts, le lleva al suicidio arrojándose a las aguas del río Charles. Con las palabras que siguen: «él era una comunidad» se define acertadamente el papel literario que ejerce Quentin en esta novela. Al igual que un coro en el teatro clásico griego, expone los datos más íntimos y luctuosos de la trama desde una perspectiva distante, Quentin, con menos distancia que el coro clásico, transmite acontecimientos crueles de la vida colonial del Sur a través de la sensibilidad de un joven amante de las letras que no comprende el horror infligido por los demonios sureños a sus habitantes más desprotegidos. <<

[10] La Guerra Civil o guerra de Secesión americana fue el cruento conflicto (600.000 víctimas) que enfrentó a los ejércitos de los Estados Unidos de América (llamado la Unión) y los Estados Confederados de América (llamado la Confederación) y que duró del 12 de abril de 1861 al 26 de mayo de 1865, fecha esta en la que las tropas confederadas se rindieron. <<



[11] Esta afirmación es significativa porque prueba la discriminación que padecen las mujeres en esta época especialmente en el Sur y particularmente en esta historia de hombres. <<

[12] La expresión inglesa es *keep the skeleton in the closet*, que al incluir la palabra «esqueleto» aporta una conexión literal con el crimen de Charles Bon, parte fundamental de la trama de esta novela, y juega así con la duda de si existió o no un asesinato, duda que mantendrá Faulkner hasta el final de la novela. <<

[13] En la mitología griega Níobe es la hija de Tántalo y esposa del rey Anfión de Tebas que se convirtió en piedra mientras lloraba la pérdida de sus hijos. <<

[14] Yoknapatawpha es el nombre literario que Faulkner emplea para referirse al condado de Lafayette, en el estado de Misisipi. En origen fue un territorio de los indios chickasaw, colonizado por población blanca a partir de 1800. Su territorio se divide en varias plantaciones de enormes extensiones cuyos dueños eran Grenier, McCaslin, Sutpen, Compson y Sartoris. Con el tiempo el condado se dividió en múltiples granjas de pequeñas dimensiones. <<

[15] Los nombres clásicos se extendieron entre los habitantes del Sur (tanto blancos como esclavos) por la influencia grecorromana que comenzó en el siglo XVII y que se vio reflejada de modo muy especial en las construcciones arquitectónicas. <<

[16] Es muy efectivo el estilo de Faulkner en este párrafo, ya que una larguísima explicación de los desastres que persiguen a Sutpen y de su presunta maldad (recordemos los prejuicios que impone Rosa a la narración) culminan en la confesión de que, a pesar de todo ello, Rosa accedió a casarse con él. <<

[17] Casandra, en la mitología griega, era hija del rey Príamo y de la reina Hécuba de Troya. El dios Apolo, que amaba a Casandra, le concedió el don de la profecía cuando ella rechazó su amor. Apolo decretó que nadie creería en sus predicciones. Casandra advirtió a los troyanos de que los griegos les derrotarían. Tras la caída de Troya, Casandra es tomada prisionera por el rey griego Agamenón, al que ella había advertido de que no debía volver a Grecia. A su llegada, ella y Agamenón fueron asesinados por la reina Clitemnestra. Este personaje es en cierto modo premonitor de los acontecimientos que van a suceder, pero nadie le escucha. <<

[18] Existe una relación entre el destino de Ellen y el rapto de Perséfone. Sutpen busca una mujer para que le dé descendencia con una frialdad propia del rapto que sufre Perséfone por parte de Hades. El dios Hades captura a Perséfone y la lleva al infierno. Zeus envió a Hermes para que trajera a Perséfone, pero Hades le hizo comer una semilla de granada, el alimento de los muertos, obligándola así a volver al infierno cuatro meses al año. <<



[19] El texto inglés dice *aptitude*, pero es obvio que el autor pretendía decir *attitude*. Se explica esto como uno de los muchos errores propios de las prisas con las que escribía el autor. <<

[20] El autor emplea el término *Sabbath*. <<

[21] Expresa con extrema delicadeza el autor el parecido de ambas niñas con Thomas Sutpen, lo que indica que la negrita es efectivamente hija suya, Clytie (Clytemnestra) Sutpen. <<

[22] Es el hotel de Jefferson fundado por Alexander Holston que aparece también en otras novelas y relatos de Faulkner. <<

[23] Chickasaw es la tribu india emparentada con la choctaw que en la época precolonial habitaban lo que es ahora el norte de Misisipi y áreas de Tennessee, Kentucky y Alabama. Los chickasaw vivían de la caza, la pesca y sus cultivos y tenían fama de buenos guerreros, por lo que controlaban a otras tribus, como los choctaw, creek, cherokee y shawnee. A principios del siglo XIX cedieron la mayor parte de su territorio a los Estados Unidos en varios tratados. Alrededor de 1830 la tribu constaba de 5.000 miembros y les forzó a trasladarse a las reservas de Indian Territory (ahora estado de Oklahoma). En 1990 la tribu la formaban 20.000 miembros. <<

[24] Martinica es territorio francés desde 1635. Su población es en su mayor parte de descendientes de los esclavos africanos raptados para hacerles cultivar las tierras. <<

[25] Faulkner emplea la palabra *châtelaine* que procede del francés *châtelain* cuya traducción literal es «castellana», es decir, la mujer del amo del castillo y de ahí la dueña de la casa. El empleo de esta palabra enlaza con algo que se dice más adelante: Sutpen concibe su mansión como un castillo, con todo lo que esto significa de concepción megalómana de la vida a través de la arquitectura de su vivienda. <<

[26] Hijo de Mohatana, hermana del jefe chickasaw Issetibeha. En 1800 dejó su tribu y se fue a vivir a Nueva Orleans. Ocho años después volvió a su tierra, envenenó a su primo, el hijo de Mocketubbe, tras lo cual Mocketubbe abdicó e Ikkemotubbe se convirtió en el jefe. En 1813 cambió una milla cuadrada de terreno de Yoknapatawpha a Jason Compson por una yegua de raza. En la década de 1830 vendió cien acres de tierra a Thomas Sutpen. <<



[27] John Lawrence Sullivan (1858-1918) fue un boxeador americano muy popular y extraordinariamente admirado por los aficionados a este deporte por haber sido el vencedor en 1882 del campeonato del mundo de pesos pesados, cuando todavía se peleaba sin guantes y no habían entrado en vigor las normas de Queensberry. Dicha pelea tuvo lugar en el estado de Misisipi. <<

[28] Ya en la novela *Los invictos*, el juez Benbow había tramitado la compra de las acciones de Redmond para John Sartoris. Aparece también en *El villorrio*. <<

[29] Cfr. nota 19. <<

[30] La ausencia de guiones aquí y en otras ocasiones se debe al respeto al original. <<

[31] Como sucede tan a menudo en esta novela, hay una notable falta de consistencia en la puntuación y esta misma palabra aparece en el capítulo VIII con inicial minúscula. Éste es el nombre con el que se conoce la porcelana de Limoges. En este caso se refiere a la vajilla, por eso lo hemos traducido por femenino. Su nombre se debe a que se fabrica en la ciudad de Limoges, Francia, desde el siglo XVIII. <<

[32] Estigia es, en la mitología griega, uno de los cinco ríos del Hades. <<

[33] El Fuerte Sumpter en Charleston, ciudad costera del Estado de Carolina del Sur, fue testigo del inicio de la Guerra Civil cuando las tropas confederadas abrieron fuego contra las instalaciones del fuerte el 12 de abril de 1861. <<

[34] Dred Scott (1795?-1858) es el nombre de un esclavo al que su amo llevó a un territorio en el que la esclavitud había sido abolida según la ley llamada «Missouri Compromise». El esclavo pidió ser reconocido ciudadano libre y el caso llegó a la Corte Suprema de los Estados Unidos (1856-1857), donde se dictaminó que el Gobierno Federal no tenía poder para dar la libertad a los esclavos. Como consecuencia, Scott perdió el juicio y el derecho de ningún otro esclavo a recurrir la ley, ya que al seguir siendo esclavos carecían del derecho a presentar su caso en un juzgado. El juez Roger Brooke Taney decretó más tarde que el «Missouri Compromise» violaba la Constitución de los Estados Unidos y que la esclavitud no podía ser prohibida por el Congreso. El caso creó gran polémica y dividió más aún al Norte del Sur. Se considera esta una más de las causas de la Guerra Civil. <<



[35] John Sartoris es el nombre literario del personaje de Faulkner inspirado en el abuelo del propio autor. Fue coronel del Ejército Confederado y él mismo reclutó su regimiento en Yoknapatawpha. <<

[36] Rock Island es una ciudad situada en el noroeste de Illinois a orillas del río Misisipi. Se la conoce por haber sido el emplazamiento de la prisión del Ejército de la Unión durante la Guerra Civil. <<

[37] Aquí se emplea la expresión *morganatic marriage* y en el capítulo VIII *left handed marriage*. Era el matrimonio a espaldas de la Iglesia entre un hombre de noble linaje o adinerado y una mujer de rango inferior (era frecuente que se tratara de mujeres mestizas) en el que se acuerda, bajo contrato, que los hijos nacidos del matrimonio no serán herederos legales del apellido del padre ni de sus bienes. <<

[38] Choctaw es la lengua que habla la tribu del mismo nombre que habitaba el área geográfica que ahora ocupan los estados de Georgia, Alabama y el sur de Misisipi y Luisiana. Durante los siglos XVIII y XIX se les forzó a trasladarse hacia el oeste. En 1842 habían cedido la mayor parte de su tierra a los Estados Unidos y se instalaron en reservas indias de lo que hoy es Oklahoma. <<

[39] Son libros de texto de sus estudios de derecho. Sir William Blackstone (1723-1780) fue un jurista británico y profesor de derecho en Oxford, autor de los cuatro volúmenes de que constaba *Commentaries on the Laws of England*, libro que se usó durante más de un siglo en la enseñanza universitaria. Sir Edward Coke (1552-1634) fue otro jurista británico que llegó a ser nombrado miembro del Privy Council en 1613 por el rey James I. Coke colaboró en la redacción de *Petition of Right*, el manifiesto más completo, en su época, de los principios de la libertad. <<

[40] El hombre que seduce a las mujeres con facilidad. Proviene su uso del personaje Lotario, de *The Fair Penitent*, una obra de teatro de Nicholas Rowe. <<

[41] Los nombres reflejan la tendencia a reproducir el mundo clásico greco-romano en el Sur. <<

[42] Las dos batallas de Bull Run se lucharon en Virginia, al suroeste de Washington, D.C. Las batallas demostraron la calidad del ejército confederado y convirtieron una simple rebelión en la cruenta Guerra Civil americana que hoy conocemos. <<



[43] Príapo, hijo de Venus y Baco, nació con un miembro viril enorme y su madre, temerosa de las burlas que originaría su deformidad, lo abandonó en el monte. Es símbolo de virilidad y fecundidad. <<

[44] Pittsburg Landing es la localidad en la que tuvo lugar la famosa batalla de Shiloh, 6 y 7 de abril de 1862. El ejército confederado bajo el mando del general Albert S. Johnston atacó por sorpresa al ejército de la Unión al mando del general Ulysses S. Grant cerca de la localidad de Pittsburg Landing, Tennessee. En la batalla murió Johnston y su sucesor, el general Pierre G. T. Beauregard, suspendió las operaciones militares. No hubo un claro triunfador en esta batalla. <<

[45] Botella de cristal o barro, frecuentemente encastrada en un cubo de paja. Procede del francés *dame-Jeanne*. <<

[46] La línea Mason-Dixon es la frontera entre Pennsylvania y Maryland, considerada la división entre estados libres y de esclavitud antes de la guerra. Se estableció entre 1763 y 1767 por los topógrafos británicos Charles Masón (1730-1787) y Jeremiah Dixon (?-1777). <<

[47] Sherman William Tecumseh (1820-1891) fue general del ejército de la Unión. Conquistó Atlanta en 1864 y dirigió una campaña de destrucción contra el este que rompió el ejército confederado en dos. <<

[48] En la mitología griega era un perro con tres o más cabezas y cola de dragón que guardaba los infiernos o morada de los muertos. <<

[49] Dios de los cananeos mencionado en el Antiguo Testamento asociado al dios Baal y malévolos. Sus fieles le sacrificaban niños quemándolos vivos y se automutilaban para saciar el odio de su dios. <<

[50] A pesar del punto, Faulkner emplea la minúscula inicial en esta frase. Esto se repite a menudo en esta novela. <<



[51] Río Misisipi. <<

[52] También conocido como Uncle Buck es hijo de Lucius Quintus Carothers McCaslin y hermano gemelo de Amodeus McCaslin. Su vida se narra en otras novelas y relatos de Faulkner: *The Unvanquished*, «Was», *Go Down Moses*, *The Hamlet* y *The Reivers*. <<

[53] El general Nathan Bedford Forrest (1821-1877) alcanzó fama por sus fieros ataques al ejército de la Unión. Es uno de los pocos personajes históricos que aparece con su propio nombre en las novelas de Faulkner. <<

[54] Faulkner es consciente de que aquellos que ganan algo con la Guerra Civil en el Sur son los negros, los antiguos esclavos que al alcanzar su liberación inician una nueva vida. En cambio los hombres blancos sufren la humillación de verse pobres y vencidos, sus vidas ya no tenían esperanza ni futuro. Clytie, a pesar de ser ahora libre elige seguir viviendo entre las cuatro paredes de los Sutpen, lo mismo que Dilsey en la novela *El ruido y la furia* continúa habitando la casa de los Compson, a pesar de que no le pagan un salario. <<

[55] Carcasona es una ciudad en el sur de Francia, capital del departamento de Aude y la emplea Faulkner como símbolo de la imaginación en varias obras. Tal vez sea esto debido a su hermosa muralla medieval de la Cité, una de las más admiradas de Europa que la hace semejante a la idílica belleza del imaginario Camelot. <<

[56] Caballero de gran valentía. Su uso procede del famoso héroe Pierre Terrail (1473-1524), señor de Bayard, que ganó gran fama en las campañas del ejército francés contra Italia. <<

[57] Ginebra, esposa del rey Arturo, se convierte en el siglo XII en protagonista de la trágica historia del poeta francés Chrétien de Troyes donde se narra la historia de amor entre Ginebra y el señor Lanzarote del Lago. <<

[58] Robert E. Lee (1807-1870) fue un brillante general del ejército confederado. Fue consejero militar de Jefferson Davis y estuvo al frente del ejército del norte de Virginia. En 1865 la guerra terminó cuando el general Lee se rindió al general Ulysses S. Grant en Appomattox. <<



[59] Jefferson Davis (1808-1889) fue el primer y único presidente de los Estados Confederados de América (1861-1865). Davis, originario de Kentucky, no consiguió el apoyo de gobiernos extranjeros a la causa sureña y no reunió suficiente dinero para ganar la guerra, pero fue el máximo responsable del poderoso ejército confederado.

<<

[60] Agamenón era rey de Micenas en la mitología griega y jefe del ejército griego en la guerra de Troya. Cuando cae Troya, Agamenón vuelve a Micenas con la princesa troyana Casandra como premio de guerra. Clitemnestra, su esposa, lo mata. <<

[61] Píramo y Tisbe, jóvenes amantes en una historia de Babilonia que se incluye en la obra de Ovidio *Las metamorfosis*. Sus padres les habían prohibido casarse y mantenían conversaciones a través de una grieta en el muro que separaba las residencias de ambos. Por fin deciden fugarse. Tisbe llega primero y ve un león, asustada tira el velo que el león desgarró con su boca ensangrentada. Cuando llega Píramo y ve el velo ensangrentado de su amada, cree que está muerta y se suicida. Tisbe lo encuentra y se suicida a su lado. Esta historia es parodiada en la representación teatral que tiene lugar en la famosa comedia de Shakespeare *El sueño de una noche de verano*. <<

[62] Se cultivaba en los jardines del norte de EE.UU., donde crece salvaje por los cercados y los caminos. Sus flores amarillas contienen terpeno, una sustancia amarga y tóxica usada desde la Antigüedad para producir el licor de absenta. <<

[63] Esta mujer, a la que Sutpen hizo la misma proposición que a Rosa, fue Milly Jones, nieta de Wash Jones. <<

[64] Se ha identificado a Sutpen con Fausto, el malvado y tenaz héroe romántico. <<

[65] Josiah Wedgwood (1730-1795), nacido en Burslem, Staffordshire, Gran Bretaña, inició en 1759 una empresa en la que consiguió elaborar la más fina porcelana que alcanza, aún hoy, la excelencia de arte. <<

[66] El *sunbonnet* elaborado con tela de guingán era un sombrero de señora de ala ancha y con una tira por detrás que protegía el cuello del sol. Representaba un símbolo de distinción entre la burguesía sureña. <<



[67] Abraham Lincoln (1809-1865), presidente de los Estados Unidos de 1861 a 1865, lideró la Unión durante la guerra Civil americana. Fue asesinado poco después del fin de la guerra por John Wilkes Booth. Thomas Sutpen jura en su borrachera que lo matará pero olvida que ya estaba muerto en esa fecha. <<

[68] William Tecumseh Sherman (1820-1891) fue nombrado general del ejército de la Unión en 1864, entró en Atlanta en 1864 y logró múltiples victorias que minaron las fuerzas de los confederados. <<

[69] Abreviatura de *Confederate States of America*, Estados Confederados de América. <<

[70] La batalla de Gettysburg, en Pennsylvania, tuvo lugar el 1 de julio de 1863. Muchos la consideran la batalla crucial en la derrota del Sur, porque impidió el avance hacia el Norte y a partir de este momento se vieron obligados a cambiar su estrategia ofensiva por la defensiva. <<

[71] Cumberland Gap es un paso natural que se abre en la meseta de Cumberland junto a las fronteras de Kentucky, Virginia y Tennessee. Se descubrió en 1750 y fue la ruta principal que seguían las caravanas de colonos que querían instalarse en Kentucky. <<

[72] Oscar (Fingal O'Flahertie Wills) Wilde, escritor irlandés (1854-1900). <<

[73] Aubrey Vincent Beardsley (1872-1898) fue un famoso ilustrador inglés al que rodeó la controversia debido a su tendencia a retratar temas macabros y a su empleo de lo erótico en su obra. Ilustró varios libros como *La muerte de Arturo* (1893-1894), de Sir Thomas Malory; *Salomé* (1894), de Oscar Wilde, y *Las obras de Edgar Allan Poe* (1894-1895). <<

[74] Traje formal de muchacho compuesto por una americana hasta la cadera y pantalones hasta las rodillas, a menudo confeccionados en terciopelo negro con cuello y muñecas adornadas con encaje. A menudo se acompañaba de una ancha faja atada a la cintura y un lazo en el cuello. Era un atuendo popular a finales del siglo XIX. Su nombre procede del personaje de la novela de Francés Hodgson Burnett, escritor anglo-norteamericano autor de *Littk Lord Fauntleroy* (1886), la historia de un niño americano que hereda grandes posesiones en Inglaterra. La historia se basó en un hecho real. <<



[75] Lilit pertenece al folclore judío. Se la identifica con la primera mujer de Adán. Según el libro *Alphabet of Ben Sira*, del siglo VII aproximadamente, Dios creó a la primera mujer y al primer hombre de barro. Como empezaran a discutir porque Lilit no quería someterse al hombre, ésta huyó. Los ángeles le dijeron que si se negaba a volver, uno de sus hijos moriría cada día. Ella no volvió pero se vengó atacando a los recién nacidos. Se la considera un demonio o un espectro nocturno, enemigo de los partos y de los recién nacidos. En Isaías 34:14 se la describe como un demonio del desierto. <<

[76] Cam es un personaje bíblico del Antiguo Testamento, segundo de los hijos de Noé. Se le concede ser el padre de los habitantes de África y Asia occidental (*Génesis*, 9:18-28; *Génesis*, 10:6). <<

[77] La palabra inglesa *suffer* significa tanto «permitió» como «sufrir» por lo que se produce un juego que explora Faulkner con afán lúdico. Éste es el texto en inglés «“Suffer little children to come unto Me”: and what did He mean by that? how, if He meant that little children should need to be suffered to approach Him, what sort of earth had He created; that if they had to suffer in order to approach Him, what sort of heaven did He have?» <<

[78] Entra este término en la lengua inglesa en el siglo XVII. Se refiere a una mujer, generalmente madura, que servía como acompañante y sirvienta de las doncellas españolas o portuguesas. <<

[79] Es el padre de Ellen y Rosa Coldfield, de religión metodista, y que vivía de sus ganancias de comerciante. Su abuelo era originario de Virginia, su padre de Tennessee y él se instala en Misisipi en 1828. Sabemos que la guerra lo transtorna, se encierra en el desván y se convierte en un fanático religioso. <<

[80] Luster es un personaje que aparece también en *El ruido y la furia*, hijo de Frony y nieto de la criada de la familia Compson, Dilsey. Este personaje nace alrededor de 1911, pero es difícil que aquí se refiera al mismo pues la fecha de nacimiento tuvo que ser necesariamente posterior, ya que era demasiado joven para ir de caza con Quentin y su padre. En *El ruido y la furia* se menciona en cambio a Versh, tío de Luster, como el acompañante de caza de Quentin. Puede también tratarse de un error de Faulkner al calcular su edad. <<

[81] El general de la Guerra Civil Lew (Lewis) Wallace (1827-1905), que más tarde fue gobernador del territorio de Nuevo México (1878-1881) y asesor en Turquía entre 1881 y 1885, fue el autor de la popular novela *Ben-Hur, A Tale of the Christ*, publicada en 1880. <<

[82] West Virginia no fue admitida en la Unión hasta el 20 de junio de 1863. <<



[83] Tidewater es el nombre que recibe la superficie de la costa de Virginia, una zona llana que se ve afectada por los flujos de las mareas que la llenan de pantanos y marismas en los bordes de los ríos hasta que fluyen a la Bahía de Chesapeake. <<

[84] Traduzco como «vaqueros» el término *mountain men*. Se refiere a hombres blancos muy pobres que habitan la zona montañosa de Virginia. <<

[85] Los *quarters* o *slavequarters* son las cabañas que se construían como alojamiento de los esclavos a cierta distancia de las mansiones de los plantadores blancos y que son pequeñas, estrechas y con poca ventilación, pero que recogían por las noches a multitud de esclavos que dormían en el suelo. Hoy en día es posible visitarlas en las grandes mansiones del sur o en el casco urbano de ciudades como Nueva Orleans y representan un signo vergonzoso de la irreparable injusticia infligida por el sistema esclavista. <<

[86] *Commissary* es el almacén o economato del que se aprovisionaba la plantación. En él se vendían víveres, herramientas y telas. <<

[87] Dentro de la estructura de castas que existía en el Sur los *white trash* eran los blancos sin tierras que vivían en las montañas y en los parajes poco fértiles que no tenían dueño. Esta clase social, considerada en ocasiones por debajo de los esclavos, se componía de familias que viajaban errantes de una plantación a otra pidiendo trabajo como braceros. <<

[88] Dialecto que emplea la población que no tiene una educación estructurada. <<

[89] En la Edad Media, la teología cristiana había elaborado un complejo sistema de jerarquías de ángeles que se asociaban de algún modo con Dios y los ángeles caídos o demonios que se asociaban con Satán. En el Islam también se desarrollaron jerarquías de demonios que se denominan en inglés *jinn* o *jinns*. <<

[90] Mayor Cassius I de Spain pertenece a una de las familias importantes de Jefferson. Había sido mayor en la guerra y después se convirtió en el sheriff del condado de Yoknapatawpha. Este personaje aparece también en otras obras de Faulkner como *Desciende, Moisés* o *Intrusos en el polvo*. <<



[91] Debemos apreciar cómo Faulkner nos recuerda la mitología clásica al comparar a la primera mujer de Sutpen con el rapto de las Sabinas, ya que la deseaba únicamente para obtener descendencia de ella. <<

[92] También llamado «leño de Judas». <<

[93] Carolina del Sur fue el primer estado que votó la secesión de la Unión (1860). Otros estados sureños se adhirieron a la secesión en sus correspondientes convenciones. La convención de Alabama se reunió en 1861, adoptó una Constitución y eligió a Jefferson Davis, del estado de Misisipi, como presidente provisional. <<

[94] Bertrand du Guesclin (1320?-1380) mando del ejército francés que luchó en numerosas batallas contra los franceses y también en España. <<

[95] Se refiere al general confederado Joseph E. Johnston. <<

[96] George Edward Pickett (1825-1875) sirvió en el ejército americano en la guerra de México. Después fue general Confederado. Su batalla más conocida fue el valiente pero frustrado ataque que tuvo lugar el 3 de julio de 1863, la batalla de Gettysburg. <<

[97] Las dos batallas de Bull Run fueron ganadas por los ejércitos confederados y se lucharon muy cerca, en lo que hoy se llama Manassas National Battlefield Park, en julio de 1861 y agosto de 1862. La segunda batalla tiene como resultado la derrota del ejército de la Unión al vencer 20.000 soldados confederados a 60.000 unionistas.

<<